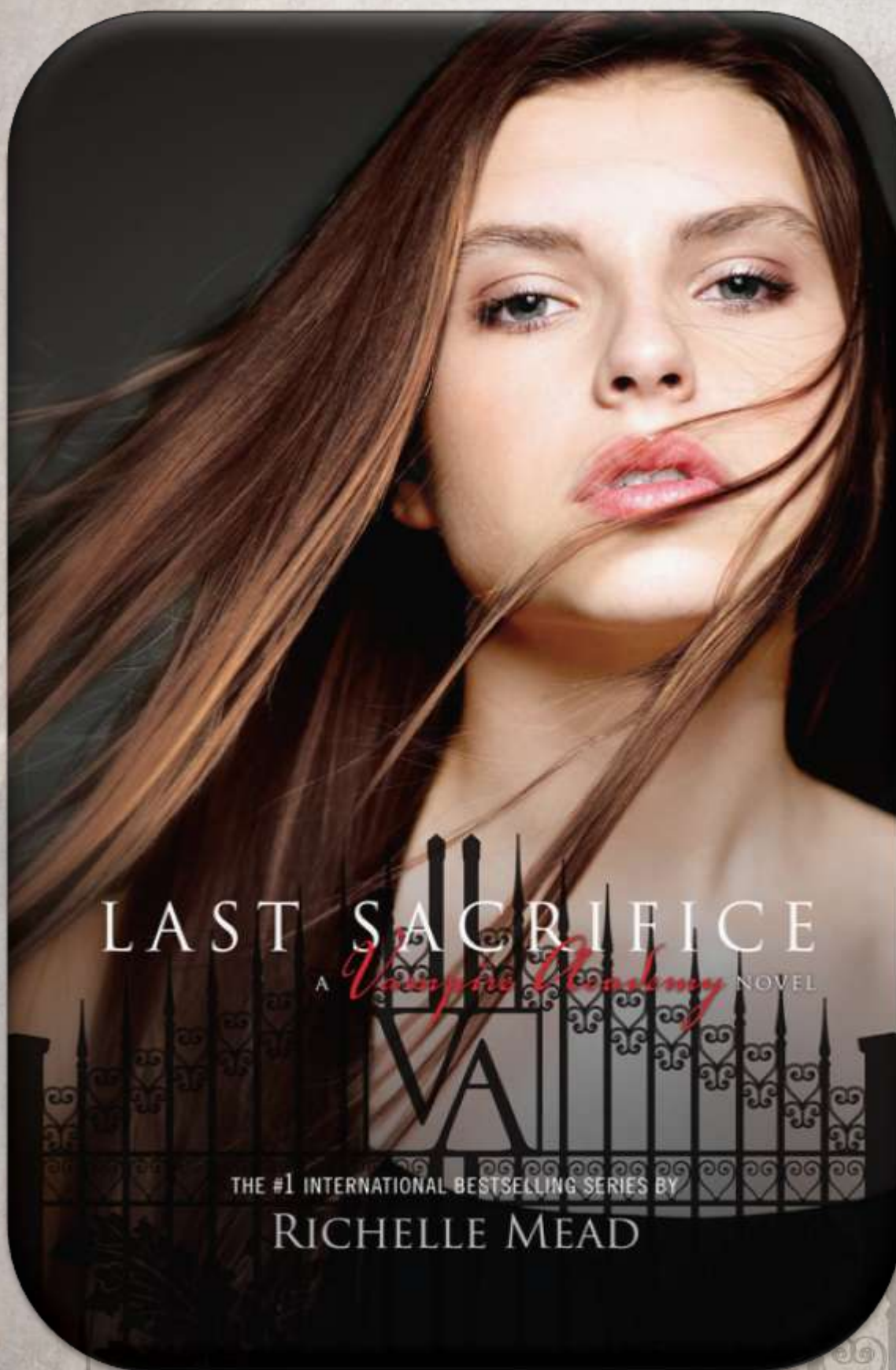


Vampire Academy

Richelle Mead



Agradecimientos

A todas nuestras maravillosas traductoras y traductores, les damos un inmenso agradecimiento, porque con este proyecto se superaron a sí mismos y terminaron en un tiempo record. Su trabajo es invaluable, ¡gracias por ser como son! Muchísimas gracias también a todo el increíble staff de corrección, ¡son geniales chicas! Y un especial agradecimiento a todos los lectores que nos siguieron incansablemente de principio a fin. ¡Disfruten la lectura!

Moderadora:

- Rania Belikov

Staff de Traducción:

- | | |
|---------------------|--------------------|
| ➤ AndreaN | ➤ Gry |
| ➤ ANDRE_G | ➤ Hillary_Stone |
| ➤ Anelisse | ➤ Lizeth |
| ➤ Anne_belikov | ➤ Lost Angel |
| ➤ *!!!BellJolie!!!* | ➤ Majo ♥ |
| ➤ Bautiston | ➤ Masi |
| ➤ belentxu | ➤ Melo LL |
| ➤ berenaiss | ➤ Moonrose |
| ➤ Caty | ➤ ηiii ♡ |
| ➤ Clo | ➤ PaolaS |
| ➤ Cowdiem | ➤ paovalera |
| ➤ CyeLy DiViNNa | ➤ Pimienta |
| ➤ Dani | ➤ Rania Belikov |
| ➤ †DaRk BeLiKoV† | ➤ rihano |
| ➤ elamela | ➤ Selune |
| ➤ Eli24 | ➤ Sheilita Belikov |
| ➤ Emii_gregori | ➤ Tara Belikov |
| ➤ Evelin | ➤ Veroniica |
| ➤ flochi | ➤ Virtxu |
| ➤ Gayanita | ➤ Yolit Belikov |

Staff de Corrección:

- Andre27xl
- Anelisse
- Angeles Rangel
- Clo
- CyeLy DiViNNa
- Emii_Gregori
- Gry
- Marina012
- Masi
- Melo LL
- Nanis
- Nella07
- ηηηη ♡
- Rania Belikov
- Selene
- Selune
- Sheilita Belikov
- Virtxu
- Yolit Belikov

Recopilación y revisión:

- CyeLy DiViNNa

Diseño:

- Caty
- Virtxu

Vampire Academy

Richelle Mead

Índice

Sinopsis	6
Capítulo 1	7
Capítulo 2	17
Capítulo 3	25
Capítulo 4	33
Capítulo 5	47
Capítulo 6	58
Capítulo 7	69
Capítulo 8	84
Capítulo 9	97
Capítulo 10	111
Capítulo 11	121
Capítulo 12	139
Capítulo 13	152
Capítulo 14	162
Capítulo 15	171
Capítulo 16	185
Capítulo 17	198
Capítulo 18	209
Capítulo 19	220
Capítulo 20	234
Capítulo 21	247
Capítulo 22	263
Capítulo 23	271
Capítulo 24	283
Capítulo 25	295
Capítulo 26	304
Capítulo 27	313
Capítulo 28	324
Capítulo 29	337
Capítulo 30	353
Capítulo 31	363
Capítulo 32	380
Capítulo 33	390
Capítulo 34	399
Capítulo 35	411
Capítulo 36	421
Sobre la autora	430

Sinopsis

Traducido por: Rania Belikov

Corregido por: cYeLy DiviNNa

A Rose Hathaway no le gusta sentirse encerrada, pero eso es lo que te hace la cárcel. Lo que realmente le molesta es lo que ella no hizo —ella no mato a la reina Tatiana. Pero dile eso a la multitud de Morois y dhampirs —mitad vampiros como ella— reunidos para el funeral... y que claman por su sangre.

Last Sacrifice es la última novela de la épica serie de vampiros de Richelle Mead... y ella guardó lo mejor para el final. *Asesinato... Amor... Celos*, todo reunido en este último capítulo en el que Lissa, la mejor amiga de Rose se enfrenta a enemigos que no quieren verla ascender al trono real.

Cuando Rose es rescatada de la cárcel por su único y verdadero amor, Dimitri, el tiempo es esencial. Ella debe probar su inocencia y salvar a su amiga, aunque eso signifique hacer... *el último sacrificio*.

Capítulo 1

Traducido por: Rania Belikov, Hillary_Stone y Emii_Gregori

Corregido por: nella07

NO ME GUSTAN LAS JAULAS.

Ni siquiera me gusta ir a los zoológicos. La primera vez que fui a uno, casi tuve un ataque de claustrofobia mirando a todos esos pobres animales. No podía imaginarme a ninguna criatura viviendo de esa manera. A veces hasta me sentía un poco mal por los criminales, condenados a vivir en una celda. Ciertamente no esperaba pasar mi vida en una.

Pero últimamente, la vida parece estar lanzándome un montón de cosas que nunca había esperado, porque aquí estaba yo, encerrada.

—¡Hey! —grité, agarrando las barras de acero que me aislaban del mundo—. ¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? ¿Cuándo es mi juicio? ¡No pueden mantenerme en este calabozo para siempre!

Bueno, esto no era exactamente un calabozo, no en la oscuridad, en el sentido de cadenas oxidadas. Yo estaba dentro de una pequeña celda con paredes normales, un piso normal, y así... todo normal. Inmaculado. Estéril. Frío. En realidad, era más deprimente que cualquier calabozo mohoso en el que podría haber estado. Las barras en la puerta se sintieron frías contra mi piel, duras e inflexibles. La iluminación fluorescente hizo un destello en el metal de una manera que parecía casi demasiado alegre para mi escenario. Podía ver el hombro de un hombre de pie firmemente al lado de la entrada de la celda y sabía que había probablemente más de cuatro guardianes en el pasillo fuera de mi vista. También sabía que ninguno de ellos iba a responderme de vuelta, pero eso no me había impedido que constantemente exigiera respuestas de ellos durante los últimos dos días.

Cuando llegó el silencio habitual, suspiré y me dejé caer sobre la cama en la esquina de la celda. Como todo lo demás en mi nueva casa, la cama estaba descolorida y dura. Sí. Estaba comenzando a lamentarme por no tener un calabozo real. Las ratas y las telarañas al menos dejaban algo para ver. Miré hacia arriba y de inmediato sentí la desorientación que siempre sentía aquí: que el techo y las paredes se cerraban en torno a mí. Como si no pudiera respirar. Como los lados de la celda seguían viniendo hacia mí hasta no quedar ningún espacio, eliminando todo el aire...

Me incorporé bruscamente, jadeando. *No mires fijamente ni las paredes ni el techo, Rose*, me castigué a mí misma. En cambio, miré hacia abajo, a mis manos entrelazadas, y traté de entender cómo me había metido en este lío.

La respuesta inicial era obvia: alguien me había acusado de un crimen que no cometí. Y no era un delito menor tampoco. Era un asesinato. Ellos habían tenido la audacia de acusarme de un delito mayor de lo que cualquier Moroi o dhampir podría cometer. Ahora, eso no quiere decir que no haya matado antes. Lo he hecho.

También he hecho mi parte justa del gobierno (e incluso la ley) rompiéndola. El asesinato a sangre fría, sin embargo, no estaba en mi repertorio. Sobre todo no el asesinato de una reina.

Es cierto que la reina Tatiana no había sido amiga mía. Ella había sido la fría gobernante de los Moroi —una carrera de vida, la magia que utilizan los vampiros quienes no mataban a sus víctimas por sangre. Tatiana y yo habíamos tenido una relación difícil por ciertas razones. Una de ellas era que yo salía con su sobrino-nieto, Adrián. La otra era mi desaprobación de sus políticas sobre cómo luchar contra los Strigoi: los vampiros malos, los no-muertos que nos asechaban a todos nosotros. Tatiana me había engañado varias veces, pero yo nunca quise verla muerta. Alguien al parecer lo quería, sin embargo, y ellos habían dejado un rastro de evidencia conduciéndolos directamente hacia mí, lo peor de todo eran mis huellas dactilares, que estaban en todas partes de la estaca de plata que había matado a Tatiana.

Desde luego, era mi estaca, entonces, naturalmente, tendría mis huellas digitales.

Nadie parecía pensar que era irrelevante.

Suspiré de nuevo y saqué una hoja de papel arrugada del bolsillo. Mi único material de lectura. Lo apreté en la mano, sin tener necesidad de mirar las palabras. Desde hace mucho tiempo lo había memorizado. El contenido de la nota me hizo preguntarme qué sabía acerca de Tatiana. Eso me había hecho cuestionarme un montón de cosas.

Frustrada con mi propio entorno, escapé de él hacia alguien que estaba dentro de mí: mi mejor amiga Lissa. Lissa era una Moroi, y compartíamos un vínculo psíquico, uno que me dejaba ir a su mente y ver el mundo a través de sus ojos.

Todos los Moroi manejaban un tipo de magia elemental. Lissa era el espíritu, un elemento ligado a los poderes psíquicos y a los poderes curativos. Era raro entre los Moroi, que suelen utilizar elementos más físicos, y apenas entendíamos su capacidad, era increíble. Ella había usado el espíritu para traerme de vuelta de entre los muertos hace unos años, y eso era lo que había forjado nuestro vínculo.

Estando en su mente me liberaba de mi jaula, pero ofrecía poca ayuda para mi problema. Lissa había estado trabajando duro para probar mi inocencia, después de oír todas las pruebas presentadas en mi contra. Mi estaca sólo había sido utilizada al principio del asesinato. Mis oponentes habían sido rápidos al recordar todo sobre mi antagonismo hacia la reina y también habían encontrado a un testigo para testificar acerca de mi paradero durante el asesinato. Aquel testimonio me había dejado sin una coartada. El Consejo había decidido que había evidencia suficiente para enviarme a un juicio en plena ley, donde recibiría mi veredicto.

Lissa había estado tratando desesperadamente de conseguir la atención de la gente y convencerlos de que había sido inculpada. Ella estaba teniendo problemas encontrando quien quería escucharla, porque toda la Corte Real de los Moroi se consumía con los preparativos para la elaboración del funeral de Tatiana. La muerte de un monarca era un gran problema. Moroi y dhampirs, los mediovampiros como yo, venían de todo el mundo para ver el espectáculo. Comida, flores, decoraciones, incluso músicos... El combo completo. Si Tatiana se hubiera casado, dudo que el evento hubiera sido tan elaborado. Con tanta actividad y bulla, nadie se preocupaba por mí ahora. Mientras la mayoría de la gente estaba preocupada, yo estaba encerrada e incapaz de matar de nuevo. El asesino de Tatiana había sido encontrado. Se hizo justicia. Caso cerrado.

Antes de que pudiera obtener una imagen clara de los alrededores de Lissa, una conmoción en la cárcel me tiró hacia atrás en mi propia cabeza. Alguien había entrado en el área y se dirigía a los guardias, pidiendo verme. Era mi primera visita en días. Mi corazón latía con fuerza, y salté hacia las barras, esperando que fuera alguien que me diría que esto había sido un terrible error.

Mi visitante no era quien yo había esperado.

—Anciano —dije fatigosamente—. ¿Qué haces aquí?

Abe Mazur se puso delante de mí. Como siempre, era una vista para contemplar.

Estábamos en mitad del verano —caliente y húmedo, en el centro de la zona rural de Pennsylvania, pero eso no le impidió llevar un traje completo. Era llamativo, perfectamente adaptado y adornado con una corbata de seda brillante color púrpura y una bufanda que sólo se veía como un exceso. Las joyas de oro destellaban contra el tono oscuro de su piel, y parecía como si recientemente hubiera recortado su corta barba negra. Abe era un Moroi, y aunque no perteneciera a alguna familia real, ejercía la suficiente influencia para serlo.

Él también resultó ser mi padre.

—Soy tu abogado —dijo alegremente—. Estoy aquí para darte asesoría legal, por supuesto.

—No eres un abogado —le recordé—. Y tu último consejo no funcionó muy bien.

—Eso era lo malo de mí. Abe, a pesar de no tener ninguna formación legal en absoluto, me había defendido en mi audiencia. Obviamente, desde que fui encerrada y llevada a juicio, el resultado de eso no había sido tan grande. Pero, durante toda mi soledad, he venido a darme cuenta de que él había tenido razón acerca de algo. Ningún abogado, no importa lo bueno que hubiera sido, podría haberme salvado en la audiencia. Tuve que darle crédito por involucrarse en una causa perdida, aunque considerando nuestra parcial relación, no estaba segura de por qué lo hizo.

Mis mayores teorías eran que no se fiaba de la realeza y que se sentía en obligación paternal. En ese orden.

—Mi desempeño fue perfecto —argumentó—. Considerando que tu discurso convincente en el que decías “si yo fuera la asesina” no nos hizo ningún favor.

Poner esa imagen en la cabeza del juez no fue la cosa más inteligente que podrías haber hecho.

Ignoré la indirecta y crucé los brazos. —Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? Sé que no es sólo una visita paternal. Nunca haces nada sin una razón.

—Desde luego que no. ¿Por qué hacer algo sin una razón?

—No empieces con tu lógica circular.

Él guiñó un ojo. —No hay necesidad de ser escéptica. Si trabajas duro y pones tu mente en ello, acabarás por heredar mis habilidades de lógica algún día.

—Abe —advertí—. Sigues con lo mismo.

—Bien, bien —dijo—. He venido a decirte que quizá tu juicio pueda ser movido.

—¿Q-qué? ¡Esas son grandes noticias! —al menos, pensé que lo eran. Su expresión, dijo lo contrario. Lo último que había escuchado, era que mi juicio podría ser en meses. La sola idea de estar en esta celda tanto tiempo me hizo sentir claustrofobia nuevamente.

—Rose, te das cuenta de que tu juicio será casi idéntico a la audiencia. Mismas pruebas y un veredicto culpable.

—Sí, pero debe haber algo que podamos hacer antes de eso, ¿verdad? ¿Encontrar evidencias que me limpien? —de repente, tuve una gran idea de cuál era el problema—. Cuando dices “mover”, ¿qué tan pronto estamos hablando?

—Idealmente, lo que a ellos le gusta hacer después de un nuevo rey o reina es coronarlo. Ya sabes, parte de las fiestas posteriores a la coronación.

Su tono era ligero, pero a medida que yo sostuve su mirada oscura, tomé el significado completo. Números sacudían mi cabeza. —El funeral es esta semana, y las elecciones son después... ¿Estás diciendo que yo podría ir a juicio y ser condenada en, qué, prácticamente dos semanas?

Abe asintió con la cabeza.

Yo volé hacia las barras de nuevo, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. —¿Dos semanas? ¿Hablas en serio?

Cuando él había dicho que el juicio había sido trasladado, me había imaginado tal vez que era un mes de distancia. Tiempo suficiente para encontrar nuevas pruebas.

¿Cómo yo me encontraba fuera? No queda claro. Ahora, el tiempo corría lejos de mí. Dos semanas no eran suficientes, sobre todo con tanta actividad en la Corte.

Hace instantes, me molestaba la larga extensión de tiempo que podría enfrentar.

Ahora, yo tenía muy poco de ello, y la respuesta a mi pregunta siguiente podría empeorar las cosas.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, tratando de controlar el temblor en mi voz—. ¿Cuánto tiempo después que ellos den el veredicto... llevan a cabo una sentencia?

Todavía no estaba del todo enterada de lo que había heredado de Abe, pero parecíamos compartir claramente un rasgo: la capacidad inquebrantable de dar malas noticias.

—Probablemente, de inmediato.

—De inmediato. —Retrocedí, casi me senté en la cama, y luego sentí una nueva oleada de adrenalina—. ¿Inmediatamente? Así que. Dos semanas. En dos semanas, yo... podría... estar... muerta.

Porque esa era la cosa que había estado revoloteando sobre mi cabeza desde el momento en que plantaron claras evidencias suficientes para culparme.

Las personas que matan reinas no son enviadas a la cárcel. Son ejecutados. Pocos crímenes entre los Moroi y dhampirs tiene ese tipo de castigo. Tratamos de ser civilizados en nuestra justicia, mostrando que somos mejores que el sanguinario Strigoi. Sin embargo, ciertos delitos, a los ojos de la ley, merecen la muerte.

Algunas personas se lo merecían, también, digamos, como, asesinos traidores.

A medida que el impacto del futuro cayó sobre mí, me sentí temblar y las lágrimas se acercaban peligrosamente a derramarse de mis ojos.

—¡Eso no está bien! —le dije a Abe—. Eso no está bien, ¡y tú lo sabes!

—No importa lo que pienso —dijo con calma—. Estoy simplemente deliberando los hechos.

—Dos semanas —repetí—. ¿Qué podemos hacer en dos semanas? Quiero decir... Tienes-algo-en-mente-¿no?-O...-O... ¿Tú puedes encontrar algo para entonces? Esa es tu especialidad —estaba divagando y sabía que sonaba histérica y desesperada.

Por supuesto, eso era porque me sentía histérica y desesperada.

—Va a ser difícil lograr mucho —explicó—. La preocupación de la Corte está centrada en lo del funeral y las elecciones. Las cosas están desordenadas, y a la vez eso es bueno y malo.

Yo conocía todos los preparativos de ver a Lissa. Yo había visto el caos varias veces. Encontrar cualquier tipo de pruebas en este lío no sólo sería difícil. Podría muy bien ser imposible.

Dos semanas. Dos semanas, y yo podría estar muerta.

—No puedo —le dije Abe, mi voz quebrada—. Yo no estoy... destinada a morir de esa manera.

—¿Ah, sí? —él arqueó una ceja—. ¿Sabes cómo se supone que vas a morir?

—En la batalla —una lágrima consiguió escapar, y me apresuré a secarla. Yo siempre había vivido mi vida con una imagen dura. Yo no quería romperla, no ahora cuando esto importaba más que nada—. En la lucha. En la defensa de los que amo. No... no a través de alguna ejecución prevista.

—Esta es una lucha de clases —reflexionó—. Claro, no una física. Dos semanas son todavía dos semanas. ¿Es malo? Sí. Pero es mejor que una semana. Y nada es imposible. Tal vez nueva evidencia aparezca. Simplemente tienes que esperar y ver.

—No me gusta esperar. Esta habitación... Es tan pequeña. No puedo respirar. Me voy a morir antes de que el verdugo me mate.

—Lo dudo mucho —la expresión de Abe era todavía fresca, sin ninguna señal de simpatía. Firmeza en el amor—. Tú has luchado sin miedo con grupos de Strigoi, sin embargo, ¿no puedes manejar una pequeña habitación de madera?

—¡Es más que eso! Ahora tengo que esperar cada día en este agujero, sabiendo que hay un reloj hasta mi muerte y casi no hay forma de detenerlo.

—A veces la mayor prueba de nuestra fuerza son situaciones que no parecen tan obviamente peligrosas. A veces sobrevivir es la más difícil de todas.

—Oh. No. No —me alejé, caminando en círculos pequeños—. No empieces con toda esa noble basura. Suenas como Dimitri cuando me daba sus lecciones de la vida profunda.

—Él sobrevivió a esta situación. Él sobrevivió a otras cosas también.

Dimitri.

Tomé una respiración profunda, calmándome a mí misma antes de contestar.

Hasta que había ocurrido el asesinato, Dimitri había sido la mayor complicación en mi vida. Hace un año, aunque pareciera haber pasado una eternidad, él había sido mi instructor en la escuela secundaria, formándome para que yo fuera una de las dhampirs guardianas que protegen a los Moroi. Había logrado eso y mucho más. Nos habíamos enamorado, algo que no estaba permitido. Lo habíamos conseguido lo mejor que pudimos, aunque finalmente dimos con una manera de estar juntos. Esa esperanza había desaparecido cuando él había sido mordido y convertido en Strigoi. Había sido una pesadilla para mí. Luego, a través de un milagro que nadie había creído posible, Lissa había utilizado el espíritu para transformarlo de nuevo en un dhampir. Pero las cosas lamentablemente no habían vuelto a la forma en que habían sido antes del ataque Strigoi.

Yo miré a Abe. —Dimitri sobrevivió, ¡pero estaba horriblemente deprimido sobre él mismo! Él sigue estándolo. Aún.

El peso de las atrocidades que había cometido como Strigoi embrujaba a Dimitri.

No podía perdonarse a sí mismo y juró que ahora nunca podría amar a nadie. El hecho de que yo había comenzado a salir con Adrian no facilitaba las cosas.

Después de una serie de esfuerzos inútiles, yo había aceptado que Dimitri y yo habíamos terminado. Yo sigo con la esperanza de que pudiera haber algo real con Adrian ahora.

—Bien —dijo Abe secamente—. Él está deprimido, pero tú eres la imagen de la felicidad y la alegría.

Suspiré. —A veces, hablar contigo es como hablarme a mí misma: una maldita molestia ¿Hay alguna otra razón por la que estamos aquí además de entregar la terrible noticia por la cual hubiera sido más feliz viviendo sin saberla?

Yo no tengo que morir de esta manera. Yo no tengo que verlo venir. Mi muerte no es una cita con lápiz en un calendario.

Se encogió de hombros. —Sólo quería verte. Y hablar de nuestros arreglos.

Sí, él lo había hecho, me di cuenta. Por los ojos de Abe que siempre volvían a mí mientras hablamos; no había habido pregunta que celebraran su atención. No había

nada en nuestras bromas con preocupación de mis guardias. Pero de vez en cuando, me gustaría ver a Abe, la mirada de película alrededor, teniéndolo en la sala, mi celda, y en otros detalles que le parecía interesante. Abe no había ganado su reputación como Zmey—la serpiente—a cambio de nada. Siempre estaba calculando, siempre en busca de una ventaja. Parecía que mi tendencia hacia los argumentos locos corría en la familia.

—Yo también quería ayudar al paso del tiempo —sonrió y de debajo de su brazo, él me dio un par de revistas y un libro a través de los barrotes—. Tal vez esto mejore las cosas.

Yo dudaba que cualquier entretenimiento fuera a hacer mi cuenta regresiva de dos semanas hacia muerte más manejable. Las revistas estaban de moda y el pelo orientado. El libro era *El Conde de Monte Cristo*. Lo levanto, tratando de bromear para hacer este momento menos verdadero.

—Vi la película. Su simbolismo sutil no es realmente tan sutil. A menos que haya una lima oculta en su interior.

—El libro siempre es mejor que la película —empezó a alejarse—. Tal vez vamos a tener una discusión literaria la próxima vez.

—Espera—arrojé el material de lectura sobre la cama—. Antes de irte... en todo este lío, nadie ha planteado quien la mató —cuando Abe no respondió de inmediato, le di una mirada penetrante—. Realmente tú *crees* que no lo hice, ¿no? —por todo lo que sabía, él creía que yo era culpable y estaba tratando de ayudar de todos los modos. No habría estado fuera de su carácter.

—Creo que mi dulce hija es capaz de asesinar —dijo al final—. Pero no esta vez.

—Entonces ¿Quién lo hizo?

—Eso... —dijo antes de marcharse—, es algo en lo que estoy trabajando.

—¡Pero acabas de decir que se nos está acabando el tiempo! ¡Abe! —no quería que se fuera. No quería quedarme a solas con mi miedo—. ¡No hay manera de arreglar esto!

—Sólo recuerda lo que te dije en la sala del tribunal —gritó de vuelta.

Salió de mi vista, y me senté en la cama, pensando en volver a ese día en la corte.

Al final de la audiencia, él me dijo, muy firmemente, que no iba a ser ejecutada. O incluso juzgada. Abe Mazur era de los que hacía promesas indiferentes, pero yo estaba empezando a pensar que incluso él tenía límites, sobre todo porque nuestro calendario se ajustaba.

Tomé de nuevo el trozo de papel arrugado y lo abrí. También era el de la sala del tribunal, secretamente me lo entregó Ambrose, el siervo de Tatiana y su chico juguete.

Rose,

Si estás leyendo esto, es que algo terrible ha sucedido. Es probable que me odies, y no te culpo. Sólo puedo pedirte que confíes en que lo que hice con el decreto de la edad era lo mejor para tu gente, si se compara con lo que otros habían planeado. Hay algunos Moroi que quieren obligar a que todos los Dhampirs estén a su servicio, quieran o no, mediante el uso de la compulsión. El decreto de edad ha disminuido esa fracción. Sin embargo, me dirijo a ti con un decreto que debes corregir, y es un secreto que debes compartir con la menor cantidad de gente posible. Vasilisa necesita su puesto en el Consejo, y se puede hacer. Ella no es la última Dragomir. Hay otro con vida, el hijo ilegítimo de Eric Dragomir. No sé nada más, pero si puedes encontrar a este hijo o hija, le darás a Vasilisa el poder que se merece. No importa tus defectos ni tu peligroso temperamento, eres la única que creo que puede asumir esta misión. No pierdas el tiempo en el cumplimiento de la misma.

Tatiana Ivashkov

Las palabras no habían cambiado desde las otras cientos de veces que la había leído, ni las preguntas que siempre se disparaban. ¿Era la nota de verdad? ¿Tatiana realmente la había escrito? ¿Había, a pesar de su actitud hostil hacia el exterior, confiado en mí este peligroso conocimiento? Había doce familias reales que tomaron decisiones en cuanto a los Moroi, pero para todos los efectos, podían haber sido once. Lissa era la última de su familia, y sin otro miembro de la familia Dragomir, la ley Moroi decía que no podía sentarse y votar junto con el Consejo que tomaba nuestras decisiones. Algunas leyes muy malas se habían hecho, y si la nota era cierta, más estaba por venir. Lissa podía luchar contra esas leyes y a algunas personas no les gustaba, personas que ya habían demostrado su voluntad de matar.

Otro Dragomir.

Otro Dragomir significaba que Lissa podía votar. Un voto más en el Consejo podía cambiar las cosas. Podía cambiar el mundo Moroi. Podía cambiar mi mundo, digamos, como, si yo soy culpable o no. Y por cierto, podría cambiar el mundo de

Lissa. Durante todo este tiempo, ella, había creído que estaba sola. Sin embargo...

Me pregunté con inquietud si ella daría la bienvenida a un medio hermano. Yo acepté que mi padre era un canalla, pero Lissa había mantenido siempre al suyo en un pedestal, creyendo que era el mejor. Esta noticia sería una sorpresa, y aunque había entrena

do toda mi vida para mantenerla a salvo de amenazas físicas, estaba empezando a pensar que había otras cosas de las que tenía que ser protegida también.

Pero primero, necesitaba la verdad. Tenía que saber si esta nota había llegado realmente desde Tatiana. Estaba bastante segura de que podía encontrarlo, pero era algo que odiaría hacer.

Bueno, *¿Por qué no?* No era como si tuviera otra cosa que hacer ahora mismo. Me incorporé en la cama, dándole la espalda a los barrotes y me quedé mirando la pared en blanco, utilizándola como punto de enfoque. Preparándome, recordando que yo era lo suficientemente fuerte para mantener el control, quité las barreras mentales que siempre, subconscientemente, mantenía alrededor de mi mente. Una gran presión se levantó de mí, como el aire que escapa de un globo.

Y de repente, estaba rodeada de fantasmas.

Capítulo 2

Traducido por: Clo, Anelisse, Pimienta y masí

Corregido por: Selene

COMO SIEMPRE, ERA DESORIENTADOR. Los rostros y los cráneos, traslucientes y luminiscentes, todos revoloteando a mi alrededor. Eran atraídos hacia mí, conglomerándose en una nube como si necesitaran con desesperación decir algo. Y en realidad, probablemente lo necesitaban. Los fantasmas que permanecían en este mundo no tenían paz, eran almas que tenían razones que les impedían seguir hacia el otro lado. Cuando Lissa me había traído de la muerte, yo había mantenido una conexión con su mundo. Me había tomado mucho trabajo y autocontrol aprender a bloquear esas apariciones que me perseguían. Las protecciones mágicas que protegían la Corte Moroi, en realidad mantenían lejos de mí a la mayor parte de los fantasmas, pero esta vez, los quería aquí. Darles ese acceso, atraerlos dentro...bien, era algo peligroso.

Algo me decía que si había algún espíritu sin descanso, sería el de la reina que había sido asesinada en su propia cama. No veía rostros familiares entre este grupo de fantasmas, pero no perdía las esperanzas.

—Tatiana —murmuré, enfocando mis pensamientos en la cara de la reina muerta—. Tatiana, ven a mí.

Una vez había sido capaz de convocar a un fantasma fácilmente: mi amigo Mason, quien había sido asesinado por un Strigoi. Aunque Tatiana y yo no fuéramos tan cercanas como lo habíamos sido Mason y yo, nosotras ciertamente teníamos una conexión. Por un rato, no ocurrió nada. El mismo montón de rostros se arremolinaban frente a mí en la celda, y comencé a desesperarme. Luego, repentinamente, ella estaba allí.

Estaba de pie con la vestimenta en que había sido asesinada, un camisón largo y una bata cubierta de sangre. Sus colores eran apagados, titilando como una pantalla de televisión que funcionaba mal. No obstante, la corona en su cabeza y la pose real le daban el mismo aire de reina que recordaba. Una vez que se materializó, no dijo ni hizo nada. Simplemente se limitó a mirarme fijo, con su oscura mirada prácticamente taladrándome el alma. Una maraña de emociones se apretó en mi pecho. Esa reacción instintiva que siempre tenía al estar cerca de Tatiana —ira y resentimiento— se desencadenó. Luego fue enredado por una sorprendente ola de

compasión. La vida de nadie debería terminar de la manera en que lo había hecho la de ella.

Vacilé, temerosa de que los guardias pudieran oírme. De alguna manera, tenía el presentimiento que el volumen de mi voz no importaba, y que ninguno de ellos podría ver lo que yo veía. Sostuve en alto la nota.

—¿Usted escribió esto? —dejé salir en un aliento—. ¿Es verdad?

Ella siguió mirándome fijo. El fantasma de Mason se había comportado de una manera similar. Convocar a los muertos era una cosa; comunicarse con ellos era un asunto totalmente diferente.

—Tengo que saberlo. Si hay otros Dragomir, los encontraré —no tenía sentido dirigir la atención hacia el hecho de que no estaba en posición de encontrar nada o a nadie—. Pero tiene que decirme. ¿Usted escribió esta nota? ¿Es verdad?

La única respuesta fue esa mirada desquiciada. Mi frustración crecía, y la presión de todos esos espíritus me estaba comenzando a dar dolor de cabeza. Aparentemente, Tatiana era tan molesta en la muerte como lo había sido en la vida.

Estaba a punto de volver a poner mis muros de regreso y empujar fuera los fantasmas, cuando Tatiana hizo el más ínfimo movimiento. Fue un diminuto asentimiento con la cabeza, apenas perceptible. Luego bajó su dura mirada hacia la nota en mi mano, y justo así—había desaparecido.

Volví a azotar mis barreras en alto, utilizando toda mi voluntad para cerrarme fuera de la muerte. El dolor de cabeza no desapareció, pero sí lo hicieron esos rostros. Me hundí de nuevo en la cama y posé la mirada en la nota sin mirarla. Allí estaba mi respuesta. La nota era verdadera. Tatiana la había escrito. De alguna manera, dudaba que su fantasma tuviera alguna razón para mentir.

Estirándome, apoyé la cabeza en la almohada y esperé a que esa terrible palpitación desapareciera. Cerré los ojos y utilicé el vínculo espiritual para regresar y ver lo que Lissa había estado haciendo. Desde mi arresto, ella había estado ocupada implorando y discutiendo en mi nombre, así que esperaba encontrar más de lo mismo. En cambio ella estaba... de compras de vestidos.

Estuve casi ofendida por la frivolidad de mi mejor amiga hasta que me di cuenta que estaba buscando un vestido para el funeral. Estaba en una de las tiendas ocultas de la Corte, una que proveía a las familias de la realeza. Para mi sorpresa, Adrian estaba con ella. Ver su hermoso rostro familiar, alivió un poco el miedo en mí. Una rápida exploración en la mente de ella me dijo la razón por la que él estaba allí: ella lo había convencido de que fuera, porque no quería dejarlo solo.

Podía entender el por qué. Él estaba completamente borracho. Era un milagro que pudiera mantenerse en pie, y de hecho, sospechaba firmemente que la pared contra la que se apoyaba fuera todo lo que lo mantenía erguido. Su cabello castaño era un desorden—y no de la forma intencionada en la que por lo general solía darle estilo. Sus profundos ojos verdes estaban inyectados en sangre. Al igual que Lissa, Adrian era un usuario del espíritu. Sin embargo, él tenía una habilidad que ella no: él podía visitar los sueños de las personas. Había esperado que viniera a mí desde mi encarcelamiento, y ahora tenía sentido la razón por la que no lo había hecho. El alcohol aturdió el espíritu. De alguna manera, eso era algo bueno. El espíritu excesivo creaba una oscuridad que llevaba a la locura a sus usuarios. Pero pasar la vida entera borracho tampoco era tan saludable.

Verlo a través de los ojos de Lissa provocó una confusión emocional casi tan intensa como la que había experimentado con Tatiana. Me sentía mal por él. Obviamente estaba preocupado y molesto por mí, y los sorprendentes eventos de estas últimas semanas lo habían tomado tan desprevenido como al resto de nosotros. Él también había perdido a su tía por quien, a pesar de su brusca actitud, se interesaba.

Aun así, a pesar de todo esto, yo sentía...menosprecio. Eso era injusto, quizás, pero no podía evitarlo. Me preocupaba tanto por él y entendía que estuviera molesto, pero había mejores maneras de lidiar con su pérdida. Su comportamiento era casi cobarde. Se estaba escondiendo de sus problemas en una botella, algo que iba contra cada parte de mi naturaleza. ¿Yo? Yo no podría dejar que mis problemas ganaran sin dar batalla.

—Terciopelo —le dijo la dueña de la tienda a Lissa con certeza. La arrugada mujer Moroí sostenía en alto un voluminoso vestido de noche de mangas largas—. El terciopelo es tradicional en la escolta de la realeza.

Junto con el resto de la fanfarria, el funeral de Tatiana tendría una escolta ceremonial caminando junto al ataúd, con un representante de cada familia. Aparentemente, no le importaba a nadie que Lissa llenara ese rol por su familia. ¿Pero votar? Esa era otra cuestión.

Lissa miró el vestido. Parecía más un disfraz de Halloween que un vestido para un funeral.

—Hacen treinta y dos grados afuera —dijo Lissa—. Y hay humedad.

—La tradición exige sacrificio —dijo melodramáticamente la mujer—. Como lo hace la tragedia.

Adrian abrió la boca, preparado, sin dudas, con algún comentario inapropiado y burlón. Lissa le dio un cortante movimiento de cabeza que lo mantuvo callado. —¿No hay alguna, no sé, opción sin mangas?

Los ojos de la vendedora se abrieron amplios. —Nadie nunca ha vestido con breteles en un funeral de la realeza. No sería correcto.

—¿Y pantalones cortos? —preguntó Adrian—. ¿Están bien si se utilizan con corbata? Porque era así como pensaba ir yo.

La mujer se veía horrorizada. Lissa le lanzó a Adrian una mirada de desdén, no tanto por el comentario —el cual encontró más o menos gracioso— sino porque ella también estaba indignada por su constante estado de intoxicación.

—Bueno, nadie me trata como alguien de la realeza hecha y derecha —dijo Lissa, volviéndose hacia los vestidos—. No hay razón para actuar como una ahora. Muéstreme sus opciones con breteles y mangas cortas.

La vendedora hizo una mueca pero acató la orden. No tenía problema en aconsejar a la realeza acerca de la moda pero no se atrevería a decirles qué hacer o vestir. Era parte de la estratificación de nuestro mundo. La mujer recorrió la tienda para encontrar los vestidos solicitados, justo mientras el novio de Lissa y su tía entraban a la tienda.

Christian Ozer, pensé, era como debería estar actuando Adrian. El hecho de que yo pudiera incluso estar pensando así era alarmante. Evidentemente los tiempos habían cambiado desde que yo atacaba a Christian como un modelo a seguir. Pero era verdad. Lo había observado con Lissa esta última semana, y Christian había estado determinado e inalterable, haciendo lo que sea que pudiera para ayudarla tras la muerte de Tatiana y mi arresto. Por la mirada actual de su cara, era obvio que tenía algo importante que transmitir.

Su franca tía, Tasha Ozer, era otro estudio en fuerza y elegancia bajo presión. Ella lo había criado después que sus padres se hubieran convertido en Strigoi—y la hubieran atacado, dejando a Tasha con cicatrices en un lado del rostro. Los Moroi siempre habían confiado en los guardianes para defenderse, pero después de ese ataque, Tasha había decidido tomar el asunto en sus propias manos. Ella había aprendido a luchar, entrenándose con toda clase de métodos cuerpo a cuerpo y armas. Ella realmente era bastante cabrona y constantemente impulsaba a otros Moroi a que aprendieran a luchar también.

Lissa dejó un vestido que había estado examinando y se volvió hacia Christian con ansiedad. Después de mi, era la persona en quien más confiaba en el mundo. Él había sido su roca a lo largo de todo esto.

Él miró en torno a la tienda, sin mostrarse excesivamente emocionado por estar rodeado de vestidos. —¿Están de compras, chicos? —preguntó él, mirando de Lissa a Adrian—. ¿Logrando un momento de chicas?

—Oye, tuviste el beneficio de un cambio de vestuario —dijo Adrian—. Además, apuesto a que te ves muy bien con una camiseta sin mangas.

Lissa ignoró las bromas del chico y se concentró en la Ozero. —¿Qué averiguaste?

—Han decidido no adoptar medidas —dijo Christian. Sus labios se curvaron con desdén—. Bueno, no del tipo de castigos que requieren acción.

Tasha asintió con la cabeza. —Estamos tratando de insistir en la idea de que él sólo pensó que Rose estaba en peligro y reaccionó antes de darse cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo.

Mi corazón se detuvo. *Dimitri*. Hablaban de Dimitri

Por un momento, yo no estaba por más tiempo con Lissa. Yo no estaba por más tiempo en mi celda. En cambio, yo estaba de vuelta al día de mi arresto, había estado discutiendo con Dimitri en un café, regañándole por su persistente negativa a hablar conmigo, y mucho menos a continuar con nuestra relación anterior. Yo había decidido entonces que estaba terminando con él, que las cosas realmente habían acabado y que no le permitiría destrozarme el corazón. Fue entonces cuando los guardianes habían venido a por mí, y no importaba lo que Dimitri hubiera afirmado sobre su tiempo Strigoi, haciéndole incapaz para amar, ya que había reaccionado con extrema velocidad en mi defensa. Habíamos estado, desesperanzadoramente, superados en número, pero a él no le había importado. La expresión de su rostro —mi propia misteriosa comprensión sobre él— me había dicho todo lo que necesitaba saber. Yo estaba frente a una amenaza. Él tenía que defenderme.

Y defenderme era lo que había hecho. Había luchado como el dios que había estado de nuevo en la Academia de San Vladimir, cuando él me enseñó como luchar contra los Strigoi. Él incapacitó a más guardianes en aquel café, de lo que un hombre debería haber sido capaz de hacer. La única cosa que le había parado —y realmente creo que habría luchado hasta su último aliento— había sido mi intervención. Yo no había sabido en ese momento lo que iba a pasar o por qué una legión de guardianes querría detenerme. Pero me había dado cuenta de que Dimitri estaba en grave peligro de empeorar, su ya frágil status, en torno a la Corte. Un Strigoi siendo restaurado era algo inaudito, y muchos, todavía, no confiaban en él. Yo le supliqué que parara, más asustada de lo que pudiera ocurrirle a él que a mí. Poco había sabido yo, lo que me aguardaba.

Él había venido a mi audiencia —bajo vigilancia— pero ni Lissa ni yo le habíamos visto, entonces. Lissa había estado trabajando duro para exculparle de cualquier delito, por temor a que ellos le apresaran de nuevo. *¿Y a mí?* Yo había estado tratando de decirme a mí misma de no pensar demasiado en lo que él había hecho. Mi detención y mi potencial ejecución tenían prioridad. Sin embargo... todavía me preguntaba. *¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había arriesgado su vida por mí? ¿Era una reacción instintiva a una amenaza? ¿Si lo hubiera hecho como un favor a Lissa, a quien había jurado ayudar a cambio de que le liberara? ¿O, realmente, había hecho porque todavía sentía algo por mí?*

Yo todavía no sabía la respuesta, pero el verle así, como el feroz Dimitri de mi pasado, había despertado los sentimientos que estaba, tan desesperadamente, tratando de superar. Seguía tratando de asegurarme a mí misma, que recuperarse de una relación llevaba tiempo. Los sentimientos persistentes eran naturales. Por desgracia, llevaba más tiempo sobreponerse cuando el chico se lanzaba hacia el peligro por ti.

De todos modos, las palabras de Christian y Tasha me dieron esperanzas sobre la suerte de Dimitri. Después de todo, no era la única que caminar sobre una línea tenue, entre la vida y la muerte. Eso convencía de que el Strigoi seguía queriendo ver una estaca en su corazón.

—Le están manteniendo confinado de nuevo —dijo Christian—. Pero no en una celda... Simplemente en su habitación, con un par de guardias. Ellos no le quieren cerca de la Corte, hasta que las cosas se calmen.

—Eso es mejor que la cárcel —reconoció Lissa.

—Pero eso todavía es absurdo —espetó Tasha, más para sí misma que para los otros. Ella y Dimitri habían sido muy cercanos durante los últimos años, y ella, una vez, había querido llevar sus relaciones a otro nivel. Se había conformado con la amistad, y su indignación por la injusticia cometida contra él era tan fuerte como la nuestra—. Deberían haberlo dejado ir en cuanto se convirtió en un dhampir de nuevo. Una vez que las elecciones se resuelvan, voy a asegurarme de que sea libre.

—Y eso es lo raro... —los ojos azul claro de Christian se estrecharon, pensativamente—. Oímos que Tatiana le había dicho a otros antes de que ella... antes de que ella... —Christian titubeó y miró con inquietud a Adrian. El titubeo era inusual en Christian, que por lo general decía lo que pensaba, abruptamente.

—Antes de que ella fuera asesinada —dijo Adrian, tajantemente, sin mirar a ninguno de ellos—. Sigamos adelante.

Christian tragó. —Uhm, sí. Yo supongo que... no en público... ella había anunciado que ella creía que Dimitri era realmente de nuevo un dhamphir. Su plan era ayudar a conseguir una mayor aceptación una vez que las otras cosas se establecieran—. Las “otras cosas” era la vieja ley que se mencionaba en la nota de Tatiana, en la que decía que los dhamphirs de dieciséis años se verían obligados a graduarse y empezar a defender a los Morois. Esto me había enfurecido, pero como tantas otras cosas... ahora bien, estaba como en un tipo de suspenso.

Adrian hizo un extraño sonido, como si se aclarara la garganta. —Ella no lo hizo.

Christian se encogió de hombros. —Muchos de sus asesores dijeron que lo hizo. Ese es el rumor.

—Se me hace demasiado difícil de creer —le dijo Tasha a Adrian—. Ella nunca había aprobado las políticas de Tatiana y había hablado con vehemencia en contra de ellas en más de una ocasión. La incredulidad de Adrian no era política, sin embargo. Venía limitada por las ideas que había tenido siempre de su tía. Ella nunca había dado ninguna indicación de que quisiera ayudar a Dimitri recuperar su antiguo status. Adrian no hizo más comentarios, pero yo sabía que este tema encendía las chispas de los celos en su interior. Yo le dije que Dimitri estaba en el pasado que estaba lista para seguir adelante, pero Adrian... como yo... debía de tener, sin duda, preguntas por cuál era la motivación detrás de la valiente defensa a Dimitri.

Lissa comenzó a especular sobre cómo podrían sacar a Dimitri de su arresto domiciliario cuando la vendedora volvió con un montón de vestidos que claramente desaprobaba. Mordiéndose el labio. Lissa se quedó en silencio. Ella archivó la situación de Dimitri como algo que trataríamos más adelante. En cambio, con cansancio se preparó para probarse los vestidos e interpretar el papel de la buena y pequeña chica real.

Adrian se animó ante la vista de los vestidos.

—¿Entraría cualquiera ahí dentro?

Volví a mi celda, reflexionando sobre los problemas que me parecía a mantener amontonados. Me preocupaba por ambos Adrian y Dimitri. Estaba preocupada por mí misma. Y también estaba preocupada por este supuesto Dragomir perdido. Y estaba empezando a creer que la historia podría ser real, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, lo que me frustraba. Yo debía tomar una decisión a la hora de ayudar a Lissa. Tatiana me había dicho en su carta que tuviera cuidado con los que hablaba sobre el asunto. *¿Debía pasar esta misión a otra persona?* Yo quería hacerme cargo de ella, pero las barras y las sofocantes paredes cerca de mí me decían que no podría ser capaz de hacerse cargo de nada por un tiempo, ni siquiera de mi propia vida.

Dos semanas.

Necesitando más distracción, me di por vencida y comencé a leer el libro de Abe, que era exactamente la historia de un encarcelamiento injusto que yo esperaba que fuera. Era muy buena y me enseñó a fingir mi propia muerte, que aparentemente, no iba a funcionar como un método de escape. Un escalofrío pasó por mi espalda cuando recordé una lectura de Tarot que una Moroi llamada Rhonda me había dado. Ella era la tía de Ambrose, y una de las cartas que había dibujado para mí, había mostraba a una mujer atada a espadas. Encarcelamiento injusto. Acusaciones. Calumnia. Maldita sea. Yo estaba empezando a odiar a esas cartas. Siempre insistí en que eran una estafa, sin embargo, habían tenido la molesta tendencia a hacerse realidad. El final de su lectura había mostrado un viaje, *¿pero a dónde? ¿Una prisión de verdad? ¿Mi ejecución?* Preguntas sin respuesta. Bienvenidas a mi mundo. Descartando las opciones por el momento, pensé que también podría tratar de descansar un poco. Me extendí en la plataforma, y traté de alejar las constantes preocupaciones. No fue fácil. Cada vez que cerraba los ojos, veía a un juez golpeando un martillo, condenándome a muerte.

Vi mi nombre en los libros de historia, no como una heroína, sino como una traidora. Allí tendida, me ahogué con mis propios miedos, pensé en Dimitri. Me imaginé su mirada fija y prácticamente le escuchaba leyéndome. Ahora no te preocupes de lo que no puedes cambiar. Descansa cuanto puedas para estar lista para las batallas del mañana. El consejo imaginario me tranquilizó. El sueño llegó, por fin, pesado y profundo. Yo estaba dando muchas vueltas esta semana, el tan cierto descanso era bienvenido.

Entonces... me desperté.

Me senté en la cama, con mi corazón latiendo con fuerza. Mirando alrededor, busqué el peligro... una amenaza que me hubiera sorprendido en el sueño. No había nada. Oscuridad. Silencio. El chillido débil de una silla por el pasillo me dijo que mis guardias seguían por alrededor.

El lazo, me di cuenta. El enlace me había despertado. Había sentido un brote agudo, intenso, de... *¿qué? Intensidad. Ansiedad. Una descarga de adrenalina.* El pánico corrió a través de mí, y me sumergí más en Lissa, tratando de encontrar lo que había causado que la emoción surgiera de ella. Lo que encontré fue... nada.

El vínculo se había ido.

Capítulo 3

Traducido por: moonrose, Lost Angel, ANDRE_G, bautiston, majo!♥ y †DaRk BeLiKoV†

Corregido por: Emii_Gregori

BUENO, NO IDO EXACTAMENTE.

Enmudecido. Algo así como lo había sentido inmediatamente después de que ella había restaurado a Dimitri de vuelta a ser Dhampir. La magia había sido tan fuerte entonces, que había *quemado* nuestro vínculo. No había ni un toque de magia ahora. Era casi como si la inexpresividad fuese intencional de su parte. Como siempre, yo seguía teniendo la sensación de que Lissa: estaba viva; estaba bien. ¿Entonces qué me estaba impidiendo sentir más de ella? Ella no estaba durmiendo, porque yo podía sentir la sensación de alerta consciente al otro lado de esta pared. El espíritu estaba allí, escondiéndola de mí... y ella estaba haciendo que sucediera.

¿Qué demonios? Era un hecho aceptado que nuestro lazo trabajaba en un solo sentido. Yo podía sentirla; ella no podía sentirme. Igualmente yo podía controlar cuando entraba en su mente. Frecuentemente, trataba de mantenerme fuera (excluyendo el tiempo de reclusión en la cárcel), en un intento de proteger su privacidad. Lissa no tenía ningún tipo de control, y su vulnerabilidad la enfurecía a veces. De vez en cuando, ella podía usar su poder para escudarse de mí, pero era extraño, difícil, y requería un considerable esfuerzo de su parte. Hoy, ella lo estaba expulsando, y a medida que la condición persistía, yo podía sentir su esfuerzo. Mantenerme fuera no era fácil, pero ella lo estaba logrando. Por supuesto, no me preocupaba cómo. Yo quería saber el *por qué*.

Era probablemente mi peor día de encierro. Temer por mí misma era una cosa. *¿Pero por ella?* Era agonizante. Si fuera mi vida o la de ella, yo podría haber caminado a una ejecución sin dudarlo. Tenía que saber qué estaba pasando. *¿Había averiguado algo? ¿Había decidido el Concejo saltar el juicio y ejecutarme? ¿Estaba Lissa tratando de protegerme de las noticias? Mientras más espíritu usaba, más arriesgaba su vida. Esta barrera mental requería un montón de magia. ¿Pero por qué? ¿Por qué ella estaba tomando este riesgo?*

Fue impresionante en ese momento darme cuenta de cuanto había confiado en el lazo para seguirle la pista. Verdad: *No siempre había recibido bien los*

pensamientos de alguien más en mi cabeza. A pesar del control que había aprendido, su mente a veces se deslizaba en la mía en momentos en que aún no había tenido experiencia. Nada de eso me preocupaba ahora—sólo su seguridad. Ser bloqueada era como tener un miembro cortado.

Todo el día traté de meterme en su cabeza. Cada vez, era expulsada. Era enloquecedor. Ningún visitante vino a mí tampoco, y los libros y revistas hace tiempo habían perdido su atractivo. El sentimiento de animal atrapado estaba volviendo a mí otra vez, y gasté una buena cantidad de tiempo gritándoles a mis guardias—sin resultados. El funeral de Tatiana era mañana, y el reloj de mi juicio hacia tic-tac fuertemente.

La hora de dormir llegó, y el lazo en la pared cayó finalmente—porque Lissa se fue a dormir. La conexión entre nosotras era firme, pero su mente estaba cerrada en la inconsciencia. No encontré respuestas ahí. Me fui sin nada más, fui a la cama también, preguntándome si sería expulsada nuevamente en la mañana.

No lo fui. Ella y yo estábamos conectadas de nuevo, y yo era capaz de ver el mundo a través de sus ojos una vez más. Lissa estaba levantada y dando vueltas temprano, preparándose para el funeral. Nunca vi ni sentí ningún signo de por qué había sido bloqueada el día anterior. Ella estaba dejándome entrar de nuevo en su mente, como lo normal. Casi me pregunté si había imaginado ser expulsada por ella.

No... allí estaba. Apenas. Dentro de su mente, sentí pensamientos de que ella aún se ocultaba de mí. Eran resbaladizos. Cada vez que trataba de agarrarlos, caían de mis manos. Estaba sorprendida de que ella continuara usando suficiente magia para sacarlos, y era también una clara indicación de que ella me había bloqueado intencionalmente ayer. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué en el mundo ella necesitaría esconder algo de mí? ¿Que podría hacer yo encerrada en este hueco del infierno? De nuevo mi malestar crecía ¿Qué cosa tan terrible aún no sabía?

Observe a Lissa prepararse, luciendo aparentemente ninguna señal de nada inusual. El vestido que finalmente había seleccionado, tenía varias capas e iba hasta la rodilla. Negro por supuesto, era difícilmente un vestido para asistir a una fiesta, pero ella sabía que haría que algunas cejas se elevaran. En circunstancias diferentes, esto me hubiera encantado. Ella escogió lucir su cabello suelto, su pálido color dorado lucía brillante contra su vestido negro mientras se miraba en el espejo.

Christian se encontró con Lissa afuera. El lucía limpio, y tenía que admitir que estaba inusualmente usando una camisa de vestido y una corbata. Él trazó la línea en la chaqueta y su expresión era una mezcla extraña entre nerviosismo, confidencialidad y un típico sarcasmo. Cuando el vio a Lissa, sin embargo, su

rostro cambió momentáneamente, volviéndose radiante y atemorizado mientras la miraba. Le dio una pequeña mirada y la tomó en sus brazos en un corto abrazo. Su toque le trajo a ella alegría y confort, calmando su ansiedad, ellos habían vuelto a juntarse recientemente luego de un rompimiento, y ese tiempo separados había sido agonizante para ambos.

—Va a salir bien —él susurró, con su mirada de preocupación regresando—. Esto funcionará. Podemos hacerlo.

Ella no dijo nada pero apretó su agarre en él antes de dar un paso atrás. Ninguno de los dos habló mientras caminaban hasta el comienzo de la procesión funeraria. Yo decidí que esto era sospechoso. Ella asió su mano y se sintió fortalecida.

El procedimiento de un funeral para los monarcas Moroi había sido el mismo por siglos, no importaba si la corte estaba en Rumania o en su nuevo hogar en Pennsylvania. Ese era el modo de los Moroi. Ellos mezclaban lo tradicional con lo moderno, magia con tecnología.

El féretro de la reina sería cargado por portadores hacia el exterior del palacio y tomado con gran ceremonia por todo el terreno de la Corte, hasta que llegara a la imponente catedral de la Corte. Allí, un selecto grupo entraría para la misa. Después del servicio, Tatiana sería enterrada en el cementerio de la iglesia, tomando su lugar junto a otros monarcas e importantes personajes de la realeza.

La ruta de la iglesia era fácil de identificar. Astas con banderas de seda roja y negra marcaban cada lado. Pétalos de rosas habían sido esparcidos por el suelo donde el cofre iba a pasar. A los lados, la gente se amontonaba, esperando poder captar un vistazo de su reina anterior. Muchos Moroi vinieron de lugares lejanos, algunos para ver el funeral y otros para ver las elecciones de los monarcas que sucederían durante el próximo par de semanas.

Los acompañantes de la familia real—cuya mayoría llevaban terciopelo negro aprobado por las vendedoras—ya se estaban dirigiendo al interior del palacio. Lissa se detuvo en el exterior para separarse de Christian ya que él con toda seguridad no estaría entre los representantes de su familia para tan honorable evento. Ella le dio otro abrazo fiero y un ligero beso. Cuando se separaron, había un destello de complicidad en los ojos azules de él—ese secreto que estaban escondiendo de mí.

Lissa se abrió camino entre la concurrida multitud, tratando de llegar a la entrada y encontró el lugar donde empezaba la procesión. El edificio no lucía como los palacios o castillos de la Europa antigua. Una magnífica fachada de piedra y ventanas altas emparejaban las otras estructuras de la corte, pero un par de

características—su altas, anchas escaleras de piedra—sutilmente la distinguían de otros edificios. Un tirón en el brazo de Lissa detuvo su progreso, casi provocando que se abalanzara sobre un anciano hombre Moroi.

—¿Vasilisa? —era Daniella Ivashkov, la madre de Adrian. Daniella no era tan mala como la realeza acostumbraba, y ella en realidad estaba de acuerdo con que Adrian y yo saliéramos—o al menos, lo había estado antes que yo fuese acusada de asesinato. La mayor parte de la aceptación de Daniella venía del hecho de que ella creía que Adrian y yo nos separaríamos de cualquier forma una vez que yo recibiera mi asignación de guardiana. Daniella también había convencido a uno de sus primos, Damon Tarus, de ser mi abogado—una oferta que rechacé cuando en su lugar elegí a Abe para representarme. Aún no estaba completamente segura de sí había tomado la mejor decisión ahí, pero eso probablemente empañó la visión de Daniella sobre mí, lo cual lamentaba.

Lissa ofreció una sonrisa nerviosa. Ella estaba ansiosa de unirse a la procesión y dar todo esto por terminado. —Hola —dijo ella.

Daniella estaba vestida completamente de terciopelo e incluso tenía pequeños diamantes en los pasadores que hacían brillar su cabello. Preocupación y agitación lineaban su bello rostro. —¿Has visto a Adrian? No he sido capaz de encontrarlo aun. Ya revisamos su cuarto.

—Oh —Lissa evadió sus ojos.

—¿Qué? —Daniella apenas la sacudió—. ¿Qué sabes?

Lisa suspiró. —No estoy segura donde está, pero lo vi la noche pasada cuando el volvía de alguna fiesta —Lissa dudo, como si estuviera demasiado avergonzada de contar el resto—. Él estaba realmente... borracho. Más de lo que lo he visto antes. Iba a salir con unas chicas, y no sé. Lo siento Lady Ivashkov. Él está probablemente...bueno, desmayado en algún sitio.

Daniella apretó sus manos y compartió su consternación. —Espero que nadie lo note. Tal vez podamos decir... que él está tratando de superar el dolor. Hay tantas cosas pasando. Seguramente nadie lo notara ¿Tú les dirás, verdad? ¿Les dirás cuan molesto estaba?

Me gustaba Daniella, pero esa obsesión real con la imagen ya estaba comenzando a molestarme. Yo sabía que ella amaba a su hijo, pero su principal preocupación aquí parecía ser menos acerca del descanso final de Tatiana que de lo que los otros pudieran pensar acerca de una violación del protocolo. —Por supuesto —dijo Lissa—. No quisiera que nadie... bueno y odiaría tener que salir por eso.

—Gracias. Ahora ve —Daniella hizo un gesto hacia las puertas, todavía mirando ansiosa—. Necesitas tomar tu lugar —para sorpresa de Lissa, Daniella le dio una suave palmada en el brazo—. Y no te pongas nerviosa, lo harás bien. Sólo mantén la cabeza en alto.

Los guardianes apostados en las puertas, la reconocieron como alguien con acceso y le permitieron entrar allí, en el vestíbulo, donde se hallaba el ataúd de Tatiana. Lissa se congeló, abrumada de repente, y casi olvidó lo que estaba haciendo allí.

El féretro solo era una obra de arte. Estaba hecha de reluciente madera negra, pulida para que brillase. Las pinturas de elaboradas escenas de jardín con brillantes colores metálicos adornaban cada lado. El oro brillaba en todas partes, incluyendo las manivelas que los portadores del féretro usarían. Dichas manivelas estaban cubiertas con hileras de rosas color malva. Parecía que las espinas y las hojas harían difícil a los portadores del féretro obtener un buen agarre, pero ese era su problema.

En el interior, acostada y cubierta en un lecho de mas rosas malva, estaba la misma Tatiana. Era extraño. Veía cuerpos muertos todo el tiempo. Diablos. Yo causé algunos. Pero mirar un cuerpo que se había conservado, tendido pacíficamente y ornamentado... bueno, era espeluznante. Era extraño para Lissa también, sobre todo porque ella no tenía que lidiar con la muerte tan a menudo como yo lo hacía.

Tatiana llevaba un vestido de seda brillante que era de un rico color púrpura oscuro, el color tradicional para el entierro real. El vestido tenía mangas largas que estaban decoradas con un elaborado diseño de pequeñas perlas. Había visto a Tatiana a menudo de rojo, un color asociado con la familia Ivashkov y me alegré por la tradición púrpura para el entierro. Un vestido rojo habría sido demasiado fuerte como recuerdo de las imágenes sangrientas de ella que había visto en la audiencia, imágenes que trataba de bloquear. Cadenas de piedras preciosas y más perlas colgaban de su cuello y una corona de oro adornada con diamantes y amatistas descansaba sobre su cabello canoso. Alguien había hecho un buen trabajo con el maquillaje de Tatiana, pero aún así no pudo ocultar la blancura de su piel. Los Moroï eran naturalmente pálidos. En la muerte, eran como la tiza, como los Strigoi. La imagen golpeó a Lissa tan vívidamente que se balanceó sobre sus pies un poco y tuvo que apartar la mirada. La esencia de las rosas llenaba el aire, pero no había indicio de corrupción mezclado con esa dulzura.

El coordinador de la funeraria vio a Lissa y le ordenó que tomara su posición— después de lamentar la elección de la vestimenta de Lissa. Las palabras agudas trajeron a Lissa de nuevo a la realidad, y se ubicó en línea con los otros cinco miembros de la realeza en el lado derecho del ataúd. Trató de no mirar muy de cerca el cuerpo de la reina y dirigió su mirada a otra parte. Los portadores del féretro aparecieron de pronto y levantaron su carga, utilizando las manivelas

cubiertas de rosas para descansar el féretro sobre sus hombros y poco a poco llevarlo hacia la multitud que esperaba. Los portadores del féretro eran todos dhampirs. Llevaban trajes formales, lo que me confundió al principio, pero luego me di cuenta que estaban todos los guardianes de la Corte—excepto uno. Ambrose. Él lucía tan espléndido como siempre y se quedó mirando al frente como si estuviera haciendo su trabajo, la cara en blanco y sin expresión.

Me pregunté si Ambrose estaba de luto por Tatiana. Estaba tan obsesionada con mis propios problemas que estaba olvidando que una vida se había perdido aquí, una vida que muchos habían querido. Ambrose había defendido a Tatiana cuando me había enojado por la ley de la edad. Viéndolo a través de los ojos de Lissa, me hubiera gustado estar allí para hablar con él en persona. Tenía que saber algo más sobre la carta que me había deslizado en la sala del tribunal. Seguramente no era sólo el chico de los mandados.

La procesión avanzó, terminando mis divagaciones sobre Ambrose. Antes y por delante del ataúd donde otras personas ceremoniales. Miembros de la realeza en ropa elaborada, hacían una brillante exhibición. Guardias uniformados llevaban banderas. Músicos con flautas caminaban en la parte trasera, tocando una fúnebre melodía. Por su parte, Lissa era muy buena en las apariciones públicas y manejaba el lento y majestuoso paso con gracias y elegancia, su mirada nivelada y confidente. Yo no podía ver fuera de su cuerpo, por supuesto, pero era fácil imaginar lo que los espectadores veían. Ella era hermosa y regia, digna de ser parte de la herencia Dragomir y con mucha esperanza cada vez más y más se darían cuenta de ello. Esto nos ahorraría muchos problemas si alguien cambiara la ley electoral por procedimientos estándares, así no teníamos que confiar en una búsqueda de un hermano perdido.

Caminar por la ruta funeral tomó mucho tiempo. Incluso cuando el sol comenzó a hundirse abajo hacia el horizonte, el calor del día todavía colgaba en el aire. Lissa comenzó a sudar, pero sabía que su incomodidad no era nada comparada con la de los portadores de féretro.

Si la multitud observadora sentía el calor, no lo demostraron. Estiraron el cuello para conseguir su único atisbo del espectáculo pasando antes que ellos. Lissa no procesó a los espectadores tanto, pero en sus rostros, vi que el ataúd no era su único foco. Ellos también miraban Lissa. La palabra de lo que ella había hecho por Dimitri había sido proclamada alrededor del mundo Moroi, y mientras muchos eran escépticos de su habilidad para curar, había otros tantos que lo creían. Vi expresiones de asombro y temor en la multitud, y durante un segundo, me pregunté a quién realmente habían venido a ver: *¿A Lissa o a Tatiana?*

Finalmente, la catedral apareció, lo que era buena noticia para Lissa. El sol no mataba a los Moroi como lo hacía con los Strigoi, pero el calor y luz del sol todavía

eran incómodos para cualquier vampiro. La procesión estaba casi terminando, y ella, siendo una de aquellos permitidos en el servicio religioso, conseguiría pronto disfrutar del aire acondicionado.

Cuando estudié los alrededores, no podía dejar de pensar en el círculo de ironía que era mi vida. Lejos a los lados de los extensos terrenos de la iglesia había dos estatuas gigantes mostrando antiguos monarcas Moroi de leyenda, un rey y una reina que habían ayudado a los Moroi a prosperar. A pesar de que estuvieran a una distancia considerable de la iglesia, las estatuas surgieron ominosamente, como si estuvieran escudriñándolo todo. Cerca de la estatua de la reina estaba en un jardín que yo conocía bien. Había sido forzada a trabajar en él, como castigo por escaparme a Las Vegas. Mi verdadero propósito en aquel viaje—del que nadie sabía—había sido para liberar a Victor Dashkov de la prisión. Victor había sido un largo tiempo enemigo de los nuestros, pero él y su hermano Robert, un usuario del espíritu, habían poseído el conocimiento que necesitábamos para salvar a Dimitri. Si algún guardián hubiera averiguado que yo había liberado a Victor—y luego lo había perdido—mi castigo habría sido mucho peor que archivar y ajardinar. Al menos había hecho un trabajo bueno con el jardín, pensé amargamente, si yo fuera ejecutada, dejaría una duradera marca en la Corte.

Los ojos de Lissa se detuvieron en una de las estatuas durante mucho tiempo antes de que se volviera hacia la iglesia. Ahora ella estaba sudando demasiado y me di cuenta de que no era sólo el calor. Ella también estaba ansiosa. ¿Pero por qué? *¿Por qué estaba tan nerviosa?* Esta era sólo una ceremonia. Todo lo que ella tenía que hacer era seguir todo el procedimiento aquí. No obstante... allí estaba de nuevo. Algo más la estaba molestando. Ella todavía estaba guardando un racimo de pensamientos de mí, pero unos cuantos se escaparon cuando se preocupó.

Demasiado cerca, demasiado cerca. Nos estamos moviendo demasiado rápido.

¿Rápido? No en mi opinión. Nunca podría haber manejado este lento y majestuoso pasó. Me sentí especialmente mal por los portadores del féretro. Si yo fuera uno, habría dicho al diablo con la decencia y habría comenzado a trotar hacia mi destino final. Por supuesto eso podría dar empujones al cuerpo. Si la coordinadora del funeral había estado disgustada sobre el vestido de Lissa, no había manera de expresar cómo reaccionaría si Tatiana se cayera del ataúd.

Nuestra vista de la catedral se estaba aclarando, sus cúpulas brillaban ámbar y naranja en el sol poniente. Lissa aún estaba unos metros lejos, pero el sacerdote parado fuera en frente era claramente visible. Sus vestiduras eran casi cegadoras. Estaban hechas de un pesado, brillante brocado dorado, largo y completo. Un sombrero redondo con una cruz, también dorada, puesta en su cabeza. Pensé que era de mal gusto para él eclipsar la ropa de la reina, pero tal vez era lo que el sacerdote hacía en ocasiones formales. Tal vez llamaba la atención de Dios. Él

levantó sus brazos en bienvenida, mostrando más de esa rica tela. El resto de la gente y yo no podíamos evitar mirar el deslumbrante despliegue.

Así que, pueden imaginar nuestra sorpresa cuando las estatuas explotaron.

Capítulo 4

Traducido por: AndreaN y Dani

Corregido por: cYeLy DiviNNa

Y CUANDO DIGO EXPLOTARON, me refiero a que *explotaron*.

Llamas y humo se desplegaron como pétalos de una flor nueva abriéndose mientras esos pobres monarcas explotaban en piezas de roca. Por un momento, estuve aturdida. Era como mirar una película de acción, la explosión rompiendo el aire y sacudiendo el piso. Luego, los guardianes entrenados entraron dando patadas. La observación crítica y el cálculo se apoderaron de la situación. Inmediatamente noté que la masa del material de las estatuas voló hacia los lados externos del jardín. Pequeños pedazos de piedra y polvo llovieron en la procesión funeral, pero ningún pedazo de roca golpeó a Lissa o a nadie parado cerca del lugar. Asumiendo que las estatuas no se habían quemado espontáneamente, quien sea que las hubiera prendido lo había hecho de una manera precisa.

Pero dejando la lógica de lado, enormes pilares ondulantes de llamas todavía son bastante aterradoros. El caos se extendió mientras todo el mundo intentaba escapar. Solo que todos tomaron rutas diferentes, así que las colisiones y los enredos ocurrieron. Incluso los portadores del féretro recostaron su preciosa carga y huyeron. Ambrose fue el último en hacerlo, estaba boquiabierto y con los ojos anchos mientras observaba a Tatiana, pero otra mirada a las estatuas hizo que huyera hacia la multitud. Unos pocos guardianes intentaron mantener el orden, guiando a la gente de vuelta hacia el camino del funeral, pero no hizo mucho bien. Todo el mundo se había marchado por su propio camino, demasiado asustados y llenos de pánico como para pensar razonablemente.

Bueno, todos excepto Lissa.

Para mi sorpresa, ella *no* estaba sorprendida.

Ella había estado esperando la explosión.

No corrió de inmediato, a pesar de la gente embistiéndola al pasar y empujándola hacia un lado. Se quedó plantada donde había estado cuando las estatuas explotaron, estudiándolas y la destrucción que habían causado. Particularmente, parecía preocupada acerca de cualquier persona en la multitud que hubiera sido

herida por las explosiones. Pero, no. Como yo ya había observado, no parecían haber lesionados. Y si había, iba a ser gracias a la estampida.

Satisfecha, Lissa se volteó y empezó a alejarse con los otros. (Bueno, ella estaba caminando; los otros estaban corriendo). Ella solo había caminado un poco cuando vio un enorme grupo de guardianes apresurándose *hacia* la iglesia, sus rostros siniestros. Algunos se detuvieron para ayudar a aquellos que estaban escapando de la destrucción, pero la mayoría de los guardianes estaban en camino hacia el sitio de la explosión para ver lo que había pasado.

Lissa se detuvo de nuevo, haciendo que el tipo detrás de ella se golpeará contra su espalda, pero ella apenas sintió el impacto. Ella observó a los guardianes atentamente, tomando nota de cuantos eran, y luego continuó caminando. Sus pensamientos escondidos estaban empezando a revelarse. Finalmente, empecé a observar fragmentos del plan que había mantenido oculto de mí. Ella estaba satisfecha. Nerviosa, también. Pero en general, se sentía...

Una conmoción en la celda me trajo a mi propio mundo. El usual silencio del área de espera se había fragmentado y ahora estaba lleno de gruñidos y exclamaciones. Salté de donde había estado sentada y me presioné contra las barras, esforzándome por ver lo que estaba pasando. ¿El edificio también estaba a punto de explotar? Mi celda solo estaba de frente a una pared en el pasillo, sin vista al resto del corredor o su entrada. Vi, sin embargo, a los guardianes que usualmente se paraban en el lejano final del pasillo entrar precipitadamente, pasándome, hacia cualquiera que fuera el altercado que estaba ocurriendo.

No sabía lo que esto significaba para mí y me preparé para todo, amigo o enemigo. Por todo lo que sabía, podía ser algún marginado grupo político lanzando ataques hacia la Corte para hacer una declaración en contra del gobierno Moroi. Mirando a hurtadillas alrededor de la celda, maldije silenciosamente, deseando tener algo con que defenderme. Lo más cercano que tenía era el libro de Abe, lo cual no era bueno en lo absoluto. Si él realmente era el tipo rudo que pretendía ser, habría deslizado una lima dentro del libro. O me habría conseguido algo más grande, como *Guerra y Paz*.

El forcejeo terminó y sonidos de pasos tronaron hacia mí. Apretando mis puños, retrocedí algunos pasos, lista para defenderme contra cualquier persona.

“Cualquier persona” resultó ser Eddie Castile. Y Mikhail Tanner.

Rostros amigables *no* era lo que había esperado. Eddie era un viejo amigo de St. Vladimir, otro nuevo guardián como yo y alguien que había estado conmigo en un montón de contratiempos, incluyendo la fuga de Victor Dashkov. Mikhail era mayor que nosotros, en sus mediados veinte, y nos había ayudado a restaurar a Dimitri por la esperanza de que Sonya Karp —una mujer que Mikhail había amado

que se había convertido en Strigoi— pudiera ser salvada también. Miré hacia atrás y hacia adelante entre las dos caras de los chicos.

—¿Qué está pasando? — exigí.

—También es un gusto verte —dijo Eddie. Estaba sudando y excitado con el fervor de la batalla, unas cuantas marcas púrpuras sobre su rostro mostraban que había encontrado el puño de alguien esta noche. En su mano había un arma que había visto en el arsenal de los guardias: una cosa como un bastón usado para incapacitar a las personas sin matarlas. Pero Mikhail sostenía algo mucho más valioso: la tarjeta de acceso y la llave mecánica para abrir mi celda.

Mis amigos estaban llevando a cabo una fuga. Increíble. Lo loco normalmente era *mi* especialidad.

—Ustedes chicos... —fruncí el ceño. El pensamiento de escapar me llenó de alegría, pero la logística me estaba calmando. Claramente, ellos habían sido responsables por la pelea con mis guardias que recién había oído. Bajar aquí en primer lugar no fue tan fácil tampoco—. ¿Ustedes dos simplemente agarraron a cada guardián en este edificio?

Mikhail terminó de abrir la puerta, y no perdí nada de tiempo precipitándome fuera. Después de sentirme tan oprimida y ahogada por días, era como pararme sobre la cima de una montaña, todo el viento y el espacio a mí alrededor.

—Rose, no hay guardianes en este edificio. Bueno, tal vez uno. Y esos chicos — Eddie hizo un gesto en la dirección de la pelea anterior, donde asumía que mis guardias yacían inconscientes. Seguramente mis amigos no habían matado a nadie.

—El resto de los guardias están verificando la explosión —comprendí. Las piezas comenzaron a juntarse, incluyendo la falta de sorpresa de Lissa sobre la conmoción—. Oh no. Hicieron que Christian estallara antiguos artefactos Moroi.

—Desde luego que no —dijo Eddie. Parecía sorprendido de que hubiera sugerido tal atrocidad—. Otros usuarios del fuego hubiera sido capaces de decir si lo hacía.

—Bueno, eso es algo —dije. Debería haber tenido más fe en su cordura. O tal vez no.

—Usamos un C4, un explosivo de tipo militar —explicó Mikhail.

—¿Donde en la tierra ustedes...

Mi lengua se trabó cuando vi quien estaba de pie al final del pasillo. *Dimitri*. Sin saber cómo estaba durante mi encarcelamiento había sido frustrante. Los reportes de Christian y Tasha sólo habían sido una molestia. Bueno, aquí estaba la

respuesta. Dimitri estaba parado cerca de la entrada del pasillo en todos sus seis pies de gloria, tan imperioso e intimidante como cualquier Dios. Sus agudos ojos castaños evaluaron todo en un instante, y su fuerte y magro cuerpo estaba tenso y listo para cualquier desafío. La mirada sobre su rostro era de tanta concentración, tan llena de pasión, que no podía creer que nadie siquiera pudiera haber pensado que era un Strigoi. Dimitri hervía con vida y energía. De hecho, mirándolo ahora, recordé otra vez como se había levantado por mí en mi arresto. Tenía esa misma expresión. Realmente, era la misma que había visto en contadas ocasiones. Era la que una persona temía y admiraba. Era la que yo había amado.

—¿También estás aquí? —intenté recordarme que mi confusa historia romántica no era la cosa más importante en el mundo para variar—. ¿No estás bajo arresto domiciliario?

—Escapó —dijo astutamente Eddie. Capté el real significado: *él y Mikhail habían ayudado a escapar a Dimitri*—. Es lo que las personas esperarían que hiciera un tipo violento y probablemente todavía Strigoi, ¿no es así?

—También habrías esperado que se largara contigo —añadió Mikhail, siguiendo con el juego—. Especialmente considerando como peleó por ti la semana pasada. Realmente, todos van a creer que se largó *solamente* contigo. No con nosotros.

Dimitri no dijo nada. Sus ojos, mientras todavía estaban observando cuidadosamente los alrededores, también me estaban evaluando. Se estaba asegurando de que estaba sana y salva. Parecía aliviado de que lo estuviera.

—Vamos —dijo Dimitri finalmente—. No tenemos mucho tiempo —eso era un eufemismo, pero había una cosa fastidiándome sobre el “brillante” plan de mis amigos.

—¡No hay forma de que crean que *él* hizo esto solo! —exclamé, comprendiendo a lo que estaba llegando Mikhail. Estaban poniendo a Dimitri como culpable en este escape. Hice un gesto hacia los guardias inconsciente a nuestros pies—. Ellos vieron sus rostros.

—No realmente —dijo una nueva voz—. No después de una pequeña amnesia inducida por el espíritu. Para la hora que se despierten, la única persona que recordarán ver será al inestable tipo ruso. Sin ofender.

—Está bien —dijo Dimitri, mientras Adrian caminaba por el umbral de la puerta.

Lo miré fijamente, tratando de no mirar con la boca abierta. Estaban juntos en esto, los dos hombres en mi vida. Adrian difícilmente lucía como su pudiera saltar en una pelea a puños, pero estaba tan alerta y serio como los otros combatientes aquí. Sus adorables ojos estaban claros y llenos de la astucia que sabía podían tener

cuando estaba cansado de verdad. Ahí es cuando me golpeó: no mostraba ningún signo de intoxicación de cualquier cosa. *¿Lo que había visto el otro día había sido un engaño? ¿O se había obligado a tomar el control?* De todos modos, sentí una lenta sonrisa arrastrándose sobre mi rostro.

—Lissa le mintió a tu mamá más temprano —dije—. Supuestamente estás desmayado de borracho en algún lado.

Me recompensó con una de sus sonrisas cínicas. —Bueno, sí, esa es probablemente la cosa que sería más inteligente, y más agradable, para estar haciendo en este momento. Y con suerte, eso es lo que todos piensan que estoy haciendo.

—Tenemos que irnos —dijo Dimitri, cada vez más agitado.

Nos volteamos hacia él. Nuestras bromas desapareciendo. Esa actitud que había notado sobre Dimitri, la que decía que podía hacer cualquier cosa y siempre nos dirigiría hacia la victoria, hacía que las personas quisieran seguirlo incondicionalmente. Las expresiones en los rostros de Mikhail y Eddie —mientras se ponían cada vez más serios— mostraban que eso era exactamente como se sentían. Parecía natural para mí también. Incluso Adrian parecía que confiaba en Dimitri, y en este momento, admiraba a Adrian por poner a un lado los celos —y también por arriesgarse de esta forma. Especialmente dado que Adrian había dejado claro en más de una ocasión que no quería estar involucrado con cualquier aventura peligrosa o usar en espíritu de manera encubierta. En las Vegas, por ejemplo, simplemente nos había acompañado en un rol de espectador. Desde luego, también había estado borracho la mayor parte del tiempo, pero eso probablemente no hacía ninguna diferencia.

Avancé unos cuantos pasos hacia delante, pero Adrian repentinamente extendió una mano para detenerme.

—Espera —antes de que vengas con nosotros, tienes que saber algo—. Dimitri empezó a protestar, con sus ojos brillando con impaciencia—. *Tiene* que hacerlo —discutió Adrian, encontrando directamente la mirada de Dimitri—. Rose, si escapas... estás más o menos confirmando tu culpa. Serás una fugitiva. Si los guardianes te encuentran, no va a necesitar un juicio o una sentencia para matarte cuando te vean.

Cuatro pares de ojos se posaron sobre mí cuando asimilé todo el significado. Si corría ahora y era atrapada, estaba muerta de seguro. Si me quedaba, tenía la más pequeña posibilidad de que en el corto tiempo antes del juicio, quizás encontráramos la evidencia para salvarme. No era imposible. Pero si nada cambiaba, también estaba casi muerta de seguro. Cualquier opción era un riesgo. Cualquiera tenía una fuerte probabilidad de que no sobreviviera.

Adrian lucía tan complicado como me sentía. Ambos sabíamos que no había ninguna buena posibilidad. Simplemente estaba preocupado y quería que supiera lo que estaba arriesgando. Dimitri, sin embargo... para él, no había discusión. Podía verlo por todo su rostro. Era un defensor de las reglas y de hacer las cosas correctas. ¿Pero en este caso? ¿Con tales malas opciones? Era mejor arriesgarse a vivir como un fugitivo, y si la muerte llegaba, mejor enfrentarla peleando. *Mi muerte no será programada en el calendario de alguien.*

—Vamos —dije.

Nos precipitamos fuera del edificio, ansiosos por conseguírnos movernos con el plan. No podía ayudar pero le comenté a Adrian. —Tienes que estar usando un montón del espíritu para poner todas esas ilusiones sobre los guardias.

—Lo estoy —estuvo de acuerdo—. Y realmente no tengo el poder para hacerlo por mucho más tiempo. Lissa probablemente podría hacer que una docena de guardianes creyeran que vieron fantasmas. ¿Yo? Apenas puedo hacer a algunos que olviden a Eddie y Mikhail. Ese es el porque tenía que haber alguien que recordaran para atraer su atención, y Dimitri es el perfecto chivo expiatorio.

—Bueno, gracias —le doy a su mano un gentil apretón. Cuando la calidez fluyó entre nosotros, no me molestó en decirle que todavía estaba a un largo camino de ser libre. Disminuiría su heroísmo. Teníamos muchos obstáculos por delante, pero aún así apreciaba que avanzara de esta forma y respetara mi decisión de seguir con el plan de escapada.

Adrian me disparó una mirada de lado. —Sí, bueno, se supone que estoy loco, ¿no es así? —un destello de afecto brilló en sus ojos—. Y no hay mucho que no haría por ti. Mientras más estúpido, mejor.

Salimos al piso principal, y vi que Eddie había estado en lo correcto sobre los guardianes de seguridad. Los pasillos y habitaciones estaban virtualmente desiertos. Sin una segunda mirada, nos apresuramos fuera, y el aire fresco parecía renovar mi energía.

—¿Ahora qué? —les pregunté a mis rescatadores.

—Ahora te llevamos al coche de fuga —dijo Eddie.

Los garajes no estaban lejos, pero tampoco estaban cerca. —Eso es mucho campo abierto para cubrir —dije. No traje a colación el obvio problema: yo siendo asesinada si era vista.

—Estoy usando el espíritu para mantenernos todos vagos y sin descripción —dijo Adrian. Más prueba de su magia. Él no podía manejar mucho más—. Las personas no nos reconocerán a menos que se detengan y nos miren directamente.

—Lo que probablemente no harán —dijo Mikhail—. Si alguien siquiera nos nota. Todos están demasiado preocupados por sí mismos para prestar mucha atención a los demás en todo este caos.

Echando una mirada a los alrededores, podía ver que tenía razón. El edificio de la cárcel estaba lejos de la Iglesia, pero por ahora, las personas que habían estado cerca de la explosión habían hecho su camino hacia esta parte de la Corte. Algunos estaban corriendo a sus residencias. Algunos estaban buscando guardianes, esperando por protección. Y algunos... algunos estaban yendo a la misma dirección que estábamos yendo nosotros, hacia los garajes.

—Las personas están lo suficientemente alteradas para tratar de dejar la Corte —comprendí. Nuestro grupo se estaba moviendo tan rápido como podíamos con Adrian, que no estaba en forma como los dhampirs—. Los garajes estarán llenos —los vehículos oficiales de la Corte y el estacionamiento para visitantes estaban en la misma área.

—Eso podría ayudarnos —dijo Mikhail—. Más caos.

Con tantas distracciones en mi propia realidad, no podía sumergirme en la de Lissa. Un ligero roce del vínculo la encontró a salvo, en el palacio.

—¿Qué está haciendo Lissa durante todo esto? —pregunté.

Créame, estaba agradecida de que no estuviera involucrada en toda esta locura de fugarme de la prisión. Pero, como Adrian había notado, su habilidad con el espíritu podría haber ido mucho más lejos que él aquí. Y ahora, volviendo a mirar todo esto, era obvio que ella había sabido sobre este plan. Había sido su secreto.

—Lissa tiene que permanecer inocente. No puede estar vinculada a cualquier parte de la escapada o la explosión —contestó Dimitri, sus ojos fijos adelante hacia su meta. Su tono era firme. Todavía la consideraba como su salvadora—. Tiene que mantenerse visible con los otros de la realeza. También Christian—. Casi sonrió. Casi —esos dos seguramente serían mis primeros sospechosos si algo explotara.

—Pero los guardianes no sospecharán de ellos una vez que se den cuenta de que la explosión no fue causada por magia —reflexioné. Las anteriores palabras de Mikhail volvieron a mí—. Y oye, ¿dónde consiguieron C4? Los explosivos de calidad militar son un poco extremos, incluso para ti.

Nadie me respondió porque tres guardianes saltaron repentinamente en nuestro camino. Aparentemente, no estaban todos en la iglesia. Dimitri y yo nos pusimos a la cabeza de nuestro grupo, moviéndonos como un, igual como siempre lo hacíamos para peleas juntos. Adrian había dicho que la ilusión que había estirado sobre todo el grupo no se mantendría si alguien nos estaba mirando directamente.

Quería asegurarme de que Dimitri y yo éramos la primera línea de contacto con esos guardianes, con la esperanza de que no reconocieran a los otros detrás de nosotros. Me tiré a mi misma en la pelea sin dudar, con los instintos defensivos aflorando. Pero en esos milisegundos, asimilé lo que realmente estaba haciendo.

Había peleado con guardianes antes y siempre me había sentido culpable sobre eso. Había tomado a los de la Prisión Tarasov, al igual que los de la Guardia de la Reina durante mi arresto. Sin embargo, realmente no había conocido a ninguno de ellos. Sólo darme cuenta de que eran mis colegas había sido lo suficientemente malo... pero ¿ahora? Ahora estaba enfrentando a uno de los desafíos más difíciles de mi vida, tan pequeño como parecía. Después de todo, tres guardianes eran un partido fácil para mí y Dimitri. El problema era —*conocía* a esos guardianes. Dos de ellos habían salido un poco antes de la graduación. Habían trabajado en la Corte y siempre habían sido amables conmigo.

El tercer guardián no era alguien que simplemente conocía —era mi amiga. Meredith, era una de las pocas chicas en mi clase en St. Vladimir. Vi un destello de inquietud en sus ojos, un sentimiento que imitaba los míos. Esto también se sentía mal para ella. Pero, era una guardiana ahora, y como yo, había tenido el deber taladrado durante toda su vida. Creía que yo era un criminal. Podía ver que estaba libre y en modo de ataque. El procedimiento dictaba que me redujera, y honestamente, no podría haber esperado nada menos. Es lo que hubiera hecho si nuestros roles hubieran sido a la inversa. Eso era vida o muerte.

Dimitri estaba sobre los otros dos tipos, tan rápido y agresivo como siempre. Meredith y yo fuimos por la otra. Al principio, trató de derribarme en virtud de su peso, probablemente con la esperanza de sujetarme hasta que los refuerzos pudieran ayudarla a agarrarme. Sólo que, yo era más fuerte. Debería haberlo sabido. ¿Cuántas veces habíamos entrenado en el gimnasio de la escuela? Casi siempre había ganado. Y esto no era un juego, no era un ejercicio de práctica. Retrocedí por su ataque, golpeándola en el costado de su mandíbula y rezando desesperadamente de no haber roto nada. Siguió moviéndose a pesar del dolor, pero otra vez- yo era superior. Cogí un agarre de sus hombros y la tiré hacia abajo. Su cabeza se golpeó con fuerza, pero permaneció consciente. No sabía si estar agradecida o no. Manteniendo mi agarre, le puse en una llave, esperando hasta que sus ojos se cerraran. La solté tan pronto como estuve segura de estaba inconsciente, mi corazón retorciéndose en mi pecho.

Echando un vistazo, vi que Dimitri también había derribado a sus oponentes. Nuestro grupo continuó en movimiento como si nada hubiera pasado, pero miré a Eddie, sabiendo que había aflicción sobre mi rostro. Él también lucía apenado pero intentó tranquilizarme mientras nos apresurábamos. —Hiciste lo que tenías que hacer —dijo—. Estará bien. Golpeada, pero bien.

—La golpeé con fuerza.

—Los médicos pueden lidiar con contusiones. Demonios, ¿cuántas veces las obtuvimos en las prácticas?

Esperaba que tuviera razón. Las líneas entre lo correcto y lo equivocado se estaban volviendo confusas. La única cosa buena, suponía, era que Meredith había estado tan ocupada por verme que probablemente no había notado a Eddie y los otros. Se habían mantenido atrás de la pelea, afortunadamente manteniendo el velo del espíritu de Adrian mientras Dimitri y yo nos llevábamos la atención. Finalmente llegamos a los garajes, los que estaban verdaderamente más llenos de lo normal. Algunos Moroi ya se habían ido. Alguien de la realeza estaba histérica porque su chofer tenía las llaves de su coche, y no sabía dónde estaba. Estaba gritándole a los transeúntes —para ver si alguien podía hacer un puente por ella.

Dimitri nos dirigió a propósito hacia delante, sin dudar. Sabía exactamente dónde íbamos. Había habido un montón de planificación, me di cuenta. La mayor parte del que probablemente había sucedido ayer. *¿Por qué Lissa lo escondería de mí? ¿No habría sido mejor para mí conocer el plan?*

Pasamos a toda prisa por la gente, dirigiéndonos hacia el costado más lejano del garaje. Allí, sentado afuera de él y luciendo listo para irse, había un Honda Civic de un gris sin gracia. Un hombre estaba parado cerca de él, de brazos cruzados mientras examinaba el parabrisas. Oyendo nuestra aproximación, se dio la vuelta.

—¡Abe! —exclamé.

Mi ilustre padre se volteó y me dio una de esas encantadoras sonrisas que podía atraer al desprevenido a su perdición.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó Dimitri—. ¡También estarás en la lista de sospechosos! Se supone que te quedarías atrás con los otros.

Abe se encogió de hombros. Parecía notablemente despreocupado de la enfadada expresión de Dimitri.

No habría querido esa furia directamente sobre mí. —Vasilisa se asegurará de que algunas personas en el palacio juren que me vieron ahí durante la hora sospechosa —cambió sus oscuros ojos hacia mí—. Además, no podía irme si despedirme, ¿no es así?

Niego con mi cabeza con exasperación. —¿Todo esto es parte de tu plan como mi abogado? No recuerdo que las escapadas explosivas sean parte del entrenamiento legal.

—Bueno, estoy seguro de que no es parte del entrenamiento legal de Damon Tarus —la sonrisa de Abe nunca vaciló—. Te lo dije, Rose. Nunca enfrentarás una ejecución, o incluso un juicio, si puedo ayudarte —se detuvo—. Lo que, desde luego, puedo.

Dudé, mirando hacia el coche. Dimitri estaba parado a su lado con un juego de llaves, luciendo impaciente. Las palabras de Adrian hicieron eco en mi memoria.

—Si corro, sólo va a hacer que me vea mucho más culpable.

—Ellos ya piensan que eres culpable —dijo Abe—. Tú consumiéndote en esa celda no cambiará eso. Esto sólo asegura que ahora tenemos más tiempo para hacer lo que necesitemos sin tu ejecución cerniéndose sobre nosotros.

—Y ¿qué van a hacer exactamente?

—Probar que eres inocente —dijo Adrian—. O, bueno, que no mataste a mi tía. Te he conocido por un tiempo y no eres toda inocencia.

—¿Qué, ustedes chicos van a destruir la evidencia? —pregunté, ignorando el comentario sarcástico.

—No —dijo Eddie—. Tenemos que encontrar a quien realmente la mató.

—Chicos, no deberían estar involucrado con esto, ahora que estoy libre. Es mi problema. ¿Ese no el por qué me liberaron?

—Es un problema que no puedes solucionar mientras estás en la Corte —dijo Abe—. Te necesitamos fuera y a salvo.

—Sí, pero yo...

—Estamos perdiendo tiempo discutiendo —dijo Dimitri. Su mirada cayó sobre los otros garajes.

La multitud todavía era caótica, todavía demasiado ocupada en sus propios miedo para notarnos. Eso no afectó la preocupación de Dimitri. Me dio una estaca de plata, y no pregunté las razones. Era un arma, algo que no podía rechazar. —Sé que todo parece desorganizado, pero te sorprendería cuán rápido los guardianes restaurarán el orden. Y cuando lo hagan, van a cerrar este lugar.

—No lo necesitan —dije lentamente, mi mente girando—. Ya vamos a tener problemas saliendo de la Corte. Seremos detenidos, si siquiera podemos llegar a la puerta. ¡Van a haber coches alineados por millas!

—Ah, bueno —dijo Abe, estudiando ociosamente las yemas de sus dedos—. Se de buena fuente que va a haber una nueva “puerta” abriéndose pronto por el costado sur de la pared.

La verdad rompió sobre mí. —Oh señor. Tú eres el que ha estado repartiendo C4.

—Haces que suene tan fácil —dijo con el ceño fruncido—. Esa cosa es difícil de conseguir.

La paciencia de Dimitri se estaba acabando. —Todos ustedes: Rose tiene que irse ahora. Está en peligro. La arrastraré fuera si tengo que hacerlo.

—No tienes que ir conmigo —le solté de regreso, un poco ofendida por la presunción.

Recuerdos de nuestras peleas recientes emergieron, de Dimitri diciendo que no podía amarme y ni siquiera quería que fuéramos amigos. —Me encargaré por mí misma. Nadie más tiene que meterse en problemas. Dame las llaves.

En cambio, Dimitri me dio una de esas compasivas miradas que decían que pensaba que estaba siendo totalmente ridícula. Podríamos haber estado de regreso en la Academia St. Vladimir.

—Rose, verdaderamente no puedo meterme en más problemas. Alguien tiene que ser responsable de ayudarte, y soy la mejor opción —no estaba tan segura de eso. Si Tatiana realmente había hecho progresos en convencer a las personas que Dimitri no era una amenaza, su fuga arruinaría todo.

—Ve —dijo Eddie, sorprendiéndome con un rápido abrazo—. Estaremos en contacto a través de Lissa —entonces comprendí que estaba peleando una batalla perdida con este grupo. De verdad era momento de irme.

También abracé a Mikhail, murmurando en su oído, —Gracias. Muchas gracias por tu ayuda. Lo juro, la encontraremos. Encontraremos a Sonya —me dio esa triste sonrisa suya y no respondió.

Adrian era lo más difícil para dejar atrás. Podía decir que también era difícil para él, sin importar cuán relajada lucía su sonrisa. No podía estar feliz de que me fuera con Dimitri. Nuestro abrazo duró un poco más que los otros, y me dio, un breve beso en los labios. Casi sentí ganas de llorar después de cuan valiente estuvo esta noche. Deseaba que pudiera ir conmigo pero sabía que estaría más seguro aquí.

—Adrian, gracias por...

Levantó su mano. —Esta no es una despedida, pequeña dhampir. Te veré en tus sueños.

—Si permaneces lo suficientemente sobrio.

Me guiñó el ojo. —Por ti lo haría.

Un fuerte ruido resonante nos interrumpió, y vimos un destello de luz a mi derecha. Las personas cerca del otro garaje gritaron.

—Allí, ¿ves? —preguntó Abe, bastante satisfecho consigo mismo—. Una nueva puerta. Coordinación perfecta.

Le di un reacio abrazo también y estaba sorprendida cuando no me apartó de inmediato. Me sonrió... afectuosamente. —Ah, mi hija —dijo—. Dieciocho, y ya está acusada de asesinato, ayudar a criminales, y ha adquirido una cuenta de muerte más alta de la que la mayoría de los guardianes nunca verá —se detuvo—. No podría estar más orgulloso.

Puse los ojos en blanco. —Adiós, Viejo. Y gracias —no me molesté en preguntarle sobre la parte de los “criminales”. Abe no era estúpido. Después de que le hubiera preguntado sobre una prisión que más tarde había sido violada, probablemente se había imaginado quien estaba detrás de la fuga de Victor Dashkov.

Y así, Dimitri y yo estábamos en el coche, acelerando hacia la “nueva puerta” de Abe. Me arrepentía de no haber sido capaz de despedirme de Lissa. Nunca estábamos verdaderamente separadas por la unión, pero no podía quitarle el lugar a la comunicación cara a cara. Aún así, había valido saber que estaría a salvo y libre de cualquier conexión con mi escape. Esperaba.

Como, siempre, Dimitri condujo, lo que todavía pensaba que era totalmente injusto. Había sido una cosa cuando era su estudiante, pero ¿ahora? ¿No cedería a ese volante? No parecía como el tiempo para discutirlo, sin embargo — particularmente dado que no planeaba que permaneciéramos juntos mucho más tiempo.

Unas pocas personas había salido a ver donde había estallado la pared, pero nadie oficial había aparecido todavía. Dimitri corrió por el vacío tan impresionantemente como Eddie lo había hecho cuando había conducido por la puerta de la Prisión Tarasov, sólo que el Civic no manejaba el con baches y cubierto de hierba tan bien como el SUV en Alaska. El problema con hacer tu propia salida era que no venía con un camino real. Incluso eso estaba más allá de Abe.

—¿Por qué nuestro coche de escape es un Civic? —pregunté—. Verdaderamente no es bueno para todo terreno.

Dimitri no me miró pero continuó conduciendo sobre el duro terreno hacia un área más conducible. —Porque los Civics son uno de los coches más comunes aquí y no atrae la atención. Y este debería ser lo único todo terreno que hagamos. Una vez

que golpeemos una autopista, pondremos mucha más distancia entre nosotros y la Corte como podamos, antes de abandonar el coche, por supuesto.

—Abando... —sacudí mi cabeza, dejándolo pasar. Alcanzamos una sucia carretera que se sentía como la superficie más suave en la tierra después de ese comienzo traqueteado—. Mira, ahora que estamos aquí fuera, quiero que sepas que quería decirlo: no tienes que venir conmigo. Aprecio tu ayuda en el escape. De verdad. Pero salir conmigo no te hará ningún favor. Me estarán cazando más a mí que a ti. Si te marchas, puedes vivir en algún lugar alrededor de los humanos y no serás tratado como un animal de laboratorio. Quizás incluso serás capaz de escabullirte de regreso a la Corte. Tasha ofrecería una pelea por ti.

Dimitri no contesto por un largo tiempo. Me volvía loca. No era del tipo de persona que manejaba bien el silencio. Hacía que quisiera conversar y llenar el vacío. Además, mientras más estaba sentada aquí, más me golpeaba que *estaba sola con Dimitri*. Como, real y verdaderamente sola por primera vez desde que se había convertido en dhampir. Me sentía como una tonta, pero a pesar de los peligros que todavía arriesgábamos... bueno, todavía estaba abrumada por él. Había algo tan poderoso sobre su presencia. Aún cuando me hacía enfadar, todavía lo encontraba atractivo.

Tal vez la adrenalina bombeando por mí estaba confundiendo mi cerebro. Lo que sea que fuera, estaba consumida más que sólo por sus aspectos físicos —a pesar de que ciertamente distraían. El cabello, el rostro, su cercanía a mí, su esencia... sentía todo eso, y hacía que mi sangre ardiera. Pero el Dimitri cercano —el Dimitri que recién había dirigido un pequeño ejército a través de la fuga —igualmente me cautivaba. Me tomó un momento comprender el porqué era tan poderoso: estaba viendo al antiguo Dimitri otra vez, el que me preocupaba se hubiera ido para siempre. No se había ido. Estaba de vuelta.

Finalmente, Dimitri respondió. —No te voy a dejar. Ninguno de tus argumentos de lógica de Rose va a funcionar. Y si tratar de escaparte de mí, simplemente te encontraré.

No dudaba que podía, lo que sólo hacía la situación más confusa. —Pero ¿por qué? No te quiero conmigo —todavía sentía la insistente atracción por él, si, pero eso no cambiaba el hecho de que me había lastimado al romper las cosas entre nosotros. Me había rechazado, y tenía que fortalecer mi corazón, particularmente si quería seguir adelante con Adrian. Limpiar mi nombre y llevar una vida normal parecían lejos en este momento, pero si sucedía, quería ser capaz de regresar a Adrian con los brazos abiertos.

—No importa lo que tú quieras —dijo—. O lo que yo quiera —ouch—. Lissa me pidió que te protegiera.

—Hey, no necesito que nadie me...

—Y —continuó—. me importa lo que le dije a ella. Juré que le serviría y que la ayudaría por el resto de mi vida, cualquier cosa que pida. Si quiera que sea tu guardaespaldas, entonces eso es lo que seré —me dio una peligrosa mirada—. No hay forma de que te deshagas pronto de mí en cualquier momento.

Capítulo 5

Traducido por: Pimienta

Corregido por: Anelisse

ALEJARSE DE DIMITRI NO ERA SOLO ALEJARSE de nuestro desastroso pasado romántico. Lo decía en serio cuando dije que no quería que él se metiera en problemas por mi culpa. Si los guardianes me encontraban, mi destino no sería muy diferente al que ya he enfrentado. *¿Pero Dimitri?* Él estuvo dando pequeños pasos para que lo acepten. Claro, eso ahora estaba más o menos destruido, pero su oportunidad de una vida no había acabado. Si él no quería vivir en la corte o con los seres humanos, podría volver a Siberia y regresar con su familia. Fuera de allí, en medio de la nada, él sería difícil de encontrar. Y con lo cerca de la comunidad que estaba, tendrían un montón de problemas para ocultarlo, si alguien tratara de darle caza.

Estar conmigo era, sin dudas, la opción equivocada. Sólo tenía que convencerlo.

—Sé lo que estás pensando —dijo Dimitri después de llevar en la carretera aproximadamente una hora.

No hablamos mucho, los dos estábamos perdidos en nuestros propios pensamientos. Después de unos cuantos caminos rurales más, por fin llegamos a la interestatal y nos dirigimos hacia... bueno, yo no tenía ni idea. Miraba por la ventana pensando en todos los desastres que me rodeaban y cómo sólo yo los podía arreglar.

—¿Huh? —miré hacia él.

Pensé que podría haber la más pequeña insinuación de una sonrisa en sus labios, lo que me parecía absurdo considerando que probablemente era la peor situación en la que ha estado desde que fue devuelto de su estado Strigoi.

—Y no es un trabajo —agregó—. Estás planificando como alejarte de mí, probablemente cuando paremos a repostar. Estás pensando que, tal vez, tendrás la oportunidad de huir.

Era una locura, yo había estado pensando mucho sobre eso. El viejo Dimitri era un buen socio en la carretera, pero no estaba segura de que me gustase que hubiera vuelto su antigua habilidad para adivinar mis pensamientos.

—Es una pérdida de tiempo —me dijo señalado alrededor del coche.

—Oh, ¿Tienes mejores cosas que hacer que huir de la gente que quiere encerrarte y ejecutarte? Por favor, no digas más que esto es demasiado peligroso para mí.

Lo fulminé con la mirada. —Es algo más de lo que haces tú. Huir no debe ser mi única preocupación. Debería estar ayudando a limpiar mi nombre, sin ocultarme en un lugar remoto al que, sin duda, me llevas. Las respuestas están en la corte.

—Y tú tienes un montón de amigos en la Corte que van a trabajar en eso. Será más fácil si ellos saben que estás segura.

—Lo que quiero saber es por qué nadie me habló de esto... o, quiero decir, ¿Por qué Lissa no lo hizo? ¿Por qué lo ocultó? ¿No te parece que habría sido más útil que hubiese estado preparada?

—Nosotros combatimos, tú no —dijo Dimitri—. Teníamos miedo de que si te enterabas, sabrías de inmediato que algo estaba pasando.

—¡Nunca lo habría dicho!

—No intencionadamente, no. Pero estarías tensa y ansiosa... así, tus guardias puedes recoger ese tipo de cosas.

—Bueno, ahora estamos fuera, ¿puedes decirme donde vamos? ¿Está bien? ¿Es un lugar loco, remoto?

No hubo respuesta.

Estrecho los ojos hacia él. —Odio no estar en el asunto.

Esa pequeña sonrisa en sus labios se hizo un poco más grande. —Bueno, yo tengo mi propia teoría personal de que cuanto menos sepas, mas curiosidad tendrás y será más probable que te quedes conmigo.

—Eso es ridículo —le contesté, aunque en realidad, su teoría no era del todo irrazonable. Suspiré—. ¿Cuándo las cosas se pusieron tan fuera de control? ¿Cuándo tus muchachos comenzaron a ser autores intelectuales? Yo soy la única que tiene planes locos, imposibles. Se supone que soy alguien general. Ahora apenas soy un teniente.

Él empezó a decir algo, pero luego se congeló por unos segundos, su rostro, al instante, tomó esa mirada cautelosa de guardián letal. Él maldijo en ruso. —¿Qué está mal? —le pregunté. Su actitud era contagiosa, y de inmediato me olvidé de todos los pensamientos sobre planes locos.

El flash irregular de los faros del tráfico se aproximaba, pude ser sus ojos moviéndose hasta el espejo retrovisor. —Nos pisan los talones. No pensé que fuera a suceder tan pronto.

—¿Estás seguro? —había oscurecido, y el número de coches en la carretera aumentaba.

No sabía cómo alguien podría distinguir un coche sospechoso entre los muchos, pero bien... él era Dimitri.

Maldijo de nuevo y de repente, en una maniobra me que hizo agarrarme al tablero de instrumentos, se cruzó a través de los dos carriles, cerca de una minivan que expresó su molestia con una gran cantidad de bocinazos. Había una salida a la derecha, y él salió sin apenas tocar la rampa de salida. Escuché más bocinazos, y cuando miré hacia atrás, vi las luces de un coche que acababa de hacer un movimiento igual loco, siguiéndonos hacia la salida.

—El tribunal debe de haber dado la voz muy rápido —dijo—. Tenían a alguien vigilando las carreteras interestatales.

—Tal vez deberíamos haber tomado carreteras secundarias.

Él negó con la cabeza. —Demasiado lento. Nada de esto será un problema, una vez que cambiemos los coches, pero nos encontraron demasiado pronto. Tenemos que conseguir uno nuevo aquí. Esta es la ciudad más grande que llega hasta la frontera de Maryland.

Un letrero decía que estábamos en Harrisburg, Pennsylvania, y Dimitri, hábilmente, nos condujo por una carretera muy transitada, llena de comercios. Puede ver el reflejo de toda la cola que hacíamos.

—¿Cuál es exactamente tu plan para conseguir un coche nuevo? —le pregunté con recelo.

—Escucha con atención —dijo haciendo caso omiso de mi pregunta—. Es muy, muy importante que hagas exactamente lo que te diga. No hay improvisación. No hay discusión. Los de ese coche son guardianes, y por ahora, han alertado a todos los guardianes de los alrededores, posiblemente incluso a la policía humana.

—¿No sería un problema que la policía nos capturara?

—Los Alquimistas lo resolverían y se asegurarían de que nos devolvieran con los Moroi.

Los Alquimistas. Debería de haber sabido que estaban involucrados. Ellos era una especie de sociedad secreta para los seres humanos que ayudaba a proteger los

intereses de los Moroi y dhampir, manteniéndolos fuera de la población humana general. Por supuesto, los Alquimistas no lo hacían por bondad. Ellos pensaban que éramos malos y antinaturales, y sobre todo querían asegurarse de que nos quedáramos al margen de la sociedad. Una prófuga de la ley como yo sería, sin duda, un problema por que querrían ayudar a los Moroi.

La voz de Dimitri era dura y al mando cuando volvió a hablar, aunque sus ojos no estaban en mí. Estaba ocupado explorando el lado de la carretera.

—No importa lo que piense todo el mundo sobre las decisiones que tomaste, no importa cuán felices estén con esta situación, ya sabes, yo sé que lo sabes, que nunca te fallé cuando nuestras vidas estaban en juego. Sé que confiabas en mí en el pasado. Confía en mí ahora.

Quería decirle que lo que decía no era del todo cierto. Él me había fallado. Cuando fue tomado por los Strigoi, cuando demostró que no era perfecto, me falló por romper la imagen imposible y humana que yo tenía de él. *¿Pero mi vida?* No, él había mantenido siempre la mía segura. Incluso como Strigoi, no estaba convencida de que él quisiera matarme. La noche que la Academia había sido atacada, cuando él fue convertido, me dijo que lo obedecían sin preguntar demasiado. Se lo que había significado dejar la lucha siendo Strigoi, pero lo hizo.

—Bueno —dije en voz baja—. Haré lo que digas. Sólo recuerda no hablarme de forma condescendiente ahora. No soy una estudiante más. Soy tu igual ahora.

Él miró hacia el lado de la carretera justo con el tiempo suficiente como para darme cuenta de su mirada de sorpresa.

—Tú siempre has sido mi igual, Roza.

Él usó del apodo afectuoso de Rusia me dejó demasiado estúpida para responder, pero eso no importaba. Momentos después, él era todo de nuevo un negocio. —Allí. ¿Ves ese signo del cine?

Miré hacia la carretera. Había tantos restaurantes y tiendas que sus signos hacían una bruma brillante en la noche. Por fin, vi lo que él había dicho. CINE WESTLAND.

—Sí.

—Allí es donde nos encontraremos.

¿Íbamos a dividirnos? Yo buscaba como separarme, pero no me gustaba esto. En la cara del peligro, la separación de repente me parecía una idea horrible. Prometí no discutir, sin embargo, y seguí escuchando.

—Si no estoy allí en media hora, llama a este número y vete sin mí —Dimitri me entregó un pequeño trozo de papel del bolsillo de su gabardina Duster. Había un número de teléfono garabateado en él, no solo eso.

Si no estoy allí en media hora. Las palabras fueron tan impactantes que no pude ayudar mis protestas en ese momento. —¿Qué quiere decir si no estás... ¡ah!

Dimitri hizo un giro brusco, que le llevó a esquivar un semáforo en rojo y sólo por poco a una cantidad de coches. Más bocinas sonaron, pero había sido demasiado brusco para que mantuvieran el ritmo. Vi a nuestros perseguidores pasarnos por la carretera principal, las luces de freno intermitentes mientras buscaban un lugar para dar la vuelta. Dimitri se había detenido en el estacionamiento del centro comercial. Estaba lleno de coches, y eché un vistazo al reloj para tener una idea de la hora humana. Casi las ocho en punto de la noche. Temprano en el día Moroi, hora del ocio para los humanos. Condujo más allá de las entradas del centro comercial y finalmente estacionó, en un lugar para minusválidos. Él estaba fuera del coche en un fluido movimiento, conmigo siguiéndolo con la misma rapidez.

—Aquí es donde nos separamos —dijo corriendo hacia un conjunto de puertas—. Muévete rápido, pero no corras cuando estemos dentro. No llames la atención. Mézclate. Muévete por un rato, y luego sal a través de cualquiera de las puertas. Sal cerca de un grupo de seres humanos y luego dirígete hacia el teatro —entramos en el centro comercial—. ¡Vamos!

Casi temo no poder moverme, me dio un empujón hacia una escalera mecánica, mientras se iba a la planta principal. Había una parte de mí que quería congelarse y quedarse allí, sintiéndome atónita por el ataque repentino de personas, luz y actividad.

Pronto me empujaron a un lado, asustando a esa parte y comencé a subir las escaleras mecánicas. Reflejos rápido y reacciones instintivas eran parte de mi entrenamiento. Lo perfeccioné en la escuela, en mis viajes y con él.

Todo lo aprendido acerca de eludir a alguien vino corriendo a mi cabeza.

Quería hacer algo más que mirar a mí alrededor y ver si tenía seguidores, pero definitivamente llamaría la atención. Tuve que imaginar que, a lo sumo, teníamos un par de minutos de diferencia con nuestros perseguidores. Ellos tuvieron que dar la vuelta para volver al centro comercial y luego circular hasta ver nuestro coche, suponiendo que pensarán que habíamos entrado en el centro comercial. No pensaba que Harrisburg tuviera la suficiente presencia Moroi como para convocar a tantos guardianes en tan poco tiempo. Los que tenían, probablemente, se separarían, algunos buscando el centro comercial y algunos

vigilando las entradas. Este lugar tenía demasiadas puertas para que los guardianes pudieran vernos, mi elección sería escapar por pura suerte.

Caminé lo más rápido que podía de forma razonable, esquivando a través de parejas, familias con cochecitos, y adolescentes riendo. Sentí envidia de este último grupo.

Pasé una tienda de accesorios, entré dentro y fingí mirar cintas del pelo.

Mientras lo hacía, miré disimuladamente la sección principal del centro comercial. No vi nada obvio.

Nadie se había detenido, nadie me había seguido a la tienda. Al lado de la sección de cintas para el pelo había un cubo lleno de elementos que, obviamente, se merecían estar en liquidación. Uno de ellos era una gorra de “chica” de béisbol, rosa picante con una estrella hecha de diamantes de imitación con un arco iris en la parte delantera. Era terrible, *Dios*.

La compré, agradecida de que los guardianes no se hubieran llevado el escaso dinero que llevaba cuando me detuvieron. Ellos probablemente pensaron que no era suficiente para sobornar a nadie. También compré un coletero, a la vez que mantenía un ojo en la puerta de la tienda. Antes de irme, me até el pelo lo máximo que pude con el coletero y después me puse la gorra.

Había algo tonto en disfrazarse, pero mi pelo era una manera fácil de identificarme. Era oscuro, casi negro-marrón, y mi falta de cualquier corte de pelo recientemente, hacía que colgara hasta la mitad de mi espalda. De hecho, entre eso y la altura de Dimitri, seríamos un par muy visible caminando por aquí.

Me introduje de nuevo entre los compradores y pronto llegué al centro del centro comercial. No queriendo mostrar dudas, me dirigí a la izquierda hacia Macy's. Mientras caminaba, me sentí un poco avergonzada por la gorra y deseaba tener tiempo para, por lo menos, encontrar otro más elegante. Minutos más tarde, cuando vi a un guardián, me alegré de haber hecho esa rápida elección de moda.

Él estaba cerca de uno de los carros que siempre ves en los centros comerciales, pretendiendo estar interesado en un teléfono móvil. Me di cuenta debido a su postura y la forma en que gesticulaba actuando estar interesado en el teléfono con estampado de cebra al mismo tiempo que buscaba a su alrededor. Además, los dhampirs siempre podían distinguir entre sí a los humanos con un examen lo suficientemente cercano. En su mayor parte, nuestras dos razas parecían muy parecidas, pero yo no podía descubrir a uno de los míos.

Me aseguré de no mirar directamente hacia él y sentí sus ojos sobre mí. No lo conocía, lo que significaba que probablemente aún no me conocía bien. Era

probable que me hubiera visto en una foto alguna vez y esperara que el pelo fuera un gran regalo. Mantuve mi aire casual como pude, pasé por delante de él a un ritmo pausado, mirando las ventanas que estaban a sus espaldas, pero no envió ningún mensaje obvio de que tuviera que correr. Al mismo tiempo, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Los guardianes podrían matarme a la vista. ¿Sabían que eso se aplicaba a la mitad del centro comercial? No quería saberlo. Cuando estaba claramente en los carros, bajé mi ritmo un poco. Macy's tenía su propia puerta a la calle, y ahora era sólo arriesgarme para ver lo tomé una buena

decisión en tomar esta dirección. Entré en la tienda, bajé las escaleras, y me dirigí a la salida de la planta principal pasando por una linda tienda de sombreros y boinas. Me detuve cerca de ellos, no porque tuviera previsto mejorar mi sombrero, sino porque me permitía quedarme detrás de un grupo de chicas que también estaban saliendo.

Salimos juntas de la tienda, y mis ojos se ajustan rápidamente al cambio de luz. Había mucha gente alrededor, pero no volví a ver nada amenazante. Las chicas se detuvieron a charlar, dándome la oportunidad de obtener mi salida sin parecer totalmente perdida. Como llegar a la sala de cine. Exhalé de alivio y crucé a través del estacionamiento, sin dejar de mirar lo que me rodeaba.

Cuanto más caminaba alejándome del centro comercial, menos concurrido se convertía el estacionamiento. Postes de la luz impedían que estuviera totalmente oscuro, pero todavía tenía una sensación extraña que crecía mas y mas con el silencio. Mi impulso inicial fue dirigirme hacia la derecha, a la carretera e ir por la acera directamente al teatro. Estaba bien iluminada y había gente. Pero un momento después, decidí que era demasiado visible. Estaba bastante segura de que podría reducir tiempo a través de los estacionamientos para llegar mucho más rápido al teatro.

Resultó ser cierto, más o menos. Tuve el teatro a la vista cuando me di cuenta de que había seguido, después de todo. No muy lejos delante de mí, había sombras por una luz del estacionamiento que no funcionaba correctamente. La sombra era demasiado amplia. Alguien estaba detrás del poste. Dudé que un guardián hubiese escogido por casualidad este espacio con la esperanza de que Dimitri o yo pasáramos. Lo más probable es que fuera un observador que me había visto circular, por delante de una emboscaba.

Seguí caminando, tratando de no frenar obviamente, aunque cada músculo de mi cuerpo se tensase para el ataque. Tenía que ser atacada primero. Tenía que controlarme.

Mi momento llegó, segundos antes de que sospechara que mi emboscador había hecho su jugada. Salté hacia afuera, tirando de lo que resultó ser un dhampir, que

no conocía, contra un coche cercano. Así es. Lo sorprendí. Por supuesto, la sorpresa fue mutua cuando la alarma de los coches sonó, a todo volumen, en la noche. Hice una mueca, tratando de ignorar el chillido con un puñetazo en el lado izquierdo de la mandíbula de mi cautivo. Tuve que sacarle el máximo partido.

La fuerza de mi puño, golpeó su cabeza contra el coche, pero él lo tomo admirablemente, haciéndome retroceder rápidamente en un intento por liberarse. Él era más fuerte, y me hizo tropezar un poco, pero no lo suficiente como para perder el equilibrio. Lo que me faltaba de fuerza, lo tenía en velocidad. Lo esquivé en cada intento, pero me trajo poca satisfacción. La alarma del estúpido coche todavía sonaba fuerte, e iba a atraer, finalmente, la atención de los guardianes o las autoridades humanas.

Corrí por todo el lateral del coche y él me dio caza, deteniéndose cuando estábamos en lados opuestos. Éramos como dos niños que juegan a mantener la distancia. Reflejándose entre sí tratando de anticipar que dirección iba a tomar.

En condiciones de poca luz, vi algo sorprendente metido en su cinturón: Un arma de fuego. Mi sangre se heló. Los guardianes eran entrenados para usar armas de fuego, pero rara vez las llevaban. Las estacas eran nuestras armas elegidas. Estábamos en el negocio de matar a Strigoi, después de todo, y las armas no eran eficaces. Pero, ¿en mi contra? Sí. Un arma simplificaba su trabajo, pero tuve la sensación de que él dudaba en usarla. La alarma del coche podría culpar a alguien accidentalmente demasiado cerca, pero ¿un disparo? Eso provocaría una llamada a la policía. Este tipo no dispararía si podía evitarlo, pero se quedaba sin opciones. Era necesario para acabar pronto.

Por fin hice un movimiento hacia la parte delantera del coche. Él trató de interceptarme, pero luego me sorprendió saltando sobre el capó del coche (porque, honestamente, en este punto, la alarma no podía sonar más fuerte). En mi fracción de segundo de ventaja, me lancé sobre el coche y sobre él, tirándolo al suelo. Aterricé sobre la parte superior de su estómago y lo mantuve abajo con todo mi peso, mientras que mis manos fueron alrededor de su cuello.

Luchó, tratando de sacudirse, y casi lo logró. Por último, la falta de aire se impuso. Él dejó de moverse y cayó inconsciente. Lo dejé.

Por un breve momento, tuve un flashbacks de nuestro escape de la corte, cuando sentí la misma punzada de culpa. Entonces, me sacudí. Meredith estaba bien. Meredith no estaba aquí.

Nada de eso importaba. Todo lo que importaba era que este hombre estaba fuera de servicio y tenía que salir de aquí. Ahora.

Sin mirar si los demás se acercaban, me arranqué del estacionamiento hacia el teatro. Me detuve una vez que hubo cierta distancia entre el coche y la alarma, con otro coche como protección. No vi a nadie cerca del chico, pero por delante del estacionamiento, cerca del centro comercial, parecía que había algún tipo de actividad. No me quedo para ver más de cerca. Fuera lo que fuese, no podía ser bueno para mí.

Llegué al teatro un par de minutos después, sin aliento y con más miedo que agotamiento. Las carreras de resistencia era algo que había acumulado gracias a Dimitri.

Pero, ¿Dónde estaba Dimitri? Los espectadores se mezclaban alrededor, algunos dando extrañas miradas a mi estado desaliñado, mientras esperan para las entradas o discutiendo la película que acababan de ver. No vi ninguna señal de Dimitri por ningún lado.

No tenía reloj. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que nos separamos? Seguramente no más de media hora. Caminé por el teatro, permaneciendo oculta entre la multitud, en busca de cualquier indicio de Dimitri o mas perseguidores. Nada. Pasaban los minutos. Inquieta me metí la mano en el bolsillo y toqué el trozo de papel con el número de teléfono. Déjame, me había dicho él. Déjame y llama al número. Por supuesto, no tenía teléfono móvil, pero ese era el menor de mis problemas en este momento...

—¡Rose!

Un coche se detuvo en la acera donde otros estaban dejando a gente. Dimitri se inclinó por la ventana del lado del conductor, y casi me caigo de alivio.

Bueno, bueno, no tanto. En realidad, no perdí ningún momento en acercarme el él y saltar al asiento del pasajero. Sin una palabra, apretó el acelerador y nos alejamos del teatro, de nuevo hacia la carretera principal. No dijimos nada al principio. Estaba tan herido y al límite, que parecía que la mínima provocación lo partiría en dos.

Condujo tan rápido como pudo sin llamar la atención de la policía, todo el tiempo mirando por el espejo retrovisor.

—¿Hay alguien detrás de nosotros? —le pregunté al fin, mientras conducía de vuelta a la carretera.

—No lo parece. Les tomará tiempo averiguar en qué coche estamos.

Yo no había prestado mucha atención al entrar, pero estábamos en un Honda Accord, otro coche de aspecto corriente. También me di cuenta de que no había ninguna llave en el contacto.

—¿Has puenteado¹ este coche? —entonces reformulé mi pregunta—. ¿Has robado este coche?

—Tienes un interesante conjunto de moral —observó—. Escapar de la cárcel está bien. Sin embargo, robo un coche y sueñas totalmente indignada.

—Estoy más sorprendida que indignada —dije inclinándome hacia atrás contra el asiento. Suspiré—. Tenía miedo... por un momento, temí que no fueras a venir. Que te hubiesen capturado o algo.

—No. La mayor parte del tiempo la pasé fuera encontrando un coche adecuado.

Unos minutos de silencio. —No has preguntado que me pasó a mi —señalé un poco molesta.

—No es necesario. Estás aquí. Eso es lo que cuenta.

—Me metí en una pelea.

—Lo puedo decir. La manga de tu camiseta está rasgada —miré hacia abajo. Sí, arrancada. Y también perdí mi gorra en mi loca carrera. No era una gran pérdida.

—¿No quieres saber nada de la lucha?

Sus ojos se quedaron en el camino delante de nosotros. —Ya lo sé. Te llevaste a tu enemigo. Lo hiciste rápido, y lo hiciste bien. Porque eres buena.

Medité sus palabras un momento. Ellos eran materia-de-hecho, todo negocios... y, sin embargo, su declaración trajo una pequeña sonrisa a mis labios.

—Muy bien, ¿Y ahora que, general? ¿No te parece que ellos informaran de los coches robados y conseguirán el número de matrícula?

—Probablemente. Pero para entonces tendremos un coche nuevo, uno del que ellos no tendrán pistas.

Fruncí el ceño. —¿Cómo harás para traerlo de fuera?

—Nos reuniremos con alguien en un par de horas.

—Maldita sea. Realmente odio ser la última que se entera de todo

En unas pocas horas nos poníamos en Roanoke, Virginia. La mayor parte de nuestro esfuerzo había pasado sin problemas hasta el momento. Pero a medida que

¹ Encender el coche sin llaves

la ciudad quedaba a la vista, me di cuenta de que Dimitri miraba las señales de salida hasta que encontró la que buscaba. Salió de la interestatal, continuó comprobando por si nos seguían. Llegamos a otro camino lleno de comercios, y se dirigió a un McDonald's que destacaba claramente del resto de negocios.

—Supongo que no —dije—, pero ¿es esto una ruptura de alimentos?

—Esto —respondió—, es donde cogemos nuestro próximo viaje.

Condujo alrededor del aparcamiento del restaurante, con los ojos explorando algo, aunque inicialmente no supe que es. Lo descubro una fracción de segundo antes que él. En la esquina, ni a una mujer apoyada en un SUV de color canela, de espaldas a nosotros. No podría ver gran parte de ella, salvo que llevaba una camisa oscura y llevaba alborotado su pelo rubio que casi tocaba sus hombros.

Dimitri apartó en el lugar junto a su vehículo, y yo estaba fuera del nuestro en el segundo en que él pisó el freno. La reconocí antes de que se diera la vuelta.

—¿Sydney? —el nombre salió como una pregunta, aunque estaba segura de que era ella.

Su cabeza se giró y vi su cara conocida, un rostro humano con ojos marrones que podría ser a su vez color ámbar al sol y un tatuaje leve de oro en su mejilla.

—Hola, Rose —dijo, una sonrisa triste juega en sus labios. Ella levanta una bolsa de McDonald's—. Supuse que tenías hambre.

Capítulo 6

Traducido por: veroniica

Corregido por: Yolit Belikov

REALMENTE, CUANDO LO PIENSO, Sydney apareciendo no era más extraño que la mitad de las otras cosas que parecían ocurrirme a mí normalmente. Sydney era alquimista, con la que me reuní en Rusia cuando trataba de encontrar y matar a Dimitri. Ella era de mi edad y odiaba haber sido asignada allí, aunque yo sin duda había apreciado su ayuda. Como Dimitri ya había señalado antes, los alquimistas deseaban ayudar a los Moroi a encontrarme y capturarme. Sin embargo, a juzgar por la tensión que irradiaba fuera de ella y de Dimitri en el coche, se hacía evidente que ella estaba ayudándome a escapar.

Con gran esfuerzo, empujé mis preguntas hacia un lado por el momento. Éramos todavía prófugos, todavía sin lugar a dudas siendo perseguidos.

El coche de Sydney era un nuevo Honda CR-V con la placa de Luisiana y una pegatina de alquiler.

—¿Qué demonios? —pregunté—. ¿No es muy osado fugarse siendo patrocinado por un Honda? —cuando no tuve respuesta, seguí con la siguiente pregunta obvia—. ¿Vamos a Nueva Orleans? —ese era el nuevo puesto de Sydney. Hacer turismo era la última cosa que tenía en mente en ese momento, pero si tienes que huir, también podrías escapar a algún buen sitio.

—No —dijo ella, dando marcha atrás en el terreno—. Vamos al oeste de Virginia.

Mire fijamente a Dimitri, que estaba sentado en el asiento trasero, con la esperanza de que él se negara. No lo hizo.

—Supongo que por “Oeste de Virginia”, en realidad quieres decir “Hawái” —le dije—. O un lugar igual de emocionante.

—Sinceramente, creo que es mejor que evites la emoción en este momento —señaló Sydney. El dispositivo GPS la dirigió a la próxima salida, llevándonos hacia la I-81. Ella frunció el ceño ligeramente—. Y el oeste de Virginia es realmente muy hermoso.

Me acorde de que ella era de Utah y probablemente no conocía nada mejor. Después de darme por vencida durante un tiempo sobre decir algo sobre nuestra fuga, pasé a la siguiente serie de preguntas obvias.

—¿Por qué nos ayudas?

Tuve la sensación de que Sydney hizo una mueca en la oscuridad.

—¿Por qué crees?

—Abe.

Ella suspiro.

—La verdad estoy empezando a preguntarme si nueva Orleans había valido la pena.

Recientemente me había enterado de que Abe —con esa influencia inexplicable, de largo alcance de él— había sido responsable de sacarla de Rusia. *¿Cómo lo había hecho?* No lo sabía. Lo que si sabía era que si hubiese dejado a Sydney en una deuda indefinida hacia él, la podría haber usado para seguir obteniendo favores, a veces, me preguntaba si había más de un acuerdo que una transferencia de trabajo, como tal vez si él hubiese hecho otra cosa de la cual no me había hablado. De todos modos, empecé a castigarla otra vez porque ella debería haber esperado esto por hacer un trato con el diablo, pero lo reconsideraré pronto. Con un grupo de Guardianes en la búsqueda, probablemente no era una buena idea burlarme de alguien que me estaba ayudando. Le hice una pregunta diferente.

—Muy bien. Entonces, ¿Por qué vamos al Oeste de Virginia?

Sydney abrió la boca para responder, pero Dimitri la interrumpió

—Todavía no.

Me di media vuelta otra vez y le disparé una mirada.

—¡Estoy harta de esto! Hemos estado en la carretera durante seis horas, y todavía no se todos los detalles. Entiendo que nos estamos alejando de los guardianes, pero ¿En serio vamos al Oeste de Virginia? ¿Vamos a hacer nuestra central de operaciones en alguna cabaña? ¿Cómo alguien al pie de la montaña sin ni siquiera tuberías?

Sydney me dio uno de esos suspiros exasperados.

—¿Realmente sabes algo *acerca* del oeste de Virginia?

No me gustaba que Dimitri y ella se hubiesen unido para mantenerme en la oscuridad. Por supuesto, con Sydney, su reticencia podía ser cualquier cosa. Todavía podría ser un pedido de Abe. O tal vez simplemente no quería hablar conmigo. Ya que la mayoría de los alquimistas a los dhampirs y a los vampiros los engendrados del infierno, ellos normalmente no eran demasiado amistosos con nosotros. Pasar tiempo conmigo en Siberia había cambiado sus puntos de vista un poco. Eso esperaba. A veces tenía la sensación de que no era una persona social.

—Sabes que nos tendieron una trampa ¿No? —le pregunté—. Nosotros no hicimos nada en realidad. Dicen que mate a la reina, pero...

—Lo sé —me interrumpió Sydney—. He oído todo eso. Todos los alquimistas lo saben. Ustedes dos están en la parte superior de nuestra lista de los más buscados.

Ella intentó un tono serio, pero no podía ocultar su malestar totalmente. Tenía la sensación de que Dimitri la hacía ponerse más nerviosa, lo que era comprensible, ya que él hacía que se pusiese nerviosa hasta nuestra propia gente.

—Yo no lo hice —insistí. De alguna manera, era importante que ella lo supiese.

Sydney no hizo mención a mi comentario. En cambio ella dijo.

—Deberías comer. La comida se está enfriando. Nos quedan un poco mas de tres horas de camino y no pararemos excepto para poner gasolina.

Me di cuenta de la firmeza de su voz, así como la lógica de lo que había dicho. Ella no quería hablar más. Dentro de la bolsa, encontré dos órdenes gigantes de patatas fritas y tres hamburguesas con queso. Al parecer, todavía me conocía bastante bien. Me tomo todo mi autocontrol mantener el relleno de patatas fritas allí mismo en mi boca. En cambio, le ofrecí una hamburguesa con queso a Dimitri.

—¿Quieres una? Tienes que mantener tus fuerzas.

Dudó unos segundos antes de tomarla. Parecía considerarlo como una especie de maravilla, y me di cuenta de que comer alimentos aún era cosa nueva para él después de estos últimos meses. Los Strigoi solo subsistían con la sangre. Le di un par de patatas fritas también y luego me volví para devorar el resto. No me molestó en ofrecerle nada a Sydney. Ella era famosa por su falta de apetito, y además, me figure que habría comido si quisiese mientras esperaba por nosotros.

—Crep que esto es para ti —dijo Dimitri, entregándome una pequeña mochila. La abrí y encontré unas cuantas mudas de ropa, así como algunos artículos de aseo personal. Volví a revisar la ropa.

—Pantalones cortos, camisetas y un vestido. No puedo luchar con esto. Necesito pantalones vaquero —el vestido ciertamente era lindo: un largo vestido de gasa — con un estampado de acuarela color negro, blanco y gris. Pero muy poco práctico.

—¿Esa es la gratitud por tu parte? —dijo Sydney—. Eso pasa por ir en cierto modo rápido. Había tantas coas que podía poner juntas.

Echando un vistazo detrás de mí, vi a Dimitri desempacar su propia bolsa. Había ropa básica como la mía y también...

—¿Una gabardina Duster? —exclame, mirándolo sacar el largo abrigo de cuero. Como podría incluso caber allí desafiando a la física—. Tú le conseguiste una gabardina ¿Pero no pudiste encontrarme a mí un par de vaqueros?

Sydney parecía despreocupada por mi indignación.

—Abe dijo que era esencial. Además, si todo va como se supones, tú no necesitarías luchar —no me gusto como suena eso. *Seguro y Remoto*.

Ya que tenía potencialmente el coche más tranquilo del mundo, yo sabía que no debía esperar ninguna conversación real por las próximas tres horas. Supuse que estaba bien igual ya que eso me dejaba comprobar a Lissa. Yo esta todavía demasiado con un ojo en mi fuga como para pasar mucho tiempo en su cabeza, por lo que sólo era una evaluación rápida a la vida de la Corte.

Al igual que Dimitri había predicho, los guardianes habían restablecido la arden muy pronto. La Corte estaba cerrada, y todo el mundo con cualquier conexión conmigo estaba siendo extensamente interrogado. La cuestión era que todos tenían coartada. Todo el mundo había visto a mis aliados en el funeral o, en el caso de Abe, *pensaban* que los habían visto.

Un par de chicas juraron que habían estado con Adrian, yo sólo podía imaginar que ese era el resultado de más compulsión. Podía sentir la satisfacción de Lissa a través del vínculo mientras la frustración de los guardianes crecía y crecía.

Aunque ella no tenía idea de cuándo podría mirar a través del vínculo, ella me envió un mensaje a través de él: *No te preocupes, Rose. Yo quedaré a cargo de todo simplemente. Limpiaremos tu nombre*.

Me dejé caer de nuevo en el asiento del auto, insegura de cómo sentirme acerca de esta situación. Toda mi vida, yo había cuidado de ella. Yo la había protegido del peligro y a mi manera la había mantenido lejos de cualquier amenaza. Ahora, los papeles se invertían. Ella haría lo necesario para salvar a Dimitri y a mi yo estaba en sus manos, —al parecer en la de todos— en la medida en que este escape fuese preocupante. Iba en contra de todos los instintos que tenía y me inquietaba. No estaba acostumbrada a ser protegida por otros, o dejarla sola.

Los interrogatorios estaban todavía en curso, y Lissa no había tenido el suyo todavía, pero algo me decía que mis amigos iban a salir del apuro esta vez. Ellos nos serían castigados por mi fuga, y por el momento, yo era realmente la única en peligro, que era lo que yo prefería.

El Oeste de Virginia podría haber sido tan hermoso como Sydney había afirmando, pero yo no podía realmente decirlo ya que era de madrugada cuando llegamos. Sobre todo tenía la sensación de conducir a través de montañas, sintiendo los altibajos a medida que avanzábamos a través de zigzags y túneles.

Después de casi exactamente tres horas, rodamos a un pequeño agujero de un pueblo que tenía un semáforo y un restaurante simple que ponía marcados RESTAURANTE ECONOMICO.

No había habido tráfico en la carretera durante más de una hora, lo que al pensarlo, en realidad era lo más importante. Todavía no éramos seguidos.

Sydney nos llevo a un edificio con un cartel de MOTEL. Al parecer, esta ciudad le gustaba ceñirse a lo básico cuando se trataba de nombres. No sería una sorpresa si en realidad era solo una CIUDAD. A medida que caminábamos por el estacionamiento del motel, me sorprendí al sentir como estaban de adoloridas mis piernas. Cada parte de mí me dolía, y dormir sonaba fantástico. Hacía más de medio media desde que esta aventura había comenzado.

—¿No permaneceremos todos juntos? —le pregunté.

—Hey chicos, si nos atrapan, no quiero estar en ningún lugar cerca de ustedes —dijo con una sonrisa. Tenía la sensación de que también no quería dormir en la misma habitación que “las demoniacas criaturas de la noche”—. Aunque estaré cerca. Bueno hablamos por la mañana.

Esto me hizo darme cuenta de otra cosa. Miré a Dimitri.

—¿Compartimos habitación?

Sydney se encogió de hombros.

—Es lo mejor para que se defiendan.

Ella nos dejó en esa forma abrupta muy propio de ella, y Dimitri y yo nos miramos brevemente antes de dirigirnos a la habitación. Al igual que el resto del motel, no era fantástico, pero lo sería. La alfombra estaba gastada pero intacta, y agradecí el débil intento de decoración con una muy mala pintura de algunas peras. Una pequeña ventana se veía triste. Había una cama.

Dimitri puso el cerrojo y la cadena en la puerta y se sentó de espaldas en la solitaria silla de la habitación. Era de manera con la espalda recta, pero él lo hacía como la cosa más cómoda del mundo. Todavía llevada esa permanente mirada vigilante suya, pero podía ver agotamiento alrededor de los bordes. Esta había sido una larga noche para el también.

Me senté en el borde de la cama.

—¿Y ahora qué?

—Ahora esperamos —dijo.

—¿A qué?

—A que Lissa y los otros limpien tu nombre y averigüen quien mato a la reina.

Esperada más explicación, pero lo único que obtuve fue silencio. La incredulidad comenzó a construirse en mí. Había permanecido esta noche tan paciente como podía, siempre asumiendo que Dimitri me estaba conduciendo hacia alguna misteriosa misión para ayudar a resolver el asesinato. Cuando dijo que íbamos a esperar, seguramente no significaba que sólo íbamos a... bien ¿Esperar?

—¿Qué vamos hacer? —pregunté—. ¿Cómo los vamos a ayudar?

—Te lo dijimos antes: difícilmente puedes ir en busca de pistas a la Corte, es necesario que te mantengas alejada. Necesitas estar a salvo.

Mi mandíbula cayo mientras yo gesticulara por la sosa habitación.

—¿Qué, y esto qué es? ¿Aquí es donde me quieres esconder? Pensé... pensé que había algo aquí, algo que ayudase.

—Esto está ayudando —dijo, de esa manera terriblemente calmada suya—. Sydney y Abe investigaron este lugar y decidieron que estaba lo suficientemente fuera del camino para evitar ser detenidos.

Me levante de la cama.

—Muy bien, compañero. Hay un grave problema aquí con tu lógica. Ustedes siguen actuando como si mantenerme al margen de todo estuviese *ayudando*.

—Lo que es un grave problema es estarte repitiendo esta conversación una y otra vez. Las repuestas sobre quien asesinó a Tatiana están en la corte, y ahí es donde están tus amigos. Ellos resolverán esto.

—¡Yo aun no tuve una persecución de alta velocidad! ¿Y salto a refugiarme a otro estada en un motel de mierda! ¿Cuánto tiempo piensan “dejarme fuera del camino” aquí?

Dimitri cruzó los brazos sobre su pecho.

—Tanto como sea necesario. Tenemos los fondos para quedarnos aquí indefinidamente.

—¡Yo probablemente tenga suficiente cambio de sobra en el bolsillo para permanecer aquí indefinidamente! Pero eso no sucederá. Tengo que hacer algo. Yo no tomare el camino fácil y me sentare a esperar.

—Sobrevivir no es tan fácil como piensas

—Oh, Dios —gemí—. ¿Tú has estado saliendo con Abe, no? Ya sabes, cuando eras un Strigoi, me dijiste que me mantuviera alejada de él. Tal vez deberías seguir tu propio consejo.

Me arrepentí de las palabras tan pronto como salieron de mis labios y vi en sus ojos que le había causado un grave daño. Él podría haber actuado como el viejo Dimitri en esta fuga, pero su tiempo como Strigoi todavía lo atormentaba.

—Lo siento —le dije—. Yo no quise decir...

—Terminamos de discutir esto —dijo con dureza—. Lissa dijo que nos quedemos aquí, así que nos quedamos aquí.

La ira echó a un lado mi culpa.

—¿Es por eso que estás haciendo esto? ¿Por qué Lissa te lo dijo?

—Por supuesto. Juré servir y ayudarla.

Fue entonces cuando me partí. Había sido bastante malo cuando Lissa no devolvió a dhampir. Dimitri había pensado que estaba bien quedarse con Lissa mientras me despreciaba. A pesar del hecho de que *yo había sido la única* que había ido a Siberia y había aprendido acerca de cómo el hermano de Victor, Robert sabía cómo restaurar a un Strigoi... bien, al parecer esas cosas no importaban. Sólo Lissa empuñando la estaca parecía importar, y ahora Dimitri la tenía como especie de diosa angelical, que lo convertía como en un arcaico caballeo prometiendo servirle.

—Olvidalo —le dije—. Yo no me quedo aquí.

Legue a la puerta en tres pasos y logre quitar la cadena, pero en cuestión de segundos, Dimitri estaba fuera de la silla y me había arrojado contra la pared. En

realidad, ese fue un tiempo de reacción muy lento. Hubiera esperado que me detuviese antes de haber dado dos pasos.

—Te *vas* a quedar aquí —dijo sin alterar la voz, sus manos sujetando mis muñecas—. Te guste o no.

Ahora, tenía pocas opciones. *Podría* quedarme, por supuesto. Podría pasar el tiempo durante días —e incluso meses— en este motel hasta que Lissa aclarara mi nombre. Eso presumiendo que Lissa pudiese limpiar mi nombre y que yo aun no me hubiese intoxicado con la comida de RESTAURANTE ECONOMICO. Esa era la opción más segura. También la más aburrida para mí.

Otra opción era luchar a mi manera contra Dimitri. Que no era fácil ni seguro. También exigiría particularmente mucho esfuerzo porque tendría que luchar de tal forma que me permitiera escapar, pero que no lo matara o le causase cualquier lesión grave.

O, yo podría dejar lejos lo de tener cuidado y no frenarme. Al infierno, él había luchado contra Strigoi y la mitad de los guardias de la Corte. Podía manejar que yo le diese todo lo que tenía. Nosotros ciertamente habíamos compartido algunos encuentros bastantes difíciles en San Vladimir. *¿Sería lo mejor que tenía de mí suficiente para escapar?* Era hora de averiguarlo.

Le di un rodillazo en el estomago el cual claramente no esperaba. Sus ojos se abrieron en estado de shock —y un poco de dolor— brindándome un espacio liberarme de su control. Fue solo el tiempo suficiente para que yo tirara del cerrojo de la puerta. El me agarró fuerte y me tiro sobre el estomago en la cama, fijándome con su peso para impedir que mis miembros dieran en alguna sorpresa mas pateándolo. Este era siempre mi mayor problema en las luchas: los adversarios —por lo general los hombreS— con mas fuerzas y peso. Mi velocidad era mi mayor ventaja en esas situaciones, pero siendo sujeta hacían del esquivar y evadir una no-opción. Sin embargo, cada parte de mi luchaba, lo que hacía difícil para él mantenerme retenida.

—Para esto —me dijo al oído, sus labios casi tocándolo—. Se razonable, por una vez. No serás capaz de pasarme.

Su cuerpo estaba caliente y fuerte contra el mío, y le prometí a mí cuerpo un severo regaño después.

¡Para ya! pensé. *Concéntrate en salir de aquí no en como se siente él.*

—No estoy siendo la única poco razonable —le gruñí, tratando de volver mi rostro hacia el suyo—. Tú eres el único atrapado en una noble promesa que no tiene sentido. Y sé que a ti te gusta sentarte fuera de la acción tanto como a mí.

Ayúdame a encontrar al asesino y haz algo útil —deje de luchar y fingí que nuestra charla me había distraído.

—¡No me gusta sentarme a esperar pero tampoco quiero meterme precipitadamente en una situación imposible!

—Las situaciones imposibles son nuestra especialidad —señalé. Mientras tanto, trataba de evaluar su dominio sobre mí. Él no había relajado su control, pero esperaba que tal vez la conversación lo estuviese detrayendo. Pero sabía que él estaba cansado. Y quizás, sólo quizás, podría estar un poco descuidado, ya que era yo y no era un Strigoi

No.

Lo atacué bruscamente, tratando de escaparme y levantarme de debajo de él. Lo máximo que logré hacer fue rodar sobre mí misma antes de que me agarrase otra vez, ahora echada hacia atrás en la cama. Al estar tan cerca de él... su cara, sus labios... el calor de su piel contra la mía. Bueno. Al parecer, todo lo que había logrado era ponerme en mayor desventaja. Ciertamente no parecía estar demasiado afectado por la cercanía de nuestros cuerpos. Él llevaba esa determinación de acero típica de él, y a pesar de que era estúpido por mi parte, a pesar de que sabía que no debería importarme que estuviese sobre mí. . . bueno, me importaba.

—Un día —dijo—. ¿No puedes esperar ni un día?

—Tal vez si hubiésemos ido a un hotel mejor. Con cable.

—Este no es momento para bromas, Rose.

—Entonces déjame hacer algo. Cualquier cosa.

—No puedo.

Decir esa palabras, obviamente le dolía, y me di cuenta de algo. Estaba tan enojada con él, tan furiosa que intentaría hacerme sentar y jugar a lo seguro. Pero no le gustó eso tampoco. *¿Cómo pude haber olvidado lo iguales que éramos?* Los dos anhelábamos la acción. Ambos queríamos ser útiles, para ayudar a aquellos quienes nos importaban. Era su propia auto—determinación para ayudar a Lissa lo que lo mantenía aquí con este trabajo de niñera. Afirmaba que volver a la Corte era imprudente, pero yo tenía la sensación de que si él no hubiese estado a cargo de mí —O, bien, pensaba que lo estaba— habría corrido de regreso allí también.

Lo estudié, los oscuros ojos y la expresión suavizada por el pelo castaño que al haber escapado lo tenía en una cola de caballo. Colgaba alrededor de su rostro, apenas tocando el mío. Yo podría tratar de liberarme de nuevo, pero estaba perdiendo la esperanza de eso. Era demasiado fuerte y estaba muy decidido a

mantenerme a salvo. Sospechaba que, resaltar mi sospecha de que Él quería regresar también a la corte, no haría ningún bien. Ciertamente o no, estaría esperando para discutir con la lógica —de— Rose. Era Dimitri, después de todo. Él estaría esperando todo.

Bueno, casi.

Una idea me golpeó tan rápido que no me paré a analizarla. Sólo actué. Mi cuerpo podía estar limitado, pero tenía la cabeza y el cuello, lo suficientemente libres para moverme y besarlo.

Mis labios se encontraron con los suyos, y aprendí algunas cosas. Una de ellas era que era posible atraparlo totalmente por sorpresa. Su cuerpo se congeló y encerró, sorprendido por el repentino giro de los acontecimientos. También me di cuenta que era tan buen besador como recordaba.

La última vez que nos besamos fue cuando era Strigoi. Había habido una inquietante sensualidad en eso, pero no podía compararse con el calor y la energía de estar vivo. Sus labios eran como los recordaba de nuestros tiempos en San Vladimir, suaves y hambrientos al mismo tiempo. La electricidad se extendía a través de mi cuerpo mientras él me besaba de vuelta. Era a la vez reconfortante y estimulante.

Y esa fue la tercera cosa que descubrí. Él me devolvía el beso. Tal vez, sólo tal vez, Dimitri no estaba tan decidido, como había asegurado. Tal vez detrás de esa culpa y la certeza de que no podría amar de nuevo, él todavía me quería. Me hubiese gustado haberlo descubierto. Pero no tenía tiempo.

En cambio, le dio un puñetazo.

Es cierto: le había dado puñetazos a muchos chicos que me estaban besando, pero nunca al que en realidad quería seguir besando. Dimitri todavía me tenía sólidamente sujeta, pero el shock a causa del beso le había bajado la guardia. Mis puñetazos estallaron y conectaron con un lado de su cara. Sin perder un golpeo, le empujé fuerte tan lejos de mí como pude y salté fuera de la cama dirigiéndome hacia la puerta. Lo oí ponerse de pie cuando yo la abrí. Salí disparada de la habitación y cerré la puerta antes de que yo pudiese ver que él hacía. No es que yo lo necesitara. Él estaba viniendo detrás de mí.

Sin un momento de vacilación, empujé el carro de la limpieza abandonado frente a la puerta de la habitación y corrí por el pasillo. Un par de segundos más tarde, la puerta se abrió y oí un grito de disgusto —así como una palabra muy, muy mala en ruso— mientras apartaba el carro. Sólo le tomó unos momentos dejarlo a un lado, pero eso era todo lo que necesitaba. Bajé las escaleras en un instante y entré en el

vestíbulo donde un aburrido recepcionista estaba leyendo un libro. Él casi saltó de su silla cuando aparecí con lágrimas.

—¡Un hombre me persigue! —llamé mientras me dirigía hacia la puerta.

El empleado realmente no parecía alguien que intentaría parar a Dimitri, y yo tenía la sensación de Dimitri no pararía de todos modos si el hombre le preguntaba. En el caso más extremo, el hombre llamaría a la policía. En esta ciudad, la policía probablemente consistía en un hombre y un perro.

De todos modos, esa no era mi preocupación. Había escapado del motel y ahora me encontraba en el medio de un somnoliento pueblo de montaña, sus calles se fundían en sombras. Dimitri podría estar justo detrás de mí, pero cuando me sumergí en un bosque cercano, sabía que iba a ser fácil para mí perderlo en la oscuridad.

Capítulo 7

Traducido por: Caty

Corregido por: masi

EL PROBLEMA FUE, DE HECHO, que inmediatamente me perdí en la oscuridad.

Después de vivir en medio de los bosques de Montana, estaba acostumbrada a la manera en que la noche puede tragarte completamente una vez que te alejas, tan sólo un poco de la civilización. Yo estaba incluso acostumbrada a los giros y enredos de los bosques oscuros. Pero el terreno de San Vladimir me era conocido. Los bosques de Virginia del Oeste eran nuevos y extraños, y yo me había perdido por completo.

Una vez que estuve bastante segura de haber puesto bastante distancia entre el motel y yo, me detuve y miré a mi alrededor. Insectos nocturnos cantaban y hacían ruidos, y la opresiva humedad del verano me envolvía. Mirando entre las hojas de las copas de los árboles, podía ver un cielo lleno de brillantes estrellas, totalmente fuera del alcance de las luces de la ciudad. Sintiéndome como una verdadera sobreviviente en medio de la naturaleza, estudié las estrellas hasta que reconocí la Osa Mayor y deduje hacia cual dirección estaba el norte. Las montañas por las que Sydney nos había traído hasta aquí estaban hacia el este, así que realmente no quería dirigirme hacia esa dirección. Parecía razonable continuar hacia el norte, donde eventualmente llegaría a una vía interestatal y podría hacer autostop o caminar de nuevo hacia la civilización.

No era un plan perfecto, pero no era el peor que se me hubiera ocurrido alguna vez, no lo era por mucho.

Yo no estaba vestida para caminar por los bosques, pero mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, me las arreglé para evitar la mayoría de los árboles y otros obstáculos. Seguir el pequeño camino que conducía fuera del pueblo, hubiera sido más fácil, pero esto también habría sido lo que Dimitri hubiera esperado que hiciera.

Al final logré un ritmo constante y subconsciente que me llevaba hacia el norte. Decidí que era un buen momento para ver cómo estaba Lissa, ahora que tenía tiempo entre mis manos y no había guardianes tratando de arrestarme. Me deslicé en su mente y la encontré en lo profundo de los cuarteles de los guardianes, sentada

en un pasillo bordeado por sillas. Otros Moroi estaban sentados cerca, incluyendo a Christian y a Tasha.

—Ellos te interrogarán arduamente —murmuró Tasha—. Especialmente a *tí*. —Esto último, iba dirigido a Christian—. Tú serías mi primer sospechoso si algo explotara ilícitamente. Esa parecía ser la opinión de la mayoría de las personas. Por la mirada preocupada en su rostro, podía deducir que Tasha había quedado tan sorprendida por mi huída como yo. Incluso si mis amigos no se habían enterado de toda la historia, ella había podido juntar las piezas por sí misma, al menos, a cerca de quienes estaban detrás de todo esto.

Christian le dirigió una sonrisa tan encantadora como le fue posible, como un niño tratando de evitar ser castigado.

—Ellos ya deben saber que la explosión no fue causada por magia —dijo él—. Los guardianes habrán revisado cada centímetro de esas estatuas. —Él no se explicó detalladamente, no en público, pero la mente de Lissa estaba trabajando en la misma frecuencia que la suya. Los guardianes sabían que la explosión no había sido elemental. Incluso cuando mis amigos eran los principales sospechosos, las autoridades tenían que estar preguntándose -justo como yo lo hice- como un grupo de adolescentes podría haber conseguido obtener C-4.

Lissa asintió, estando de acuerdo y posó su mano sobre la de Christian. —Vamos a estar bien.

Sus pensamientos se desviaron hacia Dimitri y yo, preguntándose si lo habíamos logrado todo de acuerdo al plan. Ella no podía concentrarse en encontrar al asesino de Tatiana hasta que supiera que yo estaba a salvo. Como para mí, el escape había sido una decisión difícil: liberarme me ponía en más peligro que mantenerme encerrada. Sus emociones estaban agitadas, y un poco más salvajes de lo que yo preferiría. *Demasiado uso del espíritu*, me di cuenta. *Ella está usándolo demasiado*. De vuelta a la escuela, ella lo había controlado con medicamentos de prescripción y después con puro auto control. Pero a medida que nuestras situaciones se iban haciendo más peligrosas, ella se había permitido usarlo más y más. Recientemente, ella había usado cantidades tan sorprendentes, que habíamos llegado a tomarlo como algo normal. Tarde o temprano, la dependencia de Lissa del espíritu iba a cobrarnos un alto precio. A ambas.

—¿Princesa? —Una puerta al frente de Lissa se abrió, y un guardián se asomó—. Estamos listos para usted.

El guardián se hizo a un lado, y dentro de la habitación, Lissa escuchó a una voz conocida decir. —Es siempre un placer hablar con usted, Hans. Deberíamos hacerlo de nuevo alguna vez. —Entonces apareció Abe, avanzando con su meneo habitual. El se paró delante del guardián de la puerta, y le dio a Lissa y a los Ozeras una sonrisa ganadora, una que decía todo-está-bien.

Sin una palabra, el pasó delante de ellos hacia el pasillo de salida.

Lissa casi sonrió, pero logró contenerse, poniendo una expresión seria, mientras sus acompañantes entraban. La puerta se cerró tras ellos, y ella se encontró enfrentada a tres guardianes sentados en una mesa. A uno de ellos lo había visto por ahí, pero nunca lo había conocido. Creo que se llamaba Steele. A los otros dos los conocía muy bien. El otro era Hans Croft, el director de las operaciones de los guardianes en la Corte. A su lado -para mi sorpresa- estaba Alberta, quien estaba a cargo de los guardianes y novatos en San Vladimir.

—Adorable —gruñó Hans—. Un séquito completo. —Christian había insistido en estar presente cuando Lissa fuera interrogada, y Tasha había insistido en acompañar a Christian. Si Abe hubiera estado enterado de la hora del interrogatorio, probablemente se hubiera unido también al grupo, indudablemente seguido por mi madre... lo que Hans no sabía, era que había evitado una fiesta familiar.

Lissa, Christian y Tasha se sentaron al lado opuesto de los guardianes.

—Guardiana Petrov —dijo Lissa, ignorando la desaprobación de Hans—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

Alberta le dirigió a Lissa una sonrisa, pero se mantuvo en modo *guardián profesional*. —Vine para el funeral, y el Guardián Croft, decidió que sería bueno tener una opinión externa para la investigación.

—Al mismo tiempo que alguien más familiarizado con Hathaway y sus, eh, socios —añadió Hans. Hans era el tipo de hombre que iba directo al grano. Usualmente su actitud me molestaba -esa era mi reacción normal ante cualquier figura de autoridad- pero yo de verdad respetaba la forma en que manejaba las operaciones aquí—. Se suponía que esta reunión sólo la incluía a *usted*, princesa.

—Nosotros no diremos una palabra —dijo Christian.

Lissa asintió y mantuvo su rostro suave y educado, incluso cuando había un temblor en su voz. —Yo quería ayudar... Yo he estado tan, no lo sé. Estoy tan sorprendida por todo lo que ha pasado.

—Estoy seguro —dijo Hans, con voz seca—. ¿Donde se encontraba cuando las estatuas explotaron?

—Con la procesión del funeral —dijo ella—. Yo era parte de la escolta.

Steele tenía una pila de papeles al frente suyo. —Eso es cierto. Hay muchos testigos.

—Bastante conveniente. ¿Y *después*? —preguntó Hans—. ¿A dónde fue, cuando la multitud entró en pánico?

—De regreso al edificio del Consejo. Allí es donde todos los demás se estaban reuniendo, y pensé que estaría más segura. —Yo no podía ver su cara, pero podía sentirla tratando de parecer asustada—. Yo me asusté cuando las cosas comenzaron a ponerse extrañas.

—También tenemos testigos que corroboran eso —dijo Steele.

Hans tamborileó sus dedos contra la mesa. —¿Tenía usted algún conocimiento previo de todo esto? ¿Las explosiones? ¿La huída de Hathaway?

Lissa sacudió su cabeza. —¡No! no tenía ni idea. Ni siquiera sabía que era posible forzar esas celdas. Pensé que había muchísima seguridad.

Hans ignoró la crítica a sus operaciones. —Ustedes tienen ese lazo, ¿verdad? ¿Usted no se enteró de nada de esa forma?

—Yo no la leo a ella —explicó Lissa—. Ella ve mis pensamientos, pero no funciona de la otra forma.

—Eso —dijo Alberta, hablando finalmente—. Es verdad.

Hans no la contradijo, pero seguía sin creer en la inocencia de mis amigos. —Usted está consciente, de que si es atrapada ocultando información -o ayudándola- se enfrentará a consecuencias casi tan serias como las de ella. Todos ustedes. Ser parte de la realeza no los exime de cargos de traición.

Lissa bajó su mirada, como si su amenaza la asustara. —Simplemente no puedo... creerlo. No puedo creer que ella haya hecho esto. Ella era mi amiga. Yo creí que la conocía. Nunca pensé que ella pudiera hacer alguna de esas cosas... nunca pensé que pudiera asesinar a alguien. Si no fuera por los sentimientos que sentía a través del vínculo, hubiera podido ofenderme. Sin embargo, yo sabía la verdad. Ella estaba actuando, tratando de distanciarse de mí. Era algo inteligente.

—¿De verdad? Porque no hace mucho, usted estaba jurando y perjurando que ella era inocente —señaló Hans.

Lissa miró hacia arriba de nuevo, abriendo mucho sus ojos. —¡Yo pensé que lo era! Pero entonces... entonces me enteré de lo que ella le hizo a todos esos guardianes cuando escapó... —Su preocupación no era completamente falsa esta vez. Ella aún necesitaba actuar como si pensara que yo era culpable, pero las noticias de la condición de Meredith le habían llegado, algo que de verdad la había impactado. Eso nos convertía en dos, pero al menos ahora sabía que Meredith estaba bien.

Hans aún parecía escéptico acerca del cambio de opinión de Lissa, pero lo dejó pasar. —¿Qué hay de Belikov? Usted juró que él ya no era un Strigoi, pero obviamente algo salió mal ahí también.

Christian se tensó al lado de Lissa. Como defensor de Dimitri, Christian estaba tan irritado como nosotras ante las acusaciones y sospechas. Lissa habló antes de que Christian pudiera decir algo.

—¡El no es Strigoi! —El remordimiento de Lissa sobre mí, se desvaneció, su anterior y feroz defensa de Dimitri entró en acción. Ella no había esperado esta línea de interrogación acerca de él. Ella se había estado preparando para defenderme a mí y a su coartada. Hans parecía complacido con su reacción y la observó detenidamente.

—¿Entonces como puede explicar su participación?

—No fue porque él fuera Strigoi —dijo Lissa, forzándose a recuperar su control. Su corazón estaba latiendo rápidamente—. El cambió de nuevo. No queda nada Strigoi en él.

—Pero el atacó a un gran número de guardias, en más de una ocasión.

Parecía que Tasha quería interrumpir ahora y defender a Dimitri también, pero ella mordió su labio visiblemente. Era extraordinario. A los Ozeras les gustaba expresar lo que pensaban, no siempre de una forma diplomática.

—Eso no fue porque él fuera Strigoi —repitió Lissa—. Y el no mató a ninguno de esos guardianes. A ninguno. Rose hizo lo que hizo... bueno, no sé por qué. Ella odiaba a Tatiana, supongo. Todos sabían eso. Pero Dimitri... se los digo, ser Strigoi no tiene nada que ver con esto. Él la ayudó porque solía ser su instructor. El pensó que ella estaba en problemas.

—Eso es bastante extremo para un profesor, particularmente uno que -antes de convertirse en Strigoi- era conocido por ser tranquilo y razonable.

—Sí, pero él no estaba pensando razonablemente porque...

Lissa se detuvo, atrapada de repente en una mala situación. Hans parecía haberse dado cuenta, rápidamente con esta conversación, de que si Lissa estaba involucrada con los eventos recientes -y yo no creo que él estuviera seguro aún- ella tenía una coartada bastante solida. Hablar con ella, de cualquier modo, le había dado la oportunidad de descubrir otro misterio a cerca de mi huída: la participación de Dimitri. Dimitri se había sacrificado a sí mismo al hacerse responsable, incluso cuando esto significaba perder la confianza de todos, nuevamente. Lissa pensó que podía hacer creer a los demás, que sus acciones se debían a los instintos protectores de un profesor, pero aparentemente, nadie se iba a creer eso.

—¿Él no estaba pensando racionalmente porque...? —la instó Hans, sus ojos afilados. Antes del asesinato, Hans había estado convencido de que Dimitri, de verdad, se había convertido de nuevo en dhampir. Algo me decía que el aún lo creía, pero el presentía que había algo grande frente a él. Lissa permaneció en

silencio. Ella no quería que la gente pensara que Dimitri seguía siendo Strigoi. Ella quería que la gente creyera en sus poderes para restaurar a los no-muertos. Pero si Dimitri ayudando a una estudiante no parecía lo suficientemente convincente para los demás, toda esa desconfianza podía surgir de nuevo.

Mirando a sus interrogadores, Lissa de repente se encontró con los ojos de Alberta. La guardiana mayor no dijo nada. Ella tenía esa expresión neutral y calculada que todos los guardianes perfeccionaban. Ella, también, tenía un aire de sabiduría a su alrededor, y Lissa brevemente se permitió ver su aura a través del espíritu. Tenía unos colores buenos y una energía constante, y en los ojos de Alberta, Lissa juraba que podía ver un mensaje, un brillo conocedor.

Díselo. Parecía decir el mensaje. *Que lo sepan va a crear problemas, pero no será tan malo como los que tienes ahora.* Lissa sostuvo esa mirada, preguntándose si tan solo estaba proyectando sus propios pensamientos en Alberta. No importaba quien había tenido la idea. Lissa sabía que era lo correcto.

—Dimitri ayudó a Rose porque... porque ellos estaban involucrados.

Como sospechaba, Alberta no estaba sorprendida y parecía aliviada de que la verdad se supiera. Hans y Steele, por otro lado, estaban bastante sorprendidos. Yo tan sólo había visto sorprendido a Hans un par de veces.

—Cuando usted dice involucrados, usted quiere decir... —se quedó callado, para estructurar sus palabras—. ¿Se refiere a que estaban involucrados románticamente?

Lissa asintió, sintiéndose horrible. Ella había revelado un gran secreto aquí, uno que había jurado guardar por mí, pero yo no la culpaba. No en esta situación. El amor -esperaba- defendería las acciones de Dimitri.

—Él la amaba —dijo Lissa—. Ella lo amaba a él. Si él le ayudo a escapar...

—Él *la ayudo* a escapar —interrumpió Hans—. ¡Atacó a guardianes y explotó invaluable estatuas de siglos de antigüedad, que habían sido traídas desde Europa!

Lissa se encogió de hombros. —Bueno, como dije. Él no estaba actuando racionalmente. Quería ayudarla y probablemente pensaba que ella era inocente. Él hubiera hecho cualquier cosa por ella, y eso no tiene nada que ver con ser un Strigoi.

—El amor no lo justifica todo. —Hans no era un romántico, evidentemente.

—¡Ella es menor de edad! —exclamó Steele. Esa parte no se le había escapado.

—Ella tiene dieciocho —aclaró Lissa.

Hans le lanzó una mirada cortante. —Yo puedo sumar, princesa. A menos que ellos logran mantener un hermoso y conmovedor romance durante las últimas

semanas -mientras él permanecía mayormente aislado- entonces en su escuela estaban pasando cosas que alguien debería haber reportado.

Lissa no dijo nada, pero por el rabillo del ojo, podía ver a Christian y a Tasha. Ellos estaban tratando de mantener expresiones neutrales, pero era obvio que esta noticia no era una sorpresa para ellos, confirmando sin dudas la sospecha de Hans, de que cosas ilícitas habían pasado de verdad. De hecho, yo no me había dado cuenta de que Tasha sabía acerca de Dimitri y yo y me sentí un poco mal. ¿Había sabido ella que su rechazo había sido en parte culpa mía? ¿Y si ella lo sabía, cuántos otros lo hacían? Christian probablemente se lo había contado, pero algo me decía que probablemente había más personas comenzando a darse cuenta también. Después del ataque de la escuela, mi reacción probablemente había sido una gran pista a cerca de mis sentimientos por Dimitri. A lo mejor contárselo ahora a Hans no era un problema tan grande después de todo. El secreto no seguiría siendo un secreto por mucho más tiempo.

Alberta se aclaró la garganta, hablando finalmente. —Creo que tenemos cosas más importantes de que preocuparnos que por un romance que pudo o no haber ocurrido.

Steele le dirigió una mirada incrédula y aplastó su puño contra la mesa. —Esto es bastante serio. ¿Usted lo sabía?

—Todo lo que sé es que estamos distrayéndonos del objetivo de esto —respondió ella, evadiendo limpiamente la pregunta. Alberta era por lo menos veinte años mayor que Steele, y la mirada dura que le lanzó, decía que él no era más que un niño desperdiciando su tiempo—. Pensé que estábamos aquí para descubrir si la señorita Hathaway había tenido cómplices, no para desenterrar el pasado. Hasta ahora, la única persona que estamos seguros que la ayudó es Belikov, y él lo hizo a causa de un afecto irracional. Eso lo convierte en un fugitivo y un tonto, no en un Strigoi.

Yo nunca había pensado en mi relación con Dimitri como un -afecto irracional- pero el punto de Alberta fue entendido. Algo en las miradas de Hans y Steele me hacía pensar que pronto el mundo entero se enteraría de nuestra relación, pero eso no era nada comparado con un asesinato. Y si eso hacía que Dimitri dejara de ser acusado de ser un Strigoi, entonces significaba que él sería aprisionado en lugar de estacado si alguna vez era atrapado. Pequeñas bendiciones.

El interrogatorio de Lissa continuó un poco más, antes de que los guardianes decidieran que ella estaba libre y limpia de cualquier culpa en mi huída (que ellos pudieran probar). Ella hizo un buen trabajo actuando sorprendida y confundida todo el tiempo, incluso derramando algunas lágrimas a cerca de lo mucho que se había equivocado conmigo. Ella reforzó con un poco de coacción su acto, no la suficiente para lavarle el cerebro a nadie, pero la suficiente para que la indignación

anterior de Steele se transformara en simpatía. Hans era más difícil de leer, pero mientras mi grupo se retiraba, él les recordó a Tasha y a Christian que hablaría con cada uno de ellos después, preferiblemente sin un séquito.

Por ahora, la próxima persona en el sillón estaba esperando en el pasillo: Eddie. Lissa le lanzó la misma sonrisa que con la que saludaría a cualquier amigo. No había ninguna indicación de que ellos fueran parte de una conspiración. Eddie asintió en respuesta, mientras era llamado a la habitación para interrogarlo. Lissa estaba ansiosa por él, pero yo sabía que su auto-control guardián aseguraría que él se ciñera a la historia. Probablemente no lloraría como Lissa, pero actuaría igualmente sorprendido por mi traición.

Tasha dejó a Christian y a Lissa una vez que salieron, advirtiéndoles primero que tuvieran cuidado. —Ustedes están libres de culpa por ahora, pero no creo que los guardianes los hayan descartado totalmente. Especialmente Hans.

—Hey, yo puedo cuidarme solo —dijo Christian.

Tasha puso sus ojos en blanco. —Sí. Veo lo que pasa cuando te encargas de tus propias decisiones.

—Oye, no te enojés por no habértelo contado —exclamó él—. No teníamos tiempo, y había un número limitado de personas a los que podíamos involucrar. Además, tú ya has hecho tu buena porción de planes locos antes.

—Cierto —admitió Tasha. Ella difícilmente era un modelo a seguir, en cuanto a ceñirse a las reglas—. Es simplemente que todo se ha vuelto mucho más complicado. Rose se ha escapado. Y ahora Dimitri... —Ella suspiró, y yo no necesité que ella terminara de hablar, para adivinar sus pensamientos. Había una profunda mirada de tristeza en sus ojos, una que me hacía sentir culpable. Justo como el resto de nosotros, Tasha quería ver la reputación de Dimitri restaurada. Al liberar a la acusada del asesinato de la reina, *realmente* había acabado con cualquier posibilidad de aceptación. Yo, realmente, deseaba que él no se hubiera involucrado y esperaba que mi actual plan de escape diera resultado.

—Todo esto funcionará —dijo Christian—. Ya lo verás. —Él no parecía muy convencido mientras hablaba, y Tasha le dirigió una pequeña y entretenida sonrisa.

—Simplemente ten cuidado, por favor. No quiero verte también en una celda. No tengo tiempo para hacer visitas en la cárcel, con todo lo que está pasando. —Su diversión desapareció, y su actitud de activista comprometida apareció—. Nuestra familia está siendo ridícula, lo sabes. ¿Puedes creer que ellos realmente están considerando proponer a Esmond como nuestro candidato? Buen Dios. Nosotros ya hemos soportado una tragedia después de otra, por aquí. Por lo menos, deberíamos tratar de salvar algo de este desastre.

—Creo que no conozco a Esmond —dijo Christian.

—Idiota —dijo ella, como si nada—. Él, quiero decir. No tú. Alguien debe hacer entrar en razón a nuestra familia, antes de que se avergüencen a ellos mismos.

Christian sonrió. —Y déjame adivinar: ¿Tú eres la persona indicada para hacerlo?

—Por supuesto —dijo ella, con un brillo travieso en sus ojos—. Yo ya he escrito una lista de candidatos ideales. Nuestra familia simplemente necesita un poco de persuasión para ver lo ideales que son ellos.

—Me sentiría mal por ellos, a no ser porque continúan actuando como unos imbéciles con nosotros —remarcó Christian, observando a su tía alejarse. El estigma de sus padres convirtiéndose en Strigoi, seguía vivo después de todos estos años. Tasha lo aceptaba con gracia, a pesar de sus quejas, aunque fuera tan solo para poder participar en las más grandes decisiones de la familia Ozer. Christian no hacía esos intentos de ser civilizado. Era lo suficientemente terrible ser tratado como menos que los demás Moroi, que los guardianes y otras cosas a las que los miembros de la realeza tenían derecho, les fueran negadas. ¿Pero por parte de su propia familia? Era especialmente duro. Él se rehusaba a pretender que fuera aceptable.

—Ellos cambiarán. Con el tiempo —dijo Lissa, sonando más optimista de lo que se sentía.

Cualquier respuesta por parte de Christian fue olvidada cuando un nuevo acompañante se unió a ellos: mi padre. Su aparición abrupta asustó a mis dos amigos, pero yo no estaba sorprendida. Él probablemente se había enterado del interrogatorio de Lissa y había estado esperando fuera de este edificio, esperando para poder hablar con ella.

—Hace un lindo día afuera —dijo Abe, amigablemente, mirando alrededor hacia los árboles y flores, como si ellos tres estuvieran en una caminata ecológica dentro de la Corte—. Pero va a ponerse increíblemente cálido cuando salga el sol.

La oscuridad que me estaba causando tantos problemas en los bosques de Virginia del oeste, se traducían en unas placenteras condiciones de medio día para esos que vivían en el horario vampírico. Lissa le dio a Abe una mirada sospechosa. Con sus ojos tan acostumbrados a la poca luz, ella no tenía ninguna dificultad para ver la brillante camisa aguamarina, que tenía debajo de su chaqueta deportiva beige. Probablemente, hasta una persona ciega podría haberlo visto ese color.

Lissa no disfrutaba la actitud casual fingida de Abe. Era un hábito suyo, comenzar con pequeñas conversaciones antes de avanzar hacia tópicos más siniestros. —Tú no estás aquí para hablar del clima.

—Estoy tratando de ser civilizado, eso es todo —Él se quedó en silencio, mientras un par de chicas Moroi pasaban a su lado. Una vez que estuvieron bastante lejos, preguntó en voz baja—. Asumo que todo salió bien en tu pequeña reunión.

—Bien —dijo ella, sin molestarse en informarlo a cerca de las *afecciones irracionales*. Ella sabía que lo único que le importaba saber, era que ninguno de sus cómplices hubiera sido implicado.

—Los guardianes tienen a Eddie ahora —dijo Christian—. Y me quieren a mi más tarde, pero creo que eso será todo para nosotros.

Lissa suspiró. —Honestamente, tengo el presentimiento de que nuestro interrogatorio fue la parte fácil, comparado con lo que está por venir. —Ella se refería a descubrir quien había matado realmente a Tatiana.

—Paso por paso —murmuró Abe—. No tiene sentido dejar que lo realmente importante nos abrume. Simplemente tenemos que comenzar por el principio.

—Ese es el problema —dijo Lissa, pateando irritada una rama tirada en el camino de piedras, que había delante de ella—. No tengo idea de por dónde empezar. Quien sea quien mató a Tatiana, hizo un buen trabajo cubriendo sus huellas y haciéndolo parecer todo culpa de Rose.

—Paso por paso —repitió Abe.

Él hablaba en ese malicioso tono suyo, que tanto me molestaba a veces, pero hoy, para Lissa era exasperante. Hasta ahora, toda su energía había estado enfocada en sacarme de la cárcel, hacia algún lugar seguro. Esa era la meta que la había dirigido y mantenido en movimiento después de mi huida...

Ahora, después de que un poco de la intensidad se hubiera desvanecido, la presión de todo esto estaba comenzando a hacerse sentir sobre ella. Christian puso un brazo sobre sus hombros, sintiendo su consternación. El se dirigió a Abe, inusualmente serio.

—¿Tienes alguna idea? —le preguntó Christian a Abe—. Nosotros de verdad no tenemos ninguna evidencia real.

—Tenemos suposiciones razonables —respondió Abe—. Como que, quien sea quien mató a Tatiana tenía acceso a sus habitaciones privadas. Esa no es una lista muy larga.

—Tampoco es una lista corta. —Lissa contó personas con sus dedos—. Los guardias reales, sus amigos y familiares... y eso asumiendo que nadie alteró los archivos de las visitas que mantienen los guardianes. Y por lo que sabemos, algunas visitas pudieron no ser registradas nunca. Ella, probablemente, tenía reuniones secretas todo el tiempo.

—Es poco probable que ella tuviera reuniones de negocios en su habitación, en pijama —respondió Abe—. Por supuesto, esto depende del tipo de negocio del que estemos hablando, supongo.

Lissa tropezó, sorprendida por una idea. —Ambrose.

—¿Quién?

—Él es un dhampir... realmente guapo... Él y Tatiana estaban, um...

—¿Involucrados? —dijo Christian con una sonrisa, recordando el interrogatorio.

Ahora Abe se detuvo. Lissa hizo lo mismo y sus oscuros ojos encontraron los de ella. —Yo lo he visto. Parece el típico limpia piscinas.

—Él debía tener acceso a su habitación —dijo Lissa—. Pero yo no puedo... No lo sé. Yo no puedo imaginarlo haciendo esto.

—Las apariencias son engañosas —dijo Abe—. Él parecía muy interesado en Rose, allá en la corte.

Más sorpresas para Lissa. —¿De qué estás hablando?

Abe se acarició la barbilla de la forma en que lo haría un villano malvado. —Él habló con ella, o le dio alguna señal. No estoy realmente seguro, pero hubo algún tipo de interacción entre ellos.

Astuto y observador Abe. Había notado cuando Ambrose me entregó la nota, pero no se había dado cuenta de todo lo que, realmente, había pasado.

—Deberíamos hablar con él entonces —dijo Christian.

Lissa asintió. Sentimientos encontrados se batían dentro de ella. Ella estaba emocionada por tener una pista, pero le molestaba que esto significara que el amable y gentil Ambrose pudiera ser un sospechoso.

—Yo puedo encargarme de ello —dijo Abe tranquilamente.

Sentí su mirada caer sobre él. Yo no podía ver su expresión, pero si vi a Abe dar un paso hacia atrás involuntariamente, con el más pequeño brillo de sorpresa en sus ojos. Incluso Christian retrocedió. —Y yo voy a estar contigo cuando lo hagas —dijo ella, su voz parecía de acero—. No intentes ningún estilo loco de interrogación-tortura sin mí.

—¿Quieres estar presente durante la tortura? —preguntó Abe, recuperando la compostura.

—No habrá ninguna. Vamos a hablar con Ambrose como personas civilizadas, ¿lo entiendes? —Ella le dirigió una dura mirada, y Abe finalmente se encogió de

hombros dándole la razón, como si ser sobrepasado por una mujer de la mitad de su edad no fuera gran cosa.

—Está bien. Lo haremos juntos.

Lissa estaba un poco sospechosa a cerca de su buena voluntad, y él debió haberse dado cuenta de eso.

—Lo *haremos* —dijo él, caminando de nuevo—. Este es un buen momento, es decir, tan bueno como cualquiera, para una investigación. La Corte va a entrar en caos a medida que se acerquen las elecciones del nuevo monarca. Todo el mundo va a estar ocupado, y va a comenzar a llegar aún más gente.

Una brisa, intensa y húmeda, agitó el cabello de Lissa. La promesa de más calor estaba en el aire y ella sabía que Abe tenía razón acerca del amanecer. Iba a valer la pena acostarse temprano.

—¿Cuándo van a ser las elecciones? —preguntó ella.

—Tan pronto como pongamos a nuestra querida Tatiana a descansar. Estas cosas se mueven rápido. Necesitamos restaurar nuestro gobierno. Ella será enterrada en la iglesia mañana con una ceremonia y un servicio, pero no se repetirá la procesión. Ellos están todavía demasiado inquietos.

Yo me sentía un poco mal de que ella no hubiera recibido el funeral real de una reina al final, pero si eso significaba que su asesino iba a ser descubierto, a lo mejor ella lo hubiera preferido así.

—Una vez el entierro pase y las elecciones comiencen —continuó Abe—, cualquier familia que quiera proponer un candidato para la corona lo hará, y por supuesto, todos ellos querrán hacerlo. Tú nunca has visto una elección de monarca, ¿verdad? Es un gran espectáculo. Por supuesto, antes que la votación ocurra, todos los candidatos tienen que pasar por unas pruebas.

Había algo siniestro en la forma en que él decía “pruebas”, pero los pensamientos de Lissa estaban en otro lugar. Tatiana había sido la única reina que ella había conocido, y todo el impacto de un cambio de régimen era asombroso. —Un nuevo rey o reina puede afectarlo todo, para mejor o para peor. Espero que sea alguien bueno. Uno de los Ozeras, a lo mejor. Uno de los candidatos de Tasha. —Ella miró esperanzada a Christian, quien tan sólo pudo encogerse de hombros—. O Ariana Szelsky. Ella me gusta. No es que lo que yo quiera importe mucho —añadió ella amargamente—, dado que no puedo votar. —Los votos del consejo determinan el ganador de las elecciones, así que, de nuevo ella estaba aislada del proceso legal Moroi.

—Las nominaciones toman mucho trabajo —explicó Abe, evitando su último comentario—. Cada familia querrá a alguien que apoye sus intereses, pero que también tenga una posibilidad de obtener votos de...

—¡Oomph!

Yo fui, rudamente, sacada del calculador mundo de las políticas Moroi y devuelta a los bosques de Virginia del Oeste, de una manera bastante dolorosa. Algo sólido y feroz me aplastaba sobre la dura tierra, hojas y ramas cortando mi rostro y manos. Fuertes manos me mantenían atrapada, y la voz de Dimitri habló en mi oído.

—Simplemente deberías haberte escondido en el pueblo —dijo él, un poco divertido. Su peso y posición no me permitían espacio para moverme—. Hubiera sido el último lugar en el que te hubiera buscado. En lugar de eso, yo sabía exactamente hacia donde te dirigirías.

—Que más da. No te creas tan listo —dije, apretando mis dientes, tratando de escapar de su agarre. Maldición. Él *era* listo. Y una vez más, su cercanía era desorientadora. Más temprano, parecía haberlo afectado también a él, pero aparentemente había aprendido su lección—. Tuviste suerte adivinando, eso es todo.

—Yo no necesito suerte, Roza. Yo siempre voy a encontrarte. Así que realmente, depende de ti cómo de difícil va a ser esta situación. —Había un tono casi conversacional en su voz, algo aún más ridículo debido a la situación en la que estábamos—. Podemos hacer esto una y otra vez, o puedes ser razonable a cerca de todo esto y quedarte con Sydney y conmigo.

—Eso no es razonable. ¡Es un desperdicio!

Él estaba sudando, por el calor e indudablemente, porque había tenido que correr bastante rápido para alcanzarme. Adrian usaba una colonia que siempre me hacía sentirme embriagada, pero la esencia natural de la cálida piel de Dimitri era intoxicante, también. Para mí, era increíble seguir notando todas estas pequeñas cosas, y sentirme atraída hacia ellas, cuando estaba legítimamente enojada con él por mantenerme cautiva. A lo mejor la rabia era un afrodisíaco para mí.

—¿Cuántas veces tengo que explicarte la lógica detrás de lo que estamos haciendo? —preguntó exasperado.

—Hasta que te rindas —yo lo empuje, tratando nuevamente de escaparme, pero todo lo que logré fue hacer que estuviéramos aún más cerca. Tenía el presentimiento que el truco del beso no iba a funcionar esta vez.

Él me levantó, manteniendo mis brazos y manos inmovilizados en mi espalda. Yo tenía un poco más de espacio de lo que tenía en el suelo, pero no lo suficiente para

liberarme. Lentamente él comenzó a hacerme caminar de regreso hacia la dirección por la que había llegado.

—No voy a permitir que tú y Sydney se arriesguen a meterse en más problemas por mi culpa. Yo voy a cuidarme sola, así que simplemente déjame irme —dije, literalmente arrastrando mis pies. Viendo un alto y delgado árbol, me amarré a mi misma al tronco, deteniéndonos completamente. Dimitri gruñó y cambió su agarre sobre mí para alejarme del árbol. Esto casi me da una oportunidad de escape, pero apenas logré dar dos pasos, antes de que él me atrapara de nuevo.

—Rose —dijo él, cansado—. No puedes ganar.

—¿Cómo se siente tu cara? —pregunté. No podía ver ninguna marca con la pobre iluminación, pero sabía que el golpe que le había dado, iba a crear una para mañana. Era una pena dañar un rostro como el suyo, pero él se curaría, y a lo mejor eso le enseñaría una lección a cerca de meterse con Rose Hathaway.

O no. El comenzó a arrastrarme de nuevo. —Estoy a pocos segundos de simplemente llevarte sobre mi hombro —advirtió.

—Me gustaría verte intentarlo.

—¿Cómo crees que se sentirá Lissa si te asesinan? —Su agarre se apretó, y aunque yo tenía un presentimiento de que él iba a cumplir su amenaza de llevarme sobre su hombro, también sospechaba que simplemente quería sacudirme. El estaba *así* de molesto—. ¿Puedes imaginarte lo que sería para ella perderse?

Por un momento, me quedé sin respuestas inteligentes. Yo no quería morir, pero arriesgar mi vida era precisamente eso: arriesgar *mi* vida. No la de nadie más. Aún así, yo sabía que él tenía la razón. Lissa quedaría devastada, si algo me pasara. Y aún así... era un riesgo que al que tenía que enfrentarme...

—Ten un poco de fe, compañero. Yo no voy a dejar que me maten —dije, tercamente—. Me mantendré viva.

Esa no era la respuesta que él buscaba. El cambió su agarre. —Hay otras formas de ayudarla en lugar de cualquiera que sea la locura en que estás pensando.

De repente me quedé absolutamente quieta. Dimitri tropezó, sorprendido por mi repentina falta de resistencia. —¿Qué está mal? —preguntó él, al mismo tiempo confundido y sospechoso.

Yo me quedé mirando la noche, sin enfocar nada realmente con mis ojos. En lugar de ello, estaba viendo a Lissa y a Abe de regreso en la Corte, recordando los sentimientos de impotencia de Lissa y su deseo por un voto. Recordé la nota de Tatiana, y por un momento pude escuchar su voz en mi cabeza. *Ella no es la última Dragomir. Hay otro que vive.*

—Tienes razón —dije al final.

—¿La razón acerca de...? —Dimitri estaba totalmente perdido. Era una reacción común entre las personas, cuando yo accedía a hacer algo razonable.

—Regresar corriendo a la Corte no ayudará a Lissa.

Silencio. Yo no podía ver realmente su expresión, pero probablemente estaba llena de asombro.

—Yo regresaré al motel contigo, y no me voy a escapar hacia la Corte. —Otro Dragomir. Otro Dragomir tenía que ser encontrado. Yo respiré profundamente—. Pero no voy a estar sentada y sin hacer nada. *Voy* a hacer algo por Lissa, y tú y Sydney vais a ayudarme.

Capítulo 8

Traducido por: Anelisse

Corregido por: Gry

RESULTÓ QUE ESTABA EQUIVOCADA con que el departamento de policía local comprendía un chico y un perro. Cuando Dimitri y yo caminamos de vuelta al motel, vimos parpadear luces rojas y azules en el estacionamiento y algunos espectadores tratando de ver lo que estaba sucediendo.

—Toda la ciudad se despertó, —le dije.

Dimitri suspiró. —Sólo tenías que decirle algo a la recepcionista, ¿no lo hiciste?

Nosotros nos detuvimos a cierta distancia, ocultos en las sombras de un destartalado edificio.

—Pensé que serías más lento.

—Esto no nos va a frenar ahora. —Sus ojos hicieron un barrido de la escena, tomando todos los detalles en la parpadeante luz—. El coche de Sydney se ha ido. Eso es algo, por lo menos.

Mi arrogancia anterior se desvaneció. —¿Lo es? ¡Hemos perdido nuestro viaje!

—Ella no quería dejarnos, pero ella es lo suficientemente inteligente como para salir antes que la policía viniera a llamar a su puerta. —Él se giró y contempló la carretera principal de la ciudad—. Ven aquí. Ella tiene que estar cerca, y esta es una buena probabilidad para que la policía pueda comenzar realmente a buscar por todo si piensan que una chica indefensa está siendo perseguida. —El tono que usaba para hablar de legiones “indefensas”.

Dimitri tomó la gran decisión de caminar hacia el camino que nos había llevado a la ciudad, asumiendo que Sydney quisiera salir de allí ahora de modo que descubriría nuestro escondite.

Involucrando a la policía había creado complicaciones, pero sentía un poco de remordimiento por lo que había hecho. Yo estaba entusiasmada con el plan que se me había ocurrido en el bosque y quería, como es habitual, empezar a moverme en

él de inmediato. Si ayudaba a sacarnos de este agujero de ciudad, por consiguiente mucho mejor.

Los instintos de Dimitri sobre Sidney estaban en lo cierto. Alrededor de una media milla fuera de la ciudad, vimos a un CR-V tirado en el costado de la carretera. El motor estaba apagado, las luces a oscuras, pero yo podía ver lo suficientemente bien como para identificar la matrícula de Louisiana. Caminé hacia el lado de la ventana del conductor y golpeé en el cristal. En el interior, Sydney se estremeció. Ella bajó la ventanilla, con la cara incrédula.

—¿Qué hiciste? No importa. No te molestes. Sólo entren.

Dimitri y yo cumplimos. Me sentí como una niña traviesa por su mirada de desaprobación.

Ella encendió el coche sin decir una palabra y comenzó a conducir en la dirección en que habíamos venido originalmente, eventualmente fusionándose con la carretera estatal que conducía de regreso a la interestatal. Eso era prometedor. Sólo, que una vez conducidas unas pocas millas, paró de nuevo, esta vez en una salida oscura que no parecía tener nada en ella.

Ella dio la vuelta al coche y se volvió para mirarme en el asiento trasero. —Tú corriste, ¿no es así?

—Sí, pero tuve esto...

Sydney, levantó una mano para hacerme callar. —No. Todavía no. Me gustaría que hubieras tenido tu audaz fuga, sin llamar a las autoridades.

—A mi también, —dijo Dimitri.

Les fruncí el ceño a los dos. —Hey, volví, ¿verdad? —Dimitri arqueó una ceja por eso, al parecer, cuestionándose cuán voluntario había sido—. Y ahora sé lo que tenemos que hacer para ayudar a Lissa.

—Lo que tenemos que hacer, —dijo Sydney—, es encontrar un lugar seguro para quedarse.

—Sólo regresar a la civilización y elegir un hotel. Uno con servicio de habitaciones. Nosotros podemos convertirlo en nuestra base de operaciones, mientras trabajamos en el próximo plan.

—¡Hemos investigado esa ciudad en concreto! —Dijo ella—. No podemos ir a algún lugar al azar, al menos no cerca. Dudo que nos cogieran por mis matrículas, pero podrían poner una llamada de búsqueda de este tipo de coche. Si ellos

consiguen esto y nuestras descripciones, llegaría a la policía estatal, llegaría a los alquimistas y esto podría...

—Cálmate, —dijo Dimitri, tocando su brazo. No había nada íntimo en eso, pero sentí una chispa de envidia, particularmente después del fiero amor por el que casi había sido arrastrada a través del bosque. —No sabemos nada de lo que pueda pasar. ¿Por qué no justamente llamas a Abe?

—Sí, —ella dijo con tristeza—. Eso es exactamente lo que quiero. Para decirle que metí la pata en el plan en menos de veinticuatro horas.

—Bueno, —dije—, si eso te hace sentir mejor, los planes están a punto de cambiar de todas formas...

—Cállate, —ella espetó—. Los dos. Tengo que pensar.

Dimitri y yo intercambiamos miradas, pero nos quedamos en silencio. Cuando yo dije que conocía una verdadera forma de ayudar a Lissa, él se había intrigado. Yo sabía que quería detalles ahora, pero ambos teníamos que esperar a Sydney.

Ella encendió la luz del techo y abrió un mapa de papel del Estado. Después de estudiarlo por un minuto, lo dobló de nuevo y se limitó a mirar adelante. No pude verle la cara, pero sospechaba que tenía el ceño fruncido. Por último, suspiró de esa lamentable manera suya, apagó la luz, y arrancó el coche. Vi como ella daba un puñetazo en Altswood, West Virginia en su GPS.

—¿Qué hay en Altswood? —Le pregunté, decepcionada que no hubiera entrado en algo así como Atlantic City.

—Nada, —dijo, tirando hacia atrás en el camino—. Pero es el lugar más cercano al que podemos ir y qué el GPS puede encontrar.

Los faros de los coches pasaban iluminando brevemente el perfil de Dimitri, y vi la curiosidad en su cara también. Así que. Ya no era la única que estaba al margen del asunto. El GPS leyó casi durante una hora y media hacia nuestro destino. Él no preguntó por su elección, sin embargo, se giró de nuevo hacia mí.

—¿Así que está pasando con Lissa? ¿Cuál es este gran plan tuyo? —Él miró a Sydney—. Rose dice que esto es algo importante que tenemos que hacer.

—Así que se reunieron, —dijo secamente Sydney. Dimitri me miró expectante.

Tomé una respiración profunda. Era el momento de revelar el secreto que yo había estado llevando encima desde mi audiencia. —Por lo tanto, bueno, resulta que Lissa tiene un hermano o hermana. Y creo que deberíamos encontrarlo.

Me las arreglé para que sonara fresco y casual como yo hablaba. Dentro de mí, mi corazón dio un vuelco. Incluso aunque había tenido un montón de tiempo para procesar la nota de Tatiana, decir las palabras en voz alta los hacía reales de una manera en que todavía no lo habían sido antes. Me sorprendió, golpeándome con el impacto de lo que realmente significaba esta información y cómo había cambiado todo lo que habíamos llegado a creer.

Por supuesto, mi sorpresa fue nada comparada con la de los otros. Un punto para Rose y el elemento sorpresa. Sidney no hizo ningún intento de ocultar su asombro y falta de aliento.

Incluso Dimitri parecía un poco sorprendido.

Una vez recuperados, pude ver que preparaban sus protestas. O bien pedir las pruebas de la evidencia o, simplemente, descartar la idea como ridícula. De inmediato salté a la acción antes de que los argumentos pudieran comenzar. Reproducí la nota de Tatiana, leyéndola en voz alta y a continuación, dejé que Dimitri mirara. Les hablé de mi encuentro fantasmal, donde el espíritu turbado de la reina me hizo creer que había verdad en esto. Sin embargo, mis compañeros se mostraron escépticos.

—No tienes ninguna prueba de que Tatiana escribiera la nota, —dijo Dimitri.

—Los alquimistas no tienen registros de otro Dragomir, —dijo Sydney.

Cada uno de ellos dijo exactamente lo que yo pensaba que dirían. Dimitri era el tipo de persona que siempre estaba listo para un truco o trampa. Sospechaba algo sin tener pruebas tangibles. Sydney vivía en un mundo de hechos y datos, y tenía fe total en los alquimistas y su información. Si los Alquimistas no lo habían creído, ella tampoco. Incluso la evidencia fantasmal los convencía a ninguno de ellos.

—Realmente no veo por qué el espíritu de Tatiana querría engañarme, —argumenté—. Y los alquimistas no tiene porqué saberlo todo. La nota dice que este era un secreto Moroi muy fuertemente custodiado... no tiene sentido que fuera también secreto de los alquimistas.

Sydney se burló, no le gustó mi comentario de “saberlo todo”, pero de lo contrario se mantuvo en silencio. Fue Dimitri quién empujó hacia adelante, negándose a tomar fe en algo sin más pruebas.

—Has dicho antes que no siempre es claro lo que tratan de decir los fantasmas, —señaló—. Tal vez la malinterpretaste.

—No lo sé... —Volví a pensar acerca de su rostro solemne y translúcido—. Yo creo que ha escrito esta nota. Mi instinto me dice que lo hizo. —Entrecerré los ojos—. Sabes que he estado en lo correcto antes. ¿Puedes confiar en mí en esto?

Él me miró durante unos instantes, y yo le sostuve la mirada constantemente. De esta misteriosa forma nuestra, podía adivinar lo que estaba pasando. Toda la situación era exagerada, pero él sabía que yo tenía razón acerca de mis instintos. Habían sido demostrados como ciertos en el pasado.

No importa lo que él había pasado, no importaba el antagonismo existente entre nosotros, todavía me conocía lo suficiente como para confiar en esto. Poco a poco, casi a regañadientes, él asintió con la cabeza. —Pero si decidimos buscar al presunto hermano, nosotros iremos en contra de las instrucciones de Lissa de quedarte.

—¿Crees en esa nota? —Exclamó Sydney—¿Estás considerando escucharlo?

Un destello de ira se encendió dentro de mí, y yo trabajé para ocultarlo. Por supuesto. Por supuesto que esto sería el siguiente obstáculo: la incapacidad de Dimitri para desobedecer a Lissa. Sydney temía a Abe, lo que pude más o menos entender, pero la preocupación Dimitri seguía siendo el elevado voto de caballería que le había hecho a Lissa. Tomé una respiración profunda. Decirle lo ridículo que pensaba que era el comportamiento no lograría lo que yo necesitaba.

—Técnicamente, sí. Pero si pudiéramos probar que no es la última de su familia, esto la ayudaría mucho. No podemos pasar por alto la oportunidad, y si te las arreglas para mantenerme fuera de problemas, mientras que lo hacemos... —Traté de no hacer muecas— ...entonces no debería ser un problema.

Dimitri consideró esto. Él me conocía. Él también sabía que iba a utilizar si era necesario la rotunda lógica para llegar a mi manera.

—De acuerdo, —dijo al fin. Vi el cambio en sus rasgos. La decisión había sido tomada, y ahora él se adheriría a ella—. ¿Pero por dónde empezamos? No tiene otras pistas, aparte de una misteriosa nota.

Fue un déjà vu que me recordó a Lissa y Christian y la conversación anterior con Abe cuando estaban tratando de decidir por dónde empezarían su investigación. Ella y yo vivíamos vidas paralelas, al parecer, ambas persiguiendo un rompecabezas imposible con una pista vaga. Como ya había reproducir su discusión, traté el mismo razonamiento que Abe había utilizado: sin pistas, empezando a trabajar a través de conclusiones obvias.

—Obviamente, esto es un secreto, —dije—. Uno grande. Una persona que al parecer quería encubrir... lo suficientemente que intentaban robar los registros sobre ello y mantener a los Dragomir fuera del poder. —Alguien había irrumpido en un edificio de los alquimistas y tomado documentos en lo que se indicaban que Eric Dragomir había patrocinado a una mujer misteriosa. Señalé a mis compañeros, que a mí me parecía muy probable que esa mujer fuera la madre de su

querido hijo—. Puedes mirar en este caso un poco más. —Las últimas palabras fueron pronunciadas hacia Sydney. Tal vez a ella no le importaba, sobre otro Dragomir, pero los alquimistas todavía querían saber quién les había robado.

—Whoa, hey. ¿Cómo fue ni siquiera tuve parte de este proceso de decisión? —Ella todavía no se había recuperado de nuestra conversación de huir pronto sin ella. Después de la manera en que nuestra noche había transcurrido hasta ahora, ella aún no veía muy contenta de ser absorbido por otro de mis regímenes deshonestos. —Tal vez ir contra los pedidos de Lissa no son gran cosas para vosotros dos, pero no se debe ir en contra de Abe. No podría ser tan indulgente.

Era un punto justo. —Lo pondré como un favor de hija, —le aseguré. —Además, el hombre mayor ama los secretos. Él estará en esto, créeme. Y tú has encontrado la pista más grande de todas. Quiero decir, si Eric estaba dando dinero a una mujer anónima, ¿por qué no sería su amante secreta y el niño?

—Anónimo es la palabra clave, —dijo Sydney, todavía claramente escéptica de la clemencia de Zmey—. Si tu teoría es correcta... y esto es un tipo de salto... todavía no tenemos idea de quién es esta señora. Los documentos robados no lo dicen.

—¿Existen otros documentos que estén relacionados con los robados? ¿O podrías investigar el banco dónde fue el envío de dinero? —La preocupación inicial de los alquimistas había sido simplemente que alguien había robado copias de sus registros. Sus colegas habían descubierto que elementos fueron robados, pero no habían pensado mucho en el contenido. Yo estaba dispuesta a apostar que no habían buscado cualquier otro documento relacionado con el mismo tema. Ella afirmó lo mismo.

—¿De verdad que no tienes ni idea de cómo la “investigación de los registros” funciona, ¿verdad?

—No es fácil, —dijo—. Podría tomar un tiempo.

—Bueno... Supongo que por eso es bueno que vayamos a una parte, bueno, segura, ¿verdad? —le pregunté. Impresionada con la constatación de que podría necesitar más tiempo para dar nuestro próximo paso juntos, pude ver el tipo de desventaja de haber perdido nuestro escondite fuera-del-camino.

—Seguro... —Ella negó con la cabeza—. Bueno, ya veremos. Espero que no esté haciendo algo estúpido.

Con esas palabras ominosas, se hizo el silencio. Yo quería saber más acerca de dónde estamos yendo, pero sentí que no debía presionar la pequeña victoria que había conseguido. La victoria pensé que la había conseguido, por lo menos. Yo no estaba del todo segura de que Sydney estuviera el 100 por ciento a bordo, pero

estaba segura de que Dimitri había estado convencido. Mejor no agitarla por el momento. Miré el GPS. Casi una hora. Tiempo suficiente para comprobar de nuevo a Lissa.

Tardé un minuto en reconocer dónde estaba Lissa, probablemente porque yo había esperado que ella volviera a su habitación. Pero no, ella estaba en una localización dónde solo había estado una vez:

La casa de los padres de Adrian. Sorprendente. En unos momentos, sin embargo, leí el razonamiento en su mente. Su actual suite estaba en la vivienda de huéspedes, y en el pánico consiguiente a mi escape, su edificio era un hervidero de visitantes que en este momento trataban de salir. La casa Ivashkov, situada en una zona residencial permanente, estaba un poco más tranquila, no era que no hubiera algunos vecinos que huyeran también de allí.

Adrián se sentó en un sillón, con los pies descansando descuidadamente en una cara mesa de café que probablemente un diseñador de interiores había ayudado a su madre a escogerla. Lissa y Christian acababan de llegar, y ella cogió una bocanada de humo en el aire que le hizo pensar que Adrian había estado a escondidas en algún mal comportamiento de antemano.

—Si tenemos suerte, —les estaba diciendo a Lissa y Christian—, las unidades parentales se vincularán por un tiempo y nos darán un poco de paz y tranquilidad. ¿Qué tan difícil es vuestro interrogatorio?

Lissa y Christian se sentaron en un sofá que era más bonito que lo cómodo que era. Ella se inclinó hacia él y suspiró. —No está mal. No sé si ellos están plenamente convencidos de que no tuvimos nada que ver con el escape de Rose. . . pero definitivamente no disponen de ninguna prueba.

—Creo que tenemos más problemas con la tía Tasha, —dijo Christian—. Ella tiene una especie de cabreado porque no le dijimos lo que estaba pasando. Creo que probablemente quería volar las estatuas ella misma.

—Creo que ella está más molesta porque tenemos a Dimitri involucrado —señaló Lissa—. Ella piensa que estamos arruinando sus posibilidades de ser aceptado de nuevo.

—Tiene razón, —dice Adrian. Cogió un mando a distancia y lo dirigió a una gran TV con pantalla de plasma. Silenció el sonido y pasó a través de los canales al azar—. Pero nadie lo obligó.

Lissa asintió con la cabeza pero, secretamente, se preguntó si ella había obligado a Dimitri inadvertidamente. Su dedicación a proteger a su voto no era ningún secreto. Christian pareció recoger su preocupación.

—Hey, por lo que sabemos, él nunca haría...

Un golpe lo interrumpió.

—Maldita sea, —dijo Adrián, poniéndose de pie—. Demasiada paz y tranquilidad.

—Tus padres no llamarían, —dijo Christian.

—Es cierto, pero probablemente es uno de sus amigos que quieren para tomar el puerto y los chismes sobre la terrible situación de hoy de los jóvenes asesinos, —Adrián volvió a llamar.

Lissa oyó abrirse la puerta y una conversación apagada. Unos momentos más tarde, Adrian regresó con un joven chico Moroi que Lissa no reconoció.

—Mira, —el chico estaba diciendo, mirando a su alrededor con inquietud—, puedo volver. —Él divisó a Lissa y Christian y se congeló.

—No, no, —dijo Adrian. Su transformación del mal humor a la cordialidad había sucedido tan rápido como se enciende un interruptor de la luz—. Estoy seguro que ella regresará en cualquier momento. ¿Todos vosotros ya se conocían?

El chico asintió con la cabeza, dirigiendo una mirada como dardos en el cara a cara. —Por supuesto.

Lissa frunció el ceño. —No te conozco.

La sonrisa no se apartaba de la cara Adrian, pero Lissa entendió rápidamente de que algo importante que estaba pasando. —Este es Joe. Joe es el portero que me ayudó con el testimonio de que yo no estaba con Rose cuando la tía Tatiana fue asesinado. El que estaba trabajando en el edificio de Rose.

Tanto Lissa como Christian se enderezaron. —Fue una suerte que apareciera antes de la audiencia, —dijo Christian con cuidado. Durante un tiempo, ellos habían estado en el pánico de que Adrian podría estar implicado conmigo, pero Joe se había presentado justo a tiempo para dar testimonio acerca de cuándo nos había visto a Adrián y a mí en mi edificio.

Joe dio unos pasos hacia el vestíbulo. —Debo irme. Simplemente dile a Lady Ivashkov que he venido... y que estoy dejando la Corte. Pero que todo está establecido.

—¿Qué está establecido? —Preguntó Lissa, levantándose lentamente.

—Ella... ella lo sabe. —Lissa, lo sabía, no se veía intimidatoriamente. Ella era linda, delgada y bonita, pero desde el miedo en la cara de Joe... bien. Ella debía

haber estado dando una mirada de miedo. Me recordé el encuentro anterior con Abe—. En realidad, —añadió—. Tengo que irme.

Él empezó a moverse de nuevo, pero de repente, sentí una oleada del espíritu quemando a través de Lissa.

Joe se detuvo, y ella se dirigió hacia él.

—¿Acerca de qué es lo que tienes que hablar con Lady Ivashkov? —Exigió Lissa.

—Fácil, prima, —murmuró Adrian—. No necesitas usar mucho el espíritu para conseguir respuestas.

Lissa estaba usando la coacción sobre Joe, tanto que él bien podría haber sido una marioneta.

—El dinero, —Joe abrió la boca, con los ojos muy abiertos—. El dinero acordado.

—¿Qué dinero? —Preguntó ella.

Joe vaciló, como si pudiera resistirse, pero finalmente se rindió. Él no podía luchar mucho contra la compulsión, no con un usuario del espíritu. —El dinero... el dinero para testificar... sobre donde estaba él. —Joe hizo un gesto con la cabeza hacia Adrian.

La expresión fría de Adrian vaciló un poco. —¿Qué quieres decir dónde estaba? ¿La noche en que mi tía murió? ¿Estás diciendo...

Christian recogió lo que Adrian no pudo. —¿Está lady Ivashkov pagándote para que digas que viste a Adrián?

—Yo lo vi, —exclamó Joe. Estaba sudando visiblemente. Adrián estaba en lo cierto: Lissa estaba usando demasiado espíritu. Estaba lastimando psíquicamente a Joe—. Simplemente... simplemente... yo no recuerdo el momento... no recuerdo ninguno de los tiempos. Eso es lo que les dije a los otros hombres, también. Ella me pagó por ponerle un tiempo a cuándo tú estabas allí.

A Adrian no le gustó esto, en absoluto. Para su crédito, se mantuvo en calma. —¿Qué querías decir con "el otro tipo"?

—¿Quién más? —Repitió Lissa—. ¿Quién más estaba con ella?

—¡Nadie! La señora Ivashkov sólo quería asegurarse de que su hijo estuviera limpio. Yo amañé los detalles para ella. Era el hombre... el otro hombre que vino después... quién quiso saber cuando Hathaway estaba cerca.

Se oyó un clic desde el vestíbulo, el sonido de la abertura de la puerta delantera. Lissa se inclinó hacia delante, poniéndole encima la compulsión. —¿Quién? ¿Quién era él? ¿Qué quería?

Ahora Joe parecía que estaba sufriendo seriamente. Tragó saliva. —¡No sé quién fue! No vi ninguna identificación. Algún Moroi. Sólo quería dar testimonio acerca de cuándo yo había visto a Hathaway. Me pagó más que la señora Ivashkov. Ningún daño... —Miró a Lissa desesperadamente—. Nada de malo en ayudarlos a los dos... sobre todo porque Hathaway lo hizo...

—¿Adrian? —la voz de Daniella sonó en el pasillo—. ¿Estás aquí?

—Atrás, —Adrian advirtió a Lissa en voz baja. No había ninguna gracia en ella.

Su voz era tan suave, con su atención todavía sobre Joe. —¿Qué aspecto tenía? ¿El Moroi? Descríbelo.

El sonido de los tacones altos cliqueó en el piso de madera de los pasillos.

—¡Como nadie!, —Dijo Joe—. ¡Te lo juro! Llano. Ordinario. Excepto la mano... por favor, dejadme ir...

Adrian empujó a un lado a Lissa, rompiendo el contacto entre ella y Joe. Joe casi se hundió en el suelo y luego se puso rígido cuándo fue atrapado por la mirada de Adrian. Más coacción... pero mucho menos de la que Lissa había utilizado.

—Olvidate de esto, —silbó Adrian—. Nunca tuvimos esta conversación.

—Adrian, que estás...

Daniella se detuvo en la puerta de la sala de estar, fijándose en la extraña escena. Christian todavía estaba en el sofá, pero Adrian y Lissa estaban a centímetros de Joe, cuya camisa estaba empapada de sudor.

—¿Qué pasa? —exclamó Daniella.

Adrian dio un paso atrás y le dio a su madre una de esas encantadoras sonrisas que cautivaban a tantas mujeres. —Este chico vino a verte, mamá. Nosotros le dijimos que tendría que esperar hasta que regresaras. Nosotros íbamos a salir ahora.

Daniella miró entre su hijo y Joe. Ella estaba claramente incómoda con respecto al escenario y también confusa. Lissa estaba sorprendida por el comentario “íbamos a salir”, pero siguió el ejemplo de Adrian. Christian también.

—Fue agradable verte, —dijo Lissa, intentando una sonrisa para que coincidiera con Adrian. Joe parecía totalmente aturdido. Después del comando que Adrian le

había dado, probablemente el pobre portero también había olvidado cómo él había terminado en la casa Ivashkov.

Lissa y Christian siguieron rápidamente a Adrian antes que Daniella pudiera decir mucho más. —¿Qué demonios fue eso? —Preguntó Christian, una vez que estuvieron fuera. Yo no estaba segura de si se referían a la espantosa coacción de Lissa o lo que Joe había revelado.

—No estoy seguro, —dijo Adrian, con una oscura expresión. No había más sonrisas alegres—. Sin embargo, debemos hablar con Mikhail.

—Rose.

La voz de Dimitri era suave, trayéndome de nuevo a él, Sydney, y el coche. Él sin duda, había reconocido la expresión en mi cara y sabía dónde había estado.

—¿Todo bien allá? —él preguntó.

Sabía que “allá” significaba Corte y no el asiento de atrás. Asentí con la cabeza, aunque bien no era la palabra adecuada para lo que acababa de presenciar. ¿Qué había acabado de presenciar? Una admisión de falso testimonio. Una admisión que contradecía algunas de las pruebas en mi contra. A mí no me importaba tanto que Joe hubiera mentido para mantener a Adrian seguro. Adrian no había estado involucrado en el asesinato de Tatiana. Yo lo quería libre y limpio. Pero ¿qué pasaba con la otra parte? ¿Había pagado algún Moroi “ordinario” para que Joe mintiera acerca de cuándo yo había estado, dejándome sin una coartada durante el tiempo del asesinato?

Antes de que yo pudiera procesar plenamente las consecuencias, me di cuenta que el coche se había detenido.

Forcé la información de Joe en la parte posterior de mi mente, y traté de hacer un balance de nuestra nueva situación.

El portátil de Sydney brillaba en el asiento delantero mientras ella desplazaba a través de algo.

—¿Dónde estamos? —Me asomé por la ventana. En la luz de los faros, vi una gasolinera triste y cerrada.

—Altswood, —dijo Dimitri.

En mi opinión, no había nada más que la gasolinera. —Hace que nuestra última ciudad encontrada se vea Nueva York.

Sydney cerró su ordenador portátil. Ella me lo devolvió y lo puse en el asiento a mi lado, cerca de las mochilas cubiertas que había tomado milagrosamente al salir del motel. Ella giró el coche en el camino y lo sacó del estacionamiento. No muy lejos, podía ver la carretera y esperaba que volviera hacia ella. En cambio, ella pasó por delante de la gasolinera, adentrándose más en la oscuridad. Al igual que en el último lugar, estábamos rodeados de montañas y bosques. Nos deslizamos a un ritmo de caracol hasta que Sydney descubrió una pequeña carretera de grava que desaparecía en el bosque. Era sólo lo suficientemente grande para que un coche pasase, pero de alguna manera, yo no esperaba que el tráfico corriera mucho aquí. Un camino similar nos llevó más y más profundamente, y aunque no podía verle la cara, la ansiedad Sydney era palpable en el coche.

Los minutos se sentían como horas hasta que nuestro estrecho sendero se abrió en uno grande, lleno de suciedad. Los demás vehículos... viéndose muy viejos... estaban estacionados allí. Era un lugar extraño para un estacionamiento, teniendo en cuenta que todo lo que podía ver a nuestro alrededor era oscuro bosque. Sydney apagó el coche.

—¿Estamos en un campamento? —Le pregunté.

Ella no respondió. En cambio, miró a Dimitri. —¿Eres tan bueno como dicen que eres?

—¿Qué? —él preguntó, sorprendido.

—Lucha. Todo el mundo sigue hablando de lo peligrosos que eres. ¿Es cierto? ¿Eres tan bueno?

Dimitri lo consideró. —Bastante bueno.

Me burlé. —Muy bueno.

—Espero que sea suficiente, —dijo Sydney, buscando la manecilla de la puerta.

Abrí también mi puerta. —¿No vas a preguntar sobre mí?

—Ya sé que eres peligrosa, —dijo—. Lo he visto.

Su cumplido ofreció un poco de consuelo mientras caminábamos por todo el estacionamiento rural. —¿Porque nos detenemos?

—Porque ahora tenemos que ir a pie. —Ella encendió una linterna e iluminó a lo largo del perímetro del aparcamiento. Por último, cruzó un sendero que serpenteaba entre los árboles.

El camino era pequeño y fácil de perder, porque las malezas y otras plantas lo iban invadiendo. — Allí. —Ella comenzó a moverse hacia él.

—Espera, —dijo Dimitri. Él se movió delante de ella, a la cabeza, y yo de inmediato tomé el puesto de detrás en nuestro grupo. Era una formación estándar de guardianes.

Capítulo 9

Traducido por: paovalera y berenaissss

Corregido por: Melo LL

A FORTUNADAMENTE, TODAS LAS CARAS ERAN DE MOROI. Eso no me detuvo de levantar mi estaca y acercarme a Sydney. Nadie nos estaba atacando, así que mantuve mi posición—no es que importara. Mientras más prestaba atención al asunto, observe que estábamos completamente rodeados por casi diez personas. Le dijimos a Sydney que estábamos bien, y era verdad: Dimitri y yo podríamos derribar un grupo así, a pesar de que las cualidades de pelea lo harían más difícil. También me di cuenta de que no todo el grupo era Moroi. Los más cercanos a nosotros lo eran, pero alrededor de ellos había dhampirs. Y la bola de luz que pensé que venía de una antorcha o linterna venía de la mano de uno de los Moroi.

Un chico Moroi dio un paso hacia adelante, como de la edad de Abe, pero con una barba marrón y una estaca plateada en sus manos. Una parte de mí noto que esa estaca estaba hecha cruelmente en comparación con la mía, pero el efecto de ambas sería el mismo. La mirada del hombre pasó sobre mí y sobre Dimitri, y bajo un poco la estaca. Sydney se convirtió en el objeto de escrutinio del chico, y de repente la alcanzó. Dimitri y yo nos movimos para detenerlos, pero otras manos nos alcanzaron. Podría haber peleado, pero me detuve en seco cuando Sydney lanzó un grito estrangulado,

—Espera.

El Moroi con barba agarró a Sydney por la mejilla y volteó su cabeza para que la luz cayera en su rostro, iluminando el tatuaje dorado. La soltó y retrocedió.

—Chica-Lily. —El gruñó.

Los otros se relajaron un poco, sin embargo mantuvieron sus estacas en mano y lucían listos para atacar en caso de ser provocados. El Moroi líder volteó su atención hasta donde estábamos Dimitri y yo.

—¿Están aquí para unirse a nosotros? —él pregunto desafiándonos.

—Necesitamos refugio —dijo Sydney, tocándose ligeramente la garganta—. Ellos están siendo perseguidos por los Impuros.

La mujer sosteniendo la llama parecía escéptica.

—Más como espías de los Impuros.

—La Reina de los Impuros está muerta —dijo Sydney. Asintió hacia mí—. Ellos piensan que ella lo hizo.

La parte inquisitiva dentro de mí comenzó a hablar, pero se cayó rápidamente, lo suficientemente sabia como para saber que este evento tan bizarro estaría mejor en manos de Sydney. No entendía lo que ella estaba diciendo. Cuando dijo que los Impuros nos estaban persiguiendo, pensé que estaba tratando de hacer que este grupo creyera que los Strigoi estaban detrás de nosotros. Ahora, después de que mencionara a la reina, no estaba tan segura. Tampoco creía que identificarme a mí como la potencial asesina fuera muy inteligente de su parte. Por todo lo que sabía, Barba Marrón me entregaría y trataría de conseguir una recompensa. Por el aspecto de su ropa, el podría necesitar una recompensa.

Para mi sorpresa, esto trajo una sonrisa a su rostro.

—Es decir, que otro usurpador pasa a la corona. ¿Ya tienen uno?

—No —dijo Sydney—. Ellos tendrán elecciones pronto para escoger a alguien.

Las sonrisas del grupo fueron reemplazadas por miradas de desdén y opiniones desaprobatorias sobre unas elecciones. No me pude detener.

—¿De qué otra manera elegirían un nuevo Rey o Reina?

—De la manera original —dijo un Dhampir cercano a ella—. La manera que se usaba hace bastante tiempo. En una batalla hasta la muerte.

Esperé que dijeran lo contrario. Pero el chico estaba claramente serio. Quería preguntarle a Sydney en que nos había metido, pero en este punto, aparentemente pasamos la inspección. Su líder se volteó y comenzó a caminar por el sendero. El grupo lo siguió, moviéndonos a nosotros con ellos. Escuchando su conversación, no pude evitar estremecerme—y no solo porque nuestras vidas podrían colgar de un hilo. Estaba intrigada por sus acentos. El recepcionista idiota del motel tenía un agudo acento sureño, exactamente como lo esperarías en esta zona del país. Estos chicos, a pesar de tener sonidos familiares, tenían otras pronunciaciones mezcladas. Casi me recordaba al acento de Dimitri.

Estaba tan tensa y ansiosa que apenas me pude concentrar en todo lo que habíamos caminado. Eventualmente el sendero nos guió a lo que parecía un muy bien escondido campamento. Una gran fogata encendida en un claro con gente sentada a su alrededor. Sin embargo, había estructuras arruinadas a un lado del lugar, extendiéndose dentro de los bosques junto con el ancho sendero. No era un camino, pero daba la ilusión de pertenecer a una ciudad o al menos a un pueblo. Los edificios eran pequeños y extraños pero parecían permanentes. Al otro lado del fuego, la tierra se extendía filosamente hasta los Apalaches², bloqueando las estrellas. En la luz centelleante, pude ver la silueta de una montaña cuya textura estaba formada por roca, árboles enormes y sombreada por hoyos oscuros aquí y allá.

Mi atención se volvió hacia lo vivo de nuevo. Las personas congregadas alrededor de la fogata—un par de docenas o más—cayeron en silencio mientras nuestra escolta nos abría el paso. Al principio, todo lo que vi fueron números. Esa era la guerrera dentro de mí, contando los oponentes y planeando el ataque. Luego, justo como lo había hecho más temprano, realmente mire los rostros. Más Moroi mezclados con dhampir. Y —lo que más me sorprendió— humanos.

Esos no eran alimentadores tampoco. Bueno no en el sentido en que conocía a los alimentadores. Incluso en la oscuridad, podía obtener pequeños vistazos de las marcas de los cuellos, pero juzgando por sus expresiones curiosas, podía decir que estas personas no daban su sangre regularmente. Ellos no eran importantes. Estaban mezclados entre los Moroi y los dhampirs, sentados, de pie, hablando, siendo agradables—Todo el grupo estaba claramente unido en algún tipo de comunidad. Me preguntaba si todos estos humanos eran Alquimistas. Quizás tenían algún tipo de negocios con los de mi tipo.

La formación frente a nosotros comenzó a despejarse, y me acerqué a Sydney.

—¿En nombre de Dios, que es todo esto?

—Los Vigilantes —ella dijo en voz baja.

—¿Vigilantes? ¿Y eso que significa?

—Significa —dijo el Moroi con barba—, que a diferencia de tu gente, seguimos manteniendo las antiguas tradiciones, del modo que debería ser.

Mire a estos Vigilantes en ropa sucia y descalzos. Reflexionando lo lejos que estábamos de la civilización —y basándome en lo oscuro que estaba lejos de la fogata— estaba dispuesta a apostar que no tenían electricidad. Estuve a punto de decir que esta no era la manera en que deberían estar tratando de vivir. Luego,

² Apalaches: Cordillera de montañas al este de Norte América.

recordando la manera casual en que estas personas hablaban sobre lucha hasta el final, decidí quedarme con mis pensamientos para mí misma.

—¿Por qué ellos están aquí, Raymond? —pregunto una mujer sentada por la fogata. Ella era humana pero le hablaba al Moroi con barba de una manera muy natural. No era la manera soñadora en que un alimentador solía hablarle a un Moroi. Ni siquiera era el tipo de conversación que mi especie tenía con los Alquimistas—. ¿Se unirán a nosotros?

Raymond negó con la cabeza.

—Los impuros están detrás de ellos por haber matado a su Reina.

Sydney me dio un codazo antes de que negara todo. Apreté mis dientes, esperando unas miradas desaprobatorias. En su lugar, me sorprendí por encontrar una mezcla de admiración y sorpresa en los ojos de todos, justo como en nuestra fiesta de bienvenida.

—Les estamos brindando refugio —explico Raymond. Él nos miro, pero no sé si su aprobación se debía a que éramos unos asesinos o por toda la atención que él estaba recibiendo—. Sin embargo son bienvenidos a unirse a nosotros y vivir aquí. Tenemos lugar en las cuevas.

¿Cuevas? Voltee mi cabeza hacia las cumbres detrás del fuego, descubriendo que eran esos hoyos negros. Incluso mientras miraba, un par de personas desaparecía dentro de la oscuridad hacia las profundidades de las montañas.

Sydney respondió mientras yo me concentraba en mantener una mirada de horror en mi rostro.

—Nosotros solo necesitaremos quedarnos aquí... —ella vaciló, sin sorprenderme sabiendo lo angosto que eran nuestros planes—. Un par de días probablemente.

—Pueden quedarse con mi familia —dijo Raymond—. Incluso tú —eso estaba dirigido a Sydney, y hizo que sonara como un gran favor.

—Gracias —dijo ella—. Estaremos agradecidos de pasar la noche en tu casa. —el énfasis en la última palabra era para mí, lo supe. Las estructuras de madera junto con el sendero polvoriento no lucían lujosos ni aunque tuviera mucha imaginación, pero me gustaría tener algo más que una cueva algún día.

El pueblo o comunidad o lo que fuera se estaban emocionando demasiado repentinamente mientras nuestra historia se expandía. Nos bombardearon con una gran cantidad de preguntas, comenzando por cosas ordinarias como nuestros nombres pero avanzando rápido a los detalles específicos de como maté a Tatiana.

Me salvé de haber tenido que responder la pregunta cuando la humana que estaba hablando con Raymond saltó y separó a mi trío.

—Suficiente —ella dijo, callando a los otros—. Se está haciendo tarde, estoy segura de que nuestros invitados tienen hambre.

Me estaba muriendo de hambre, realmente, pero no sabía si me sentía lo suficientemente bien como para comer estofado de comadreja o lo que sea que pasara como comida aquí. La proclamación de la mujer fue recibida con decepción, pero les aseguró a los otros que podrían hablar con nosotros mañana. Mirando alrededor, vi lo que podría ser una degradación de púrpura en el cielo este. Amanecer. Un grupo de Moroi "aferrándose" a lo tradicional seguramente manejaría un horario nocturno, lo que significaba que estas personas probablemente tenían unas pocas horas más antes de irse a la cama.

La mujer dijo que su nombre era Sarah y nos guió por el sendero polvoriento. Raymond dijo que nos vería pronto. Mientras caminamos, vimos a otras personas divagando cerca de casas arruinadas, posiblemente camino a casa o habían despertado por toda la conmoción. Sarah buscó a Sydney con la mirada.

—¿Nos trajiste algo?

—No —dijo Sydney—. Solo estoy aquí para escoltarlos.

Sarah lucía decepcionada, pero sin embargo asintió.

—Muy importante.

Sydney frunció el ceño y parecía inquieta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que mi gente les trajo algo?

—Unos cuantos meses —dijo Sarah luego de pensarlo brevemente.

La expresión de Sydney se oscureció por eso, pero no dijo más nada.

Sarah finalmente nos llevó hacia adentro de una de las casas más grandes y con mejor apariencia, sin embargo era sencilla y hecha de madera cruda. Por dentro estaba oscura, y esperamos a que Sarah encendiera unas lámparas antiguas. Yo estaba en lo cierto. Sin electricidad. Esto de repente me hizo pensar en la instalación del agua.

El piso era de madera como las paredes, que estaban cubiertas por un estampado brillante. Me sentía en algún tipo de cocina-sala-comedor híbrido. Había una gran chimenea en el centro, una mesa de madera y sillas a un lado y un gran mueble que

supuse que cumplía la función de sofá. Cantidades de hierbas en secado colgaban cerca de la chimenea llenando el lugar con una esencia picante que se mezclaba con el olor de madera quemada. Había tres puertas en la pared del fondo, Sarah asintió hacia una de ellas.

—Puedes dormir en el cuarto de chicas —ella dijo.

—Gracias —dije, sin querer saber realmente que tenía para ofrecer la habitación de invitados. Realmente estaba extrañando el Motel. Estudie a Sarah curiosamente. Parecía de la edad de Raymond y tenía puesto un vestido azul hasta las rodillas. Su cabello rubio estaba recogido en una cola de caballo, y parecía ser baja, como todos los humanos para mí—. ¿Eres el ama de llaves de Raymond? —Ese era el único papel que podía deducir para ella. Tenía unas cuantas marcas de mordiscos pero obviamente no era una alimentadora. Al menos no a tiempo completo. Quizás por aquí los alimentadores también cuidaban la casa.

Ella sonrió.

—Soy su esposa.

Fue un record en mi autocontrol el hecho de que lograra dar una respuesta.

—Oh.

Los ojos punzantes de Sydney recayeron sobre mí, con una advertencia en ellos: déjalo así. De nuevo cerré mi mandíbula y asentí para hacerle saber que entendía.

Excepto que no entendía. Los dhampir y los Moroi se enrollan todo el tiempo. Los dhampirs tienen que hacerlo. Lazos más permanentes eran un escándalo—pero no estaban fuera de posibilidad.

¿Pero Moroi y humanos? Eso está más allá de lo comprensible. Esas razas no se han juntado en siglos. Ellos produjeron los dhampir hace tiempo, pero mientras el mundo ha progresado, Moroi han dejado completamente atrás la procreación con humanos —de manera íntima. Vivimos entre ellos, seguro. Moroi y dhampir trabajaron uno junto al otro para vivir en el mundo humano, compraron casas en sus vecindarios, y aparentemente tenían arreglos bizarros con sociedades como los Alquimistas. Y, por supuesto, los Moroi se alimentaron de los humanos—y ese era todo el asunto. Si mantenías humanos cerca de ti, era porque eran tus alimentadores. Ese era tu nivel de intimidad. Los alimentadores eran comida, puro y simple. Comida bien tratada, sí, pero no comida con la que hacías amistad. Un Moroi, ¿teniendo sexo con un humano, tomando o sin tomar sangre? Incomprensible.

Había unas pocas cosas que me dejaban en blanco o me ofendían. Yo era muy liberal cuando se trataba de romance, pero la idea de un humano y un Moroi casados estaba más allá de mi imaginación. No importaba si era tipo alimentador— como Sarah aparentaba ser— o alguien "superior" como Sydney. Humanos y Moroi no se mezclan. Era primitivo e incorrecto, por lo que no se hacía. Bueno, no en donde yo vivía.

A diferencia de tu gente, nosotros seguimos las viejas tradiciones.

Lo más gracioso es que no importa lo mal que pensara que estaban las cosas, Sydney se tenía que sentir al menos mucho peor con los asuntos de vampiros. Supuse que ella estaría preparada, como fuera, por eso ella pudo manejar las expresiones en su rostro. Ella no era ignorante como Dimitri y yo, porque yo sentía con algo de seguridad que compartíamos los mismos sentimientos. Él solo era mejor escondiendo la sorpresa.

Una conmoción me hizo entrar en shock. Raymond había llegado y no estaba solo. Un niño dhampir de al menos 8 años estaba sobre sus hombros, y una niña Moroi de casi la misma edad estaba a su lado. Una linda mujer Moroi que parecía estar en sus veintes siguió, y detrás de ella un lindo chico dhampir que no podía ser más que un par de años mayor que yo, si no tenía mi misma edad.

Luego nos presentaron. Los niños eran Phil y Molly, y la mujer Moroi se llamaba Paulette. Todos parecían vivir allí, pero no podía descifrar la relación entre ellos, excepto por el chico de mi edad. Él era hijo de Raymond y Sarah, Joshua. Tenía una sonrisa lista para nosotros—especialmente para mí y Sydney—y ojos que me recordaban al azul cristalino de los Ozeras. Solo que, la familia de Christian tendía a tener cabello oscuro, Joshua tenía un rubio arenoso con reflejos dorados. Tengo que admitir, era una combinación atractiva, pero esa parte de mi cerebro que estaba sorprendida me recordó de nuevo que él había nacido de una relación entre un humano y un Moroi, no un dhampir y Moroi como yo. El resultado era el mismo, pero los medios eran extraños.

—A ellos los estoy poniendo en tu habitación —Sarah le dijo a Paulette—. El resto de ustedes pueden compartir el desván.

Me tomo solo un momento darme cuenta que incluía a Paulette, Joshua, Molly y Phil. Mirando arriba, vi que efectivamente ahí estaba lo que parecía un espacioso desván que cubría la mitad de la casa a lo ancho. No parecía lo suficientemente grande para cuatro personas.

—No queremos causarles inconvenientes, —dijo Dimitri, compartiendo mis pensamientos. Él había estado en silencio por casi toda esta aventura en los bosques, ahorrando su energía para la acción de combate y no para las palabras.

—Nosotros estaremos bien aquí afuera, no te preocupes por eso, —dijo Joshua, dirigiéndome de nuevo una bonita sonrisa—. A nosotros no nos importa...a Angeline tampoco.

—¿A Quién? —pregunte.

—A mi hermana.

Reprimí una mueca. Cinco de ellos hacinados allí para que nosotros pudiéramos tener una habitación.

—Gracias —dijo Sydney—. Nosotros lo apreciamos. Y realmente no nos quedaremos mucho tiempo. —Haciendo a un lado su disgusto por el mundo vampiro, los alquimistas podían ser educados y encantadores cuando lo decidían.

—Que lastima —dijo Joshua

—Deja de coquetear, Josh —Le dijo Sarah—. ¿Alguno de los tres quiere algo de comer antes de acostarse? Podría calentar un poco de estofado. Nosotros lo comimos más temprano con un poco del pan de Paulette.

Con la palabra estofado, todos mis miedos a los zorros llegaron precipitadamente de regreso.

—No es necesario —dije precipitadamente—. Estaré bien con el pan solamente.

—También yo —dijo Dimitri. Me pregunte si estaba tratando de reducirle el trabajo o si compartía mis miedos a la comida. Probablemente a lo último no. Dimitri parecía como del tipo de chico que podrías lanzar al desierto y que podría sobrevivir sin nada.

Paulette aparentemente había horneado una gran cantidad de pan, y nos dejaron hacer un picnic en nuestra pequeña habitación con una barra completa y un tazón de mantequilla que probablemente Sarah misma había batido. El cuarto era del tamaño de mi dormitorio en St. Vladimir con dos colchones rellenos en el piso. Con edredones cuidadosamente cubriéndolos, edredones que probablemente no habían sido usados en meses con estas temperaturas. Masticando una pieza de pan que estaba sorprendentemente bueno, recorrí con mi mano uno de los edredones.

—Estos me recuerdan a algunos de los diseños que he visto en Rusia —dije.

Dimitri también estudio el diseño.

—Similar. Pero no completamente el mismo.

—Eso es por la evolución cultural —dijo Sidney. Ella estaba cansada, pero no lo suficiente como para dejar de estar en modo enciclopedia—. Los diseños tradicionales son traídos de Rusia y finalmente fueron combinados con una colcha típica americana a base de retazos.

Waaoo

—Uhm, bueno saberlo.

La familia nos había dejado solos mientras ellos se preparaban para ir a la cama, y yo miré con recelo nuestra puerta agrietada. Con el ruido y la actividad de ahí afuera, parecía poco probable que nosotros podríamos ser escuchados, pero baje mi voz de todas maneras.

—¿Estas lista para explicar quien demonios son estas personas?

Ella se encogió de hombros.

—Los vigilantes.

—Sí, yo capte eso. Y nosotros somos los impuros. Suena como un mejor nombre para los Strigoi.

—No —Sydney se recostó contra la pared de madera—. Los Strigoi son los perdidos. Tú eres impura porque te uniste al mundo moderno y dejaste detrás tus caminos por tus desastrosas costumbres.

—Hey —replique—, nosotros no somos los únicos con overoles y banjos³.

—Rose —Dimitri me regañó con una mirada señalando a la puerta—, se prudente y además, nosotros solo vimos a una persona en overol.

—Si hace que te sientas mejor —dijo Sidney—, pienso que tus caminos son mejores. Viendo a los humanos mezclados con todo esto... —la cara simpática y profesional que había mostrado a los vigilantes se había ido. Su franca naturaleza estaba de regreso—, esto es repugnante. Sin ofender.

—No te preocupes —dije con un estremecimiento—. Créeme, me siento de igual manera. No puedo creerlo... no puedo creer que vivan así.

Ella asintió con la cabeza, pareciendo agradecida de que yo compartiera su punto de vista.

—Me gusta que ustedes se unan mejor con su propia especie. Excepto....

³ banjo o banyo1 es un instrumento musical de cuatro, cinco, seis (banjo guitarra) o diez cuerdas constituido por un aro o anillo de madera circular de unos 35 cm de diámetro, cubierto por un "parche" de plástico o piel.

—¿Excepto qué? —la empuje

Parecía avergonzada.

—Incluso ustedes las personas que no se casan con los seres humanos, aun interactúan con ellos y viven en sus ciudades. Esos chicos no lo hacen.

—¿Qué prefieren los alquimistas? —Dimitri adivino—. Tu no apruebas las costumbres de estos grupos, pero te gusta tenerlos convenientemente escondidos de la sociedad en general.

Sidney asintió con la cabeza.

—Los vampiros quienes permanecen por su cuenta en los bosques, son mejores— aún si su estilo de vida es una locura—Se mantienen ellos mismos y mantienen a los otros fuera.

—¿A través de medios hostiles? —pregunté. Nosotros habíamos sido recibidos por un grupo de guerra, y ella lo había esperado. Todos ellos habían estado preparados para luchar: Moroi, Dhampirs, y humanos.

—Esperemos que no con demasiada hostilidad —ella dijo evasivamente.

—Dejaron que pasaras —Dimitri dijo—. Saben de los alquimistas. ¿Por qué hizo Sarah preguntas acerca de ti trayéndoles cosas?

—Porque eso es lo que nosotros hacemos —ella dijo—, De vez en cuando para grupos como estos, nosotros llevamos suministros, comida para todos, medicina para los humanos —nuevamente oí esa burla en su voz, pero entonces ella se puso incomoda—. La cosa es, si Sarah esta en lo correcto, puede haber una visita de un Alquimista. Solo nosotros seríamos tan suertudos de estar aquí cuando eso suceda.

Estaba yendo a tranquilizarla, que solo necesitaríamos tener un perfil bajo un par de días cuando una frase salió de mí.

—Espera. Dijiste grupos como estos. ¿Cuántos más de estas comunas están ahí afuera? —me volví hacia Dimitri— ¿Esto no es como los Alquimistas, verdad? Algo que solo alguno de ustedes saben y ¿ustedes lo están manteniendo oculto de nosotros?

Él negó con su cabeza.

—Estoy tan asombrad por todo esto como lo estas tu.

—Alguno de sus líderes ahora sabe probablemente acerca de los vigilantes de una manera vaga —dijo Sidney—. Pero sin detalles. Ni ubicaciones. Estos chicos se esconden muy bien y pueden moverse en un momento sin previo aviso. Permanecen lejos de tu gente. A ellos no les gusta tu gente.

Suspire.

—Es la razón por la cual ellos no nos darán la espalda. Y por lo que están tan emocionados de que yo hubiera matado a Tatiana. Gracias por eso. Por cierto.

Sydney no se disculpó en absoluto.

—Conseguimos protección. Como sea —ella ahogo un bostezo—. ¿Pero por ahora? Estoy agotada. No voy a ser capaz de seguir ningún loco plan de ustedes—o de Abe— si no duermo un poco.

Sabía que ella estaba cansada, pero solo ahora la extensión de eso me golpeo, Sidney no era como nosotros. Nosotros necesitábamos dormir pero teníamos la resistencia para postergarlo de ser necesario. Ella había estado despierta toda la noche y obligada a algunas situaciones que definitivamente estaban fuera de su zona de confort. Parecía que podía caer profundamente dormida contra la pared allí. Me volví a Dimitri. Él estaba mirándome.

—¿Por turnos? —le pregunte. Sabía que ninguno de nosotros permitiría que nuestro grupo quedara sin vigilancia en este lugar, incluso si nosotros éramos supuestamente héroes por la muerte de la reina.

Él asintió.

—Tú vas primero, y yo....

La puerta se abrió de golpe, y ambos, Dimitri y yo casi saltamos al ataque. Una chica Dhampir se quedó ahí de pie, mirándonos a todos. Ella era un par de años más joven que yo, cerca de la edad de mi amiga Jill Mastreno, una estudiante de St. Vladimir quien quería ser una Moroi luchadora. Esta chica se parecía demasiado a ella, solo estando ahí. Ella poseía el fuerte y esbelto cuerpo fortalecido que la mayoría de Dhampirs tenía, todo su cuerpo se preparó como si pudiera hacer frente a cualquiera de nosotros. Su cabello estaba mantenido recto hasta su cintura, un oscuro castaño rojizo que parecía recoger el oro y el cobre de los destellos del sol. Tenía los mismos ojos azules que Joshua.

—Así que —ella dijo—. Ustedes son los grandes héroes que tomaron mi habitación.

—¿Angeline? —adivine, recordando a Joshua mencionando a su hermana.

Ella entrecerró los ojos, no le gustaba que supiera quien era.

—Sí —ella me estudio sin pestañear y aún no parecía aprobar lo que descubrió. Esa fuerte mirada se desvió siguiendo a Dimitri. Esperaba que se ablandara, presa de su buena mirada de la manera en que la mayoría de las mujeres lo hacían. Pero no. El recibió desconfianza también. Su atención regreso a mi.

—No lo creo —ella declaró— ...eres demasiado suave. Demasiado mojigata.

¿Mojigata? ¿En serio? No me sentía de esa manera, no en mis jeans con cicatrices de batalla y mi camiseta.

En cuanto a su atuendo, podía tal vez entender la actitud, sin embargo. Su ropa estaba limpia, pero sus jeans habían tenido bastante uso, ambas rodillas gastadas. La camisa estaba lisa, una camiseta sin mangas de color blanquecino que tenía un aspecto casero. No sabía si había sido originalmente blanca. Tal vez yo era mojigata en comparación. De acuerdo, si alguien merece el título de mojigata podría ser Sidney. Su ropa parecía aprobada en una reunión de negocios y ella no había estado en ninguna pelea o saliendo de la cárcel recientemente.

Angeline no le había dado incluso una segunda mirada. Yo estaba teniendo la sensación de que los Alquimistas estaban en una extraña categoría por aquí, una diferente de la de los derechos de los humanos que se mezclaron con los vigilantes. Los Alquimistas traían suministros y se iban. Ellos eran casi como los alimentadores de esta gente, verdaderamente, que pasmada opinión. Los vigilantes tenían más respeto por los tipos de humanos que mi cultura parecía despreciar.

De todos modos, no sabía que decirle a Angeline. No me gusto ser llamada suave o que pusiera mi destreza de batalla en tela de juicio. Una chispa de mi temperamento destelló, pero me negué a causar problemas por conseguir una pelea con nuestra hija de los ejércitos, no iba a empezar a dar detalles sobre el asesinato de Tatiana. Simplemente me encogí de hombros.

—Las apariencias engañan —le dije.

—Si —Angeline dijo fríamente—. Lo hacen.

Ella se acercó a un pequeño cofre en la esquina y sacó lo que pareció un camisón.

—Mejor no te metas en mi cama —me advirtió. Miró a Sidney, sentada en el otro colchón.

—No me importa lo que le haces a la de Paulette.

—¿Es Paulette tu hermana? —le pregunte, aun tratando de poner junta esta familia.

Parecía no haber nada que pudiera decir que no ofendiera a esta chica.

—Por supuesto que no —Angeline se alejó dando un portazo al salir. Me quedé mirándola asombrada.

Sidney bostezo y se estiro en su cama.

—Paulette es probablemente de Raymond...eh...no sé. Maestra. Concubina.

—¿Qué? —exclame. Un Moroi casado con una humana y teniendo una aventura con una Moroi. No estaba segura de cuanto más podría soportar—. ¿Vive con su familia?

—No me pidas que te lo explique. No quiero saber nada más acerca de las retorcidas maneras de hacer las cosas.

—Esa no es mi intención —le repliqué.

Sarah llegó poco después a pedir disculpas por Angeline y ver si necesitábamos algo más. Le aseguramos que estábamos bien y agradecimos efusivamente su hospitalidad.

Una vez que ella se fue, Dimitri y yo dormimos por turnos. Yo hubiera preferido que ambos quedáramos en estado de alerta, particularmente desde que me sentía bastante segura de que Angeline podía degollar a alguien mientras dormía. Pero, nosotros necesitábamos descansar y sabía que ambos reaccionaríamos rápidamente si alguien traspasara nuestra puerta.

Por lo tanto, dejé a Dimitri tomar la primera guardia mientras me acurruqué en la cama de Angeline y trate de no estropearla. Era sorprendentemente cómoda. O tal vez estaba muy cansada. Yo fui capaz de dejar ir mis preocupaciones sobre la ejecución, los hermanos perdidos, y los vampiros montañeses. Profundamente el sueño me envolvió, y yo empecé a soñar....pero no solo un sueño. Fue un cambio de mi mundo interior, la sensación de estar dentro y fuera de la realidad. Estaba siendo arrastrada a un sueño espiritual inducido.

¡Adrian!

El pensamiento me alegró. Lo echaba de menos y estaba ansiosa de hablar con alguien directamente después de todo lo que había pasado en la corte. Aquí no había habido mucho tiempo para hablar durante mi escape, y después este extraño mundo poco refinado con el que me había tropezado, realmente necesitaba un poco de normalidad y civilización a mi alrededor.

El mundo de los sueños comenzó a formarse a mí alrededor, cada vez más y más claro.

Era un lugar que nunca había visto, una sala formal con sillas, y sofás cubiertos de cojines estampados en lavanda. Pinturas al óleo alineadas en las paredes, y había un harpa larga en la esquina. Aprendí hace bastante tiempo que no había que predecir a donde Adrian me enviaba o lo que me quitaba. Afortunadamente estaba en jeans y una camiseta, y mi nazar azul estaba colgando alrededor de mi cuello.

Me di la vuelta ansiosa, buscándolo para que pudiera darle un abrazo gigante.

Bueno, cuando mis ojos registraron la habitación, no era la cara de Adrian la que de repente me encontré observando.

Era la de Roberto Doru.

Y Victor Dashkov estaba con él.

Capítulo 10

Traducido por: Tara Belikov

Corregido por: Sheilita Belikov y clo

CUANDO TU NOVIO ES UN caminante de sueños, aprendes algunas lecciones. Una de las más importantes es que hacer cosas físicas en sueños se siente exactamente igual que cuando se hacen en el mundo real. Digo, como besar a alguien. Adrian y yo habíamos compartido un sin número de sueños con besos bastante intensos que encendían mi cuerpo y provocaban que quisiera mucho más que eso. Aunque en realidad yo nunca había atacado a nadie en un sueño, estaba dispuesta a apostar que se sentiría tan doloroso como si fuera verdadero.

Sin vacilación, me lancé hacia Victor, insegura de si debía pegarle o estrangularlo. Ambas parecían como si fueran buenas ideas. Resultando que no hice ni la una ni la otra. Antes de que pudiera alcanzarlo, me estrellé de golpe contra una dura pared invisible. Que me bloqueó de él y me lanzó hacia atrás por el impacto. Tropecé, e intenté recuperar mi estabilidad, pero por el contrario aterricé dolorosamente en el suelo. Sí, en los sueños se sentía tal como en la vida real.

Miré a Robert, sintiendo una mezcla de cólera e inquietud. Intenté ocultar esa última emoción.

—¿Eres un usuario del espíritu con telequinesis?

Nosotros sabíamos que era posible, pero era una habilidad que ni Lissa ni Adrian habían dominado todavía. A mi realmente no me gustaba la idea de que Robert pudiera tener el poder de lanzar objetos de un lado a otro y crear barreras invisibles. Era una desventaja que nosotros no necesitábamos. Robert se mantuvo enigmático.

—Puedo controlar el sueño.

Victor me miraba con esa expresión petulante y calculadora que lo destacaba. Dándome cuenta de la posición indigna en la que me encontraba, salté sobre mis pies. Guardando una postura dura, mi cuerpo tenso y listo mientras me preguntaba si Robert mantendría puesta la pared continuamente.

—¿Has terminado con tu rabieta? —preguntó Victor—. Comportarte como una persona civilizada hará esta charla un tanto más amena.

—No tengo ningún interés en hablar contigo —espeté—. La única cosa que voy hacer es capturarte en el mundo real y arrastrarte para entregarte a las autoridades.

—Encantador —dijo Victor—. Podemos compartir celda.

Hice una mueca.

—Sí —continuó—. Sé todo acerca de lo qué sucedió. Pobre Tatiana. Que tragedia. Que pérdida.

Su tono melodramático y burlón despertó una idea alarmante. —Tú... tú no tienes nada que ver con eso, ¿o sí?

El escape de Victor de prisión había provocado mucho miedo y paranoia entre los Moroi. Ellos estaban convencidos de que vendría por todos ellos. Sabiendo la verdad sobre su escape, había descartado tales ideas e imaginado que él simplemente se mantendría en un posición baja. Ahora, recordando cómo él había querido una vez comenzar una revolución entre los Moroi, me pregunté si el asesino de la reina *era* realmente el villano más malvado que conocíamos.

Victor resopló. —Difícilmente. —Él puso sus manos detrás de su espalda mientras iniciaba una caminata por el cuarto y fingía estudiar el arte. Me pregunté otra vez hasta dónde llegaba o se ampliaba la protección de Robert—. Tengo métodos mucho más sofisticados para lograr mis metas. No me rebajaría a hacer una cosa así, ni tampoco tú.

Estaba a punto de indicarle que jugar con la mente de Lissa era apenas sofisticado, pero sus últimas palabras llamaron mi atención. —¿No crees que yo lo hice?

Él giró su cabeza dándome un vistazo desde donde había estado estudiando a un hombre con sombrero de copa y bastón. —Claro que no. Tú nunca harías nada que requiriera tanta previsión. Y, sí lo que he oído de la escena del crimen es verdad, tú nunca dejarías tanta evidencia en el lugar.

Había en ese comentario tanto un insulto como un elogio. —Bueno, gracias por el voto de confianza. Estaba realmente preocupada por lo que estuvieras pensando. —Este comentario me ganó una sonrisa, y cruce mis brazos sobre mi pecho—. ¿Cómo sabes siempre lo que está pasando en la Corte? ¿Tienes espías?

—Esta clase de asunto se esparce a través del mundo Moroi rápidamente —dijo Victor—. No estoy fuera de contacto. Casi supe sobre su asesinato tan pronto como sucedía. Y sobre tu impresionante escape.

Mi atención permanecía sobre todo en Victor, pero eché un vistazo rápido a Robert. Él seguía estando en silencio, con una expresión en blanco y una mirada distraída en sus ojos, me preguntaba si era incluso consciente de lo que pasaba alrededor de él. Verlo así me enviaba siempre un escalofrío a través de la espalda. Él era un ejemplo prominente de lo peor que el espíritu podía causar.

—¿Por qué te interesa? —pregunté—. Y ¿por qué diablos estás molestándome en mis sueños?

Victor continuó caminando, deteniéndose brevemente para pasar las yemas de sus dedos a lo largo de la lisa superficie de madera de un arpa. —Porque estoy fuertemente interesado en la política de los Moroi. Y quiero saber quién es el responsable del asesinato y cuál es su juego.

Parpadeé. —Suenas como si estuvieras celoso de que alguien más esté tirando las cuerdas antes que tú para realizar un cambio. Sin juego de palabras.

Su mano cayó del arpa, colocándola nuevamente a su lado, y fijó su aguda y encendida mirada en mí, con aquellos ojos verde pálido tan similares a los de Lissa.

—Tu ingenioso comentario no te va a llevar a ninguna parte. También puedes dejarnos ayudarte o no.

—Eres la *última* persona de la que quiero ayuda. No la necesito.

—Sí. Las cosas parecen ir absolutamente bien para ti, ahora que eres una fugitiva buscada y huyes con un hombre que muchos creen todavía que es Strigoi. —Victor hizo una pausa calculada—. Claro, estoy seguro que no tienes mucho en mente esta última parte. Sabes, si yo los encontraré a los dos, podría entregarlos y sería bienvenido de vuelta como héroe.

—No apuestes a eso. —La rabia quemaba a través de mí por su insinuación y porque él nos causó muchos problemas a Dimitri y a mí en el pasado. Con gran fuerza de voluntad, le contesté con voz baja y mortal—: Voy a encontrarte. Y probablemente no estés vivo para volver a ver las autoridades.

—Ya hemos establecido que el asesinato no es una de tus habilidades. —Victor se sentó en una de las sillas acolchonadas, poniéndose cómodo. Robert continuó con la misma postura y expresión en su cara—. Ahora, la primera cosa que necesitamos hacer es determinar por qué alguien querría matar a nuestra fallecida reina. Su personalidad abrasiva es apenas motivación, aunque estoy seguro que eso no causó daño. La gente hace cosas como esas por poder y beneficios, o llevar a cabo sus agendas. De lo que he oído, la mayoría de las acciones polémicas de Tatiana eran

recientemente por esa ley de la edad, sí, esa misma. Esa que te hace fruncirme el ceño de esa manera. Es lógico que su asesino se opusiera a ella.

Yo no quería estar de acuerdo con Victor en absoluto. No quería una discusión razonable con él. Lo que yo quería era alguna indicación de donde estaba en la vida real, y entonces, quería poder darle quizás un golpe a través de esa pared invisible otra vez. Valía el riesgo si podía hacerle algún daño. Así que, realmente me sorprendí mucho cuando me encontré diciendo: —O, quienquiera que lo hizo quiere empujar esta situación a algo peor, algo más severo para los dhampirs. Pensaron que su decreto era muy suave.

Admito, que agarrar a Victor Dashkov con la guardia baja fue una de mis más grandes alegrías en la vida. Ahora tuve esa satisfacción, viendo como se alzaban sus cejas en asombro. No era nada fácil proponer algo que un planificador principal como él no hubiera considerado ya.

—Interesante —dijo él finalmente—. Puede que te haya subestimado, Rose. Esa es una deducción brillante de tu parte.

—Bueno, um... esa no es exactamente mi deducción.

Victor esperó curioso. Incluso Robert puso una expresión de deslumbramiento y se enfocó inmediatamente en mí. Era espeluznante.

—Es de Tatiana. Quiero decir, no su deducción. Lo dijo directamente, bueno, es decir, la nota que ella dejó para mí lo dice. —¿Por qué estaba divagando en frente de ellos? Por lo menos sorprendí a Victor otra vez.

—¿Tatiana Ivashkov te dejó una nota con información clandestina? ¿Para qué?

Mordí mi labio y dirigí mi atención hacia una de las pinturas. Exhibía a una elegante mujer Moroï con los mismos ojos verdes jade que la mayoría de los Dashkov y Dragomir compartían. Me pregunté repentinamente si quizás Robert había formado este sueño en alguna mansión Dashkov de su niñez. Un movimiento en mi periferia me hizo que inmediatamente me volviera de nuevo hacia los hermanos.

Victor se levantó y dio algunas pasos hacia mí, curiosidad y astucia por todas partes de él. —Hay más. ¿Qué más te dijo? Ella sabía que estaba en peligro. Sabía que esta ley era parte del mismo... pero esa no es la única cosa, ¿verdad?

Yo seguía estando en silencio, pero una idea loca comenzó a formarse en mi mente. Estaba realmente considerando que Victor podría ayudarme. Por supuesto, en

retrospectiva, esa no sería una noción tan loca, considerando que yo fui quien lo ayudó a que saliera de prisión.

—Tatiana dijo... —¿Debo decirlo? ¿Debo darle el secreto que ni siquiera Lissa sabe? Si Victor sabía que había otro Dragomir, podría utilizar ese conocimiento para una de sus intrigas. ¿Cómo? No estaba segura, pero había aprendido a lo largo de la vida a esperar lo inesperado de él. Sin embargo... Victor sabía muchos secretos de los Moroi. Yo disfrutaría verlos a él y a Abe comparando conocimiento. Y no dudaba que un montón del conocimiento secreto de Victor involucraría a los Dragomir y a los Dashkov. Tragué—. Tatiana dijo que había otro Dragomir. Que el papá de Lissa había tenido una aventura y que si yo podía encontrar a quienquiera que este sea, eso le devolvería a Lissa su poder dentro del Consejo.

Cuando Victor y Robert intercambiaron miradas sorprendidas, supe que mi plan había fracasado. Victor no iba a darme ninguna revelación. En su lugar, yo era la única que acababa de entregar información valiosa. Maldición, Maldición, Maldición.

Él volvió su atención de nuevo a mí, su expresión especulativa. —Entonces. Eric Dragomir no era el santo que tan a menudo representó.

Apreté mis puños. —No critiques a su padre.

—No pienses eso. Yo quería a Eric inmensamente. Pero sí... si esto es verdad, entonces Tatiana tiene razón. Vasilisa tiene técnicamente familia de respaldo, y sus opiniones liberales causarían ciertamente fricción en un Consejo que nunca parece cambiar sus costumbres. —Él se reía entre dientes—. Sí, puedo ver definitivamente que esto trastornaría a mucha gente, incluyendo un asesino que quiere oprimir a los dhampirs. Me imagino que él o ella no querrían que este conocimiento saliera a la luz pública.

—Alguien intentó deshacerse de los expedientes que vinculaban al papá de Lissa con una amante. —Realmente estaba hablando otra vez sin pensar y odiándome a mi misma por eso. No quería darles más información a los hermanos. No quería jugar a que todos estábamos trabajando juntos aquí.

—Y déjame adivinar —dijo Victor—. Eso es lo que estas tratando de hacer, ¿verdad? Encontrar al bastardo Dragomir.

—Oye, no...

—Es sólo una expresión —interrumpió—. Si las conozco a ustedes dos, y me siento seguro de que lo hago, Vasilisa está intentando desesperadamente limpiar tu

nombre en la Corte mientras que tú y Belikov están en una aventura cargada sexualmente para encontrar a su hermano o hermana.

—Tú no sabes nada sobre nosotros —gruñí. Cargada sexualmente de hecho.

Él se encogió de hombros. —Tú cara lo dice todo. Y realmente, no es una mala idea. No una grandiosa tampoco, pero no mala. Darle a la familia Dragomir un quórum, y tú tendrías una voz a tu favor en el Consejo. ¿Supongo que no tienes ninguna pista?

—Estamos trabajando en eso —contesté evasivamente.

Victor miró a Robert. Sabía que no había entre los dos ninguna comunicación psíquica, pero cuando intercambiaron miradas, tuve la sensación que pensaban lo mismo y que lo confirmaban entre sí. Al final, Victor cabeceó y se volvió de nuevo hacia mí.

—Muy bien, entonces. Te ayudaremos. —Él hizo que sonara como que estaba accediendo relucientemente a hacerme un gran favor.

—¡Nosotros no necesitamos tu ayuda!

—Claro que la necesitan. Estás fuera de tu liga, Rose. Estás deambulando en una guarida de fea y compleja política, algo en lo que no tienes experiencia. No hay vergüenza en reconocer eso, tal como a mí no me avergüenza admitir que en una pelea irracional y mal planificada, ciertamente eres superior.

Otro elogio de doble intención. —Nosotros estamos haciéndolo bien. Tenemos un Alquimista ayudándonos. —Allí está. Eso le mostraría quien estaba fuera de liga. Y, para mi crédito, él pareció ligeramente impresionado. Ligeramente.

—Mejor de lo que esperaba. ¿Ya ha dado tu Alquimista con una dirección o alguna pista?

—Ella está trabajando en eso —repetí.

Él suspiró con frustración. —Vamos a necesitar tiempo entonces, ¿no es así? Para que Vasilisa investigué en la Corte y tú comiences a seguirle la pista a ese hijo.

—Eres el que actúa como si lo supiera todo —señalé—. Me imagino que sabes algo sobre esto.

—Para mi disgusto, no. —Realmente no parecía que a Victor le molestará—. Sin embargo muy pronto conseguiremos una pista y te aseguré que seré esencial en el descubrimiento de ella. —Caminó hacia su hermano y acarició el brazo de Robert

confortablemente. Robert volvió la mirada hacia atrás con adoración—. Te visitaremos otra vez. Haznos saber cuándo tengas algo útil, y entonces nos reuniremos contigo.

Mis ojos se ensancharon. —No haré tal... —vacilé. Yo había dejado escapar a Victor en Las Vegas. Ahora él estaba ofreciendo venir a mí. Tal vez podría reparar ese error y hacer valer mi amenaza anterior. Rápidamente, intenté cubrir mi lapso al hablar—. ¿Cómo sé que puedo confiar en ustedes?

—No puedes saberlo —dijo francamente—. Vas a tener que tener fe en que el enemigo de tu enemigo es tu amigo.

—Siempre he odiado ese dicho. Tú siempre serás mi enemigo.

Estuve un poco sorprendida cuando Robert vino repentinamente a la vida. Él miró y caminó hacia delante. —¡Mi hermano es un gran hombre, chica-shadow! Si lo lastimas... si tú lo lastimas, pagarás por eso. Y esta vez no podrás regresar. El mundo de los muertos no te dará una segunda oportunidad.

Sabía mejor que nadie que no había que tomar con seriedad las amenazas de un loco, pero esas últimas palabras me habían enviado un escalofrío por el cuerpo. —Tú hermano es un Psico...

—Suficiente, suficiente. —Victor de nuevo le dio a Robert una palmadita de apoyo en el brazo. Aún poniéndome mala cara, el más joven de los hermanos Dashkov retrocedió, pero estaba dispuesta a apostar que la pared invisible estaba nuevamente en su lugar—. Estas cosas no nos hacen ningún bien, estamos perdiendo tiempo, algo que no tenemos en demasía. Necesitamos más. Las elecciones para el nuevo monarca comenzarán cualquier día a partir de ahora, y el asesino de Tatiana podría estar metido en ellas si hay alguna clase de agenda en camino. Necesitamos retrasar las elecciones, no solo para frustrar al asesino, sino también para darnos tiempo de lograr nuestros objetivos.

Todo esto me estaba cansando. —¿Sí? ¿Y cómo propones que hagamos eso?

Victor sonrió. —Poniendo a Vasilisa como candidata a reina.

Viendo que estábamos lidiando con Victor Dashkov en esto, realmente no tendría que haberme sorprendido cualquier cosa que él dijera. Era como un testamento a su nivel de locura que continuamente me tomara desprevenida.

—Eso —declaré—, es imposible.

—No realmente —contestó él.

Alcé mis manos en exasperación. —¿Es que tú no has prestado atención a lo que hemos estado hablando? El asunto entero está en conseguir que Lissa consiga los derechos de una familia completa según las leyes de los Moroi. ¡Ella no puede ni votar! ¿Cómo podría postularse para reina?

—En realidad, la ley dice que ella puede. De acuerdo a la manera en que está escrita la política de nombramiento, una persona de cada línea real puede postularse para la posición de monarca. Eso es todo lo que dice. Una persona de cada línea puede postularse. No hay mención de cuánta gente tiene que tener su familia, como sí la hay para votar en el Consejo. Ella necesita simplemente tres nombramientos... y la ley no especifica de qué familia deben venir.

Victor hablaba de una manera tan exacta y tajante, que bien podría estar recitando de un libro legal. Me preguntaba si tenía memorizada todas las leyes. Supuse que si tú vas a hacer una carrera de infringir leyes, puede que también las conozcas.

—Quienquiera que haya escrito esa ley probablemente asumió que los candidatos tendrían miembros en la familia. Ellos simplemente no lo expresaron. Eso es lo que la gente dirá si Lissa se postula. Ellos pelearán contra eso.

—Ellos pueden luchar todo lo que quieran. Los que le están negando un puesto en el Consejo, se basan en una línea de los libros de ley que menciona a otro miembro de familia. Si ese es su argumento, que cada detalle debe contar, entonces tendrán que hacer lo mismo con la ley de elección que, como he dicho, no menciona el respaldo de una familia. Esa es la belleza de este agujero legal. Sus opositores no pueden tenerlo todo. —Una sonrisa torció los labios de Víctor, demostrando su supremacía. —Yo te aseguro que, no hay absolutamente nada en la fraseología de esto que evite que ella lo haga.

—¿Qué hay sobre su edad? —señalé—. Los príncipes y las princesas que se postulan siempre son viejos. —El título de príncipe o de princesa se le da al miembro más viejo de la familia, y tradicionalmente, ésa era la persona que se postulaba para el puesto de rey o de la reina. La familia podría decidir nominar algún otro, pero incluso entonces (según mi conocimiento) era siempre alguien más viejo y experimentado.

—La única restricción de la edad es la adultez completa —dijo Victor—. Ella tiene dieciocho. Ella califica. Las otras familias tienen piscinas mucho más grandes de donde extraer, así que naturalmente, ellos seleccionan a alguien que se vea más experimentado. ¿En el caso de los Dragomir? Bien, esa no es una opción ahora ¿no? Además, hay precedencia sobre algún monarca joven. Había una reina muy famosa, Alexandra, que no era mucho más vieja que Vasilisa. Fue muy amada, y realizó una extraordinaria labor. Su estatua está junto a la Iglesia de la Corte.

Me moví incómoda. —En realidad... este, um, ya no está allí. En cierto modo, estalló.

Victor se limitó a mirarme fijo. Aparentemente había oído hablar de mi escape, pero no con todos los detalles.

—Eso no es importante —dije de prisa, sintiendo la culpa de haber sido indirectamente responsable de hacer estallar a una reina renombrada—. Toda esta idea de usar a Lissa es ridícula.

—No serás la única que pensara así —dijo Victor—. Ellos discutirán. Lucharán. Al final, la ley prevalecerá. Tendrán que dejarla postularse. Ella tendrá que atravesar los exámenes y probablemente los pasará. Luego, cuando venga la votación, las leyes que gobiernan esos procedimientos hacen alusión a que un miembro de la familia ayude con el voto.

A este punto mi cabeza daba vueltas. Me sentía mentalmente exhausta al escuchar todas estas lagunas legales y tecnicismos.

—Solo saca los derechos y ponlo en lengua simple —pedí.

—Cuando venga la votación, ella no podrá ser elegible. No tiene ninguna familia que llene los roles requeridos en la elección real. En otras palabras, la ley dice que puede postularse y tomar las pruebas. Aun así, la gente en realidad no podrá votar por ella porque no tiene ninguna familia.

—Eso es... estúpido.

—Estoy de acuerdo —hizo una pausa. No pensé que alguna vez nos pudiéramos poner de acuerdo en algo.

—Lissa odiaría esto. Ella nunca, jamás, querría ser reina.

—¿No estás siguiendo esto? —exclamó Víctor—. Ella no será reina. No puede. Es una ley mal escrita para una situación que nadie previó. Es un lío. Y paralizará las elecciones tan gravemente que tendremos tiempo adicional para encontrar al hermano de Vasilisa y descubrir quién mató realmente Tatiana.

—¡Oye! Ya te lo dije. No hay ningún 'nosotros' aquí. Yo no voy a...

Victor y Robert intercambiaron miradas.

—Consigue que Vasilisa sea nominada —dijo Victor precipitadamente—. Nosotros estaremos en contacto pronto, en donde podremos encontrarnos para la búsqueda del Dragomir.

—No hay...

Desperté.

Mi reacción inmediata fue maldecir, pero por otra parte, al recordar en dónde estaba, guardé los improperios en el interior de mi cabeza. Podía ver la silueta de Dimitri en la esquina, alerta y vigilante, y no quería que él supiera que estaba despierta. Cerrando los ojos, cambié a una posición más cómoda, esperando que el sueño verdadero bloqueara fuera a los hermanos Dashkov y sus ridículas ideas. ¿Lissa postulándose para reina? Eso era una locura. Sin embargo... en realidad, no era mucho más loco que la mayoría de las cosas que hice.

El poner esto a un lado, dejé que se relajara mi cuerpo y sentí que el tirón del sueño verdadero comenzaba a tomarme. Énfasis en comenzaba. Porque repentinamente, sentí otro sueño espiritual materializándose a mí alrededor.

Al parecer, ésta iba a ser una noche ocupada.

Capítulo 11

Traducido por Yolit Belikov y Emii Gregori

Corregido por Virxtu

ME PREPARÉ, ESPERANDO VER a los hermanos Dashkov, aparecer de nuevo con algún “consejo” de última hora. En su lugar vi...

—Adrian.

Corrí atravesando el jardín y lancé mis brazos a su alrededor. Él me abrazó fuertemente y me levantó del suelo.

—Mi pequeña dhampir —dijo, una vez que me puso en el suelo de nuevo—. Te he extrañado tanto.

—Yo también te he extrañado mucho. —Y era cierto. Los últimos días, junto con sus extraños acontecimientos habían trastornado mi vida, y estar con él aunque fuera en un sueño era muy reconfortante. Me puse de puntillas y lo besé, disfrutando del pequeño momento de calor y paz que encontraron nuestros labios.

—¿Estás bien? —preguntó cuando se apartó—. Nadie me dice mucho sobre ti. El viejo dice que estás bien, y que la Alquimista nos hará saber si algo va mal.

Me sentí incomoda al no contarle a Adrian que probablemente esa no era la verdad, ya que Abe no sabía trabajar solo sino que siempre lo hacía con algunos vampiros poco refinados.

—Estoy bien —le aseguré a Adrian—. Estoy sobre todo aburrida. Nos estamos refugiando en un antro de la ciudad. No creo que nadie venga a buscarnos. No creo ni que ellos quisieran.

Una expresión de alivio se reflejó en su hermoso rostro, y me di cuenta de lo preocupado que estaba.

—Estoy muy feliz, Rose, no te puedes imaginar cuanto. Ellos acaban de interrogar a las personas que pudieran estar involucradas. Los Guardianes están haciendo

todo tipo de planes para atraparlos. Claro que siempre con su lema de “Fuerza Mortal”.

—Bueno, no me encontrarán. Estoy en un lugar bastante remoto. —Muy remoto.

—Me gustaría haber ido contigo.

Todavía se le veía afectado, apreté un dedo sobre sus labios.

—No, no digas eso. Es mejor que estés donde estás, para que no te asocien más a mí de lo que ya estas. ¿Te han interrogado?

—Sí, aunque no me sacaron nada útil. Una coartada demasiado apretada. Ellos me cogieron cuando iba a buscar a Mikhail para que habláramos con...

—Joe, lo sé.

Adrian se sorprendió brevemente.

—Pequeña dhampir, has estado espionando.

—Es difícil no hacerlo.

—Ya sabes cómo me gusta la idea de tener a alguien que siempre sabe cuando estoy en problemas, aunque estoy contento de no tener a nadie pegado a mi cabeza. Averiguando. No estoy seguro que les quisiera a ellos buscando en mi cabeza.

—No creo que nadie pueda entrar en tu cabeza sin embargo. Una persona viviendo la vida de Adrian Ivashkov es más que suficiente. —En sus ojos hubo un brillo de diversión—. De todos modos, sí. Escuché a través de Lissa... um, el interrogatorio de Joe. Era algo muy serio. ¿Qué dijo Mikhail? Si Joe miente, eso quitaría la mitad de las acusaciones en mi contra. —También quita teóricamente la coartada de Adrian.

—Bueno, no exactamente la mitad. Hubiera sido mucho mejor si Joe digiera que estaba en su habitación cuando ocurrió el asesinato en lugar de admitir que es un rajado que no recuerda nada. También habría sido mejor si no hubiera dicho todo eso porque Lissa le obligara. Mikhail no puede averiguar eso.

Suspiré. Al pasar tiempo con usuarios del espíritu, daba por sentado la compulsión. Era fácil olvidar que entre Moroi, eso era un tabú, el tipo de cosa por la que podrías meterte en serios problemas. De hecho, Lissa no hacía más que meterse en problemas por cosas ilícitas. Ella también podría ser acusada de limitarse a hacer

decir a Joe lo que ella quisiera. Cualquier cosa que él dijera a mi favor sería sospechoso. Nadie le creería.

—Además —agregó Adrian, con una mirada consternada—. Si lo que dice Joe se publica, el mundo sabrá acerca de los equivocados actos de amor de mi madre.

—Lo siento —le dije, colocando mis brazos alrededor de él. Se quejaba de sus padres todo el tiempo, pero realmente se preocupaba por su madre. Enterarse sobre la traición tuvo que ser duro para él, y yo sabía que la muerte de Tatiana todavía le dolía. Parecía que estaba alrededor de muchos hombres angustiados últimamente—. Aunque me alegro de que te hayas librado de cualquier conexión.

—Fue una estupidez por su parte. Si alguien se entera, estará en serios problemas.

—¿Cuál es el consejo de Mikhail entonces?

—Él va a buscar a Joe y preguntarle en privado. Ira allí. Por ahora, no hay mucho más que podamos hacer con la información. Es útil para nosotros... pero no para los sistemas legales.

—Sí —le dije, intentando no hacerlo sentir desalentado—. Supongo que eso es mejor que nada.

Adrian asintió y luego limpió su estado de humor oscuro de esa manera tan fácil que él tenía. Todavía con sus brazos alrededor de mí, tiró levemente hacia atrás, sonriendo mientras me miraba. —Lindo vestido, por cierto.

El cambio de tema me tomó por sorpresa, a pesar de que yo lo había usado con él hasta ahora. Siguiendo su mirada, me di cuenta de que llevaba un vestido viejo de los míos, el sexy vestido negro que usaba cuando Víctor había desatado un encanto de lujuria sobre Dimitri y yo. Desde que Adrian no me vestía en sus sueños, mi subconsciente había dictado mi apariencia. Me sorprendí al ver elegido este.

—Oh... —De pronto me sentí avergonzada, pero sin saber por qué—. Mi ropa está hecha un asco. Supongo que quería algo para contrarrestar eso.

—Bueno, se ve bien en ti. —Los dedos de Adrian se deslizaron por el largo de la tira—. Realmente bien.

Incluso en un sueño, el toque de sus dedos hacía temblar mi piel.

—Cuidado, Ivashkov. No tenemos tiempo para esto.

—Estamos dormidos. ¿Qué más podemos hacer?

Mis protestas fueron calladas por un beso. Me hundí en él. Una de sus manos se deslizó por un lado de mi muslo, cerca del borde del vestido, y tomo mucha energía mental el convencerme a mi misma de que quitarme el vestido probablemente no iba a limpiar mi nombre. Me aparté a regañadientes.

—Averiguaremos quién mató a Tatiana —le dije, tratando de recuperar el aliento.

—Aquí no hay un “nosotros” —dijo, haciéndose eco de la línea que acababa de utilizar con Víctor—. Hay un yo, y Lissa, Y Christian. Y el resto de nuestros inadaptados amigos. —Él me acarició el pelo y luego me acercó de nuevo, cepillando un beso en mi mejilla—. No te preocupes, pequeña dhampir. Cuida de ti misma. Quédate donde estas.

—No puedo —le dije— ¿No lo entiendes? No puedo simplemente no hacer nada.

Las palabras brotaron de mí antes de que pudiera detenerlas. Una cosa era protestar por mi inactividad con Dimitri, pero con Adrian, necesitaba que él y todos los demás en Corte creyeran que estaba haciendo lo “correcto”

—Tienes que hacerlo. Nosotros cuidaremos de ti. —No lo conseguiría, me di cuenta. Él aun no había entendido mi gran necesidad de hacer algo para ayudar. Sus meritos, sus intenciones eran buenas. Pensó que cuidar de mi no era gran cosa. Quería mantenerme a salvo. Pero él no había entendido cuan agonizante era el estar sin hacer nada para mí—. Encontraremos a esa persona y evitaremos que haga lo que sea... que quiere hacer. Puede ser que nos tome mucho tiempo, pero lo arreglaremos.

—Tiempo... —murmuré contra su pecho, dejando pasar la discusión. No iría a ninguna parte convenciéndolo de que tenía que ayudar a mis amigos, y de todos modos, yo tenía mi propia búsqueda ahora. Muchas cosas por hacer y poco tiempo. Me quedé mirando el paisaje creado por él. Viendo donde antes había arboles y flores, pero ahora solo me di cuenta de que estábamos en el patio de la Iglesia—la forma que había sido antes de los asaltos de Abe. La estatua de la reina Alexandra estaba intacta, con su pelo largo y sus ojos inmortalizados en piedra. La investigación del asesinato realmente estaba en manos de mis amigos por ahora, pero Adrian tenía razón: podría tomar más tiempo. Suspiré—. Tiempo. Necesitamos más tiempo.

Adrian se apartó un poco.

¿—Humm? ¿Qué dijiste?

Lo miré, mordiéndome el labio inferior con un millón de pensamientos girando a través de mi mente. Miré de nuevo a Alexandra y tomé mi decisión, me pregunté si estaba a punto de entrar en la locura. Me volví de nuevo hacia Adrian y le apreté la mano.

—Dije que necesitamos más tiempo. Y sé cómo conseguirlo... pero... así tendrías que hacer algo por mí. Y tú, eh, probablemente no deberías mencionárselo a Lissa todavía...

Tuve el tiempo suficiente para darle mis instrucciones a Adrian—el cual se sorprendió como yo esperaba—antes de que Dimitri me despertara para mi turno. Tuvimos una aburrida conversación. Tenía su expresión dura como siempre, pero podía ver las líneas del cansancio grabadas sobre sus rasgos. Yo no quería molestarlo—aún—con mis encuentros con Víctor y Robert. Por no hablar de lo que acababa de decirle a Adrian. Tendríamos tiempo de sobra para un resumen después. Dimitri se quedó dormido en esa forma fácil que tenía, y Sidney no se movió en todo el tiempo. La envidié por las noches completas de sueño, pero no pude contener una sonrisa mientras la sala se iluminaba mas y mas. Ella se había puesto inadvertidamente en un horario de vampiro después de nuestras aventuras nocturnas.

Por supuesto, Lissa estaba en ese mismo horario ahora, lo que significaba que por la hora no podía visitarla. Así como así. Tenía que mantener los ojos abiertos, pendiente de cualquier tropiezo. Estos guardianes no querían que nos entregáramos, pero eso aun no los hacía inofensivos tampoco. Tampoco olvidaba los temores de Sydney acerca de la visita sorpresa del Alquimista.

Cuando la tarde llegó para el resto del mundo, oí la inquietud dentro de la casa. Toqué suavemente el hombro de Dimitri, y él se levantó despertándose al instante.

—Tranquilo —le dije, sin poder ocultar una sonrisa—. Solo es una llamada de atención. Parece que nuestros amigos paletos se están levantando.

Esta vez, nuestras voces despertaron a Sydney. Se dio la vuelta hacia nosotros, con los ojos entrecerrados por la luz que entraba por la ventana

—¿Qué hora es? —preguntó ella mientras se estiraba.

—No estoy segura. —No tenía un reloj—. Probablemente es pasado del mediodía. ¿Las tres? ¿Las cuatro?

Se sentó casi tan rápido como Dimitri.

—¿Es por la tarde? —La luz del sol nos dio la respuesta—. Maldita sea con ustedes y su estúpido horario.

—Acabas de decir “Maldita sea” ¿No va eso contras las reglas de los Alquimistas? —bromeé.

—A veces es necesario. —Se frotó los ojos y miró hacia la puerta. Los ruidos débiles del resto de la casa eran ahora más fuertes y audibles incluso para sus oídos—. Supongo que necesitamos un plan.

—Tenemos uno —dije—. Encontrar al hermano de Lissa.

—Yo nunca estuve totalmente de acuerdo con eso —me recordó ella—. Y ustedes siguen pensado que yo puedo por arte de magia hacer como un hacker de películas y encontrar todas sus respuestas.

—Bueno, al menos este es un lugar para... —Un pensamiento se me ocurrió, uno que podría ser estropear esto seriamente—. Mierda. Tu portátil podría no funcionar aquí.

—Conseguí un modem vía satélite, pero hay que preocuparse por la batería. —Sydney suspiró y se levantó, alisándose la ropa arrugada con horror—. Necesito un café o algo así.

—Creo que vi uno en una cueva en el camino —dije.

Casi la saqué una sonrisa.

—Tenemos que ir a un pueblo cercano donde yo pueda utilizar mi ordenador.

—Pero, probablemente no sea una buena idea llevar el coche a cualquier parte del estado —dijo Dimitri—. Solo en el caso de que alguien del motel haya tomado el número de placa.

—Lo se —dijo con gravedad—. Estaba pensando en eso también.

Nuestra brillante intriga fue interrumpida por un golpe en la puerta. Sin esperar una respuesta, Sarah asomo la cabeza y sonrió.

—Oh, bueno, ya están despiertos. El desayuno ya está listo por si se quieren unir a nosotros.

A través de la puerta, llegaban los olores de lo que parecía ser un desayuno normal: tocinos, huevos... El pan me había llenado durante la noche, pero estaba lista para una verdadera comida y dispuesta a cualquier cosa que la familia Raymond pudiera ofrecer.

En la sección principal de la casa, encontramos una ráfaga de actividad. Raymond cocinaba sobre la chimenea, mientras Paulette ponía la mesa. Ya había un plato de huevos revueltos perfectamente normales y más pan de ayer. Raymond se apartó de la chimenea, con un cuchillo cubierto de tocino. Una sonrisa apareció en su cara cuando nos vio. Contra más veía de esos Vigilantes, más notaba. No hicieron ningún intento de ocultar los colmillos. Desde la infancia, a mi Moroi se le enseñó a sonreír y hablar en una forma que no mostrara los colmillos, en caso de que fuera a las ciudades con humanos. No había nada de eso aquí.

—Buenos días —dijo Raymond, empujando con cuidado el tocino en un plato sobre la mesa—. Espero que estén todos muy hambrientos.

—¿Creen que eso es, es decir, tocino es real? —susurré a Sydney y a Dimitri—. ¿Y cómo sabemos que no es una trampa?

—A mí me parece real —dijo Dimitri.

—Yo digo lo mismo —dijo Sydney—. Sin embargo, te garantizo que son de sus propios cerdos y no de una tienda

Dimitri se rio por la expresión que pasó por mi cara.

—Siempre me gusta ver por qué te preocupas. ¿Un Strigoi? No ¿Alimentos cuestionables? Sí.

—¿Qué pasa con los Strigoi?

Joshua y Angeline entraron a la casa. Traían un plato de uvas y ella lo empujó hacia los niños pequeños. Por sus rostros sucios, se veía claramente que querían ir afuera. Fue Angeline quien había hecho la pregunta.

Dimitri habló para mi apresión.

—Solo hablamos de algunos Strigoi que Rose ha matado.

Joshua se detuvo y me miró, sus ojos azules de abrieron con asombro.

—¿Has matado a los no muertos? ¿Er- Strigois? —admiré su intento de parecer tranquilo—. ¿Cuántos?

Me encogí de hombros.

—No sé cuantos realmente.

—¿No tienes marcas? —espetó Raymond—. Pienso que los Impuros han abandonado eso.

—¿Marcas? Oh, sí ¿Los tatuajes? Te los enseñaré. —Me di la vuelta y levanté mi pelo. Oí sus pasos y luego sentí un dedo tocar mi piel. Me estremecí y me di la vuelta justo a tiempo para ver a Joshua bajar la mano con timidez.

—Lo siento —dijo—. Nunca los había visto. Solo las marcas molnija. Así es como contamos los Strigois que matamos. Tú conseguiste... muchas.

—Las marcas S son exclusivamente para ellos —dijo Raymond en desaprobación. Su mirada fue remplazada rápidamente por admiración—. Los demás son zvezda.

Joshua y Angeline dieron un grito de asombro y un “¿Qué?” de mi parte.

—Las marcas de batalla —dijo Dimitri—. No son muchas las personas que llevan zvezda. Son medias “estrellas”

—Huh, eso tiene sentido —dije. El tatuaje era, de hecho, una especie de forma de estrella y eso decía cuando alguien había luchado en una batalla lo suficientemente grande como para perder la cuenta de cuantos Strigois mató. Después de todo, tendría tantas marcas molnija que me cubrirían hasta el cuello.

Joshua me sonrió de una manera que hizo que mi estomago se revolviera un poco más. Tal vez fuera parte de un culto pseudo-Amish, pero ese cambio aún no había hecho todavía que tuviera buen aspecto.

—Ahora entiendo cómo pudiste haber matado a la Impura de la Reina.

—Probablemente sean de mentira —dijo Angeline.

Estuve a punto de protestar por la parte de la matanza de la reina pero su comentario me desvió.

—¡No lo son! Las gané cuando los Strigois entraron a mi escuela. Y después destruí muchos más aparte de esos.

—Las marcas son tan poco comunes —dijo Dimitri—. Vuestra gente tiene que tener grandes peleas con Strigois de vez en cuando.

—No realmente —dijo Joshua, con los ojos todavía sobre mí—. La mayoría de nosotros nunca ha luchado o visto a los Perdidos. Ellos en realidad no nos molestan.

Eso fue sorprendente. Si alguna vez había un objetivo para los Strigois, esos serían un grupo de Moroi, dhampirs, y seres humanos en medio de la nada.

—¿Por qué no? —le pregunté.

Raymond me guiñó un ojo.

—Porque nosotros le devolvemos la pelea.

Pensé en su respuesta enigmática mientras la familia se sentó a comer. Una vez más, pensé acerca de la voluntad de la comunidad en no luchar cuando nosotros llegamos. ¿Eran realmente suficientes para enfrentar a los Strigois? No se veían muy asustados, pero tal vez algunas cosas eran demasiado molestas de tratar. Me pregunté sobre que opinión tendría Dimitri. Su familia había llegado de una comunidad que se separó un poco de la vida integra de Moroi, pero no era nada como esto.

Todo esto giraba en mi mente mientras comía y hablaba. Los Vigilantes todavía tenían muchas preguntas acerca de nosotros y Tatiana. La única que no participó en la conversación fue Angeline. Ella comía tan poco como Sydney y se mantenía mirándome con el ceño fruncido.

—Necesitamos algunos suministros —dijo Sydney bruscamente, interrumpiendo justo en medio de una historia horripilante. Yo le agradecí en mi mente, pero los demás parecían decepcionados—. ¿Hay una ciudad cercana que tenga una cafetería... o algún restaurante?

—Bueno —dijo Paulette—. Rubysville queda como a una hora más o menos al norte. Pero tenemos un montón de alimento a su disposición.

—No se trata solo de alimentos —dije rápidamente—. Ustedes han sido muy agradables —miré a Sydney—. Una hora no es tan malo ¿Verdad?

Ella asintió con la cabeza y luego miró vacilante a Raymod.

—¿Hay alguna manera...es decir hay alguna forma de que podamos pedir prestado un coche? Vamos... —Las siguientes palabras le causaron dolor—. Dejaremos mis llaves aquí hasta que volvamos.

Él arqueó una ceja.

—Tú tienes un buen coche.

Sydney se encogió de hombros.

—Cuanto menos lo conduzca por aquí, mejor.

Él nos dijo que podríamos tomar su camión y probablemente incluso también su CR-V si lo necesitábamos. Sydney le dio una sonrisa forzada de agradecimiento, pero yo sabía que las imágenes de vampiros conduciendo un coche estaban bailando en su cabeza.

Salimos más tarde, con ganas de estar de vuelta antes del atardecer. Las personas estaban por la comunidad, haciendo las tareas domesticas o cualquier otra cosas que hicieran en sus vidas. Un grupo de niños estaban sentados alrededor de una dhampir que les leía un libro, me hizo preguntarme que tipo de educación había allí.

Todos los Vigilantes habían dejado lo que estaban haciendo a nuestro paso, nos miraban con curiosidad o dirigiéndonos sonrisas. Yo les devolvía la sonrisa de vez en cuando, pero me mantuve en mayor parte mirando hacia el frente. Joshua nos estaba escoltado de vuelta a la plaza de estacionamiento y logró caminar a mi lado cuando llegamos a una senda estrecha.

—Espero que no desaparezcas —dijo—. Nosotros tenemos más cosas de las que hablar.

—Claro. —Le dije—. Será divertido.

Él se iluminó y caballerosamente apartó a un lado una rama que colgaba baja.

—Tal vez pueda mostrarte mi cueva.

—Tú...Espera. ¿Qué? ¿No vives con tu papá?

—Por ahora. Pero estoy consiguiendo mi propio lugar. —Había orgullo en su voz—. No es tan grande como la tuya, desde luego, pero es un buen comienzo. Casi está limpia.

—Eso está realmente, um, genial. Definitivamente muéstramela cuando regresemos. —Las palabras vinieron fácilmente a mis labios, pero mi mente estaba considerando el hecho de que la casa de Raymond fuera aparentemente grande.

Joshua se separó de nosotros cuando llegamos al camión de Raymond, una gran camioneta roja con un asiento que apenas podía mantenernos a los tres. Considerando que los Vigilantes no dejaban mucho el bosque, el camión parecía como si se hubiera visto un montón de kilómetros. O tal vez sólo muchos años de obsolescencia.

—No deberías engañarle así —dijo Dimitri, cuando llevábamos en la carretera aproximadamente unos diez minutos. Sorprendentemente, Sydney le había dejado conducir. Supuse que ella pensaba que un camión de hombres merecía un conductor varonil.

Ahora que nos movíamos, mi mente se había centrado de regreso en la tarea a realizar: encontrar al otro Dragomir. —¿Huh?

—Joshua. Estabas coqueteando con él.

—¡No lo estaba! Sólo estábamos hablando.

—¿No estabas con Adrian?

—¡Sí! —Exclamé, mirando a Dimitri. Sus ojos estaban fijos en la carretera—. Y es por eso que yo no estaba coqueteando. ¿Cómo puedes leer tanto en eso? A Joshua no le gusto de esa manera.

—En realidad —dijo Sydney, situándose entre nosotros—, él lo hace.

Giré mi incredulidad hacia ella. —¿Cómo lo sabes? ¿Te paso él una nota en clase o algo así?

Ella rodó sus ojos. —No. Pero tú y Dimitri son como dioses regresando al campamento.

—Éramos extranjeros —le recordé a ella—. Impuros.

—No. Érais el renegado Strigoi, y la asesina de la reina. Podría haber tenido el encanto sureño y hospitalario, pero esas personas pueden ser salvajes. Ellos ponen un gran premio en su capacidad para golpear a las personas. Y, considerando cuan desaliñados son la mayor parte de ellos, ustedes son... bueno... deja apenas para decir que ustedes dos son las mejores cosas que caminan por allí desde hace tiempo.

—¿Tú no eres caliente? —Le pregunté.

—Soy irrelevante —dijo ella, frustrada por el comentario—. Los Alquimistas no están incluso conectados en su radar. Nosotros no peleamos. Ellos piensan que somos débiles.

Recordé los rostros extasiados y tuve que admitir que muchas de las personas no tenían un degradado, luciendo agotados. Casi. —La familia de Raymond se veía muy bien—indiqué. Escuché un gruñido de Dimitri que sin duda leía esto como pruebas de mí coqueteando con Joshua.

—Sí. —Dijo ella—. Porque ellos eran probablemente la familia más importante de la ciudad. Ellos comen mejor, probablemente no tienen que trabajar bajo el sol como los demás. Ese tipo de cosas hacen una diferencia.

No se habló más de coquetear mientras continuábamos en el camino. Habíamos hecho buen tiempo hacia Rubysville, el cual parecía misteriosamente similar a la primera ciudad en la que nos habíamos quedado. Cuando nos detuvimos en lo que parecía ser la estación de gas de Rubysville, Sydney corrió hacia adentro para hacer algunas preguntas. Ella volvió, divulgando que había de verdad algún tipo de café donde ella podía conectar su computadora portátil y tratar de buscar lo que necesitábamos.

Ella ordenó un café y nos sentamos allí con ella, demasiado llenos por el desayuno como para ordenar cualquier cosa sustancial. Después de un par de sucias miradas de una camarera que parecía considerarnos como holgazanes, Dimitri y yo decidimos dar un paseo por la ciudad. Sydney pareció casi tan complacida como la camarera sobre esto. No creo que a ella le gustara tenernos a nosotros alrededor.

Yo le había hablado a Sydney del problema sobre el Oeste Virginia, pero tuve que admitir que el paisaje era hermoso. Árboles altísimos, llenos de hojas de verano, rodeando la ciudad como un abrazo.

Más allá de ellos, las montañas se alzaban, muy diferentes con las que yo había crecido cerca de St. Vladimir. Estas eran rodantes y verdes, cubiertas de más árboles. La mayor parte de las montañas alrededor de St. Vladimir habían sido pedregosas e irregulares, a menudo con picos nevados. Un extraño sentimiento de nostalgia se apoderó de mí, pensando en volver a Montana. Había una buena posibilidad de que nunca lo volviera a ver. Si me pasaba el resto de mi vida corriendo, St. Vladimir era el último lugar al que podía ir. Si yo fuera capturada, también... entonces definitivamente no llegaría a ver Montana otra vez.

—O cualquier otro lugar. —Murmuré, hablando en voz alta antes de que yo pudiera pararme.

—¿Hmm? —Preguntó Dimitri.

—Estaba pensando acerca de que pasaría si los guardianes nos encuentran. Nunca me di cuenta de cuántas cosas había que quería hacer y ver. De repente, está todo esto en juego, ¿sabes? —Nos movimos al lado de la carretera mientras una camioneta de color naranja llegaba conduciendo. Los niños de la escuela de verano gritaban y reían en la parte posterior—. Bueno supón que mi nombre no es limpiado y nunca encontremos el verdadero asesino. ¿Cuál es el siguiente-mejor-escenario? Yo: siempre corriendo, siempre escondida. Esa será toda mi vida. Por lo que sé, tendré que ir a vivir con los Vigilantes.

—No pienso que lleguemos a eso —dijo Dimitri—. Abe y Sydney te ayudarían a encontrar un lugar seguro.

—¿Hay un lugar seguro? ¿En serio? Adrian dijo que los guardianes están aumentando sus esfuerzos para encontrarnos. Ellos tienen a los Alquimistas y probablemente las autoridades humanas estén en busca de nosotros también. No importa a dónde vallamos, corremos el riesgo de ser descubiertos. Entonces tendremos que seguir huyendo. Será así por siempre.

—Tú estarás viva. —Señaló—. Eso es lo que importa. Disfruta lo que tienes, cada pequeño detalle de donde quiera que estés. No te enfoques en donde tú no estás.

—Sí —admití, tratando de seguir sus consejos. El cielo parecía un poco más azul, las aves un poco más fuertes—. Supongo que no debería quejarme sobre los lugares soñados que no voy a llegar a ver. Debería estar agradecida de que puedo llegar a ver algo en absoluto. Y que no estoy viviendo en una cueva.

Él me miró y sonrió, con algo ilegible en sus ojos. —¿Dónde quieres ir?

—¿Qué, ahora mismo? —Eché un vistazo a mí alrededor, jugando con nuestras opciones. Había una tienda de cebos y aparejos, una farmacia y una heladería. Tuve la sensación de que el último sería un viaje necesario antes de dejar la ciudad.

—No, en el mundo.

Le miré con cautela. —Sydney va a estar enojada si vamos a Istanbul o algo.

Esto me hizo reír en toda regla. —No era lo que yo tenía en mente. Vamos.

Le seguí hacia lo que parecía ser la tienda de cebos y aparejos y entonces me di cuenta de un pequeño edificio escondido detrás de ella. Naturalmente, sus agudos ojos habían visto lo que yo había omitido, probablemente porque yo me había fijado en el helado. BIBLIOTECA PÚBLICA RUBYSVILLE.

—Whoa, hey —le dije—. Una de las pocas ventajas de graduarme era evitar lugares como este.

—Es probable que haya aire acondicionado —señaló.

Miré abajo hacia mi camisa empapada de sudor y noté un tinte ligeramente rosado en mi piel. Con mi tez bronceada raras veces me quemaba, pero aquí había un fuerte sol, incluso al final del día. —Adelante —le dije.

La biblioteca era misericordiosamente fresca, aunque aun más pequeña que la de St. Vladimir. Con algún sentido extraño (o tal vez sólo un conocimiento del Sistema Decimal Dewey), Dimitri nos condujo hasta la sección de viajes, que constaba de unos diez libros, tres de los cuales eran sobre el Oeste de Virginia. Él frunció el ceño.

—No es exactamente lo que yo esperaba. —Eché un vistazo a la plataforma dos veces y sacó uno grande, de colores brillantes titulado *Los 100 Mejores Lugares para Visitar en el Mundo*.

Nos sentamos con las piernas cruzadas en el suelo, y él me entregó el libro. —De ninguna manera, camarada —le dije—. Sé que los libros son un viaje de la imaginación, pero no creo que hoy vaya a hacer esto.

—Sólo tómalo —dijo—. Cierra tus ojos y voltea al azar una página.

Parecía tonto, teniendo en cuenta todo lo que pasaba en nuestra vida, pero su rostro decía que hablaba en serio. Complaciéndolo, cerré mis ojos y seleccioné una página en el centro. La abrí.

—Mitchell, ¿Dakota del Sur? —Exclamé. Recordando que estaba en una biblioteca, bajé mi voz—. De todos los lugares del mundo, ¿que hace en los primeros cien?

Él sonreía de nuevo, y yo había olvidado lo mucho que había echado de menos eso. —Léelo.

—Situado a noventa minutos fuera de Sioux Falls, Mitchell es el hogar del Palacio de Maíz. —Le miré con incredulidad—. ¿Palacio de Maíz?

Él se deslizó a mi lado, inclinándose cerca para mirar las fotos. —Me figuro que debe estar hecho de hojas de maíz. —Él notó. Las imágenes en realidad mostraron lo que parecía un Medio Oriental, o incluso un edificio de estilo ruso, con torrecillas y cúpulas de cebolla.

—Yo también. —De mala gana, añadí—. Lo visitaría. Apuesto a que tienen camisetas geniales.

—Además —dijo él, con una mirada astuta en los ojos—, apuesto a que ninguno de los guardianes nos buscaría allí.

No hice ningún intento de ocultar mi risa, imaginándonos viviendo como fugitivos en el Palacio de Maíz por el resto de nuestras vidas. Mi diversión nos trajo un regaño de un bibliotecario, y nos calmamos mientras Dimitri tomaba su turno. Sao Paulo, Brasil. Entonces me tocaba a mí: Honolulu, Hawaiki. De atrás hacia delante pasamos el libro, poco después, los dos estábamos tendidos en el suelo, uno lado del otro, compartiendo diversas reacciones mientras continuábamos nuestro recorrido mundial de la imaginación. Nuestros brazos y piernas apenas se tocaban.

Si alguien me hubiera dicho hace cuarenta y ocho horas que yo estaría tendida en una biblioteca con Dimitri, leyendo un libro de viajes, le hubiera dicho que estaba loco. Casi tan loco era la constatación de que yo estaba haciendo algo perfectamente normal y casual con él. Desde el momento en que nos conocimos, nuestras vidas habían sido sobre el secreto y el peligro. Y realmente, seguían siendo los temas dominantes en nuestras vidas. Pero en aquel par de horas tan tranquilas, el tiempo parecía haberse detenido. Estábamos en paz. Éramos amigos.

—Florencia, Italia —leí. Imágenes de iglesias elaboradas y galerías llenaron la página—. Sydney quiere ir allí. Ella quería estudiar allí, en realidad. Si Abe pudiera administrarlo, creo que le habría servido a él de por vida.

—Ella es aún bastante obediente —comentó Dimitri—. Yo no la conozco bien, pero estoy seguro que Abe consiguió algo de ella.

—Él la sacó de Rusia, de vuelta a los EE.UU.

Él negó con la cabeza. —Consiguió más que eso. Los alquimistas son leales a sus órdenes. Ellos no son como nosotros. Ella lo oculta, ellos son entrenados, pero cada minuto con los Vigilantes es agonía. Para ella ayudarnos y traicionar a sus superiores, le debe algo por alguna extraña razón. —Ambos nos detuvimos un momento, preguntándonos que arreglo misterioso había hecho mi padre con ella—. Es irrelevante, sin embargo. Ella nos ayuda, que es lo que importa... Y probablemente deberíamos volver por ella.

Yo sabía que él tenía razón pero odiaba ir. Quería quedarme aquí, en esta ilusión de tranquilidad y seguridad, dejándome creer que realmente podía llegar al Partenón o incluso al Palacio de Maíz algún día. Le entregué el libro de nuevo.

—Uno más.

Él seleccionó su página al azar y abrió el libro. Su sonrisa cayó. —San Petersburgo.

Una extraña mezcla de sentimientos se enredó en mi pecho. Nostalgia, porque la ciudad era hermosa. Dolor, porque mi visita había sido corrompida por la terrible tarea que tenía que hacer allí.

Dimitri se quedó mirando la página por un largo tiempo, con el anhelo en su rostro. Se me ocurrió entonces que, a pesar de sus palabras de ánimo antes, tenía que estar experimentando lo mismo que yo por Montana: nuestros viejos lugares favoritos estaban perdidos para nosotros ahora.

Le di un codazo suave. —Hey, disfruta donde estas, ¿recuerdas? No donde no puedes ir.

De mala gana, cerró el libro y arrastró sus ojos lejos de él. —¿Cómo te haces tan sabia? —bromeó.

—Tuve un buen maestro. —Nos sonreímos el uno al otro. Algo se me ocurrió. Todo este tiempo, yo había calculado que él me había ayudado a escaparme debido a las órdenes de Lissa. Tal vez allí había más que eso—. ¿Es por eso que te escapaste conmigo? —Le pregunté—. ¿Para ver poder ver partes del mundo?

Su sorpresa fue breve. —Tú no me necesitas para ser sabia, Rose. Lo estás haciendo bien en tu propia manera. Sí, eso fue parte de ello. Tal vez yo hubiera sido recibido de vuelta con el tiempo, pero allí estaba el riesgo de que no pudiera. Después...después de ser Strigoi... —Tropezó con las palabras un poco—. He ganado un nuevo aprecio por la vida. Me tomó un tiempo. Aún no estoy allí. Hablaba de centrarse en el presente, no en el futuro, pero es mi pasado el que me atormenta. Caras. Pesadillas. Pero mientras más me alejo de ese mundo de la muerte, más quieres abrazar la vida. El olor de los libros y el perfume que usas. La forma en la luz se curva a través de esa ventana. Incluso el sabor del desayuno con los Vigilantes.

—Eres un poeta ahora.

—No, sólo estoy comenzando a comprender la verdad. Respeto la ley y la forma en que nuestra sociedad funciona, pero no hay manera de que pudiera arriesgarme a

perder la vida en una celda después de acabar de encontrarme de nuevo. Quise huir también. Es por eso que te ayudé. Eso y...

—¿Qué? —Lo estudié, desesperadamente deseando que no fuera tan bueno ocultando las emociones de su rostro. Lo conocía bien, lo entendía. Pero aún podría ocultarme cosas.

Él se sentó, sin mirarme a los ojos. —Eso no importa. Vamos a volver con Sydney y ver si averiguó algo... aunque, tanto como odie decirlo, pienso que es poco probable.

—Ya lo sé. —Estuve de acuerdo con él, todavía preguntándome qué más habría dicho—. Ella probablemente se dio por vencida y comenzó a jugar al *Buscaminas*.

Nos dirigimos hacia la cafetería, deteniéndonos brevemente por helado. Comer mientras caminábamos resultó un verdadero desafío. El sol se acercaba al horizonte, pintando todo de color naranja y rojo, pero el calor persistía. *Disfruta de ello, Rose, me dije. Los colores. El sabor del chocolate.* Desde luego, siempre amé el chocolate. Mi vida no tiene que estar sobre la línea para disfrutar de un postre.

Llegamos al café y encontramos a Sydney inclinada sobre su portátil, con un apenas comido danés y lo que era probablemente su cuarta taza de café. Nos deslizamos en los asientos a su lado.

—Qué tal... ¡Hey! ¡*Estás jugando al Buscaminas!* —Traté de mirar más cerca a su pantalla, pero ella la apartó de mí—. Se supone que deberías estar buscando una conexión a la amante de Eric.

—Ya lo hice —me dijo simplemente.

Dimitri y yo intercambiamos miradas de asombro.

—Pero no sé que tan útil puede ser.

—Cualquier cosa puede ser útil. —Proclamé—. ¿Qué encontraste?

—Después de tratar de localizar todos los registros bancarios y transacciones, y permítanme decírtelo, que *no* es divertido en absoluto, finalmente encontré una pequeña pieza de información. La cuenta bancaria que tenemos ahora es una más reciente. Fue movida de otro banco aproximadamente hace cinco años. La vieja cuenta era todavía de una tal Jane Doe, pero tiene una referencia al lado de los familiares en el caso de que algo pasara con el titular de la cuenta.

Yo casi ni podía respirar. Las operaciones financieras eran algo que no entendía, pero estábamos a punto de conseguir algo concreto. —¿Un verdadero nombre?

Sydney asintió con la cabeza. —Sonya Karp.

Capítulo 12

Traducido por: BellJolie y veroniica

Corregido por: masi

DIMITRI Y YO NOS CONGELAMOS CUANDO la impresión de ese nombre nos golpeó. Sydney, echó un vistazo a nuestros rostros, y nos dirigió una sonrisa seca.

—¿Supongo que saben quién es?

—Por supuesto —exclamé—. Fue mi maestra. Se volvió loca y se volvió una Strigoi.

Sidney asintió con la cabeza.

—Ya lo sé.

Mis ojos se abrieron aún más. —Ella es... ella no es la única que tuvo un romance con el padre de Lissa, ¿verdad? —¡Oh Dios mío! Ese sería uno de los acontecimientos más inesperados, en la montaña rusa que era mi vida. Ni siquiera podía comenzar a procesar los efectos de ello.

—No es probable —dijo—. La cuenta fue abierta hace varios años antes de que se añadiera como la beneficiaria, lo que ocurrió cuando cumplió los dieciocho años. Por lo tanto, si estamos asumiendo que la cuenta fue creada por el momento en que nació el bebé, entonces ella habría sido demasiado joven. Sonya es probablemente un familiar.

Mi asombro anterior dio paso al entusiasmo, y pude ver que lo mismo le sucedió a Dimitri. —Debes haber registros de su familia —dijo—. O si no, algún Moroi probablemente lo sepa. ¿Quién está a cargo de Sonya? ¿Tiene una hermana?

Sydney sacudió la cabeza. —No. Sin embargo, eso sería una opción obvia. Desafortunadamente, ella tiene otros familiares, *toneladas* de ellos. Sus padres procedían de familias numerosas, así que ella debe tener muchos primos. Incluso algunas de sus tías son de la edad adecuada.

—¿Podemos buscarlos, cierto? —pregunté. Un estremecimiento de anticipación se extendió a través de mí. Sinceramente, no esperaba esta cantidad de información.

Es cierto que era mínima, pero era algo. Si Sonya Karp estaba relacionada con la amante de Eric, eso tenía que ser algo que rastrear.

—Hay un montón de ellos. —Sydney se encogió de hombros—. Quiero decir, sí, podríamos. Nos llevaría un tiempo para encontrar la historia de la vida de cada uno, e incluso -si especialmente está cubierta lo suficiente- será difícil averiguar si alguna de ellas, es la mujer que estamos buscando. O incluso si alguna de ellas supiera quién es.

La voz de Dimitri fue suave y pensativa cuando habló. —Una persona debe saber quién es Jane Doe⁴.

Sydney y yo lo miramos expectantes.

—Sonya Karp —respondió.

Levanté mis manos. —Sí, pero no podemos hablar con ella. Ella es una causa perdida. Mikhail Tanner pasó más de un año cazándola y no pudo encontrarla. Si él no pudo, entonces nosotros no seremos capaces.

Dimitri se apartó de mí y miró por la ventana. Sus ojos marrones estaban llenos de tristeza, con sus pensamientos, por un momento, muy lejos de nosotras. Yo no estaba del todo comprendiendo lo que sucedía, pero ese momento de tranquilidad en la biblioteca, donde Dimitri me había sonreído y compartido el sueño de una vida ordinaria, había desaparecido. Y no sólo el momento. Ese Dimitri había desaparecido. Estaba de nuevo en su forma feroz, llevando el peso del mundo sobre sus hombros, de nuevo. Por fin, suspiró y me miró. —Eso es porque Mikhail no tenía los contactos adecuados.

—Mikhail era su novio —señalé—. Él tenía más conexiones que cualquier otro.

Dimitri no admitió mi comentario. En cambio, de nuevo se quedó pensativo. Pude ver turbulencias detrás de sus ojos, alguna guerra interna. Por último, se decidió.

—¿Tiene tu teléfono cobertura aquí? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza, buscando en su bolsa y dándole su teléfono. Lo sostuvo un momento, parecía como si el tocarlo fuera una total agonía. Por fin, con otro suspiro, se levantó y se dirigió a la puerta. Sydney y yo intercambiamos miradas interrogantes y después ambas lo seguimos. Ella se quedó detrás de mí, lanzando dinero sobre la mesa y cogiendo su portátil. Salí fuera justo cuando Dimitri terminaba de marcar un número y ponía el teléfono en su oreja. Sydney se unió a nosotros, y un momento después, la persona en el otro extremo de la línea, contestó.

—¿Boris? —preguntó Dimitri.

⁴ Con **Jane Doe** se refieren a la desconocida que buscan.

Eso fue todo lo que entendí, porque el resto fue una secuencia rápida en ruso. Tuve una sensación extraña mientras hablaba. Estaba confundida, perdida a causa del idioma... pero no supe más que eso. Sentí frío. Mi pulso se aceleró por el miedo. Esa voz... Yo conocía esa la voz. Era su voz y tampoco era su voz. Era la voz de mis pesadillas, una voz llena de frialdad y crueldad.

Dimitri estaba jugando al Strigoi.

Bueno “jugando” era una palabra demasiado suave. Fingir era una mejor manera de describirlo. Fuera lo que fuese, era bastante, malditamente, convincente.

A mi lado, Sydney frunció el ceño, pero no creo que ella estuviera experimentando lo mismo que yo. Ella nunca lo había conocido como Strigoi. Ella no tenía esos recuerdos horribles. Su cambio de actitud tuvo que ser obvia, pero al mirarlo a la cara, me di cuenta de que estaba centrada en seguir la conversación. Se me había olvidado que ella era de Rusia.

—¿Qué es lo que dice? —susurré.

Ella profundizó el ceño, ya sea por la conversación o por mi distracción. —Él... suena como si estuviera hablando con alguien con quien no ha hablado desde hace tiempo. Dimitri está acusando a esta persona de holgazanear, mientras que él ha estado ausente. —Ella se quedó en silencio, siguiendo su traducción mental. En un momento dado, la voz de Dimitri se levantó con ira, y tanto Sydney como yo, nos estremecimos. Me volví hacia ella interrogante—. Él está enojado porque le cuestionó su autoridad. No puedo saberlo, pero ahora... suena como si la otra persona fuera su sirviente.

Quería saber cada palabra, pero tenía que ser duro para ella traducir para mí y escuchar al mismo tiempo. La voz de Dimitri volvió a los niveles normales, aunque todavía llenos de esa terrible amenaza, y entre la ráfaga de palabras, oí “Sonya Karp” y “Montana”.

—Está preguntando por la Sra. Karp... ¿Sonya? —murmuré. No había sido mi maestra durante mucho tiempo. Podría también llamarla Sonya, ahora.

—Sí. —dijo Sydney, con los ojos todavía en Dimitri—. Le está pidiendo... er diciendo... a esa persona, que localice a otra y a ver si puede encontrar a Sonya. Esta persona... —Se detuvo brevemente para escuchar de nuevo—. Esa persona a la que le está pidiendo eso, suena como si conociera a un montón de personas del área en la que fue vista por última vez.

Sabía que “personas” en este contexto significaban “Strigoi”. Dimitri había aumentado rápidamente sus filas, afirmando su voluntad y su poder sobre los demás. La mayoría de los Strigoi operaban solos, rara vez trabajaban en grupos, pero incluso reconocían las amenazas del Strigoi más dominante. Dimitri estaba utilizando sus contactos, tal como lo había dicho antes. Si algún Strigoi hubiera

oído hablar de su transformación -y creído en ella- no habrían sido capaces de transmitir las noticias rápidamente, no con su desorganización. Mientras que, Dimitri tendría que ir un paso por delante para encontrar fuentes que conocían a otras fuentes, que pudieran conocer la ubicación de Sonya.

Dimitri alzó la voz y se enfureció otra vez, su voz se volvió, si fuera posible, más siniestra. De pronto me sentí atrapada, y hasta Sydney parecía asustada. Ella tragó saliva.

—Él le está diciendo a este hombre, que si no recibe respuestas mañana por la noche, Dimitri lo encontrará y lo destrozará y... —Sydney no se molestó en terminar. Sus ojos estaban muy abiertos—. Usa tu imaginación. Es bastante terrible. —Decidí entonces que era agradable que no escuchara toda la conversación en inglés.

Cuando Dimitri terminó la llamada telefónica y le devolvió el teléfono a Sydney, la máscara de maldad se derritió de su rostro. Una vez más, él era mi Dimitri, Dimitri el dhampir. El abatimiento y la desesperación irradiaban de él, se dejó caer contra la pared de la sala, mirando hacia arriba, al cielo. Yo sabía lo que estaba haciendo. Estaba tratando de calmarse, tomando el control de las emociones que tenía, que eran beligerantes en su interior. Había algo que acaba de hacer para darnos las pistas que necesitábamos... pero había sido a un costo terrible para él mismo. Mis dedos se crisparon. Quería poner un brazo reconfortante alrededor suyo, o al menos unas palmaditas en su hombro, para que supiera que no estaba solo. Sin embargo, me contuve, sospechando que a él no le gustaría.

Por fin, volvió la mirada hacia nosotras. Había recuperado su control, al menos en su exterior. —He enviado a alguien a preguntar por ella —dijo con cansancio—. Tal vez no funcione. Los Strigoi, a penas, mantienen una base de datos. Pero lo hacen de vez en cuando, se vigilan el uno al otro, aunque sólo sea por su propia preservación. Sabremos pronto si hay algún avance.

—Yo... wow. Gracias —dije, buscando las palabras. Yo sabía que él no necesitaba que le diera las gracias, pero lo consideré necesario para mí.

Él asintió con la cabeza. —Deberíamos volver con los Vigilantes... ¿a menos que ustedes piensen qué este es un lugar seguro donde quedarnos?

—Prefiero permanecer fuera del radar civilizado —dijo Sydney, moviéndose hacia el coche.

—Además, quiero de vuelta las llaves de mi coche.

El viaje de vuelta pareció diez veces más largo. El estado de ánimo de Dimitri llenó toda la cabina, casi sofocándonos con su desesperación. Incluso Sydney podía sentirlo. Ella le había dejado conducir de nuevo, no podía decir si eso era bueno o

malo. ¿Le distraería la carretera de su tormento Strigoi? ¿O su agonía le distraería de la carretera y nos dejaría tirados en una zanja?

Afortunadamente, volvimos sanos y salvos, y nos encontramos a dos de los Vigilantes esperándonos en el estacionamiento, una mujer Moroi y un humano, ambos parecían feroces. Aún sacudida por la extrañeza de ambas razas, listas para el combate. Me pregunté si esos dos eran pareja.

De regreso al campamento, encontramos la hoguera común ardiendo y las personas sentadas a su alrededor, algunos comiendo y algunos simplemente socializando. Había aprendido en el desayuno, que el fuego siempre estaba ahí para los que querían socializar, pero también muchas familias se mantenían en sus propios hogares.

Volvimos a la casa de Raymond, pero sólo Sarah y Joshua estaban allí. Ella estaba limpiando los platos, y él sentado, inquietamente, en una silla. Tan pronto como me vio en la puerta, se levantó, con una radiante gran sonrisa, de nuevo.

—¡Rose! Has vuelto. Estábamos empezando a preocuparnos... Quiero decir, no porque te hubiera sucedido algo, no con tus habilidades, pero sí que tal vez nos dejaras.

—No sin nuestro coche —dijo Sydney, dejando las llaves de la camioneta sobre la mesa. Las del CR-V estaban colocadas allí, y el alivio inundó su rostro mientras las cogía.

Sarah nos ofreció las sobras, las cuales declinamos, ya que habíamos tomado algo de comida rápida en la gasolinera de Rubysville. —Bueno —dijo—, si no vais a comer, también podríais uniros a los demás, alrededor del fuego. Jess McHale podría cantar esta noche, si pueden conseguir que beba lo suficiente, y borracha o sobria, la mujer tiene la mejor voz que he escuchado.

Me reuní brevemente con los ojos de Dimitri y Sydney. Lo admito, yo tenía un poco de curiosidad por ver a este grupo desierto de fiesta, a pesar de que las canciones a luz de la luna y que las personas no eran realmente mi primera opción de entretenimiento. Dimitri todavía llevaba esa mirada obsesionada desde la llamada telefónica.

Tenía la sospecha de que habría preferido aislarse en nuestra habitación, pero cuando Sydney, dijo que ella iría al fuego, llegó su respuesta automáticamente: —También iré. —Supe al instante lo que estaba haciendo. Sus días de Strigoi lo atormentaban. Hablar con un Strigoi lo atormentaba. Quizás, no ciertamente, quería esconderse y tratar de bloquear todo, pero era Dimitri. Dimitri protegía a los que lo necesitaban, a pesar de que escuchar canciones junto a la chimenea no era exactamente su vida, -la amenaza, seguía siendo un punto- una situación peligrosa

para un civil como Sydney. No podía permitir eso. Además, él sabía que Sydney se sentiría más segura con ambos cerca.

Comencé a decir que yo iría con ellos, pero Joshua habló antes de que pudiera. —¿Todavía quieres ver mi cueva? Hay un poco de luz fuera. Consiguiendo una mejor vista de esa forma, que si usáramos una antorcha.

Me había olvidado de mi última conversación con Joshua y comencé a declinar su oferta. Pero entonces, algo brilló en los ojos de Dimitri, algo como desaprobación. Así que. Él no quería que saliera con ningún chico joven y bien parecido. ¿Era una legítima preocupación por los Vigilantes? ¿Eran celos? No, seguramente no era lo último. Habíamos establecido, muchas, muchas veces, que Dimitri no quería ninguna relación romántica conmigo. Él, incluso, se paró ante Adrian. ¿Era esto una especie de asunto de ex novio? De vuelta a Rubysville, había creído que Dimitri y yo podríamos ser amigos, pero eso no pasaría si él pensaba que podía controlar mi vida amorosa. Yo había conocido a las chicas con ex novios así. No sería una. Yo podría salir con quien yo quisiera.

—Claro —dije. La expresión de Dimitri era oscura—. Me encantaría.

Joshua y yo nos dirigimos hacia fuera, dejando a los otros atrás. Sabía que parte de mi decisión era para demostrar mi independencia. Dimitri había dicho que éramos iguales, sin embargo, él había tomado muchas decisiones en este plan de escape sin mí. Fue muy agradable sentir que tenía la ventaja de un cambio, y además, me gustaba Joshua, tenía curiosidad por saber más acerca de cómo vivía su pueblo. No creo que Sydney quisiera que me fuera, pero Dimitri la cuidaría.

Mientras Joshua y yo caminamos, pasamos junto a muchos Vigilantes. Al igual que antes, recibí una buena cantidad de miradas. En lugar de conducirme por el camino donde vivía su padre, Joshua me llevó rodeando la pequeña montaña. Todavía era de buen tamaño, pero después de que viviera cerca de las Montañas Rocosas, todo parecía en los Apalaches, pequeño para mí. Supongo que era una snob de montaña.

Sin embargo, la montaña se extendía por bastantes caminos, y nos alejamos cada vez más del establecimiento de los Vigilantes. El bosque creció más densamente, la luz cada vez más escasa, cuando el sol comenzó finalmente a esconderse en el horizonte.

—Soy de la clase que se queda por los alrededores —dijo Joshua, en tono de disculpa—. Seguimos creciendo y creciendo, y no hay muchas habitaciones en el centro de la ciudad. —Pensé que “ciudad” era un término optimista, pero no lo dije así. Sí. Yo era definitivamente una snob—. Sin embargo, las cuevas continúan adelante, así que todavía hay espacio.

—¿Son naturales? —pregunté.

—Algunas lo son. Algunas fueron abandonadas por los mineros.

—Está muy lejos de aquí —dijo. Me gustan todos los árboles de hojas caducas. Puede ser que sea la nostalgia por Montana, pero las hojas anchas que hay aquí, eran un contraste a las agujas de pino—. Y bueno, al menos consigues un poco de privacidad, ¿verdad?

—Es verdad. —Él sonrió—. Creí que pensarías que era... No lo sé. Demasiado rústico. O salvaje. Probablemente piensas que todos lo somos.

Su observación me sobresaltó. La mayor parte de los Vigilantes habían sido tan fieramente defensivos con su forma de vida, que yo pensaba que a nadie se le ocurriría que un extraño se lo preguntara, o que a todo Vigilante le importaría si lo hiciéramos.

—Es simplemente diferente —le dije diplomáticamente—. Muy diferente de lo que estoy acostumbrada. —Sentí un destello de nostalgia por todas las personas y lugares de los que estaba desconectada ahora. Lissa. Adrian. Nuestros otros amigos. La Corte. San Vladimir. Deseché la sensación rápidamente. No tenía tiempo para deprimirme y más tarde podría, al menos, saber de Lissa.

—He estado en las ciudades humanas —añadió Joshua—. Y en otros lugares corrompidos. Puedo ver por qué a ti te gusta. —Se dio la vuelta un poco avergonzado—. No me importaría tener electricidad.

—¿Por qué ustedes no la utilizan?

—Nos gustaría si pudiéramos. Estamos demasiado lejos, y nadie sabe realmente que estamos aquí, de todas formas. Es mejor ocultarnos entre la gente.

No se me ocurrió que simplemente sufrieran estas condiciones, que se vieran obligados, con la finalidad de ocultarse. Me pregunté cuántas de sus opciones se aferraban a las viejas formas... y cuántas estaban influenciadas por los Alquimistas.

—Aquí estamos —dijo Joshua, sacándome de mis reflexiones.

Él gesticuló hacia un oscuro agujero del suelo. La apertura era lo suficientemente grande como para poder entrar un adulto.

—Agradable —dije. Había notado antes, que algunas de las cuevas estaban situadas en lo más elevado de las montañas y había visto a sus residentes escalando las rocas con las manos desnudas o usando escaleras caseras. Una puerta de fácil acceso parecía un lujo.

Joshua parecía sorprendido por mis elogios. —¿En serio?

—En serio.

Habíamos terminado perdiendo demasiada luz del día. Él hizo una pausa para encender una antorcha, y luego lo seguí al interior. Teníamos que agacharnos un

poco al principio, pero a medida en que profundizábamos en la cueva, el techo se expandía lentamente abriendo un espacio amplio y redondeado. El suelo era duro y estaba lleno de suciedad, las paredes de piedra eran ásperas y con picos. Se trataba de una cueva natural, pero podría seleccionar los esfuerzos realizados para civilizarla. El piso había sido limpiado y nivelado, y vi algunas piedras y rocas en una esquina que parecían haber sido recogidas para liberar espacio. Un par de piezas de mobiliario ya se habían instalado: una estrecha silla de madera y un colchón, que parecía que apenas podía mantener a una persona.

—Probablemente pienses que es pequeño —dijo Joshua.

Era cierto, pero en realidad era más grande que mi dormitorio en San Vladimir. —Bueno... sí, pero quiero decir, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Igual que yo —dije. Esto pareció hacerlo muy feliz—. Tener tu propia, ummm, cueva a los dieciocho años, está muy bien. —Hubiera estado mucho mejor con electricidad, Internet, y una instalación de agua, pero no había necesidad de traerlo a colación.

Sus ojos azules prácticamente brillaban. No pude evitar notar el contraste que hacía con su piel bronceada. Rechacé la idea inmediatamente. Yo no estaba aquí para conseguir un novio. Pero al parecer, yo era la única que creía eso. Joshua de repente dio un paso adelante.

—Puedes quedarte si quieres —dijo—. El otro Impuro nunca te encontrará aquí. Nos podríamos casar, y luego, cuando tuviésemos niños, podríamos construir un loft como el de mis padres y...

La palabra *matrimonio* me había movido hacia la entrada por el shock y el pánico, igual que si estuviera en un ataque Strigoi. Excepto que, por lo general tenía una advertencia razonable antes de estos últimos.

—Hey, hey, más despacio. —No, no había visto venir una proposición—. ¡Nos acabamos de conocer!

Afortunadamente, él no se acercó más. —Lo sé, pero a veces eso es lo que pasa.

—¿El qué? ¿Matrimonios entre personas que apenas se conocen? —pregunté, con incredulidad.

—Claro. Sucede todo el tiempo. Y en serio, sólo en este corto período de tiempo, ya sé cómo eres. Eres increíble. Eres hermosa y, obviamente, una buena luchadora. Y de la forma en que te comportas... —Sacudió su cabeza, con el asombro reflejado en su rostro—. Nunca había visto nada igual.

Deseé que no fuera tan lindo y agradable. Tener a chicos espeluznantes profesando su adoración, era mucho más fácil de tratar que uno que te gustaba. Me acordé de Sydney diciendo que yo era una mercancía caliente por aquí. Abrasadora era mejor, al parecer.

—Joshua, me gustas mucho, pero... —añadí a toda prisa, al ver como sus rasgos se llenaban de esperanzas—, soy demasiado joven para casarme.

Él frunció el ceño. —¿No me dijiste que tenías dieciocho años?

Muy bien. La edad probablemente no era un buen argumento por aquí. Había visto cómo de joven era la gente que tenía hijos en la ciudad natal de Dimitri. En un lugar como éste, probablemente había niños casados. Lo intenté desde otro punto de vista.

—Ni siquiera sé si me quiero casar.

Esto no lo desconcertó. Asintió con comprensión.

—Eso es inteligente. Podríamos vivir juntos primero, ver cómo nos llevamos. —Su seria expresión se transformó en una sonrisa—. Pero soy bastante tolerante. Te dejaré ganar cada discusión.

No pude evitarlo. Me reí. —Pues bien, entonces. Voy a tener que ganar ésta y decirte que no estoy lista para... nada de eso. Además, estoy involucrada con alguien.

—¿Dimitri?

—No, otro tipo. Él está de vuelta en la Corte de los Impuros. —No podía ni siquiera creer que estuviese diciendo eso.

Joshua frunció el ceño. —¿Por qué no está aquí entonces protegiéndote?

—Porque... así no es cómo es. Y yo puedo cuidar de mí misma. —Nunca me gustó el supuesto de necesitar ser rescatada—. Y mira, aunque él no estuviese en la ecuación, de todos modos me iré pronto. Nunca funcionaría esto entre tú y yo.

—Entiendo. —Joshua parecía decepcionado, pero parecía estar tomando el rechazo bien—. Tal vez cuando tengas todo resuelto, vuelvas.

Iba a empezar a decirle que no me esperara y que simplemente debía casarse con otra persona (a pesar de lo ridículo que era a su edad), pero luego me di cuenta que era un comentario inútil. En las fantasías de Joshua, él probablemente podría casarse con otra persona ahora y añadirme a su harén más tarde, como Sarah y Paulette. Así que simplemente dije. —Tal vez. Buscando a tientas un cambio de

tema, busqué algo para distraernos. Mis ojos se posaron en la silla y el diseño de hojas talladas en ella. —Eso es realmente fascinante.

—Gracias —dijo, aproximándose. Para mi alivio, él no siguió con el tema anterior.

Pasó la mano con cariño sobre la madera tallada. El diseño parecía como hojas trenzadas. —Lo hice yo.

—¿En serio? —pregunté, con verdadera sorpresa—. Esto... esto es increíble.

—Si te gusta... —Su mano se movió, y temí que un beso o un abrazo viniera. En cambio, la mano viajó al bolsillo de su camisa y sacó una fina pulsera tallada de madera. Era un diseño simple y sinuoso, la verdadera maravilla era cuán estrecha y delicada era para ser una pieza. La madera había sido pulido hasta brillar. —Toma. —Me entregó la pulsera.

—¿Esto es para mí? —Pasé mi dedo por el borde liso.

—Si lo deseas. Lo hice mientras estabas fuera hoy. Así me recordarás, después de que te marches.

Yo dudé, preguntándome si el aceptar esto sería como alentarlo. No, decidí.

Había dejado claros mis puntos de vista sobre el matrimonio adolescente, y de todos modos, se veía tan nervioso, que no podía soportar la idea de herir sus sentimientos. Lo deslicé en mi muñeca.

—Por supuesto que te recordaré. Gracias.

Por la felicidad de su rostro, el haber cogido el brazalete había compensado mi negativa anterior. Él me mostró algunos detalles más en torno a la cueva y luego seguimos mi sugerencia de unirnos a los otros en el fuego. Podíamos oír el eco de la música a través de los árboles mucho antes de llegar, y si bien era difícilmente mi estilo, había algo cálido y acogedor sobre el estilo de vida de esta Comunidad. Nunca había estado en un campamento de verano, pero me imaginé que así es como sería.

Sydney y Dimitri se sentaban cerca del borde del grupo. Ellos estaban callados y atentos, pero todos los demás cantaban, aplaudían, y hablaban. Una vez más, me sorprendió la facilidad con la que los dhampirs, los seres humanos, y todos los Moroi podrían estar involucrados los unos con los otros. Las parejas mixtas estaban en todas partes, una -una humana y un Moroi- estaban liándose abiertamente. De vez en cuando, cuando él la besaba en el cuello, también la mordía y tomaba un poco de sangre. Tuve que apartar la mirada.

Me volví hacia mis amigos. Sydney se fijó en mí y pareció aliviada.

La expresión de Dimitri era inescrutable. Como siempre, los ojos de los demás siguieron mis movimientos, y para mi sorpresa, vi abiertamente celos en la cara de algunos chicos. Tenía la esperanza de que no pensarán que Joshua y yo habíamos estado fuera, desnudándonos en la cueva. Esa era una reputación que quería dejar atrás.

—Tengo que hablar con Sydney —dije por encima del ruido. Decidí que sería mejor mantener mi distancia antes de que los rumores comenzaran, y con la verdad, Sydney parecía como si me quisiera a su lado. Joshua asintió, y me di la vuelta. Había dado dos pasos cuando de repente un puño vino directamente hacia mi cara.

No tenía las defensas altas y apenas tuve la oportunidad de volver la cabeza y obtener el golpe en la mejilla, para no terminar con la nariz rota. Después de la sorpresa inicial, todo mi entrenamiento empezó a hacer efecto. Rápidamente esquivé y me coloqué fuera de la línea de ataque y puse mi cuerpo en una posición de ataque. La música y el canto se detuvieron y me enfrenté a mi atacante.

Angeline.

Ella se puso de una forma similar a la mía, con los puños apretados y los ojos completamente puestos en mí. —Vale —dijo ella—, es tiempo de saber cómo de fuerte eres.

Era el momento para que alguien -digamos, como unos padres- viniesen y la arrastrasen fuera y la castigaran por haber dado un puñetazo a un invitado. Sorprendentemente, nadie se movió ni trató de detenerla. No, no era del todo cierto. Una persona se puso de pie. Dimitri se había puesto de pie, en acción, al instante en que me vio en peligro. Esperaba que alejase a Angeline, pero un grupo de Vigilantes rápidamente se posaron a su lado, diciéndole algo que no podía oír. Ellos no trataron, físicamente, de detenerlo, pero sea lo que sea lo que le dijeron, lo mantuvo en donde estaba. Habría exigido saber qué le habían dicho, pero Angeline se acercaba a mí otra vez. Parecía que tendría que arreglármelas sola.

Angeline era baja, incluso para una dhampir, pero su cuerpo estaba lleno de fuerza. Ella era muy rápida también, aunque no lo suficientemente rápida como para conseguir darme un segundo golpe. Yo, hábilmente, la esquivé y mantuve mi distancia, no queriendo ir a la ofensiva con esta chica.

Probablemente podría hacer bastante daño en una pelea, pero tenía un aire descuidado- no más bien áspero al respecto... Ella era una buscapleitos, alguien que había tenido un montón de peleas pero sin ningún entrenamiento formal.

—¿Estás loca? —exclamé, zafándome con otro asalto—. Estate quieta. No quiero hacerte daño.

—Claro —dijo—. Eso es lo que quieres que todo el mundo piense, ¿verdad? Si en realidad no tienes que luchar, entonces todos seguirán creyendo que esas marcas son reales.

—¡*Son reales!*— La insinuación de que mis tatuajes habían sido falsificados despertó mi temperamento, pero me negué a verme inmersa en esta pelea ridícula.

—Pruébalo —dijo, acercándose hacia mí de nuevo—. Demuestra que eres quién dices ser.

Era como un baile, manteniéndome alejada de ella. Podría haberlo hecho toda la noche, pero unos pocos gritos consternados de la multitud exigían “manos a la obra”.

—No tengo que demostrar nada —dije.

—Entonces es una mentira. —Su respiración era pesada ahora. Ella estaba trabajando mucho más duro que yo—. Todo lo que tú haces Impura, es una mentira.

—No es cierto —dije. ¿Por qué Dimitri permitía que esto continuara? Por el rabillo del ojo, lo vi, y eso me ayudó, estaba *sonriendo*.

Mientras tanto, Angeline aún continuaba su perorata mientras trataba de pegarme.

—Tú eres toda una mentira. Sois todos débiles. Especialmente vuestra “realeza”. Esos son los peores de todos.

—Tú no los conoces para nada, no sabes nada de ellos.

Ella podría ser capaz de mantener una conversación, pero pude ver como crecía su frustración. Si no fuera por el hecho de que estaba bastante segura de que me golpearía en la espalda, habría tomado el método noble y simple me hubiera marchado. —Sé lo suficiente —dijo—. Sé que son egoístas y malcriados y no hacen nada por sí mismos. Ellos no se preocupan por nadie más. Son todos iguales.

De hecho, estaba de acuerdo con Angeline sobre algunos miembros de la realeza, pero no me gusta generalizar. —No hables sobre cosas que no entiendes —dije bruscamente—. No todos son así.

—Lo son —dijo, encantada de verme enojada—. Me gustaría que todos estuviesen muertos.

Eso era, *difícilmente*, suficiente para empujarme al modo de ofensa, pero el comentario nubló mis pensamientos lo suficiente para dejarla pasar mi guardia, sólo un poco. Yo nunca habría dejado que eso sucediera con un Strigoi, pero había subestimado a esta salvaje chica. Su pierna se estiró lo suficiente como para golpear mi rodilla, y fue como tirar una chispa en la gasolina. Todo explotó.

Con ese golpe, me tropecé un poco, y ella aumentó su ventaja. Mis instintos de batalla tomaron el control, y no tuve más remedio que devolver el golpe antes de que pudiera pegarme. La gente comenzó a animar ahora que la pelea “realmente estaba pasando”. Estaba a la ofensiva, tratando de someterla, es decir, el contacto físico se elevó exponencialmente. Yo era todavía mejor que ella, no había duda, pero al tratar de llegar a ella, me ponía a su nivel. Me dio unos cuantos golpes, nada serio, antes de ser capaz de hacerle un placaje contra la tierra. Yo esperaba que eso fuese el final, pero ella me empujó de vuelta antes de que yo pudiera frenarla totalmente. Nos dio la vuelta, y trató de tomar la posición dominante.

Yo no podía permitir eso y logré darle un puñetazo en un lado de su cara, que fue mucho más fuerte que el anterior. Pensé que sería el final de la lucha. Mi golpe la había derribado, y yo comenzaba a ponerme de pie, pero la perra me agarró del pelo y me tiró hacia abajo. Me retorcí fuera de su agarre, -aunque estoy bastante segura de que ella se llevó un poco de pelo consigo- y esta vez conseguí sujetarla completamente, lanzando todo mi peso y la fuerza en ello mientras la apretaba. Yo sabía que tenía que ser doloroso, pero no me importaba. Ella había comenzado. Por otra parte, esta refriega había ido más allá de la defensa. Tirarle a alguien del pelo era jugar sucio.

Angeline hizo varios intentos más para separarse, pero cuando se hizo evidente que no podía, los que nos rodeaban comenzaron a silbar y a vitorear. Unos momentos después, la oscura y furiosa mirada de Angeline desapareció, sustituida por la de la resignación. La miré con cautela, no bajando la guardia.

—Bien —dijo ella—. Creo que está bien. Adelante.

—¿Eh? ¿Qué está bien? —exigí.

—Está bien si te casas con mi hermano.

Capítulo 13

Traducido por: Sheilita Belikov

Corregido por: Yolit Belikov

— ¡NO ES GRACIOSO!
—Tienes razón —coincidió Sydney—. No es gracioso.
Es hilarante.

Estábamos en casa de Raymond, en la intimidad de nuestra habitación. Nos había tomado una eternidad alejarnos de los festejos junto al fuego, sobre todo después de descubrir un dato terrible sobre una costumbre de los Vigilantes. Bueno, por lo menos, yo pensaba que era terrible. Resulta que si alguien quería casarse con alguien más de por aquí, los futuros novia y novio tenían que luchar cada uno con el pariente más cercano del mismo sexo del otro. Angeline había notado el interés de Joshua desde el momento en que llegué, y cuando vio la pulsera, asumió que algún tipo de arreglo se había hecho. Por lo tanto, recayó sobre ella, como su hermana, asegurarse de que yo fuera digna. A ella todavía no le gustaba o no confiaba enteramente en mí, pero el probarme como una luchadora capaz me había elevado en su respeto, lo que le permitió dar su consentimiento a nuestro "compromiso". Se había requerido entonces un montón de persuasión para convencer a todos, incluyendo a Joshua, que no había compromiso. Si hubiera estado allí, me había enterado, Dimitri habría tenido que sustituir a mi "pariente" y luchar contra Joshua.

—Deja de hacer eso —lo reprendí. Dimitri estaba apoyado contra una de las paredes de la habitación, con los brazos cruzados, viendo como me masajeaba donde Angeline había golpeado mi pómulos. No era la peor lesión que había tenido, pero definitivamente tendría un moretón mañana. Había una pequeña sonrisa en su rostro.

—Te dije que no lo alentarás —vino la respuesta tranquila de Dimitri.

—Lo que sea. No viste venir esto. Simplemente no quieres que yo... —me mordí la lengua. No diría lo que estaba en mi mente: que Dimitri estaba celoso. O posesivo. O lo que sea. Sólo sabía que había estado irritado al verme amigable con Joshua. ... y muy divertido ante mi indignación por el ataque de Angeline. Bruscamente me volví a Sydney, que estaba tan entretenida como Dimitri. De hecho, estaba bastante

segura de que nunca la había visto sonreír tanto—. ¿Sabías acerca de esta costumbre?

—No —admitió ella—, pero no estoy sorprendida. Te dije que eran salvajes. Muchos de los problemas comunes son resueltos por peleas por el estilo.

—Es estúpido —le dije, sin importarme si estaba lloriqueando. Me toqué la parte superior de mi cabeza, con ganas de tener un espejo para ver si Angeline había tomado un notable mechón de pelo—. A pesar de eso... ella no está mal. Sin pulir, pero nada mal. ¿Son todos tan fuertes? ¿Los humanos y Moroi también?

—Tengo entendido que sí.

Consideré eso. Estaba molesta y avergonzada por lo que había pasado, pero tenía que admitir que los Vigilantes eran de repente mucho más interesantes. Qué irónico que un grupo tan subdesarrollado tuviera la visión de enseñar a todos a luchar, sin importar su raza. Mientras tanto, mi propia cultura "progresista" aún se negaba a enseñar defensa.

—Y es por eso que los Strigoi no los molestan —murmuré, recordando el desayuno. Ni siquiera me di cuenta de lo que había dicho hasta que la sonrisa de Dimitri mermó. Miró hacia la ventana, con el rostro sombrío.

—Debo hablar con Boris de nuevo y ver lo que ha encontrado —se volvió hacia Sydney—. No tomará mucho tiempo. No es necesario que vayamos todos. ¿Podría tomar tu coche ya que tengo que recorrer un poco de camino?

Ella se encogió de hombros y alargó la mano hacia sus llaves. Más temprano habíamos descubierto que el teléfono de Sydney podía captar una señal a unos diez minutos de la aldea. Él tenía razón. En realidad no había razón para que todos fuéramos a hacer una llamada telefónica rápida. Después de mi lucha, Sydney y yo estábamos razonablemente seguras. Nadie se metería conmigo ahora. Aún así. . . no me gustaba la idea de Dimitri reviviendo sus días de Strigoi solo.

—Sin embargo, deberías ir —le dije a ella, pensando rápido—. Necesito checar a Lissa —no era del todo una mentira. Lo que mis amigos habían escuchado de Joe seguía pesando sobre mí—. Puedo usualmente no perder de vista lo que está pasando a mi alrededor al mismo tiempo, pero podría ser mejor si estás lejos, sobre todo en caso de que los Alquimistas se presenten.

Mi lógica era defectuosa, aunque sus colegas seguían siendo una preocupación.

—Dudo que lleguen mientras está oscuro —dijo—, pero realmente no quiero pasar el rato aquí si sólo vas a estar mirando hacia el espacio.

Ella no lo admitiría, y yo no tenía necesidad de decir nada, pero sospechaba que no quería que otra persona condujera su automóvil de todos modos.

Dimitri pensó que su venida era innecesaria y lo dijo así, pero aparentemente, no se sentía como si pudiera darle órdenes tanto como a mí. Por lo tanto, salieron, dejándome sola en la habitación. Los miré con nostalgia. A pesar de lo molesta que su anterior burla había sido, estaba preocupada por él. Había visto el efecto de la última llamada y deseaba poder estar allí ahora para consolarlo. Tenía la sensación de que él no lo habría permitido, por lo que acepté el acompañamiento de Sydney como una pequeña victoria.

Cuando ya no estaban, decidí que realmente checaría a Lissa. Lo había dicho más como una excusa, pero verdaderamente, venció a la alternativa: salir de nuevo y socializar. No quería que más personas me felicitaran, y al parecer, Joshua había interpretado mí "tal vez" y la aceptación de la pulsera como un compromiso real. Todavía pensaba que era devastadoramente lindo, pero no podía manejar ver su adoración.

Sentada con las piernas cruzadas en la cama de Angeline, me abrí al vínculo y a lo que Lissa estaba experimentando. Ella estaba caminando por los pasillos de un edificio que no reconocí al principio. Un momento después, me orienté. Era un edificio de la Corte que albergaba un gran spa y salón, así como la morada de Rhonda la gitana. Parecía extraño que Lissa fuera a buscar su fortuna, pero una vez que obtuve un vistazo de sus acompañantes, supe que estaba en otra cosa.

Los sospechosos habituales estaban con ella: Adrian y Christian. Mi corazón saltó al ver a Adrián de nuevo—sobre todo después del Incidente con Joshua. Mi último sueño espiritual había sido demasiado breve.

Christian estaba sosteniendo la mano de Lissa mientras caminaban, su agarre era cálido y reconfortante. Se veía confiado y determinado, aunque con esa media sonrisa típicamente sarcástica de él. Lissa era la que se sentía nerviosa y estaba claramente preparándose para algo. Podía sentirla temiendo su próxima tarea, a pesar de que creía que era necesaria.

—¿Es ésta? —preguntó ella, llegando a detenerse delante de una puerta.

—Creo que sí —dijo Christian—. La recepcionista dijo que era la roja.

Lissa vaciló sólo un momento y luego tocó. Nada. O bien la habitación estaba vacía o ella estaba siendo ignorada. Levantó la mano de nuevo, y la puerta se abrió. Ambrose estaba allí, impresionante como siempre, incluso en jeans y una camiseta informal azul. La ropa abrazaba su cuerpo en una forma que mostraba todos sus músculos. Podría ir directamente a la portada de la GQ.

—Hola —dijo, claramente sorprendido.

—Hola —dijo Lissa de vuelta—. ¿Nos preguntábamos si podríamos hablar contigo?

Ambrose muy ligeramente inclinó la cabeza hacia la habitación.

—Estoy un poco ocupado en este momento.

Más allá de él, Lissa podía ver una mesa de masaje con una mujer Moroi acostada boca abajo. La mitad inferior de su cuerpo tenía una toalla sobre ella, pero su espalda estaba desnuda, brillando bajo la luz tenue con aceite. Velas perfumadas se consumían en la habitación, y un tipo de música calmante de la Nueva Era sonaba a bajo volumen.

—Wow —dijo Adrian—. No pierdes el tiempo, ¿verdad? Ella sólo ha estado en su tumba un par de horas, y ya tienes a alguien nuevo.

Tatiana había sido finalmente enterrada más temprano ese mismo día, justo antes del atardecer. El entierro había tenido menos fanfarria que el intento original.

Ambrose le dio a Adrian una mirada penetrante.

—Ella es mi cliente. Este es mi trabajo. Olvidas que algunos de nosotros tenemos que trabajar para vivir.

—¿Por favor? —pidió Lissa, precipitadamente poniéndose delante de Adrian—. No tomará mucho tiempo.

Ambrose estudió a mis amigos por un momento y luego suspiró. Miró detrás de él.

—¿Lorraine? Tengo que salir. Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

—Está bien —dijo la mujer. Se movió para verlo. Era mayor de lo que esperaba, a mediados de los cuarenta más o menos. Supongo que si estás pagando por un masaje, no hay razón para no tener un masajista de la mitad de tu edad—. No te demores.

Él le dio una sonrisa deslumbrante cuando cerró la puerta, una sonrisa que disminuyó una vez que estuvo solo con mis amigos.

—Está bien, ¿Qué está pasando? No me gusta el aspecto de sus caras.

Ambrose podría haberse desviado radicalmente de la vida normal de un hombre dhampir, pero había tenido la misma formación que cualquier guardián. Era observador. Siempre estaba en busca de posibles amenazas.

—Nosotros, eh, queríamos hablar contigo acerca de... —Lissa vaciló. Hablar de investigaciones e interrogatorios era una cosa. Llevarlos a cabo era otra—. Acerca del asesinato de Tatiana.

Las cejas de Ambrose se alzaron.

—Ah. Ya veo. No estoy seguro de qué hay que decir, excepto que no creo que Rose lo hiciera. No creo que tú creas eso tampoco, a pesar de lo que está pasando alrededor. Todo el mundo está hablando sobre cuán conmocionada y perturbada

estás. Estás recibiendo mucha simpatía por haber sido engañada por una peligrosa y siniestra “amiga”.

Lissa sintió que sus mejillas se ruborizaban. Delante del público que me condenaba y renegada de nuestra amistad, Lissa estaba manteniéndose fuera de problemas. Ese había sido el consejo de Abe y Tasha, y Lissa sabía lo que parecía. Sin embargo, a pesar de que era un acto, seguía sintiéndose culpable. Christian salió a su defensa.

—Para. Esto no se trata de eso.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó Ambrose.

Lissa interrumpió, preocupada de que Christian y Adrian pudieran alterar a Ambrose y hacer difícil el obtener respuestas.

—Abe Mazur nos dijo que en la sala del tribunal, le dijiste o, uh, le hiciste algo a Rose.

Ambrose lució sorprendido, y tuve que darle puntos por ser convincente.

—¿Hice algo? ¿Qué significa eso? ¿Mazur creé que le hice algo así como insinuaciones en frente de toda esa gente?

—No sé —admitió Lissa—. Él sólo vio algo, eso es todo.

—Le deseé buena suerte —dijo Ambrose, aún luciendo ofendido—. ¿Está eso bien?

—Sí, sí —Lissa se había anotado un punto al hablar con Ambrose antes de que Abe pudiera, temiendo que los métodos de Abe implicarían amenazas y mucha fuerza física. Ahora, ella se preguntaba si estaba haciendo un buen trabajo—. Mira, sólo estamos tratando de averiguar quién mató realmente a la reina. Tú estuviste cerca de ella. Si hay algo, cualquier cosa, en todo lo que sabes que pueda ayudarnos, te lo agradeceremos. Lo necesitamos.

Ambrose echó una mirada curiosamente entre ellos. Entonces, de repente entendió. —¡Creen que yo lo hice! De eso se trata esto —Ninguno de ellos dijo nada—. ¡No puedo creerlo! Ya aguantó esto de los guardianes... ¿pero de ustedes? Pensé que me conocían mejor.

—No te conocemos en absoluto —dijo Adrian rotundamente—. Todo lo que sabemos es que tenías un montón de acceso a mi tía —Señaló la puerta—. Y, obviamente, no te tomará mucho tiempo seguir adelante.

—¿Te perdiste la parte donde dije que es mi trabajo? Le estoy dando un masaje, eso es todo. No todo es sórdido y sucio —Ambrose negó con la cabeza en señal de frustración y se pasó la mano a través de su pelo castaño—. Mi relación con Tatiana no era sucia tampoco. Me preocupaba por ella. Nunca haría nada para lastimarla.

—¿No dicen las estadísticas que la mayoría de los asesinatos ocurren entre personas cercanas? —preguntó Christian.

Lissa lo miró a él y a Adrian.

—Basta. Ambos —ella volvió a mirar a Ambrose—. Nadie te está acusando de nada. Pero estuviste muy cerca de ella. Y Rose me dijo que estabas molesto por la ley de la edad.

—Cuando escuché por primera vez sobre ella, sí —dijo Ambrose—. E incluso entonces, le dije a Rose que había algún error, que debía haber algo que no sabíamos. Tatiana nunca habría puesto a los dhampirs en peligro sin una buena razón.

—¿Como quedar bien delante de todos los miembros aterrorizados de la realeza? —preguntó Christian.

—Cuidado —advirtió Adrián.

Lissa no podía decidir que era más molesto: sus dos chicos haciendo equipo para altercar contra Ambrose o lanzándose pullas entre sí.

—¡No! —la voz de Ambrose resonó en todo el estrecho pasillo—. Ella no quería hacerlo. Pero si no lo hacía, cosas peores iban a suceder. Hay personas que querían, todavía quieren, reunir a todos los dhampirs que no luchan y obligarlos a hacerlo. Tatiana aprobó la ley de la edad como una forma de detener eso.

Se hizo el silencio. Yo ya sabía esto por la nota de Tatiana, pero fue una noticia impactante para mis amigos. Ambrose siguió adelante, al ver que estaba ganando terreno.

—Ella estaba realmente abierta a muchas otras opciones. Quería explorar el espíritu. Aprobaba que los Moroi aprendieran a pelear.

Eso obtuvo una reacción por parte de Adrian. Todavía llevaba esa expresión sardónica, pero también podía ver líneas tenues de dolor y tristeza en su rostro. El entierro debió haber sido duro para él, y escuchar a otros revelar información de la que no tenía conocimiento de un ser querido tenía que doler.

—Bueno, obviamente yo no estaba durmiendo con ella como tú hacías —dijo Adrian—, pero la conocía bastante bien, también. Ella nunca dijo una palabra acerca de nada por el estilo.

—No en público —coincidió Ambrose—. Ni siquiera en privado. Sólo unas pocas personas sabían. Ella tenía un pequeño grupo de Morois entrenados en secreto, hombres y mujeres, de edades diferentes. Quería ver qué tan bien los Moroi podían aprender. Si era posible para ellos defenderse por sí mismos. Pero sabía que la gente se alteraría por ello, así que hizo el grupo y su entrenador guardó silencio.

Adrian no respondió a eso, y pude ver que sus pensamientos se habían vuelto internos. La revelación de Ambrose no era una mala noticia, exactamente, pero Adrian seguía herido ante la idea de que su tía le hubiera ocultado tanto. Lissa, por su parte, estaba absorbiendo la noticia, captando y analizando cada pieza de información.

—¿Quiénes eran ellos? ¿Los Moroi siendo entrenados?

—No sé —dijo Ambrose—. Tatiana fue reservada al respecto. Nunca supe sus nombres, sólo de su instructor.

—¿Quién era...? —preguntó Christian.

—Grant.

Christian y Lissa intercambiaron miradas sorprendidas.

—¿Mi Grant?—preguntó ella—. ¿El qué Tatiana me asignó?

Ambrose asintió.

—Es por eso que te lo asignó. Ella confiaba en él.

Lissa no dijo nada, pero oí sus pensamientos alto y claro. Ella había estado contenta y sorprendida cuando Grant y Serena, los guardianes que habían sustituido a Dimitri y a mí, se habían ofrecido a enseñar a Lissa y Christian los movimientos básicos de defensa. Lissa había pensado que simplemente había tropezado con un guardián de pensamiento progresista, sin darse cuenta que ella era uno de los pioneros en la enseñanza de combate a los Moroi.

Algunas piezas de esto eran importantes, ella y yo estábamos seguras, aunque ninguna de nosotras podía hacer la conexión. Lissa estaba dándole vueltas, no poniendo reparos cuando Adrian y Christian lanzaron algunas preguntas por su cuenta. Ambrose estaba todavía claramente ofendido por la inquisición, pero respondió a todo con paciencia forzada. Él tenía una coartada, y su afecto y consideración por Tatiana nunca vacilaron. Lissa le creyó, aunque Christian y Adrian todavía parecían escépticos.

—Todo el mundo ha estado encima de mí por su muerte —dijo Ambrose—, pero nadie cuestionó a Blake por mucho tiempo.

—¿Blake? —preguntó Lissa.

—Blake Lazar. Otra persona con la que ella estaba...

—¿Involucrada? —sugirió Christian, poniendo los ojos en blanco.

—¿Él? —exclamó Adrian con disgusto—. De ninguna manera. Ella no caería tan bajo.

Lissa hizo un esfuerzo mental repasando a la familia Lazar, pero no pudo vincular el nombre. Había demasiados de ellos. —¿Quién es él?

—Un idiota —dijo Adrian—. Me hace parecer un miembro respetable de la sociedad.

Eso en realidad trajo una sonrisa a la cara de Ambrose. —Estoy de acuerdo. Pero es un idiota bonito, y a Tatiana le gustaba eso.

Escuché afecto en su voz cuando pronunció su nombre.

—¿Estaba durmiendo con él también? —le preguntó Lissa. Adrian hizo una mueca ante la mención de la vida sexual de su tía abuela, pero un nuevo mundo de posibilidades se había abierto. Más amantes significaban más sospechosos—. ¿Cómo te sentías al respecto?

La distracción de Ambrose se desvaneció. Le dio una mirada penetrante. —No lo suficientemente celoso como para matarla, si eso es a lo que estás llegando. Teníamos un acuerdo. Ella y yo éramos cercanos, sí, estábamos 'involucrados', pero los dos veíamos a otras personas también.

—Espera —dijo Christian. Tuve la sensación de que ahora estaba realmente disfrutando esto. El asesinato de Tatiana no era ninguna broma, sin embargo una telenovela estaba definitivamente revelándose delante de ellos—. ¿Estabas acostándote con otras personas también? Esto se está volviendo difícil de seguir.

No para Lissa. De hecho, se estaba haciendo más y más claro que el asesinato de Tatiana podría haber sido un crimen pasional, más que algo político. Como Abe había dicho, alguien con acceso a su dormitorio era un posible sospechoso. ¿Y una mujer celosa por compartir un amante con Tatiana? Ese era quizás el motivo más convincente hasta ahora, si tan sólo supiéramos quienes eran las mujeres.

—¿Quién? —preguntó Lissa—. ¿A quién más estabas viendo?

—Nadie que la mataría —dijo Ambrose severamente—. No voy a dar nombres. Tengo derecho a un poco de intimidad, así como ellas.

—No si una de ellas estaba celosa y mató a mi tía —gruñó Adrian. Joshua despreciaba a Adrian por no "protegerme", pero en ese momento, defendiendo el honor de su tía, se veía tan fiero como cualquier guardián o guerrero Vigilante. Eso era en cierto modo sexy.

—Ninguna de ellas la mató, estoy seguro —dijo Ambrose—. Y por mucho que lo desprecie, no creo que tampoco Blake lo hiciera. No es lo suficientemente inteligente como para llevarlo a cabo e incriminar a Rose —Ambrose gesticuló hacia la puerta. Tenía los dientes apretados, y las líneas de frustración estropeaban su hermoso rostro—. Miren, no sé qué más puedo decir para convencerlos. Tengo

que volver allí. Lamento si parezco duro, pero esto ha sido en cierta medida difícil para mí, ¿de acuerdo? Créanme, me encantaría que pudieran averiguar quién le hizo eso a ella —El dolor cruzó por sus ojos. Tragó saliva y bajó la mirada por un momento, como si no quisiera que supieran cuánto le había importado Tatiana. Cuando levantó la mirada de nuevo, su expresión era feroz y decidida otra vez—. Quiero y los ayudare si puedo. Pero les digo, busquen a alguien con motivos políticos. No románticos.

Lissa todavía tenía un millón de preguntas más. Ambrose podría estar convencido de que el asesinato estaba libre de celos y sexo, pero ella no lo estaba. A ella realmente le habría gustado tener los nombres de sus otras mujeres, pero no quería presionar demasiado. Por un momento, consideró coaccionarlo como había hecho con Joe. Pero no. No iba a cruzar esa línea de nuevo, sobre todo con alguien a quien consideraba un amigo. Por lo menos no todavía.

—Está bien —dijo relucientemente—. Gracias. Gracias por ayudarnos.

Ambrose pareció sorprendido por su amabilidad y su rostro se suavizó. —Voy a ver si puede descubrir algo para ayudarlos. Están manteniendo sus habitaciones y posesiones bloqueadas, pero aún podría ser capaz de llegar allí. Les haré saber.

Lissa sonrió, genuinamente agradecida. —Gracias. Eso sería genial.

Un toque en mi brazo me trajo de vuelta a la pequeña habitación monótona en Virginia Occidental. Sydney y Dimitri estaban mirándome.

—¿Rose? —preguntó Dimitri. Tenía la sensación de que esta no era la primera vez que trataba de llamar mi atención.

—Hey —le dije. Parpadeé un par de veces, ubicándome de nuevo en esta realidad—. Has vuelto. ¿Llamaste al Strigoi?

Él no reaccionó visiblemente ante la palabra, pero yo sabía que odiaba escucharla.

—Sí. Logré ponerme en contacto con Boris.

Sydney envolvió sus brazos alrededor de sí misma.

—Una loca conversación. Parte de ella fue en inglés. Fue aún más aterradora que la anterior.

Me estremecí involuntariamente, alegre de habérmela perdido.

—Pero, ¿Averiguaste algo?

—Boris me dio el nombre de un Strigoi que conoce a Sonya y probablemente sabe dónde está —dijo Dimitri—. En realidad es alguien que conozco. Sin embargo, las

llamadas telefónicas sólo ayudan hasta cierto punto con los Strigoi. No hay forma de contactarlo, excepto ir en persona. Boris sólo tenía su dirección.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—Lexington, Kentucky.

—Oh por el amor de Dios —gemí—. ¿Por qué no las Bahamas? ¿O el Corn Palace?

Dimitri trató de ocultar una sonrisa. Podría haber sido a mi costa, pero si había alegrado su estado de ánimo, me sentía agradecida.

—Si nos vamos ahora, podemos llegar a él antes de mañana.

Miré a mí alrededor.

—Decisión difícil. ¿Dejar todo esto por electricidad y plomería?

Ahora Sydney sonrió.

—Y no más propuestas de matrimonio.

—Y probablemente vamos a tener que luchar contra Strigois —agregó Dimitri.

Me puse de pie con un salto.

—¿Qué tan pronto podemos irnos?

Capítulo 14

Traducido por: masi

Corregido por: Emii Gregori

LOS VIGILANTES TUVIERON REACCIONES MIXTAS para dirigirnos. Por lo general estaban contentos de ver llegar extranjeros, sobre todo desde que teníamos a Sydney con nosotros. Pero después de la pelea, ellos me consideraron como algún tipo de superhéroe y estaban encantados con la idea de que me casara con alguien de su "familia". El verme en acción significó que algunas de las mujeres empezaban a mirar a Dimitri ahora, también. Yo no estaba de buen estado de ánimo para verlas coquetear con él, especialmente porque, de acuerdo a sus reglas de coqueteo, al parecer yo tendría que ser la que me enfrentara con cualquier prometida eventual.

Naturalmente, nosotros no les contamos a los Vigilantes nuestros planes exactos, pero sí mencionamos que probablemente nos iríamos a encontrar con un Strigoi, lo que causaba completamente una reacción. La mayor parte de esa reacción era emoción y asombro, seguida de un impulso a nuestras reputaciones como feroces guerreros.

La respuesta de Angeline, sin embargo, fue totalmente inesperada.

—Llévame contigo —dijo, agarrando mi brazo, justo cuando había comenzado a bajar el camino forestal hacia el coche.

—Lo siento —dije, todavía un poco extrañada, debido a su anterior hostilidad—. Tenemos que hacer esto solos.

—¡Puedo ayudar! Me derrotaste... pero viste lo que puedo hacer. Soy buena. Podría atrapar un Strigoi.

A pesar de su fiereza, sabía que Angeline, no tenía ni idea de a lo que se estaría enfrentando, si alguna vez se encontraba con un Strigoi real. Unos pocos Vigilantes tenían las pequeñas marcas *molnija*, como resultado de sus encuentros y graves enfrentamientos. Ellos lo entendían. Angeline, no. Ella tampoco se daba cuenta de que cualquier novato de St. Vladimir, de la escuela secundaria, probablemente podría derrotarla. Ella tenía un fuerte potencial, cierto, pero necesitaba mucho trabajo.

—Puede que fueras capaz —dije, no queriendo herir sus sentimientos—, pero, simplemente, no es posible que vengas con nosotros. —Le habría mentido y le habría dado una posibilidad remota—. Tal vez en otro momento. —Pero desde que había dejado que Joshua pensara que estábamos medio comprometidos, decidí que era mejor no hacerlo.

Esperaba más alardes sobre su destreza en la batalla. Nosotros nos habíamos enterado que era considerada como una de los mejores jóvenes boxeadoras del complejo, y con su bonita apariencia, tenía un montón de admiradores, también. Tanto que se le había subido a la cabeza, y le gustaba hablar sobre cómo podía derrotar a cualquiera y a cualquier cosa. Una vez más, me acordé de Jill. Jill también tenía mucho que aprender sobre el verdadero significado de la batalla, pero todavía estaba ansiosa por formar parte de ella. Ella era más discreta y cautelosa que Angelina, aunque, el siguiente paso de Angelina me sorprendió con la guardia baja.

—Por favor. ¡No es sólo por el Strigoi! *Quiero* ver el mundo. ¡Necesito ver algo más, fuera de este lugar! —Su voz tenía un tono bajo, fuera del alcance de los demás—. He estado sola en Rubysville, dos veces, y ellos dicen que no es nada comparado con otras ciudades.

—No lo es —coincidí. Yo ni siquiera lo consideraba una ciudad.

—Por favor —suplicó de nuevo, esta vez con voz temblorosa—. Llénenme con ustedes.

De repente, me sentí triste por ella. Su hermano también había demostrado un deseo intenso por el mundo exterior, pero nada como esto. Él había bromeado sobre que la electricidad sería agradable, pero yo sabía que era lo bastante feliz, sin las ventajas del mundo moderno. Pero para Angeline, la situación era mucho más desesperada. Yo también sabía lo que era sentirse atrapada en una vida y estaba, ciertamente, apenada por lo que tenía que decir.

—¡No puedo, Angeline! Tenemos que ir por nuestra cuenta. Lo siento. Realmente lo siento.

Sus ojos azules brillaron, y corrió hacia el bosque antes de que pudiera verla llorar. Me sentí muy mal después de eso y no podía parar de pensar en ella, mientras nos despedíamos. Estaba tan distraída, que incluso dejé que Joshua me abrazara como despedida.

Regresar a la carretera era un alivio. Me alegré de estar lejos de los Vigilantes y estaba preparada para entrar en acción y empezar a ayudar a Lissa. Lexington era nuestra primera parada. Teníamos un viaje de seis horas por delante de nosotros, y Sydney, como de costumbre, parecía reacio a que nadie más condujera su coche.

Dimitri y yo argumentamos protestas inútiles, finalmente nos rendimos cuando nos dimos cuenta de que si íbamos a enfrentarnos al Strigoi pronto, probablemente era mejor que descansáramos y conserváramos nuestra fuerza. La dirección de Donovan—el Strigoi que supuestamente conocía Sonya—era donde sólo se le podía encontrar de noche. Eso significaba que teníamos que llegar a Lexington antes del amanecer, así no le perderíamos cuando fuera a su guarida durante el día. También significaba que nos enfrentaríamos al Strigoi en la oscuridad. Ciertamente era poco lo que ocurriría durante el viaje—especialmente una vez que estuviéramos fuera del Oeste de Virginia—por lo que Dimitri y yo acordamos que podríamos dormir un poco, viendo que ninguno de nosotros había tenido una noche completa de sueño.

A pesar de que el sonido del coche era suave, yo me movía dentro y fuera de un sueño inquieto. Después de unas pocas horas, simplemente me sumergí en un estado de trance que me condujo a Lissa. Era una cosa muy buena: Me había tropezado con uno de los eventos más importantes al que se enfrentaba el Moroi. El proceso de nominación para elegir al nuevo rey o reina estaba a punto de comenzar. Era el primero de muchos pasos, y todo el mundo estaba emocionado, debido a cómo de raras eran, realmente, las elecciones de monarca. Este era un evento que ninguno de mis amigos hubiera esperado ver, tan pronto en nuestras vidas, y teniendo en cuenta los recientes acontecimientos... bueno, todos nosotros teníamos especial interés. El futuro de los Moroi estaba en juego aquí.

Lissa estaba sentada en el borde de una silla, en uno de los salones reales de baile, un espacio amplio con techos abovedados y detalles dorados por todas partes. Yo había estado en esta deslumbrante habitación antes, con sus murales y elaboradas molduras. Los candelabros brillaban por encima.

Se celebraba el almuerzo de posgrado, donde los recién estrenados guardianes ponían su mejor cara y esperaban conseguir una buena misión. Ahora, la habitación estaba dispuesta como la sala del Consejo, con una larga mesa en un lado de la habitación, y completada con doce sillas. Frente a esa mesa estaban hileras e hileras de otras sillas, donde el público se sentaba cuando el Consejo estaba en una sesión. Excepto que ahora, había cerca de cuatro veces más el número de sillas, de las que era habitual, lo que probablemente explicaba la necesidad de esta sala. Cada silla individual estaba ocupada. De hecho, la gente estaba incluso de pie, apretujándose lo mejor que podían. Agitados, mirando como los guardianes se movían entre la multitud, manteniéndolos fuera de las puertas y asegurándose de que los espectadores estuvieran dispuestos de manera que se permitiera una seguridad óptima.

Christian estaba sentado al lado de Lissa, y Adrian estaba sentado junto a Christian. Fue una sorpresa agradable para mí, que Eddie y Mia estuvieran sentados muy cerca, también. Mia era nuestra amiga Moroi que había ido a St.

Vladimir, y era casi tan firme como Tasha sobre la necesidad de que los Moroi se defendieran por sí mismos. Mi querido padre no estaba a la vista. Ninguno de ellos hablaba. La conversación habría sido difícil, entre el bullicio y el murmullo de tanta gente, y además, mis amigos estaban demasiado impresionados por lo que estaba a punto de suceder. Había mucho para ver y experimentar, y ninguno de ellos se había dado cuenta de cuán grande sería la multitud. Abe había dicho que las cosas se moverían rápidamente, una vez que Tatiana fuera sepultada, y ellos habían estado en lo cierto.

—¿Sabes quién soy yo?

Una voz grave llamó la atención Lissa, haciéndose oír justo por encima del estruendo. Lissa miró hacia la fila de abajo, a unos pocos asientos de distancia de Adrian. Dos Moroi, un hombre y una mujer, estaban sentados uno al lado del otro y estaban mirando a una mujer muy enojada. Sus manos estaban sobre sus caderas, y el vestido de terciopelo de color rosa que llevaba, parecía extravagante, en comparación con los pantalones vaqueros y las camisetas de la pareja. Además, no iba a soportarlo tan bien una vez que ella abandonara la zona del aire acondicionado.

Una mirada feroz deformaba su rostro. —Soy Marcela Badica. —Cuando eso no generó ninguna reacción en la pareja, agregó—. El Príncipe Badica es mi hermano, y nuestra difunta reina, mi prima de tercera generación. No hay asientos libres, y alguien como yo no puede estar de pie contra la pared, con el resto de la multitud.

La pareja intercambió una mirada. —Supongo que debería haber llegado aquí más temprano, Lady Badica —dijo el hombre.

Marcela se quedó estupefacta, llena de indignación. —¿No acabas de oír quién soy yo? ¿No sabes quienes son tus superiores? *Insisto* en que renuncien a sus asientos.

La pareja aún parecía imperturbable. —Esta sesión está abierta a todos, y no había asientos asignados, la última vez que lo comprobé —dijo la mujer—. Tenemos derecho a los nuestros tanto como usted.

Marcela se dirigió hacia el guardián que estaba a su lado, con indignación. Éste se encogió de hombros. Su trabajo era protegerla de las amenazas. Él no iba a expulsar a otros de sus sillas, particularmente, cuando no estaban rompiendo ninguna regla. Marcela lanzó un orgulloso "¡humph!" Antes de girar bruscamente y alejarse en la distancia, sin duda, para hostigar a otra pobre alma.

—Esto —dijo Adrián—, va a ser muy agradable.

Lissa sonrió y se volvió a estudiar el resto de la sala. Mientras lo hacía, me di cuenta de algo sorprendente. No podía decir exactamente quién era quién, pero la

multitud no estaba compuesta íntegramente por miembros de la realeza, como ocurría en la mayoría de las sesiones del Consejo. Había toneladas de *plebeyos*, como la pareja sentada cerca de mis amigos. La mayoría de los Moroi no se molestaban por la Corte. Ellos estaban fuera en el mundo, viviendo sus vidas y tratando de sobrevivir, mientras que la familia real se pavoneaba alrededor de la Corte y hacía las leyes. Pero no hoy. Un nuevo líder iba a ser elegido, y eso era de interés para todos los Moroi.

La dispersión y el caos continuó durante un tiempo, hasta que uno de los guardianes declaró finalmente que la sala estaba llena. Los de afuera se indignaron, pero sus gritos fueron silenciados rápidamente cuando los guardianes cerraron las puertas, aislando la sala de baile. Poco después, los once miembros del Consejo tomaron sus asientos, y para mi consternación, el padre de Adrian, Nathan Ivashkov, ocupó la doceava silla. El heraldo de la Corte gritó y llamó a todos para que prestaran atención. Era alguien que había sido elegido por su voz extraordinaria, aunque siempre me he preguntado por qué ellos, simplemente, no usaban un micrófono en estas situaciones. Más tradiciones del viejo mundo, supongo. Eso, y una excelente acústica.

Nathan habló una vez que la sala prestó atención. —Ante la ausencia de nuestra amada reina... —Hizo una pausa, mirando hacia abajo tristemente, para ofrecer un momento de respeto, antes de continuar.

En cualquier otra persona, podría haber sospechado que sus sentimientos eran falsos, en particular al verle arrastrarse tanto frente a Tatiana. Pero no. Nathan había amado a su susceptible tía, tanto como Adrián lo había hecho.

—Y a raíz de esta terrible tragedia, estaré moderando los próximos juicios y las elecciones.

—¿Qué te dije? —murmuró Adrian. No tenía ningún afecto por su padre—. Delirante.

Nathan habló monótonamente durante un poco de tiempo, acerca de la importancia de lo que estaba por venir y algunos otros puntos de la tradición Moroi. Era evidente, sin embargo, que como yo, todo el mundo en la sala tenía muchas ganas de llegar hasta el evento principal: las nominaciones. Él pareció darse cuenta de eso también y aceleró las formalidades. Por último, llegó a las cosas buenas.

—Cada familia, si así lo eligen, pueden tener un candidato para la corona, que pasará por las pruebas que todos los monarcas han soportado desde el principio de los tiempos. —Pensé que la parte del "principio de los tiempos" era una parte audaz y probablemente una exageración sin verificar, de cualquier manera—. La única exclusión es la familia Ivashkovs, ya que los monarcas consecutivos de la misma

familia no están permitidos. Para la candidatura, se requieren tres nominaciones de Moroi de sangre real y de la edad adecuada. —Luego agregó algunas cosas sobre lo que sucedería en el caso de que más de una persona de la misma familia fuera nominada, pero incluso yo sabía que las posibilidades de que eso ocurriera eran inexistentes. Cada casa real quería obtener la mejor ventaja aquí, y eso supondría un sistema unificado detrás de un candidato.

Satisfecho de que todos lo hubieran entendido, Nathan asintió con la cabeza e hizo un gesto grandilocuente a la audiencia. —Que comiencen las nominaciones.

Por un momento, no pasó nada. En cierto modo me recordaba a cuando yo había estado de regreso en la escuela, cuando un maestro decía algo como, *¿A quién le gustaría presentar su trabajo primero?* Todo el mundo de la clase se quedaba esperando a que alguien más se animara, y al final, sucedía.

Un hombre que no reconocí se puso de pie. —Nomino a la princesa Ariana Szelsky.

Ariana, como princesa, estaba sentada con el Consejo y era una decisión esperada. Ella hizo un gesto de asentimiento hacia el hombre. Un segundo hombre, presuntamente de su familia, también se puso de pie y dio la segunda nominación. La tercera y última nominación vino de otro Szelsky, uno muy inesperado. Fue el hermano de Ariana, un viajero de mundo que casi nunca estaba en la Corte, y también el hombre al que mi madre protegió. Janine Hathaway estaba, probablemente, en esta sala, pensé. Deseaba que Lissa mirara a su alrededor y la encontrara, pero Lissa estaba demasiado concentrada en el proceso. Después de todo por lo que había pasado, de repente tenía un deseo desesperado por ver a mi madre.

Con tres nominaciones, dijo Nathan: —Princesa Ariana Szelsky se formula como una candidata. —Garabateó algo en un trozo de papel, delante suyo, sus movimientos estaban llenos de trazos—. Continuemos.

Después de eso, las nominaciones se produjeron en una rápida sucesión. Muchos eran príncipes y princesas, pero otros eran respetados—y todavía de alto rango—miembros de las familias.

El candidato Ozer, Ronald, no era la familia de un miembro del Consejo, ni era nadie, que yo conociera. —No es el candidato ideal de la tía Tasha. —Le murmuró Christian a Lissa.

—Pero ella admite que no es un idiota.

Tampoco sé mucho acerca de la mayor parte de los otros candidatos. De un par, como Ariana Szelsky, tenía buena impresión. También había un par que siempre

había encontrado terribles. El décimo candidato Rufus Tarus, el primo de Daniella. Ella se había casado con el Ivashkovs de la familia Tarus y parecía encantada de ver a su primo declarado como nominado.

—No me gusta —dijo Adrian, haciendo una mueca—. Siempre me está diciendo que haga algo útil con mi vida.

Nathan escribió el nombre de Rufus y luego enrolló el papel como un pergamino.

A pesar de la apariencia de las costumbres antiguas, yo sospechaba que una secretaria en la audiencia estaba escribiendo todo lo que se decía aquí, en un ordenador portátil.

—Bueno —declaró Nathan—, eso concluye...

—Nomino a la Princesa Vasilisa Dragomir.

La cabeza de Lissa se movió bruscamente hacia la izquierda, y amplió sus ojos, yo reconocí a una figura familiar. Tasha Ozer. Ella estaba de pie y dijo las palabras en voz alta y con confianza, mirando a su alrededor, con esos ojos azules helados, como enfrentándose a cualquiera que se atreviera a estar en desacuerdo.

La habitación se congeló. Ningún susurro, ni movimiento de sillas. Sólo el silencio completo y total. A juzgar por los rostros, el nominado de la familia Ozer era la segunda persona más sorprendida de la sala, al oír hablar a Tasha. La primera, por supuesto, era la misma Lissa.

Le llevó un momento a Nathan conseguir que su boca reaccionara. —Eso no es...

Al lado de Lissa, Christian de repente se puso de pie. —Secundo la candidatura.

Y antes de que Christian se hubiera sentado de nuevo, Adrian se puso de pie. —Confirmo la candidatura.

Todos los ojos en la sala estaban puestos en Lissa y sus amigos, y entonces, como uno sólo, la multitud se volvió hacia Nathan Ivashkov. Una vez más, parecía tener problemas para encontrar su voz.

—Eso —logró decir por fin—, no es un nombramiento legal. Debido a su actual posición del Consejo, la línea de Dragomir es lamentablemente no elegible para presentar un candidato.

Tasha, que nunca tenía miedo de hablar en público o hacerse cargo de situaciones imposibles, se preparó para argumentar. Me di cuenta de que estaba ansiosa por hacerlo. Era buena para hacer discursos y desafiar al sistema. —Los candidatos a

Monarca no necesitan de una posición del Consejo o de quórum para competir por el trono.

—Eso no tiene sentido —dijo Nathan. Hubo murmullos de acuerdo.

—Revisa los libros de derecho, Nate, quiero decir, Señor Ivashkov.

Sí, allí estaba él al final. Mi diplomático padre se había sumado a la conversación. Abe había estado apoyado en una pared cerca de la puerta, vestido espléndidamente con un traje negro, con una camisa y la corbata que eran exactamente del mismo tono de verde esmeralda. Mi madre estaba de pie junto a él, el mínimo atisbo de una sonrisa en su rostro. Por un momento, me quedé cautivada mientras les estudiaba de lado a lado. Mi madre: la imagen perfecta de la excelencia y del decoro del guardián.

Mi padre: siempre es capaz de lograr sus metas, no importa cómo de torcidos sean los medios para conseguirlo.

Con nerviosismo, empecé a entender de dónde hacía heredado mi personalidad extraña.

—Los candidatos no tienen requisitos relativos a cuántas personas son en su familia —continuó Abe, jovialmente—. Sólo necesitan tres nominaciones reales para ser confirmados.

Nathan mostró su ira hacia donde su propio hijo díscolo y Christian estaban sentados.

—¡Ellos no son de su familia!

—Ellos no necesitan serlo —respondió Abe—. Sólo tienen que ser de una familia real. Ellos lo son. Su candidatura se encuentra dentro de la ley, siempre y cuando la princesa acepte.

Todas las cabezas se giraron hacia Lissa ahora, como si de repente sólo existiera ella. Lissa no se había movido, desde que habían comenzado los sorprendentes acontecimientos. Ella estaba en estado de shock.

Sus pensamientos parecían moverse de rápido a lento. Una parte de ella no podía ni siquiera empezar a procesar lo que estaba sucediendo a su alrededor. El resto de su mente daba vueltas con preguntas.

¿Qué estaba pasando? ¿Era esto una broma? ¿O tal vez un espíritu que le inducía una alucinación?

¿Se había vuelto loca, por fin? ¿Estaba soñando? ¿Era un truco? Si era así, ¿por qué sus propios amigos han sido los que lo hacían? ¿Por qué le harían esto a ella? Y por el amor de Dios. ¿Por qué todo el mundo detenía su mirada en ella?

Ella podía manejar la atención. Ella había nacido y había sido criada para ello, y como Tasha, Lissa podía abordar una multitud y hacer declaraciones audaces, cuando les respaldaba y estaba preparada. Ninguna de esas cosas podían aplicarse a esta situación. Esto era más o menos la última cosa en el mundo que había esperado o deseado. Y así que ella no podía decidirse a reaccionar o incluso considerar una respuesta. Ella se quedó donde estaba, silenciosa y totalmente en estado de shock.

Entonces, algo la sacó de su trance. La mano de Christian. Él había tomado la de Lissa, envolviendo sus dedos con los suyos. Él le dio un suave apretón, y el calor y la energía que envió, la trajo de vuelta a la vida. Poco a poco, miró alrededor de la sala, encontrándose con los ojos de todos los que la observaban. Vio la determinada mirada de Tasha, la mirada cautelosa de mi padre, e incluso la expectación de mi madre. Esa última resultó ser la más sorprendente de todas. ¿Cómo podría Janine Hathaway—que siempre hacía lo correcto y apenas podía aceptar una broma—estar de acuerdo con esto? ¿Cómo podría cualquiera de los amigos de Lissa estar de acuerdo con esto? ¿No la amaban y se preocupaban por ella?

Rose, pensó ella. Me gustaría que estuvieras aquí para decirme lo que hacer.

Yo también. Maldita conexión en un solo sentido.

Ella confiaba en mí, más que nadie en el mundo, pero se dio cuenta entonces que confiaba en todos estos amigos también, bueno, excepto quizás Abe, pero era comprensible.

Y si ellos hacían esto, entonces seguramente—sin duda—había una razón, ¿verdad? ¿No?

No tenía sentido para ella, sin embargo, Lissa sentía como sus piernas se movían mientras ella se ponía de pie. Y a pesar del miedo y la confusión que todavía la atravesaban, encontró su voz, inexplicablemente, clara y segura, mientras sonaba a través de la habitación.

—Acepto la candidatura.

Capítulo 15

Traducido por: elamela

Corregido por: Anelisse

NO ME GUSTABA VER a Víctor Dashkov demostrándolo. Pero, oh, lo estaba haciendo.

Con la proclamación de Lissa, la sala que había estado conteniendo el aliento que repente explotó. Me preguntaba si había habido alguna vez una reunión pacífica del Concejo en la historia Moroi o si simplemente se había convertido polémico fortuitamente. Lo que siguió hoy me recordó mucho al día que se había aprobado el decreto de edad dhampir. Gritos, argumentos, la gente fuera de sus sillas... Los Guardianes que normalmente se alineaban en las paredes y observaban entre la gente, con miradas de preocupación en sus rostros se preparaban por si alguna disputa fuera más allá de las palabras.

Tan pronto como Lissa había estado en el centro de todo, la sala pareció olvidarse de ella. Se sentó de nuevo, y Christian encontró su mano de nuevo. La apretó con fuerza, tanto que me pregunte si le estaba cortándole la circulación. Se quedó mirando hacia adelante, todavía temblando. Su mente no estaba enfocada hacia todo el caos, pero todo lo que sus ojos y sus oídos percibían llegó hasta mí. En realidad, la única atención que mis amigos recibieron fue cuando Daniella se acercó y regañó a Adrian por nominar fuera de su familia. Él se encogió de hombros en su forma habitual, y ella resopló, dándose cuenta...- al igual que muchos de nosotros... que realmente no tenía ningún sentido tratar de razonar con Adrian.

Pensarías que en una sala donde todo el mundo estaba luchando por pujar por el interés de su propia familia, cada persona, por tanto, alegraría que la nominación de Lissa no era válida. Ese no era el caso, sin embargo, sobre todo porque no todo el mundo en la sala era de la realeza. Tal como me había dado cuenta antes, los Moroi de todo el mundo habían llegado para presenciar los eventos que determinarían su futuro. Y un numero de ellos estaban viendo a esta chica Dragomir con interés, esta princesa de un linaje muerto que supuestamente podía hacer milagros. No estaban coreando fervorosamente su nombre, pero muchos estaban en el grueso de los argumentos, diciendo que tenía todo el derecho de dar paso a su familia. Parte de mi también sospechaba que algunos de sus “comunes” partidarios simplemente les gustaba la idea de frustrar la agenda real. La joven pareja que había sido acosada por Lady Badica no era la única que había sido tratada con dureza por sus “superiores”.

Sorprendentemente, hubo también algunos miembros de la realeza que hablaban en defensa de Lissa. Podían ser leales a sus propias familias, pero no todos eran despiadados, egoístas y confabuladores. Muchos tenían un sentido del bien y del mal, y si Lissa tenía la ley de su lado, entonces tenía razón. Además, muchos miembros de la realeza, simplemente la querían y la respetaban. Ariana fue una persona que abogó por la nominación de Lissa, a pesar de la competencia que creó. Ariana conocía muy bien la ley y sin duda se dio cuenta de la laguna legal que permitía a Lissa ejercer y que sería un error cuando el momento de las elecciones llegara. Sin embargo, Ariana se mantuvo firme, lo que me hizo quererla incluso más. Cuando la votación real llegara, esperaba que Ariana ganara la corona. Era inteligente y justa... exactamente lo que los Moroi necesitaban.

Por supuesto, Ariana no era la única que conocía la ley. Otros lo recogían en la laguna legal y argumentaban la nominación de un candidato de alguien que no podía votar no tenía sentido. Normalmente, habría estado de acuerdo. Una y otra vez el debate se embraveció mientras mis amigos se sentaban tranquilamente en el ojo huracanes. Por fin, el asunto se resolvió de la forma en que la mayoría de las decisiones debían ser: a través del voto. Con todavía el asiento de Lissa en el Concejo negado, eso dejó a once miembros para determinar su futuro. Seis de ellos aprobaron su candidatura, haciéndolo oficial. Ella podía ejercer. Sospeché que algunos de los que votaron por ella no querían realmente que ejerciera, pero el respeto por la ley prevaleció.

A muchos Moroi no les importaba lo que el Concejo dijera. Dejaban claro que consideraban que este asunto estaba lejos de terminar, probando lo que Víctor había dicho: esto iba a estallar durante un tiempo, volviéndose peor si realmente ella superaba las pruebas y llegaba a las etapas de votación. Por ahora, la multitud se dispersó, pareciendo aliviada, no sólo porque querían escapar de los gritos, sino también porque querían difundir estas sensacionales noticias.

Lissa continuó diciendo algo mientras ella y nuestros amigos se iban. Al caminar por delante de los curiosos, mantuvo el modelo de calma y realeza, como si ya hubiera sido declarada reina. Pero cuando por fin se libró de todo y regresó a su habitación con los otros, todos esos sentimientos congelados y confinados explotaron.

—¿Qué demonios estaban pensando? —gritó—. ¿Qué han hecho conmigo?

Junto a Adrian, Christian, y Eddie, el resto de los conspiradores habían aparecido: Tasha, Abe, y mi mamá. Todos ellos estaban tan sorprendidos por esta reacción de la dulce Lissa que ninguno de ellos pudo contestar ahora. Lissa se aprovechó de su silencio.

—¡Me has engañado! ¡Me han puesto en medio de una pesadilla política! ¡Creen que quiero esto? ¡Realmente creen que quiero ser reina?

Abe se recuperó primero, naturalmente. —No serás reina —dijo, la voz extrañamente suave—. La gente que discute sobre la otra parte de la ley tiene razón: en realidad nadie puede votar por ti. Necesitas una familia para eso.

—Entonces ¿Cuál es el motivo? —exclamó. Estaba furiosa. Tenía todo el derecho de estarlo. Pero esa indignación, esa ira... era alimentada por algo peor que esta situación solamente. El Espíritu estaba viniendo a reclamar su precio y la ponía aún más molesta de lo que lo habría estado.

—El motivo —dijo Tasha— Es toda la locura que acabas de ver en la sala del Consejo. Por cada argumento, por cada vez que alguien saque los libros de leyes de nuevo, tenemos más tiempo para salvar a Rose y averiguar quién mató a Tatiana.

—Lo que hace que debas tener un interés en el trono —explicó Christian. Él puso una mano sobre el hombro de Lissa, y tiró de ella—. Ya sea para ellos mismos o para alguien que conocen. Cuanto más retrasemos sus planes, más tiempo tenemos para averiguar quién es.

Lissa pasó sus manos por su largo pelo con frustración. Traté de tirar de esa bobina de furia de ella, tomándolo en mí interior. Logré un poco, lo suficiente para que dejara caer sus manos a sus lados. Pero todavía estaba enojada.

—¿Cómo se supone que busque al asesino cuando estoy atada haciendo todas esas estúpidas pruebas? —Preguntó.

—No estarás buscándolo —dijo Abe—. Nosotros lo haremos.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¡Eso nunca fue parte del plan! ¡No voy a pasar por el aro real cuando Rose me necesita! ¡Quiero ayudarle!

Era casi cómico. Casi. Ni Lissa ni yo podíamos manejar “el sentarnos” cuando pensábamos que los otros necesitaban nuestra ayuda. Queríamos estar allí, activamente haciendo lo que pudiéramos para arreglar la situación.

—La estas ayudando —dijo Christian. Su mano tembló, pero no trato de tocarla de nuevo—. Esta es una forma diferente de lo que esperabas, pero al final, vas a ayudarla.

El mismo argumento que todo el mundo había utilizado conmigo. También la hizo enfadar igual que me lo había hecho a mí, y desesperadamente tire de la ola de inestabilidad espiritual que seguía enviándome a través de ella.

Lissa miró fijamente alrededor de la habitación, mirando acusadoramente a cada cara. —¿Quién en todo el mundo pensó en esta idea?

Más silencio incómodo le siguió.

—Rose lo hizo —dijo Adrian al final.

Lissa se dio la vuelta y lo miró. —¡No lo hizo! ¡No me haría esto!

—Lo hizo —dijo—. Hablé con ella en un sueño. Fue su idea, y... era una buena idea —no me gusto la forma en que parecía sorprendido—. Además, también la pusiste en una situación difícil. Seguía hablando de cómo es la mierda ciudad en la que esta.

—Bueno —contesto bruscamente Lissa, ignorando la parte sobre mi situación—. Suponiendo que eso es verdad, que Rose aprueba esta "brillante" idea tuya, entonces, ¿por qué nadie se molesto en decírmelo? ¿No creían que un pequeño aviso podía ayudar? —una vez más, fue justo como mi queja por cómo mi fuga de la cárcel se había mantenido en secreto para mí.

—No realmente —dijo Adrian—. Pensamos que reaccionarías exactamente como ahora y no teníamos tiempo para planear una negativa. Nos arriesgamos a que si eras cogida en el acto, aceptarías.

—Eso fue un tipo de riesgo —dijo.

—Pero funcionó —fue la respuesta contundente de Tasha—. Sabíamos que vendrías a por nosotros —le guiñó un ojo—. Y si vale la pena, creo que serías una gran reina.

Lissa le dirigió una mirada incisiva, e hice un intento más por arrastrar un poco de la oscuridad. Me concentré en esas emociones agitadas, imaginándolas en mí en lugar de ella. No tire del todo, pero logre lo suficiente como para sacar la lucha fuera de ella. La furia de repente estalló en mí, cegándome momentáneamente, pero fue capaz de empujarla a un rincón de mi mente. De repente ella se sintió agotada. Y yo también lo estuve.

—La primera prueba es mañana —dijo en voz baja—. Si la fallo, estoy fuera. El plan se desmorona.

Christian hizo otro intento de poner su brazo alrededor de ella, y esta vez lo dejó. —No lo harás.

Lissa no dijo nada más, y pude ver el alivio en las caras de todos. Nadie creyó por un segundo que le gustaba esto, pero parecían pensar que no iba a retirar su candidatura, y eso fue todo lo que podían esperar.

Mi madre y Eddie no habían dicho nada en todo este tiempo. Como era común en los Guardianes, se mantendrían a un segundo plano, permaneciendo en las sombras mientras los negocios Moroi se llevaban a cabo. Habiendo pasado la tormenta inicial, mi madre dio un paso adelante. Asintió hacia Eddie. —Uno de nosotros va a estar de estar cerca de ti en todo momento.

—¿Por qué? —preguntó Lissa, sorprendida.

—Porque sabemos que hay alguien por ahí que no tiene miedo de matar para conseguir lo que quieren —dijo Tasha. Asintió hacia Eddie y mi mamá—. Estos dos y Mikhail son en verdad los únicos Guardianes en los que podemos confiar.

—¿Está segura? —Abe dio a Tasha una mirada astuta—. Estoy sorprendido de que no hayas embarcado a tu “amigo” especial Guardián.

—¿Qué amigo especial? —exigió Christian, instantáneamente poniéndose al tanto de la insinuación.

Tasha, para mi asombro, se sonrojó. —Sólo es un tipo que conozco.

—¿Quién te sigue con ojos de cachorro? —continuó Abe—. ¿Cuál es su nombre? ¿Evan?

—Ethan —corrigió.

Mi madre, pareciendo exasperada por esta charla tan ridícula, rápidamente puso fin a la misma, que fue muy bien ya que Christian parecía que tenía algunas cosas que decir. —Déjala en paz —le advirtió a Abe—. No tenemos tiempo para esto. Ethan es un buen tipo, pero cuanta menos gente sepa de esto, mejor. Desde que Mikhail tiene un puesto permanente, Eddie y yo haremos la seguridad.

Estoy de acuerdo con todo lo que acababa de decir, pero me impactó que mi madre se embarcara en esto, alguien probablemente Abe... la había metido en todas las actividades ilícitas que se habían producido recientemente. Fue realmente convincente o me quería mucho. A regañadientes, sospeche que ambas eran ciertas. Cuando los Moroi estaban en la corte, sus Guardianes no tenían la necesidad de acompañarlos a todas partes, es decir, mi mamá lo más probable estaría libre de su tarea mientras Lord Szelsky estuviera aquí. Eddie aun no tenía una asignación, lo que también le daba flexibilidad.

Lissa empezó a decir algo mas cuando una sacudida fuerte en mi propia realidad me arrastro lejos de ella.

—Lo siento —dijo Sydney. Su golpe fuerte en los frenos fue lo que me trajo de vuelta—. Ese imbécil me cortó el paso.

No fue la culpa de Sydney, pero me sentí irritada por la interrupción y quería gritarle. Con una respiración profunda, me recordé que estaba sintiendo simplemente los efectos secundarios del espíritu y que no podía permitir que me hicieran actuar irracionalmente. Se desvanecerían, como siempre, sin embargo, una parte de mí sabía que no podía seguir tomando esa oscuridad de Lissa para siempre. No sería siempre capaz de controlarlo.

Ahora que volví en mí, mire por la ventana, asimilando nuestro nuevo entorno. Ya no estábamos en las montañas. Habíamos llegado a un área urbana, y mientras el

tráfico era muy espeso (ya que era todavía la mitad de la noche humana), había definitivamente más coches en la carretera de lo que habíamos visto en mucho tiempo.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—En las afueras de Lexington, —Dijo Sydney. Se detuvo en una gasolinera cercana, tanto para repostar como para que pudiéramos poner la dirección de Donovan en su GPS. Su lugar era estaba a unas cinco millas de distancia.

—No es una gran parte de la ciudad, por lo que escuche —dijo Dimitri—. Donovan lleva un salón de tatuajes que sólo abre por la noche. Un par de otros Strigoi trabajan con él. Consiguen fiesteros, niños borrachos... el tipo de personas que pueden desaparecer fácilmente. El tipo que los Strigoi aman.

—Parece que la policía finalmente se dará cuenta de que cada vez que alguien iba por un tatuaje, desapareció —señale.

Dimitri dio una risa áspera. —Bueno, lo “gracioso” es que no matan a todo el mundo que entra. En realidad dan tatuajes a algunos de ellos y los dejan ir. Pasan de contrabando drogas en el lugar también.

Lo mire con curiosidad, cuando Sydney se deslizó en el coche de nuevo. —Seguro que sabes mucho.

—Lo hice en mi negocio para saber mucho, y los Strigoi tienen que mantener un techo sobre sus cabezas también. De hecho, conocí a Donovan una vez y me consiguió la mayor parte de esto por la fuente. Simplemente no sabía donde exactamente trabajaba hasta ahora.

—Bien, entonces, conseguimos la información de él. ¿Qué hacemos con eso?

Lo atraemos con engaños. Enviamos un "cliente" con un mensaje de que necesito reunirme con él. No soy el tipo de persona que puede ignorar, bueno, así solía ser, no importa. Una vez que este fuera, lo llevamos a un lugar que elijamos.

Asentí. —Puedo hacer eso.

—No —dijo Dimitri—. No puedes.

—¿Por qué no? —le pregunté, preguntándome si pensaba que era demasiado peligroso para mí.

—Debido a que sabrán que eres una dhampir en el instante en que te vean. Probablemente te olerán primero. Ningún Strigoi tendría a una dhampir trabajando con él, solo humanos.

Se produjo un silencio incómodo en el coche.

—¡No! —dijo Sydney—. ¡No voy a hacer eso!

Dimitri negó con la cabeza. —A mí tampoco me gusta, pero no disponemos de muchas opciones. Si piensa que trabajas para mí, no te hará daño.

—¿Sí? ¿Y qué pasa si no me cree? —preguntó.

—No creo que pueda pasar la oportunidad. Probablemente ira contigo a comprobar las cosas, con la idea de que si le estas mintiendo, simplemente te mataran a continuación.

Esto no parecía hacerla sentir mejor. Gimió.

—No puedes mandarla adentro —dije—. Sabrán que es un alquimista. Uno de ellos no trabajaría con Strigoi tampoco.

Sorprendentemente, Dimitri no había considerado eso. Nos quedamos en silencio otra vez, y fue Sydney quien inesperadamente llegó a una solución.

—Cuando estaba dentro de la gasolinera —dijo lentamente—, tenían, como, un estante de maquillaje. Probablemente podríamos cubrir la mayor parte de mi tatuaje con polvos.

Y lo hicimos. El único maquillaje que la estación vendía no era una gran elección para su tono de piel, pero lo apelmazamos lo suficiente para oscurecer el lirio dorado de su mejilla. Cepillando su pelo hacia adelante ayudo un poco. Satisfechos porque habíamos hecho todo lo que pudimos, nos fuimos a lo de Donovan.

En efecto, era una parte de la ciudad de mala muerte. A unos pocos bloques de distancia de la tienda de tatuajes, divisamos lo que parecía ser una discoteca, pero sin embargo, el barrio parecía abandonado. No me engañe, sin embargo. Este no era un lugar en el que quisieras caminar sola por la noche. Gritando “atraco”. O peor.

Comprobamos el área hasta que Dimitri encontró un lugar en el que se sentía bien. Era un callejón trasero a dos edificios de distancia del salon. Una cerca de cables de alambres retorcidos estaba a un lado mientras un bajo edificio de ladrillo lo flanqueaba por el otro lado. Dimitri le dio instrucciones a Sydney sobre cómo dirigir a los Strigoi hacia nosotros. Apuntó todo, asintiendo con la cabeza, pero podía ver el miedo en sus ojos.

—¿Quieres parecer aterrorizada? —le dijo—. Los humanos que sirven a los Strigoi los adoran, están impacientes por complacerlos. Cuando están con los Strigoi tanto tiempo, no están asustados o aterrorizados. Todavía un poco asustados, por supuesto, pero no tanto como te ves ahora.

Tragó saliva. —Realmente no puedo evitarlo.

Me sentí mal por ella. Creía firmemente que todos los vampiros eran malos, y la estábamos enviando a un nido de la peor especie, poniéndola en gran peligro. Sabía también que solo había visto una vez a un Strigoi vivo, y a pesar de que Dimitri le estaba enseñando, parecía que el poder ser descubierta la aterrizzaba totalmente. Si se congelaba enfrente de Donovan, todo podría desmoronarse. En un impulso, le di un abrazo. Para mi sorpresa, no se resistió.

—Puedes hacer esto —le dije—. Eres fuerte y ellos estarán demasiado asustados de Dimitri. ¿De acuerdo?

Después de unas cuantas respiraciones profundas, Sydney asintió. Le dimos unas cuantas palabras más alentadoras, y luego dio la vuelta a la esquina del edificio, en dirección hacia la calle y desapareció de nuestra vista. Mire a Dimitri.

—Es posible que la hayamos enviado a su muerte.

Su rostro estaba sombrío. —Lo sé, pero nosotros no podemos hacer nada ahora. Sería mejor que te pusieras en posición.

Con su ayuda, me las arreglé para llegar a la azotea del edificio bajo. No había nada íntimo en la forma en que me alzó, pero no podía dejar de tener la misma sensación eléctrica que todo contacto con él me causaba o darme cuenta de la facilidad con la que trabajábamos juntos. Una vez que estuve en una posición segura, Dimitri se dirigió a la parte opuesta del edificio en el que Sydney había dado la vuelta. Miro por la esquina, y luego no hubo nada más que hacer que esperar.

Era doloroso, y no sólo porque estábamos al borde de una pelea. Me quedé pensando en Sydney, lo que le habíamos pedido que hiciera. Mi trabajo consistía en proteger a los inocentes del mal, no empujarlos en medio de él. ¿Qué pasaba si nuestro plan fallaba? Pasaron varios minutos, y finalmente oí unos pasos y unas voces murmurando al mismo tiempo que una ola de náuseas familiar pasó a través de mí. Sacaríamos a los Strigoi.

Tres de ellos caminaban alrededor de la esquina de los edificios, Sydney a la cabeza. Se detuvieron, y vi a Donovan. Era el más alto... un antiguo Moroi... con el pelo oscuro y una barba que me recordó a la de Abe. Dimitri me había dado su descripción, así que (Con suerte) no lo mataría. Los secuaces de Donovan se asomaron detrás de él, todos ellos alertas y en guardia. Me tense, mi estaca firmemente agarrada en mi mano derecha.

—¿Belikov? —llamó Donovan, con su voz áspera—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí —fue la respuesta de Dimitri, esa fría y terrible voz de Strigoi. Apareció alrededor de la esquina opuesta de los edificios, manteniéndose en las sombras.

Donovan se relajó un poco, reconociendo a Dimitri, pero incluso en la oscuridad, la verdadera apariencia de Dimitri se materializó. Donovan se puso rígido. De repente ver una amenaza, aunque fuera una que lo confundía y desafiaba lo que sabía. En el momento exacto mismo, uno de sus chicos sacudió su cabeza. — ¡Dhampirs! —exclamó. No fueron los rasgos de Dimitri los que le avisaron. Fue nuestro olor, y yo di una silenciosa oración de agradecimiento por que le había tomado mucho tiempo en darse cuenta.

Luego, salté del tejado. No era una distancia fácil de saltar, pero no era eso lo que me mataría. Además, mi caída fue interceptada por un Strigoi.

Aterricé en uno de los chicos de Donovan, tirándolo al suelo. Apunté mi estaca en su corazón, pero sus reflejos fueron rápidos. Con mi peso ligero, fue fácil apartarlo. Lo había esperado y logré mantener mi equilibrio. Por el rabillo del ojo, vi a Sydney cayéndose y corriendo fuera de aquí, según nuestras instrucciones. La queríamos lejos de la línea de fuego y le habíamos dicho que fuera al coche, y que estuviera lista para irse si las cosas salían mal.

Por supuesto, con los Strigoi, las cosas siempre estaban mal. Donovan y el otro de sus chicos habían ido a por Dimitri, evaluándolo como la mayor amenaza. Mi oponente, a juzgar por su sonrisa con colmillos, no parecía considerarme como una amenaza en absoluto. Se abalanzó hacia mí, y lo esquive de lejos, pero no antes de que reptara una patada que le dio en la rodilla. Mi golpe no parecía hacerle daño, pero arruino su equilibrio. Le di otro golpe al estacarlo y me deshice de él otra vez, golpeando el suelo duramente. Mis piernas desnudas se rasparon contra el áspero cemento, desgarrando mi piel. Debido a que mis pantalones vaqueros estaban demasiado sucios y rasgados, había sido obligada a llevar un par de pantalones cortos de la mochila que Sydney me había traído. Ignoré el dolor, levantándome de nuevo con una velocidad que el Strigoi no se esperaba. Mi estaca encontró su corazón. El golpe no fue tan duro como me hubiera gustado, pero fue lo suficiente para deshacerme de él, así permitiéndome clavar la estaca más profundamente y acabar con él. Ni siquiera espere verlo caer, retiré mi estaca y me volví hacia los demás.

No había vacilado en ninguna batalla en la que me había encontrado, pero ahora, me detuve por lo que vi. La cara de Dimitri. Era... aterradora. Feroz. Había tenido una mirada similar cuando me había defendido en mi detención, esa expresión de dios guerrero que me dijo que podía luchar con el mismo infierno. El aspecto que tenía ahora... bueno, parecía esa fiereza en un nivel completamente nuevo. Esto era personal, me di cuenta. La lucha contra estos Strigoi no era solo por buscar a Sonya y ayudar a Lissa. Esta era la redención, un intento de destruir su pasado mediante la destrucción de la maldad directamente de su camino.

Me uní para ayudarlo, al mismo tiempo que estacaba al segundo secuaz. Había poder en esa estaca, mucho más poder del que Dimitri necesitaba mientras movía

al Strigoi contra la pared de ladrillo y le atravesaba el corazón. Era imposible, pero pude imaginar que esa estaca fue directamente a través del cuerpo y de la pared. Dimitri puso más atención y esfuerzo en esa muerte de lo que debería. Debería haber respondido al igual que yo había hecho y de inmediato dirigirse a la siguiente amenaza, una vez que el Strigoi estaba muerto. En cambio, Dimitri estaba obsesionado con su víctima que no se dio cuenta de que Donovan se estaba aprovechando de la situación. Afortunadamente para Dimitri, yo guardaba su espalda.

Golpee mi cuerpo con el de Donovan, empujándolo lejos de Dimitri. Mientras lo hice, vi a Dimitri sacar su estaca y, a continuación golpear el cuerpo contra la pared de nuevo. Mientras tanto, exitosamente había atraído la atención de Donovan y ahora estaba teniendo dificultades para eludirlo sin matarlo.

—¡Dimitri! —grité—. Ven a ayudarme. ¡Te necesito!

No pude ver lo que Dimitri estaba haciendo, pero unos segundos más tarde, estaba a mi lado. Con lo que casi sonó como un rugido, saltó sobre Donovan, vigilándolo, y golpeando al Strigoi contra el suelo. Solté un suspiro de alivio y me moví para ayudarlo a controlarlo. Entonces, vi que Dimitri alineaba su estaca con el corazón de Donovan.

—¡No! —me dejé caer al suelo, tratando de mantener tanto a Donovan como alejar el brazo de Dimitri—. ¡Lo necesitamos! ¡No lo mates!

Por la mirada en la cara de Dimitri, no estaba claro si siquiera me escuchó. Había muerte en sus ojos. Quería matar a Donovan. El deseo de repente había tomado prioridad.

Aún tratando de contener a Donovan con un brazo, golpeé a Dimitri en la cara con mi otra mano, en el lado que no había golpeado la otra noche. No creía que sintiera dolor con su rabiosa adrenalina, pero el golpe llamó su atención. —¡No lo mates! —repetí.

La orden pasó a través de Dimitri. Nuestra lucha, por desgracia, dio a Donovan espacio de maniobra. Comenzó a liberarse de nosotros, pero entonces, como uno mismo, Dimitri y yo nos lanzamos para sostener a Donovan. Me acordé de las veces en que había cuestionado a los Strigoi en Rusia. Había tomado a todo un grupo de dhampirs para frenar a un Strigoi, pero Dimitri parecía tener fuerza sobrenatural.

—Cuando estábamos interrogando, solíamos...

Mis palabras fueron interrumpidas cuando Dimitri decidió utilizar su propio método de interrogatorio. Agarró por los hombros a Donovan y lo sacudió fuertemente, haciendo que el Strigoi no dejara de golpear su cabeza contra el cemento.

—¿Dónde está Sonya Karp? —rugió Dimitri.

—Yo no... —comenzó Donovan. Pero Dimitri no tenía paciencia para la evasión del Strigoi.

—¿Dónde está? ¡Sé que la conoces!

—Yo...

—¿Dónde está?

Vi algo en la cara de Donovan que nunca había visto en un Strigoi antes: el miedo. Había pensado que era una emoción que simplemente no poseían. O, si la tenían, era sólo en las batallas en las que luchaban con otros. Malgastarían el tiempo con el miedo con los humildes dhampirs.

Pero, oh, Donovan tenía miedo de Dimitri. Y para ser honesta, yo también.

Esos anillos rojos de sus ojos estaban amplios, desesperados y aterrados. Cuando Donovan dejó escapar sus siguientes palabras, algo me dijo que eran verdad. Su temor no le daba la oportunidad de mentir. Estaba demasiado sorprendido y sin preparación para todo esto.

—París —murmuró—. ¡Está en París!

—Cristo —exclamé—. No podemos viajar a París.

Donovan negó con la cabeza (en la medida en que pudo con Dimitri sacudiéndolo a cambio). —Es una pequeña ciudad, a una hora de distancia. Esta este pequeño lago. Casi no hay nadie en ella. Una casa azul.

Vagas indicaciones. Necesitábamos más. —¿Tienes una dire...

Dimitri al parecer no compartía mi necesidad de más información. Antes de que pudiera terminar de hablar, su estaca fue hacia atrás, y hacia adelante en el corazón de Donovan. El Strigoi dio un grito horrible, que helaba la sangre mientras se desvaneció con la muerte. Hice una mueca. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que alguien escuchó todo esto y llamó a la policía?

Dimitri sacó su estaca y luego apuñaló a Donovan de nuevo. Y otra vez. Lo mire con incredulidad y horror, congelada durante un momento. Entonces, agarre el brazo de Dimitri y comencé a sacudirlo, aunque me sentí como si hubiera tenido más efecto que sacudiendo el edificio detrás de mí.

—¡Esta muerto, Dimitri! ¡Esta muerto! Detén esto. Por favor.

La cara de Dimitri todavía estaba peor que terrible, con una terrible expresión... furia, ahora marcada con un poco de desesperación. Desesperación que le decía

que si pudiera solo borrar a Donovan, entonces tal vez pudiera borrar todo lo malo de su vida.

No sabía qué hacer. Teníamos que salir de aquí. Teníamos que conseguir que Sydney desintegrara los cuerpos. El tiempo seguía corriendo, me seguía repitiendo a mí misma.

—¡Esta muerto! Déjalo ir. Por favor. Esta muerto.

Entonces, en algún lugar, de alguna manera, me abrí paso hasta Dimitri. Sus movimientos se enlentecieron y se detuvo finalmente. La mano que sostenía la estaca cayó débilmente a su lado mientras miraba lo que quedaba de Donovan, que no era bonito. La rabia del rostro de Dimitri dio paso a una desesperación.... y eso dio paso a la desesperación completa.

Me arrojé suavemente a sus brazos. —Ha terminado. Ya has hecho suficiente.

—Nunca es suficiente, Roza —susurró. El dolor en su voz me mataba—. Nunca será suficiente.

—Lo es por ahora —le dije. Lo atraje hacia mí. Sin resistencia, soltó su estaca y hundió su cara en mi hombro. Dejé caer mi estaca también y lo abrace, aproximándolo más cerca. Envolvió sus brazos alrededor mío a cambio, buscando el contacto de otra vida, el contacto que había sabido durante mucho tiempo que necesitaba.

—Eres la única —se aferró con más fuerza a mí—. La única que me entiende. La única que vio cómo era. Nunca podría explicárselo a nadie... eres la única. La única a la que puedo decirle esto...

Cerré mis ojos un momento, asimilando lo que estaba diciendo. Podría haber jurado lealtad a Lissa, pero eso no significaba que le hubiera revelado todo su corazón a ella. Durante mucho tiempo, él y yo habíamos estado en perfecta sincronía, siempre comprendiéndonos. Ese seguía siendo el caso, sin importar si estábamos juntos, sin importar si estaba con Adrian. Dimitri siempre había mantenido su corazón y sus sentimientos guardados hasta conocerme. Pensé que los había guardado bajo llave, pero al parecer, todavía confiaba en mí lo suficiente para revelarme lo que le estaba matando por dentro.

Abrí mis ojos y me encontré con su oscura y seria mirada. —Está bien —le dije—. Está bien por ahora. Estoy aquí. Siempre estaré aquí para ti.

—Sueño con ellos, sabes. Con todos los inocentes que mate —sus ojos se dirigieron de nuevo al cuerpo de Donovan—. No dejo de pensar que... tal vez si destruyo a suficientes Strigoi, las pesadillas se irán. Eso será cierto si no soy uno de ellos.

Toque su barbilla, volviendo su cara de nuevo hacia la mía y lejos de Donovan. — No. Tienes que destruir Strigoi porque son el mal. Porque eso es lo que hacemos. Si quieres que las pesadillas se vayan, tienes que vivir. Esa es la única manera. Podríamos haber muerto hace un momento. No lo hicimos. Tal vez moriremos mañana. No lo sé. Lo que importa es que estamos vivos ahora.

Estaba divagando en este momento. Nunca había visto a Dimitri tan bajo, no desde su restauración. Había afirmado que ser un Strigoi había matado tantas de sus emociones. No había sido así. Estaban allí, me di cuenta. Todo lo que había sido todavía estaba en su interior, sólo que salían en ráfagas, como este momento de rabia y desesperación. O cuando me había defendido de los Guardianes de arrestarme. El viejo Dimitri no se había ido. Sólo estaba bajo llave, y yo no sabía cómo dejarlo salir. Esto no era lo que hice. Siempre era el de las palabras de sabiduría y de comprensión. No yo. Sin embargo, estaba escuchándome ahora. Tenía su atención. ¿Qué podía decir? ¿Qué podría convencerlo?

—¿Recuerdas lo que dijiste antes? —le pregunté—. ¿De vuelta en Rubysville? La vida está en los detalles. Tienes que apreciar los detalles. Esa es la única manera de derrotar lo que los Strigoi te hicieron. La única manera de traer de vuelta a quien eres en verdad. Lo dijiste tú mismo: escapaste conmigo para sentir de nuevo al mundo. Su belleza.

Dimitri empezó a girar hacia Donovan, de nuevo, pero no le deje. —Aquí no hay nada hermoso. Sólo la muerte.

—Eso sólo es cierto si les dejas que sea cierto —dije con desesperación, seguía sintiendo la presión del tiempo—. Busca una cosa. Una cosa que sea hermosa. Cualquier cosa. Cualquier cosa que demuestre que no eres uno de ellos.

Sus ojos estaban de nuevo en mí, estudiando mi cara en silencio. El pánico corrió a través de mí. No estaba funcionando. No podía hacer esto. Íbamos a tener que salir de aquí, independientemente del estado en el que estuviera. Sabía que saldría, también. Si había aprendido algo, era que los instintos guerreros de Dimitri seguían funcionando. Si decía que el peligro se acercaba, respondería inmediatamente, sin importar el auto-tormento que sintiera. No quería eso, tampoco. No quería que se fuera en la desesperación. Quería saliera de aquí un paso más cerca de ser el hombre que sabía que podía ser. Quería que tuviera una pesadilla menos.

Estaba más allá de mis capacidades, sin embargo. No era terapeuta. Estaba a punto de decirle que teníamos que salir de allí, a punto de hacer que sus reflejos de soldado aparecieran, cuando de repente habló. Su voz era apenas un susurro. —Tu pelo.

—¿Qué? —por un segundo, me pregunté si estaba en llamas o algo así. Me toque un mechón extraviado. No, nada iba mal, excepto que era un desastre. Me lo había atado para la batalla para evitar que los Strigoi lo usaran como un asidero, al igual

que Angeline lo había hecho. Gran parte se había desatado en la lucha, sin embargo.

—Tu cabello —repitió Dimitri. Sus ojos estaban muy abiertos, casi asombrados—. Tu cabello es hermoso.

No pensé en eso, no en su estado actual. Por supuesto, considerando que estábamos en un callejón oscuro lleno de cuerpos, las opciones eran un poco limitadas. —¿Lo ves? No eres uno de ellos. Los Strigoi no ven la belleza. Sólo la muerte. Encontraste algo hermoso. Una cosa que es hermosa.

Vacilante, nervioso, pasó sus dedos a lo largo del mechón que había tocado antes. —¿Pero y si no es suficiente?

—Lo es por ahora —le di un beso en su frente y le ayude a ponerse de pie—. Lo es por ahora.

Capítulo 16

Traducido por: Virtxu

Corregido por: Clo y nella07

CONSIDERANDO QUE SYDNEY DESTRUÍA cadáveres regularmente, fue un poco extraño que estuviera tan sorprendida por nuestras apariencias tras la lucha. Tal vez los Strigoi muertos eran sólo objetos para ella. Dimitri y yo éramos gente que vivía de verdad, y estábamos hechos un desastre.

—Espero que no manchen el coche —dijo, una vez que los cuerpos fueron eliminados y nos pusimos en camino. Creo que fue su mejor intento de una broma, en un esfuerzo por ocultar su incomodidad por nuestra ropa rota y ensangrentada.

—¿Vamos a París? —pregunté, volviéndome para mirar a Dimitri.

—¿París? —preguntó Sydney, sorprendida.

—Todavía no —dijo Dimitri, apoyando su cabeza contra el asiento. Volvía a lucir como un guardián controlado. Todos los signos de su anterior crisis se habían ido, y yo no tenía ninguna intención de revelar lo que había sucedido antes de que fuéramos a ayudar a Sydney. Tan pequeño... sin embargo tan monumental. Y muy reservado. Pero ahora, él parecía cansado—. Debemos esperar a que se haga de día. Tenemos que ir por Donovan ahora, ya que si Sonya consiguió una casa, probablemente esté allí todo el tiempo. Es más seguro para nosotros durante el día.

—¿Cómo sabes que él no te mintió? —preguntó Sydney. Ella estaba conduciendo sin un destino real, simplemente saliendo de la zona lo más rápido posible y antes de que las personas reportaran los gritos y sonidos del combate.

Recordé el terror en el rostro de Donovan y me estremecí. —No creo que él estuviera mintiendo.

Sydney no hizo más preguntas, excepto sobre la dirección en que debía conducir. Dimitri sugirió que fuéramos a buscar otro hotel para que pudiéramos limpiarnos y descansar un poco antes de la tarea de mañana. Afortunadamente, Lexington tenía una selección más amplia de hoteles que nuestra ciudad anterior. No íbamos por el lujo, sino que el gran lugar de aspecto moderno que escogimos era parte de una cadena, limpio y elegante. Sydney nos registró y luego nos condujo al interior por

una puerta lateral, para no asustar a los huéspedes que pudieran estar levantados en mitad de la noche.

Teníamos una habitación con dos camas dobles. Nadie hizo comentarios al respecto, pero creo que todos compartíamos la necesidad de estar juntos después de nuestro anterior encuentro con los Strigoi. Dimitri estaba mucho más hecho un desastre que yo, gracias a su mutilación por Donovan, por lo que lo envié primero a la ducha.

—Lo hiciste muy bien —le dije a Sydney mientras esperábamos. Me senté en el suelo (que estaba mucho más limpio que el de la habitación anterior) para no ensuciar las camas—. Fue muy valiente por tu parte.

Ella me dio una sonrisa torcida. —Típico. ¿Tú eres a la que golpean y casi matan, pero soy yo a la que alabas?

—Hey, yo hago esto todo el tiempo. Entrar allí sola como tú hiciste... Bueno, fue muy duro. Y no estoy *tan* golpeada.

Le estaba quitando importancia a mis lesiones, al igual que lo haría Dimitri. Sydney, mirándome, también lo sabía. Mis piernas estaban más raspadas de lo que me había dado cuenta, con la piel desgarrada y sangrando justo en el lugar donde había caído sobre el cemento. Uno de mis tobillos protestaba por mi salto sobre el techo y tenía una serie de cortes y contusiones esparcidas por el resto de mí. No tenía ni idea de qué lugar provenían la mayoría.

Sydney sacudió la cabeza. —La verdad chicos, no sé cómo no agarrar gangrena más a menudo. —Las dos sabíamos por qué, sin embargo. Era parte de la resistencia natural de haber nacido de un dhampir, tomando lo mejor de los rasgos de las dos razas. Los Moroi eran en realidad bastante saludables también, aunque a veces cogían la única enfermedad de su raza. Víctor era un ejemplo. Tenía una enfermedad crónica y había obligado una vez a Lissa a que lo sanara. Su magia le había restaurado la salud por completo durante un tiempo, pero la enfermedad se arrastró lentamente de vuelta.

Me di una ducha después de que Dimitri hubiera terminado, y luego Sydney nos obligó a curarnos con su botiquín de primeros auxilios. Cuando estuvimos vendados y desinfectados a su antojo, ella sacó su ordenador y nos mostró un mapa de París, Kentucky. Los tres nos apiñamos alrededor de la pantalla.

—Hay muchos arroyos y ríos —reflexionó ella, desplazándose alrededor—. Pero no hay muchos lagos en el camino.

Señalé. —¿Crees que eso? —Era una pequeña masa de agua, marcada como LAGUNA APPLEWOOD.

—Tal vez. Ah, hay otra laguna. Eso podría ser demasiado sospechoso o... ¡oh! ¿Justo ahí? —Tocó en la pantalla otro cuerpo de agua, un poco más grande que las lagunas: LAGO MARTIN.

Dimitri se sentó y se pasó una mano sobre sus ojos mientras bostezaba. —Esa parece la opción más probable. Si no, no creo que tardemos mucho en conducir en torno a las otras.

—¿Ese es su plan? —Preguntó Sydney—. ¿Sólo conducir por allí y buscar una casa azul?

Intercambié una mirada con Dimitri y me encogí de hombros. Sydney podría estar mostrando su valentía en este viaje, pero yo sabía que su idea de “un plan” era un poco diferente de la nuestra. Los suyos eran estructurados, bien pensados, y tenían un propósito claro. También, detalles.

—Es más sólido que la mayoría de nuestros planes —dije al fin.

El sol iba a salir en una hora o así. Me impacientaba por ir tras Sonya, pero Dimitri insistió en dormir hasta el mediodía. Tomó una cama, y Sydney y yo compartimos la otra. Realmente no pensaba que necesitara el descanso que él reclamaba, pero mi cuerpo no estaba de acuerdo. Me quedé dormida casi al instante.

Y como siempre últimamente, finalmente fui retirada a un sueño espiritual. Esperaba que fuera Adrian, viniendo a terminar nuestra última conversación. En cambio, el conservatorio se materializó a mí alrededor, con un arpa y muebles acolchados. Suspiré y me enfrenté a los hermanos Dashkov.

—Genial —dije—. Otra llamada en conferencia. *Realmente* voy a tener que empezar a bloquear su número.

Víctor me hizo una pequeña reverencia. —Siempre es un placer, Rose. —Robert simplemente miró hacia el espacio de nuevo. Era bueno saber que algunas cosas nunca cambiaban.

—¿Qué quieren? —demandé.

—Sabes lo que queremos. Estamos aquí para ayudar a Vasilisa. —No creí eso ni por un instante. Víctor tenía algún plan en mente, pero mi esperanza era capturarlo antes de que pudiera hacer más daño. Me estudió con expectación. —¿No has encontrado al otro Dragomir todavía?

Le miré con incredulidad. —¡Solamente he tenido un día! —Casi tuve que volver a hacer mis cuentas ante eso. Parecían más de diez años. Nop. Sólo un día desde la última vez que había hablado con Victor.

—¿Y? —preguntó Víctor.

—Y, ¿Qué tan buenos crees que somos?

Él lo consideró. —Bastante buenos.

—Bueno, gracias por el voto de confianza, pero no es tan fácil como parece. Y en realidad... teniendo en cuenta lo encubierto que ha estado todo esto, realmente no parece nada fácil.

—¿Pero han encontrado algo? —presionó Víctor.

No respondí.

Un resplandor iluminó sus ansiosos ojos, y él dio un paso adelante. Yo rápidamente retrocedí uno.

—*Han* encontrado algo.

—Tal vez. —Una vez más, tuve la misma indecisión que antes. Víctor, con todas sus intrigas y manipulaciones, ¿sabía algo que nos podría ayudar? La última vez, él no me había dado nada, pero ahora nosotros teníamos más información. ¿Qué había dicho él? ¿Qué si encontrábamos un hilo, él podría desentrañarlo?

—Rose. —Víctor me habló como si yo fuera una niña, como hacía a menudo con Robert. Eso me hizo fruncir el ceño—. Te lo dije antes: No importa si confías en mí o en mis intenciones. Por ahora, tenemos el mismo interés a corto plazo. No dejes que las preocupaciones futuras arruinen tu oportunidad aquí.

Eso era divertido, pero era similar al principio que operó en la mayor parte de mi vida. *Vive en el ahora. Salta directamente y preocúpate de las consecuencias más tarde.* Ahora, dudé y traté de pensar las cosas antes de tomar una decisión. Por fin, decidí correr el riesgo, una vez más, con la esperanza de que Víctor pudiera ser capaz de ayudar.

—Creemos que la madre... la madre del hermano o hermana de Lissa... está relacionada con Sonya Karp. —Victor alzó las cejas—. ¿Sabes tú quién es?

—Por supuesto. Se volvió Strigoi... supuestamente porque ella se volvió loca. Pero ambos sabemos que fue un poco más complicado que eso.

Asentí con la cabeza de mala gana. —Ella era un usuario del espíritu. Nadie lo sabía.

Robert giró la cabeza tan rápido que casi salté. —¿Quién es el usuario del espíritu?

—Un *ex* usuario del espíritu —dijo Víctor, al instante cambiando a modo calmante.

—Ella se convirtió en un Strigoi para alejarse de eso.

El fuerte enfoque que Robert había dirigido hacia nosotros se fundió en una suave ensoñación una vez más. —Sí... siempre es un aliciente para eso... matar para vivir, vivir para matar. Inmortalidad y libertad de estas cadenas, pero oh, qué pérdida...

Eran divagaciones locas, pero tenían una misteriosa similitud con algunas de las cosas que Adrian decía veces. No me gustaba en absoluto. Tratando de fingir que Robert no estaba en la sala, me di la vuelta hacia Victor. —¿Sabes algo de ella? ¿Con quién está emparentada?

Él negó con la cabeza. —Ella tiene una gran familia.

Alcé mis manos con exasperación. —¿Podrías ser más inútil? ¡Sigues actuando como que sabes mucho, pero sólo nos dices lo que nosotros ya averiguamos! ¡Ayúdanos!

—La ayuda viene en muchas formas, Rose. ¿Has encontrado a Sonya?

—Sí. —Lo reconsideraré—. Bueno, no del todo. Sabemos dónde está. Mañana vamos a ir a verla y a interrogarla.

La mirada en el rostro de Victor dio a entender acerca de lo ridículo que él pensaba que era eso. —Y estoy seguro que ella estará dispuesta a ayudar.

Me encogí de hombros. —Dimitri es muy persuasivo.

—Eso he oído —dijo Víctor—. Pero Sonya Karp no es una adolescente impresionable. —Iba a ir a golpearle, pero me preocupaba que Robert pudiera tener su campo de fuerza de nuevo. Víctor pareció inconsciente de mi ira—. Dime dónde estás. Iremos para allá.

Una vez más, un dilema. No pensé que los hermanos pudieran hacer mucho. Pero esto podía suponer una oportunidad para volverlo a capturar. Además, si lo teníamos en persona, tal vez dejara de irrumpir en mis sueños.

—Estamos en Kentucky —dije al fin—. París, Kentucky. Le di la otra información que teníamos sobre la casa azul.

—Bueno estaré allí mañana —dijo Víctor.

—Entonces, ¿dónde estás ahora...

Y al igual que la última vez, Robert terminó abruptamente el sueño, dejándome colgada. ¿En qué me había metido con ellos? Antes de que pudiera examinarlo, fui llevada de inmediato a otro sueño espiritual. Dios mío. Realmente era un déjà vu. Todo el mundo quería hablar conmigo en mi sueño. Afortunadamente, como la última vez, mi segunda visita fue de Adrian.

Ésta se situaba en el salón de baile en la cual el Consejo se había reunido. No había sillas o personas, y mis pasos resonaban en el duro suelo de madera. La habitación que parecía bastante grande y poderosa cuando estaba siendo usada, ahora tenía una sensación de soledad, de mal augurio.

Adrian estaba de pie cerca de una de las altas y arqueadas ventanas, me dio una de sus pícaras sonrisas cuando le abracé. En comparación de lo sucio y sangriento que estaba en el mundo real, él parecía inmaculado y perfecto.

—Lo hiciste. —Le di un rápido beso en los labios—. Conseguiste que propusieran a Lissa. —Después de nuestra última visita en sueños, cuando me di cuenta que podía haber algún mérito en la sugerencia de Víctor, tuve que trabajar duro para convencer a Adrian que la idea de proponerla era buena, especialmente ya que ni yo misma había estado segura.

—Sí, hacer que ese grupo se uniera fue fácil. —Parecía gustarle mi admiración, pero su rostro se puso más sombrío mientras reflexionaba mis palabras—. Ella no está contenta con eso, sin embargo. Pero dios, nos permite hacerlo después de todo.

—Lo vi. Tienes razón en que a ella no le gusta, pero fue más que eso. Fue el espíritu... la oscuridad. Capturé un poco, pero sí... fue malo. —Me acordé de cómo, haber tomado el enfado de ella, me había causado un breve estallido. El Espíritu no me golpeaba tan duro como a ella, pero eso fue sólo temporal. Eventualmente, si me golpeaba lo suficiente a lo largo de los años, tomaría el mando. Agarré la mano de Adrian y le di la mirada más suplicante que pude—. Tienes que cuidar de ella. Yo haré lo que pueda, pero sabes tan bien como yo cómo el estrés y la preocupación pueden agitar el espíritu. Tengo miedo de que vuelva a ser como era antes. Me gustaría poder estar allí para cuidar de ella. Por favor... ayúdala.

Él puso un mechón suelto de cabello detrás de mi oreja, con la preocupación en sus ojos verde oscuros. Al principio, pensé que su preocupación era sólo por Lissa. —Lo haré —dijo—. Haré lo que pueda. Pero Rose... ¿Esto me va a pasar a mí? ¿Así es cómo empezaré? ¿Cómo ella y los demás?

Adrian nunca había mostrado los extremos efectos secundarios que Lissa tenía, en gran parte porque él no usaba mucho el espíritu y porque se automedicaba mucho con alcohol. No sabía cuánto tiempo iba a durar, sin embargo. Por lo que había visto, sólo había un par de cosas que retrasaban la demencia: la autodisciplina,

antidepresivos, y la unión con algún shadow-kissed. Adrian no parecía estar interesado en cualquiera de esas opciones.

Era extraño, pero en este momento de vulnerabilidad, me acordé de lo que había sucedido con Dimitri. Ambos hombres eran fuertes y confiados en sus formas, sin embargo, cada uno me necesitaba para apoyarse. *Eres la fuerte, Rose*, me susurró una voz en mi cabeza.

Adrián apartó la mirada. —A veces... a veces puedo creer que la locura es totalmente imaginaria, ¿sabes? Que yo nunca sentiré esto como los demás... como Lissa o el viejo Vlad. Pero de vez en cuando... —Hizo una pausa—. No lo sé. Me siento tan cerca, Rose. Tan al límite. Como si sólo un pequeño paso en falso, me hiciera sumergirme en la enfermedad y no volver nunca más. Es como si me estuviera perdiendo a mí mismo.

Le había oído decir cosas como esta antes, cuando él se iba extrañamente por la tangente donde solo la mitad de las cosas tenían sentido. Era lo más cerca que alguna vez llegó a demostrar de que el espíritu pudiera estar jugando con su mente también. Nunca me había dado cuenta de si él estaba al tanto de estos momentos o de lo que podrían significar.

Miró de nuevo hacia mí. —Cuando bebo... No me preocupo por eso. No me preocupo por volverme loco. Pero luego pienso... quizá ya lo estoy. Tal vez lo estoy, pero nadie puede decir la diferencia de cuando estoy bebido.

—No estás loco —dije con fiereza, tirando de él hacia mí. Me encantaba su calor y la forma en que se sentía contra mi piel—. Vas a estar bien. Eres fuerte.

Apretó su mejilla contra mi frente. —No sé —dijo—. Creo que tú eres mi fuerza.

Fue una declaración dulce y romántica, pero al respecto algo me molestaba. —Eso no está del todo bien —dije, preguntándome cómo podía poner mis sentimientos en palabras. Sabía que podías ayudar a alguien en una relación. Que podías fortalecerles y apoyarles. Pero no puedes realmente hacer *todo* por ellos. No puedes resolver todos sus problemas—. Tienes que buscar dentro de tu...

La alarma del reloj del hotel sonó y me sacó del sueño, dejándome frustrada tanto porque había perdido a Adrian como porque no había podido decirle todo lo que quería. Bueno, no había nada que pudiera hacer por él ahora. Sólo podía esperar que él lo solucionara por su cuenta.

Sydney y yo lentamente abrimos los ojos. Tenía sentido que ella estuviera exhausta, ya que su horario de dormir—cuando realmente ella tenía sueño—había sido derribado. ¿Yo? Mi fatiga era mental. *Tanta gente*, pensé. *Mucha gente que me necesitaba... pero era tan duro ayudarles a todos.*

Naturalmente, Dimitri estaba levantado y listo para salir. Él se había despertado antes que nosotras. El descanso de la noche pasada podría también nunca haber sucedido. Resultó que él se estaba muriendo por un café y había esperado pacientemente por nosotras, sin querer dejarnos dormidas e indefensas. Lo eché fuera, y veinte minutos más tarde, regresó con café y una caja de donuts. También había comprado una cadena de potencia industrial en una ferretería en la calle para “cuando encontráramos a Sonya”, lo cual se me hizo incómodo. Para entonces, Sydney y yo estábamos listas para irnos, y decidí esperar para hacer mis peticiones. No estaba loca por usar pantalones cortos otra vez, no con las piernas en estas condiciones, pero estaba demasiado ansiosa por llegar a donde Sonya para insistir en que nos detuviéramos en un centro comercial.

Sin embargo, decidí que era el momento de poner al corriente a mis compañeros.

—Así que —empecé casualmente—, Víctor Dashkov podría unirse a nosotros pronto.

Sydney hizo todo lo que pudo para no salirse de la carretera. —¿Qué? ¿El hombre que se escapó?

Pude ver en los ojos de Dimitri que también estaba impresionado, pero se mantuvo fresco y bajo control, como siempre. —¿Por qué —comenzó lentamente— se nos uniría Víctor Dashkov?

—Bueno, en cierto modo es una historia divertida...

Y con esa introducción, les di el más breve pero completo resumen que pude, a partir de los antecedentes sobre Robert Doru y terminando con las recientes visitas de los hermanos en sueños. Pasé por alto la “misteriosa” fuga de Víctor de hace unas semanas, pero algo me decía que Dimitri, con esa manera misteriosa que tenía de adivinar cada pensamiento de los demás, estaba probablemente poniendo las piezas juntas. Ambas, Lissa y yo, le habíamos dicho a Dimitri que habíamos atravesado mucho para aprender cómo restaurarlo, pero nunca le explicamos la historia completa, sobre todo la parte de liberar a Víctor para que pudiera ayudarnos a encontrar a su hermano.

—Mira, puede que él ayude o no, pero esta es nuestra oportunidad de atraparlo —añadí a toda prisa—. Eso es algo bueno, ¿verdad?

—Es un tema con el que lidiaremos... más tarde. —Reconocí el tono en la voz de Dimitri. Él lo utilizaba mucho en St. Vladimir. Por lo general significaba que habría una conversación privada en mi futuro, donde sería interrogada para obtener más detalles.

Kentucky resultó ser muy hermoso mientras conducíamos a París. La tierra era ondulada y verde mientras salíamos de la ciudad, y era fácil de imaginar que desearas vivir en una casita aquí. Me pregunté ociosamente si ésta había sido la motivación de Sonya y luego me detuve a mi misma. Le acaba de decir a Dimitri que los Strigoi no veían la belleza. ¿Estaba equivocada? ¿Podría importarle este magnífico paisaje a ella?

Encontré mi respuesta cuando nuestro GPS nos llevó al Lago Martin. Sólo había unas cuantas casas dispersas a su alrededor, y entre ellas, sólo una era de color azul. Nos detuvimos a una distancia considerable de la casa, Sydney aparcó el coche tan al lado de la carretera como pudo. Esta era estrecha, el arcén estaba cubierto de árboles y hierba alta. Todos bajamos del coche y caminamos unos pocos pasos, manteniendo las distancias.

—Bueno. Es una casa azul —declaró Sydney pragmáticamente—. Pero, ¿es esta? No veo un buzón de correo, ni nada.

Miré más de cerca el patio. Rosales, llenos de flores de color rosa y rojo, crecían frente al porche. Espesas cestas con flores blancas de las cuales no sabía los nombres colgaban del techo, y campanitas azules trepaban por un enrejado. Alrededor de la casa, pude apenas distinguir una cerca de madera. Una enredadera con flores naranjas en forma de trompeta, se enroscaba sobre la misma.

A continuación, una imagen parpadeó en mi mente, se fue tan rápido como había llegado. La Sra. Karp regando las macetas de flores en su salón de clases, flores que parecían crecer increíblemente rápido y alto. Como una adolescente más interesada en eludir la tarea, nunca había pensado mucho en ellas. Fue sólo más tarde, después de ver a Lissa hacer que las plantas crecieran y florecieran durante los experimentos con el espíritu, que entendí lo que había estado sucediendo en el aula de la Sra. Karps.

Y ahora, incluso privada del espíritu y poseída por el mal, Sonya Karp todavía cuidaba sus flores.

—Sí —dije—. Esta es su casa. —Dimitri se acercó al porche delantero, estudiando cada detalle. Empecé a seguirle, pero me contuve—. ¿Qué estás haciendo? —Mantuve mi voz baja—. Ella podría verte.

Volvió a mi lado. —Esas son cortinas negras. No dejan entrar nada de luz, por lo que ella no puede ver nada. También significa que probablemente ella pasa su tiempo en la planta baja, en lugar de en el sótano.

Pude seguir fácilmente su línea de pensamiento. —Esas son buenas noticias para nosotros. —Cuando fui capturada por Strigoi el año pasado, mis amigos y yo habíamos sido llevados a un sótano. No sólo era conveniente para los Strigoi que

querían evitar el sol, sino que también significaba menos opciones de entrada y de salida. Era fácil para los Strigoi poner trampas en un sótano. Cuanto más puertas y ventanas hubiera, mejor.

—Exploraré el otro lado —dijo él, empezando a ir al patio trasero.

Corrí hacia él y lo agarré por el brazo. —Déjame a mí. Yo siento a cualquier Strigoi... no es que ella vaya a salir a la calle, pero, bueno, por si acaso.

Vaciló, y mi furia creció, pensando que él no creía que fuera capaz de hacerlo. Entonces, dijo: —Está bien. Ten cuidado. —Me di cuenta de que estaba preocupado por mí.

Me moví tan suave y silenciosamente como pude alrededor de la casa, antes de descubrir que la valla de madera me iba a crear dificultades para ver el patio trasero. Temía que al escalar pudiera alertar a Sonya de mi presencia y me pregunté qué hacer. Mi solución llegó en forma de una gran roca situada cerca del borde de la cerca. Arrastré la piedra y me subí en la parte superior. No era suficiente para permitirme una vista completa, pero fui capaz de poner fácilmente las manos en la parte superior de la valla y elevarme a mí misma para echar un vistazo con el mínimo ruido.

Era como mirar en el Jardín del Edén. Las flores en la parte delantera habían sido simplemente un acto de calentamiento. Más rosas, magnolias y manzanos, lirios y otros mil millones de flores que aún no reconocía. El patio trasero de Sonya era un paraíso de colores exuberantes. Analicé lo que necesitaba y me apresuré a regresar con Dimitri. Sydney todavía estaba en el coche.

—Una puerta en el patio y dos ventanas —informé—. Todas con cortinas. Hay también una silla cubierta de madera, una pala y una carretilla.

—¿Alguna horquilla?

—Por desgracia, no, pero hay una gran roca situada fuera de la cerca. Sería difícil entrarla al patio, sin embargo. Es mejor usarla para ayudarnos a pasar por encima. No hay puerta en la valla. Ella hizo una fortaleza.

Él asintió comprendiendo, y sin ningún tipo de conversación, supe qué hacer. Agarramos la cadena del coche y se la encomendamos a Sydney. Le dijimos que nos esperara fuera—con instrucciones estrictas de irse si no estábamos de vuelta en treinta minutos. Odiaba decir ese tipo de cosas—y la cara de Sydney indicó que no le gustaba escucharlas—pero era inevitable. Si no habíamos controlado a Sonya en ese espacio de tiempo, no íbamos a conseguirlo—o a salir con vida. Si lográbamos controlarla, le daríamos alguna señal a Sydney para que entrara con la cadena.

Los ojos color ámbar de Sydney estaban llenos de ansiedad mientras nos miraba ir alrededor de la casa hacia la parte de atrás. Casi me burlé de ella por preocuparse por malvadas criaturas de la noche, pero me detuve justo a tiempo. Ella podría detestar a todos los dhampir y Moroi del mundo, pero en algún lugar a lo largo del camino, Dimitri y yo llegamos a agradecerle. Eso no era algo para burlarse.

Dimitri se subió en la roca y contempló el patio. Murmuró algunas instrucciones de última hora para mí antes de tomar mis manos e impulsarme por encima de la valla. Su altura era algo provechoso para hacer la maniobra lo más fácil y disimuladamente—aunque no silenciosamente—como fuera posible. Él me siguió poco después, cayendo a mi lado con un pequeño ruido sordo.

Después de eso, saltó hacia adelante sin demora. Si Sonya nos había escuchado, entonces no tenía sentido perder el tiempo. Teníamos todas las ventajas que podríamos obtener. Dimitri agarró la pala y la hizo girar con fuerza en el cristal, una vez, dos veces. El primer golpe fue a la altura de mi cabeza, el segundo más bajo. El cristal se fracturaba más con cada impacto. Directamente después del segundo golpe, fui hacia adelante y empujé la carretilla hacia la puerta. Levantarla y tirarla contra el cristal habría sido mucho más genial, pero ya era demasiado difícil de manejar como para sostenerla en alto. Cuando la carretilla golpeó, el ya debilitado cristal, las áreas agrietadas se rompieron y se derrumbaron por completo, creando un agujero lo suficientemente grande para que pasáramos los dos. Ambos tuvimos que agacharnos, especialmente Dimitri.

Un ataque simultáneo a través de ambos lados de la casa habría sido ideal, pero no era como si Sonya pudiera huir por la puerta principal. Las náuseas habían comenzado a arrastrarse sobre mí tan pronto como me encontré cerca del patio, y la sensación me golpeó con toda su fuerza al entrar en la sala de estar. No hice caso a mi estómago de la forma en que lo había perfeccionado, y me preparé para lo que vendría. Habíamos irrumpido con bastante rapidez, pero no lo suficientemente rápido como para conseguir realmente sorprender los reflejos de la Strigoi.

Sonya Karp estaba justo allí, lista para nosotros, haciendo todo lo posible para evitar la luz del sol que se derramaba en la sala de estar. Cuando yo había visto por primera vez a Dimitri como un Strigoi, me había sentido tan impresionada que me había congelado. Esto le había permitido capturarme, así que me preparé mentalmente esta vez, sabiendo que iba a sentir el mismo shock cuando viera a mi antigua profesora como Strigoi. Y fue chocante. Al igual que con él, ya que muchas de las características de Sonya eran las mismas que antes: el pelo castaño y los pómulos altos... pero su belleza estaba empañada por todas las demás terribles condiciones: la piel calcárea, los ojos rojos, y la cruel expresión que todos los Strigoi parecían tener.

Si ella nos reconoció, no lo demostró y se lanzó hacia Dimitri con un gruñido. Era una táctica común de los Strigoi, atacar a la mayor amenaza en primer lugar, y me molestaba que siempre creyeran que era Dimitri. Se había puesto la estaca en el cinturón para llevar la pala con él. La pala no mataría a un Strigoi, pero con suficiente fuerza e impulso sin duda mantendría a Sonya alejada. Él la golpeó con ella en el hombro después de su primer ataque, y aunque no cayó, sin duda esperaría antes de intentar otro. Dieron vueltas rodeándose el uno al otro, como lobos preparándose para una batalla, mientras ella evaluaba sus probabilidades. Un ataque, y la mayor fortaleza de ella podría derribarlo, con o sin pala.

Todo esto se llevó a cabo en cuestión de segundos, y los cálculos de Sonya me habían dejado fuera de la ecuación. Hice mi propio ataque, golpeando su otro lado, pero ella me vio por el rabillo del ojo y respondió al instante, tirándome hacia abajo mientras no apartaba los ojos de Dimitri. Deseé haber tenido la pala y haberla golpeado en la espalda desde una distancia segura. Todo lo que llevaba era mi estaca, y tenía que tener cuidado con ella, ya que podría matarla. Hice un análisis rápido de su extrañamente normal sala de estar y no pude ver ningún arma potencial.

Ella hizo una finta, y Dimitri fue hacia allí. Él apenas se corrigió cuando ella saltó hacia adelante para tomar ventaja de la situación. Lo empujó contra la pared, inmovilizándole allí y golpeando la pala fuera de su mano. Él luchó contra ella, tratando de liberarse de sus manos presionando su garganta. Si trataba de apartarla, mi fuerza junto con la de Dimitri probablemente le liberaría. Quería esto lo más rápidamente posible, sin embargo, decidí hacer un juego de poder.

Corrí hacia ella, con la estaca en la mano, y se la clavé a través de su hombro derecho, con la esperanza de que no tocara ninguna parte cerca de su corazón. La plata encantada, tan angustiada para la piel de los Strigoi, la hizo gritar. Frenéticamente, ella me apartó con una fuerza que era sorprendente incluso para un Strigoi. Me caí hacia atrás, tropezando, y golpeé mi cabeza contra una mesa de café. Mi visión se nubló un poco, pero el instinto y la adrenalina me hicieron ponerme en pie de nuevo.

Mi ataque le dio a Dimitri la fracción de segundo que necesitaba. Tiró a Sonya al suelo y agarró mi estaca, empujándola contra su garganta. Ella gritó y se sacudió, y fui hacia adelante para ayudarlo, sabiendo lo difícil que era inmovilizar a un Strigoi.

—Consigue a Sydney... —Gruñó—. La cadena...

Me moví tan rápido como pude, estrellas y sombras bailaban frente a mí. Abrí la puerta y la pateé como una señal, y corrí de nuevo a Dimitri. Sonya estaba haciendo un buen progreso luchando contra él. Yo caí de rodillas, trabajando con Dimitri para mantenerla contenida. Él tenía la lujuria de la batalla en sus ojos otra

vez, una mirada que decía que quería destruirla aquí y ahora. Pero había algo más, también. Algo que me hizo pensar que tenía más control, que mis palabras en el callejón habían tenido realmente un impacto. Sin embargo, le lancé una advertencia.

—La necesitamos... Recuerda que la necesitamos.

Él me dio una leve inclinación de cabeza, justo mientras Sydney entraba portando la cadena. Ella se quedó mirando la escena con los ojos abiertos, deteniéndose sólo un momento antes de apresurarse a nosotros. *Estamos haciendo un guerrero de ella*, pensé.

Dimitri y yo nos dirigimos a nuestra próxima tarea. Viendo el mejor lugar para situar a Sonya: un pesado sillón, localizado en la esquina. Levantándola—lo cual era peligroso ya que ella todavía estaba peleando salvajemente—la pusimos en el sillón. Luego, manteniendo la estaca en su cuello, Dimitri trató de sujetarla mientras me apoderaba de la cadena.

No había tiempo para pensar en un sistema preciso. Solo empecé a rodearla, primero alrededor de sus piernas y luego lo mejor que pude alrededor de su torso, tratando de bloquear sus brazos. Dimitri había comprado *un montón* de cadena, por suerte, y yo rápidamente la envolví alrededor de la silla de una manera loca, haciendo todo lo posible para mantenerla atada.

Cuando por fin terminé de poner la cadena, Sonya estaba muy bien atada en su lugar. ¿Era algo que ella podría romper? Por supuesto. ¿Pero con una estaca de plata en su contra? No tan fácil. Con ambos en nuestros puestos... bueno, la habíamos atrapado por el momento. Lo hicimos lo mejor que pudimos.

Dimitri y yo intercambiamos breves y cansadas miradas. Me sentía mareada, pero luché con ello, sabiendo que nuestra tarea estaba lejos de terminar.

—Tiempo del interrogatorio —dije con gravedad.

Capítulo 17

Traducido por: Melo LL y majo!♥

Corregido por: masi

EL INTERROGATORIO NO FUE demasiado bien. Oh, bueno, hicimos un montón de amenazas y usamos las estacas como instrumentos de tortura, pero no se logró mucho. Dimitri estaba todavía atemorizante cuando trataba con Sonya, pero después de su crisis con Donovan, tuvo cuidado de no caer en esa enloquecida rabia otra vez. Esto era más saludable para él a largo plazo, pero no tan bueno para atemorizar a Sonya a que respondiera.

No ayudó mucho que no tuviéramos exactamente una pregunta concreta para hacerle. Había una serie de ellas que le lanzábamos principalmente. ¿Sabía de otro Dragomir? ¿Estaba relacionada con la madre? ¿Dónde estaban la madre y el niño? Las cosas empeoraron cuando Sonya se dio cuenta de que la necesitábamos demasiado para matarla, sin importar cuánto la torturábamos con la estaca de plata.

Habíamos estado trabajando durante más de una hora y nos estábamos quedando exhaustos. Al menos, yo. Me apoyé en una pared cerca de Sonya, y aunque tenía mi estaca afuera y lista, me apoyaba en la pared un poco más de lo que me gustaba admitir para mantenerme en posición vertical. Ninguno de nosotros había hablado en un rato. Incluso Sonya había dejado de gruñir sus amenazas. Se limitó a esperar y se mantuvo alerta, sin duda, planificando escapar, probablemente pensando que nos habíamos cansado antes que ella.

Ese silencio era más aterrador que todas las amenazas del mundo. Yo estaba acostumbrada a que los Strigoi usaran palabras para intimidarme. Nunca había esperado sentir el poder que podían tener, estando tranquilos y mirando amenazadoramente.

—¿Que le pasó a tu cabeza, Rose? —preguntó Dimitri, de repente echándome un vistazo.

Había estado un poco fuera de sintonía y me di cuenta de que me estaba hablando.

—¿Huh? —Me aparté el pelo que había ocultado parte de mi frente. Mis dedos quedaron pegajosos con la sangre, provocando vagos recuerdos de cuando me

estrellé en la mesa. Me encogí de hombros, haciendo caso omiso a los mareos que había estado sintiendo—. Estoy bien.

Dimitri le dirigió a Sydney la más rápida de las miradas. —Llévala a que se acueste y límpiala. No dejes que se duerma antes de que podamos determinar si se trata de una conmoción cerebral.

—No, no puedo —argumenté—. No puedo dejarte solo con ella...

—Estoy bien —dijo—. Descansa, de modo que me puedas ayudar más luego. No eres buena para mí si simplemente te vas a desmayar.

Todavía protesté, pero cuando Sydney suavemente me tomó del brazo, me tropecé. Ella me llevó a una habitación de la casa, muy a mi pesar. Había algo espeluznante en saber que estaba en la cama de un Strigoi, aunque estuviera cubierta con una colcha de flores azules y blancas.

—Hombre —dije, recostada sobre la almohada una vez que Sydney había limpiado mi frente. A pesar de mi negativa anterior, se sintió muy bien poder recostarse—. No puedo acostumbrarme a las rarezas de la vida Strigoi en un lugar así... normal. ¿Cómo lo estas llevando?

—Mejor que vosotros —dijo Sydney. Envolvió sus brazos a su alrededor y miró el cuarto incómodamente—. Estar cerca de un Strigoi está empezando a hacer que ustedes no parezcan tan malos.

—Bueno, al menos algo bueno ha salido de esto —comenté. A pesar de su broma, sabía que tenía que estar aterrorizada. Comencé a cerrar los ojos y me estremecí cuando Sydney me despertó sacudiendo mi brazo.

—No te duermas —me reprendió—. Mantente hablando conmigo.

—No es una conmoción —murmuré—. Pero supongo que podemos hacer planes para conseguir que Sonya hable.

Sydney puso los pies en la cama e hizo una mueca. —Sin ánimos de ofender, pero no creo que ella vaya a soltar prenda⁵.

—Lo hará una vez que haya pasado unos cuantos días sin sangre.

Sydney palideció. —¿Unos cuantos días?

—Bueno, lo que sea que necesite... — Un punzada de emoción revoloteó a través de la conexión, y me congelé. Sydney se levantó de un salto, con los ojos como dardos mirando alrededor como si un grupo de Strigoi hubiera irrumpido en la habitación.

⁵ **Soltar prenda** se refiere a decirles todo lo que sabe.

—¿Que está mal? —exclamó.

—Tengo que ir con Lissa.

—Se supone que no tienes que dormirte...

—Es que no es dormir —le dije sin rodeos. Y con eso, me lancé fuera de la habitación de Sonya y entré en la visión de Lissa.

Ella viajaba en una camioneta con cinco personas más, a quienes reconocí de inmediato como otros candidatos reales. Era una camioneta de ocho personas, y también iba un guardián que conducía y otro en el asiento del pasajero que estaba mirando a Lissa y a sus compañeros.

—Cada uno de ustedes será dejado en un lugar separado a las afueras de un bosque y se les dará un mapa y una brújula. El objetivo final es que puedan llegar a su destino en el mapa y esperar a la luz del día hasta que lleguemos por ustedes... Lissa y los otros candidatos se miraron y luego, casi al mismo tiempo, se asomaron por las ventanas de la camioneta. Era casi mediodía y el sol estaba en lo más alto. —Esperar a la luz del día —no iba a ser agradable, pero tampoco parecía imposible.

Inconscientemente, se rascó un pequeño vendaje que tenía en su brazo y rápidamente se detuvo. Leí de sus pensamientos que este era: un pequeño, apenas perceptible punto tatuado en su piel. En realidad, era similar al de Sydney: sangre y tierra, mezclado con compulsión. La compulsión podía ser un tabú entre los Moroi, pero se trataba de una situación especial. El hechizo en el tatuaje impedía que los candidatos revelaran las pruebas de los monarcas a terceros no implicados en el proceso. Esta era la primera prueba.

—¿A qué clase de terreno nos están enviando? —exigió saber Marcus Lazar—. No estamos todos en la misma forma física. No es justo cuando algunos tienen una ventaja. —Sus ojos estaban puestos en Lissa mientras hablaba.

—Hay un montón de *camino* —dijo el guardián, con expresión seria—. Pero no es nada que un candidato -de cualquier edad- no pueda ser capaz de manejar. Y, para ser honesto, parte de los requisitos de un rey o una reina es una cierta cantidad de energía. La edad trae sabiduría, pero un monarca necesita estar saludable. No significa que sea un atleta —añadió el guardián rápidamente, ya que Marcus empezó a abrir la boca—. Pero no es bueno para los Moroi elegir un monarca enfermizo que muera dentro de un año. Duro, pero cierto. Y también necesita ser capaz de soportar situaciones incómodas. Si usted no puede manejar un día en el sol, no puede manejar una sesión del Consejo. —Creo que su intención era hacer una broma, pero era difícil saberlo dado que no sonreía—. Sin embargo, esta no es una carrera. Tómense su tiempo para llegar hasta el final si lo necesitan. Marcados

en el mapa están los lugares donde se ocultan ciertos artículos, artículos que van a hacer esto más llevadero, si pueden descifrar las pistas.

—¿Podemos usar nuestra magia? —preguntó Ariana Szelsky. Ella no era joven tampoco, pero se veía fuerte y preparada para aceptar un desafío de resistencia.

—Sí, se puede —dijo el guardián con solemnidad.

—¿Hay algún tipo de peligro por ahí? —preguntó otro de los candidatos, Ronald Ozerá—. ¿Aparte del sol?

—Eso —dijo el guardián misteriosamente—, es algo que necesitan aprender por ustedes mismos. Pero, si en cualquier momento quieren salir... —él sacó una bolsa de teléfonos celulares y los distribuyó. Mapas y brújulas le siguieron—, llamen al número programado, y vendremos a por ustedes.

Nadie tenía que preguntar sobre el mensaje oculto, detrás de eso. Llamando al número podrían quedar fuera de la larga jornada de resistencia. Eso también significaría que habían fallado la prueba y estaban fuera de la carrera por el trono. Lissa miró su teléfono, medio sorprendida de que incluso hubiera señal. Habían dejado la Corte hace una hora y estaban entrando en el campo. Una hilera de árboles le hizo pensar que estaban a punto de llegar a su destino.

Así que. Una prueba de resistencia física. No era lo que hubiera esperado. Las pruebas de los monarcas, desde hacía mucho tiempo, eran un misterio, ganando una reputación casi mística. Esta era bastante práctica, y Lissa podía entender el razonamiento, incluso si Marcus no lo hacía. Realmente no era una competición atlética, y el guardián tenía razón al decir que el futuro monarca debería tener un cierto nivel de condición física.

Mirando la parte posterior de su mapa, en las que se enumeraban las pistas, Lissa se dio cuenta que también pondría a prueba sus habilidades de razonamiento. Todas las cosas más básicas, pero esenciales para gobernar una nación.

La camioneta los dejó uno a uno en diferentes puntos de partida. Con cada salida de los candidatos, la ansiedad de Lissa aumentaba. *No hay nada de qué preocuparse, pensó. Sólo tengo que aguantar un día soleado.*

Ella era la siguiente después del que acababan de dejar, y detrás de ella sólo quedaba Ariana. Ariana dio unas palmaditas en el brazo de Lissa cuando la puerta de la camioneta se abrió.

—Buena suerte, querida.

Lissa le dirigió una rápida sonrisa. Estas pruebas podían ser toda una artimaña por el lado de Lissa, pero Ariana era un asunto diferente, y Lissa rezaba por que la anciana pudiera cumplirlas exitosamente.

Una vez sola, cuando la camioneta se alejó, el malestar se extendió a través de Lissa. La sencilla prueba de resistencia, de pronto parecía mucho más intimidante y difícil. Ella dependía de sí misma, algo que no sucedía muy a menudo. Yo había estado allí durante la mayor parte de su vida, e incluso cuando la había dejado, ella había tenido amigos a su alrededor. ¿Pero ahora? Era sólo ella, el mapa, y el teléfono celular. Y el teléfono celular era su enemigo.

Ella se acercó al borde del bosque y estudió su mapa. Un dibujo de un gran roble marcaba el inicio, con instrucciones de ir hacia el noroeste. Examinando los árboles, Lissa vio a tres arces, un abeto, y un roble. Al dirigirse a ellos, no pudo evitar una sonrisa. Si alguien más pusiera un punto de referencia de botánica y los demás no sabían de plantas y árboles, ellos podrían perder la candidatura enseguida.

La brújula era una clásica. No el conveniente GPS digital. Lissa nunca había usado una brújula de este tipo, y mi parte protectora deseaba poder ir y ayudarla. Yo debería haber sabido más, sin embargo, Lissa era inteligente y la entendió fácilmente. Por el noroeste, entró en el bosque. Si bien no había un camino claro, el suelo del bosque no estaba cubierto con demasiada maleza u obstáculos.

Lo bueno de estar en el bosque era que los árboles bloqueaban algunos rayos del sol. Todavía no era una condición ideal para un Moroi, pero era fantástico desde que la habían dejado en un desierto. Los pájaros cantaban, y el paisaje era verde y exuberante. Manteniéndose atenta para llegar al siguiente punto, Lissa trató de relajarse y fingir que era simplemente una caminata agradable.

Sin embargo... era difícil hacerlo con tantas cosas en su mente. Abe y nuestros otros amigos estaban ahora a cargo de trabajar y hacer preguntas sobre el asesinato. Todos ellos estaban durmiendo en este momento -era la media noche Moroi- pero Lissa no sabía cuando iba a volver y no podía dejar de molestarse porque esta prueba ocupaba su tiempo. No, perdía el tiempo. Ella había aceptado finalmente la lógica detrás de la candidatura de sus amigos- pero a ella todavía no le gustaba. Quería ayudar activamente.

Sus agitados pensamientos casi la llevaron a la derecha más allá de su punto de referencia más próximo: un árbol que había caído hace años. Cubierto de musgo, y gran parte de la madera estaba podrida. Una estrella en el mapa marcaba este como un lugar con una pista. Ella le dio vuelta al mapa y leyó:

Yo crezco y me reduzco.

Corro y me arrastro.

Sigue mi voz aunque no la tengo.

Nunca me voy de aquí, pero viajo alrededor...

Floto a través del cielo y me deslizo por el piso.

Mantengo mi cache en una bóveda a pesar de que no tengo riqueza, busco mi decadencia para salvaguardar tu salud.

Um.

Mi mente se puso en blanco para entonces, pero la de Lissa daba vueltas. Ella lo leyó una y otra vez, examinando cada una de las palabras y cómo se relacionaban con la siguiente. *Nunca me voy de aquí.* Ése era el punto de partida, ella decidió. Algo permanente. Ella miró a su alrededor, consideró los árboles, luego los descartó. Siempre podían ser cortados y removidos. Con cuidado de no vagar demasiado lejos del árbol caído, ella rodeó el área buscando algo más. Todo era teóricamente transitorio. ¿Qué quedaba?

Sigue mi voz. Ella se detuvo y cerró sus ojos, absorbiendo los sonidos a su alrededor. Principalmente aves. El ocasional crujido de las hojas. Y...

Ella abrió sus ojos y camino enérgicamente a su derecha. El sonido que ella había escuchado se hizo más fuerte, burbujeando y goteando. Allí. Un pequeño riachuelo corría a través del bosque, apenas perceptible. De hecho, parecía demasiado diminuto para el cauce labrado a su alrededor.

—Pero te apuesto a que crece cuando llueve —murmuró, indiferente a que estaba hablándole a un riachuelo. Ella miró de nuevo hacia la pista, y sentí su astuta mente rápidamente unir todas las piezas juntas. La corriente era permanente, pero viajaba. Cambiaba de tamaño. Tenía una voz. Corría en partes profundas, avanzaba lentamente cuando había obstáculos. Y cuando se evaporaba, flotaba en el aire. Ella frunció el ceño, todavía repitiendo el acertijo en voz alta—. Pero no te descompones.

Lissa estudió el área una vez más, ansiosamente pensando que la descomposición puede aplicarse a cualquier vida vegetal. Su mirada se movió más allá de un grande árbol de arce y luego regresó. En su base crecía un grupo de hongos marrones y blancos, varios marchitándose y volviéndose negros. Ella se apresuró y se arrodilló, y fue entonces cuando ella lo vio: un pequeño hueco cavado en la tierra cercana. Inclinandose más cerca, ella vio un destello de color: un bolso morado de cordel.

Triunfalmente, Lissa lo sacó y se levantó. El bolso estaba hecho de lienzo y tenía largos cordeles que le permitirían colgarlo sobre su hombro, mientras ella caminaba. Abrió el bolso y miró, con atención, su interior. Allí, metido dentro del

un mullido y peludo forro, estaba la mejor cosa de todas: una botella de agua. Hasta ahora, Lissa no se había dado cuenta cómo de acalorada y deshidratada se había puesto, o como de fatigante era el sol. Les habían dicho a los candidatos que llevaran puestos zapatos macizos y ropa práctica, pero no se les permitía ninguna otra provisión. Encontrar esta botella no tenía precio.

Sentándose en el tronco, ella se tomó un descanso, cuidadosa de conservar su agua. Mientras el mapa indicaba unas pocas pistas más y “recompensas”, ella sabía que no podía necesariamente contar con más bolsos útiles. Así que, después de varios minutos de descanso, guardó el agua y lanzó el pequeño bolso sobre su hombro. El mapa la dirigía hacia el Oeste, así que allí fue donde se dirigió.

El calor la venció mientras continuaba su camino, obligándola a tomar unas pocas (conservadoras) pausas para tomar agua. Ella continuaba recordándose que eso no era una carrera y que ella debía tomárselo con calma. Después de unas pistas más, descubrió que el mapa no era completamente a escala, por lo que no siempre era tan obvio como de larga era cada etapa de la caminata. Sin embargo, ella estaba complacida de solucionar exitosamente cada pista, aunque las recompensas se hicieran cada vez más desconcertantes.

Una de ellas era un montón de palos posados en una roca, algo que ella habría jurado que era un error, pero alguien civilizado había, claramente, atado todo el conjunto. Ella añadió eso a su bolso, junto con una lona plástica verde doblada pulcramente. A esta hora, el sudor la estaba deshidratando, y enrollar las mangas de su camisa de algodón con botones, no fue de gran ayuda. Tomaba descansos más frecuentes. Las quemaduras de sol se convirtieron en una seria preocupación, por lo que fue un alivio cuando su siguiente pista la condujo a una botella de protector solar.

Después de un par de horas de luchar contra el intenso calor de verano, Lissa se puso tan caliente y cansada que ya no tenía la energía mental para estar molesta, por perderse lo que fuera que estuviera sucediendo en la Corte. Todo lo que importaba era llegar al final de esta prueba. El mapa mostraba dos pistas más, las cuales tomó como una señal prometedora. Alcanzaría el final pronto y luego podría simplemente esperar que alguien llegara a por ella. Un destello de compresión la golpeó. La lona. La lona era un bloqueador de sol, decidió. Ella podría usarla al final.

Esto la animó, como lo hizo el siguiente premio: más agua y un sombrero blando de ala ancha que ayudó a proteger su cara de la luz del sol. Desafortunadamente, después de eso, lo que pareció ser un corto tramo del viaje, resultó ser el doble de largo de lo que ella esperaba. En el momento en el que finalmente alcanzó la siguiente pista, ella estaba más interesada en tomarse un descanso para tomar agua, que para desenterrar cualquier otra cosa que los guardianes le hubieran dejado.

Mi corazón estaba con ella. Deseaba tanto poder ser de ayuda. Ése era mi trabajo, protegerla. Ella no debería estar sola. ¿O sí? ¿Era eso también parte de la prueba? En un mundo donde la realeza casi siempre estaba rodeada por guardias, esta soledad tenía que ser un shock total. Los Moroi eran fuertes y tenían excelentes sentidos, pero no estaban hechos para el calor extremo y el terreno desafiante. Yo probablemente podría haber trotado por el camino fácilmente. Ciertamente es que, yo no estaba segura de que hubiera tenido las habilidades deductivas de Lissa para lograr descifrar las pistas.

La última recompensa del Lissa era sílex y acero, no es que ella tuviera alguna idea de lo que eran. Los reconocí al instante, como las herramientas de un equipo para hacer fuego, pero por nada del mundo podía entender por qué ella necesitaría hacer un fuego en un día como este. Con un encogimiento de hombros, añadió los artículos a su bolso y continuó su marcha.

Y allí fue cuando las cosas comenzaron a ponerse frías. Realmente frías.

Ella no procesó completamente eso al principio, principalmente porque el sol todavía estaba brillando tan radiantemente. Su cerebro le decía que lo que sentía era imposible, pero su piel de gallina y el castaño de sus dientes decían lo contrario. Rodó sus mangas hacia abajo y apresuró su paso, deseando que el repentino frío hubiera venido al menos con una cubierta de nubes. Caminar más rápido y esforzarse más, ayudó a calentar su cuerpo.

Hasta que comenzó a llover.

Comenzó como una niebla, luego cambio a una llovizna y finalmente se convirtió en una constante cortina de agua. Su pelo y ropa se empaparon, empeorando la fría temperatura. Sin embargo... el sol todavía brillaba, su luz era una molestia para su piel sensible, sin ofrecer calidez en compensación.

Magia, se dio cuenta. Este clima es mágico. Esto era parte de la prueba. De alguna manera, los usuarios de magia Moroi de aire y agua se habían unido para desafiar el caluroso y soleado clima. Por eso ella tenía una lona, para bloquear el sol y la lluvia. Ella consideró sacarla ahora y usarla como una capa, pero rápidamente decidió esperar hasta que alcanzara el punto final. Ella no tenía ni idea a qué distancia estaba realmente, sin embargo. ¿Veinte pies? ¿Veinte millas? El frío de la lluvia se arrastró sobre ella, filtrándose bajo su piel. Se sentía miserable.

El teléfono celular en el bolso era su boleto de salida. Apenas era el atardecer. Tenía mucho tiempo para esperar antes de que esta prueba terminara. Todo lo que tenía que hacer era hacer una llamada... una llamada, y ella estaría fuera de este desastre y volvería a trabajar en lo que ella debería, en la Corte. No. Una semilla de determinación llameó dentro de ella. Este desafío ya no era sobre el trono Moroi o el asesinato de Tatiana. Era una prueba que tomaría para sí misma. Había llevado

una suave y protegida vida, dejando que otros la protegieran. Ella soportaría esto por sí misma, y ella pasaría la prueba.

Esta determinación la llevó al final del mapa, un claro con árboles. Dos de los árboles eran pequeños y estaban lo suficientemente juntos que Lissa pensó que podría ser capaz de extender la lona sobre ellos para hacer una especie de refugio razonable. Con fríos y titubeantes dedos, ella pudo sacarla del bolso y desdoblarla completamente, afortunadamente era mucho más grande de lo que ella había sospechado. Su humor comenzó a levantarse, mientras trabajaba con la lona e investigó como crear un pequeño dosel. Ella se deslizó lentamente dentro, una vez que estuvo completo, feliz de estar fuera de la lluvia que caía.

Pero esto no cambió el hecho que ella estaba mojada. O que la tierra también estaba mojada y fangosa. La lona tampoco la protegía contra el frío. Ella sintió un destello de amargura, recordando a los guardianes diciendo que la magia estaba permitida en esta prueba. Ella no había pensado que la magia sería útil entonces, pero ahora, ella ciertamente podía ver las ventajas de ser un usuario de agua para controlar la lluvia y guarecerse de ella. O, todavía mejor: ser un usuario de fuego. Deseaba que Christian estuviera con ella. Ella le hubiera dado la bienvenida al calor de su magia y a su abrazo. Por este tipo de situación, el espíritu apesta, a menos que quizá a ella le diera hipotermia y necesitara tratar de sanarse (lo que nunca funcionaba tan bien como lo hacía en otras personas). No, decidió. No podía haber duda: los usuarios de agua y de fuego tenían la ventaja en esta prueba.

Ahí fue cuando se dio cuenta.

¡Fuego!

Lissa se enderezó de donde había estado acurrucada. Ella no había reconocido el hierro y el pedernal por lo que eran, pero ahora, los vagos recuerdos de la fabricación de fuego regresaban a ella. Nunca le habían enseñado aquellas habilidades directamente, pero estaba bastante segura que golpeando las piedras podría hacer una chispa, si sólo tuviera la madera seca. Todo ahí estaba empapado...

Excepto el montón de palos en su bolso. Riendo a carcajadas, ella desató los palos y los colocó en un lugar protegido de la lluvia. Después de organizarlos en lo que parecía un acogedor modelo de fogata, trato de entender qué hacer con el acero y el sílex. En las películas, pensó haber visto a las personas simplemente golpearlos para hacer volar chispas. Así que eso fue lo que hizo.

Nada sucedió.

Ella lo intentó tres veces más y su anterior entusiasmo cedió paso a la frustración oscurecida del espíritu. Lo desechó fuera de ella, necesítándolo para permanecer

concentrada. En el cuarto intento, una chispa emprendió el vuelo y se desvaneció, pero eso era lo que ella necesitaba para entender el principio.

Después de un rato, ella pudo fácilmente hacer algunas chispas, pero no hacían nada cuando caían en la madera, arriba y abajo: su humor era una montaña rusa de esperanza y decepción. No te rindas, quería decirle mientras apartaba más la negatividad. También quería darle una lección sobre hacer fuego, pero eso era algo que traspasaba mis límites.

Al mirarla, me estaba empezando a dar cuenta cuánto había sobreestimado la inteligencia de Lissa. Sabía que ella era brillante, pero siempre la había imaginado como indefensa ante estas situaciones. No lo era. Esa pequeña chispa no podía penetrar la madera de las varas. Ella necesitaba una llama más grande. Ella necesitaba algo que las chispas pudieran encender, pero ¿qué? Seguro que algo que no estaba en este bosque empapado de agua.

Sus ojos se posaron en el mapa que salía de su bolso. Ella titubeó un momento antes de romper y deshacer el papel en una pila sobre las varas. Supuestamente, ella había llegado al final de la caminata y no necesitaba el mapa. Supuestamente. Pero ya era muy tarde ahora y Lissa siguió con su plan. Primero, sacó algo del forro peludo del bolso, añadiendo los pedacitos de pelusa al papel. Luego ella tomó el sílex y el acero de nuevo.

Una chispa saltó y de inmediato agarró un pedazo del papel. Se fue tornando naranja antes de desvanecerse, dejando una voluta de humo. Ella lo intentó de nuevo, inclinándose hacia delante para soplar suavemente el papel cuando la chispa cayó. Una pequeña llama apareció, alcanzando un pedazo y luego se desvaneció. Armándose de valor, Lissa lo intentó una última vez.

—Vamos, vamos —murmuró, como si pudiera a obligar al fuego a existir.

Esta vez, la chispa agarró fuego y se mantuvo, convirtiéndose en una pequeña llama, luego una llama más grande que pronto consumió su leña. Recé para que encendiera la madera, de otra forma ella tendría mala suerte. La llama creció más brillante y más grande, comiéndose hasta el último papel y pelusa... y luego extendiéndose por todas las varas. Lissa sopló suavemente para extenderla, y antes de un rato, la fogata estaba a todo lo que daba.

El fuego no podía apagar el frío, pero en lo que respecta a eso, ella tenía el calor de todo el sol en sus manos. Ella sonrió y un sentido de orgullo que no había sentido desde hace tiempo, se extendió dentro de ella. Finalmente capaz de relajarse, echó un vistazo al lluvioso bosque y agarró los destellos más débiles de color a la distancia. Canalizando el espíritu, ella usó su magia para intensificar su capacidad de ver auras. Bastante seguras, escondidas lejos, lejos entre los árboles, ella podría ver dos auras de colores fuertes y estables. Sus dueños se mantuvieron quietos, quedándose tranquilos y cubiertos. La sonrisa de Lissa creció. Guardianes. O tal

vez los usuarios de aire y agua controlando el clima. Ninguno de los candidatos estaba solo aquí fuera. Ronald Ozero no había tenido ninguna necesidad de preocuparse, pero entonces, él no sabía eso. Sólo ella lo sabía. Tal vez, después de todo, el espíritu no era tan inútil aquí afuera.

La lluvia comenzó a clarear, y el calor del fuego siguió calmándola. Ella no podía saber el clima con ver el cielo, pero de alguna manera, sabía que no tendría problema con esperar durante el día y...

—¿Rose? —Una voz me sacó fuera de la lucha de supervivencia en la selva de Lissa—. Rose, despierta o...lo que sea que estés haciendo.

Parpadeé, concentrándome en la cara de Sydney, la cual estaba a unas pocas pulgadas de la mía. —¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué me estas fastidiando?

Ella se estremeció y se sacudió, quedándose momentáneamente muda. Separarme de Lissa mientras estaba unida a ella, no me había afectado entonces, pero ahora, consciente en mi propio cuerpo, sentí que la cólera y la irritación me inundaban. *No eres tú, no es Sydney*, me dije. *Es un espíritu. Cálmate*. Respiré profundo, negándome a dejar que el espíritu me dominara. Yo era más fuerte que él. Eso esperaba. Mientras luchaba por abandonar esos sentimientos, miré alrededor y recordé que estaba en la habitación de Sonya Karp. Todos mis problemas volvían a mi mente. Había un Strigoi en el otro cuarto, uno que apenas manteníamos restringido y quién no parecía que fuera darnos las respuestas en cualquier momento.

Me volví hacia Sydney, quién todavía parecía que me tenía miedo. —Lo siento... no era mi intención asustarte. Yo sólo me sobresalté. —Ella titubeó unos momentos y luego asintió aceptando mi disculpa. Mientras el miedo desaparecía de su rostro, podía ver que algo más le molestaba—. ¿Qué sucede? —le pregunté. Mientras estuviéramos vivos y Sonya aún estuviera atrapada, las cosas no estarían tan mal, ¿no?

Sydney retrocedió y cruzó sus brazos. —Victor Dashkov y su hermano están aquí.

Capítulo 18

Traducido por: cowdiem

Corregido por: Yolit Belikov

SALTÉ DE LA CAMA, ALIVIADA de no haber caído. Mi cabeza aun me dolía, pero ya no me sentía mareada, lo cual ojalá significaba que había evadido una contusión. Mirando hacia el reloj alarma mientras dejaba la habitación de Sonya, vi que había estado en la cabeza de Lissa por unas pocas horas. Su prueba había sido mucho más extensa de lo que yo había pensado.

En la sala de estar, me encontré con una visión casi cómica. Víctor y Robert estaban de pie ahí, en persona, absorbiendo todos los detalles de alrededor. Incluso Robert parecía estar con nosotros mentalmente esta vez. Solo que, mientras Víctor estaba estudiando todo en su calculadora forma, la atención de Robert estaba fija en Sonya. Sus ojos estaban desorbitados de asombro. Dimitri, por el momento, no había alterado su posición cerca de Sonya o quitado la estaca de la cercanía de la garganta de ella. Estaba claro por su postura y mirada vigilante, sin embargo, que él consideraba a los hermanos como una nueva amenaza y estaba tratando —imposiblemente— de estar en guardia contra todo. Parecía aliviado de verme y tener algo de apoyo.

Sonya se había quedado completamente quieta en sus cadenas, lo cual no me gustaba para nada. Me hacía pensar que ella estaba planeando algo. Sus ojos rojos se entrecerraron.

Toda la situación era tensa y peligrosa, pero una pequeña parte de mi sentía una presumida satisfacción mientras estudiaba a Víctor más cerca. Los encuentros en los sueños habían sido engañosos. Justo como yo podía cambiar mi apariencia en sueños, Víctor se había hecho a sí mismo lucir más fuerte y sano en esas visitas de lo que estaba en la vida real. La edad, la enfermedad, y la vida corriendo estaban tomando su peaje. Sombras oscuras delineaban sus ojos, y su cabello gris parecía más delgado de que lo estaba hace un mes. Él parecía demacrado y cansado, pero sabía que el aun era peligroso.

—Entonces —dije, las manos en mis caderas—. Te las arreglaste para encontrarnos.

—Hay un lago en esta ciudad —dijo Víctor—. Una casa azul. Quizás tu tenias problemas con esas indicaciones, pero para el resto de nosotros, no fue tan difícil.

—Bueno, si tú eres tan inteligente, ¿Cuál es tu plan ahora? —pregunté. Estaba tratando de buscar evasivas mientras frenéticamente pensaba sobre cuál era mi plan. Quería capturar a Víctor y Robert pero no sabía cómo. Deseo que nos quedaran cadenas disponibles. Además de someter físicamente a los hermanos, nosotros también necesitaríamos específicamente maniatar sus manos para reducir su habilidad de usar la magia.

—Ya que eres tan hermosa —contrarrestó Víctor—. Asumo que ya has obtenido la información necesaria.

Gesticulé hacia Sonya.

—Ella no es exactamente abierta.

Los ojos de Victor cayeron en ella.

—Sonya Karp. Has cambiado desde la última vez que te vi.

—Voy a matarlos a todos —Sonya gruñó—. Y consumirlos uno a uno. Normalmente comenzaría con el humano y luego trabajaría al Moroi, pero... —ella miró a Dimitri y a mí, su rostro lleno de rabia—. Creo que los reservaré a ustedes dos hasta el final y alargare su sufrimiento —ella pauso y casi cómicamente añadió—. Tú me has molestado más que todos.

—¿Acaso todos los Strigoi pasan por el mismo campamento de milicia y aprenden las mismas amenazas? Es una maravilla que no te carcajees también —me giré hacia Victor—. ¿Ves? No es tan fácil. Hemos intentado todo. Golpearla, torturarla. Sydney le nombro a todos sus parientes. Ninguna reacción.

Victor estudio a Sydney en detalle por primera vez.

—Entonces. Tu mascota alquimista.

Sydney no se movió. Sabía que ella debía estar asustada de enfrentarse a alguien que era ambos un vampiro y un criminal peligroso. Debía darle puntos para enfrentar su mirada fija sin pestañear.

—Joven —Victor reflexionó—. Pero por supuesto ella lo seria. Imagino que es la única forma en que podías manipularla para unirse a esta pequeña escapada.

—Estoy aquí por elección —respondió Sydney. Su expresión permaneció en calma y confiada—. Nadie me manipuló —el chantaje de Abe no era de verdad relevante en este momento.

—Mira, si quieres continuar torturándome con tus no—divertidos comentarios, podrías solo haber continuado invadiendo mis sueños —espeté—. Si no tienes nada útil para ofrecer, entonces sal de aquí y déjanos esperar hasta que el hambre debilite a Sonya —y por sal de aquí, quise decir: estúpidamente piensa que te vas a ir de modo que pueda golpear sus cabezas entre ellas y arrastrarlos de vuelta a los guardianes.

—Podemos ayudar —dijo Victor. Él tocó a su hermano ligeramente en el brazo. Robert se encogió, alejando sus ojos de Sonya y Victor—. Tus métodos están destinados a fallar. Si quieres respuestas, solo hay una forma de—

Sonya hizo su movimiento. Dimitri aun estaba justo al lado de ella, pero él también había estado manteniendo un ojo en el resto de nosotros. Y por supuesto, yo había estado completamente concentrada en la actuación de Victor también. Fui probablemente la mejor apertura que ella podría haber deseado.

Con la loca fuerza de los Strigoi, ella puso resistencia levantándose de la silla. La cadena estaba enrollada alrededor de ella una y otra vez, pero su rápido movimiento y fuerza fueron suficientes para romper la cadena en dos sitios. El resto aun la rodeaba, pero yo sabía perfectamente bien que incluso una abertura era suficiente para ella para eventualmente liberarse. Distraído o no, Dimitri estaba sobre ella en un segundo, y un segundo más tarde, estaba yo. Ella se estaba agitando en la silla, usando cada pizca de su fuerza y velocidad para quitarse las cadenas. Si ella se soltaba, sabía que montaría otra fiera lucha. Dimitri y yo nos miramos brevemente, y sabía que estábamos pensando la misma cosa. Primero, ¿Cómo iba a controlarla de nuevo? La cadena podía ser unida de nuevo, pero teníamos que soltarla y comenzar de nuevo, lo cual estaría cerca de lo imposible. Ambos sabíamos también que él y yo podríamos no ser capaces de controlarla por segunda vez, y ahora teníamos inocentes alrededor. Ellos no podrían pelear, pero Sonya podría ser capaz de usarlos en su ventaja de alguna forma.

Todo lo que podíamos hacer era intentar mantenerla abajo. Sosteniéndola contra una superficie plana como el piso hubiera sido mucho más fácil que el reclinable difícil de manejar. Nos sacudió mientras ella luchaba contra nosotros, y nosotros luchábamos por tener una buena posición en la silla. Dimitri tenía su estaca —yo había dejado la mía a un lado antes— y él la restregó contra la piel de ella, dándonos algo de ventaja en el forcejeo. Ella gritó de rabia, y yo me aferré a la esperanza de que la pudiéramos cansar. Probablemente no. Nos cansaríamos primero. Mi adolorida cabeza era prueba suficiente de que no estaba en mis mejores condiciones.

Vi un destello de movimiento en la periferia, elevando nuevas alarmas. Robert Doru se estaba dirigiendo a nosotros —y él tenía una estaca de plata en su mano. La visión era tan bizarra e inesperada que fui lenta en alertar a Dimitri. Cuando mi perezosa mente volvió a la vida, era demasiado tarde.

—¡No! —chillé, viendo como Robert elevaba la estaca—. ¡No la mates!

Dimitri se giró y vio a Robert entonces, pero no había nada que él pudiera hacer. Dimitri y yo habíamos creado la perfecta oportunidad. Nosotros estábamos sosteniendo a Sonya quieta, y con su pecho vulnerable, Robert tenía un tiro limpio. Frenéticamente, me pregunté que hacer. Si lo detenía, liberaría a Sonya. Si no lo detenía, él mataría a nuestra única oportunidad de descubrir quién.

Demasiado tarde. La estaca se hundió con una fuerza que me sorprendió. Lissa había tenido un tiempo muy difícil estacando a Dimitri, y yo había asumido que lo mismo sería verdad para alguien como Robert, quien era más viejo y parecía tan frágil. Pero, no. Él aun tuvo que usar sus dos manos, pero la estaca entró firmemente en el pecho de Sonya, perforando su corazón.

Sonya dejó salir un fuerte grito. Una brillante, y cegadoramente blanca luz repentinamente llenó la habitación, justo cuando una fuerza invisible me atacaba. Golpee la muralla, mi cerebro escasamente registrando el dolor. La pequeña casa tembló, y con una mano, traté de agarrar algo y sostenerme. Apreté con fuerza mis ojos pero aun podía ver destellos. El tiempo se detuvo. Mis latidos se enlentecieron.

Luego —todo se detuvo. Todo. La luz. Los temblores. Respiré normalmente. Todo estaba callado y tranquilo, casi como si hubiera imaginado lo que justo había pasado.

Pestañeeé, tratando de volver mis ojos al foco y evaluar la situación. Hice mi mejor esfuerzo para levantarme torpemente y vi a Dimitri haciendo lo mismo. Él se veía como si algo también lo hubiera golpeado pero se había agarrado de la muralla como soporte, más que haberse estampado contra ella. Robert estaba acostado en el suelo, y Victor corrió a ayudarlo. Sydney solo estaba de pie congelada.

¿Y Sonya?

—Increíble —susurré.

Sonya aun estaba en la silla, y por la forma en que estaba sentada, era obvio que ella había sido golpeada por la misma fuerza que nos había golpeado al resto de nosotros. Las cadenas aun estaban alrededor de ella, pero ella ya no estaba luchando. En su regazo estaba la estaca de plata que Robert había sostenido hace solo unos momentos. Sonya se las arregló para agitar una mano fuera de las cadenas, solo lo suficiente para que sus dedos rozaran contra la superficie de la estaca. Sus ojos se abrieron especulativos —ojos que eran de un rico azul celeste.

Robert había traído a Sonya Karp de vuelta a la vida. Ella ya no era más un Strigoi.

Cuando Lissa había salvado a Dimitri, había sentido la magia de poder a través del lazo, dándome la completa y abrumadora experiencia de todo. Presenciarlo ahora, sin el conocimiento de primera mano provista por Lissa, era aun así de increíble.

Victor estaba preocupado por Robert, pero el resto de nosotros no podíamos parar de mirar fijamente a Sonya sorprendidos. Yo seguía buscando algo —algo— que pudiera darme la más ligera pista de su experiencia previa.

No había nada. Su piel lucía la palidez típica de los Moroi, pero aun estaba llena de la tibieza de la vida, con el más ligero toque de color —no como los Strigoi, la cual estaba completamente desprovista de pigmento. Los ojos de ella estaban inyectados en sangre, pero eso era por las lágrimas que se formaban rápidamente. No había ningún anillo rojo alrededor de sus irises. Y la mirada en esos ojos...no había crueldad o malicia. No eran los ojos de alguien que justo hace un momento los había amenazado con asesinarlos. Sus ojos eran solo conmoción y miedo y confusión. Yo no podía quitar mi mirada de ella.

Un milagro. Otro milagro. Incluso después de haber visto a Lissa restaurar a Dimitri, alguna secreta parte de mi había creído que nunca presenciaria nada como eso de nuevo. Así era como los milagros funcionaban. Uno en la vida. Había habido mucha charla sobre el uso del espíritu para salvar Strigoi en todos lados, charlas que se habían desvanecido cuando otros dramas —como el asesinato de la reina— tomaron importancia en la corte. La carencia de usuarios de espíritu incluso había hecho la idea impopular, y además, todos sabían las dificultades involucradas con un Moroi estaqueando un Strigoi. Si guardianes entrenados murieron luchando con Strigoi, ¿Cómo un Moroi podía estacar a uno? Bueno, aquí está la respuesta: un Strigoi controlado. Un Moroi podía arreglárselas para estacar a uno con dos manos, especialmente con el apoyo de un guardián. Las posibilidades me hicieron tambaleármela magia de Robert era fuerte, pero él era viejo y frágil. Entonces, si aun así él hizo esto, ¿Podían los otros usuarios de espíritu? Él casi lo había hecho parecer fácil. ¿Podía Adrian hacerlo? ¿Podría Lissa hacerlo de nuevo?

Un milagro. Sonya Karp era un milagro vivo y que respiraba.

Y repentinamente, ella comenzó a gritar.

Comenzó como una clase de gemido bajo y rápidamente aumento en volumen. El sonido me devolvió la atención, pero no sabía exactamente como responder. Dimitri lo hizo. Su estaca cayó de sus manos, y él se apuró a estar al lado de Sonya, donde comenzó a tratar de liberarla de las cadenas. Ella se debatió a su toque, pero sus esfuerzos ya no encerraban la fuerza sobrenatural de un monstruo no muerto buscando venganza. Estos eran los movimientos de alguien desesperadamente y terriblemente asustado.

Yo había amarrado esas cadenas bastante seguramente, pero Dimitri las había sacado en segundos. Una vez que Sonya estaba libre, él se sentó en la silla y la empujó hacia él, dejándola esconder su rostro contra el pecho de él y sollozar. Tragué. Dimitri también había sollozado cuando él había sido cambiado de vuelta.

Una imagen extraña pasó por mi mente. ¿Era el llorar la reacción natural de cualquier nacido —o en este caso, renacido— a este mundo?

Un movimiento repentino captó mi atención. Los ojos de Sydney estaban ampliados, y ella en realidad se estaba moviendo hacia Dimitri—para detenerlo.

—¿Qué estás haciendo? —ella gritó—. ¡No la liberes!

Dimitri ignoró a Sydney, y yo la tomé, tirándola hacia atrás.

—Está bien, está bien —dije. Sydney era el factor más estable en toda esta operación. No podía tenerla volviéndose loca—. Ella no es un Strigoi. Mira. Mírala. Ella es una Moroi.

Sydney lentamente negó con la cabeza.

—No puede ser. Recién la vi.

—Es lo que pasó con Dimitri. Exactamente lo mismo. Tu no crees que es un Strigoi, ¿cierto? Tu confías en él —libere mi agarre en ella, y ella se mantuvo ahí, su rostro cauteloso.

Mirando hacia los hermanos, me di cuenta que la de ellos podría ser una situación más seria que lo que había pensado. Robert, aunque no era un Strigoi, se veía lo suficientemente pálido para ser uno. Sus ojos eran vacíos, la saliva se escapaba parcialmente de su boca abierta. Reevalué mi primera observación sobre Robert haciendo lucir la restauración de los Strigoi fácil. Él la estacó como un profesional, pero obviamente, hubo unos pocos efectos secundarios. Víctor estaba tratando de apoyar a su hermano y murmuraba palabras tranquilizadoras y de apoyo. Y en el rostro de Víctor...bueno, había una expresión de compasión y miedo que nunca había visto antes. Mi cerebro no sabía completamente como reconciliarla con la bien definida imagen de villano que tenía de él. Él parecía una persona real.

Víctor me miró, sus labios torciéndose en una amarga sonrisa.

—¿Qué, ningún chiste inteligente ahora? Deberías estar feliz. Te hemos dado lo que querías. ¿Tú necesitabas respuestas de Sonya Karp? —él asintió hacia ella—. Ve a conseguirlas. Ciertamente han venido a un alto precio.

—¡No! —exclamó Dimitri. Él aun sostenía a Sonya contra él, pero su amable expresión se endureció ante las palabras de Víctor—. ¿Estás loco? ¿Acaso no viste lo que acaba de suceder?

Víctor arqueó una ceja.

—Si, lo note.

—¡Ella no está en condiciones de responder nada! Esta conmocionada. Déjenla sola.

—No actúes si ella fuera la que está sufriendo aquí —espetó Víctor. Girándose hacia Robert, Víctor lo ayudó a ponerse de pie y caminar hacia el sillón. Robert casi no podía hacerlo, sus piernas temblando y luego rindiéndose cuando él se sentó. Víctor puso un brazo alrededor de Robert—. Estarás bien. Todo va a estar bien.

—¿Lo estará? —pregunté insegura. Robert no se veía como si estuviera en tan buena forma. Mis pensamientos anteriores sobre los usuarios de espíritu salvando Strigoi continuaban volviéndose irreales—. Él...él lo hizo antes y se recuperó, ¿cierto? Y Lissa está bien.

—Robert era mucho más joven —como es Vasilisa —respondió Víctor, golpeando el hombro de Robert—. Y este es con costos un hechizo simple. Hacerla aunque sea una vez es monumental. ¿Dos veces? Bueno, tú y yo sabemos cómo funciona el espíritu, y esta hazaña cobra en ambos cuerpo y alma. Robert ha hecho un gran sacrificio por ti.

Él lo hizo, supuse.

—Gracias, Robert —dije. Las palabras salieron dubitativas de mis labios. Robert no pareció escuchar.

Dimitri se puso de pie, levantando a Sonya fácilmente en sus brazos. Ella aun estaba llorando, pero sus sollozos eran más silenciosos ahora.

—Ella necesita descansar —él dijo bruscamente—. Créeme, no tienes idea de lo que está pasando dentro de ella ahora.

—Oh, te creo —dije.

—Son idiotas —espetó Víctor—. Ambos.

Fue un milagro que la mirada enojada de Dimitri no clavara a Víctor al suelo.

—No interrogatorios aun.

Asentí demostrando estar de acuerdo, no sabiendo que mas hacer. Cuando Lissa había cambiado a Dimitri, ella había adoptado una fiera y similar actitud protectora. Él podría no haber sido el que cambio a Sonya, pero él era el único que tenía alguna idea por lo que ella estaba pasando. Yo sabía que él había tenido un ajustamiento difícil y que los efectos iniciales de la restauración habían sido desorientadores. Eso era ni siquiera tomando en cuenta la subsecuente depresión.

Él pasó por el lado de todos nosotros, llevando a Sonya a su habitación. Sydney los vio irse y luego miró hacia el sofá, donde Víctor aun tenía sus brazos alrededor de su hermano. La alquimista encontró mis ojos asombrada.

—Escuché...pero no creí.

—A veces —le dije—, yo aun no lo hago. Va contra cada regla del universo.

Para mi sorpresa, ella tocó la pequeña cruz de oro alrededor de su cuello.

—Algunas reglas son más grandes que el universo.

Víctor se levantó del sillón, aparentemente satisfecho de que Robert estaba resistiendo. Me tensé. Dejando los milagros de lado, él era un criminal, uno que yo intentaba capturar. Él dio un paso hacia mí, bajando su voz.

—Lamento interrumpir Metafísica 101, pero necesitas escucharme —él dijo—. Ten cuidado, Rose. Mucho cuidado. Mucho descansa en ti. No dejes que tu mascota lobo te aleje de descubrir lo que Sonya sabe.

—Pero él tiene razón —exclamé—. ¡Han pasado cinco minutos! Por lo que ella pasó...por lo que ambos pasaron...bueno, es algo importante. Literalmente cambia la vida. Él también tuvo que recuperarse y ajustarse a ser salvado. Una vez que lo haga, ella nos ayudará.

—¿Estás segura? —él preguntó, estrechando sus ojos—. ¿Pensará ella que ha sido salvada? Lo olvidas: Belikov fue convertido contra su voluntad. Ella no.

—¿Q..qué estás diciendo? ¿Qué ella va a intentar convertirse en una Strigoi de nuevo?

Él se encogió de hombros.

—Estoy diciendo obtén tus respuestas pronto. Y no la dejes sola.

Con eso, Víctor se giró y se dirigió a la cocina. Pronto volvió con un vaso de agua. Robert la bebió ávidamente y luego cayó en un pesado sueño. Suspiré y me incliné contra la pared cerca de Sydney, totalmente agotada. Aun estaba adolorida por la lucha anterior.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Sydney.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Esperamos, supongo.

Dimitri volvió un poco más tarde y escatimó una pequeña mirada hacia Robert.

—Ella está durmiendo también —él me dijo—. La transformación...es difícil —podía ver una mirada embrujada en sus ojos y me pregunté que recuerdo lo estaba atormentando ahora. ¿El recuerdo de ser cambiado? ¿El recuerdo de ser Strigoi?

—No creo que debamos dejar a Sonya sola —dije. Por el rabillo de mi ojo, vi la sonrisa afectada de Víctor—. Alguien debería quedarse con ella en caso de que despierte. Ella no sabrá que está pasando.

Dimitri no respondió por unos pocos segundos mientras me escrudiñaba. Él me conocía lo bastante bien como para sentir que podría haber algo más en mi mente. Afortunadamente, él no podía encontrar un defecto en mi lógica.

—Tienes razón. ¿Te molestaría sentarte con ella? —él le preguntó a Sydney.

A tientas busqué por algo para decir. No, no. No Sydney. Si Sonya en realidad se volvía contra nosotros, necesitábamos a alguien más de guardia —alguien que pudiera luchar de vuelta. Sydney, probablemente adivinando mi problema, me salvó de mentirle a Dimitri— o de decirle la verdad sobre mis preocupaciones.

—Ella no me conoce. Podría poner las cosas peor cuando despierte. Además... — Sydney puso esa desagradable expresión en la cual los Alquimistas destacaban—. Realmente no me siento cómoda con alguien que era un monstruo hace cinco minutos atrás.

—Ella no es Strigoi —él exclamó—. ¡Ella es absoluta y completamente Moroi de nuevo!

Incluso yo me sentí un poco acobardada por la rudeza de la voz de él, pero no estaba completamente sorprendida por su vehemente reacción. Él había tenido un tiempo complicado intentando convencer a los otros de que había cambiado. Su rostro se suavizó un poco.

—Sé que es difícil de creer, pero ella de verdad ha cambiado.

—Yo me quedaré con ella entonces —dije.

—No, no —Dimitri negó con la cabeza—. Sydney tiene razón en una cosa: Sonya podría estar confundida. Es mejor si alguien que entiende lo que ha pasado está ahí.

Comencé a discutir que yo era la única que Sonya de verdad conocía pero luego decidí que prefería estar con los hermanos. Ellos parecían inofensivos ahora, pero yo no confiaba en ellos. Dimitri aparentemente tampoco. Él dio unos pocos pasos hacia adelante y se inclinó, hablando solo a una pulgada de mi oído.

—Mantén un ojo en ellos —él murmuró—. Robert está bastante mal ahora pero podría recuperarse antes de lo que pensamos.

—Lo sé.

Él comenzó a girarse, luego me miró de vuelta. Su rostro de comandante se había suavizado en algo pensativo y asombrado.

—¿Rose?

—¿Sí?

—Esa... ¿Así fue cuando Lissa me cambió?

—Más o menos.

—No me había dado cuenta...fue... —él luchó por encontrar palabras. Era inusual—. La forma en que es luz llenó la habitación, la forma en que ella cambió. Ver esa vida emerger de la muerte...fue...

—¿Hermoso?

Él asintió.

—Vida como esa...no puedes—no, no puedes desperdiciarla.

—No —estuve de acuerdo—. No puedes.

Vi algo cambiar en él entonces. Fue pequeño, justo como en el callejón, pero supe que otro pedazo del trauma Strigoi se había desprendido.

Él no dijo nada más, y miré mientras él caminaba de vuelta por el pasillo. Con nada más que hacer, Sydney se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, sosteniendo un libro en su regazo. Estaba cerrado, los pensamientos de ella claramente en otro lado. Mientras tanto, Víctor se sentó en la silla, reclinándola. No se veía tan mal como Robert, pero líneas de fatiga se mostraban en ambos hermanos. Bien. Mientras más tiempo estuvieran fuera de servicio, mejor. Traje una silla de la cocina de modo que me pudiera sentar y vigilar la habitación. Todo estaba en calma.

Me sentía como una niñera, lo cual supongo que casi era. Había sido un largo día, y la noche pronto tornó las ventanas negras. Esto me preocupó. Por todo lo que sabía, Sonya tenía algunos amigos Strigoi que podrían pasarse. Es hecho de que Donovan la conociera ciertamente indicaba que ella no era una total marginada entre ellos. Eso me puso extra-vigilante, pero al mismo tiempo, estaba exhausta. Los hermanos ya estaban dormidos. Sydney, quizás en un intento de mantener su programación humana, eventualmente encontró una manta y una almohada disponible y se enrolló en una improvisada cama en el piso.

¿Y yo? Yo estaba en medio de las programaciones de vampiros y humanos. Tenía la sensación de que Dimitri estaba igual. Realmente, estábamos en una programación de haz-lo-que-sea-necesario, en el cual el sueño por un periodo prolongado no era una opción.

Un canturreo de emoción y sorpresa repentinamente cantó a través del lazo. No sentí ni peligro ni amenaza, pero curiosamente me hizo decidir checar a Lissa de

todos modos. Incluso si estaba en su mente, sabía que mi cuerpo estaría vigilante, y quería saber como el resto de la prueba de Lissa había ido.

Maravillosamente, por supuesto. Ella viajaba de vuelta a la corte, exhausta pero orgullosa de sí misma. Ella no era la única. El resto de sus compañeros lucían la misma expresión...todos excepto Ava Drozlov. Ella había sido la única en romperse y usar el celular para llamar por ayuda. Lissa estaba sorprendida de que Ava se hubiera roto. Después de las tempranas quejas, Marcus Lazar había parecido el más cercano a rendirse. Pero no, el viejo hombre se las había arreglado de alguna forma, lo cual quería decir que continuaba en las pruebas del monarca. Ava se rehusaba a hacer contacto visual con nadie, en vez de eso miraba desoladamente por la ventana mientras viajaban de vuelta a la corte. Ella aun tendría un puesto en el Consejo, pero su esperanza de ser reina se había ido.

Lissa se sentía mal por ella pero no podía malgastar demasiada preocupación. Era la forma de las pruebas, la forma en la que determinaban a los mejores candidatos. Además, Lissa tenía sus propias preocupaciones. Estar fuera durante el día había corrido en contra de la programación vampírica normal. Ahora, ella simplemente quería volver a la Corte, encontrar su habitación, y dormir por unas pocas horas. Ella quería algo de paz.

En vez de eso, ella encontró a una turba esperando por ella.

Capítulo 19

Traducido por: ηlllq

Corregido por: andre27xl

LAS FURGONETAS ESTACIONARON en un parte relativamente remota de la Corte, así que ver la zona llena de Moroi ansiosos fue realmente una sorpresa para Lissa. Los guardianes se movieron a través de la gente como fantasmas, de la misma manera en que lo habían hecho para la sesión de nominación, guardando el orden tanto como les fuera posible. La multitud seguía cruzándose en su camino mientras las furgonetas intentaban alcanzar el garaje, y los rostros se fijaban en las ventanas, intentando obtener un vistazo de los candidatos de la realeza.

Lissa miraba a las masas con absoluto desconcierto, casi temiendo salir del interior de la furgoneta. Ariana le dio una sonrisa reconfortante. —Esto es normal. Todos ellos quieren saber quiénes lo hicieron y quiénes no. Especialmente ellos. —Inclinó su cabeza indicando hacia la parte delantera de la furgoneta. Mirando a través del parabrisas, Lissa pudo distinguir a los otros seis candidatos. Debido a que la extensión del bosque sólo podía contener a un número determinado de personas, el grupo había sido dividido en dos. El resto de los candidatos tomaría la misma prueba mañana y estaban sin duda curiosos de saber quiénes entre los competidores la habían pasado el día de hoy.

Lissa estaba acostumbrada al orden y al decoro entre la realeza, así que estaba asombrada de ver tanto ahínco y frenesí entre ellos ahora. Y por supuesto, los Moroi “comunes” que habían llegado a la Corte se encontraban mezclados entre la multitud también. Todos se estaban empujando, asomándose por encima de las cabezas del resto para descubrir lo que había ocurrido. La gente estaba gritando algunos de los nombres de los candidatos, y yo estaba medio sorprendida de que no hubieran comenzado ya con las canciones y pancartas.

Lissa y sus compañeros salieron de la furgoneta y se encontraron con una ola de aplausos que recorrió la multitud. Rápidamente se volvió bastante obvio quienes habían pasado y quiénes no. Esto provocó que el bulido de la multitud aumentara aún más. Lissa se quedó clavada en el suelo, mirando alrededor y sintiéndose perdida. Una cosa era discutir racionalmente las ventajas de su candidatura a Reina con sus amigos. Pero era un asunto completamente diferente el ser repentinamente consciente de lo que realmente significaban las elecciones.

El enfoque había estado limitado sólo a un par de cosas: mi seguridad, encontrar al asesino, y sobrevivir a las pruebas. Ahora, mientras se encontraba entre la multitud, se dio cuenta de que la elección se trataba de algo mucho más grande que ella, más grande que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Para estas personas, esto no era una broma. No era un fraude para evadir la ley y así ganar más tiempo. Sus vidas estaban figuradamente en la línea. Moroi y Dhampirs vivían en el interior de varios países y obedecían a esas leyes, pero también obedecían a este gobierno, el que operaba al interior de la Corte. Éste influía en todo el mundo y afectaba a cada Dhampir y Moroi que elegía permanecer en nuestra sociedad.

Teníamos algunas votaciones, sí, pero era el Rey o la Reina quien daba forma a nuestros futuros.

Los guardianes a cargo de la multitud finalmente dieron el visto bueno para que los miembros de las familias pasaran a través de las masas y recogieran a sus candidatos. Lissa no tenía ninguno. Ambos, a Janine y Eddie —a pesar de los reclamos anteriores— les fueron otorgados ocasionalmente algunas tareas temporales para prevenir que se mantuvieran con Lissa 24/7, y ciertamente no tenía ningún familiar que pudiera ir por ella. A la deriva, se sentía mareada en todo ese caos, aún aturdida por su momento de claridad.

Emociones conflictivas luchaban en su interior. Estar engañando a todo el mundo la hacía sentir indigna, como si debiera renunciar a su candidatura justo ahora. Al mismo tiempo, repentinamente quería ser digna de las elecciones. Quería mantener la cabeza alta y caminar hacia las pruebas con orgullo, incluso si ella las estaba tomando por motivos egoístas.

Al fin, una mano fuerte capturó firmemente su brazo. Christian. —Vamos. Salgamos de aquí. —El la apartó, avanzando a través de la multitud—. Hey —llamó a un par de guardianes que se encontraban a la periferia del público—. ¿Un poco de ayuda para la Princesa aquí?

Era la primera que lo había visto actuar como un miembro de la realeza, lanzando alrededor la autoridad de su línea de sangre. Para mí, él era el sarcástico y cínico Christian. En la sociedad Moroi, ahora, a los dieciocho, podía ser técnicamente denominado Lord Ozer. Yo había olvidado eso. Los dos guardianes no. Se apresuraron a llegar al lado de Lissa, ayudando a Cristian a apartar la multitud. Los rostros alrededor se convirtieron en un borrón, y el ruido en un rugido sordo. Aun así, cada cierto tiempo, lograba captar algunas cosas. El canto de su nombre. Declaraciones sobre el regreso del dragón, que era el símbolo de la familia Dragomir. Esto es real, seguía pensando ella. Esto es real.

Los guardianes la sacaron eficientemente fuera de todo eso y la llevaron de regreso a través de los terrenos de la Corte hasta su edificio. La dejaron ir una vez que consideraron que se encontraba a salvo, y ella graciosamente les agradeció por su

ayuda. Cuando ella y Cristian estuvieron en la habitación, se dejó caer sobre la cama, aturdida.

—Oh Dios mío —dijo ella—. Eso fue una locura.

Christian sonrió. —¿Qué parte? ¿Tu fiesta de bienvenida? ¿O la prueba en sí misma? Te ves como si recientemente hubieras... bueno, no estoy realmente seguro de qué hiciste recientemente.

Lissa hizo una rápida revisión de sí misma. Ellos les habían dado toallas secas en el viaje de regreso a casa, pero sus ropas aún estaban húmedas y se habían arrugado mientras se secaban. Sus zapatos y sus vaqueros estaban completamente cubiertos de barro, y ni siquiera quería imaginar cómo debía lucir su cabello.

—Sí, nosotros...

Las palabras se atascaron en su lengua —y no porque ella decidiera no contárselo en el último minuto.

—No puedo decirlo —murmuró—. Realmente funcionó. El hechizo no me lo permite.

—¿Qué hechizo? —preguntó él.

Lissa enrolló su manga y levantó el vendaje para mostrarle el pequeño punto tatuado sobre su brazo. —Es un hechizo de compulsión para que no pueda hablar sobre la prueba. Como el que tienen los alquimistas.

—Wow —dijo él, realmente impresionado—. Nunca pensé que esas cosas funcionaran en realidad.

—Eso supongo. Es realmente extraño. Quiero hablar sobre ello, pero sólo... no puedo.

—Está bien —dijo él, cepillando algunos de sus cabellos húmedos a un lado—. Pasaste. Eso es lo que importa. Sólo enfócate en eso.

—La única cosa en la que me quiero enfocar justo ahora es en una ducha, lo que es algo irónico, considerando lo empapada que estoy. —A pesar de eso, ella no se movió, y en su lugar fijó su mirada en una pared lejana.

—Oye —dijo Christian gentilmente—. ¿Qué es lo que va mal? ¿Te asustó la multitud?

Ella se volvió hacia él. —No, esa es la cosa. Quiero decir, ellos eran intimidantes, sí. Pero me acabo de dar cuenta... no lo sé. Acabo de notar que soy parte de un proceso mayor, uno que ha existido desde...

—¿El principio de los tiempos? —bromeó Christian, citando la declaración sin sentido de Nathan.

—Casi —respondió ella, con una pequeña sonrisa que desapareció rápidamente—. Esto va más allá de la tradición Christian. Las elecciones son una parte fundamental de nuestra sociedad. Están arraigadas. Nosotros podemos hablar sobre el cambio, las leyes sobre la edad, o la lucha, o lo que sea, pero esto es algo muy antiguo. Y de largo alcance. ¿Esas persona allí afuera? No todos ellos son estadounidenses. Ellos han venido desde todos los países. A veces olvido que a pesar de que la Corte esté aquí, gobierna a los Moroi en todos los lugares. Lo que ocurra aquí afecta a todo el mundo.

—¿A dónde quieres llegar con esto? —preguntó él. Ella estaba perdida en sus propios pensamientos y no podía ver a Christian tan objetivamente como yo lo hacía. Él conocía a Lissa. La entendía y la amaba. Los dos tenían una sincronización similar a la que Dimitri y yo compartíamos. Sin embargo, algunas veces, los pensamientos de Lissa tomaban direcciones que él no podía imaginar. Él nunca lo había admitido, pero yo sabía que una de las razones por la que la amaba era que —a diferencia de mí, que como todos sabían era impetuosa— Lissa siempre había parecido la imagen de la calma y la racionalidad. Entonces, hacía algo totalmente inesperado. Esos momentos lo deleitaban, pero algunas veces lo asustaban porque nunca sabía cuánto era el rol que el espíritu jugaba en sus acciones. Ésta era una de esas veces. Sabía que las elecciones la estaban estresando, y como yo, sabía que eso podría sacar a relucir la peor parte.

—Voy a tomarme estas pruebas seriamente —dijo ella—. Es... es vergonzoso no hacerlo. Un insulto a nuestra sociedad. Mi meta final es descubrir quién inculpó a Rose, pero, ¿mientras tanto? Voy a pasar a través de las pruebas como alguien que tiene intención de convertirse en Reina.

Christian dudó antes de hablar, algo raro en él. —¿Quieres convertirte en Reina?

Eso sacó a Lissa de su soñadora filosofía sobre la tradición y el honor. —¡No! Por supuesto que no. Tengo dieciocho años. Ni siquiera tengo edad suficiente para beber aún.

—Eso nunca te detuvo para hacerlo —apuntó él, volviendo a ser el mismo de siempre.

—¡Estoy hablando en serio! Quiero ir la Universidad. Quiero a Rose de regreso. No quiero gobernar a la nación Moroi.

Una mirada astuta iluminó los ojos azules de Christian. —Sabes, mi tía Tasha bromea sobre cómo en realidad serías una mejor Reina que los otros, excepto que algunas veces... no creo que esté bromeando.

Lissa gimió y se estiró sobre la cama. —La amo, pero tenemos que mantenerla bajo control. Si cualquiera pudiera realmente conseguir que esa ley cambiara, esos serían ella y sus amigos activistas.

—Bueno, no te preocupes. La cosa sobre sus “amigos activistas” es que tienen tanto por lo que protestar, que usualmente no pueden estar detrás de más de una cosa al mismo tiempo. —Christian se tendió a su lado en la cama y la atrajo hacia él—. Pero para que conste, pienso que serías una gran Reina también, Princesa Dragomir.

—Vas a quedar completamente sucio —advirtió ella.

—Ya lo estoy. ¿Oh, te refieres a tus ropas? —Él envolvió sus brazos alrededor de ella, haciendo caso omiso de su estado húmedo y fangoso. Pasé la mayor parte de mi infancia escondiéndome en un desván polvoriento y con sólo una camisa para utilizar. ¿Realmente piensas que me preocupa ésta camiseta?

Ella rió y luego lo besó, liberando a su mente de sus preocupaciones por un momento y sólo saboreando la sensación de sus labios. Considerando que estaban sobre una cama, me pregunté si ya era hora de alejarme de ahí. Luego de varios segundos, ella se echó hacia atrás y suspiró con satisfacción.

—Sabes, algunas veces pienso que te amo.

—¿Algunas veces? —preguntó él con indignación fingida.

Ella le alborotó el cabello. —Todo el tiempo. Pero tengo que mantenerte sobre tus pies.

—Considéralo hecho.

Él acercó sus labios hacia los de ella otra vez pero se detuvo cuando sonó un golpe en la puerta. Lissa se apartó de su casi-beso, pero ninguno de ellos rompió el abrazo.

—No respondas —dijo Christian.

Lissa frunció el ceño, mirando hacia la sala de estar. Se escapó de sus brazos, se puso de pie, y caminó hacia la puerta. Cuando estaba a varios metros de distancia de él, asintió con la cabeza a sabiendas. —Es Adrian.

—Mayor razón para no responder —dijo Christian.

Lissa lo ignoró y abrió la puerta, y por supuesto, mi malvado-y-posiblemente-decuidado novio estaba ahí de pie. Desde detrás de Lissa, escuché a Christian decir — La peor. Sincronización. Jamás existida.

Adrian estudió a Lissa y luego miró a Christian expandido sobre la cama al otro lado de la suite. —Huh —dijo Adrian, entrando a la habitación—. Así que así es como ustedes van a solucionar el problema familiar. Pequeños Dragomir. Buena idea.

Christian se incorporó y caminó hacia ellos. —Sí, es exactamente así. Estás interrumpiendo asuntos oficiales del Consejo.

Para ser Adrian estaba vestido casualmente, vaqueros y una camiseta negra, a pesar de que él hacía que se vieran como si fueran ropas de diseñador. En realidad, probablemente lo eran. Dios, lo extrañaba. Los extrañaba a todos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Lissa. Mientras que Christian parecía considerar la llegada de Adrian como una ofensa personal, Lissa sabía que Adrian no estaría ahí sin una buena razón, especialmente a una hora tan temprana dentro del día Moroi. A pesar de que tenía sobre su rostro su usual sonrisa floja, había un brillo de emoción y ansiedad en su aura. Tenía noticias.

—Lo tengo —dijo Adrian—. Lo tengo atrapado.

—¿A quién? —preguntó Lissa, sorprendida.

—A ese idiota de Blake Lazar.

—¿A qué te refieres con atrapado? —Preguntó Christian, tan perplejo como Lissa—. ¿Instalaste una trampa de osos en la cancha de tenis o algo así?

—Eso quisiera. Él está en La Flecha Ardiente. Acabo de traerle otra ronda, así que aún debería estar ahí si nos damos prisa. Piensa que salí sólo por un cigarrillo.

Juzgando por la esencia que emanaba desde Adrian, Lissa pensaba que realmente había ido por un cigarrillo. Y probablemente había compartido la ronda. —¿Has estado en el bar tan temprano?

Adrian se encogió de hombros. —No es temprano para los humanos.

—Pero tú no eres...

—Oh Vamos, prima. —El aura de Adrian no tenía los colores apagados de alguien que estuviera completamente borracho, pero sí, definitivamente había tomado un par de tragos. —Si el chico lindo de Ambrosse tenía razón sobre la Tía Tatiana, entonces este tipo puede decirnos los nombres de otras mujeres celosas.

—¿Por qué no le preguntaste tú mismo? —preguntó Cristian.

—Porque si yo estuviera preguntando sobre la vida sexual de mi tía sería asqueroso y estaría mal —dijo Adrian—. Además Blake estará más que feliz de hablar con nuestra encantadora princesa aquí presente.

Lissa realmente quería irse a su cama, pero la idea de encontrar cualquier cosa que me ayudara propagó una nueva corriente de energía a través de ella. —Bien, al menos déjame cambiarme de ropa y cepillar mi cabello.

Mientras se estaba cambiando en el baño, escuchó a Adrian decirle a Christian. Sabes, tu camiseta tiene un aspecto algo sucio. Parece que deberías poner en ello un poco más de esfuerzo ya que estás saliendo con una princesa.

Quince minutos más tarde, el trío estaba en camino a través de la Corte hacia un bar escondido dentro de un edificio administrativo. Había estado ahí antes y en un principio había pensado que era un lugar extraño para instalar un bar. Pero, después de un periodo reciente de ser archivadora, había decidido que si iba a estar haciendo trabajo de oficina por el resto de mi vida, probablemente también querría tener alcohol a mano.

El lugar estaba tenuemente iluminado, para la comodidad y mejor ánimo de los Moroi, dejando de lado la broma de Adrian, realmente era temprano para los Moroi, y sólo un par de usuarios más estaban ahí. Adrian le hizo un pequeño gesto a la encargada de la barra, que asumí de inmediato que era una especie de orden porque la mujer se volvió e inmediatamente comenzó a preparar un trago.

—¡Hey, Ivashkov! ¿A dónde te habías ido?

Una voz se dirigió a Lissa y los otros, y luego de algunos momentos, logró ver a un solitario hombre en una mesa del rincón. Mientras Adrian los conducía más cerca, Lissa vio que el hombre era joven, cercano a la edad de Adrian, con el cabello negro rizado y brillantes ojos azul verdosos, como el color de la corbata más reciente de Abe. Era como si alguien hubiera tomado el impresionante color de los ojos de ambos, Adrian y Christian, y los hubiera mezclado juntos. Tenía un elegante cuerpo musculoso —tanto como un Moroi podría serlo— y, aun teniendo novio, Lissa pudo apreciar lo caliente que estaba este chico.

—A buscar compañía de mejor aspecto —replicó Adrian, sacando una silla.

El Moroi notó a la compañía de Adrian y se puso de pie de un salto. Cogió la mano de Lissa, se inclinó sobre ella, y la besó. —Princesa Dragomir. Es un honor el poder conocerla finalmente. Al verla desde la distancia supe que era hermosa. ¿Pero de cerca? Divina.

—Este —dijo grandiosamente Adrian—, es Blake Lazar.

—Gusto en conocerte —dijo ella.

Blake sonrió radiantemente. —¿Puedo llamarte Vasilisa?

—Puedes llamarme Lissa.

—También puedes, —agregó Christian—, dejar ir su mano ahora.

Blake miró a Christian, tomándose unos momentos más para liberar la mano de Lissa -pareciendo muy orgullosos de esos segundos extra. —También le he visto a usted. Ozer. Crispin, ¿verdad?

—Christian, —corrigió Lissa.

—Correcto. —Blake sacó una silla, todavía jugando al por-encima caballero.

—Por favor. Acompáñanos. —No hizo tal oferta a Christian, que fue a su manera a sentarse cerca de Lissa. —¿Qué le gustaría tomar? Va por mi cuenta.

—Nada, —dijo Lissa.

El camarero apareció en ese momento, trayendo la bebida de Adrian y otra para Blake.

—Nunca es demasiado temprano. Pregunto Ivashkov. Usted bebe tan pronto como rueda fuera de la cama, ¿verdad?

—Hay una botella de whisky justo en mi mesita de noche, —dijo Adrian, todavía manteniendo su tono ligero. Lissa abrió los ojos a su aura. Llevaba el oro brillante que todos los usuarios espíritu tenían, todavía un poco confusa por el alcohol. También tenía la más mínima pizca de rojo -no verdadera rabia, pero definitivamente molestia.

Lissa recordó que ni Adrian ni Ambrose habían tenido una buena opinión de este tipo Blake.

—Entonces, ¿qué te trae a ti y a Christopher aquí? —Preguntó Blake. Terminó un vaso de algo de color ámbar y lo puso al lado de la nueva bebida.

—Christian, —dijo Christian.

—Estábamos hablando de mi tía antes, —dijo Adrian. Una vez más, se las arregló para sonar muy casual, pero no importa lo mucho que tal vez deseara limpiar mi nombre, profundizar en los detalles del asesinato de Tatiana obviamente le molestaba.

La sonrisa de Blake disminuyó un poco. —Qué deprimente. Para los dos. —Eso fue dirigido a Adrian y Lissa. Christian bien pudo no haber existido—. Lo siento por Hathaway también, —añadió solo a Lissa—. He escuchado lo molesta que ha estado. ¿Quién habría visto eso venir?

Lissa se dio cuenta que se refería a la forma en que había estado fingiendo estar enojada y herida por mí. —Bueno, —dijo ella con amargura—. Supongo que uno

simplemente no conoce a las personas. Había un millón de pistas de antemano. Solo que no presté atención.

—Usted debe estar muy molesto también, —dijo Christian—. Escuchamos que usted y la reina eran muy cercanos.

La sonrisa de Blake regresó. —Sí. . . nos conocíamos bastante bien. Voy a extrañarla. Podría parecer fría para algunas personas, pero créanme, sabía cómo pasar un buen rato. —Blake miró a Adrian—. Tú debiste haber sabido eso.

—No en la forma en que usted lo hizo. —Adrián hizo una pausa para tomar un sorbo de su propia bebida. Creo que lo necesitaba para frenar cualquier comentario insolente, y honestamente, yo no se lo reprochaba. De hecho, admiraba su auto-control. Si yo hubiera estado en su lugar, hacía mucho que hubiera golpeado a Blake.

—O Ambrose.

La bonita sonrisa de Blake se transformó en una mueca completa. —¿Él? ¿Esa puta de sangre? Él no se merece estar en su presencia. Aún no puedo creer que le permitan permanecer en la corte.

—Él en realidad piensa que mataste a la reina. —Entonces Lissa añadió a toda prisa—, lo que es ridículo cuando toda la evidencia demuestra que Rose lo hizo.

Esas no habían sido las palabras exactas de Ambrose, pero ella quería ver si podía obtener una reacción. Lo hizo.

—¿Él piensa qué? —Sí. Definitivamente ninguna sonrisa ahora. Sin ella, Blake de repente no parecía tan guapo como antes—. ¡Ese mentiroso hijo de puta! Tengo una coartada, y lo sabe. Solo está cabreado porque yo le gustaba más a ella.

—Entonces, ¿por qué lo mantenía a su alrededor? —Preguntó Christian, su rostro casi angelical—. ¿No eras tú suficiente?

Blake se fijó en él con una mirada, mientras se acababa la nueva bebida casi de un trago. Casi por arte de magia, el camarero apareció con otra. Blake asintió en agradecimiento antes de continuar. —Oh, yo era más que suficiente. Más que suficiente para una docena de mujeres, pero yo no perdía el tiempo en las formas en que él lo hacía.

La expresión de Adrian estaba creciendo cada vez más dolorosa en cada mención de la vida sexual de Tatiana. Sin embargo, jugó su papel. —¿Supongo que estás hablando de las otras novias de Ambrose?

—Así es. Pero “chica” es un poco extremo. Todas eran mayores, y honestamente, creo que le pagaban. No es que tu mamá necesitara pagar a nadie, —agregó

Blake—. Quiero decir, ella es realmente muy caliente. Pero sabes, no podía estar realmente con él en ninguna forma real.

Pareció tomar a todos un momento seguir lo que Blake estaba hablando

Adrian lo cogió en primer lugar. —¿Qué acabas de decir?

—Oh. —Blake se miraba legítimamente sorprendido, pero era difícil decir si era un acto.

—Creí que lo sabías. Tú mamá y Ambrose. . . bueno, ¿quién podría culparla? ¿Con tu papá? Aunque sólo entre tú y yo, creo que podría haberlo hecho mejor. —El tono de Blake implicaba exactamente con quién creía que Daniella podría haberlo hecho mejor.

En la visión de Lissa, el aura de Adrian ardía roja. —¡Hijo de puta! —Adrian no era del tipo peleón, pero había una primera vez para todo -y Blake acababa de cruzar una línea seria—. Mi mamá no estaba engañando a mi papá. E incluso si lo estaba... seguro como el infierno que no tiene que pagar por ello.

Blake no parecía sorprendido, pero tal vez las cosas habrían sido diferentes si Adrian en realidad lo hubiera golpeado. Lissa apoyó la mano en el brazo de Adrian y la apretó suavemente.

—Calmado, —murmuró. Sentí el más mínimo cosquilleo del movimiento de su compulsión de calma hacia él. Adrián lo reconoció de inmediato y retiró su brazo de regreso, dándole una mirada que decía que no apreciaba su “ayuda.”

—Pensé que no te agradaba tu papá, —dijo Blake, totalmente inconsciente de que sus noticias podían ser molestas—. Y además, no te pongas todo enojado conmigo.

Yo no estaba durmiendo con ella. Solo te digo lo que he oído. Como he dicho, si quieres empezar a acusar a personas al azar, ve tras alguien como Ambrose.

Lissa saltó para evitar que Adrian dijera nada. —¿Cuántas mujeres? ¿Sabes con quién más estaba involucrado?

—Otras tres. —Blake enumeró los nombres en su mano—. Marta Drozdov y Mirabel Conta. Espera. Esas son dos. Estaba pensando con Daniella, eso es tres. Pero entonces, eso es cuatro con la reina. Sí, cuatro.

Lissa no se preocupó con las defectuosas habilidades matemáticas de Blake, aunque apoyó las anteriores referencias de “idiota”. Marta Drozdov era una semi-real conocida que se había puesto a viajar por el mundo en su vejez. Por consideración de Lissa, Marta apenas estaba en los EE.UU. la mayor parte del año, y mucho menos en la corte. Ella no parecía involucrada lo suficiente para asesinar a Tatiana. En cuanto a Mirabel Conta... era reconocida de una forma diferente. Era conocida por dormir con la mitad de los hombres en la Corte, casados o no. Lissa no la

conocía bien, pero Mirabel nunca le había parecido demasiado interesada en un solo tipo.

—Dormir con otras mujeres no le da realmente un motivo para matar a la reina, —señaló Lissa.

—No, —acordó Blake—. Como he dicho, es obvio que la chica Hathaway lo hizo.

Hizo una pausa. —Una maldita pena también. Ella es muy caliente. Dios, ese cuerpo. De todos modos, si Ambrose la hubiera matado, lo habría hecho porque estaba celoso de mí, porque le gustaba más a Tatiana. No por todas esas otras mujeres que estaba viendo.

—¿Por qué Ambrose simplemente no lo mataba a usted? —Preguntó Christian—. Tiene más sentido.

Blake no tuvo oportunidad de responder, porque Adrian estaba de nuevo en el tema anterior, sus ojos brillantes de cólera. —Mi madre no estaba durmiendo con nadie. Ella ni siquiera duerme con mi padre.

Blake continuó en su forma ajena. —Hey, yo los vi. Estaban todos uno sobre otro.

¿He mencionado lo caliente que tu-

—Basta, —advirtió Lissa—. No estás ayudando.

Adrian apretó el vaso. —¡Nada de esto está ayudando! —Es evidente que las cosas no iban como esperaba cuando había llamado a Lissa y a Christian de su habitación. —Y no voy a sentarme y escuchar esta mierda. —Adrian se bajó la bebida y se disparó de su silla, volviéndose bruscamente hacia la salida. Tiró un poco de dinero en el bar antes de salir por la puerta.

—Pobre tipo, —dijo Blake. Él volvió a su calma, arrogante—. Ha pasado por muchas cosas entre su tía, mamá, y novia asesina. Es por eso que en realidad, al final del día, simplemente no puedes confiar en las mujeres. —Hizo un guiño a Lissa—. Compañía actual excluida, por supuesto.

Lissa se sintió tan disgustada como Adrian, y un rápido vistazo a la cara atormentada de Christian demostró que sentía lo mismo. Ya era hora de irse antes de que alguien realmente le pegara a Blake. —Bueno, ha sido un placer hablar contigo, pero nos tenemos que ir.

Blake le puso sus ojos de cachorro. —¡Pero si acabas de llegar! Tenía la esperanza de que pudiéramos llegar a conocernos. —Fue sin decir lo que quería decir con eso—. Oh. Y a Kreskin también.

Christian ni siquiera se molestó con una corrección en esta ocasión. Simplemente tomó la mano de Lissa. —Nos tenemos que ir.

—Sí, —estuvo de acuerdo Lissa.

Blake se encogió de hombros y movió la mano para otra bebida. —Bueno, cada vez que quieras realmente experimentar el mundo, ven a verme.

Christian y Lissa se dirigieron a la puerta, con Christian murmurando, — realmente espero que la última parte fuera para ti, no para mi.

—Ese no es un mundo que quiera experimentar, —dijo Lissa con una mueca. Salieron, y ella miró a su alrededor, en el caso de que Adrián se hubiera demorado.

Nop. Él se había ido, y ella no lo culpaba. —Puedo ver ahora por qué a Ambrose y a Adrian no les gusta. Él es tan...

—¿Imbécil? —Facilitó Christian. Voltearon hacia el edificio de ella.

—Supongo que sí.

—¿Lo suficiente como para cometer un asesinato?

—¿Honestamente? No. —Lissa suspiró—. Estoy medio de acuerdo con Ambrose... No creo que Blake sea lo suficientemente inteligente para asesinar. O que el motivo esté realmente allí. No puedo saber si una persona está mintiendo o no por sus auras, pero la suya no reveló nada demasiado deshonesto. Tú bromeas, pero si alguien fuera a cometer un asesinato por celos, ¿por qué no son los chicos los que quieren matarse uno al otro? Es mucho más fácil.

—Ambos tienen fácil acceso a Tatiana, —le recordó Christian.

—Ya lo sé. Pero si hay amor y sexo en juego aquí... parece que sería una persona celosa de la reina. Una mujer.

Una pausa larga y significativa colgaba entre ellos, ninguno de ellos queriendo decir lo que estaban pensando tanto. Por último, Christian rompió el silencio.

—Digamos, como, ¿Daniella Ivashkov?

Lissa negó con la cabeza. —No puedo creer eso. Ella no parece el tipo.

—Los asesinos no parecen del tipo. Es por eso que se salen con la suya.

—¿Has estado estudiando criminología o algo así?

—No. —Alcanzaron la puerta de entrada al edificio de ella, y él la abrió para Lissa—. Sólo presentando algunos hechos. Sabemos que a la mamá de Adrian nunca le gustó Tatiana por razones personales. Ahora nos enteramos de que estaban compartiendo el mismo hombre.

—Tiene una coartada, —dijo Lissa fríamente.

—Todo el mundo tiene una coartada, —le recordó—. Y como hemos aprendido, por esas se puede pagar. De hecho, Daniella ya ha pagado por una.

—Todavía no puedo creerlo. No sin más pruebas. Ambrose juró que esto era más político que personal.

—Ambrose no está fuera de la lista tampoco.

Llegaron a la habitación de Lissa. —Esto es más difícil de lo que pensé que sería.

Entraron, y Christian envolvió sus brazos alrededor de ella.

—Ya lo sé. Pero vamos a hacerlo juntos. Vamos a averiguarlo. Pero... tal vez debamos mantener algo de esto para nosotros mismos. Tal vez estoy exagerando aquí, pero creo que sería mejor si nosotros nunca, nunca le decimos a Adrian que su mamá tiene un excelente motivo para haber matado a su tía.

—¿Oh, te parece? —Ella apoyó la cabeza contra su pecho y bostezó.

—Hora de la siesta, —dijo Christian, llevándola hacia la cama.

—Todavía necesito una ducha.

—El sueño primero. Ducha después. —Retiró las sábanas—. Voy a dormir contigo.

—¿Dormir o acostarte? —Preguntó secamente, deslizándose con gratitud en la cama.

—Sueño real. Lo necesitas. —Se arrastró a su lado, haciendo cuchara en contra de ella y apoyando su rostro en el hombro de ella—. Por supuesto, después, si quieres llevar a cabo cualquier asunto oficial del Consejo...

—Te lo juro, si dices "Pequeños Dragomirs" puedes dormir en el pasillo.

Estaba segura de que había una réplica patentada de Christian en camino, pero otro golpe le cortó. Miró hacia arriba con exasperación. —No respondas. Esta vez de verdad.

Pero Lissa no pudo evitarlo. Rompió su abrazo y salió de la cama. —No es Adrian...

—Entonces probablemente no sea importante, —dijo Christian.

—No sabemos eso. —Ella se levantó y abrió la puerta, revelando a mi madre.

Janine Hathaway se deslizó en la habitación con tanta naturalidad como Adrian había hecho, sus ojos afilados mientras estudiaba cada detalle a su alrededor por una amenaza. —Siento haber estado lejos, —le dijo a Lissa.

—Eddie y yo queríamos establecer un sistema de alternancia, pero ambos nos retiramos por servicio más temprano. —Miró a la cama deshecha, con Christian en ella, pero siendo quien era, llegó a una conclusión pragmática, no una a romántica. —Justo a tiempo. Pensé que te gustaría a dormir después de la prueba. No te preocupes - yo vigilaré y me aseguraré de que nada suceda.

Christian y Lissa intercambiaron miradas tristes.

—Gracias, —dijo Lissa.

Capítulo 20

Traducido por: evelin

Corregido por: Marina012

—**D**EBERÍAS DORMIR.

La suave voz de Sydney casi me hizo saltar fuera de mi piel, probando que incluso mientras estaba en la mente de Lissa, todavía podía estar alerta. Sintonicé de nuevo la oscura sala de estar de Sonya. Además de Sydney, todo estaba tranquilo y en paz.

—Pareces un muerto viviente —continuó ella—. Y no lo digo a la ligera.

—Tengo que vigilar —dije.

—Yo vigilaré. Tú duerme.

—No estás entrenada como yo —señalé—. Podrías perderte de algo.

—Aun así no me perdería una pelea de Strigoi bajo la puerta —respondió ella—. Mira, sé que ustedes son rudos. No tienes porqué convencerme. Pero tengo la sensación de que las cosas se van a poner más difíciles, y no quiero que te desmayes en un momento crucial. Si duermes ahora, puedes relevar a Dimitri más tarde.

La sola mención de Dimitri me hizo ceder. Necesitaríamos relevarnos eventualmente. Así que, de mala gana, me arrastré lentamente hacia la cama de Sydney en el suelo, dándole todo tipo de instrucciones con las que creo, ella rodó sus ojos. Me quedé dormida casi instantáneamente y luego desperté rápidamente cuando escuché el sonido de una puerta cerrándose.

Inmediatamente me incorporé, esperando ver a los Strigoi derribar la puerta. En cambio, me encontré con la luz del sol arrastrándose a través de las ventanas y a Sydney mirándome con diversión. En la sala de estar, Robert estaba sentado en el sofá, frotándose los ojos. Víctor se había ido. Alarmada, me di vuelta hacia Sydney.

—Está en el baño —dijo ella, anticipando mi pregunta.

Ese era el sonido que había escuchado. Exhalé aliviada y me levanté, sorprendida de cómo unas pocas horas de sueño me habían energizado. Si sólo tuviera comida, estaría lista para cualquier cosa. Por supuesto, Sonya no tenía ningún tipo de

comida, pero me conformé con un vaso de agua en la cocina. Mientras estaba tomándola, me di cuenta de que los hermanos Dashkov se sentían como en casa: con los abrigos colgados en ganchos y las llaves del coche en el mostrador. Silenciosamente agarré las llaves y llamé a Sydney.

Ella entró en la cocina y yo se las pasé furtivamente, tratando de no dejarlas sonar.

—¿Todavía sabes de coches? —murmuré.

En una mirada exquisita, ella me dijo que era una pregunta ridícula e insultante.

—De acuerdo. ¿Puedes a comprar comestibles? Vamos a necesitar comida. Y tal vez cuando salgas, puedes, uhm, asegurarte de que su carro tiene un problema con el motor o algo parecido. Cualquier cosa que los mantenga aquí. Pero no algo obvio, como los neumáticos acuchillados.

Ella puso las llaves en su bolsillo. —Fácil. ¿Tienes alguna solicitud de alimentos?

Pensé en ello. —Algo con azúcar. Y café para Dimitri.

—El café es un hecho —dijo ella.

Victor entró en la cocina, con su típica expresión de indiferencia, haciéndome pensar que él no había escuchado las instrucciones que le había dado a Sydney para sabotear su coche. —Sydney conseguirá unos comestibles —dije, esperando distraerlo antes de que pudiera notar las llaves que faltaban—. ¿Necesitas algo?

—Un alimentador sería agradable, pero fuera de eso, Robert tiene un gusto especial por los Cheerios. Los de manzana y canela —él le sonrió a Sydney—. Nunca pensé ver el día en que un Alquimista sería la chica de los encargos. Es encantador.

Sydney abrió su boca, sin duda para hacer un comentario mordaz y yo rápidamente sacudí mi cabeza. —Sólo vete —dije.

Ella se fue y Víctor pronto regresó al lado de Robert. Convencida de que los hermanos no se irían a ningún lado en la plena luz del día sin un coche, decidí que era tiempo para darle un vistazo a Dimitri. Para mi sorpresa, Sonya estaba despierta, ella estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama con él y los dos hablaban en voz baja. Su cabello estaba despeinado por el sueño y la pelea, pero por lo demás, ella no mostraba cortes ni contusiones de la batalla. Dimitri había estado igual después de su transformación, escapando de quemaduras terribles. El poder de una restauración Strigoi sanaba todas las lesiones. Entre mis piernas despellejadas y la conmoción cerebral, deseé en cierta manera que alguien me hubiera transformado en un Strigoi.

Sonya se apartó de Dimitri cuando yo entré. Una secuencia de emociones pasó a través de su rostro. Miedo. Asombro. Reconocimiento.

—¿Rose? —hubo vacilación en la palabra, como si ella se preguntaba si yo era una alucinación.

Forcé una sonrisa. —Es bueno verte de nuevo —elegí no añadir, “Ahora que no estás tratando de quitarme la vida.”

Ella desvió los ojos hasta sus manos, estudiando sus dedos como si ellos fueran mágicos y maravillosos. Por supuesto, después de haber sido un monstruo, tal vez tener sus “viejas manos” de regreso era realmente maravilloso. El día después de su cambio, Dimitri no había parecido tan frágil, pero seguramente había estado en shock. Fue también cuando él se deprimió. ¿Estaba deprimida? ¿O quería ser convertida nuevamente, como Víctor lo había sugerido?

Yo no sabía que decir. Era todo tan extraño e incómodo. —Sydney fue por comestibles —le dije a Dimitri débilmente—. Ella también se quedó despierta ayer para que yo pudiera dormir.

—Lo sé —dijo él con una pequeña sonrisa—. Me levanté una vez para echarte un vistazo.

Me sonrojé, de alguna manera avergonzada por haber sido agarrada en mi debilidad. —Puedes descansar también —le dije—. Desayuna y luego yo cuidaré de todo. Sé, por una fuente confiable, que el coche de Víctor va a tener problemas. También que a Robert realmente le gustan los Cheerios, así que si quieres un poco, estás de suerte. Él no parece del tipo que comparte.

La sonrisa de Dimitri creció. Sonya de repente levantó su cabeza.

—Aquí, hay otro usuario del espíritu —dijo ella, con desesperación—. Puedo sentirlo. Lo recuerdo. —Ella miró entre Dimitri y yo—. No es seguro. No estamos a salvo. No debería estar con nosotros.

—Todo está bien —dijo Dimitri con una voz demasiado suave que el tono era extraño para él, pero la había escuchado antes. Él solía usarla en mí en algunos de mis momentos más desesperados—. No te preocupes.

Sonya sacudió la cabeza. —No. No entiendes. Nosotros... nosotros somos capaces de cosas terribles. Con nosotros mismos, con los demás. Esa es la razón por la que cambié, para detener la locura. Y se detuvo, excepto que... fue peor. En su forma. Las cosas que hice...

Ahí estaba, el mismo remordimiento que Dimitri había sentido. Con algo de miedo de que empezara a decirle que no había redención para él tampoco, yo dije: —No fuiste tú. Estabas controlada por algo más.

Ella hundió su rostro en sus manos. —Pero yo lo elegí. Yo. Yo hice que ocurriera.

—Ese fue el espíritu —dije—. Es difícil de combatir. Como tú dijiste, puede hacerte llevar a cabo cosas terribles. No estabas pensando claramente. Lissa lucha con lo mismo todo el tiempo.

—¿Vasilisa? —Sonya levantó los ojos y miró el lugar. Creo que ella estaba hurgando en los recuerdos. De hecho, a pesar de sus divagaciones, yo no creía que estuviera tan inestable como lo había estado antes de convertirse en Strigoi.

Habíamos oído que las sanaciones podían disminuir la locura del espíritu y creo que la transformación de Robert había aclarado por ahora la oscuridad dentro de ella.

—Sí, por supuesto. Vasilisa también tiene esas luchas —ella se dio vuelta hacia mí en pánico—. ¿La ayudaste? ¿La sacaste de allí?

—Lo hice —dije, tratando de emular la dulzura de Dimitri. Lissa y yo huimos de St. Vladimir por un tiempo, en parte debido a las advertencias de Sonya.

—Nos fuimos y luego regresamos y, uhh, fuimos capaces de detener lo que la estaba persiguiendo —no pensé que fuera una buena idea dejar saber a Sonya que la cosa —o, mejor dicho, la persona— que estaba persiguiendo a Lissa estaba sentada afuera en la sala de estar. Di un paso hacia adelante—. Y puedes ayudar a Lissa también. Necesitamos saber si...

—No —dijo Dimitri. Sin gentileza ahora con una mirada de advertencia—. Todavía no.

—Pero...

—Todavía no.

Le lancé una mirada a cambio pero no dije nada más. Estaba de acuerdo en darle a Sonya su tiempo de recuperación, pero no teníamos suficiente tiempo. El reloj estaba corriendo y teníamos que averiguar lo que Sonya sabía. Sentí como Dimitri había sido capaz de darnos esta información inmediatamente después de haber sido cambiado nuevamente. Por supuesto, él no había sido inestable, así que había cierta ventaja. Aun así. No podíamos quedarnos en la casa de Kentucky por siempre.

—¿Puedo ver mis flores? —preguntó Sonya—. ¿Puedo salir y ver mis flores?

Dimitri y yo intercambiamos miradas. —Por supuesto —dijo él.

Nos movimos hacia la puerta y así fue cuando tuve que preguntar. —¿Por qué cultivabas flores cuando eras... como eras?

Ella hizo una pausa. —Siempre he cultivado flores.

—Lo sé. Lo recuerdo. Eran hermosas. Las que están aquí también lo son. Es por eso...quiero decir, ¿sólo querías un lindo jardín incluso como un Strigoi?

La pregunta era inesperada y pareció sacudirla. Estaba a punto de darme por vencida esperando una respuesta cuando finalmente ella dijo: —No. Nunca pensé en que fuera lindo. Era... no lo sé. Algo para hacer. Siempre he cultivado flores. Tenía que ver si todavía podría hacerlo. Era como... un test de mis habilidades, supongo.

Encontré los ojos de Dimitri nuevamente. Entonces. La belleza no había sido parte de su mundo. Era justo como le había dicho a él. Los Strigoi eran notoriamente arrogantes, y parecía que las flores simplemente habían sido una muestra de su proeza. Cultivarlas también había sido una costumbre familiar para ella y recordé cómo Dimitri había leído novelas del Oeste mientras era Strigoi. Ser un Strigoi podría costarle a alguien su sentido de bondad y moral, pero los viejos comportamientos y hobbies permanecían.

La llevamos a la sala de estar, interrumpiendo una conversación entre Víctor y Robert.

Sonya y Robert se paralizaron, evaluándose el uno al otro. Víctor nos dio una de sus conocedoras sonrisas.

—Totalmente recuperada. ¿Ya hemos encontrado lo que necesitábamos?

Dimitri le lanzó una mirada similar a la que yo había recibido cuando pregunté sobre el interrogatorio. —Todavía no.

Sonya apartó su mirada de Robert y se movió rápidamente hacia la puerta del patio, deteniéndose cuando vio nuestro mal hecho trabajo. —Rompieron mi puerta —dijo ella.

—Los daños colaterales —dije. En mi periferia, creo que Dimitri rodó sus ojos.

Sin necesidad de ser guiada por nosotros, Sonya abrió la puerta y salió. Con un jadeo, ella se detuvo y miro hacia arriba.

El cielo era de un perfecto color azul, sin nubes y el sol había cruzado el horizonte, iluminando todo con un color dorado. Yo salí también, sintiendo la calidez de esa luz en mi piel. Las noches frías permanecían, pero estábamos en la espera de un día caluroso.

Todo el mundo salió, también, pero Sonya estaba absorta. Ella levantaba las manos hacia arriba, como si tal vez pudiera alcanzar el sol y agarrarlo entre sus brazos.

—Es muy hermoso —ella finalmente apartó la mirada y encontró con mis ojos. — ¿Verdad? ¿Alguna vez han visto algo tan hermoso?

—Hermoso —reiteré. Por alguna razón, me sentí feliz y triste.

Ella camino alrededor de su patio, examinando cada planta y flor. Tocó los pétalos e inhaló su fragancia. —Tan diferente... —decía para sí misma—. Tan diferente en el sol... —varias especialmente llamaron su atención—. ¡Estas no abren en la noche! ¿Lo ven? ¿Ven los colores? ¿Pueden oler eso?

Las preguntas no parecían ser para alguien en particular. Observamos, todos un poco hipnotizados. Finalmente, ella se estableció en la silla del patio, estaba feliz mirando alrededor, perdida en la sobrecarga sensorial... en la belleza que le había sido negada mientras era un Strigoi. Cuando comenzó a ser obvio que ella no se iba a ir en un tiempo, me di vuelta hacia Dimitri y repetí el aviso de Sydney sobre que él tomará un turno y durmiera mientras esperábamos que Sonya se recuperara. Para mi sorpresa, él estaba de acuerdo.

—Eso es inteligente. Una vez que Sonya sea capaz de hablar, necesitaremos movernos —él sonrió—. Sydney se está convirtiendo en una mente maestra de la batalla.

—Hey, ella no es la que manda aquí —bromeé—. Sólo es un soldado.

—Claro —él ligeramente pasó sus dedos sobre mi mejilla—. Lo siento, Capitán.

—General —corregí, conteniendo el aliento por ese breve toque.

Él se despidió de Sonya amablemente antes de desaparecer dentro de la casa. Ella asintió, pero no sé si ella en realidad lo escuchó. Víctor y Robert sacaron dos sillas de cocina hechas de madera y se sentaron en la sombra. Yo elegí un lugar en el suelo. Nadie habló. Eso no era la cosa más rara que hubiera experimentado, pero ciertamente era extraña.

Sydney regresó después con los comestibles, y yo aliviada abandoné el grupo para reunirme con ella. Las llaves de Víctor estaban tendidas en el mostrador, lo cual tomé como una buena señal. Sydney descargaba una cantidad de alimentos y me pasaba una caja de una docena de donas.

—Espero que eso sea suficiente para ti —remarcó ella.

Hice una mueca en su presunción pero tome las donas de todas maneras. —Ve afuera cuando hayas terminado —le dije—. Es como la barbacoa de los condenados. Excepto... que no hay parrilla.

Ella parecía confundida, pero cuando se unió a nosotros más tarde, parecía entender lo que yo había tratado de decir. Robert sacó un bol de Cheerios, pero ni Sydney ni Víctor comieron. Yo le di a Sonya una dona, la primera cosa que llamó su atención del patio. Ella la sostuvo en sus manos, volteándola una y otra vez.

—No sé si puedo. No sé si puedo comer esto.

—Por supuesto que puedes —recordé cómo también Dimitri había apreciado la comida con titubeos—. Es de glaseado de chocolate. Es algo bueno.

Ella le dio un mordisco tentativo del tamaño de la mordida de un conejo. Lo masticó un billón de veces y finalmente lo tragó. Cerró los ojos en un instante y suspiró.

—Que dulzura —lentamente, ella continuó tomando más pequeñas mordidas. Tomó una eternidad para que ella llegara a la mitad de la dona y a ese punto, finalmente se detuvo. Yo para entonces yo ya me había comido tres donas y mi impaciencia para lograr algo estaba creciendo. Parte de eso era todavía la irritabilidad del espíritu y en parte la continua inquietud para ayudar a Lissa.

—Sonya —dije amablemente, plenamente consciente de lo molesto que iba a estar Dimitri por desafiar sus instrucciones—. Queremos hablarte sobre algo.

—Mm-hmm —dijo ella, mirando a las abejas revolotear alrededor de la madreSelva.

—¿Hay algún familiar... alguien que, uh, tuvo un bebé hace algún tiempo...?

—Claro —dijo ella. Una de las abejas voló desde la madreSelva hasta una rosa y ella nunca apartó la mirada—. Muchos.

—Bien expresado, Rosemarie —remarcó Victor—. Muy bien expresado.

Mordí mi labio, sabiendo que un arrebató de cólera podría alterar a Sonya. Y probablemente a Robert, también.

—Éste sería un bebé secreto —le dije—. Y tú eras la beneficiaria en una cuenta bancaria que se encarga del bebé... una cuenta pagada por Eric Dragomir.

La cabeza de Sonya se batió hacia mí, y no hubo ninguna distracción de ensueño en sus ojos. Unos pocos segundos pasaron antes de que ella hablara. Su voz era fría y dura... no era una voz de Strigoi, pero definitivamente era intimidante. —No. no sé nada sobre eso.

—Está mintiendo —dijo Robert.

—No necesito ningún poder para descifrar eso —se burló Sydney.

Yo los ignoré a los dos. —Sonya, sabemos que tú lo sabes y es realmente importante que encontremos a ese bebé... er, niño. O persona —habíamos hecho suposiciones sobre la edad, pero no estábamos cien por ciento seguros—. Dijiste que estabas preocupada por Lissa. Esto la ayudará. Ella necesita saber. Ella necesita saber que tiene otro miembro en la familia.

Sonya volvió su atención hacia las abejas, pero yo sabía que ya no las estaba observando.

—No sé nada —había un temblor en su voz y algo me dijo que tal vez no debería de presionarla después de todo. Yo no podía decir si ella tenía miedo o estaba al borde la rabia.

—Entonces, ¿por qué estabas en la cuenta? —eso vino de Víctor.

—No sé nada —repitió ella. Su voz podía haber hecho al carámbano caer de los árboles ornamentales—. Nada.

—Para de mentir —espetó Victor—. Sabes algo y vas a decírnoslo.

—¡Hey! —exclamé—. Cállate. Tú no tienes derechos de interrogatorio aquí.

—No parecías estar haciendo un buen trabajo.

—Sólo cállate. ¿De acuerdo? —miré nuevamente a Sonya, reemplazando mi mirada con una sonrisa—. Por favor —pedí—. Lissa está en problemas. Esto la ayudará. Creo que dijiste antes que tú querías ayudarla.

—Lo prometí... —dijo Sonya. Su voz era demasiado baja, apenas podía escucharla.

—¿Prometiste qué? —pregunté. Paciencia, paciencia. Tenía que preservar la calma. No podía arriesgarme a un colapso nervioso.

Ella cerró los ojos y pasó sus manos a través de su cabello violentamente, casi como un niño a punto de tener una rabieta. —Prometí no decir. Prometí no decirle a nadie...

Tenía la urgencia de correr hacia ella y sacudirla. Paciencia, paciencia, me repetí. No la alteres. —No te pediríamos que rompieras tu promesa si no fuera algo importante. Tal vez... tal vez puedes estar en contacto con esta persona... —¿A quién se lo había prometido? ¿A la amante de Eric?—. Y mira si está bien contarnos.

—Oh por el amor a Dios —dijo Víctor irritablemente—. Esto es ridículo y no nos está llevando a ningún lado. —Él miró fijamente a su hermano—. ¿Robert?

Robert no había hecho mucho hoy, pero al mando de Víctor, Robert se inclinó hacia adelante.

—¿Sonya? —todavía obviamente angustiada, ella se dio vuelta para mirarlo... y su rostro se quedó inmóvil.

—Dinos lo que necesitamos saber —dijo Robert. Su voz era suave y arrulladora, con un toque siniestro—. Dinos quién es y dónde está ese niño. Dinos quién es la madre.

Esta vez, salté en mis pies. Robert estaba usando la compulsión en ella para obtener las respuestas.

Los ojos de Sonya se quedaron fijos en él, pero su cuerpo comenzó a sacudirse. Sus labios se separaron, sin embargo ningún sonido salió. Una maraña de pensamientos se arremolinó en mi mente. La compulsión nos daría lo que necesitaríamos conocer, pero algo me dijo, que eso no era lo correcto... Sonya detuvo mi meditación. Ella se alteró tan rápidamente como yo lo había hecho. Todavía seguía mirando a Robert, pero ya no de manera paralizada o hipnotizada. Ella había roto la compulsión, y ahora... estaba molesta. Las características de que había estado asustada y frágil estaban llenas con furia. Yo tenía sensaciones mágicas, pero después de estar con Lissa, conocía la furia del espíritu cuando la veía. Sonya era una bomba, a punto de explotar.

—¿Cómo te atreves...? —siseó ella—. ¿Cómo te atreves a coaccionarme?

Las plantas y las enredaderas cerca de Robert de repente saltaron a la vida, creciendo a alturas imposibles. Se extendieron, agarrando las patas de la silla y halaron. La silla se volcó, junto con Robert. Víctor se movió para ayudar a su hermano, pero Robert estaba tomando el asunto en sus propias manos. Recuperándose remarcablemente rápido, él entrecerró sus ojos hacia Sonya y ella salió volando hacia atrás, golpeándose contra la valla de madera. Los usuarios de aire podían hacer ese truco algunas veces, pero este no era el poder del aire. Esto eran las habilidades telequinéticas del espíritu. Él aparentemente las poseía también fuera de los sueños. Encantador. Yo había visto a los usuarios del espíritu en una batalla antes, cuando Avery Lazar y Lissa habían tenido un mano a mano. Eso no había sido lindo, particularmente desde que el fenómeno psíquico exterior había surgido. Avery había excavado la mente de Lissa... y en la mía. No conozco las habilidades de Robert o de Sonya por completo, pero esto no podría terminar bien.

—¡Dimitri! —grité, saltando hacia Sonya. No supe exactamente que iba a hacer, pero abordarla sonaba como un plan.

Por lo que había observado, una gran cantidad de espíritu suponía contacto visual con el objetivo. Y estaba lo suficientemente segura de eso, cuando me las arreglé para luchar contra ella en el suelo, ella luchaba con poco entusiasmo pero sobretodo luchó por mantener su mirada en Robert. Él gritó en una alarma repentina, mirando su propio cuerpo con terror. Sonya estaba plantando visiones en su cabeza. Su expresión se endureció. Él tenía que saber que era una ilusión, y unos momentos más tarde, levantó la mirada, rompiendo su hechizo como ella había roto su compulsión hace poco.

Dimitri salió con ímpetu por la puerta en ese momento, justo cuando Robert usaba su mente para arrojar una de las sillas hacia Sonya. Por supuesto, yo estaba encima de ella, así que la silla me golpeó en la espalda. Dimitri comprendió rápidamente

que estaba pasando y corrió hacia Robert, intentando la misma táctica que yo. Víctor, posiblemente pensando en que su hermano estaba en un peligro físico, trató de apartar a Dimitri, lo cual era inútil. Más enredaderas comenzaron a llegar hasta Robert y me di cuenta de que compeler a Sonya no fue útil en absoluto.

—¡Llévalo adentro! —le grité a Dimitri—. ¡Aléjalo de ella!

Dimitri ya había supuesto eso y comenzó a arrastrar a Robert hacia la puerta. Incluso con Víctor interfiriendo, la fuerza de Dimitri era suficiente para sacar a Robert de allí y ponerlo de vuelta en la casa. Tan pronto como su objetivo se fue, toda la energía pareció desvanecerse dentro de Sonya. Ella no hizo más esfuerzos por pelear contra mí y colapsó en el suelo. Me sentía aliviada de que ella no se hubiera abalanzado contra mí una vez que Robert desapareció. Tentativamente y todavía en guardia, ayudé a Sonya a sentarse. Ella se apoyó contra mí, débil como una muñeca de trapo y lloró en mi hombro.

Otro colapso emocional.

Después de eso, era cuestión de controlar los daños. Con el fin de mantener los usuarios del espíritu aparte, Dimitri había llevado a Robert a la habitación y había dejado a Víctor con él. Robert parecía tan agotado como Sonya, y Dimitri consideró que los hermanos estaban lo suficientemente a salvo para dejarlos solos. Sonya colapsó en el sofá y después Dimitri y yo tratamos de calmarla, nos alejamos mientras Sydney sostenía la mano de la mujer Moroi.

Recapitulé brevemente lo que había ocurrido. El rostro de Dimitri se hacía más y más incrédulo.

—¡Te dije que no era el momento! —exclamó él—. ¿Qué estabas pensando? ¡Ella está demasiado débil!

—¿Llamas a eso débil? Además, ¡yo lo estaba manejando bien! Sólo fue hasta que Víctor y Robert se metieron que las cosas se volvieron un infierno.

Dimitri dio un paso hacia mí, la rabia radiaba fuera de él. —Ellos nunca debieron de haberse involucrado. Ésta eras tú, actuando irracionalmente nuevamente, saltando tontamente sin pensar en las consecuencias.

Entonces, la indignación de disparó a través de mí. —Hey, estaba tratando de hacer un progreso. Si ser racional es sentarse y hacer terapia, entonces estoy feliz de saltar las reglas. No tengo miedo a entrar en el juego.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —gruñó él. Ahora estábamos parados muy cerca el uno del otro, casi no quedaba espacio entre nosotros mientras teníamos la batalla de nuestras voluntades—. Esto podría hacernos retroceder.

—Esto nos pone en marcha. Descubrimos que ella sabe de Eric Dragomir. El problema es que prometió no decirle a nadie sobre el bebé.

—Sí, lo prometí —empezó a hablar Sonya. Dimitri y yo nos dimos vuelta al mismo tiempo, dándonos cuenta que nuestro argumento era totalmente visible y audible para Sonya y Sydney—. Lo prometí. —Su voz era débil y suplicante.

Sydney apretó su mano. —Lo sabemos. Está bien. Está bien guardar promesas. Lo entiendo.

Sonya la miró agradecida. —Gracias. Gracias.

—Pero —dijo Sydney cuidadosamente—. Oí que te preocupas por Lissa Dragomir.

—No puedo —interrumpió Sonya, asustándose de nuevo.

—Lo sé, lo sé. Pero, ¿qué tal si hay una manera de ayudarla sin romper tu promesa?

Sonya miró fijamente a Sydney. Dimitri me miró inquisitivamente. Yo me encogí de hombros y luego miré a Sydney también. Si alguien hubiera preguntado quién podría dramatizar la mejor intervención con una mujer loca que había sido un monstruo, Sydney Sage hubiera sido mi última suposición.

Sonya frunció el ceño, con toda la atención puesta en Sydney. —¿A-a qué te refieres?

—Bueno... ¿Qué fue exactamente lo que prometiste? ¿No decirle a nadie que Eric Dragomir tenía una amante y un bebé

Sonya asintió.

—¿Y no decir en dónde están?

Sonya asintió de nuevo.

Sydney le dio a Sonya la más cálida y amigable sonrisa que yo jamás he visto en la alquimista. —¿Prometiste no decirle a nadie en dónde estaban? —Sonya asintió y la sonrisa de Sydney vaciló un poco. Luego, sus ojos brillaron—. ¿Prometiste no dirigir a nadie hasta dónde están ellos?

Sonya vaciló, sin duda estaba convirtiendo cada palabra en su mente. Lentamente, ella sacudió la cabeza. —No.

—Entonces... nos puedes dirigir a ellos. Pero sin decirnos en realidad donde están. No romperías la promesa de esa manera.

Esa era la pieza de lógica más tortuosa y ridícula que yo había escuchado en mucho tiempo. Eso era algo que tendría que ocurrir.

—Tal vez... —dijo Sonya, todavía insegura.

—No romperías la promesa. —Sydney repitió—. Y eso realmente ayudaría a Lissa.

Di un paso adelante. —Ayudaría a Mikhail también.

La boca de Sonya se abrió por la mención de su antiguo amante. —¿Mikhail? ¿Lo conoces?

—Él es mi amigo. Es amigo de Lissa, también —casi digo que si encontrábamos al Dragomir perdido, podríamos llevar a Sonya para que se encontrara con Mikhail.

Recordando los sentimientos de indignidad de Dimitri, decidí evitar esa táctica en ese momento. No sabía cómo Sonya reaccionaría a una reunión con su amado.

—Y él quiere ayudar a Lissa. Pero no puede. Ninguno de nosotros puede. No tenemos la suficiente información.

—Mikhail... —Sonya miró sus manos nuevamente, pequeñas lágrimas cayeron por sus mejillas.

—No romperás tu promesa. —Sydney era tan convincente que podría haber sido una usuaria del espíritu—. Sólo llévanos. Eso es lo que Mikhail y Lissa querían. Es lo correcto.

No sé cuál argumento convencía más a Sonya. Podría haber sido la parte sobre Mikhail. O podría haber sido la idea de hacer “lo correcto”. Tal vez, como Dimitri, Sonya quería redención por sus crímenes Strigoi y vio esto como una oportunidad. Levantando la mirada, ella tragó saliva y encontró mis ojos.

—Los llevaré —susurró ella.

—Nos vamos en otro viaje por carretera —declaró Sydney—. Alístense.

Dimitri y yo todavía estábamos parados uno al lado del otro, la rabia entre nosotros comenzaba a esparcirse. Sydney parecía orgullosa y continuó tratando de hacer todo lo posible para calmar a Sonya.

Dimitri me miró con una pequeña sonrisa que cambió ligeramente cuando pareció darse cuenta de lo cerca que estábamos. Sin embargo, no estaba segura. Su rostro lo delataba un poco. En cuanto a mí, yo era consciente de nuestra proximidad y me sentía embriagada por su cuerpo y su aroma. Maldición. ¿Por qué pelear contra él siempre aumentaba mi atracción hacia él? Su sonrisa regresó cuando señaló con la cabeza hacia Sydney.

—Estabas equivocada. Ella realmente es la nueva General.

Yo sonreí de vuelta, esperando que él no fuera consciente de las reacciones de mi cuerpo cuando estábamos parados tan cerca.

—Tal vez. Pero, está bien. Tú todavía puedes ser el Coronel.

Él arqueó una ceja. —Oh, ¿Te degradaste a ti misma? El Coronel está justo después del General. Entonces, ¿qué vas a ser?

Yo metí la mano en el bolsillo y triunfantemente hice brillar las llaves del CR-V que había jalado cuando regresamos adentro. —El conductor —dije.

Capítulo 21

Traducido por: †DaRk BeLiKoV† y Anne Belikov

Corregido por Nanis y Melo

NO CONSEGUÍ CONDUCIR.

“En General” Sydney tampoco lo había conseguido muy a su pesar, aunque Dimitri hizo alguna rápida explicación del por qué.

Todo comenzó cuando Victor descubrió que estaba teniendo “problemas con el motor”. No estaba muy feliz con ello. No hizo ninguna acusación, pero creo que todos —incluso Sonya y Robert— podían adivinar que el daño no era una coincidencia.

Esto significaba que todos teníamos que apilarnos en el CR-V que no había sido diseñado para acomodar a tanta gente —por lo que Dimitri había venido con un creativo plan de asientos. Por supuesto uno de esos “asientos” resultó ser el espacio de carga del fondo. Era de buen tamaño pero cuando Sydney entendió que era su asiento, ella acusó a Dimitri de agregar un insulto a la herida de haber perdido sus llaves.

No podía negar eso, pero ponerla en ese asiento era una sabia decisión, el plan de Dimitri estaba configurado para minimizar las amenazas dentro del coche.

Dimitri conducía con Victor a su lado y yo entre Robert y Sonya en el asiento trasero.

Esto ponía a un guardián en cada fila, separando a los hermanos y apartando a los usuarios del espíritu también. Cuando sugerí que él y yo podíamos cambiar de puestos y mantener la misma seguridad, Dimitri dijo que tenerme al volante no sería seguro si repentinamente me deslizaba en la mente de Lissa. Era un punto justo.

En cuanto a Sydney...ella no era una amenaza ni una fuerza de combate, así que se descargo en la parte de atrás. Y hablando de peso muerto...

—Tenemos que deshacernos de Victor y Robert ahora —murmuré a Dimitri mientras cargábamos el CV-R con alimentos y nuestro escaso equipaje (reduciendo mucho mas el espacio de Sydney, para su indignación)—. Han hecho lo que

necesitábamos que hicieran. Mantenerlos es peligroso, es momento de entregarlos a los guardianes.

Los hermanos querían seguir con nosotros con el fin de encontrar al hermano de Lissa. Los estábamos dejando —pero no por necesidad, simplemente no podíamos dejarlos fuera de vista aún.

—De acuerdo —Dimitri dijo, frunciendo el seño ligeramente—. Pero no hay una buena manera de hacerlo. Aún no. No podemos dejarlos atados en el camino. No me extrañaría que escaparan y consiguieran que alguien los ayudara, tampoco podemos entregarlos nosotros por obvias razones.

Puse un bolso en el carro y me apoye en el parachoques.

—Sydney podría entregarlos.

Dimitri asintió con la cabeza.

—Esa es probablemente nuestra mejor apuesta, pero no quiero separarme de ella hasta que lleguemos a...bueno, a donde sea que vayamos. Es posible que necesitemos su ayuda.

Suspiré.

—Y entonces los llevamos con nosotros.

—Eso me temo —él dijo, me dio una mirada cautelosa—. Tú sabes que cuando estén en custodia hay una gran oportunidad de tener una historia que contar a las autoridades sobre nosotros.

—Sí —había estado pensando en eso también—. Supongo que ese es un problema para después. Tenemos que enfrentar primero los problemas más importantes.

Para mi sorpresa, Dimitri me sonrió, había esperado alguna prudente y sabia observación.

—Bueno, ¿ese siempre ha sido nuestro plan, verdad? —preguntó.

Yo sonreí en respuesta, pero duró poco, una vez nos adentramos en la carretera. Afortunadamente Victor no era el mismo locuaz y molesto de siempre—sospechaba—que era porque se estaba debilitando por falta de sangre.

Sonya y Robert debían estar sintiéndose de la misma manera. Esto iba a ser un problema si no encontrábamos un alimentador pronto, pero no sabía cómo íbamos a lograr eso. Tenía la impresión que Sydney no se había dado cuenta de eso aún, lo que estaba bien. Ser un humano en un grupo de vampiros hambrientos sin duda me

hubiera puesto nerviosa. Ella probablemente estaba más a salvo secuestrada en la parte de atrás lejos de todos.

Las direcciones de Sonya eran vagas y con poca información, solo nos daba información a corto plazo, y a menudo no advertía de una curva hasta que ya estábamos justo en ella. No teníamos idea a dónde íbamos, ni cuánto tiempo tomaríamos. Ella miro el mapa y luego le dijo a Dimitri que fuera al norte por la I-75. Cuando preguntamos cuanto demoraría el viaje su respuesta fue:

—No mucho, unas pocas horas, tal vez más. —Y con esa misteriosa explicación, se acomodó en su asiento y no dijo más.

Había una expresión mística y pensativa en su rostro y trate de imaginar cómo se sentía. Solo un día antes había sido una Strigoi ¿Estaría aún procesando lo que había pasado? ¿Estaría viendo los rostros de sus víctimas como Dimitri lo había hecho? ¿Estaría atormentándose con culpa? ¿Querría convertirse en Strigoi de nuevo?

La dejé en paz.

Ahora no era momento de terapia. Me acomodé, preparándome para ser paciente. Un cosquilleo de conciencia de repente despertó el vínculo, cambiando mi atención al interior. Lissa estaba despierta. Parpadee y mire el reloj del salpicadero. Tarde para los humanos. La Corte Moroi debía estar durmiendo profundamente en estos momentos. Pero no, algo la había despertado.

Dos guardianes estaban en la puerta luciendo impasibles.

—Tienes que venir con nosotros —uno de ellos dijo—. Es momento de tu siguiente examen.

El asombro lleno a Lissa, sabía que el próximo test era “pronto” pero no había oído mas detalles desde que había vuelto de la prueba de resistencia. Ese viaje había tenido lugar durante la noche Moroi también, pero al menos había una advertencia razonable. Eddie estaba cerca en su habitación reemplazando a mi madre como protección unas horas antes.

Christian se sentó en la cama de Lissa bostezando. Ellos no se habían vuelto todos calientes y apasionados pero a Lissa le gustaba tenerlo a su alrededor. Acurrucarse con su novio mientras Eddie estaba en el cuarto no parecía tan raro como lo era cuando mi madre estaba allí. No la culpé.

—¿Me puedo cambiar? —Lissa preguntó.

—Se rápida —dijo el guardián.

Ella tomo el primer atuendo y corrió al baño sintiéndose confundida y nerviosa.

Cuando salió Christian ya se había puesto los vaqueros y estaba buscando su camisa.

Eddie mientras tanto, estaba dimensionando a los guardias y podía adivinar sus pensamientos, porque compartía los mismos. Esta llamada parecía oficial, pero él no conocía a esos guardias y no confiaba totalmente en ellos.

—¿Puedo acompañarla? —él preguntó.

—Únicamente en lo que respecta al área de pruebas —dijo el segundo guardián.

—¿Y yo? —preguntó Christian.

—Únicamente en lo que respecta al área de pruebas.

Las respuestas de los guardianes me asombraron, pero luego me di cuenta que probablemente era común para los candidatos a monarcas ir a sus pruebas con sequitos, incluso pruebas inesperadas en medio de la noche, o tal vez no tan inesperadas.

Los tribunales de la corte estaban desiertos, pero cuando su grupo llegó a su destino —una pequeña sección de un viejo edificio de ladrillo— ella tuvo que pasar varios grupos de Moroi llenando los pasillos. Aparentemente lo sucedido era del dominio público.

Los que estaban reunidos se hicieron a un lado respetuosamente. Algunos, probablemente defensores de otras familias —fruncían el seño. Pero muchos de ellos le sonreían y gritaban:

—El Dragón ha vuelto.

Algunos incluso rozaron sus brazos con sus manos como si tomaran la suerte o el poder de ella. La multitud era más pequeña de la que la saludó en la primera prueba. Lo cual facilitó su ansiedad pero no abatió su decisión anterior de tomar las pruebas en serio. Los rostros de los observadores brillaron con curiosidad y asombro, preguntándose si podría ser la próxima para gobernarlos.

Una puerta al final del pasillo marco el final de su viaje. Ni Christian ni Eddie necesitaron que les dijeran que hasta ahí podían llegar. Lissa los miro sobre sus hombros antes de seguir a los guardianes al interior, teniendo el apoyo del rostro de sus seres queridos. Después de la aventura épica de la primera prueba, Lissa esperaba algo igual de intimidante. Lo que encontró fue una vieja mujer Moroi sentada cómodamente en una silla, dentro de una habitación casi vacía.

Sus manos estaban sobre su regazo sosteniendo algo envuelto en tela. La mujer tarareaba, pareciendo muy contenta. Y cuando dije vieja, quería decir vieja. Los Moroi podían vivir hasta principios de los 100 años, y esta mujer había cruzado la línea definitivamente. Su piel pálida era un laberinto de arrugas y su cabello gris era ligero y delgado.

Ella sonrió cuando vio a Lissa y asintió con la cabeza hacia una silla vacía, una pequeña mesa estaba junto a ella y había una jarra de cristal llena de agua. Los guardias dejaron a la mujer sola.

Lissa miro lo que la rodeaba. No había otros muebles aunque había una puerta ciega frente a la que había entrado. Se sentó, luego miro a la mujer.

—Hola —dijo Lissa tratando de mantener su voz fuerte—. Soy Vasilisa Dragomir —la pequeña sonrisa de la mujer creció, mostrando sus dientes amarillos. Le faltaba uno de sus colmillos.

—Siempre los modales en tu familia —ella dijo con voz ronca—. Mucha gente viene y demanda ponerse a trabajar. Pero recuerdo a tu abuelo, él fue educado durante su prueba también.

—¿Conoció a mi abuelo? —exclamo Lissa. Él había muerto cuando ella era muy joven. Luego entendió el otro significado de las palabras de la mujer—. ¿Él estuvo en la prueba para ser rey?

La mujer asintió.

—Paso todas sus pruebas. Creo que él habría ganado la elección si no se hubiera retirado en el último momento. Después de eso, fue un sorteo con una moneda entre Tatiana Ivashkov y Jacob Tarus. Ese último estuvo muy cerca. Los Tarus aún siguen con resentimiento.

Lissa nunca había oído nada de esto.

—¿Por qué se retiró mi abuelo?

—Porque tu hermano acababa de nacer. Frederick decidió que dedicaría su energía a su familia en lugar de a una nación.

Lissa podía entender eso. ¿Cuántos Dragomir había en ese entonces? Su abuelo, su padre y Andre —y su madre pero solo por matrimonio. Eric Dragomir no tenía hermanos o hermanas. Lissa sabía poco sobre su abuelo, pero en su lugar, ella decidió que también hubiera preferido pasar tiempo con su hijo y su nieto en lugar de escuchar los discursos sin fin con los que Tatiana tenía que lidiar. La mente de Lissa estaba vagando y la anciana la miraba atentamente.

—¿Es...esta la prueba? —preguntó Lissa, una vez que el silencio duro demasiado—
¿Es como una entrevista?

La anciana negó con la cabeza.

—No, esta es —ella desenvolvió el objeto en su regazo. Era una copa—o un cáliz, no estoy segura cual. Pero era hermosa, hecha de plata que parecía brillar con su propia luz. Rubíes, de color rojo sangre estaban dispersos a los lados, brillando con cada vuelta de la copa. La mujer la trataba con cariño.

—Más de mil años y todavía brilla —tomó la jarra y llenó el cáliz con agua, mientras que Lissa y yo procesábamos las palabras.

¿Mil años? No era experta en metal pero hasta yo sabía que la plata debía estar empañada en ese momento. La mujer sostuvo la copa para Lissa.

—Bebe de ella, y cuando quieras parar, di: basta.

Lissa cogió la copa, más confundida por las extrañas instrucciones ¿Qué se suponía que tenía que parar? ¿Beber? Tan pronto sus dedos tocaron el metal, entendió, bueno, casi. Un escalofrío corrió por ella, uno que conocía muy bien.

—Está encantada —ella dijo.

La anciana asintió.

—Con infusión de los cuatro elementos y un hechizo hace tiempo olvidado.

Encantada con el espíritu también, pensó Lissa. Eso también debía olvidarlo y lo puso al margen. Los elementos encantados tenían efectos diferentes, los encantos de tierra —como el tatuaje que había recibido— estaban atados a menudo con hechizos de compulsión menores. La combinación de todos en una estaca o sala, proveía una explosión unificada de vida que bloqueaba a los no muertos.

Pero... el espíritu —ella estaba aprendiendo rápidamente— abarcaba una gran gama de impredecibles efectos. El agua sin duda activaba el hechizo, pero Lissa tenía la sensación que el espíritu iba a ser el jugador clave. A pesar que era el poder que ardía por sus venas, todavía la asustaba. El tejido de hechizos en esta copa era complejo, más allá de sus habilidades, y temía lo que iba a hacer. La vieja mujer la miro sin pestañear. Lissa dudo un segundo más.

Luego ella bebió.

El mundo se desvaneció, luego se re materializó en algo completamente diferente, ella y yo reconocimos lo que era: un sueño espiritual. Ella ya no estaba en la habitación vacía. Estaba al aire libre, el viento azotando su largo cabello

frente a su casa, lo aparto lo mejor que pudo, otra gente apareció de pie alrededor de ella, todos ellos de negro y pronto reconoció la iglesia y el cementerio de la Corte. Lissa misma usaba negro junto con un abrigo largo de lana que la protegía del frío. Ellos se reunieron alrededor de una tumba y un sacerdote estaba cerca de está, sus ropas de oficio ofrecían el único color en un día gris.

Lissa dio unos pasos más, tratando de ver a quien pertenecía el nombre en la lapida, lo que descubrió me impactó mas a mí que a ella.

ROSEMARIE HATAWAY

Mi nombre estaba tallado en granito, con una elaborada letra. Por debajo de mi nombre estaba la estrella de la batalla, lo que significaba que había matado más Strigoi de los que podía contar, debajo de eso había tres líneas de texto en ruso, rumano e inglés. No necesitaba la traducción en ingles para saber que decía cada línea. Porque era estándar para cada tumba de un guardián.

“Servicio eterno”

El sacerdote dijo las típicas palabras de un funeral, dándome la bendición de una religión de la cual no estaba segura en creer. Eso fue lo menos extraño aquí, sin embargo estaba viendo mi propio funeral. Cuando terminó, Alberta tomó su lugar, tras elogiar los logros de la fallecida, era normal en el funeral de un guardián—y Alberta tenía mucho que decir sobre mí. Si yo hubiera estado ahí, habría llegado a las lágrimas. Ella concluyó describiendo mi última batalla.

Cómo morí defendiendo a Lissa.

Lo que en realidad no me sorprendió. Quiero decir, no me malinterpreten. Todo lo que pasa aquí es completamente loco pero, razonablemente hablando, si de hecho estaba viendo mi propio funeral, tenía sentido que hubiera muerto protegiéndola.

Lissa no compartía mis sentimientos. La noticia fue una bofetada en su cara, de repente fue consciente del horrible sentimiento de vacío en su pecho, como si una parte de ella se hubiera ido. El vínculo solo funcionaba en una dirección, sin

embargo Robert había jurado que perder a su compañero de vínculo lo había dejado en agonía. Lissa lo entendía ahora, ese terrible y solitario dolor.

Ella había perdido algo que ni siquiera sabía que tenía. Lagrimas llenaron su ojos. *Esto es un sueño*, se dijo a sí misma. Eso es todo, pero nunca había tenido un sueño del espíritu como este. Sus experiencias siempre habían sido con Adrian, y los sueños se habían sentido como llamadas telefónicas.

Cuando los dolientes se dispersaron por el cementerio. Lissa sintió una mano tocando su hombro. Christian. Se arrojó con gratitud en sus brazos tratando de calmar los sollozos. Se sentía real y solido, seguro.

—¿Cómo pudo haber pasado?

Christian la soltó, sus ojos azul cristalino más graves y tristes de lo que nunca los había visto.

—Sabes cómo esos Strigoi trataron de matarte. Ella se sacrificó para salvarte — Lissa no recordaba eso, pero no importaba.

—No puedo...no puedo creer que esto esté pasando —esa agonizante soledad crecía en ella.

—Tengo más malas noticias —Christian dijo.

Ella lo miró con asombro.

—¿Cómo se puede poner peor?

—Me voy.

—¿Irte...de la corte?

—Sí. Lo dejo todo —la tristeza en su rostro creció—. Te dejo.

Su boca estuvo a punto de caer abierta.

—¿Qué...que está mal? ¿Qué hice?

—Nada —él apretó su mano y la dejó ir—. Te amo, siempre te amaré. Pero tú eres quien eres, la última Dragomir, siempre habrá algo tratando...de apartarte, solo estoy en tu camino. Necesitas reconstruir tu familia. No soy a quien necesitas.

—¡Por supuesto que lo eres! ¡Eres el único! ¡El único con quien quiero construir mi futuro!

—Tú dices eso ahora, pero hay mejores opciones, ya oíste la broma de Adrian. ¿Pequeños Dragomir? Cuando estés lista para niños dentro de unos años, vas a necesitar un montón. Los Dragomir necesitan ser sólidos de nuevo ¿y yo? No soy lo suficientemente responsable para manejar eso.

—Serás un gran padre —ella respondió.

—Sí —él se burló—. Y también seré una desventaja para ti...la princesa casada con el tipo de la familia Strigoi.

—No me importa nada de eso, y lo sabes —ella se aferró a su camisa, obligándolo a que la mirara—. Te amo, quiero que seas parte de mi vida. Nada de esto tiene sentido. ¿Tienes miedo? ¿Es eso? ¿Tienes miedo del peso de mi apellido?

Él apartó la vista.

—Digamos que tu nombre no es fácil de llevar.

Ella lo empujó.

—¡No te creo! ¡Tú no tienes miedo de nada! Nunca das marcha atrás.

—Me estoy retirando ahora —gentilmente se apartó de ella—. Realmente te amo, por eso estoy haciendo esto. Es lo mejor.

—Pero no puedes. —Lissa señaló mi tumba, pero él ya estaba alejándose—. ¡No puedes! Ella se ha ido. Si tú te vas, no quedará nadie...

Pero Christian se había ido, desapareciendo en la niebla que no había estado ahí hacía unos minutos.

Lissa se quedó con sólo mi lápida como compañía. Y por primera vez en su vida, estaba real y verdaderamente sola. Se sentía sola cuando su familia murió, pero yo había sido su ancla, siempre a su espalda, protegiéndola. Cuando Christian había llegado, él había mantenido la soledad lejos, llenando su corazón de amor.

Pero ahora... ahora ambos nos habíamos ido. Su familia se había ido. El hueco dentro de ella amenazaba con consumirla y era más que sólo la pérdida de un vínculo.

Estar sola es una terrible, terrible cosa. No hay nadie hacia quien correr, nadie en quien confiar, nadie que se preocupe de lo que te sucede. Ella había estado sola en los bosques, pero no era nada como esto. Nada como esto en absoluto.

Mirando en derredor, deseó poder hundirse en mi tumba y finalizar su tormento. No...espera. Realmente podía terminarlo. Di “basta” había dicho la anciana. Eso era todo lo que tomaba detener el dolor. Este era un sueño espiritual, ¿verdad? En realidad, era más real y consumidor que cualquiera que hubiera enfrentado, pero al final, todos los soñadores despiertan.

Una palabra y podría desvanecer la pesadilla.

Mirando alrededor de la corte vacía, casi dice la palabra. Pero... ¿Quería terminar las cosas? Se comprometió a luchar a través de estas pruebas. ¿Iba a renunciar por un sueño? ¿Un sueño en el que se quedaba sola? Parecía más como una cosa menor, pero la fría realidad la golpeó de nuevo: *Nunca he estado sola*. No sabía si podría manejarlo por su cuenta, pero después, se dio cuenta de que si esto no era un sueño—y Dios, se sentía tan real—no habría un mágico “basta”. Si no podía lidiar con la soledad en un sueño, nunca sería capaz de despertar. Y como esto la asustaba tanto, estaba decidida a no retroceder. Algo la impulsó hacia la niebla, y caminó hacia ella, sola.

La niebla debería conducirla al jardín de la iglesia. En cambio, el mundo se re-materializó y se encontró a sí misma en una sesión del Concejo. Era una abierta, con una audiencia Moroi observando. A diferencia de lo usual, Lissa no estaba sentada con la audiencia. Estaba en la mesa del Concejo, que contenía trece sillas. Ella se sentó en el asiento Dragomir. La silla de en medio, la silla del monarca, estaba ocupada por Ariana Szelsky. *Definitivamente un sueño*, dijo alguna irónica parte de su pensamiento. Tenía un lugar en el Concejo y Ariana era la Reina. Demasiado bueno para ser verdad.

Como siempre, el Concejo estaba en un acalorado debate, y el tema era familiar: el decreto de edad. Algunos miembros del consejo argumentaban que era inmoral. Otros, que los Strigoi eran una amenaza demasiado fuerte. Tiempos desesperados requerían acciones desesperadas, decían ellos.

Ariana miró hacia abajo en la mesa, a Lissa.

—¿Qué piensa la familia Dragomir?

Ariana no era tan amable como se había mostrado en la camioneta ni tan hostil como Tatiana lo había sido. Ariana era neutral, una reina haciendo funcionar al Consejo y reuniendo la información que necesitaba.

Cada par de ojos en la habitación se giró hacia Lissa.

Por alguna razón, cada idea coherente había huido de su cabeza. Su lengua se sentía delgada en su boca. ¿Qué era lo que ella pensaba? ¿Cuál era su opinión del decreto de edad? Intentaba desesperadamente desenterrar una respuesta.

—Creo... creo que es malo.

Lee Szelsky, quien había tomado el lugar de la familia cuando Ariana se había convertido en reina, resopló en disgusto.

—¿Puede explicarse mejor, princesa?

Lissa tragó.

—Disminuir la edad de los guardianes no es una forma de protegernos. Necesitamos...necesitamos aprender a protegernos por nuestra cuenta.

Sus palabras fueron recibidas con desprecio y conmoción.

—Y dígame por favor —dijo Howard Zeklos—. ¿Cómo planea hacer eso? ¿Cuál es su propuesta? ¿Entrenamiento obligatorio para todas las edades? ¿Comenzar un programa en las escuelas?

De nuevo Lissa se desesperaba por encontrar palabras. ¿Cuál era el plan? Ella y Tasha lo habían discutido muchas veces, buscando la estrategia a esa misma cuestión para implementar el entrenamiento. Tasha había prácticamente lanzado los detalles en su cabeza con la esperanza de que Lissa pudiera hacer oír su voz.

Aquí estaba ella ahora, representando a su familia en el consejo, con la oportunidad de cambiar las cosas y mejorar la vida de los Moroi. Todo lo que tenía que hacer era explicarlo por sí misma. Todos contaban con ella, así que muchos estaban esperando escuchar las palabras que sentía tan apasionadamente.

Pero, ¿Cuáles eran? ¿Por qué Lissa no podía recordar?

Debía estarse tomando demasiado tiempo para responder, porque Howard alzó sus manos con disgusto.

—Lo sabía. Fuimos idiotas al permitir a esta pequeña chica en el Consejo. No tiene nada útil que aportar. Los Dragomir se fueron. Murieron con ella y tenemos que aceptar eso.

Murieron con ella. La presión de ser la última de su linaje había pesado sobre Lissa desde el momento en que el médico le había dicho que sus padres y su hermano habían muerto. La última de la línea que había otorgado el poder a los Moroi y producido algunos de los más grandes reyes y reinas. Se había prometido a sí misma que no iba a decepcionar a ese linaje, que un día iba a ver el orgullo de su familia re-establecido. Y ahora todo se estaba cayendo a pedazos.

Incluso Ariana, a quien Lissa había considerado su seguidora, lucía decepcionada. La audiencia comenzó a burlarse, haciendo eco del llamado de eliminación de esta

niña lengua-trabada del Concejo. Ellos gritaron para que se fuera. Luego, aún peor:

—¡El dragón está muerto! ¡El dragón está muerto!

Lissa casi intentó de nuevo hacer su discurso, pero algo la hizo mirar detrás de ella. Ahí, los sellos de las doce familias colgaban en la pared. Un hombre apareció de la nada, y estaba quitando el sello Dragomir, con su dragón rumano y la inscripción. El corazón de Lissa se hundió mientras los gritos en la sala se hacían más fuertes y la humillación crecía. Se levantó, con ganas de correr lejos de ahí y esconder su vergüenza.

En cambio, sus pies la llevaron a la pared con los sellos. Con más fuerza de la que pensaba poseer, arrebató el sello del dragón de las manos del hombre.

—¡No! —gritó. Volvió la mirada hacia la audiencia y levantó el sello, retando a cualquiera de ellos a quitárselo o a negar el lugar que le correspondía en el Concejo—. Esto. Es. Mío. ¿Me escuchan? ¡Esto es mío!

Nunca sabría si la escucharon, porque desaparecieron, al igual que el cementerio. El silencio cayó. Ahora estaba sentada en una de las habitaciones de exámenes médicos, de vuelta en St. Vladimir.

Los detalles familiares eran extrañamente reconfortantes: el fregadero con su jabón de manos color naranja, los armarios y cajones perfectamente etiquetados, e incluso los carteles informativos de salud en las paredes:

ESTUDIANTES: PRACTIQUEN SEXO SEGURO.

Igualmente bienvenida fue la doctora residente de la escuela: la Dra. Olendzki. La doctora no estaba sola. De pie cerca de Lissa—quien estaba sentada en la parte superior de una cama de exámenes—estaba una terapeuta llamada Deirdre y... yo. Verme a mí misma era muy loco, pero después del funeral, estaba empezando a lidiar con todo esto.

Una sorprendente mezcla de emociones corrió a través de Lissa, emociones fuera de control.

Felicidad de vernos. Desesperación por su vida. Confusión. Sospecha. No parecía poder retener alguna emoción o pensamiento. Era una sensación muy diferente de la del Concejo, cuando no había sido capaz de explicarse por sí misma. Su mente

estaba ordenada entonces, sólo había perdido el punto de seguimiento. En este caso, no había punto que seguir. Era un desastre mental.

—¿Comprendes? —preguntó la Dra. Olendzki. Lissa sospechó que la doctora ya había hecho esa pregunta—. Está más allá de nuestro control. La medicación no funciona.

—Créeme, no queremos que te hagas daño. Pero ahora otros están en peligro... bueno, ¿entiendes porque tenemos que tomar medidas? —Esta era Deirdre. Siempre pensé en ella como una presumida, particularmente desde que su método terapéutico involucraba responder a las preguntas con preguntas. No había humor ahora. Deirdre era mortalmente seria.

Ninguna de sus palabras tenía sentido para Lissa, pero la parte de querer hacerse daño había despertado algo en ella. Bajó la vista hacia sus brazos. Estaban desnudos... y marcados con cortes.

Los cortes que solía hacerse cuando la presión del espíritu era demasiado grande. Habían sido su única salida, un horrible tipo de liberación. Estudiándolos ahora, Lissa vio que los cortes eran más grandes y más profundos que antes. El tipo de cortes que bailan con el suicidio. Miró hacia arriba.

—¿A quién? ¿A quién herí?

—¿No lo recuerdas? —preguntó la Dra. Olendzki.

Lissa sacudió su cabeza, pareciendo desesperada por estar cara a cara, buscando respuestas.

Su mirada cayó en mí y mi rostro estaba tan oscuro y sombrío como el de Deirdre.

—Está bien, Liss —dijo—. Todo va a estar bien.

No estaba sorprendida de eso. Naturalmente, era algo que yo diría. Siempre tranquilizaría a Lissa. Siempre la cuidaría.

—No es importante —dijo Deirdre, su voz suave y tranquilizadora—. Lo importante es que nadie más salió herido. No querías herir a nadie, ¿Verdad?

Por supuesto que Lissa no lo quería, pero su mente perturbada se desplazó a otro lugar.

—¡No me hablen como si fuera una niña! —La fuerza de su voz llenó la habitación.

—No quise hacerlo —dijo Deirdre, el ejemplo de paciencia—. Sólo queremos ayudarte. Queremos que estés segura.

La paranoia creció a la vanguardia de las emociones de Lissa. Ningún lugar era seguro. Estaba segura de eso... pero de nada más. Excepto tal vez de algo acerca de un sueño. Un sueño, un sueño...

—Serán capaces de cuidarte en Tarasov —explicó la Dra. Olendzki—. Se asegurarán de que estés cómoda.

—¿Tarasov? —Lissa y yo hablamos al unísono. Esta otra Rose apretó los puños y la fulminó con la mirada. De nuevo, una típica reacción mía.

—Ella no va a ir a ese lugar —gruñó Rose.

—¿Crees que queremos hacer esto? —preguntó Deirdre. Era la primera vez que veía su fachada fría desmoronarse—. No queremos. Pero el espíritu... lo que está haciendo... no tenemos elección.

Imágenes de nuestro viaje a Tarasov destellaron en la mente de Lissa. Los fríos, fríos pasillos. Los gemidos. Las pequeñas celdas. Recordaba haber visto la sala de psiquiatría, la otra sección de usuarios del espíritu que estaba cerrada. Cerrada indefinidamente.

—¡No! —Lloriqueó ella, saltando de la cama—. ¡No me envíen a Tarasov! —miró alrededor para escapar. Lissa no podía correr. ¿Qué magia podía usar? Sin duda habría algo. Su mente tocó el espíritu, buscando por un hechizo.

La otra Rose agarró su mano, probablemente debido a que sentía la agitación del espíritu y quería detener a Lissa.

—Hay otra manera —mi alter ego dijo a Deirdre y la Dra. Olendzki—. Puedo absorberlo de ella. Puedo absorberlo todo como Anna hizo con St. Vladimir. Puedo quitarle la inestabilidad y la oscuridad. Lissa estaría sana otra vez.

Todo el mundo me miró. Bueno, a mi otro yo.

—Pero entonces estará en ti, ¿Correcto? —preguntó la Dra. Olendzki—. No va a desaparecer.

—No se preocupe —le dije tercamente—. Iré a Tarasov. No la envíe a ella. Puedo hacer esto tanto como lo necesite.

Lissa me miró, apenas creyendo lo que oía. Sus pensamientos se volvieron caóticamente alegres. *¡Sí! Escapar. Ella no se volvería loca. No iría a Tarasov.* Entonces, en algún lugar de la maraña de sus recuerdos...

—Anna cometió suicidio —murmuró Lissa. Su comprensión de la realidad aún era tenue, pero el serio pensamiento fue suficiente para momentáneamente calmar su mente acelerada—. Se volvió loca por ayudar a St. Vladimir.

Mi otro yo se negaba a mirar a Lissa.

—Es sólo una historia. Tomaré la oscuridad. Envíamela.

Lissa no sabía qué hacer o pensar. No quería ir a Tarasov. Esa prisión le daba pesadillas. Y aquí estaba yo, ofreciéndole su escape, ofreciendo salvarla como siempre lo había hecho. Lissa quería eso. Lissa quería ser salvada. No quería volverse loca como los otros usuarios del espíritu. Si aceptaba mi oferta, sería libre.

Sin embargo... en el borde o no, se preocupaba demasiado por mí. Había hecho demasiados sacrificios por ella. ¿Cómo podía hacerme esto? ¿Qué tipo de amiga sería, condenándome a esa vida? Tarasov asustaba a Lissa. Una vida en una celda asustaba a Lissa. Pero yo enfrentando eso la asustaba más.

No había un buen resultado aquí. Deseaba que todo simplemente desapareciera. Tal vez si cerraba sus ojos... *espera*. Recordó de nuevo. *El sueño. Estaba en un sueño espiritual. Todo lo que tenía que hacer era decir basta.*

Era más fácil esta vez. Decir esa palabra era el camino más simple, la solución perfecta. No habría Tarasov para ninguna de nosotras, ¿Verdad? Entonces, sintió un pequeño alivio de la presión en su mente, un aquietamiento de las emociones caóticas. Sus ojos se abrieron cuando se dio cuenta de que yo ya empezaba a absorber la oscuridad. “Basta” quedó en el olvido.

—¡No! —el espíritu quemó a través de ella, y entonces levantó un muro en el vínculo, bloqueándome.

—¿Qué estás haciendo? —mi otro yo preguntó.

—Salvándote —dijo Lissa—. Salvándome —se volvió hacia la Dra. Olendzki y Deirdre—. Entiendo lo que tienen que hacer. Llévenme a Tarasov. Llévenme a donde no pueda herir a nadie más. —Tarasov, un lugar donde las pesadillas reales caminaban entre las salas. Se preparó a sí misma cuando la oficina se desvaneció, lista para la siguiente parte del sueño: una fría celda de piedra, con cadenas en las paredes y gente llorando por los pasillos...

Pero cuando el mundo se unió de nuevo, no había Tarasov. Era una habitación vacía con una anciana y un cáliz de plata. Su corazón se aceleró, y su sentido del tiempo desapareció. Las cosas que había visto duraron una eternidad. Sin embargo, al mismo tiempo, se sentía como si hubieran pasado únicamente un par de segundos desde que ella y la anciana habían conversado.

—¿Qué...qué fue eso? —preguntó Lissa. Su boca estaba seca y el agua se sentía bastante bien ahora... pero el cáliz estaba vacío.

—Tus miedos —dijo la anciana, con los ojos brillantes—. Todos tus temores, dispuestos en una sucesión.

Lissa colocó el cáliz en la mesa con manos temblorosas.

—Fue horrible. Era el espíritu, pero... no era nada que hubiese visto antes. Invadió mi mente. Era tan real. Hubo momentos en que creí que era real.

—Pero no lo detuviste.

Lissa frunció el ceño, pensando en lo cerca que había estado de hacerlo.

—No.

La anciana sonrió y no dijo nada.

—Lo he... ¿lo he hecho? —preguntó Lissa, confundida—. ¿Puedo irme?

La anciana asintió. Lissa se levantó y miró entre las dos puertas, una a través de la cual había entrado y otra enfrente. Todavía en shock, Lissa automáticamente se volvió hacia la puerta por la que había entrado. Realmente no quería ver a esa gente alineada en el vestíbulo de nuevo, pero tenía que poner cara de buena princesa. Además, este era un pequeño grupo comparado con el que la recibiría después de terminar las pruebas. Sus pasos se detuvieron cuando la vieja volvió a hablar y señaló hacia el fondo de la sala.

—No, esa es para los que no pasaron la prueba. Tú sales por esta puerta.

Lissa se giró y se acercó a la otra puerta. Parecía que la llevaría al aire libre, lo que probablemente era algo bueno. Paz y tranquilidad. Se sentía como que debía decirle algo a la vieja, pero no sabía qué. Así que, simplemente giró el picaporte y salió...animada por el Dragón.

Capítulo 22

Traducido por: cYeLy DiviNNa

Corregido por: Anelisse

— **E** STÁS HORROROSAMENTE FELIZ. Parpadeé y me encontré con Sonya mirándome. El CR-V y el suave estiramiento de la I-75 zumbaban a nuestro alrededor, el exterior revelando una pequeña excepción de las llanuras y los árboles del Medio Oeste. Sonya no parecía tan callada o espeluznantemente loca se había vuelto a la escuela o incluso en su casa. Sobre todo, ella todavía me parecía dispersa y confusa, que era de esperarse. Dudé antes de contestar, pero finalmente decidí que no había ninguna razón para callarme.

—Lissa pasó la segunda prueba de la monarquía.

—Por supuesto que lo hizo —dijo Víctor. Estaba mirando por la ventana lejos de mí. El tono de su voz me sugirió que yo solo había desperdiciado su tiempo diciendo algo que era un hecho.

—¿Ella está bien? —preguntó Dimitri—. ¿Lesionada?

Una vez, había provocado los celos en mí. Ahora, sólo era un signo de nuestra preocupación compartida por Lissa.

—Ella está bien —dije, preguntándome si era del todo cierto. Ella no resultó herida físicamente, pero después de lo que había visto. . . bueno eso tuvo que dejar cicatrices de diferente tipo. La puerta trasera había sido toda una llamada sorpresa también. Cuando ella había visto a un pequeño grupo por la primera puerta, ella había pensado que quería decir que sólo unas pocas personas estarían hasta tarde para ver a los candidatos. Nop. Resultó que todo el mundo estaba esperando a volver a ver a los vencedores. Fiel a su promesa, Lissa no había dejado que el miedo le ganara. Salió con la cabeza en alto, sonriendo a sus espectadores y los aficionados como si ya tuviera la corona.

Yo estaba adormilada, pero el triunfo de Lissa hizo que siguiera sonriendo durante mucho tiempo. Hay algo agotador sobre una interminable extensión desconocida

de la carretera. Víctor había cerrado los ojos y estaba apoyado contra el vidrio. No pude ver a Sydney cuando me volví para ver cómo estaba, lo que significa que también había decidido tomar una siesta o estaba acostada. Yo bostezaba, me preguntaba si me atrevería a tomar el riesgo de dormir. Dimitri me había instado a ello cuando salimos de casa de Sonya, a sabiendas de que podía usar más que el par de horas que Sydney me había dado.

Incline la cabeza contra el asiento y cerré los ojos, cayendo dormida al instante. La negrura del sueño le dio forma a la sensación de un sueño espiritual, y mi corazón dio un salto con ambos: pánico y alegría. Después de vivir a través de la prueba de Lissa, el sueño espiritual de repente tenía una sensación siniestra. Al mismo tiempo, esto podría ser una oportunidad de ver a Adrian. Y. . . eso fue.

Sólo nos presentamos en algún lugar totalmente inesperado: el jardín de Sonya. Mire con asombro el cielo azul claro y las brillantes flores, casi echando un vistazo a Adrian en el proceso. Llevaba un suéter de cachemira color verde oscuro que le hacía armonizar ahí. Para mí, él era más maravilloso que cualquier otra de las maravillas del jardín.

—¡Adrian!

Corrí hacia él, y él me levantó fácilmente, haciéndome dar de vueltas alrededor. Cuando coloqué de nuevo mis pies abajo, estudió el jardín y asintió con la cabeza en señal de aprobación. —Debería dejarte elegir el lugar más a menudo. Tienes buen gusto. Por supuesto, desde que estás saliendo conmigo, pero eso ya lo sabíamos.

—¿Qué quieres decir con “elegir el lugar”? —le pregunté, anudando mis manos detrás de su cuello.

Se encogió de hombros. —Cuando extendí la mano y sentí que estabas durmiendo, me uní al sueño, pero no tenía ganas de pensar en un lugar. Así que se lo dejé a tu subconsciente —irritada, le tire de la cachemira—. Yo no estoy vestida para la ocasión, sin embargo — el brillante suéter, pronto fue sustituido por una ligera camiseta gris con un diseño abstracto en el frente—. ¿Mejor?

—Mucho.

Él sonrió y me besó la parte superior de la frente. —Te he echado de menos, pequeña dhampir. Puedes espiar a Lissa y a nosotros todo el tiempo, pero lo mejor que tengo son estos sueños, y honestamente, no puedo entender en que horario estás.

Me di cuenta de que con mi “espionaje”, sabía que más acerca de lo que acababa de suceder en la Corte que él. —Lissa tuvo su segunda prueba —le dije.

Así es. Su expresión lo confirmo. No sabía acerca de la prueba, probablemente porque había estado durmiendo. —¿Cuándo?

—Justo ahora. Era una pregunta difícil, pero ella pasó.

—Para su deleite, sin duda. Aún así. . . eso mantiene la compra de nuestro tiempo para limpiar y obtener tu casa. No estés segura de que me gustaría volver a casa, si yo fuera tú, sin embargo —miró por el jardín otra vez—. Virginia Occidental es mucho mejor de lo que pensaba.

Yo me reí. —No es Virginia Occidental, que no es tan malo, por cierto. Es Sonya Karp...

Me quedé inmóvil, incapaz de creer lo que había estado cerca de decir. Estaba tan feliz de verlo, tan a gusto. . . yo metí la pata. La cara de Adrian se puso muy, muy grave.

—¿Has dicho Sonya Karp?

Varias opciones jugaban en mi cabeza. Mentir era la más fácil. Podría reclamar que este era un lugar en el que había estado hace mucho tiempo, cuando tal vez ella nos llevó en un viaje de campo a su casa. Eso era muy débil, sin embargo. Además, yo podía adivinar que la expresión de mi cara gritaba *culpable*. Había sido atrapada. Sería una mentira muy tonta para Adrian.

—Sí —dije por fin.

—Rose. Sonya Karp es un Strigoi.

—Ya no es así.

Adrian suspiró. —Sabía que no meterse en problemas era demasiado bueno para ser verdad. ¿Qué pasó?

—Uhm, Robert Doru la restauró.

—Robert —Adrian curvo el labio con desdén. Los dos usuarios del espíritu no se habían llevado bien—. Y sólo porque me siento como que estamos marchando en toda regla en un loco territorio, lo que significa algo, viniendo de mí, voy a tomar como conjetura que Víctor Dashkov también está contigo.

Asentí con la cabeza, deseando desesperadamente entonces que alguien me despertara y me fuera de los interrogatorios de Adrian. Maldita sea. *¿Cómo pude haber caído así?*

Adrian me soltó y caminó alrededor en pequeños círculos. —Muy bien, así que. Tú, Belikov, la alquimista, Sonya Karp, Víctor Dashkov, y Robert Doru están saliendo juntos en Virginia Occidental.

—No —dije

—¿No?

—Nosotros, uh, no estamos en Virginia Occidental.

—Rose —Adrian detuvo su paso y se dirigió de nuevo hacia mí—. ¿Dónde diablos estás entonces? Tu viejo, Lissa, todo el mundo piensa que estás sana y salva.

—Yo lo estoy —le dije con altivez—. Pero no en Virginia Occidental.

—Entonces, ¿dónde?

—No puedo. . . Yo no puedo decirte —odiaba decirle esas palabras a él y ver el aspecto que suscitó—. Parte de ello es por la seguridad. Parte de ello se debe a que. . . así, eh, yo en realidad no lo sé.

Me agarró de las manos. —No puedes hacer esto. No puedes correr fuera de un capricho loco en este momento. ¿No lo entiendes? Te van a matar si te encuentran.

—¡No es un capricho loco! Estamos haciendo algo importante. Algo que va a ayudarnos a todos nosotros.

—Algo que no me puedes decir —supuso.

—Es mejor si no estás involucrado —dije, apretando sus manos con fuerza—. Es mejor si no sabes los detalles.

—Y mientras tanto, puedo estar tranquilo sabiendo que tienes un equipo de élite a tus espaldas.

—¡Adrian, por favor! Por favor, sólo confía en mí. Confiemos en que tengo una buena razón —le rogué.

Me soltó de las manos. —Creo que piensas que tienes una buena razón. No puedo imaginar que justifique que arriesgues tu vida.

—Es lo que hago —le dije, sorprendida por la seriedad con que sonaba—. Hay cosas que valen la pena.

Piezas de estática cruzaron mi visión, como cuando la recepción de TV va mal. El mundo comenzó a desvanecerse. —¿Qué está pasando? —le pregunté.

Él frunció el ceño. —Alguien o algo me despierta. Probablemente mi mamá el vigilandome por centésima vez.

Llegué a él, pero él se estaba desvaneciendo. —¡Adrian! ¡Por favor, no le digas a nadie! *Nadie*.

No sé si escucho mis súplicas o no, porque el sueño desapareció por completo. Me desperté en el coche. Mi reacción inmediata fue jurar, pero yo no quería regalar la idiotez que había hecho. Mirando por encima, estuve a punto de saltar de mi asiento cuando vi a Sonya que me miraba fijamente.

—Tenías un sueño espiritual —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—El aura.

Hice una mueca. —Las auras solían ser geniales, pero ahora están empezando a ser molestas.

Ella se rió en voz baja, fue la primera vez que la escuche hacerlo, ya que se estaba restaurando. —Son muy informativas si sabes cómo leerlas. ¿Estabas con Vasilisa?

—No. Con mi novio. Es un usuario del espíritu también.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. —¿Era con quien estabas?

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

Ella frunció el ceño, mirándose perpleja. Unos momentos después, miró hacia el asiento delantero, donde Dimitri y Robert se sentaban, y entonces me estudió con un escrutinio que envió escalofríos por mi espina dorsal.

—Nada —dijo—. No hay nada de malo.

Tuve que burlarme de eso. —Vamos, seguro parecía como...

—¡ahí! —Sonya se volvió bruscamente, se inclinó hacia adelante, y señaló—. Toma esa salida.

Estábamos casi pasando “la salida”, y Dimitri tuvo que hacer algunas maniobras de lujo, algo así como en nuestra huida de vuelta en Nueva York, para hacerlo. El auto se sacudió y se sacudió, y oí detrás de mí el grito de Sydney.

—Un pequeño aviso la próxima vez sería útil —señaló Dimitri.

Sonya no estaba escuchando. Su mirada se fijó totalmente en el camino por el que salíamos. Llegamos a un semáforo en rojo, en el que vi un signo alegre: BIENVENIDOS A ANN ARBOR, MICHIGAN. La chispa de la vida que había visto en ella momentos atrás se había ido. Sonya había vuelto a su tiempo, casi auto robótica. A pesar de la negociación inteligente de Sydney, Sonya aún parecía incómodo con este viaje. Todavía se sentía culpable y traidora.

—¿Estamos aquí? —pregunté con ansiedad—. ¿Y cuánto tiempo estaremos en el camino? —me di cuenta de que estaba conduciendo. Me había quedado despierta durante la primera parte del viaje, pero el resto había sido una confusión de Lissa y Adrian.

—Seis horas —dijo Dimitri.

—Ve a la izquierda en ese segundo semáforo —dijo Sonya—. Ahora a la derecha en la esquina.

La tensión estaba acumulada en el coche. Todo el mundo estaba despierto, y mi corazón se aceleró a medida que entrábamos cada vez más en los suburbios. *¿Qué casa? ¿Estábamos cerca? ¿Era una de éstas?* Fue un viaje rápido, pero parecía extenderse hacia el infinito. Todos dejamos escapar un suspiro colectivo cuando de repente Sonia señaló.

—Ahí.

Dimitri se metió en el camino de entrada de una casa de lindos ladrillos con un césped perfectamente recortado. —¿Sabes si tus parientes todavía viven aquí? —le pregunté a Sonya.

Ella no dijo nada, y me di cuenta de que estaba de vuelta a la promesa que hizo en el todo terreno. *El modo de bloqueo de seguridad.*

Tanto por el progreso. —Creo que hay una sola manera de averiguarlo —le dije, desabrochando mi cinturón de seguridad—. ¿Mismo plan?

Anteriormente, Dimitri y yo habíamos discutido sobre quien iba y se quedaría si Sonya nos ponía en el lugar adecuado. Dejando detrás a los hermanos era una obviedad. La pregunta había sido quien los vigilaría, y habíamos decidido que Dimitri mientras Sydney y yo nos íbamos con Sonya para reunirnos con sus familiares que eran, sin duda, una visita sorprendente.

—Mismo plan —coincidió Dimitri—. Tú ve a la casa. Te ves menos amenazante.

—¡Hey!

Él sonrió. —Dije “te miras”.

Pero su razonamiento tenía sentido. Incluso estaba a gusto, había algo poderoso e intimidante sobre Dimitri. Tres mujeres que van hasta la puerta de esta gente se ven menos peligrosas, especialmente si resultaba que los familiares de Sonya se habían movido. Infiernos, por todo lo que sabía, ella tenía el propósito de llevarnos a la casa equivocada.

—Ten cuidado —dijo Dimitri, cuando salimos del coche.

—Tú también —le contesté. Eso me dio otra sonrisa, una un poco más caliente y más profunda.

Los sentimientos que despertó en mí se fueron volando cuando Sonya, Sydney, y yo caminábamos por la acera. Mi pecho estaba apretado. Eso fue todo. ¿O lo era? ¿Estábamos a punto de llegar a la conclusión de nuestro viaje? ¿Realmente habíamos encontrado el pasado Dragomir, contra viento y marea? ¿O había sido tocada desde el principio?

No era la única que estaba nerviosa. Podía sentir a Sydney y Sonya a crepitar de tensión también. Llegamos a la etapa principal. Tomé una respiración profunda y sonó el timbre.

Unos segundos después, un hombre-respondió y era un Moroi. Un signo prometedor.

Él miró a cada uno de nuestros rostros, sin duda preguntándose qué estaban haciendo en su puerta una Moroi, una dhampir, y un ser humano. Parecía el comienzo de una broma de mal gusto.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

De repente estaba pérdida. Nuestro plan había cubierto las cosas grandes: encontrar a la amante de Eric y a su amado hijo. Qué diríamos una vez que llegáramos allí en realidad no estaba tan claro. Esperé a que una de mis compañeras hablara ahora, pero no era necesario. La cabeza del hombre Moroi de repente apareció a mi lado como si fuera una toma doble.

—¿Sonya? —jadeó—. ¿Eres tú?

Entonces, oí una voz de mujer joven detrás de él llamando. —Oye, ¿quién está aquí?

Alguien se apretó a su lado, alguien alto y delgado-alguien que conocía. Se me cortó la respiración mientras contemplaba las olas de rebelde pelo castaño claro y ojos verdes, ojos que debería haber olvidado hace mucho tiempo. Yo no podía hablar.

—Rose —exclamó Jill Mastrano—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo 23

Traducido por: eli25 y Gayanita

Corregido por: Yolit Belikov

LOS POCOS SEGUNDOS DE SILENCIO QUE siguieron parecieron estirarse una eternidad. Todos estaban confusos, por razones totalmente diferentes. La inicial sorpresa de Jill había encajado con el entusiasmo, pero cuando miró alrededor cara por cara, su sonrisa cayó y cayó hasta que ella pareció tan perpleja como el resto de nosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una nueva voz. Momentos después, Emily Mastrano apareció al lado de su hija. Emily me miró y a Sydney con curiosidad y luego jadeó cuando vio al tercer miembro de nuestro grupo—. ¡Sonya! —apartó a Jill, su cara llena de pánico. Emily no era una rápida guardiana, pero admiraba su insensibilidad.

—¿Emily...? —la voz de Sonya era muy baja, solo un borde de comentario—. Soy... soy yo... realmente soy yo...

Emily intentó tirar al hombre dentro también pero se detuvo cuando tuvo una buena mirada de Sonya. Como todos los demás, Emily tuvo el conocimiento de lo obvio. Sonya no tenía los rasgos de un Strigoi. Además, ella estaba fuera en la despejada luz del día. Emily se tambaleó y abrió su boca para hablar, pero sus labios no pudieron lograrlo lo suficiente. Ella finalmente se giró hacia mí.

—Rose... ¿Qué ha pasado?

Estaba sorprendida de que ella me hubiera considerado como una autoridad, ambos porque solo nos habíamos visto una vez y porque honestamente no estaba segura de lo que estaba pasando tampoco. Me llevó unos pocos intentos encontrar mi voz.

—Creo... creo que deberíamos entrar...

La mirada de Emily cayó de vuelta hacia Sonya. Jill intentó empujar hacia delante para ver de qué iba todo el drama, pero Emily continuaba bloqueando la puerta, aún sin estar totalmente convencida de que fuera seguro. No podía culparla. Al menos, ella dio un lento asentimiento y se apartó para darnos acceso.

Los ojos de Sydney pasaron hacia el coche, donde Víctor, Robert, y Dimitri estaban esperando.

—¿Qué pasa con ellos? —me preguntó ella.

Dudé. Quería que Dimitri estuviera conmigo para tirar la bomba, pero Emily solo sería capaz de manejar una cosa a la vez aquí. Los Moroi no tenían que correr dentro de los círculos reales para saber quién era Víctor Dashkov o lo que parecía. Nuestro viaje a Las Vegas había sido prueba de eso. Sacudí mi cabeza hacia Sydney.

—Pueden esperar.

Nos dirigimos dentro del salón familiar y aprendí que el tipo que había respondido a la puerta era el marido de Emily, John Mastrano. Emily fue a través de los movimientos que nos ofrecían bebidas, como si esta fuera una visita completamente ordinaria, pero la mirada en su cara confirmaba que ella aún estaba en estado de shock. Ella nos entregó unos vasos de agua como un robot, su cara tan pálida que podría haber sido una Strigoi.

John descansó su mano en la de Emily una vez ésta se sentó. Él seguía dándonos una mirada precavida, pero para ella, él era todo afecto y preocupación.

—¿Qué ha pasado?

Los ojos de Emily aún estaban aturridos.

—Yo... no lo sé. Mi prima está aquí... pero no comprendo como... —ella volvía a mirar una y otra vez a mí, a Sydney, y a Sonya—. ¿Cómo es esto posible? —su voz temblaba.

—Fue Lissa, ¿Verdad —exclamó Jill, quien indudablemente conocía la historia de este pariente miserable. Ella estaba comprensiblemente sorprendida, y un poco nerviosa, pero el entusiasmo estaba comenzando a agitarse—. Oí lo que ocurrió con Dimitri. Es cierto, ¿Verdad? Lissa puede curar a los Strigoi. Ella le salvó. Ella salvó... —Jill se giró hacia Sonya, el entusiasmo se tambaleaba un poco. Me preguntaba qué tipo de historias había oído sobre Sonya—. Ella te salvó.

—Lissa no lo hizo —dije—. Otro, eh, usuario del espíritu lo hizo.

La cara de Jill se levantó.

—¿Adrian? —me había olvidado de su enamoramiento hacia él.

—No... alguien más. No es importante —añadí apresuradamente—. Sonya es... bueno, ella es una Moroi otra vez. Confusa, creo. No lo bastante ella misma.

Sonya había estado bebiendo a la vista de su prima pero ahora se giró hacia mí con una irónica, conocida sonrisa.

—Puedo hablar por mí misma, Rose.

—Lo siento —dije.

Emily se giró hacia Sydney y frunció el ceño. Ellas habían sido presentadas, pero no más.

—¿Por qué estás aquí? —Emily no tenía que decir lo que realmente quería decir. Ella quería saber por qué un humano estaba aquí—. ¿Eres una alimentadora?

—¡No! —exclamó Sydney, saltando desde su sitio a mi lado sobre el sillón de dos plazas. Nunca la había visto llena con semejante atrocidad y disgusto—. ¡Di eso otra vez, y saldré de aquí! Soy una Alquimista.

Ella encontró una mirada en blanco, y yo empujé a Sydney hacia atrás.

—Calma, chica. No creo que ellos sepan que son los Alquimistas —secretamente, me alegraba. Cuando había descubierto a los Alquimistas al principio, había sentido que era la última persona en el mundo para averiguarlo. Era bueno saber que otros estaban fuera de onda también. Mantener las cosas simples por ahora, expliqué a Emily—. Sydney nos ha estado ayudando.

Las lágrimas bordearon los ojos azules de Emily cuando se giró de vuelta hacia su prima. Emily Mastrano era una de las mujeres más sensacionales que había conocido. Incluso las lágrimas eran maravillosas en ella.

—Realmente eres tú, ¿verdad? Ellos te trajeron de vuelta a mí. Oh Dios —Emily se levantó y caminó para agarrar a su prima en un profundo abrazo—. Te he echado mucho de menos. No puedo creer esto.

Casi sentí como si llorara, también, pero me recordé severamente que habíamos venido con una misión. Sabía cómo comenzar esto de todas formas. Nosotros solo habíamos puesto del revés el mundo de la familia Mastrano... y yo iba a complicar las cosas incluso más. Odiaba hacerlo. Deseaba que ellos pudieran tener el tiempo que necesitaban para ajustarse, para celebrar el milagro de tener a Sonya de vuelta. Pero el reloj de la Corte, y de mi vida, estaba corriendo.

—Nosotros la trajimos... —dije al final—. Pero hay otra razón por la que estamos aquí.

No sé lo que trasmitía mi tono de voz, pero Emily se tensó y retrocedió de Sonya, sentándose al lado de su marido. De algún modo, en ese momento, creo que ella sabía por qué estábamos aquí. Yo podía sentir en sus ojos que ella tenía miedo, como si ella hubiera estado aterrada por el tipo de visita durante años, como si se lo hubiera imaginado cientos de veces.

Me empujé hacia delante.

—Sabemos... sabemos lo de Eric Dragomir.

—No —dijo Emily, su voz una rara mezcla de severidad y desesperación. Su obstinada manera era sorprendentemente similar al rechazo inicial de Sonya para ayudarnos—. No. No estamos haciendo esto.

Al instante de haber visto a Jill, al instante de haber reconocido esos ojos, había sabido que estábamos en el lugar correcto. Las palabras de Emily, lo que es más importante, la falta de una negación, lo confirmaba.

—Tenemos que hacerlo —dije—. Esto es en serio.

Emily se giró hacia Sonya.

—¡Lo prometiste! ¡Prometiste que nunca lo dirías!

—No lo hice —dijo Sonya, pero su cara llevaba su duda anterior.

—Ella no lo hizo —dijo firmemente, esperando tranquilizarlas a ambas—. Es difícil de explicar... pero ella mantuvo su promesa.

—No —repitió Emily—. Esto no está ocurriendo. No podemos hablar de esto.

—¿Qué... qué está pasando? —demandó John. El enfado se encendió en sus ojos. A él no le gustaba ver extranjeros molestando a su esposa.

Dirigí mis palabras hacia Emily.

—Tenemos que hablar sobre esto. Por favor. Necesitamos tu ayuda. Necesitamos su ayuda —gesticulé hacia Jill.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jill. Esa anterior ansiedad despierta se fue, congelada por la reacción de su madre.

—Es por ti... —llegué a una parada. Me abalancé dentro de esto, lista para encontrar a la hermana de Lissa, su hermana, sabíamos ahora, con un pequeño pensamiento de las implicaciones. Debería haber sabido que esto sería un secreto para todos, incluyendo a la niña en cuestión. No había considerado lo que una sorpresa así sería para ella. Y esto no era solo algo extraño al azar. Era Jill. Jill. Mi amiga. La chica que era como una hermana pequeña para todos nosotros, la que habíamos buscado. ¿Qué iba hacer con ella? Mirando a John, me di cuenta que las cosas eran aún peor. ¿Jill creía que él era su padre? Esta familia iba a ser sacudida hasta el núcleo, y yo era la responsable.

—¡No lo hagas! —gritó Emily, saltando de pie otra vez—. ¡Fuera! ¡Todos! ¡No os quiero aquí!

—Señora Mastrano... —comencé—. No puede pretender que esto no es real. Tiene que enfrentarlo.

—¡No! —ella señaló hacia la puerta—. ¡Fuera! ¡Fuera, o yo... llamaré a la policía! ¡O a los guardias! Tú... —la comprensión destelló sobre ella ahora que la sorpresa inicial de ver a Sonya había pasado. Víctor no era el único criminal Moroi que sería custodiado—. ¡Eres una fugitiva! ¡Una asesina!

—¡No lo es! —dijo Jill, inclinándose hacia delante—. Te lo dije, mamá. Te dije antes que fue un error...

—Fuera —repitió Emily.

—Enviarnos lejos no cambiará la verdad —dije, forzándome a permanecer tranquila.

—¿Alguien por favor puede decirme que demonios está pasando? —la cara de John estaba roja, enfadado y a la defensiva—. Si no tengo una respuesta en treinta segundos, llamaré a los guardias y a la policía.

Miré a Jill y no pude hablar. No sabía cómo decir lo que necesitaba decir, al menos no con tacto, Sydney, de alguna manera, no tuvo ningún problema.

—Él no es tu padre —dijo ella rotundamente, señalando a John.

Hubo una ligera pausa en la sala. Jill casi parecía decepcionada, como si ella hubiera esperado unas noticias más excitantes.

—Lo sé. Él es mi padrastro. O, bueno, mi padre tanto como me afecta.

Emily se hundió en el sofá, enterrando su cara en sus manos. Ella parecía estar llorando, pero estaba bastante segura de que ella podía saltar de pie en cualquier momento y llamar a las autoridades. Teníamos que pasar por esto más deprisa, sin importar cuán doloroso fuera.

—Cierto. Él no es tu padre biológico —dije, mirando directamente hacia Jill. Los ojos. ¿Cómo no había notado nunca los ojos? — Eric Dragomir lo es.

Emily hizo un bajo sonido cortante.

—No —suplicó ella—. Por favor no hagáis esto.

El enfado de John cambió a la confusión que parecía estar tan de moda en esta sala.

—¿Qué?

—Eso... no —Jill lentamente sacudió su cabeza—. Eso es imposible. Mi padre solo era... solo era algún tipo que nos abandonó.

De alguna manera, eso no estaba muy lejos de la verdad, supuse.

—Era Eric Dragomir —dije—. Tú eres parte de su familia. La hermana de Lissa. Eres... —me asusté, dándome cuenta de que tenía que mirar a Jill de una manera completamente nueva—. Eres de la realeza.

Jill siempre estaba llena de energía y optimismo, operando en el mundo con una ingenua esperanza y encanto. Pero ahora su cara era sombría y sobria, haciéndola parecer más mayor de quince años.

—No. Esto es una broma. Mi padre era de los bajos fondos. Yo no soy... no. Rose, para.

—Emily —me estremecí al sonido de la voz de Sonya, sorprendida por oírla hablar. Yo estaba más sorprendida por su expresión. Autoritaria. Seria. Determinada. Sonya era más joven que Emily por, ¿qué? Diez años, si tenía que adivinar. Pero Sonya había clavado a su prima con una mirada que hacía parecer a Emily como una niña traviesa—. Emily, es la hora de rendirse. Tienes que contárselo. Por el Amor de Dios, tienes que contárselo a John. No puedes seguir enterrando esto más.

Emily levantó la mirada y encontró los ojos de Sonya.

—No puedo decirlo. Sabes lo que ocurrirá... no puedo hacerle esto.

—Ninguno de nosotros sabe lo que ocurrirá —dijo Sonya—. Pero las cosas se pondrán peor si no tomas el control ahora.

Después de un largo momento, Emily finalmente apartó la mirada, mirando al suelo. La triste, la triste mirada en su cara me rompió el corazón. Y no solo el mío.

—¿Mamá? —preguntó Jill, la voz temblorosa—. ¿Qué está pasando? Todo esto es una gran confusión, ¿Cierto?

Emily suspiró y levantó la mirada hacia su hija.

—No. Eres la hija de Eric Dragomir. Rose tiene razón. —John hizo un pequeño sonido estrangulado pero no interrumpió a su esposa. Ella apretó su mano otra vez—. Lo que os dije a ambos hace años... era cierto. La mayoría. Nosotros solo tuvimos una breve... relación. No una estrecha, exactamente. Sino breve —ella paró y miró a John esta vez, su expresión suavizándose—. Te dije...

Él asintió.

—Y te dije que el pasado no me importaba. Nunca afectó como me sentía hacia ti, hacia Jill. Pero nunca imaginé...

—Yo tampoco —estuvo de acuerdo ella—. Ni siquiera sabía quién era él cuando nos conocimos. Fue de vuelta cuando vivía en Las Vegas y tuve mi primer trabajo, bailando en un espectáculo en la Hora de las Brujas.

Sentí que mis ojos se abrían de par en par. Nadie pareció notarlo. La hora de las Brujas. Mis amigos y yo habíamos estado en ese casino mientras cazábamos a Robert, y un hombre había hecho una broma sobre el padre de Lissa por estar interesado en una corista. Sabía que Emily trabajaba en la compañía de ballet de Detroit ahora; era por eso que ellos vivían en Michigan. Nunca habría adivinado que ella había comenzado como una bailarina con ropa-de-cuero-y-lentejuelas en un espectáculo de Las Vegas. Pero ¿por qué no? Ella había tenido que comenzar en algún lugar, y era alta, de estructura elegante prestando bien para cualquier tipo de baile.

—Él era tan dulce... y tan triste —continuó Emily—. Su padre acababa de morir, y había venido para ahogar sus penas. Entendía como una muerte le devastaría, pero ahora... bueno, realmente lo comprendo. Era otra pérdida para su familia. Los números estaban cayendo —ella frunció el ceño pensativamente y luego se encogió de hombros—. Era un buen hombre, y creo que realmente amaba a su esposa. Pero estaba en un lugar oscuro y profundo. No sé si me estaba usando.

—Él se preocupó por mí, aunque yo dude que pasara algo mas entre nosotros, habría otras circunstancias. De todas formas, yo estaba bien de cómo terminaron las cosas y contenta de seguir con mi vida....hasta que Jill viniera. Contacté con Eric, porque pensé que debía saberlo, aunque yo lo aclaré, no esperaba nada de él. Yo no quería nada y ya sabía quién era él, en ese momento. Si le hubiera dejado, creo que te habría reconocido. Tenía un papel en su vida —los ojos de Emily fijos con los de Jill ahora—. Pero he visto que parece ese mundo. La vida en la Corte es política, mentiras y puñaladas traseras. Al final, la única cosa que aceptaría de él, sería su dinero. Y aún, no quería eso. No quería que pareciera que le estaba chantajeando, pero quería realmente asegurarme de que su futuro fuera seguro.

Hablé sin pensar.

—Tú realmente, no querías vivir usando su dinero —lamenté las palabras conforme me salieron. Su casa era absolutamente agradable, apenas en la más profunda de la pobreza. Pero esto no correspondía, con los fondos, que yo había visto mover alrededor de sus cuentas bancarias.

—Yo...no —dijo Emily—. Esta solo a mano, para emergencias, desde luego, pero yo lo puse todo aparte para Jill, para su futuro. Para que pueda hacer lo que ella quiera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jill, horrorizada—. ¿Sobre qué clase de dinero, estás hablando?

—Tú, eres una heredera —dije— Y realeza.

—Yo, no soy ninguna de esas cosas —dijo ella. Estaba desesperada mirando alrededor de todos nosotros. Ella me recordaba a un ciervo, preparada para descontrolarse—. Hay un error. Tenéis todos algún error.

Emily se levantó y fue hacia la silla de Jill, arrodillándose antes en el suelo. Emily apretó fuertemente la mano de su hija.

—Es, todo verdad. Y siento que lo hayas tenido que averiguar. Pero no cambia nada. Nuestras vidas no van a cambiar. Continuaremos como hasta ahora.

Una cadena de emociones, corrieron sobre los rasgos de Jill, especialmente temor y confusión, pero ella se inclinó hacia abajo y enterró su cara, contra el hombro de su madre acatándolo.

—De acuerdo.

Era un momento conmovedor y otra vez, casi tuve ganas de llorar. Yo había tenido mi propio drama familiar y asunto paternal. Como antes, tuve que las Mastranos tuvieran su momento, pero ella no podía.

—No, puedes —les dije—. No, puedes continuar como antes, Jill... Jill tienes que ir a la Corte.

Emily tiró lejos de Jill y me miró fijamente. Estaba llena de pena y angustia hace unos segundos. Ahora, era cólera intensa y ferocidad. Sus ojos azules eran tempestuosos, fijándose con un fulgor agudo.

—No, ella no irá allí. Ella nunca irá.

Jill ya ha visitado la Corte antes, pero Emily y yo que no me refería algún viaje de visita casual. Jill tendría que ir con su verdadera identidad. Bien, quizás verdadera, no sería la palabra correcta. Realeza ilícita no era parte de su naturaleza, al menos no aún. Ella era quien había sido siempre, pero su nombre había cambiado. Ese cambio tenía que ser reconocido y la Corte Moroi, sería sacudida.

—Ella tiene que ir —alenté—. La Corte esta corrompida y la familia Dragomir tiene que tomar parte, para ayudar a fijar las cosas. Lisa no tiene poder sola, sin un quórum familiar. Todas las demás familias reales.....la están pisoteando. Van a empujar las leyes, que no nos ayudaran a ninguno de nosotros.

Emily estaba todavía arrodillada bajo la silla, como si estuviera protegiendo a Jill de mis palabras.

—Y, es por eso, por lo que Jill no puede ir. Porque yo no dejaría que Eric la reconociera. No quiero que Jill se implique. Ese lugar es venenoso. El asesinato de Tatiana, es la prueba —Emily hizo una pausa y me dio una mirada aguda, recordándome que yo era la sospechosa principal. Aparentemente, estábamos en el

pasado, aún—. Todas esas familias reales.....son viciosas. No quiero que Jill, se convierta en una de ellas. No, le dejaré convertirse en una de ellas.

—No, todas las familias reales son iguales —discutí— Lissa ,no es así. Ella está intentando cambiar el sistema.

Emily me dio una sonrisa amarga

—¿Y cómo piensas, que los demás se encuentran con su reforma? Estoy segura que hay familias reales que son felices, por no verse calladas por familias reales que no quieren ver a su familia resurgir. Te dije: Eric era un buen hombre. Algunas veces, no creo que sea una coincidencia que su familia haya muerto.

Me quedé boquiabierta

—Eso es ridículo —pero de repente, ya no estaba tan segura.

—¿Lo es? —los ojos de Emily, de nuevo sobre los míos, como adivinando mis dudas—. Que crees que harían ellos, si otra Dragomir se presentara? ¿La gente que se opone a Vasilissa? ¿Qué piensas que harían , si solo una persona estuviera entre ellos y el poder de su familia?

Sus implicaciones estaban sobresaltadas aún, sabía que no eran imposibles. Echando un vistazo a Jill, me sentí vacía hundiendo el sentimiento en mi estomago. Que debería sugerirle a ella? Jill dulce e inocente. Ella quiso tener la aventura de su vida, pero apenas podía dirigirse a los chicos sin ruborizarse. Su deseo para aprender a luchar fue medio impulso de juventud y medio por el instinto para defender a su gente. Pasos en el mundo real, que realmente también podrían ayudarla a ella también, aunque no de la forma que ella hubiera esperado. Lo que significaría, que estaría envuelta en la oscura y siniestra naturaleza de algunas cosas que llenan la Corte.

Emily pareció leer mi silencio, como agradecimiento. Una mezcla de triunfo y alivio cruzó su cara, hasta que desapareció cuando Jill de repente, hablo por encima.

—Lo haré.

Nos dimos la vuelta para mirar, fijamente. Yo había estado mirándola con compasión hasta ahora, pensando que era como una víctima. Ahora estaba asustada, de verla mirar valiente y decidida. Su expresión estaba todavía subrayada con un poco de miedo y shock, pero había un acero en ella, que nunca antes había visto.

—¿Qué? —exclamó Emily.

—Yo, lo haré —dijo Jill, con voz firme—. Ayudaré a Lisa....y a los Dragomirs. Iré con Rose, de vuelta a la Corte.

Decidí mencionar la gran cantidad de dificultades, que poniéndome cerca de la Corte, no eran importantes justo ahora, Francamente, yo había alcanzado un punto, cuando estaba jugando con todo esto por mis oídos, aunque fuera un alivio ver la furia de Emily lejos de mí.

—No, irás ¡No te dejaré cerca de allí!

—No, puedes elegir por mí —gritó Jill—. No, soy una niña.

—Y tú no eres desde luego una adulta —replicó Emily.

Las dos comenzaron a argumentar, arriba y abajo, tan pronto como John saltó para apoyar a su esposa. En medio de la discusión familiar, Sidney se me apoyó y murmuró

—Apuesto que nunca pensaste en la parte más dura que tú —salvadora— conseguiría que su mama, la dejara quedarse fuera del toque de queda.

La parte desafortunada de su broma, era que era cierta de verdad. Necesitábamos a Jill y desde luego no había previsto esa complicación. Lo que si Emily, había rechazado? Claramente guardando el secreto de la herencia de Jill, algo en lo que realmente había sido firme digamos, como unos quince años. Sentía que Jill no pensaba en huir de la Corte, sino que llegaría a esta ella. Y yo, no estaría más lejos para ayudarla.

Una vez más, Sonya saltó hacia la conversación de improviso.

—¿Emily, no me escuchaste? Esto es todo lo que va a pasar eventualmente con ó sin tu consentimiento. Si no dejas irse ahora a Jill, se irá la próxima semana. El próximo año. Dentro de cinco años. El punto, es que ocurrirá.

Emily se hundió atrás contra la silla, arrugando la cara.

—No, no quiero esto.

Sonya giro su bonita cara amargada.

—La vida desafortunadamente, no parece preocuparse de lo que queremos. Ahora es el momento en que tú puedes pararlo antes de que sea un desastre.

—Por favor mamá —pidió Jill. Sus ojos verde de Dragomir, miraban con afecto a Emily. Yo sabía que Jill, de verdad podría desobedecer y correr, pero ella no quería, no sino tenía que hacerlo.

Emily miró fijamente en la distancia, con ojos por mucho tiempo vacío y derrotado. Y aunque ella estaba dentro de mis proyectos, yo sabía que ella se sacaría su amor legítimo y su preocupación que probablemente le había trazado Eric a ella.

—De acuerdo —dijo Emily, por fin. Ella suspiró—. Jill puede ir, pero yo iré también. Tú, no tienes que afrontar ese lugar sin mí.

—Y yo —dijo John. Él todavía parecía desconcertado, pero estaba determinado para apoyar a su esposa e hijastra. Jill les consideró a ambos, con gratitud recordándome otra vez, que yo acababa de volver a una familia funcional en disfuncional. Que Emily y John vinieran con nosotros, no había sido uno de mis planes, pero no podía culparles y no sabía el daño que podían causarle. Nosotros habríamos necesitado a Emily de todas formas, para contar a todos sobre Eric.

—Gracias —dije—. Muchas gracias.

John me miró.

—Nosotros no estamos de acuerdo con el hecho de que haya un fugitivo en nuestra casa.

—Rose, no lo hizo —Jill estaba como una fiera—. Fue el sistema.

—Lo fue —vacilé para hablar mis siguientes palabras—. Probablemente por la gente que se opone a Lisa.

Emily se puso pálida, pero sentí la necesidad de ser honesta incluso si esto reafirmaba sus miedos. Ella tomo un aliento estabilizándose.

—Te creo. Creo que tú no lo hiciste. No sé porque....pero lo creo —ella casi sonrió—. No sé, porque realmente. Creo que es debido a lo que dije antes, sobre todas esas víboras de la Corte. Ellos son los únicos que hacen esa clase de cosas. No tú.

—¿Estás segura? —preguntó John inquieto—. Este lío con Jill, es bastante malo si alojamos en casa a un criminal.

—Si, lo estoy —dijo Emily—. Sonya y Jill confían en Rose, así que yo lo hago. Están todos bienvenidos para quedarse esta noche, puede ser duro salir ahora hacia la Corte.

Abrí mi boca, para decir que nosotros podríamos marcharnos ahora mismo, pero Sidney me dio un codazo bruscamente.

—Gracias, Sra. Mastrano —dijo ella reuniendo esa diplomacia de alquimista—. Eso, será estupendo.

Reprimí un ceño. El tiempo aún me estaba presionando, pero sabía que los Mastrano tenían derecho para hacer algunos preparativos. Era probable también viajar mejor por el día. Una comprobación áspera de mi mapa mental me hizo pensar que nosotros podríamos hacer el viaje a la Corte en un día. Cabeceé en

agradecimiento a Sidney, resignándome a una fiesta de pijamas en la casa Mastrano.

—Gracias. Lo apreciamos —de repente, algo se me ocurrió, recordando de vuelta las palabras de John. Este lío con Jill, es bastante malo si alojamos en casa a un criminal. Di a Emily una sonrisa complacida, como solo yo podría dar—. Uhm.....nosotras tenemos algunos amigos también, que nos esperan a fuera en el coche....

Capítulo 24

Traducido por: flochi

Corregido por: Virtxu

CONSIDERANDO SU ANTERIOR antagonismo, estuve un poco sorprendida de ver a Sonya y a Robert combinar sus poderes para crear una ilusión para los hermanos Dashkov. Confundieron sus apariencias, y con la incorporación de algunos nombres falsos, la familia Mastrano simplemente asumió que los tipos eran parte de nuestro entorno cada vez más estafalario. Considerando la angustia y la agitación que ya había en la casa, un par de personas más parecía la menor de las preocupaciones de los Mastrano.

Interpretando a los buenos anfitriones Moroi, no fue suficiente con sólo preparar la cena. Emily también consiguió a un alimentador para que viniera—una especie de “servicio de entrega de sangre”. Normalmente, los Moroi que viven fuera de las áreas protegidas y mezclados entre los seres humanos tenían acceso a alimentadores secretos que vivían cerca. Por lo general, estos alimentadores tenían una especie de vigilante, un Moroi que hacía dinero con el servicio. Era común para un Moroi simplemente aparecer en la casa del “propietario” del alimentador, pero en este caso, Emily había hecho los arreglos para que el alimentador fuera llevado a su casa.

Ella lo estaba haciendo como una cortesía, del tipo que ella haría para cualquier huésped Moroi—incluso aquellos que intercambiaban noticias que ella había temido la mayor parte de su vida. Poco sabía ella de cuán desesperadamente bienvenida era la sangre para los Moroi que habíamos llevado. No me importaba que los hermanos sufrieran un poco de debilidad, pero Sonya definitivamente necesitaba sangre si iba a continuar su recuperación.

De hecho, cuando el alimentador y su vigilante aparecieron, Sonya fue la primera en beber. Dimitri y yo permanecemos fuera de la vista en el piso de arriba. Sonya y Robert podían manejar toda la ilusión del espíritu—y esconder las identidades de Robert y Victor de los alimentadores de los Moroi era indispensable. Ocultar a Dimitri y a mi habría sido demasiado, y teniendo en cuenta nuestro estado de “los más buscados”, era esencial que no corriéramos riesgos.

Dejar a los hermanos sin supervisión hizo que Dimitri y yo nos pusiéramos nerviosos, pero ellos dos parecían demasiado desesperados por sangre para intentar algo. De todos modos, Dimitri y yo queríamos limpiarnos, ya que no habíamos

tenido tiempo para ducharnos esta mañana. Lanzamos una moneda, y conseguí ir primero. Sólo que, cuando terminé y estaba revolviendo entre mis ropas, descubrí que había pasado de mis artículos limpios de “ropa casual” y me quedaba el vestido que Sydney había incluido en la mochila. Hice una mueca, pero entendí que no estaría mal ponerme el vestido por una noche. No podríamos estar haciendo mucho más que esperar para la salida de mañana, y tal vez Emily me dejaría hacer la colada antes que nos vayamos. Después de arreglarme el cabello de forma decente con un secador, finalmente me sentí civilizada otra vez.

A Sydney y a mí nos habían dado una habitación para compartir, y los hermanos ocupaban otra. Sonya iba a quedarse en el cuarto de Jill, y a Dimitri había sido ofrecido el sofá. No dudé ni por un momento que él estuviera vigilando las habitaciones mientras el hogar dormía y que yo intercambiaría turnos con él. Por ahora, él se estaba duchando, y me deslicé fuera de la sala y miré hacia abajo sobre la barandilla para revisar el primer piso. Los Mastranos, Sonya, y los hermanos estaban todos reunidos con un alimentador y su vigilante. Nada parecía ir mal. Aliviada, regresé a mi cuarto y usé el tiempo de inactividad para revisar a Lissa.

Después de la emoción inicial por pasar su prueba, la sentí calmarse y había asumido que ella estaba teniendo un muy necesario sueño. Pero, no. Ella no se había ido a la cama. Ella había tomado el mando de Eddie y Christian sobre el de Adrian, y me di cuenta que ella fue quien lo había despertado del sueño que habíamos compartido en el auto. Un vistazo a sus más recientes recuerdos me dio una repetición de lo que había pasado desde el momento en que me dejó y se tambaleó hasta su puerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó él, mirando de rostro a rostro—. Estaba teniendo un buen sueño.

—Te necesito —dijo Lissa.

—He oído eso de las mujeres muchas veces —dijo Adrian. Christian hizo un sonido de repulsión, pero el menor atisbo de una sonrisa cruzó los labios de Eddie, a pesar de su, por otro lado, postura severa de guardián.

—Es en serio —le dijo ella—. Acabo de recibir un mensaje de Ambrose. Tiene algo importante que decirnos, ay...no sé. Todavía no estoy muy segura de su papel en todo. Quiero otro par de ojos sobre él. Quiero tu opinión.

—Eso —dijo Adrian—, es algo que *no* he escuchado a menudo.

—Date prisa y vístete, ¿sí? —ordenó Christian.

Honestamente, era una maravilla que ya alguien durmiera, considerando cuán a menudo éramos sacados de nuestro sueño. No obstante, Adrian se vistió rápidamente y, a pesar de sus comentarios impertinentes, supe que estaba interesado en todo lo relacionado con limpiar mi nombre. Lo que era incierto era si

le diría a alguien acerca del lío en el que me había metido a mí misma, ahora que yo me había equivocado y revelado algunas de mis verdaderas actividades.

Mis amigos se apresuraron al edificio que habían visitado antes, en el que Ambrose vivía y trabajaba. La Corte se había despertado, y las personas estaban afuera y cerca, muchos sin duda queriendo saber sobre la prueba al segundo monarca. De hecho, unas cuantas personas que vieron a Lissa la saludaron contentos.

—Tuve otro juicio esta noche —le dijo Lissa a Adrian. Alguien la acababa de felicitar—. Uno inesperado.

Adrian dudó, y esperé a que le dijera lo que ya había escuchado de mí. También esperé que entregara las terribles noticias sobre mi paradero y compañero actual. —¿Cómo te fue? —preguntó en cambio.

—Pasé —contestó ella—. Eso es todo lo que importa.

Ella no se atrevía a hablarle sobre los vítores de las personas, esas que no la apoyaban simplemente debido a la ley sino debido a que realmente creían en ella. Tasha, Mia, y algunos amigos sorprendivos habían estado entre los espectadores, sonriéndole. Incluso Daniella, tuvo que esperar por el turno de Rufus, había felicitado a regañadientes a Lissa, pareciendo sorprendida que Lissa lo hubiera pasado. La experiencia entera había sido surrealista, y Lissa solamente había querido salir de allí.

Eddie había conseguido apartarla para ayudar a los otros guardianes, a pesar de sus protestas de que era el escolta de Lissa. Entonces, Christian y Tasha habían terminado teniendo que llevar a Lissa sola. Bueno, casi sola. Un guardián llamado Ethan Moore se unió a ellos, del que Abe le había tomado el pelo a Tasha. Abe exageraba algunas cosas, pero había tenido razón esta vez. Ethan parecía tan duro como cualquier guardián, pero su actitud pateaba traseros fallaba ocasionalmente cuando miraba a Tasha. Él la adoraba. Ella claramente le gustaba demasiado y flirteó todo el camino—demasiado para la comodidad de Christian. Pensé que era lindo. Algunos chicos probablemente no se acercarían a Tasha debido a sus cicatrices. Era lindo ver a alguien que la apreciaba por su carácter, sin importar cuán disgustado estuviera Christian por el pensamiento de *alguien* saliendo con su tía. Y en realidad, me gustó un poco ver a Christian tan obviamente atormentado. Era bueno para él.

Ethan y Tasha se fueron una vez que Lissa estaba segura de regreso en su cuarto. En cuestión de minutos, Eddie apareció de vuelta, gruñendo sobre cómo ellos lo habían retrasado con algún “trabajo de mierda” cuando sabían que él tenía mejores cosas que hacer. Aparentemente, él había hecho tal alboroto que finalmente lo liberaron, por lo que se apresuró a volver al lado de Lissa. Lo hizo sólo diez minutos antes que la nota de Ambrose llegara, lo que fue un cronometraje afortunado. Eddie se habría asustado si hubiera llegado a su cuarto y no la hubiera

encontrado. Habría pensado que los Strigoi habían secuestrado a su responsabilidad⁶ en su ausencia.

Esa fue la serie de eventos que condujeron a lo que estaba sucediendo ahora: Lissa y los tres chicos iban a ir a la reunión secreta de Ambrose.

—Llegas temprano —dijo él, dejándolos entrar antes de que Lissa pudiera golpear una segunda vez. Estaban dentro del propio cuarto de Ambrose ahora, no un elegante salón para clientes. Se asemejaba a un dormitorio—uno muy agradable. Mucho más agradable de lo que yo había teniado. La atención de Lissa estaba completamente enfocada en Ambrose, por lo que no notó, por el rabillo de su ojo, a Eddie revisando rápidamente el cuarto. Estaba contenta que él estuviera en el juego y supuse que no confiaba en Ambrose—o cualquiera que no fuera de nuestro círculo íntimo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lissa, tan pronto como Ambrose cerró la puerta—. ¿Por qué la visita urgente?

—Porque tengo que mostrarte algo —dijo. Sobre su cama había una pila de papeles, y tomó el de la cima—. ¿Recuerdas cuando dije que ellos estaban guardando las pertenencias de Tatiana? Bueno, ahora están haciendo inventario y quitándolas. —Adrian se removió incómodo, otra vez, algo que sólo yo noté—. Tenía un lugar secreto donde mantenía los documentos importantes, los secretos, obviamente. Y...

—¿Y? —pidió Lissa.

—Y, no quería que nadie los encontrara —continuó Ambrose—. No sabía lo que eran la mayoría de ellos, pero si quería mantenerlos en secreto... sentí que debían permanecer de esa manera. Sabía la combinación, y entonces...los robé. —La culpabilidad titiló en su rostro, pero no era culpa asesina era culpa por el robo.

Lissa miró el montón con impaciencia —¿Y?

—Ninguno de ellos tiene que ver con lo que han estado buscando... excepto tal vez este. —Tendió un trozo de papel. Adrian y Christian se acercaron alrededor de ella.

Querida Tatiana,

Estoy un poco sorprendido de cómo han sucedido estos últimos acontecimientos. Pensé que teníamos la certeza de que la seguridad de nuestra gente requería algo más que simplemente introducir una tanda de jóvenes guardianes. Hemos dejado que demasiados de ellos se desperdiciaran, particularmente las mujeres. Si tomas acciones para forzarlos a volver—y sabes de lo que estoy hablando—las filas de guardianes se engrosarían. Esta ley actual es

⁶ Charge, se refiere a Lissa.

completamente inadecuada, sobre todo después de ver cómo su experimento de “entrenamiento” fallaba.

Estoy igual de sorprendido de escuchar que estás considerando liberar a Dimitri Belikov de sus guardias. No entiendo exactamente qué sucedió, pero no puedes confiar en las meras apariencias. Puedes desatar a un monstruo—o por lo menos, un espía—en medio de nosotros, y necesita estar bajo más estricta vigilancia de la que en realidad está. De hecho, su continuo apoyo del estudio del espíritu es preocupante completamente y sin duda alguna es lo que llevó a esta situación antinatural. Creo que existe una razón para que este elemento haya estado perdido por tanto tiempo para nosotros: nuestros ancestros se dieron cuenta que era peligroso y lo erradicaron. Avery Lazar se erige como prueba de ello, y su prodigio, Vasilisa Dragomir, es seguro que la siga. Para alentar a Vasilisa, anima la degradación de la línea Dragomir, una línea que debería permitirse que se desvaneciera en la historia con honor y no con la desgracia de la demencia. Su apoyo hacia ella también podría poner a su propio sobrino-nieto en riesgo, algo que a ninguno de nosotros nos gustaría ver pasar.

Lamento cargarla con tanta condena. La tengo en la más alta consideración y no tiene más que respeto por la manera en que tan hábilmente ha gobernado a nuestra gente estos largos años. Estoy seguro que pronto llegará a las decisiones apropiadas—aunque me preocupa que otros no pudieran compartir mi confianza hacia usted. Dichas personas podrían intentar tomar el asunto en sus propias manos, y temo por lo que podría seguir.

La carta estaba escrita a máquina, sin firma alguna. Por un momento, Lissa no pudo procesarlo como un todo. Estaba completamente consumida por la parte sobre la línea Dragomir cayendo en desgracia. Golpeaba demasiado cerca de la visión que había tenido en la prueba.

Fue Christian quién la trajo de vuelta. —Bueno. Parece que Tatiana tenía enemigos. Pero supongo que esa parte es evidente en este punto del juego.

—¿De quién es? —demandó Adrian. Su rostro estaba sombrío y furioso por esta amenaza velada a su tía.

—No lo sé —dijo Ambrose—. Esta es exactamente la manera en que la encontré. Quizás ni siquiera ella sabía quién se la había enviado.

Lissa asintió su consentimiento. —Ciertamente hay un sentimiento anónimo en ella... y sin embargo, al mismo tiempo, se siente como si fuera alguien que Tatiana debió haber conocido bien.

Adrian le dio a Ambrose una mirada sospechosa. —¿Cómo sabemos que simplemente no la tipeaste tú mismo para deshacerte de nosotros?

—Adrian —reprobó Lissa. Ella no lo diría pero estaba esperando instar a Adrian a tantear el aura de Ambrose por algo que ella no hubiera sido capaz de detectar.

—Esto es una locura —dijo Christian, golpeando el pedazo de papel—. La parte de reunir a los dhampirs y forzarlos para ser guardianes. ¿Qué piensan que signifique esto—las “acciones” de las que Tatiana sabe?

Yo lo sabía porque había sido avisada mucho antes. Compulsión, había dicho la nota de Tatiana.

—No estoy segura —dijo Lissa. Releyó la carta para sí misma—. ¿Qué hay de la parte de los “experimentos”? ¿Creen que eso son las sesiones de entrenamiento que Grant hizo con los Moroi?

—Eso es lo que pensé —dijo Ambrose—. Pero no estoy seguro.

—¿Podemos ver el resto? —preguntó Adrian, señalando hacia el montón de papeles. No podía saber si su sospecha era legítima desconfianza hacia Ambrose o solamente el resultado de cuan disgustado se encontraba por el asesinato de su tía.

Ambrose le entregó los papeles, pero después de pasar las páginas, Lissa acordó que no había nada útil en ellos. La mayoría de los documentos consistían en correspondencia legal y personal. Se le ocurrió a Lissa—como también a mi—que Ambrose podría no estar mostrando todo lo que había encontrado. No había manera de probar eso por ahora. Acallando un bostezo, le agradeció y se marchó con los otros. Estaba esperando para dormir, pero su mente no podía dejar de analizar las posibilidades de la carta. Si era legítima.

—Esa carta demuestra que había alguien que tenía más razones para estar cabreado con Tatiana que Rose —observó Christian mientras avanzaban en dirección a las escaleras hacia la salida del edificio—. Tía Tasha una vez dijo que la ira basada sobre una razón calculada es más peligrosa que la ira basada en el odio ciego.

—Tu tía es una filósofa regular —dijo Adrian cansinamente—. Pero todo lo que tenemos es aún circunstancial.

Ambrose había dejado a Lissa conservar la carta, y ella la había doblado y puesto en el bolsillo de sus jeans. —Tengo curiosidad sobre lo que Tasha dirá respecto a esto. Y Abe también —ella suspiró—. Desearía que Grant estuviera vivo. Era un buen hombre, y podría haber tenido algún conocimiento sobre esto.

Llegaron a la salida de un costado en el piso principal, y Eddie abrió la puerta de un empujón para ellos. Christian miró sobre Lissa en tanto daban un paso afuera.

—¿Cuán cercanos eran Grant y Serena...?

Eddie se movió una fracción de segundo antes de que Lissa viera cuál era el problema, pero por supuesto, Eddie ya había estado observando por problemas. Un

hombre—un Moroi, en realidad—había estado esperando entre los árboles en el patio que separaba el edificio de Ambrose del edificio vecino. No era exactamente un lugar aislado, pero estaba lo bastante alejado de los caminos principales que a menudo quedaba desierto.

El hombre avanzó y pareció sobresaltado cuando vio a Eddie corriendo hacia él. Yo era capaz de analizar la pelea de un modo que Lissa no podía. A juzgar por el ángulo del hombre y el movimiento, se había estado dirigiendo a Lissa—con un cuchillo en su mano. Lissa se congeló por el miedo, una reacción esperada para alguien no entrenado para reaccionar en esta situación. Pero cuando Christian la tironeó de regreso, volvió a la vida y rápidamente se retiró con él y Adrian.

El atacante y Eddie estaban estancados por el momento, cada uno tratando de apuntarle al otro. Escuché el grito de Lissa pidiendo ayuda, pero toda mi atención estaba en los peleadores. El hombre era fuerte para un Moroi y sus maniobras sugerían haber sido entrenado para combatir. Dudé, sin embargo, que hubiera sido entrenado desde la escuela primaria, y tampoco tenía el músculo que un dhampir tenía.

Bastante seguro, Eddie se abrió paso y forzó al hombre al suelo. Eddie alcanzó a sujetar la mano derecha del hombre y quitó el cuchillo de la ecuación. Moroi o no, el hombre era realmente hábil con el cuchillo, sobre todo cuando yo (y probablemente Eddie también) noté las cicatrices y lo que parecía como un dedo doblado en su mano izquierda. El sujeto probablemente había hecho grandes perfeccionamientos para afinar los reflejos de su mano con el cuchillo. Incluso restringido, pudo ser capaz de reptar con la hoja, buscando sin vacilar el cuello de Eddie. Eddie era demasiado rápido para dejar que pasara y bloqueó la hoja con su brazo, lo que produjo un corte con la hoja. El bloqueo de Eddie le dio al Moroi un poco más de espacio para moverse, y se movió, deshaciéndose de Eddie. Sin perder un segundo—en serio, este chico era impresionante—el Moroi se balanceó por Eddie nuevamente. No había dudas en las intenciones del hombre. Él no iba a detenerse. Estaba ahí para matar. Esa hoja estaba sin sangre. Los guardianes sabíamos como someter y tomar prisioneros, pero también habíamos sido entrenados para cuando las cosas iban demasiado rápidas, cuando era una situación de ellos o nosotros—bueno, debíamos asegurarnos que fueran ellos. Eddie era más rápido que su oponente y estaba siendo impulsado por los instintos que nos atravesaban desde hace años: detén lo que está tratando de matarte. Eddie no tenía ni arma o un cuchillo, nadie en la Corte lo tenía. Cuando el hombre se acercó a él una segunda vez, el cuchillo nuevamente apuntó directo al cuello de Eddie, Eddie usó la única arma que le quedaba que podría asegurarle salvar su vida.

Eddie estacó al Moroi.

Dimitri una vez comentó bromeando que uno no tenía que ser un Strigoi para ser herido por una estaca a través de tu corazón. Y, enfrentémoslo, una estaca a través

del corazón en realidad no lastima. Mata. Tatiana era prueba de ello. El hombre del cuchillo hizo contacto con el cuello de Eddie—y entonces cayó antes de perforar la piel. Los ojos del hombre se abrieron por la conmoción y el dolor, y después, no veían nada en absoluto. Estaba muerto. Eddie se apoyó sobre sus talones, mirando fijamente a su víctima con la lujuria de adrenalina cargada por la batalla que seguía a cualquier situación. Los gritos de repente llamaron su atención, y saltó sobre sus pies, listo para la siguiente amenaza.

Lo que encontró fue un grupo de guardianes, los que habían respondido a los gritos anteriores de Lissa por ayuda. Le dieron un vistazo a la escena e inmediatamente concluyeron a lo que su entrenamiento los obligaba. Había un Moroi muerto y alguien sostenía un arma sangrienta. Los guardianes fueron por Eddie, arrojándolo contra la pared y arrancando su estaca. Lissa les gritó que estaban completamente equivocados, que Eddie había salvado su vida y...

—¡Rose!

La voz frenética de Dimitri me trajo de vuelta a la casa Mastrano. Estaba sentada sobre la cama, y se arrodilló delante de mí, con su rostro lleno de miedo mientras agarraba mis hombros. —Rose, ¿Qué está mal? ¿Estás bien?

—¡No!

Lo empujé hacia un lado y me moví hacia la puerta. —Tengo que... tengo que volver a la Corte. Ahora. Lissa está en peligro. Me necesita.

—Rose. *Roza*. Cálmate. —Agarró mi brazo, y no hubo escape de su agarre. Me giró para enfrentarlo. Su cabello aún estaba húmedo por la ducha, y el aroma a limpio del jabón y piel húmeda nos rodeó—. Dime qué pasó.

Rápidamente repetí lo que había visto. —¡Alguien trató de matarla, Dimitri! ¡Y yo no estaba allí!

—Pero Eddie sí —dijo Dimitri tranquilamente—. Ella está bien. Está viva. —Me liberó, y me apoyé con cansancio contra la pared. Mi corazón estaba corriendo, y a pesar de que mis amigos estaban a salvo, no podía sacudirme el pánico.

—Y ahora él está en problemas. Esos guardianes estaban enfadados...

—Sólo porque no conocen la historia completa. Ellos ven un cuerpo muerto y un arma, eso es todo. Una vez que tengan los hechos y los testimonios, todo estará bien. Eddie salvo a un Moroi. Es su trabajo.

—Pero asesinó a otro Moroi al hacerlo —señalé—. No se supone que hagamos eso.

Sonó como una obvia—e incluso estúpida—declaración, pero supe que Dimitri entendía lo que quería decir. El propósito de los guardianes era proteger a los Moroi. *Ellos vienen primero*. Matar uno era inimaginable. Pero entonces, y si ellos

estaban tratando de matar a otro.

—Esta no es una situación normal —afirmó Dimitri.

Incliné mi cabeza hacia atrás. —Lo sé, lo sé. Es que no puedo dejarla indefensa. Quiero tan malditamente regresar y mantenerla a salvo. Ahora mismo. —El mañana parecía a años de distancia—. ¿Y si pasa otra vez?

—Hay otras personas para protegerla. —Dimitri caminó hacia mí, y me sorprendí de ver una sonrisa en sus labios, a la luz de tales acontecimientos sombríos—. Créeme, quiero protegerla también, pero arriesgaríamos nuestras vidas por nada si vamos ahora mismo. Espera un poco más y al menos arriesga tu vida por algo importante.

Un poco del pánico se desvaneció. —Y Jill es importante, ¿no?

—Mucho.

Me enderecé. Parte de mi cerebro seguía tratando de calmarme con respecto al ataque de Lissa mientras la otra procesaba completamente lo que nosotros habíamos logrado aquí.

—Lo hicimos —dije, sintiendo lentamente una sonrisa extenderse por mis propios labios—. Contra toda probabilidad...de alguna manera, encontramos a la hermana perdida de Lissa. ¿Te das cuenta de lo que eso quiere decir? Lissa puede tener todo a lo que ella tiene derecho ahora. No pueden negarle nada. Demonios, ella *podría* ser la reina si quisiera. Y Jill... —dudé—. Bueno, ella es parte de una antigua familia de la realeza. Eso tiene que ser algo bueno, ¿verdad?

—Creo que depende de Jill —dijo Dimitri—. Y las secuelas que salgan de esto.

La culpa volvió para arruinar potencialmente la vida de Jill, y miré fijamente mis pies.

—Hey, está bien —dijo él, levantando nuevamente mi barbilla. Sus ojos marrones eran cálidos y afectuosos—. Hiciste lo correcto. Nadie más habría intentado algo así de imposible. Sólo Rose Hathaway. Tomaste una apuesta para encontrar a Jill. Arriesgaste tu vida rompiendo las reglas de Abe—y ayudó. Valió la pena.

—Espero que Adrian lo piense así —medité—. Él cree que dejar nuestra “casa segura” fue la cosa más estúpida de todas.

La mano de Dimitri cayó. —¿Le contaste acerca de todo esto?

—No sobre Jill. Pero accidentalmente le dije que no estábamos mas en el Oeste de Virgina. Aunque, lo mantuvo en secreto —agregué precipitadamente—. Nadie más lo sabe.

—Puedo creer eso —dijo Dimitri, aunque había perdido algo de su anterior calidez. Fue como algo efímero—, ...él...él parece bastante leal hacia ti.

—Lo es. Confío en él completamente.

—¿Y te hace feliz? —El tono de Dimitri no fue brusco, pero había una intensidad en él que puso el intercambio en el mismo nivel que una interrogación policial.

Pensé en mi tiempo con Adrian: las bromas, las fiestas, los juegos, y por supuesto, los besos. —Sí. Lo hace. Me divierte con él. Me refiero a que es exasperante a veces—bueno, la mayoría del tiempo—pero no se deja engañar por todos los vicios. No es una mala persona.

—Sé que no lo es —dijo Dimitri—. Es un buen hombre. No es sencillo para todos verlo, pero yo puedo. Todavía está organizando su vida, pero está en camino. Lo vi en el escape. Y después... —Las palabras quedaron atrapadas en la lengua de Dimitri—. ¿Después de Siberia, él estuvo ahí para ti? ¿Te ayudó?

Asentí, perpleja por todas sus preguntas. Resulta que sólo eran el precalentamiento para la importante.

—¿Lo amas?

Hay pocas personas en el mundo que podrían preguntar tales preguntas terriblemente personales sin conseguir que las golpee. Dimitri era una de ellas. Entre nosotros, no había ningún muro, pero nuestra complicada relación hacía a este tema irreal. ¿Cómo podía describir amar a alguien justo a la persona que una vez había amado? *Un hombre que aún amas*, susurró una voz dentro de mi cabeza. Quizás. Probablemente. De nuevo, me recordé que era normal tener sentimientos persistentes por Dimitri. Se desvanecerían. *Tenían* que desvanecerse, al igual que los de él. Él era el pasado. Adrian era mi futuro.

—Sí —dije, demorándome más de lo que probablemente debería—. Yo... lo amo.

—Bien. Estoy contento —el hecho era que, el rostro de Dimitri no parecía en absoluto contento mientras miraba sin expresión fuera de la ventana. Mi confusión creció. ¿Por qué estaba molesto? Sus acciones y palabras no parecían coincidir últimamente.

Me acerqué a él. —¿Qué sucede?

—Nada. Simplemente quería asegurarme que estabas bien. Que eres feliz —se dio la vuelta hacia mí, poniendo una sonrisa forzada. Él había dicho la verdad, pero no toda la verdad—. Las cosas han cambiado, eso es todo. Me está haciendo reconsiderar tanto. Desde Donovan... y después Sonya... es raro. Pensé que todo había cambiado la noche que Lissa me salvó. Pero no. Ha pasado mucho más, más de la curación de lo que me di cuenta —empezó a caer en modo pensativo, pero se

contuvo—. Cada día me doy cuenta de algo nuevo. Una nueva emoción que había olvidado sentir. Alguna revelación que había perdido por completo. Alguna belleza que no veía.

—Hey, mi cabello en el callejón *no va* a esa lista, ¿bien? —me burlé—. Estás en shock.

La sonrisa forzada se hizo natural. —No, Roza. *Fue* hermoso. En este momento es hermoso.

—El vestido se quita rápidamente —dije, intentando una broma. En realidad, me sentía aturdida bajo su mirada.

Esos oscuros, oscuros ojos me miraban—*realmente* me miraban, ceo que por primera vez desde que entró en el cuarto. Una mezcla de expresiones que no tuvieron sentido para mi pasaron por él. Podía recoger las emociones que contenía, pero no lo que las causaba. Sobrecogimiento. Maravilla. Tristeza. Lamento.

—¿Qué? —pregunté inquieta—. ¿Por qué me miras así?

Sacudió su cabeza, con la sonrisa compungida esta vez. —Porque a veces, una persona puede estar tan atrapada en los detalles que se pierde todo. No es sólo el cabello o el vestido. Eres *tú*. Tú eres hermosa. Tan Hermosa, que duele.

Sentí una extraña sensación volar en mi pecho. Mariposas, paro cardíaco... era difícil decir qué exactamente. Sin embargo, en ese momento, ya no estaba en la habitación de los Mastrano. Él había dicho esas palabras antes, o algo muy parecido. *Tan hermosa, que duele*. Fue de vuelta en la cabaña del St. Vladimir, la única y sola vez que habíamos tenido sexo. Me había mirado de una manera similar, también, sólo que había habido menos tristeza. No obstante, como había escuchado esas palabras nuevamente, una puerta que había mantenido cerrado mi corazón repentinamente se abrió, y con ella llegaron todos los sentimientos, las experiencias y el sentido de unidad que siempre habíamos compartido. Mirándolo, sólo por el espacio de tiempo de un latido, tuve una sensación irreal que me traspasó, como siempre lo conocí. Como estábamos unidos... pero no de la manera en que Lissa y yo lo estábamos, por un lazo forzado sobre nosotras.

—Oigan, muchachos, ¿tienen...oh —Sydney se detuvo en la puerta medio abierta y rápidamente retrocedió dos pasos—. Lo siento. Yo... es que....

Dimitri y yo inmediatamente nos alejamos el uno del otro. Me sentí sonrojada y temblorosa y sólo entonces me di cuenta de cuan cerca habíamos estado. Ni siquiera recuerdo moverme, pero sólo un suspiro nos separaba. ¿Qué había pasado? Fue como un trance. Un sueño.

Tragué y traté de calmar mi pulso. —No hay problema. ¿Qué está pasando?

Sydney miró entre nosotros, todavía mostrándose incómoda. Su vida amorosa podía ser inexistente, pero incluso ella sabía que se había entrometido. Me alegraba que uno de nosotros lo hiciera. —Yo... es que... sólo quería salir un rato. No puedo manejar *eso* que está pasando en la planta baja.

Intenté sonreír, aún completamente confundida por mis sentimientos. *¿Por qué Dimitri me miró de esa manera? ¿Por qué dijo eso? Él no puede quererme todavía. Dijo que no lo hacía. Me dijo que lo dejara solo.*

—Claro. Estábamos sólo...hablando —dije. Ella obviamente no me creyó. Traté más fuerte de convencerla... y a mí misma—. Estábamos hablando de Jill. ¿Tienes alguna idea de cómo llevarla a la Corte...ya que todos estamos siendo buscados?

Sydney podría no ser una experta en relaciones personales, pero los rompecabezas eran territorio familiar. Se relajó, con su atención enfocada dentro suyo, mientras trataba de resolver nuestro problema.

—Bueno, siempre puedes tener a su madre...

Un fuerte estruendo de la planta baja la cortó abruptamente. Como uno, Dimitri y yo nos agazapamos hacia la puerta, listos para combatir contra cualquier desastre que Victor y Robert hubieran causado. Ambos nos detuvimos a mitad de la cima de la escalera cuando escuchamos muchos gritos para que todos bajáramos.

—Guardianes —dijo Dimitri—. Hay guardianes irrumpiendo en la casa.

Capítulo 25

Traducido por: ANDRE_G

Corregido por: Angeles Rangel

YA PODÍAMOS ESCUCHAR los pasos retumbando por la casa y supimos que estábamos a segundos de que el ejército en el nivel inferior se dirigiera hacia el segundo piso. Los tres retrocedimos, y para mi sorpresa, fue Sydney la que reaccionó primero.

—Salgan de aquí. Yo los voy a distraer.

Su clase de distracción probablemente sólo quería decir que bloquearía por un momento el camino hasta que ellos la hicieran a un lado, pero esos segundos extras podrían hacer una gran diferencia. Sin embargo, no podía soportar tan solo pensar en abandonarla. Dimitri no tenía tales reservas, particularmente cuando escuchamos pasos en las escaleras.

—¡Vamos! —gritó él, agarrando mi brazo.

Nos apresuramos por el corredor hacia el cuarto más lejano, el de Victor y Robert. Justo antes de que entráramos, grite a Sydney —¡Lleva a Jill a la Corte! —no sé si ella me escucho porque por el sonido podía decirse que los guardianes la habían alcanzado. Dimitri inmediatamente abrió la ventana más grande de la habitación y me dio una mirada de complicidad. Como siempre, no necesitamos comunicación con palabras.

Él saltó primero, sin duda alguna deseando tomar por completo cualquier peligro que nos esperara abajo. Yo lo seguí de inmediato. Caí sobre el techo del primer piso, me deslicé por él, y luego tomé la caída más larga hasta el nivel del suelo. Dimitri agarró mi brazo, estabilizando mi aterrizaje... pero no antes de que uno de mis tobillos se torciera ligeramente. Era el mismo que había llevado la peor parte de la caída donde Donovan, y me estremecí cuando el dolor me atravesó, dolor que ignore de inmediato.

Oscuras figuras se movieron hacia nosotros, emergiendo de las sombras de la noche y de puntos ocultos alrededor del patio trasero. Por supuesto. Los guardianes no solo vendrían irrumpiendo por la puerta. Ellos también mantendrían vigilado el lugar. Con nuestro ritmo natural, Dimitri y yo luchamos espalda-a-espalda contra nuestros atacantes.

Como siempre, era más difícil incapacitar nuestros enemigos sin llegar a matarlos. Difícil. Pero necesario si podíamos manejarlo. Yo no quería matar a mi propia gente, personas que solo estaban haciendo su trabajo apresando fugitivos. El vestido largo tampoco me estaba ayudando. Mis piernas se seguían enredando en la tela.

—Los otros saldrán en cualquier momento —Dimitri resopló, derrumbando un guardián en el piso—. Tenemos que movernos... allí. Hacia esa puerta.

No pude dar más respuesta que seguirlo, abriéndonos camino hacia la puerta en la cerca mientras seguíamos defendiéndonos. Acabábamos de salir del patio trasero cuando salieron muchos más de la casa. Nos deslizamos por la puerta, emergiendo en una tranquila calle lateral que flanqueaba la casa Mastrano, y corrimos. No obstante, pronto se hizo claro que yo no podía seguirle el paso a Dimitri. Mi mente podía ignorar el dolor, pero mi cuerpo no podía hacer que mi tobillo lastimado funcionara correctamente.

Sin perder el ritmo, Dimitri deslizó un brazo a mí alrededor, ayudándome a correr y tomó el peso del tobillo. Nos desviamos del camino, cortando a través de jardines que harían más difícil —pero no imposible— que ellos nos siguieran.

—No logramos dejarlos atrás —dije—. Estoy haciendo que seamos más lentos. Necesitas...

—No digas que te deje —interrumpió él—. Esto lo estamos haciendo juntos.

Crack, crack. Una maceta de flores explotó cerca de nosotros repentinamente en una pila de mugre y arcilla.

—Nos están disparando —dije con incredulidad—. ¡Realmente nos están disparando! —con tanto entrenamiento mano-a-mano, siempre sentí que las armas eran como hacer trampa. ¿Pero cuándo se trata de cazar a la asesina de la reina y su cómplice? El honor no era el problema. Lo eran los resultados.

Otra bala pasó silbando, peligrosamente cerca. —Con un silenciador —dijo Dimitri—. Aun así, serán cautelosos. No quieren que el vecindario piense que está siendo atacado. Necesitamos un refugio. Rápido —podríamos estar esquivando balas, literalmente, pero mi tobillo no iba a aguantar por mucho tiempo.

Él hizo otro giro cerrado, sumergiéndonos por completo en los jardines traseros suburbanos. Yo no podía mirar hacia atrás, pero escuchaba voces gritando que me aseguraban que aún no éramos libres.

—Allí —dijo Dimitri.

Enfrente de nosotros estaba una casa oscura con un patio grande de cristal que me recordaba al de Sonya. La puerta de cristal estaba abierta, aunque una pantalla

mosquitera bloqueaba el paso hacia el interior. Dimitri tiró del pestillo. Estaba cerrada con llave. Pero una pantalla mosquitera difícilmente sería un impedimento para nosotros. Pobre, confiada familia. Él sacó su estaca e hizo un corte largo vertical por el cual nos deslizamos rápidamente. Inmediatamente, me hizo a un lado, poniéndome fuera de vista. Puso un dedo en sus labios, sosteniéndome cerca de su cuerpo, aplastándome en su calidez.

Segundos más tarde, vimos guardianes viniendo y buscando en los jardines. Algunos seguían moviéndose en caso de que hubiéramos corrido más lejos. Otros persistían, investigando lugares propicios para esconderse mientras la noche se iba haciendo más y más oscura. Eché un vistazo a la pantalla mosquitera. El corte había sido limpio, no era un hueco obvio, pero aun así seguía siendo algo que nuestros perseguidores podrían notar.

Percibiendo lo mismo, Dimitri se movió cuidadosamente hacia la sala de estar, haciendo lo mejor que podía para evitar las ventanas y mantenerse fuera de vista. Pasamos por ella dirigiéndonos a la cocina y encontramos una puerta que conducía al garaje. En el garaje había un Ford Mustang rojo.

—Una familia con dos coches —murmuro él—. Eso esperaba.

—O salieron a dar una caminata y se dirigían a casa cuando notaron un equipo SWAT en su vecindario —susurré.

—Los guardianes no se dejaron ver —empezamos a buscar las llaves en lugares obvios. Finalmente, encontré un juego colgando a un costado de un armario y las cogí.

—Las tengo —dije. Ya que yo tenía las llaves, creo que Dimitri realmente me habría tenido que dejar conducir. Sin embargo, gracias a mi tobillo derecho, tuve que tirarle las llaves. El universo tenía un retorcido sentido del humor.

—¿Nos reconocerán en este? —pregunté, cuando Dimitri abrió la puerta del garaje y retrocedió—. Es, eh, un poco más ostentoso que el perfil de los coches que normalmente robamos. —También era increíble.

Sydney, con lo alucinada por los coches que era, lo habría amado.

—Lo es —Dimitri acordó conmigo—. Pero otros coches estarán andando por la calle. Algunos guardianes revisarán los jardines, y algunos estarán custodiando los Mastranos. Ellos no son infinitos. No pueden verlo todo al mismo tiempo, aunque realmente tratan de hacerlo.

De todas formas, contuve el aliento mientras salíamos de la finca. Dos veces, llegue a pensar que había visto figuras furtivas al lado de la carretera, pero Dimitri tenía razón: ellos no podían revisar cada coche en un concurrido vecindario suburbano. La oscuridad también ocultó nuestros rostros.

Dimitri recordó el camino por el que habíamos llegado porque unos cuantos giros más tarde, estábamos saliendo a la autopista.

Sabía que él no tenía ningún lugar de destino en su mente, excepto por qué este estuviera lejos. Sin ninguna señal obvia de que estuviéramos siendo seguidos, moví mi cuerpo y estire mi pierna palpitante. Mi pecho tenía esa ligera y vaga sensación que obtienes cuando has tenido demasiada adrenalina bombeando en tu interior.

—Ellos nos entregaron, ¿cierto?

Pregunté. —Victor y Robert nos hicieron pasar y luego se largaron. Debí haberme mantenido alerta.

—No lo sé —dijo Dimitri—. Es posible. Los ví justo antes de hablar contigo, y todo parecía estar bien. Ellos querían ir con nosotros a encontrar a Jill, pero sabían que era cuestión de tiempo para que nosotros los entregáramos a las autoridades. No me sorprende que salieran con un plan de escape. Pudieron haber usado la alimentación como una distracción para llamar a los guardianes y así librarse de nosotros.

—Mierda —suspiré y tiré mi cabello hacia atrás, deseando tener una banda para el pelo—. Debimos habernos desecho de ellos cuando tuvimos la oportunidad. ¿Y ahora que va a pasar?

Dimitri estuvo callado por unos cuantos segundos.

—Los Mastrano serán interrogados... extensamente. Bueno, realmente, todos lo serán. Encerrarán a Sonya para examinarla, como lo hicieron conmigo, y Sydney será embarcada de vuelta a los Alquimistas.

—¿Y ellos que harán con ella?

—No lo sé. Pero supongo que su ayuda a vampiros fugitivos no será muy bien vista por sus superiores.

—Mierda —repetí. Todo se había caído en pedazos.

—¿Y nosotros que vamos a hacer?

—Vamos a poner algo de distancia entre nosotros y esos guardianes. Nos esconderemos en algún lugar. Vendaremos tu tobillo.

Le di una mirada de reojo. —Wow. Lo tienes todo planeado.

—No realmente —dijo él, un pequeño entrecejo en su rostro—. Esas son las cosas fáciles. Lo que va a pasar después de eso es la parte difícil.

Mi corazón se hundió. Él tenía razón. Siempre y cuándo los Mastranos no fueran acusados por las autoridades Moroi por ayudar a criminales, Emily ahora no tenía

a nadie forzándola a que reconociera la herencia de Jill. Si Sydney estaba siendo transportada de vuelta a su gente... bien. Ella tampoco podía ayudar. Tendría que decirle a otra persona, comprendí. La próxima vez que hiciera contacto con Adrian, tendría que divulgar la verdad para que mis amigos pudieran hacer algo por Jill. No podríamos mantener este secreto por mucho tiempo.

Dimitri tomó la siguiente salida, y yo me volví a sintonizar con el mundo. —¿Un hotel? —pregunté.

—No precisamente —dijo él. Estábamos en una concurrida, área comercial, no muy lejos de Ann Arbor, pensé. Uno de los suburbios de Detroit. Restaurantes y tiendas bordeaban la carretera, y él giró hacia un supermercado abierto las veinticuatro horas que prometía tenerlo —todo—. Se estacionó y abrió su puerta. —Quédate aquí.

—Pero...

Dimitri me lanzó una mirada significativa, y yo baje la vista. Había salido de nuestra pelea más raspada de lo que había pensado, y el vestido se había roto. Mi aspecto andrajoso llamaría la atención, también mi cojera. Asentí, y él se fue.

Pasé el tiempo dándole vueltas a nuestros problemas, maldiciéndome a mí misma por no haber dado con una forma para entregar a los hermanos una vez que Robert había restablecido a Sonya. Me había abrazado a mí misma esperando la traición por medio de un ataque de magia. No había estado esperando algo tan simple como una llamada a los guardianes.

Dimitri, como siempre un comprador eficiente, regreso pronto con dos grandes bolsas y algo colgaba de su hombro. Lo lanzó todo al asiento trasero, y yo me giré hacia atrás con curiosidad. —¿Qué es eso? —era largo y cilíndrico, cubierto por lonas.

—Una tienda para acampar.

—¿Por qué? —gemí—. Ningún hotel, ¿cierto?

—Seríamos más difíciles de encontrar en un campamento. Él coche sería especialmente difícil de encontrar. Aún no podemos deshacernos de él, no con tu pie así.

—Esas pobres personas —dije—. Espero que el seguro de su coche cubra robos.

De vuelta a la autopista, dejamos rápidamente atrás la extensión urbana, y no paso mucho tiempo antes de que viéramos publicidades para campamentos y parques de remolques. Dimitri se detuvo en un lugar llamado Peaceful Pines. Él negoció con el hombre que estaba trabajando en la oficina y sacó un fajo de billetes. Esa era otra razón por la cual no podíamos tener un hotel, comprendí. Casi todos requerían

tarjetas de crédito, y Sydney las había tenido todas —con nombres falsos, por supuesto— ahora estábamos viviendo de efectivo.

El empleado nos dio direcciones, derecho por un camino de gravilla que llevaba a un punto en el extremo opuesto del campamento. El lugar estaba concurrido con familias que vacacionaban, pero ninguna nos prestó mucha atención. Dimitri se aseguró de estacionar lo más cerca posible de un grupo de árboles, para así conseguir ocultar el coche y sus placas. A pesar de mis protestas, él no me dejaría ayudarlo con la carpa. Afirmó que él podía hacerlo más rápido sin mí y que yo no debía poner peso sobre mi pie. Empecé a discutir hasta que él comenzó a montar la carpa. Mi mandíbula se abrió un poco mientras observaba lo rápido que la armó. Ni siquiera necesitó las instrucciones. Tenía que ser alguna clase de record.

La carpa era pequeña y sólida, dándonos a ambos espacio para sentarnos y recostarnos, aunque él tenía que encorvarse un poco cuando estábamos sentados. Una vez estábamos dentro, pude llegar a ver el resto de sus compras. La mayoría de ello era de primeros auxilios. También había una linterna la cual él apuntaló, una especie de lámpara provisional.

—Déjame ver el tobillo —ordenó.

Estiré mi pierna, y él subió la falda de mi vestido por encima de mi tobillo, sus dedos ligeros contra mi piel. Temblé cuando una sensación de déjà vu me recorrió. Eso parecía pasarme mucho últimamente. Recordé todas las veces que él me había ayudado con otras heridas. Podíamos haber estado de vuelta en el gimnasio de St. Vladimir. Él probó gentilmente la movilidad del tobillo y pinchó y empujó un poco. Sus dedos nunca cesaron de moverse asombrándome. Ellos podían quebrar el cuello de un hombre, vendar a un herido, y deslizarse sensualmente por una piel desnuda.

—No creo que este roto —dijo él al final. Levantó las manos, y note lo cálido que había estado mientras me tocada—. Solo un esguince.

—Esa clase de cosas pasan cuando uno sigue saltando de los techos —dije. Las bromas eran mi viejo recurso para esconder el malestar—. Sabes, nunca practicamos eso en nuestros entrenamientos.

Él sonrió y sacó material para vendar, envolviendo el tobillo hasta que estuvo reforzado y estabilizado. Después de eso, él sacó...

—¿Una bolsa de arvejas congeladas?

Dimitri se encogió de hombros y acomodó la bolsa sobre mi tobillo. El frío inmediatamente hizo que me sintiera mejor. —Más fácil que comprar una bolsa llena de hielo.

—Tienes muchos recursos, Belikov. ¿Qué otra cosa tienes escondida?

El resto del contenido de las bolsas resultaron ser mantas y algo de comida. Le di una gran sonrisa cuando vi que me había comprado papitas fritas con crema agria y una barra de chocolate. Amaba que él recordara unos detalles tan pequeños sobre mí. Mi sonrisa se desvaneció cuando otro problema salió a la luz.

—Compraste algo de ropa, ¿cierto?

—¿Ropa? —Preguntó él, como si fuera una palabra extranjera.

Hice un gesto hacia mi vestido roto.

—No puedo usar esto por mucho tiempo. ¿Qué me voy a poner? ¿Me voy a hacer una toga con una manta? Eso es típico de los hombres, nunca piensan en este tipo de cosas.

—Estaba pensando en lesiones y supervivencia. La ropa fresca es un lujo, no algo necesario.

—¿Ni siquiera tu gabardina? —pregunté solapadamente.

Dimitri se congeló por un momento y luego maldijo. Él no había necesitado usar su abrigo en el interior de la casa de los Mastrano —honestamente, tampoco lo necesitaba en el exterior— y lo había dejado allí en la subsiguiente pelea.

—No te preocupes, camarada —le tomé el pelo—. Habrá muchas más en el mismo lugar de donde ese salió.

Él extendió las mantas sobre el suelo de la tienda y se recostó sobre ellas. Había un aspecto afligido en su rostro que era casi cómico. Redadas, balas, criminales... ningún problema. ¿Una gabardina perdida? Crisis. —Te conseguiremos otra —dije—. Ya sabes, una vez que encontremos a Jill, limpiemos mi nombre, y salvemos al mundo.

—¿Solo esas cosas, eh? —preguntó, haciendo que ambos nos riéramos. Pero cuando yo me extendí a su lado, nuestros rostros se pusieron serios.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté. La pregunta más popular de la noche.

—Dormir —dijo él, apagando la linterna—. Mañana localizaremos a Abe o a Tasha o a... alguien. Dejaremos que se ocupen de ello y que lleven a Jill donde ella necesita estar.

Me sorprendí de lo humilde que sonó mi voz cuando hablé. —Siento como que hemos fallado. Antes estaba tan feliz. Pensaba que habíamos logrado lo imposible, pero no sirvió de nada. Todo este trabajo no sirvió para nada.

—¿Nada? —preguntó atónito—. Lo que hicimos... esto es enorme. Encontraste la hermana de Lissa. Otra Dragomir. No creo que todavía llegues realmente a

entender el peso de eso. No teníamos casi nada de donde partir, sin embargo tú seguiste empujando e hiciste que sucediera.

—Y perdí a Victor Dashkov. Otra vez.

—Bueno, la cosa con él es que no permanece escondido por mucho tiempo. Es una de esas personas que siempre tiene que tener el control. Eventualmente, tendrá que hacer algún movimiento y cuando lo haga... nosotros lo atraparemos.

La sonrisa volvió a mis labios, aunque sabía que él no podía verla. —Y yo pensaba que era la optimista por aquí.

—Es contagioso —contestó él. Luego, sorprendiéndome, su mano encontró la mía en la oscuridad. Él enlazó nuestros dedos—. Lo hiciste bien, Roza. Muy bien. Ahora duérmete.

No nos tocamos de ninguna otra manera, pero su mano sostenía toda la calidez en el mundo. Este difícilmente era un momento perfecto, como en la librería, pero nuestra conexión familiar y el entendimiento entre nosotros quemó más brillante que nunca, y se sentía bien. Correcto. Natural. Yo no quería dormir. Solo quería quedarme allí y saborear estar con él. No era un engaño, decidí, pensando en Adrian. Solo estaba disfrutando ésta cercanía.

Aun así, el sueño era esencial. Creamos un horario donde cada uno de nosotros tomaba turnos. Él ahora se quedaría despierto mientras yo descansaba, y tuve la sensación de que si yo no dormía, él tampoco lo haría cuando tocara el cambio de turno. Cerré mis ojos, y esta vez no fue a mi corazón al que tuve que desacelerar. Fue a mi mente, la rueda del hámster que no iba a ningún lado tratando de resolver que hacer a continuación. Sólo llevar a Jill a la Corte. Sólo llevar a Jill a la Corte. Eso era lo único que importaba. Que contactáramos a alguien que pudiera llegar a Jill. Dimitri y yo nos mantendríamos escondidos, todo se resolvería pronto...

—Gracias a Dios.

Me di la vuelta, sin siquiera comprender que había caído en un sueño espiritual. Había vuelto al jardín de Sonya con sus rayos de sol y su color, y ella estaba sentada en su silla, pareciendo a la expectativa.

—Temía que estuvieras despierta toda la noche, cuidándote la espalda —continuó ella.

—Lo habría hecho si tuviera elección —contesté, paseándome hacia ella. No era la persona que esperaba ver en mis sueños, pero por lo menos había hecho contacto con el mundo exterior. Aquí usaba el vestido negro-y-blanco, pero a diferencia de la realidad, estaba limpio e intacto—. Dimitri piensa que estamos en un lugar seguro... aunque él está despierto, desde luego.

—Desde luego —Había un brillo de diversión en sus ojos, pero fue breve.

—¿Dónde te encuentras? —pregunté—. ¿Los guardianes te retuvieron?

—Ellos no me cogieron —dijo ella con aire de suficiencia—. Ustedes eran su prioridad, y una pequeña compulsión se aseguró de que ellos no me vieran. Yo despegue... aunque odié tener que dejar a Emily.

Sentía empatía por ella pero estaba demasiado emocionada por el escape de Sonya. Buenas noticias, al fin. —Pero tú puedes llevar a Jill a la corte. Estas libre.

Sonya me miró como si yo acabara de hablar en Francés. —Yo no puedo llegar a Jill.

Yo fruncí el ceño. —¿Ella está bajo mucha seguridad?

—Rose —dijo Sonya—. Jill no está con los guardianes. Victor y Robert se la llevaron.

Capítulo 26

Traducido por: berenaissss, Virtxu y Anne_Belikov.

Corregido por: Melo LL

—¿ELLA ESTÁ QUE? —EXCLAMÉ, el canto de las aves de ensueño en el jardín se detuvo—. ¿Con ellos? ¿Es por eso que llamaron a los guardianes? —la tranquilidad de Sonya permaneció, pero ella frunció el ceño ligeramente.

—Victor y Robert no llamaron a los guardianes. ¿Por qué harían eso?

—Porque... porque quieren librarse de Dimitri y de mi....

—Tal vez —dijo Sonya—. Pero no cuando estaban aún en la casa. Victor los quería a ustedes. Era solo la magia de Robert que los llevo fuera.

—Entonces quien... —la respuesta me golpeó. Gruñí—. John y Emily. Debería haber sabido que no podía ser tan fácil. Ellos fueron demasiado rápidos al aceptar fugitivos dentro de su casa.

—Verdaderamente pienso que fue solo John. Emily realmente parecía creer que eran inocentes... incluso si a ella no le gustaba el por qué ustedes estaban ahí. También sospecho que a ella le había preocupado que el llamar a los guardianes solo podría traer más atención hacia la identidad de Jill. No debería sorprenderme incluso si John no le advirtió acerca de la llamada. Él probablemente pensó que estaba haciéndoles a todos un favor.

—En cambio, perdió a su hijastra —dije—. Pero ¿Por qué la tomarían Victor y Robert? ¿Y cómo demonios hicieron dos hombres ancianos para someter a una chica adolescente de todos modos?

Sonya se encogió de hombros.

—Probablemente son más fuertes de lo que parecen. La compulsión probablemente también jugó un papel importante. Y en cuanto a ¿Por qué? Es difícil de suponer. Pero Victor quiere control y poder. Mantener a la Dragomir desaparecida con él es una buena manera de apoderarse de eso.

Me desplome contra un árbol.

—Nunca la llevaremos a la Corte.

—Solo tenemos que encontrarla —dijo Sonya—. Lo cual yo debería ser capaz de hacer una vez que ella esté dormida.

—Mas sueños espirituales —dije. Mi esperanza empezó a renacer— podrías ir a ella ahora. Y descubrirlo...

—Lo he intentado. Ella no está dormida. Y estoy dispuesta a apostar que la mantienen despierta por la misma razón, para que puedan poner algo de distancia entre nosotros. Sin embargo, seguiré intentándolo.

No era lo ideal pero era lo mejor que podíamos esperar por ahora.

—¿Y Sidney y los Mastrano?

—Enfrentando un montón de preguntas —la cara de Sonya decayó. Sabía que aún se sentía mal por abandonar a su prima, así como yo me sentí mal por Sidney.

Gentilmente le toque el brazo a Sonya.

—Está bien. Ellos están bien. Lo hiciste por ayudar a Jill.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo le haremos para estar en contacto? No puedo esperar siempre a que estés dormida.

Silencio. Excelente punto.

—Tal vez nosotros podríamos conseguir un teléfono celular hoy...Dios sabe que necesitamos uno. Y bueno... ¿porque no solo vienes con nosotros? ¿Donde estas de todos modos?

Me preguntaba si estaba cometiendo un error en invitarla a unirse a nosotros. Dimitri y yo habíamos hecho un gran esfuerzo para mantener nuestra ubicación secreta, y esa fricción con los guardianes había sido un poco más cerca de lo que hubiera querido. Además de los problemas obvios—encarcelamiento, ejecución, etcétera— de ser capturados nos alejarían de la intención de ayudar a Lisa. Sin embargo estaba bastante segura de que Sonya era una de nuestros aliados, y en este momento, ella podía ser nuestro único enlace con Jill.

Hice una apuesta similar a la que hice al revelarle donde estábamos a Victor. Y cuando él técnicamente nos había ayudado, esa ayuda obviamente había fracasado. No obstante le dije a Sonya el nombre de nuestro campamento, las mejores orientaciones que pude. Ella dijo que vendría—no sabía cómo se las arreglaría pero sospechaba que era ingeniosa—y seguiría intentando encontrar a Jill.

—Sonya... — Dudaba de hablar, sabiendo que podría solo dejarla poner fin a sueño. Nosotros teníamos problemas importantes, más serios de lo que estaba por preguntar. Además, esto era de ámbito personal.

—¿Que quisiste decir en el carro?... ¿cuando dije que había compartido un sueño con mi novio? Parecías sorprendida.

Sonya me estudio por un largo rato, esos ojos azules mirando profundamente en mí, más de lo que me hubiera gustado. Algunas veces parecía más segura en la modalidad loca.

—Las Auras dicen mucho Rose, y yo soy muy buena leyéndolas. Probablemente mejor de lo que tus amigos lo son. El sueño espiritual envuelve tu propia aura en oro, es como yo lo sabía. Tu aura personal es única para ti, a pesar de que fluctúa con tus sentimientos y alma. Cuando la gente está enamorada lo muestra. Esas auras brillan. Cuando estabas soñando, estabas brillando. Los colores eran brillantes... pero no lo que esperaba de un novio. Por supuesto. No todas las relaciones son iguales. Las personas están en diferentes etapas. Yo podía haberle restado importancia. Excepto...

—¿Excepto qué?

—Excepto que cuando tu estas con Dimitri tu aura es como un sol. Tanto como la de él —ella sonrió cuando yo sencillamente la mire silenciosamente aturdida—. ¿Estás sorprendida por esto?

—Yo... es que, nosotros terminamos. Solíamos estar juntos, pero después de su cambio, el ya no me quiere. Yo seguí adelante —cuando superarlo aparentemente significaba tomarse de la mano y tener encuentros cercanos y ardientes—. Es por lo que estoy con Adrian. Soy feliz con Adrian.

La última frase sonó casi a la defensiva. ¿A quién estaba tratando de convencer? ¿A ella o a mi misma?

—Comportamientos y sentimientos rara vez se alinean —dijo, sonando muy como el Dimitri tipo zen—. No te lo tomes a mal, pero tú tienes algunos problemas que resolver.

Genial. Terapia de una mujer loca.

—Bueno, vamos a suponer que aquí hay algo de eso. Yo en realidad sólo me di por vencida con Dimitri hace un par de semanas. *Es posible* que aún esté aferrándome a algunos sentimientos —¿*posible*? Pensé en cómo de consciente estaba siempre de su presencia física en el coche, en la armonía sin preocupaciones en la biblioteca, en lo bien que se sentía el trabajar con él de esa forma nuestra, ambos tan determinados y casi nunca secundando al otro. Y hacía tan sólo unas horas, en la habitación...

Sonya tuvo la audacia de reír.

—¿Posible? ¿Después de sólo dos semanas? Rose, eres sabia en algunas cosas...y tan joven en otras.

Odiaba ser juzgada por mi edad, pero no tenía tiempo para berrinches.

—Bueno, lo que sea. Yo todavía tengo sentimientos. Pero él no. Tú no le viste después de que fuera cambiado. Fue horrible. Estaba deprimido. Dijo que quería evitarme a toda costa, que él no podía amar de nuevo a nadie. No fue hasta esta locura de escape que incluso comenzó a actuar como su viejo yo.

—Él y yo hablamos de eso —dijo, con la cara seria de nuevo—. Acerca de la depresión. Yo entiendo eso. Después de ser Strigoi... de haber hecho lo que hicimos... tú no te sientes digno de vivir. Solo está la culpa y la oscuridad y los retales de recuerdos de ese mal —ella se estremeció.

—Tú... has actuado de manera diferente a él. Quiero decir, te ves muy triste a veces, pero por los demás... no te ha pasado así. Estas ya de vuelta a tu viejo yo. Mayormente. ¿Cuál es la diferencia entre los dos?

—Oh, yo todavía me siento culpable, créeme. Después de que Robert me cambió... —Había veneno cuando pronunció su nombre—. Bueno, yo no quería salir de mi casa, mi cama. Me odiaba por lo que había hecho. Deseaba estacarme hasta la muerte. Entonces Dimitri me habló... me dijo que la culpa era inevitable. El hecho de que pudiera sentirla demostraba que no era un Strigoi. Pero él me dijo que yo no podía dejar de abrazar la vida nuevamente. Nosotros teníamos una segunda oportunidad, él y yo. No podíamos echarla a perder. También dijo que le llevó un tiempo el descubrirlo y que él no quería que yo cometiera los mismos errores. Me dijo que abrazara la vida y su belleza y la gente que quería antes de que fuera demasiado tarde, incluso, aunque resultara difícil. Sacudir ese pasado Strigoi... es como un peso, siempre presionando sobre mí. Él juró que no iba a dejar que lo controlara más —lo cual créeme, suena noble pero es muy difícil de hacer— y que él no iba a dejar que su vida careciera de sentido. Él había perdido ya algunas cosas para siempre, pero se negaba a dejar de lado el resto.

—¿Él dijo todo eso? Yo... No estoy ni siquiera segura de lo que significa ni la mitad.

Me dijo que abrazara la vida y su belleza y la gente que quiero antes de que fuera demasiado tarde.

—A veces yo tampoco. Como he dicho, es mucho más fácil decirlo que hacerlo. Sin embargo, creo que él me ha ayudado a recuperarme más rápidamente de lo que yo lo hubiera hecho por mí misma. Estoy agradecida. Y en cuanto a ti y a tu aura... —esa sonrisa regresó—. Bueno, tendrás que averiguarlo. No creo en almas gemelas, no exactamente. Creo que es ridículo pensar que hay solamente una persona por

ahí para nosotros. ¿Qué ocurre si tu alma gemela vive en Zimbawe? ¿Y si es diez años más joven? También creo que “dos almas siendo una” es ridículo. Tú necesitas aferrarte a ti misma. Pero sí creo que las almas están en sincronía, las almas se reflejan mutuamente. Veo esa sincronía en las auras. Puedo ver el amor también. Y veo todo eso en su aura y en la tuya. Sólo tú puedes elegir qué hacer con esa información... si aún crees en ella.

—Sin presión —murmuré.

Parecía como si estuviera a punto de terminar el sueño, pero luego se detuvo y me dio una penetrante mirada.

—Ten cuidado de una cosa, Rose. Nuestras almas son iguales, pero no idénticas. La de Dimitri se enriquece con pedacitos de la oscuridad, con los restos de su trauma. Esa oscuridad se desvanece un poco cada día. Tú llevas la oscuridad también, pero esta no se desvanece.

Me estremecí.

—Lissa. Es la oscuridad que estoy tomando de ella, ¿no es cierto?

—Sí. No sé mucho acerca de los vínculos, pero lo que tú estás haciendo, incluso si estás ayudándola, es muy peligroso. El espíritu nos destroza, no hay duda, pero de alguna manera... Creo que los usuarios del espíritu son contruidos para esto un poco mejor. No es que siempre sea evidente —añadió con ironía—. ¿Pero tú? No. Y si tomas demasiado, no sé qué va a suceder. Tengo miedo de esa construcción y creación. Me temo que sólo se va a necesitar tomar una chispa y un catalizador para hacer que explote dentro de ti.

—¿Qué sucederá entonces? —Susurré.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—No lo sé.

Con eso, el sueño se desvaneció.

Caí de nuevo en el sueño sin sueños, aunque como si mi cuerpo supiera que era hora de tomar mi turno—se despertó unas horas más tarde. La oscuridad de la noche me rodeaba, una vez más, y muy cerca, podía oír incluso la respiración constante y el calor de Dimitri.

Todo lo que acababa de discutir con Sonya vino de nuevo a mí. Demasiado, demasiado. No sabía por dónde empezar a procesarlo. Y no, no sé si me lo podía creer, no con lo que había visto en la vida real. *Comportamientos y sentimientos rara vez se alinean.* Con una respiración profunda, me obligué a ser un guardián, no una niña emocionalmente perturbada.

—Tu tiempo para el sueño, camarada.

Su voz vino a mí como luz en la oscuridad, suave y baja.

—Puedes descansar más si lo necesitas.

—No, estoy bien —le dije—. Y recuerda, tú no eres....

—Lo sé, lo sé —rió entre dientes—. No soy el General —*oh Señor*. Nosotros terminamos las bromas el uno del otro. *Creo en las almas que están en sintonía*.

Recordándome con severidad a mí misma que la visita de Sonya no había sido en realidad sobre el amor de mi vida, le conté el resto del sueño a Dimitri, describiéndole la traición de John y el secuestro de Jill.

—¿Hice... hice lo correcto al decirle a Sonya dónde estamos?

Pasaron varios segundos antes de que él respondiera.

—Sí. Es verdad que necesitamos su ayuda y ella puede encontrar a Jill. El problema es que Victor y Robert también lo sabrán —él suspiró—. Y tienes razón al decir que será mejor descansar para lo que vendrá.

Así, de esa manera eficiente suya, no dijo nada más. Pronto, su respiración cambió cuando volvió a caer en el sueño. Era increíble cómo podía hacer eso con tan poco esfuerzo. Por supuesto, eso era algo que le habían enseñado como guardián: “duerme cuando puedas porque no sabes cuándo podrás volver a hacerlo”. Era un truco que nunca había tenido en cuenta. Mirando en la oscuridad, mantuve mis sentidos agudizados, ante la escucha de cualquier sonido que pudiera indicar peligro.

Podría no tener un talento para quedarme dormida al instante, pero *podía* mantener mi cuerpo alerta mientras que todavía comprobaba a Lissa. Jill y nuestro escape me habían ocupado el día de hoy, pero los acontecimientos en la Corte aún pesaban mucho sobre mí. Alguien había intentado *matar* a Lissa, y un grupo de guardianes se había llevado a rastras a Eddie.

Cuando miré a través de sus ojos, no fue una sorpresa encontrar a la mayoría de mis amigos juntos. Estaban en una austera, intimidante habitación similar a en la que había sido interrogada sobre mi escape, excepto que era más grande. Y con buena razón. Estaba llena de todo de personas. Adrian y Christian estaban de pie ante Lissa y no necesitaba leer su aura para saber que los chicos estaban tan incómodos como lo estaba ella. Hans estaba detrás de una mesa, con las manos presionadas contra ella mientras se inclinaba hacia delante y miraba a todo el mundo.

Frente a Lissa, contra la pared del fondo, Eddie se sentaba con cara de piedra en una silla, con un guardián a cada lado. Ambos guardianes estaban tensos,

preparados para entrar en acción. Ellos pensaban que Eddie era una amenaza, lo cual era ridículo. Sin embargo, Hans parecía compartir su opinión. Él señaló con un dedo la fotografía sobre la mesa. Dando un paso hacia delante, Lissa vio la foto del chico que la había atacado, una fotografía tomada después de su muerte. Sus ojos estaban cerrados, su piel se había vuelto pálida, pero proporcionaba una detallada vista de sus rasgos faciales, tan suaves como habían sido.

—¡Asesinaste a un Moroi! —exclamó Hans. Yo los había sintonizado aparentemente a mitad de una conversación—. ¿Cómo es que no es un problema? ¡Estás entrenado para protegerlos!

—Lo hice —dijo Eddie. Estaba tan tranquilo, tan serio que una parte de mí todavía podía reunir un pequeño sentido del humor para pensar en él como Dimitri Junior—. La protegí. ¿Qué diferencia hay si la amenaza es un Moroi o un Strigoi?

—No tenemos ninguna prueba de cualquier detalle de este ataque —gruñó Hans.

—¡Tiene tres testigos! —chasqueó Christian—. ¿Está diciendo que nuestros informes no tienen valor?

—Estoy diciendo que son sus amigos, lo cual hace sus informes cuestionables. Me hubiera gustado tener a un guardián que verificara todo esto.

Ahora el temperamento de Lissa se inflamó.

—¡Lo tiene! Eddie estaba ahí.

—¿Y no había manera de que pudiera haberte protegido sin haberlo matado? —preguntó Hans.

Eddie no respondió, y sabía que estaba considerando cuidadosamente la pregunta, preguntándose si realmente podría haber cometido un error. Al final, negó con su cabeza.

—Si no lo hubiera matado, él me habría asesinado.

Hans suspiró, sus ojos estaban cansados. Era fácil para mí estar enfadada con él ahora mismo, y tuve que recordarme a mí misma que él sólo estaba haciendo su trabajo. Él sostuvo en alto la imagen.

—¿Y ninguno de ustedes —ninguno de ustedes— ha visto alguna vez a este hombre?

Lissa estudió el rostro una vez más, reprimiendo un escalofrío. No. Ella no lo había reconocido durante el ataque y no lo reconocía ahora. Realmente no había nada relevante en él, ninguna característica que pudiera señalar. Nuestros amigos negaron con sus cabezas, pero Lissa sintió su ceño fruncirse.

—¿Sí? —preguntó Hans, inmediatamente detectando ese sutil cambio.

—No lo conozco... —dijo ella lentamente. La conversación con Joe, el portero, apareció en su mente.

¿Qué hay de la apariencia de este hombre? Ella le había preguntado a Joe.

“Es plana, ordinaria. Excepto la mano”.

Lissa miró la fotografía un momento más, la cual mostraba una mano marcada con un par de dedos doblados. Yo también lo había notado en la lucha. Ella levantó la mirada hacia Hans.

—No lo conozco —repitió—. Pero creo que sé de alguien que sí. Hay un portero... bueno, un ex portero. Uno que testificó sobre Rose. Creo que él ha visto a este hombre antes. Ellos tienen una interesante relación de negocios. Mikhail iba a asegurarse de que todavía no abandonaba la Corte.

Adrian no se veía nada contento sobre traer a Joe, ya que había implicado a su madre por un soborno.

—Tendrán dificultades para hacerlo hablar.

Hans entrecerró los ojos.

—Oh, si él sabe algo, lo haremos hablar —él hizo un gesto brusco hacia la puerta y uno de los guardianes de Eddie se acercó a ella—. Encuentra a ese chico. Y envía a nuestros “invitados” —el guardián asintió y abandonó la habitación.

—¿Qué invitados? —preguntó Lissa.

—Bueno —dijo Hans—. Es gracioso que menciones a Hathaway. Porque hemos tenido un vistazo de ella.

Lissa se puso rígida, el pánico parpadeando a través de ella. *Ellos encontraron a Rose. Pero ¿Cómo? Abe se había asegurado de que ella estuviera a salvo en una ciudad al oeste de Virginia.*

—Ella y Belikov fueron vistos cerca de Detroit, donde secuestraron a una chica.

—Ellos nunca... —Lissa se detuvo—. ¿Dijo Detroit? —Le tomó una gran moderación no disparar miradas interrogantes a Adrian y Christian.

Hans asintió, y aunque dio la impresión de que sólo estaba transmitiendo información, sabía que estaba observando por alguna reacción de mis amigos.

—Había unas pocas personas más con ellos. Algunas de ellas escaparon, pero capturamos a una.

—¿A quién secuestraron? —preguntó Christian. Su asombro no era falso. Él también había pensado que estábamos a salvo, escondidos.

—Mastrano —dijo Hans—. Alguien que se apellida Mastrano.

—¿Jill Mastrano? —preguntó Lissa.

—¿Jillbait? —Preguntó Adrian.

Hans no sabía de ese sobrenombre pero no tuvo oportunidad de hacer su pregunta porque justo en ese momento se abrió la puerta. Tres guardianes entraron, y con ellos estaba Sydney.

Capítulo 27

Traducido por: PaolaS

Corregido por: Selene

MI BOCA HABRÍA CAÍDO ABIERTA SI YO estuviera allí, tanto por la conmoción de ver a Sydney y la percepción de un ser humano por motivos Legales de la Corte. Seres humanos, en realidad, porque había dos con ella, un hombre y una mujer. El hombre era joven, sólo un poco mayor que Sydney, con el pelo y los ojos de color marrón oscuro. La mujer era más vieja y llevaba una mirada dura, sazónada Yo la asocie con Alberta. Esta mujer era de piel oscura, pero podía todavía ver el tatuaje dorado que ella y los otros seres humanos tenían. Todos eran Alquimistas.

Y era obvio que estos Alquimistas no estaban contentos. Esa mujer mayor estaba haciendo un buen espectáculo, pero sus ojos como dardos dejaban en claro que quería estar en alguna otra parte —en cualquier lugar—. Sydney y el tipo no ocultaron su miedo. Sydney podría haber estado acostumbrada a mí y a Dimitri, pero en lo que a ellos les concernía, ella y sus colegas acaban de entrar en una guarida del mal, probablemente.

Los Alquimistas no estaban solos en su malestar. Tan pronto como entraron, los guardianes ya no consideraban a Eddie como la amenaza de la habitación. Sus ojos estaban todos en los seres humanos, ellos los escudriñaron como si fueran Strigoi. Mis amigos parecían más curiosos que miedosos. Lissa y yo habíamos vivido entre seres humanos, pero Christian y Adrian habían tenido muy poca exposición, exceptuando a los alimentadores. El ver a los alquimistas en "nuestro territorio", agregaba un elemento extra de intriga.

Me sorprendió sin duda ver a Sydney allí tan rápidamente. ¿O no fue rápidamente?

Horas habían pasado desde que habíamos escapado de la casa de Jill. No era suficiente tiempo para conducir a la Corte, pero era más que suficiente para volar. Sydney no se había cambiado de ropa desde que la había visto por última vez, y había sombras bajo sus ojos. Tenía la sensación de que había sido interrogada intensamente desde su captura. El misterio era, ¿por qué traer a los alquimistas a la reunión acerca de Eddie matando al desconocido Moroi? Eran dos cuestiones completamente diferentes en juego.

Lissa estaba pensando lo mismo. —¿Quiénes son estos tipos? —preguntó ella, aunque ella tenía una idea muy buena de quien era Sydney. Ella había escuchado la descripción suficiente de mí.

Sydney le dio a Lissa una rápida apreciación, y yo sospechaba que había adivinado la identidad de Lissa también.

—Alquimistas,—dijo Hans bruscamente—. ¿Sabes lo que eso significa?

Lissa y mis amigos asintieron con la cabeza. —¿Qué tienen que ver con Eddie y ese tipo que me atacó? —ella preguntó.

—Tal vez algo. Tal vez nada —Hans se encogió de hombros—. Pero sé que algo extraño pasa, algo en lo que todos estamos involucrados, y tengo que averiguar qué. Ella... —Hans señaló a Sydney—, estaba con Hathaway en Detroit, y tengo todavía dificultades para creer que ninguno de ustedes sabía nada al respecto.

Adrian se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared, la imagen perfecta de indiferencia. —Sigue creyendo eso, pero yo no conozco a ninguna de estas personas. ¿No nos odian los Alquimistas? ¿Por qué están aquí? —Adrián, dijo irónicamente, era el único de mis amigos que sabía que no había estado en Virginia Occidental, pero nunca lo dirías por su actitud.

—Porque tenemos a una asesina escapada con la cual lidiar y necesitamos interrogar a su cómplice en persona,—fue la respuesta encrispada de Hans.

Una negación de culpa estaba en la boca de Lissa, pero el alquimista mayor saltó en primer lugar.

—Usted no tiene ninguna prueba de que la señorita Sage fue una “cómplice” de su criminal. Y sigo pensando que es ridículo que no nos deje hacer nuestro propio interrogatorio y dejarnos esto.

—En cualquier otra situación, nosotros lo haríamos, señorita Stanton —respondió Hans. Hielo se estaba formando entre ellos dos—. Pero ésta, como se puede imaginar, es un poco más grave que la mayoría. Nuestra reina fue asesinada.

La tensión se intensificó aún más entre los guardianes y los alquimistas. Su relación de trabajo no era feliz, me di cuenta. También se me ocurrió que incluso si los superiores de Sydney pensaban que ella había cometido algún delito, ellos nunca lo admitirían mucho menos a mi pueblo, lo que significaba que la paranoia de Hans no era del todo infundada. Cuando ninguno de los alquimistas respondió Hans pareció leer esto como una aprobación para comenzar a interrogar a Sydney.

—¿Conoce usted a estos tres? —él hizo un gesto a mis amigos, y Sydney sacudió la cabeza—. ¿Alguna vez se comunicó con ellos?

—No

Hizo una pausa, como si tuviera la esperanza de que cambiara su respuesta. Ella no lo hizo. —Entonces, ¿cómo se involucro con Hathaway?

Ella lo observó con atención, el miedo en sus ojos marrones. Yo no estaba segura de si era a causa de él exactamente. En realidad, tenía un montón de cosas por las que estar nerviosa en este momento, al igual que estar aquí en absoluto, y la eventual sanción que los alquimistas le darían. Luego, por supuesto, estaba Abe . Técnicamente, era la razón por la que había quedado atrapada en este lío. Todo lo que tenía que hacer era culparlo a él, decir que él la había chantajeado. La haría salir del apuro, pero incurriría en su ira. Sydney trago y forzó una mirada desafiante.

—Conocí a Rose en Siberia.

—Sí, sí —dijo Hans—. Pero, ¿cómo terminaste ayudándola a escapar de aquí?

—Yo no tuve nada que ver con que ella escapara de este lugar —dijo Sydney. Era una verdad a medias, supuse—. Ella me contactó hace unos días y me pidió ayuda para llegar a una casa cerca de Detroit. Ella dijo que ella era inocente y que esto ayudaría a demostrarlo.

—Los alquimistas sabían entonces que era una fugitiva —señaló Hans—. Todo el mundo tenía la orden de buscarla. Usted podría haberla entregado.

—Cuando conocí a Rose, ella no parecía del tipo asesina, quiero decir, aparte de matar a Strigois. Eso los convertiría en asesinos a todos, verdad —lanzó Sydney un poco al estilo alquimista con desdén. Fue un buen toque—. Así que, cuando ella dijo que era inocente y podía probarlo, me decidí a ayudarla. Le di un aventón.

—Ya le pregunté acerca de esto, —dijo Stanton irritado—. Y ya te dijimos que lo que hicimos. Lo que hizo fue tonto, un lapso de juicio ingenuo. Es algo a lo que nosotros debemos hacer frente, no tú. Tú preocúpate por tu desalmada asesina. — Sus palabras fueron ligeras, como si iban a llevar a casa a Sydney y castigar a una niña traviesa. Yo dudaba que fuera a ser así de simple.

—¿Quiénes eran las personas con ella?, —preguntó Hans, haciendo caso omiso de Stanton.

Sydney hizo una mueca de desprecio. —Uno de ellos era ese tipo. . . Dimitri Belikov. El que piensas que fue "curado." No sé quiénes son los otros. Dos chicos y una mujer. Nunca nos presentó —era una mentira bien hecha, su fingido disgusto acerca de Dimitri enmascaraba su conocimiento del resto de nuestros asociados.

Lissa se inclinó hacia adelante con entusiasmo, hablando poco antes de que Hans pudiera. —¿Qué había en Detroit? ¿Cómo iba Rose a limpiar su nombre yendo allí? ¿Especialmente con Jill?

Hans no parecía contento con la interrupción, pero yo sabía que tenía que estar curioso sobre Jill en Detroit también. No dijo nada, tal vez esperando que a alguien se pudiera resbalar y revelar una pieza clave de conocimiento. Sydney, sin embargo, siguió jugando distante y fría.

—No tengo ni idea. Esa chica, Jill no parecía saber bien. Rose solo dijo que teníamos que llegar a ella, así que la ayude.

—¿A ciegas? —preguntó Hans—. ¿De verdad piensas que voy creer que solo confiaste en ella así no más?

—Ella es mi...—Sydney mordió su labio en lo que yo sospechaba era "amiga." Luego se volvió al modo profesional de nuevo—. Había algo creíble acerca de ella, y pensé que sería una pérdida de recursos si los alquimistas habían estado ayudando a cazar al asesino equivocado.

—Si decidía que era culpable, siempre podía entregarla. Y pensé. . . Pensé que si era yo quien resolvía esto, obtendría el crédito y una promoción.

Esa era una buena, buena mentira. ¿Una chica ambiciosa tratando de mejorar su carrera a escondidas? Muy bien. Bueno, no para todo el mundo. Hans negó con la cabeza —no les creo a ninguno de ustedes.

El chico Alquimista dio un paso adelante que hizo que cada guardián saltara al tiempo hacia él. —Si ella dice que esa es la forma en que sucedió, entonces esa es la forma en que sucedió. —él tenía la misma fiereza y desconfianza que tenía Stanton, pero parecía haber más. Una especie de protección hacia Sydney que era tan personal como profesional. Lissa lo entendió también.

—Tranquilo, Ian —dijo Stanton, manteniendo sus ojos en Hans. Su compostura me recordaba más y más a Alberta. Ella no podía estar a gusto con una sala llena de guardianes, pero no lo mostraba—. No importa si le crees o no. El punto de sigue siendo: La señorita Sage respondió a sus preguntas. Hemos terminado.

—¿Los padres de Jill sabían algo?, —preguntó Lissa. Todavía estaba en estado de shock por todos estos descubrimientos, sin mencionar preocupada porque yo estaba fuera de mi ciudad en la montaña segura, pero ese toque misterioso de limpiar mi nombre era poderoso. Ella no podía dejarlo ir.

Sydney se volvió a Lissa, y yo casi podía leer los pensamientos de la Alquimista. Ella sabía lo cercana que Lissa y yo éramos y le hubiera gustado darle Lissa algún tipo de confort. No había manera, sin embargo, que Sydney pudiera hacer eso con

estas personas en la habitación. Ella también estaba conciente del hecho de que yo no le había dicho nada a Lissa acerca de Jill.

—No —dijo Sidney—. Solo fuimos allí y Rose dijo que Jill tenía que venir con ella. Los Mastrano no sabían por qué. Y entonces Rose se la llevo. O Jill fue con ella. No estoy segura de lo que pasó. Todo se volvió un caos.

Ni los alquimistas ni los guardianes disputaron que me había llevado a Jill, lo que me hizo pensar que era una historia que habían conseguido —y aceptado— tanto de los padres de Jill como de Sydney. Era una verdad suficiente como para ser plausible y explicar la desaparición de Jill. No se mencionaba el secreto Dragomir, sin embargo, y Emily estaba probablemente más que feliz de guardar silencio por ahora.

—Esto —dijo Stanton—. Es exactamente lo que te dije antes. Tenemos que irnos ahora. —Ella se volvió hacia la puerta, pero los guardianes bloquearon el camino.

—Imposible —dijo Hans—. Este es un asunto serio, y la señorita Sage es el único vínculo que tenemos con el asesino, un asesinato real. Y un secuestro.

Stanton se burló, y me acordé de Sydney, una vez diciendo que los alquimistas pensaban que el sistema de seguridad Moroi era una tontería. —Ella no parece ser de mucha utilidad para usted. Sin embargo, no se preocupe. Nosotros la tendremos retenida. Póngase en contacto con nosotros si tiene más preguntas.

—Inaceptable —dijo Hans—. Ella se queda aquí.

Ian, el otro Alquimista, se unió a la discusión, con un movimiento protector frente a Sydney. —¡No dejaremos a uno de los nuestros aquí! —una vez más, tuve esa sensación graciosa de él. Un enamoramiento, eso era. Se había enamorado de ella y estaba tratando con esto como más que sólo negocios. Stanton le dio una mirada que decía que ella se ocuparía de este asunto. Se quedó en silencio.

—Ustedes pueden quedarse aquí, entonces —dijo Hans—. No hace ninguna diferencia para mí. Conseguiremos las habitaciones.

—Esto es inaceptable —a partir de ahí, ella y Hans se metieron en un argumento de furia. No pensaba que llegaría a las manos, pero los otros guardianes habían cerrado como precaución. Los ojos de Ian se lanzaban entre Stanton y Sydney, pero no entro en la disputa.

Una vez, su mirada pasó por encima de la mesa en la que Hans se inclinaba, e Ian hizo de pronto una doble toma de la fotografía. Fue sólo una breve pausa, una ligera ampliación de los ojos. . .pero Lissa se dio cuenta.

Ella dio un paso hacia Ian y Sydney. Uno de los guardianes dio un vistazo al movimiento, juzgaron a Lissa como asegurada, y volvieron a ver a Stanton. —Tu lo conoces,—Lissa murmuró, manteniendo su voz por debajo de los gritos. De hecho, era un poco demasiado bajo porque Sydney e Ian parecían en blanco. Sus oídos no podían escuchar lo que un Moroi o dhampir podía.

Lissa miró alrededor con inquietud, porque no quería llamar la atención. Ella subió el volumen ligeramente. —Tu lo conoces. El tipo de la foto.

Ian miró a Lissa, con un poco de asombro y desconfianza en su rostro. Él, sin duda, llevaba esa misma actitud distante hacia los vampiros, pero sus palabras le habían cogido con la guardia baja.

Y, aunque ella era una criatura malvada de la noche, era una muy bonita.

—Ian —dijo Sidney en voz baja—. ¿Qué es? —Había una nota de urgencia en su voz, sin querer influyendo en su enamoramiento, me parece. Abrió la boca para hablar, pero entonces, la "conversación" entre los otros llegó de nuevo, Sydney volvió a ser el centro de atención, e Ian se apartó de Lissa.

El compromiso al que Stanton y Hans habían llegado era exactamente eso, un compromiso.

Tampoco estaba feliz con él. Había un pequeño pueblo a menos de cuarenta y cinco minutos del Tribunal de Justicia, y los alquimistas se quedarían allí, con varios guardianes en la mano. Sonaba como un arresto domiciliario para mí, y la expresión de Stanton parecía estar de acuerdo. Yo creo que sólo consintió porque era una ciudad humana. Antes de que todo el mundo se hubiera ido, Hans interrogó a mis amigos por última vez, sus ojos estudiando cada rostro con cuidado.

—Y ninguno de ustedes, ninguno de ustedes conoce a esta chica-alquimista o ¿han estado en contacto con ella? ¿O sabido acerca de su participación con Hathaway?

Una vez más, Lissa y los demás lo negaron, una y otra vez, Hans no tenía más remedio que admitir a regañadientes, las respuestas. Todo el mundo se dirigió hacia la puerta, pero Hans no dejaría a Eddie salir. —No tu, Castle. Te vas a quedar aquí hasta que otros asuntos se resuelvan.

Lissa se quedó sin aliento. —¿Qué? Pero él...

—No te preocupes por eso —dijo Eddie con una pequeña sonrisa—. Todo va a estar bien. Sólo cuida de ti misma.

Lissa dudó, a pesar de que Christian le estaba tirando del brazo para irse. A pesar de todas las incontables veces, que Eddie había defendido la vida de Lissa, él había

matado a un Moroi. Eso no se tomaría a la ligera. Los guardianes tenían que estar 100 por ciento convencidos de que no había tenido otra opción antes de dejarlo irse. Al ver la mirada fuerte, la calma en su rostro, Lissa sabía que estaba preparado para manejar lo que viniera.

—Gracias —dijo, caminando junto a él—. Gracias por salvarme.

Su respuesta fue una leve inclinación de cabeza, y Lissa entró en el pasillo para encontrarse a sí misma en más caos.

—¿Dónde están? Insisto en-ah.

Mis amigos y los alquimistas se dirigían hacia la salida mientras que un grupo de guardianes los escoltaban. Mientras tanto, alguien había entrado en la sala y estaba siendo ahora detenido e interrogado por los guardianes. Era Abe.

Él entendió cada pieza del bizarro escenario en menos de un latido del corazón, los ojos pasando por encima de Sydney y los alquimistas como si nunca los había visto antes. A través de los ojos de Lissa, vi palidecer a Sydney, pero nadie más se dio cuenta. Abe sonrió a Lissa y se acercó para salir con ella.

—Allí estas. Te quieren para la última prueba monarca.

—¿Y te han enviado a ti? —preguntó con escepticismo Christian.

—Bueno, me ofrecí —dijo Abe—. Había escuchado que había un er, emocionante Interrogatorio de Asesinato, con seres humanos fanáticos religiosos. Todas las cosas que me interesan, ya sabes.

Lissa puso los ojos en blanco pero no dijo nada hasta que todo el grupo surgió del edificio. Los alquimistas y sus escoltas no deseados fueron por un camino, mientras que Lissa y nuestros amigos fueron por otro. Lissa deseaba echar un vistazo a Sydney e Ian. Yo también lo hacía, pero lo sabía era mejor seguir adelante y seguir el ejemplo de Abe, sobre todo porque algunos de esos guardianes estaban viendo más que a los alquimistas.

Tan pronto como el grupo de Lissa estuvo lo suficientemente lejos de las autoridades, la sonrisa amable de Abe se desvaneció, y se volvió a mis amigos. —¿Qué demonios ha pasado? He escuchado todo tipo de historias locas. Alguien dijo que estabas muerta.

—Casi —dijo Lissa. Ella le dijo sobre el ataque, expresando su temor por Eddie.

—Él va a estar bien —dijo Abe con desdén—. No tienen nada para retenerlo. Lo peor que puede conseguir es una marca en su registro.

Lissa se sintió aliviada por la garantía tranquila de Abe, pero yo todavía me sentía culpable. Gracias a mí, el registro de Eddie se había visto empañado ya. Su excelente reputación estaba en declive sobre una base diaria.

—Esa era Sydney Sage —dijo Lissa—. Pensé que todos estaban en Virginia Occidental. ¿Por qué no esta con Rose?

—Esa —dijo Abe oscuramente—, es una excelente pregunta.

—Debido a que al parecer ellos estaban secuestrando a Jill Mastrano en Detroit —dijo Christian—. Lo que es extraño. Pero no la cosa más loca que se me ocurre que Rose haga —yo agradecí el apoyo.

Abe obtuvo un resumen de este nuevo desarrollo también, al menos tanto como mis amigos sabían de ello, que era sólo una parte de toda la historia. Abe entendió de inmediato que había sido engañado, y era obvio por su expresión enojada que no le gustaba ser mantenido en la oscuridad. Bienvenido al club, viejo, pensé con una pequeña satisfacción. No había olvidado cómo nadie me había apoyado en el plan de escape. Mi presunción duro poco porque me preocupaba lo que pasaría con Sydney, ahora que Abe estaba contra ella.

—Esa chica me estaba mintiendo —gruñó—. Todos los días, todos estos informes acerca de cuan tranquilo y aburrido estaba en Virginia Occidental. Me pregunto si siquiera llego a esa ciudad. Yo tengo que ir a hablar con ella.

—Buena suerte —dijo Adrian, sacando un cigarrillo y encendiéndolo. Al parecer, en mi ausencia, el contrato de citas que había hecho en broma y que decía que "recortaría" sus vicios no aplicaba—. No creo que su compinches o los guardianes te vallas a dejar estar cerca de ella.

—Oh, voy a llegar a ella —dijo Abe—. Ella tiene un montón de respuestas. Si ella las escondió de los otros idiotas, entonces bien por ella. Pero ella me lo va a decir a mí.

Un repentino pensamiento despertó en la mente de Lissa. —Hay que hablar con Ian. Ese tipo con los alquimistas. Él sabe el hombre del de la foto-er, quiero decir, el hombre que Eddie mató.

—¿Estás segura?, —preguntó Abe.

Sí —dijo Adrian, sorprendiendo a todos—. Ian claramente tuvo una reacción. Él también tiene un enamoramiento por esa chica Sydney.

—Vi eso también —dijo Lissa.

—Parecía un poco tensa —Adrian frunció el ceño—. Pero tal vez sea su tipo.

—Ese enamoramiento en realidad podría ser útil —reflexionó Abe—. Ustedes las mujeres no saben el poder que ejercen. ¿Has visto a ese guardián con que tu tía sale? ¿Ethan Moore?

—Sí —gimió Christian—. No me lo recuerdes.

—Tasha está bastante buena, sin embargo, —señaló Adrián.

—Eso no es cool —dijo Christian.

—No te pongas tan malhumorado —dijo Abe—. Ethan es un guardia del palacio. Él estaba allí la noche del asesinato, podría ser muy útil para nosotros si puede mantener su interés.

Christian negó con la cabeza. —Los guardias ya declararon. No importara. Ethan dijo lo que sabe.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Abe—. Siempre hay cosas que ocurren fuera del registro oficial, y estoy seguro de que los guardias fueron interrogados con órdenes estrictas de que revelar y que no revelar. Tu tía puede ser lo suficientemente encantadora para encontrar algo para nosotros.

Abe suspiró, todavía luciendo muy infeliz ante la alteración repentina de sus ordenados planes. —Si sólo Sydney hubiera sido lo suficientemente encantadora para encontrar la manera de salir de ese interrogatorio y así yo pudiera ir a interrogarla. Ahora tengo que irrumpir a través de los alquimistas y los guardianes para llegar a ella y averiguar donde esta Rose. Ah, y realmente tienes que ir a la prueba, princesa.

—Pensé que era sólo una excusa que utilizaste para encontrarme —dijo Lissa.

—No, ellos te quieren —él le dio la dirección de la prueba. Era en el edificio en el que había tenido la segunda prueba—. Todos ustedes vallan juntos y luego un guardián les guiará de regreso. No dejen a su habitación hasta que Janine o Tad lleguen —Tad era uno de los secuaces de Abe—. No más ataques sorpresa.

Lissa quería argumentar que sin duda no iba a ponerse en arresto domiciliario, pero decidió que era mejor dejar ir a Abe por ahora. Corrió, todavía irradiando agitación, y ella y los chicos se volvieron hacia el sitio de la prueba.

—Hombre, está enojado —dijo Adrian.

—¿Y lo culpas? —preguntó Christian—. Él acaba de perder participación en el club de mentes malvadas. Su brillante plan se vino abajo, y ahora su hija esta desaparecida cuando pensaba que estaba en un lugar seguro.

Adrian se quedó en silencio deliberadamente.

—Espero que esté bien —suspiró Lissa, con un nudo en su estómago—. ¿Y que en el mundo tiene que ver Jill con todo esto?

Nadie tenía una respuesta para eso. Cuando llegaron al lugar de la prueba, Lissa encontró una situación casi idéntica a la anterior. Había muchos espectadores a lo largo del pasillo. Guardianes bloqueaban la puerta. Más personas que nunca estaban animando su nombre mientras se acercaba, algunos eran Morois "comunes" y otros eran miembros de la realeza, cuyos candidatos estaban fuera de la carrera. Un número de candidatos no habían superado la prueba de miedo, por lo que las familias habían cambiado sus lealtades.

Una vez más, Lissa se introdujo en la habitación sola. Su corazón empezó a latir con fuerza cuando ella vio a la mujer de siempre. ¿Estaban más imágenes terribles por venir? Lissa no podía ver el cáliz, pero eso no era garantía de seguridad. No había ninguna silla extra, así que simplemente se paró frente a la vieja.

—Hola —dijo Lissa con respeto—. Es bueno volver a verla.

La mujer sonrió, mostrando los dientes perdidos. —Dudo eso, pero lo dices muy convincentemente. Tienes la política en la sangre.

—Gra. . . cias... —dijo Lissa, sin saber si había sido un cumplido o no—. ¿Qué le gustaría que yo hiciera para esta prueba?

—Sólo escucha. Eso es todo. Es fácil.

Un brillo en los ojos de la mujer le hizo pensar a Lissa que esto no sería fácil.

—Todo lo que tienes que hacer es responder una pregunta para mí. Das la Respuesta correcta, y tú pasas a través de la votación. Y no será eso entretenido. La anciana parecía decir las últimas palabras más para sí que para Lissa.

—De acuerdo —dijo Lissa con inquietud—. Estoy lista.

La mujer enfrentó a Lissa y pareció gustarle lo que vio. —Aquí es entonces: ¿Qué debe tener una reina para gobernar verdaderamente a su pueblo?

La mente de Lissa se quedó en blanco por un momento, y luego un revoltijo de palabras le vino a la cabeza. *¿Integridad? ¿Sabiduría? ¿Cordura?*

—No, no, no contestes —dijo la anciana, mirando cuidadosamente a Lissa—. Todavía no. Tienes hasta el día de mañana, a esta misma hora, para pensar en ello. Vuelve directo con la respuesta, y habrás pasado las pruebas. Y. . . —ella le guiñó un ojo—. No hace falta decir que no hablarás con nadie sobre esto.

Lissa asintió con la cabeza, frotando el pequeño punto tatuado en su brazo. Ella no recibiría ayuda de los demás para la respuesta. Lissa salió de la habitación, volteando la pregunta una y otra vez en su mente. Había demasiadas respuestas a una pregunta así, pensó. *Cualquiera de ellas podría ser*

Un movimiento en mi realidad al instante me sacó de su cabeza. Yo casi esperaba que Sonya estallara dentro de nuestra tienda de campaña, pero no, eso no fue lo que llamó mi atención. Era un movimiento mucho más pequeño. . . y algo infinitamente más poderoso.

Dimitri estaba en mis brazos.

Capítulo 28

Traducido por: Gry y Lost Angel

Corregido por: ηιιι ♡

DEJÉ DE RESPIRAR. CADA UNO DE NOSOTROS tenía sus propias mantas, pero hasta en medio del verano, la temperatura había descendido durante la noche. Dimitri, en su sueño, había dado una vuelta y rodado contra mí, combinando nuestras mantas en un solo montón y descansando su cabeza en mi pecho. Su cuerpo estaba contra el mío, caliente y familiar, y él hasta se acurrucó un poco más cerca.

Él estaba más agotado de lo que yo pensaba si estaba haciendo esto mientras dormía. Después de todo, éste era el tipo que dormía con un ojo abierto. Pero su guardia estaba baja ahora, su cuerpo inconscientemente buscaba... ¿qué? ¿Simple calor? ¿A *mi*? Demonios. ¿Por qué tenía que verle hecho a Sonya mi pregunta? ¿Por qué no podía seguir con mi papel fácil como la novia de Adrian y amiga de Dimitri? Porque honestamente, yo no estaba haciendo un buen trabajo en ninguno de los dos roles ahora mismo.

Tentativamente, tímidamente, cambié mi posición ligeramente de modo que así pudiera poner un brazo alrededor de Dimitri y atraerle más cerca. Sabía que era un riesgo, uno que podría despertarle y romper este hechizo.

Pero eso no paso. Si era posible, pareciera que él se hubiera relajado incluso más. Sintiéndolo así... sosteniéndolo... se revolvía un enjambre de emociones en mí interior. El dolor que había sentido desde su pérdida quemaba dentro de mí. Al mismo tiempo, parecía que el sostenerlo de ésta forma también llenaba aquel dolor, como si una pieza de mí que había estado fallando estuviera siendo restaurada ahora. No sabía que pieza era la que fallaba. Había bloqueado todo eso hasta que las palabras de Sonya habían sacudido mi frágil nueva aceptación de la vida.

No sé cuánto tiempo me quede así con Dimitri. Lo suficiente como para ver volver aparecer al sol a través de la tienda de campaña transparente. Era toda la luz que mis ojos necesitaban para ver a Dimitri ahora, ver las líneas sutilmente esculpidas de su cara y la suavidad de su pelo mientras caía sobre mí. Quería tanto tocar su pelo, para ver si se sentía igual que antes. Lo cual era un pensamiento tonto, por supuesto que sí. Su pelo no había cambiado. Sin embargo... el impulso estaba allí, y finalmente me rendí, dirigiendo mis dedos suavemente sobre algunos mechones

sueltos. Eran lisos y sedosos, y el toque más débil envió un estremecimiento a través de mí.

Eso también lo despertó a él.

Sus ojos se abrieron al instante, alertas. Esperé que él brincara lejos de mí, pero en cambio, él sólo midió la situación—y no se movió. Dejé mi mano en el lugar en que estaba al lado de su cara, todavía acariciando su pelo. Nuestras miradas fijas se unieron, tantas cosas pasando entre nosotros.

En aquellos momentos, yo no estaba en una tienda de campaña con él, huyendo de aquellos que nos consideraban criminales. No había ningún asesino que atrapar, ningún trauma Strigoi para vencer. Estábamos solos él y yo y los sentimientos que habían ardido entre nosotros hacía mucho tiempo.

Cuando él realmente se movió, no fue para escaparse. En cambio, levantó su cabeza de modo que pudiera mirarme desde arriba. Sólo unas pulgadas nos separaran, y sus ojos lo traicionaron. Él quería besarme, y yo también lo quería. Él se inclinó hacia mí, con una de sus manos descansando contra mi mejilla. Me preparé para sus labios—yo los necesitaba— y luego él se heló. Se retiró y se sentó, exhalando con frustración mientras miraba lejos de mí. Me senté también, con mi respiración rápida y superficial.

—¿Qué está mal? —pregunté.

Él echó un vistazo hacia mí. —Elige. Hay muchas opciones.

Dirigí un dedo a lo largo de mis labios. Tan cerca. Tan, tan cerca. —Lo sé... sé que las cosas han cambiado. Sé que estabas equivocado. Sé que puedes sentir amor otra vez.

Su máscara ya estaba de vuelta cuando formuló su respuesta. —Esto no es sobre el amor.

El último minuto volvió a repetirse en mi cabeza, la conexión perfecta, la manera en la que él me había mirado y había hecho a mi corazón sentir. Infiernos, Sonya incluso afirmó que teníamos una conexión mística. —¿Y si no es sobre el amor, entonces sobre qué es? —exclamé.

—Es sobre hacer lo correcto —dijo él silenciosamente.

¿Lo correcto? Lo correcto e incorrecto había sido temas constantes en St. Vladimir. Yono tenía dieciocho. Él era mi profesor. Fuimos elegidos para ser los guardias de Lissa y teníamos que prestarle nuestra completa atención. Todos aquellos eran argumentos por los que había sido necesario mantenernos separados en ese entonces. Pero aquellos argumentos se habían quedado en el camino hace mucho tiempo.

Yo le habría preguntado más, si alguien no hubiera arañado en nuestra puerta.

Los dos nos miramos y nos apartamos, alcanzando las estacas que habíamos mantenido cerca mientras dormíamos. El agarrar la estaca era un instinto ya que yo sabía que no había ningún Strigoi ahí afuera. Pero últimamente, los Strigoi habían sido la menor parte de nuestras preocupaciones.

—¿Rose? ¿Dimitri?

La voz era apenas audible, pero familiar. Relajándome ligeramente, desabroché la entrada de la tienda y reveló a Sonya mientras se arrodillaba delante de ella. Al igual que nosotros, ella llevaba la misma ropa de antes, y su pelo castaño rojizo estaba sucio. Por otra parte parecía que ella había logrado evitar a sus perseguidores. Me moví a un lado de modo que ella pudiera entrar.

—Acogedor —dijo, echando un vistazo alrededor—. Ustedes tienen el punto más apartado en el campamento. Me tomó una eternidad encontrar el coche que describieron.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —pregunté.

Ella guiñó. —No eres la única que puede robar coches. O, en mi caso, lograr que la gente se los preste con agrado.

—¿Fuiste seguida? —le preguntó Dimitri. Él era toda seriedad otra vez, sin mostrar ningún signo de lo que había pasado hace unos momentos.

—No que yo pueda decirles —dijo ella, cambiando a una posición con las piernas cruzadas—. Un par de guardianes me siguieron allá en el pueblo, pero los perdí hace un rato. La mayor parte de ellos parecían más interesados en ustedes dos.

—Imagina eso —refunfuñé—. Qué mal que Victor se haya ido hace mucho tiempo, él podría haber sido una mayor prioridad.

—Él no mato a la reina —dijo ella tristemente. Nosotros eventualmente tuvimos que decirle porque estaba siendo buscado y que él había sido él a quien Sonya había sentido acechar a Lissa en St. Vladimir—. Pero las buenas noticias son que sé dónde se encuentra él ahora.

—¿Dónde? —preguntamos Dimitri y yo al unísono.

Una sonrisa pequeña apareció en sus labios. —West Michigan —dijo ella—. Ellos salieron en dirección contraria al Tribunal.

—Demonios —refunfuñé. Dimitri y yo habíamos ido al sudeste de Ann Arbor, pasando por los Suburbios de Detroit y sólo cruzando Ohio. Habíamos elegido la dirección incorrecta.

—¿Pero viste a Jill? ¿Ella está bien? —Sonya asintió con la cabeza—. Bien, asustada pero bien. Ella me describió bastante señales como para que yo pueda localizar su motel. La encontré en un sueño hace un par de horas; tuvieron que detenerse a descansar. Victor no se sentía bien. es posible que ellos todavía estén allí.

—Entonces tenemos que irnos ahora —dijo Dimitri, al instante en acción—. Una vez que se pongan en movimiento, Jill se despertará y perderemos el contacto.

Recogimos nuestro camping con una velocidad asombrosa. Mi tobillo se sentía mejor, pero aún molestaba. Notando mi cojera, Sonya nos hizo detener justo antes de que entráramos en su coche.

—Esperen.

Ella se arrodilló ante mí, examinando el tobillo hinchado que se encontraba fácilmente expuesto por mi vestido rasgado. Respirando hondo, ella descansó sus manos en mí, y una oleada de electricidad pasó por mi pierna, seguida de ondas de calor y frío. Cuando estuvo terminado y ella se puso de pie, el dolor y la hinchazón se habían ido, al igual que las raspaduras en mis piernas. Probablemente los cortes en mi cabeza también lo habían hecho. Los usuarios de espíritu me habían curado tan a menudo que ustedes pensarían que ya estaría acostumbrada a esto, pero todavía era un poco alarmante.

—Gracias —dije—. Pero no deberías haberlo hecho... no deberías usar la magia...

—Tienes que estar en la mejor condición —dijo ella. Su mirada fija fue a la deriva, mirando fijamente un punto lejano en los árboles—. Y la magia... bien, es difícil mantenerse lejos.

En efecto lo era, y me sentía culpable que ella la usara en mí y se acercara a la locura. La restauración de Robert había curado su mente un poco, y ella tenía que tomar ventaja de esto. Este no era ningún momento para una conferencia, sin embargo, y la expresión de Dimitri también lo demostraba, lo mejor era que estuviera en forma.

Salimos hacia donde Sonya nos dijo que se encontraba Jill, y esta vez, sus direcciones eran tan específicas como ella podía haber dado. No más vaguedad o promesas obligatorias. Nos detuvimos sólo una vez para “adquirir” un nuevo coche y conseguir un mapa. La información que Sonya había recogido de Jill nos dirigía a una ciudad llamada Sturgis. A pesar de que se extendía por la mitad occidental de Michigan, también lo hacía en el sentido sur, por lo que la distancia no era completamente lo que habíamos esperado. Sin embargo, Dimitri condujo al menos sobre quince millas por hora sobre el límite de velocidad durante todo el tiempo.

—Ahí —dijo Sonya, mientras girábamos en el centro de la ciudad de Sturgis, el cual no era un verdadero centro de ciudad. Estábamos cerca de un motel modesto en una calle lateral—. Ése es el que ella describió. El motel Sunshine.

Dimitri frenó en la parte trasera del edificio, y nos sentamos allí, contemplando el motel, que no parecía tan alegre como su nombre proclamaba. Como yo, suponía que mis compañeros estaban tratando de entender como acercarse a ellos. La información del sueño de Jill nos había traído hasta aquí, pero Sonya no tenía nada más para ayudarnos a encontrar su cuarto, si ellos todavía estuvieran aquí. Seguramente no se habían registrado bajo sus verdaderos nombres. Yo iba a sugerir que camináramos frente a las puertas con la esperanza de que Sonya pudiera sentir a Robert, cuando ella de repente señaló algo.

—Ese es su coche —dijo ella—. Ellos están aquí.

Bastante seguro. Ahí estaba el CR V que nosotros habíamos llevado a la casa de Jill. Hablando sobre karma. Yo robé las llaves de Victor, y él me devolvió el favor tomando nuestro auto. Ninguno había pensado mucho sobre su auto vehículo de escape con el caos que se había desatado.

—Descuidados —murmuró Dimitri, con sus ojos estrechados pensativamente—. Deberían haber cambiado los autos.

—Ése es el auto de Sydney —indiqué—. Técnicamente no ha sido robado, así que no aparece en ninguna lista policial. Además, algo me dice que Victor y Robert no son tan buenos haciendo conexiones eléctricas como *algunas* otras personas. Habíamos dejado una serie de coches robados a través de Midwest.

Dimitri asintió con la cabeza, como si el realmente me felicitara. —Cualquiera que sea la razón, eso nos ayuda.

—¿Cómo los encontramos? —preguntó Sonya.

Estuve a punto de sugerir el plan del aura, pero lo rechacé. Robert sentiría a Sonya al mismo momento, dándole una breve advertencia. Además, cuando encontremos a los hermanos, probablemente comenzaría una lucha. Hacerlo en el motel llamaría la atención. Este aparcamiento estaba detrás, lejos de la carretera.

—Esperaremos —dije—. Es bastante asombroso que ellos se hayan detenido por tanto tiempo. Si tienen un poco de sentido común, se irán pronto.

—De acuerdo —dijo Dimitri, buscando mi mirada. Nuestras *almas en sincronización*. La memoria acerca del beso volvió, miré lejos, temiendo que mi propia cara me delatara—. El estacionamiento es fácil de defender también. No hay muchos lugares para la fuga—. Eso era verdad. El motel lo bordeaba de un lado y una pared del otro. Allí no había ningún otro edificio cerca.

Él movió nuestro coche al punto más apartado que podía, proveyándonos de una vista completa del lote de aparcamiento y de la salida del motel, pero cuidando de mantenernos a nosotros semi-ocultos. Consideramos la idea de quedarnos en el

auto, pero Dimitri y yo decidimos que deberíamos esperar fuera, dándonos así más movilidad. Dejamos a Sonya dentro. Esta no era su lucha.

Estando de pie detrás del coche con Dimitri, en la sombra de un arce frondoso, me hice intensamente consciente de su proximidad y su postura de guerrero feroz. Tal vez él extrañaba su abrigo, pero tuve que confesar que me gustó la vista de él sin el abrigo.

—Supongo que no —dije suavemente—, ¿continuaremos hablando de lo de ésta mañana?

Los ojos de Dimitri estaban fijados con fuerza en el CR V, tanto que como si pudiera hacer sólo con eso que Jill y los hermanos se materialicen dentro. No bromeaba. Él estaba sólo evitando mirarme. —No hay nada de qué hablar.

—Sabía que dirías eso. Realmente era entre eso o “en realidad no sé de lo que estás hablando”. —Dimitri suspiró.

—Pero —seguí—, sí hay de qué hablar. Como por ejemplo que casi me besaste, y que quisiste decir con eso de “hacer lo correcto”.

Silencio.

—¡Querías besarme! —era difícil mantener mi voz baja—. Yo lo vi.

—Sólo por querer algo no significa que esté bien.

—Lo que dije... ¿es verdad, no? Puedes amar, ¿no? Me doy cuenta ahora que después de la transformación pensaste que no podías. Y probablemente no podías. Pero las cosas han cambiado. Estás siendo tú de nuevo.

Dimitri me dio una mirada de soslayo. —Sí. Algunas cosas han cambiado... y algunas no.

—Bien, Sr. Enigma. Eso no ayuda a explicar el comentario de “hacer lo correcto”.

La frustración llenó sus rasgos. —Rose, he hecho muchas cosas malas, la mayor parte de las cuales yo nunca pueda arreglar o encontrar una redención para ello. Mi única opción ahora, si quiero reclamar mi vida de regreso, es ir adelante, parando el mal y haciendo lo correcto. Y lo que no es correcto es tomar a la mujer de otro hombre, un hombre que me gusta y respeto. Yo robaré autos. Irrumpiré en casa. Pero hay líneas que no cruzaré, pase lo que pase yo...

La apertura trasera del motel se abrió llamando nuestra atención. No era sorprendente como mi vida amorosa podía ser estropeada en los momentos más profundos e íntimos por situaciones extremas. Al menos era buena porque yo nunca, hubiera visto venir aquella línea: Lo que no es correcto es tomar la mujer de otro hombre, un hombre que me gusta y respeto.

El nuevo drama tuvo prioridad. Victor salió al exterior, con Robert y Jill que andaba de lado al lado detrás de él. Yo esperaba verla amarrada y me sorprendí de que ella lo acompañara tan tranquilamente. Demasiado tranquilamente, me di cuenta de pronto. Esto no era natural. Había una sensación casi robótica en sus movimientos: estaban obligándola a ser dócil.

—Compulsión —dijo Dimitri silenciosamente, reconociéndolo también—. Ve por Victor. Yo iré por Robert.

Asentí con la cabeza. —Jill correrá tan pronto como la compulsión esté rota. O eso espero.—Yo no la incluiría en nuestra lucha, porque podría causar más daños que bien. Lo averiguaríamos pronto.

Misericordiosamente, nadie más estaba alrededor. Era todavía de madrugada. Dimitri y yo saltamos de nuestros escondites, cruzando la distancia del aparcamiento en unos segundos. Dos dhampirs sanos podrían sorprender con la velocidad a dos viejos Morois cualquier día. Y tan mañosos como podrían ser, los hermanos no nos esperaban.

En mi periferia, apenas logré ver a Dimitri dar puntapiés en el modo de Dios Guerrero, feroz e imparable. Entonces me concentre completamente en Victor, lanzando mi peso de lleno contra él, y tirándolo al piso. Él golpeó con fuerza contra el asfalto, le sujeté, y lo golpeé con el puño en su cara, haciendo su nariz sangrar.

—Bien hecho —dijo él con la voz entrecortada.

—Llevo queriendo hacer eso durante un muy largo tiempo —refunfuñé.

Victor sonrió a pesar del dolor y la sangre. —Por supuesto que lo hacías. Yo solía pensar que Belikov era el salvaje, pero, ¿realmente eres tú, no?. Tu eres el animal sin control, ningún otro razonamiento más fuerte excepto luchar y matar.

Apreté su camisa, y me apoyé sobre él. —¿Yo? Yo no fui quien torturó a Lissa para mi propio beneficio. Yo no fui quien convirtió a mi propia hija en Strigoi. Y muy seguro como el infierno ¡que yo no fui quien uso la compulsión para secuestrar a una muchacha de quince años!

Para mi desagrado, él mantuvo esa exasperante sonrisa en su rostro. —Ella es valiosa, Rose. Tan, tan valiosa. No tienes idea de cuánto.

—¡Ella no es un objeto para que tu manipules! —grité—. Ella es un... ¡ahh!

El piso de pronto se onduló abajo de mí, un mini terremoto centrado alrededor de nosotros.

El asfalto resistió, dándole a Víctor la oportunidad de empujarme. No fue un empujón fuerte, y pude haber recuperado mi equilibrio fácilmente de no ser por el piso rizándose y rodeándome, ondulando como olas del océano para tumbarme.

Víctor estaba usando su magia de la tierra para controlar el área dónde yo estaba parada. Débiles gritos me dijeron que otros estaban sintiendo una pequeña parte de él, pero la magia estaba claramente centrada en mí.

Aunque no sin un costo. Víctor era un hombre viejo, un hombre viejo que yo recientemente había empujado y golpeado contra el asfalto. El dolor y la fatiga estaban totalmente sobre él, y su respiración laboriosa me dijo que utilizar una magia así de poderosa —algo que nunca había visto hacer a un usuario de la tierra— había necesitado de cada pizca de fuerza que le quedaba.

Un buen puñetazo. Eso era todo lo que yo necesitaba. Un buen puñetazo podría noquearlo y sacarlo de esta pelea. Excepto, que yo había sido la derribada. Literalmente. Por mucho que lo intentara, mi terremoto personal había obtenido lo mejor de mí, haciéndome caer sobre mis rodillas. Aún estaba en ese estúpido vestido también, lo que significó que mis recientemente curadas piernas se rasparon de nuevo. Y una vez que estuve en el suelo, el asfalto se levantó a mí alrededor. Me di cuenta de que Víctor pensaba atraparme mediante la creación de una prisión de piedra. No podía permitir que eso sucediera.

—Toda esa fuerza física para nada —jadeó Víctor, con el sudor vertiéndose fuera de su cara—. No te hace ningún bien al final. El poder real está en la mente. En la astucia. Controlando a Jillian, controlo a Vasilisa. Con Vasilisa, controlo a los Dragomir, y desde ahí, a los Moroi. Eso es poder, *eso* es fuerza.

La mayor parte de su diatriba petulante fue por mí. Pero parte de ella me llegó: *Controlando a Jillian, controlo a Vasilisa*. Lissa. No podía dejarlo lastimarla. No podía permitirle usarla. De hecho, no podía dejarlo utilizar a Jill tampoco. Lissa me había dado un chotki, que era una especie de cruce entre un brazalete y un Rosario. Era una reliquia Dragomir, otorgada a aquellos que protegían a la familia. Ese era mi deber: Proteger a todos los Dragomir. El viejo mantra de Guardián sonó en mi mente: *Ellos vienen primero*.

Con una destreza que no sabía que poseía, sobrepasé el suelo sacudiéndose e intenté pararme de nuevo. Lo hice, prácticamente bailando sobre el estacionamiento. Y mientras miraba a Víctor, sentí sobre lo que Sonya me había advertido: el catalizador. La chispa que podía encender la oscuridad que había recolectado y recogido de Lissa. Mirándolo, vi todos los males de mi vida en un hombre. *¿Era eso completamente cierto?* No, no exactamente. Pero él había dañado a mi mejor amiga—casi la había matado. Él había jugado con Dimitri y conmigo, complicando lo que ya era un desastre de relación. Ahora él estaba tratando de controlar a otros. *¿Cuándo terminaría? ¿Cuándo podría parar su maldad?* Rojo y negro tiñeron mi visión. Escuché una voz llamándome por mi nombre, la de Sonya, creo. Pero en ese momento, no había nada más en el mundo excepto Víctor y mi odio hacia él.

Me lancé sobre él, impulsada por mi rabia y adrenalina, brincando fuera del epicentro del piso cuya sacudida amenazaba con superarme. Una vez más, me lancé a mí misma sobre él, pero no golpeamos el piso. Cambiamos ligeramente nuestra posición, y en su lugar, golpeamos la pared de concreto, con tanta fuerza que podría haber tirado a un Strigoi. Su cabeza se dobló hacia atrás con el impacto. Escuché un extraño resquebrajado sonido, y Víctor se deslizó hacia el piso. Inmediatamente lo dejé caer, agarrando sus brazos y sacudiéndolo.

—¡Levántate! —grité—. ¡Levántate y pelea! —Pero sin importar cuanto lo sacudiera o le gritara, Víctor no podía pararse. No podía moverse por sí mismo. Unas manos me sujetaron, tratando inútilmente de tirarme lejos—. Rose, ¡Rose! Detente. *Detén esto*.

Ignoré la voz, ignore las manos. Estaba llena de enojo y poder, queriendo—no, *necesitando*—que Víctor me enfrentase de una vez por todas. Inesperadamente, una extraña sensación se deslizó a través de mi piel. Déjalo ir. Yo no quería, pero por medio segundo, se veía como una idea razonable. Perdí mi agarre ligeramente, pero lo suficiente para que esas manos me retiraran. Con eso, salí de la niebla y me di cuenta de lo que había pasado. La persona que había tirado de mí era Sonya, y ella había usado un poco de compulsión para alejarme y dejar a Víctor.

Ella tenía la fuerza suficiente sobre su poder como para que ella ni siquiera necesitara del contacto visual.

Se aferró a mí, incluso aunque tenía que saber que estaba malgastando sus esfuerzos.

—Tengo que detenerlo —dije, sacudiéndome de su agarre—. Él tiene que pagar. — Me estiré hacia él de nuevo.

Sonya renunció a la restricción síquica, apelando a las palabras en vez de eso. — Rose ¡Él lo hizo! Está *muerto*, ¿No puedes ver eso? Muerto. ¡Víctor está muerto!

No yo no veía eso, al menos no al principio. Todo lo que veía era mi ciega obsesión, mi necesidad de tener a Víctor. Pero entonces, sus palabras se abrieron paso en mí. Mientras me apoderaba de Víctor, sentí la laxitud de su cuerpo. Vi los ojos que parecían sin expresión de...nada. Esa loca, agitada emoción en mí se decoloró, transformándose en shock. Mi agarré se debilitó mientras lo miraba y realmente entendía lo que ella había dicho.

Entendiendo lo que había hecho.

Entonces escuché un terrible sonido. Un bajo lamento rompió el congelado horror en mi mente. Miré atrás alarmada y vi a Dimitri con Robert. Los brazos de Robert estaban cogidos tras su espalda mientras Dimitri forzosamente lo sostenía, pero el Moroi estaba haciendo todo en su poder—y fallando—para liberarse. Jill continuaba cerca, mirando incómoda hacia todos nosotros, confusa y asustada.

—¡Víctor! ¡Víctor!

Las súplicas de Robert estaban amortiguadas por sollozos y esfuerzos tan inútiles como los míos por levantar a Víctor. Arrastré mi mirada de vuelta al cuerpo ante mí, apenas creyendo lo que acababa de hacer. Había pensado que los guardias habían estado locos por su reacción ante Eddie matando a un Moroi, pero ahora, estaba comenzando a entender. Un monstruo como un Strigoi era una cosa. Pero la vida de una persona, incluso una persona que...

—¡Sáquenlo de aquí!

Sonya estaba tan cerca de mí que la inesperada exclamación me provocó una mueca. Ella había estado de rodillas también, pero ahora saltó sobre sus pies, dándose vuelta hacia Dimitri.

——¡Sácalo de aquí! ¡Lo más lejos que puedas!

Dimitri se veía sorprendido, pero la poderosa orden en su voz lo hizo actuar instantáneamente. Comenzó a arrastrar a Robert lejos. Después de unos momentos, Dimitri simplemente optó por echar al hombre sobre sus hombros y cargarlo fuera. Yo hubiera esperado gritos de protesta, pero Robert había caído en el silencio. Sus ojos estaban en el cadáver de Víctor, con su mirada tan afilada, tan concentrada que parecía que él pudiera ser capaz de cavar un agujero a través de alguien. Sonya no teniendo mi fantasiosa impresión, se colocó entre los hermanos y se dejó caer al piso otra vez, cubriendo el cuerpo de Víctor con el suyo.

—¡Sácalo de aquí! —pidió ella de nuevo—. ¡Él está tratando de traer a Víctor de vuelta! ¡Él va a ser besado por las sombras!

Yo todavía estaba confundida y molesta, aún consternada por lo que había hecho, pero el peligro de lo que ella estaba diciendo me golpeó fuerte. A Robert no podía permitírsele traer a Víctor de vuelta. Los hermanos eran lo suficientemente peligrosos sin estar enlazados. No debía permitírsele a Víctor convocar fantasmas de la forma que yo podía. Víctor tenía que permanecer muerto.

—¿No tiene que tocar el cuerpo? —pregunté.

Para completar el enlace, sí. Pero él estaba blandiendo toneladas de espíritu ahora mismo, llamando al alma de Víctor de vuelta y manteniéndola alrededor —explicó ella.

Cuando Dimitri y Robert se hubieron ido, Sonya me dijo que la ayudara a mover el cuerpo.

Habíamos hecho mucho ruido, y era un milagro que nadie hubiera venido aún. Jill se nos unió, y me moví sin estar realmente consciente de lo que estaba haciendo. Sonya encontró las llaves de CR V en Víctor y aplanamos lo asientos traseros para

incrementar el espacio de carga. Nos arrastramos al interior de él, los tres quedándonos agachados para mantenernos fuera de la vista. Pronto escuchamos voces, gente viniendo a ver qué había pasado. No sé cuánto tiempo estuvieron en el estacionamiento, sólo que afortunadamente no buscaron en los autos. ¿Honestamente? No tenía pensamientos coherentes en lo absoluto. La rabia esa se había ido, pero mi mente era un desastre. No parecía aferrarse a nada concreto. Me sentía enferma y tan sólo seguía las órdenes de Sonya, manteniéndome abajo al mismo tiempo que intentaba no mirar el cuerpo de Víctor.

Incluso después de que las voces se hubieron ido, ella nos mantuvo en el auto. Al final, exhaló una profunda respiración y se concentró en mí. —¿Rose? —Yo no contesté enseguida—. ¿Rose?

—¿Sí? —Pregunté, con voz quebrada.

Su voz era suave y engatusadora. Sentí eso deslizándose por mi piel otra vez y una necesidad inmediata de complacerla. —Necesito que mires a los muertos. Abre tus ojos a ellos.

¿Los muertos? No. mi mente se sentía fuera de control, pero aún tenía el suficiente sentido común como para saber que traer fantasmas aquí podía ser una mala idea. —No puedo.

—Tú puedes —dijo ella—. Te ayudaré. Por favor

No podía negar su compulsión. Expandiendo mis sentidos, dejé caer los muros que me bloqueaban del mundo de los muertos y los fantasmas que me seguían alrededor. En unos momentos, caras traslúcidas aparecieron ante mí, algunas como gente normal y otras terribles y cadavéricas. Sus bocas abiertas, queriendo hablar pero incapaces de hacerlo.

—¿Qué ves? —preguntó Sonya.

—Espíritus —susurré.

—¿Ves a Víctor?

Observé el enjambre de rostros, buscando alguno familiar. —No.

—Envíalos de regreso —dijo ella—. Pon tus barreras de vuelta.

Traté de hacer lo que ella decía, pero era difícil. No tenía la voluntad. Me sentía sin aliento, y me di cuenta que Sonya seguía aplicándome su compulsión. Ella no podía hacer que los fantasmas se fueran, pero los sentimientos de apoyo y determinación me levantaron. Dejé fuera a los inquietos muertos.

—Él se ha ido entonces —dijo Sonya—. Ya sea que ha sido completamente consumido por el mundo de los muertos o está vagando como un espíritu inquieto.

De todos modos, cualquier lazo persistente a la vida, se ha ido. Él no puede volver a la vida. —Se dio vuelta a Jill—. Ve a traer a Dimitri.

—No sé dónde está él —dijo Jill sorprendida.

Sonya sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos. —Cerca, estoy segura. Y observando. Anda a caminar alrededor del motel, la cuadra, lo que sea. Él te encontrará.

Jill se fue, sin necesidad de compulsión. Cuando ella se hubo ido, enterré la cara entre mis manos. —Oh Dios, Oh Dios. Todo este tiempo lo negué, pero es verdad: soy una asesina.

—No pienses acerca de eso aún —dijo Sonya. Su actitud de tomar la carga era casi reconfortante. Casi. Era más fácil tomar órdenes que valerse por sí mismo—. Lidia con la culpa después. Por ahora, tenemos que deshacernos del cuerpo.

Descubrí mis ojos y meforcé a mí misma a mirar a Víctor. Nauseas llenaron mi interior, y todos esos locos sentimientos giraron aún más fuera de control. Di una dura risa.

—Sí, el cuerpo. Desearía que Sydney estuviera aquí. Pero no tenemos ninguna poción mágica. El sol no va a destruirlo. Raro ¿no? Los Strigoi son más difíciles de matar... más difícil de matar, más fácil limpiar.—Reí de nuevo, porque había algo familiar acerca de mis divagaciones...era como Adrian en unos de sus extraños momentos. O Lissa cuando el espíritu la empujaba hasta el borde—. Esto es eso, ¿No? —le pregunté a Sonya—. El desborde...el desborde del que me advertiste. Lissa escapó del espíritu, pero finalmente me venció...cómo a Anna...justo como en el sueño...Oh Dios. Esto es un sueño, ¿no? Pero no puedo despertarme...

Sonya me estaba mirando, sus ojos azules abiertos con...¿Miedo? ¿Burla? ¿Alarma? Ella estiró su mano y tomó la mía. —Quédate conmigo, Rose. Lo empujaremos de vuelta.

Un toque en la ventana nos sorprendió a ambas, y Sonya dejó a Jill y a Dimitri entrar.

—¿Dónde está Robert? —preguntó Sonya.

Dimitri miró el cuerpo de Víctor y rápidamente miró hacia otro lado. —Inconsciente, escondido en algunos arbustos a la vuelta de la esquina.

—Encantador —dijo Sonya—. ¿Piensas que es inteligente? ¿Dejarlo?

Él se encogió de hombros. —Me imaginé que no debía ser visto cargando un tipo inconsciente en mis brazos. De hecho...si, pienso que deberíamos dejarlo ahí. Despertará. Él no es un fugitivo. Y sin Víctor, él es...bueno, no inofensivo. Pero menos dañino. No podemos seguir arrastrándolo con nosotros de cualquier forma.

Reí de nuevo, con esa risa que parecía desquiciada e histérica incluso para mí. —Él está inconsciente. Por supuesto. Por supuesto. Tú puedes hacer eso. Tú puedes hacer lo correcto. Yo no.

Miré a Víctor. —Un animal —dijo él. Él tenía razón. Sin mayores razonamientos... —Enrollé mis brazos alrededor de mí misma, mis uñas excavando mi piel tan fuerte que hicieron correr sangre. *El dolor físico hizo que el dolor mental se fuera.* ¿No era eso lo que Lissa siempre decía?

Dimitri me miró y se volteó hacia Sonya. —¿Qué va mal? —demandó. Lo había visto arriesgar su vida una y otra vez, pero nunca, hasta ahora, se había visto realmente asustado.

—Espíritu —dijo Sonya—. Ella lo utilizó y siguió utilizándolo por demasiado tiempo...y se las arregló para mantenerlo atrás. Aunque ha estado esperando. Siempre esperando... —Ella frunció el ceño ligeramente, tal vez dándose cuenta de que estaba empezando a sonar como yo. Se dio vuelta hacia Jill—. ¿Es eso plata? —Jill miró abajo hacia el relicario en forma de corazón alrededor de su cuello—. Eso creo.

—¿Puedo tenerlo?

Jill desabrochó el broche y se lo sacó. Sonya lo puso entre sus palmas y cerró sus ojos un momento, frunciendo sus labios. Un par de segundos después, abrió sus ojos y me dio el relicario. —Póntelo.

Sólo tocarlo me dio un extraño cosquilleo en mi piel. —El corazón... —Miré a Dimitri mientras sujetaba el broche—. ¿Recuerdas eso? ¿Dónde está el corazón? Me preguntaste. Y aquí está. Aquí es...

Paré. El mundo repentinamente se hizo más nítido. Mis confusos pensamientos lentamente comenzaron a juntarse, formando algo parecido a la racionalidad. Miré a mis compañeros—los vivos—realmente viéndolos ahora. Toqué el relicario.

—Esto tiene un encantamiento sanador.

Sonya asintió. —No sabía si funcionaría en la mente. No creo que sea un arreglo permanente...pero entre eso y tu propia voluntad, vas a estar bien por un tiempo.

Traté de no enfocarme en las últimas palabras. *Por un tiempo.* En su lugar, intenté de darle sentido al mundo a mí alrededor. Al cuerpo frente a mí.

—¿Qué he hecho? —susurré.

Jill puso su brazo a mí alrededor, pero fue Dimitri quién habló.

—Lo que tenías que hacer.

Capítulo 29

Traducido por: bautiston y Selune

Corregido por: Emii_Gregori

LOS ACONTECIMIENTOS QUE SIGUIERON pasaron como un borrón. Sonya podría haber mantenido la conexión del espíritu a raya, pero no importaba. Yo todavía estaba en shock, todavía no podía pensar. Me pusieron en el asiento delantero, tan lejos de Víctor como fuera posible. Dimitri nos llevó a algún lugar, no presté mucha atención—donde él y Sonya eliminaron el cuerpo. No dijeron lo que hicieron, sólo que fueron *cuidadosos*. No pregunté por los detalles.

Después de eso, estábamos de vuelta y nos dirigíamos hacia la Corte. Sonya y Dimitri analizaron las opciones sobre qué hacer cuando llegáramos allí. Ya que nadie había limpiado aún mi nombre, el plan actual era que Sonya tenía que escoltar a Jill a la Corte. Jill preguntó si podía llamar a sus padres para hacerles saber que estaba bien, pero Dimitri consideró que era un riesgo para la seguridad. Sonya dijo que iba a tratar de llegar a Emily en un sueño, lo que hizo a Jill sentirse un poco mejor.

Durante el viaje me concentré en Lissa. Centrándome en ella me quite la horrible culpa y el vacío que sentía, el horror por lo que había hecho con Victor. Cuando estaba con Lissa, yo no era yo, y eso era simplemente, mi mayor deseo. No quería ser yo.

Pero las cosas tampoco eran perfectas para ella. Como siempre, una serie de cuestiones la agobiaba. Se sentía cerca—tan, tan cerca—para desentrañar quien había matado a Tatiana. La respuesta parecía a su alcance, si tan sólo pudiera llegar un poco más lejos. Los guardianes habían arrastrado a Joe el portero, y después de una buena cantidad de coerción—ellos tenían métodos que no requerían de la mágica compulsión—había admitido haber visto la retorcida mano Moroi en mi edificio en la noche del asesinato. Ninguna presión haría a Joe admitir que había sido pagado—por el hombre o por Daniella. Lo máximo que admitió era que podría haberse ido *un poco lejos* en un momento esa noche. No significaba una fuerte evidencia como para salvarme.

Lissa tenía la carta de Ambrose también, que había amenazado sutilmente a Tatiana. El escritor se había opuesto a la ley de la edad para ser suave, desaprobó el respaldo de Tatiana al espíritu, y tomaba a mal las sesiones de entrenamiento secreto. La carta podría ser perfectamente política, pero quien la escribió tenía un grave resentimiento contra la reina. Que apoyó en el motivo de las teorías políticas.

Por supuesto, todavía había un montón de motivos personales por el asesinato también. El sórdido enredo con Ambrosio, Blake, y las mujeres que involucraban los vinculaba a cualquiera de ellos como el asesino. Que Daniella Ivashkov estuviera en esa lista era un punto constante de estrés para Lissa, y ella no se atrevía a decirle una palabra a Adrián. La gracia de la salvación había sido que el soborno de Daniella mantuviera a Adrián fuera de problemas—no para solidificar mi culpa. El desconocido Moroi había financiado ese soborno. Seguramente, si ella había matado a Tatiana, Daniella habría pagado por ambos de las mentiras de Joe.

Y, por supuesto, estaba la última prueba presionando contra la mente de Lissa. El enigma. El enigma que parecía tener tantas respuestas—y, sin embargo, ninguna en absoluto. *¿Qué debe tener una reina para gobernar verdaderamente a su pueblo?* En cierto modo, era más difícil que las otras pruebas. Aquellos tenían un componente, por así decirlo. ¿Esta? Esta era sobre su propio intelecto. No incendiar para construir. Sin miedo a mirar en el ojo.

Ella odiaba que tomara el enigma tan en serio también. Ella no tenía necesitaba de su estrés, no con todo lo demás que pasaba. La vida habría sido más sencilla si se hubiera mantenido el tratamiento de los juicios como una simple estafa para comprarnos tiempo a nosotros. La Corte estaba continuamente repleta con los que habían venido a ver la elección, y cada vez más de ellos—muy a su incredulidad—fueron dándole su apoyo a ella. Ella casi no podía caminar a ningún lado sin la gente hablando sobre *el Dragón* o *el renacer de Alexandra*. La noticia de su ataque había salido también, y parecía haber alimentado a sus seguidores aún más.

Pero, por supuesto, Lissa todavía tenía un montón de oposiciones. El caso más importante en su contra era la misma edad legal: no sería elegible para las votaciones cuando llegara el momento. Otra marca en su contra era su edad. Ella era demasiado joven, decían sus oponentes. ¿Quién querría a una niña en el trono? Pero los admiradores de Lissa no escuchaban nada de eso. Se mantuvieron citando a los jóvenes la regla de Alexandra y los milagros que Lissa había hecho con su curación. La edad era irrelevante. Los Moroi necesitaban sangre joven, ellos exclamaban. También exigían que la ley del voto fuera cambiada.

Como era de esperar, sus oponentes también se mantuvieron en el hecho de que tenía un vínculo con la asesina de la Reina. Yo pensaba que ese sería el mayor problema en su candidatura, pero ella había sido tan convincente acerca de cómo la había sorprendido y traicionado que muchos sintieron que siendo reina trataría

realmente de corregir la falta que yo había cometido. Ella había usado un poco de coacción cada vez que el tema surgía, y también recorrió un largo camino en hacer que los demás pensarán que ahora estaba completamente disociada de mí.

—Estoy tan cansada de esto —le dijo Lissa a Christian, de vuelta en su habitación. Ella había buscado escapar allí y estaba acostada en la cama en sus brazos. Mi madre estaba allí, en guardia—. Esta cosa de reina es una idea horrible.

Christian le acarició el cabello. —No lo es. Abe dijo que las elecciones se retrasarán debido a la conmoción. Y no importa cuánto te quejes, sé que estás orgullosa de lo que has hecho hasta aquí.

Era cierto. La prueba del cáliz había reducido los nominados a la mitad. Sólo cinco se mantuvieron. Ariana Szelsky era uno de ellos, así como el primo de Daniella, Rufus Tarus. Lissa era la tercera, con Marcus Lazar y Marie Conta completando el grupo. Ronald Ozero no había logrado entrar.

Mi madre habló. —Nunca he visto nada como esto, es increíble la cantidad de apoyo que estás recibiendo. El Concejo y otros miembros de la realeza no están bajo ninguna obligación de cambiar la ley. Pero el apoyo de la multitud... Y ganar el amor de los *plebeyos* podría beneficiar a ciertos miembros de la realeza. Al lado tuyo junto a tu reclamo para ejercer podría ciertamente hacer quedar bien a un par de familias que están en desgracia. ¿Qué les impide hacerlo si son del pensamiento de que en realidad podrías ganar? Así que van a seguir discutiendo y discutiendo.

Lissa se puso rígida. —Ganar... Eso no es realmente posible, ¿verdad? Ariana lo tiene garantizado... ¿Verdad? —ganar nunca había sido parte de este loco plan, y ahora, con tan pocos candidatos, la presión era aún mayor para que Ariana consiguiera el trono. En cuanto a Lissa le concernía, los otros candidatos no mostraron promesas de mejorar la vida de los Moroi. Ariana *tenía* que ganar.

—Yo diría que sí —dijo Janine. Había orgullo en su voz, se veía lo cerca que estaba de la familia Szelsky—. Ariana es brillante y competente, y la mayoría de la gente lo sabe. Ella tiene más trato con los dhampirs, bastante más que algunos de los otros candidatos. Ya ha hablado acerca de revertir la ley de la edad.

El pensamiento de la peor opresión de las leyes a los dhampirs enfermó a Lissa del estómago. —Dios, espero que gane. No podemos tener nada más que salga mal.

Un golpe en la puerta volvió a mi madre en el modo de completo guardián hasta que Lissa dijo: —Es Adrián.

—Bueno —Christian murmuró—, por lo menos su tiempo es mejor que de costumbre.

Efectivamente, mi novio entró, envuelto en su ahora habitual olor a humo y licor. Es cierto que sus vicios eran la menor de mis preocupaciones, pero me seguía molestando que él necesitara que yo estuviera allí en persona para hacer valer su buen comportamiento. Me recordó cuando él dijo que yo era su fuerza.

—Levántense, muchachos —dijo. Parecía muy satisfecho de sí mismo—. Tenemos una visita que hacer.

Lissa se sentó, perpleja. —¿De qué estás hablando?

—No voy a salir con Blake Lazar otra vez —advirtió Christian.

—Tú y yo, ambos —dijo Adrián—. Tengo a alguien mejor. Y más atractivo. ¿Recuerdas cómo te preguntabas qué tan cerca estuvo Serena de Grant? Bueno, parece que puedes preguntarle tu mismo. La encontré. Y sí, eres bienvenido.

Un ceño fruncido cruzó la cara de mi madre. —Lo último que supe, fue que Serena había sido enviada a enseñar en una escuela. Una en la costa este, creo —después del ataque Strigoi que había matado a Grant y varios otros, los guardianes habían decidido retirar del servicio activo a Serena durante un tiempo. Había sido el único guardián que sobrevivió.

—Lo está, pero como es verano, la trajeron de vuelta para ayudar a controlar a la multitud durante las elecciones. Ella está trabajando la puerta principal.

Lissa y Christian intercambiaron miradas. —Tenemos que hablar con ella —dijo Lissa con entusiasmo—. Ella podría haber saber a quien Grant enseñó en secreto.

—Eso no significa que uno de ellos mató a Tatiana —advirtió mi madre.

Lissa asintió con la cabeza. —No, pero hay una conexión, si la carta de Ambrose esta en lo correcto. ¿Ella está allí ahora? ¿En la puerta?

—Sí —dijo Adrian—. Y probablemente ni siquiera necesitamos comprarle una bebida.

—Entonces vamos. —Lissa se levantó y tomó sus zapatos.

—¿Estás segura? —preguntó Christian—. Tu sabes lo que te espera allí fuera.

Lissa vaciló. Era tarde en la *noche* para los Moroi, pero eso no significaba que todo el mundo estaba en la cama, sobre todo en las puertas, que siempre estaba repleto de gente últimamente. Limpiar mi nombre era demasiado importante, Lissa decidió. —Sí. Vamos a hacerlo.

Con mi madre a la cabeza, mis amigos se dirigieron a la entrada de la Corte. (La puerta que Abe había hecho había sido remendada). La Corte estaba rodeada de altos muros, de piedra policromada que ayudaba aún más a la imagen humana de que se trataba en realidad de una escuela de élite. Las puertas de hierro forjado en la entrada estaban abiertas, pero un grupo de guardianes bloqueaban el camino que conducía a los recintos de la Corte. Normalmente, sólo dos guardianes habrían manejado la cabina de la puerta. Los adicionales eran para mayor interrogatorio de los coches y para el control de las multitudes. Los espectadores se dieron cita a los lados de la carretera, mirando los coches que llegaban como si estuvieran en una premier de la alfombra roja. Janine sabía una ruta para evitar a algunas personas, pero no todas.

—No tiembles —le dijo Christian a Lissa al pasar un grupo especialmente vocal, que se había fijado en ella—. Eres una candidata a reina. Actúa como una. Te mereces esto. Tú eres la última Dragomir. Una hija de la realeza.

Lissa le dio una breve mirada, atónita, sorprendida ante la fiereza de su voz—y que él claramente creía en sus palabras. Enderezándose, se volvió hacia sus fanáticos, sonriendo y saludando de nuevo, lo que los excitó mucho más. *Toma esto seriamente*, se recordó. *No deshonres nuestra historia*.

Al final, conseguir pasar a través de la multitud a la puerta resultó más fácil que conseguir un tiempo a solas con Serena. Los guardianes estaban abrumados e insistieron en mantener a Serena en los controles, pero mi mamá tuvo una conversación rápida con el guardián a cargo. Ella le recordó la importancia de Lissa y se ofreció para sustituir a Serena por unos minutos.

Serena hacía tiempo que se había curado del ataque Strigoi. Ella era mi edad, de cabello rubio y hermoso. Estaba claramente sorprendida de ver a su antiguo cargo. —Princesa —dijo manteniendo las formalidades—. ¿Cómo puedo ayudarle?

Lissa tiró de Serena lejos del grupo de guardianes que hablaban con los conductores Moroi en fila en la puerta. —Puedes llamarme Lissa. Lo sabes. Me enseñaste a apuñalar almohadas, después de todo.

Serena le dio una pequeña sonrisa. —Las cosas han cambiado. Puedes ser nuestra próxima reina.

Lissa hizo una mueca. —Es poco probable —*sobre todo porque no tengo ni idea de cómo resolver ese enigma, pensó*—. Pero yo necesito tu ayuda. Tú y Grant pasaron mucho tiempo juntos... ¿Alguna vez mencionó el entrenamiento Moroi de Tatiana? ¿Como, sesiones de combate secreto?

La cara de Serena se alejó en respuesta, y ella apartó la mirada. —Yo no tengo que hablar de eso. No se suponía, incluso que el me lo dijera.

Lissa agarró el brazo de la joven guardián en la emoción, por lo que Serena retrocedió. —Tienes que decirme lo que sabes. Lo que sea. A quién entrenaba... cómo se sentían al respecto... quién lo logró. Cualquier cosa.

Serena palideció. —*No puedo* —susurró—. Se hizo en secreto. Bajo las órdenes de la reina.

—Mi tía está muerta —Adrián dijo sin rodeos—. Y tú misma has dicho que podría estar hablando con la futura reina —esto le valió una mirada de Lissa.

Serena vaciló, luego respiró hondo. —Puedo reunir una lista de nombres. No podría recordar todos ellos, sin embargo. Y no tengo idea de lo bien que lo estaban haciendo, sólo que muchos se resintieron. Grant sentía que Tatiana había elegido a propósito a los más reacios.

Lissa le apretó la mano. —Gracias. Muchas gracias.

Serena todavía se veía solida de dar información secreta. *Ellos vienen primero* que no funciona cuando tus lealtades están divididas. —Voy a tener que hacerlo para ti más tarde, sin embargo. Ellos me necesitan aquí.

Serena volvió a su puesto, por lo que mi madre volvió con Lissa. En cuanto a mí, volví a mi propia realidad en el coche, que había hecho una parada. Parpadeé para aclarar mis ojos y nuestro entorno. Otro hotel. Deberíamos tener la condición de miembros de oro por ahora. —¿Qué está pasando?

—Vamos a parar —dijo Dimitri—. Necesitas descansar.

—No, no lo necesito. Tenemos que seguir yendo hacia la Corte. Tenemos que llegar con Jill a tiempo para las elecciones —nuestro objetivo inicial en la búsqueda de Jill había sido dar a Lissa el poder del voto. Esto se nos ocurrió desde que Lissa comenzó su carrera hacia las elecciones, la aparición sorpresa de su hermana probablemente crearía una gran sensación e incredulidad. Una prueba genética podría aclarar dudas y dar a Lissa su poder de voto, pero la confusión inicial nos compraría más tiempo que tanto necesitábamos para encontrar al asesino. A pesar de las pruebas al azar que tenían a mis amigos dando vueltas para arriba, todavía no tenían teorías importantes sobre el culpable.

Dimitri me dio una mirada de *no me mientas*. —Estabas con Lissa. ¿Las elecciones están sucediendo?

—No —reconocí.

—Entonces, tomarás algo de descanso.

—Estoy *bien* —espeté.

Pero esos tontos no me escucharon. Anotarse se complicó debido a que ninguno de nosotros tenía una tarjeta de crédito, y no era política del hotel tomar un depósito en efectivo. Sonya usó su compulsión con la recepcionista para que pensara que era su política, y en poco tiempo, había reservado dos salas contiguas.

—Déjame hablar con ella a solas —murmuró Dimitri a Sonya—. Puedo manejar la situación.

—Ten cuidado —advirtió Sonya—. Ella es frágil.

—¡Chicos, estoy aquí! —exclamé.

Sonya tomó el brazo de Jill y la guió a una de las habitaciones. —Vente, vamos a ordenar servicio de habitación.

Dimitri abrió la otra puerta y me miró expectante. Con un suspiro, le seguí y me senté en la cama, los brazos cruzados. La habitación era cien veces mejor que la del Oeste de Virginia.

—¿Podemos pedir servicio de habitación?

Acercó una silla y se sentó frente a mí, sólo a un par de pies de distancia. —Tenemos que hablar sobre lo que pasó con Víctor.

—No hay nada que hablar —le dije con tristeza. Los sentimientos oscuros que había estado empujando hacia atrás durante el viaje cayeron de repente sobre mí. Me ahogaban. Me sentí más claustrofóbica que cuando había estado en la celda. La culpa era mi propia prisión—. Realmente soy la asesina que todo el mundo dice que soy. No importa que se tratara de Víctor. Yo lo maté a sangre fría.

—Eso no fue a sangre fría.

—¡Demonios no lo era! —exclamé, sintiendo brotar lágrimas de mis ojos—. El plan consistía en someterlo a él y a Robert así podríamos liberar a Jill. *Someter*. Víctor no era una amenaza para mí. Era un hombre viejo, por el amor de Dios.

—Parecía como una amenaza —dijo Dimitri. Su tranquilidad era contraria a mi creciente histeria, como de costumbre—. Él estaba usando su magia.

Negué con la cabeza, escondiendo la cara entre las manos. —No me iba a matar. Probablemente no podría haberlo mantenido mucho más tiempo. Yo podría haber esperado o escapado. Demonios, ¡me escapé! ¡Pero en lugar de capturarlo, lo golpeé contra una pared de concreto! Él no era rival para mí. Un hombre viejo. Yo maté a un *hombre viejo*. Sí, tal vez era un hombre intrigante, viejo corrupto, pero yo no quería verlo muerto. Yo quería encerrarlo de nuevo. Yo quería que pasara el resto de su vida en prisión, viviendo con sus crímenes. *Viviendo*, Dimitri.

Parecía extraño que me sintiera de esta manera, teniendo en cuenta lo mucho que odiaba a Víctor. Pero era cierto: no había sido una lucha justa. Yo había actuado sin pensar. Mi formación había sido siempre la defensa y el ataque en contra de monstruos. Honor al que no había llegado realmente, pero de repente, significaba mucho para mí. —No hay honor en lo que hice con él.

—Sonya dijo que no era tu culpa. —La voz de Dimitri era gentil, lo que de alguna manera me hizo sentir peor. Yo deseaba que él me castigara, que confirmara la culpabilidad que sentía. Yo quería que fuera mi crítico instructor—. Ella dijo que era una reacción del espíritu.

—Era... —hice una pausa, recordando la neblina de esa lucha lo mejor que pude—. Nunca he entendido realmente lo que Lissa experimenta en sus peores momentos hasta entonces. Simplemente miré a Víctor... Y yo vi todo mal en el mundo, un mal que tenía que parar. Él era malo, pero él no se merecía eso. Él nunca tuvo una oportunidad —*honor*, me quedé pensando. *¿Qué honor hay en eso?*

—No me estás escuchando, Rose. No fue tu culpa. El espíritu es una magia poderosa que apenas entienden. Y su borde oscuro... Bueno, sabemos que es capaz de cosas terribles. Cosas que no podemos controlar.

Levanté mis ojos a los suyos. —Debí haber sido más fuerte que él —allí estaba. La idea detrás de todas mis culpas, todas estas emociones horribles—. Debí haber sido más fuerte que él. Yo era débil.

Las palabras tranquilizadoras de Dimitri no fueron tan rápidas. —No eres invencible —dijo al fin—. Nadie espera que lo seas.

—Yo lo hago. Lo que hice... —me atraganté—. Lo que hice fue imperdonable.

Sus ojos se abrieron en estado de shock. —Eso... Eso es una locura, Rose. Tú no te puedes castigar por algo sobre lo que no tenías poder.

—¿Sí? Entonces por qué estas todavía...

Me detuve porque había estado a punto de acusar a Dimitri de castigarse de la misma manera. Salvo... que él ya no lo estaba. ¿Se sentía culpable por lo que había hecho como un Strigoi?

Yo estaba segura de ello. Sonya había reconocido mucho. Pero en alguna parte en este viaje, él había tomado el control de su vida de nuevo, poco a poco. Ella me dijo eso, pero sólo ahora lo entiendo de verdad.

—¿Cuándo? —pregunté—. ¿Cuándo cambiaste? ¿Cuándo te das cuenta de que puedes seguir viviendo, incluso después de esa culpabilidad?

—No estoy seguro —si la pregunta lo sorprendió, lo escondió. Sus ojos se trababan con los míos, pero no estaba muy centrado en mí. El rompecabezas lo ocupaba—. En pedacitos, realmente. Cuando Lissa y Abe llegaron a mi por primera vez sobre escaparte, yo estaba dispuesto a hacerlo porque ella me lo pidió. Entonces, cuanto más pensaba en ello, más me di cuenta que era demasiado personal. Yo no podía soportar la idea de ti encerrada en una celda, separándote del mundo. No era correcto. Nadie debería vivir así, y se me ocurrió que yo estaba haciendo lo mismo por elección. Me estaba aislando del mundo con la culpa y el auto castigo. Tenía una segunda oportunidad para vivir, y la estaba tirando.

Yo todavía estaba en estado de agitación, todavía furiosa y llena de dolor, pero su historia me mantuvo tranquila y paralizada. Escucharle abrir su corazón era una oportunidad única.

—Me has oído hablar de esto antes —continuó—. Acerca de mi objetivo de apreciar los pequeños detalles de la vida. Y cuanto más continuamos en nuestro camino, más me recordaba quién era yo. No sólo un luchador. La lucha es fácil. Es la razón por la que luchamos por lo que importa, y en el callejón esa noche con Donovan... —se estremeció—. Ese fue el momento en que podría haberme cruzado en alguien que lucha para matar sin sentido, pero tú me apartaste, Rose. Ese fue el punto de inflexión. Me salvaste... al igual que Lissa me salvó con la participación. Supe entonces que para dejar la parte de Strigoi detrás de mí, tenía que luchar por ser lo que ellos no *eran*. Tenía que aceptar lo que ellos rechazan: la belleza, el amor, el honor.

En ese momento, yo era dos personas. Una de ellas estaba muy contenta. Al oírlo hablar así, darse cuenta de que estaba luchando contra sus demonios y cerca de la victoria... bueno, yo casi lloraba de alegría. Era lo que quería para él durante tanto tiempo. Al mismo tiempo, sus palabras inspiradoras sólo me recordaron lo mucho que yo había caído. Mi tristeza y autocompasión se hicieron cargo de nuevo.

—Entonces debes entender —dije con amargura—. Acabas de decirlo: honor. Es importante. Los dos sabemos que lo es. He perdido el mío. Se me perdió por ahí en el estacionamiento cuando maté a un inocente.

—Y yo he matado a cientos —dijo rotundamente—. Gente mucho más inocente que Víctor Dashkov.

—¡No es lo mismo! ¡No puedes ayudarlo! —mis sentimientos explotaron a la superficie otra vez—. ¿Por qué estamos repitiendo las mismas cosas una y otra vez?

—¡Porque todavía no lo estás asumiendo! ¡No puedes ayudarlo! —su paciencia se resquebrajaba—. Siéntete culpable. Lloro esto. Sin embargo, sigue adelante. No dejes que te destruya. Perdonarte a ti misma.

Salté a mis pies, atrapándole por sorpresa. Me incliné hacia abajo, poniéndonos cara a cara. —¿Perdonarme a mí misma? ¿Eso es lo que quieres? ¿Tú de todas las personas?

Las palabras se le parecían escapar. Creo que tenía que ver con mi proximidad. Logró un movimiento de cabeza.

—Entonces me dices esto. Dices que has pasado más allá de la culpa, decidiste deleitarse en la vida y todo eso. Lo entiendo. ¿Pero tú, en tu corazón, de verdad te has perdonado? Ya te dije hace mucho tiempo que te perdoné todo en Siberia, pero ¿qué pasa contigo? ¿Lo has hecho?

—Acabo de decir...

—No. No es lo mismo. Me estás diciendo que me perdone a mí misma y siga adelante. Pero tú no haces lo mismo. Eres un hipócrita, camarada. Ambos somos tan culpables o tan inocentes. Escoge.

Se levantó y, mirándome desde esa altura elevada. —No es así de simple.

Crucé los brazos sobre el pecho, negándome a ser intimidada. —Es así de simple. ¡Somos iguales! Incluso Sonya dice que lo somos. Hemos sido siempre iguales, y ambos actuamos de la misma estúpida manera ahora. Nos ceñimos a un estándar más alto que los demás.

Dimitri frunció el ceño. —Yo... ¿Sonya? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Dijo que nuestras auras se ajustaban. Dijo que se encienden alrededor de la otra. Dice que quiere decir que todavía me amas y que estábamos en sincronía, y...— Suspiré y me alejé, caminando por la habitación—. No lo sé. No debería haberlo mencionado. No deberíamos participar en esta materia de auras cuando se trata de magia de usuarios que ya están medio locos.

Llegué a la ventana y apoyé la frente contra el vidrio frío, tratando de decidir qué hacer. ¿Perdonarme? ¿Puedo? Una pequeña ciudad se extendía ante mí, aunque yo perdí la pista de donde estábamos. Los coches y la gente se movían más adelante, almas que viven sus vidas. Tomé una respiración profunda. La imagen de Víctor en el asfalto se iba a quedar conmigo por mucho, mucho tiempo. Yo había hecho algo horrible, aunque mis intenciones eran buenas, pero todo el mundo tenía razón: yo no había sido yo misma. ¿Sabía que cambio, que había sucedido? ¿Eso traería a Víctor de vuelta? No. Y honestamente, no sabía cómo iba a dejar atrás lo que yo hice, cómo hacía temblar las imágenes de sangre en mi cabeza. Sólo sabía que tenía que seguir adelante.

—Si dejo que esto me detenga —murmuré—, si no hago nada... entonces ése es el mal mayor. La enfermedad hace más bien por sobrevivir. Al continuar para luchar y proteger a los demás.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Dimitri.

—Estoy diciendo... Me perdono. Eso no hace que todo sea perfecto, pero es un comienzo —mi dedo trazó la línea de una pequeña grieta en la superficie de cristal—. ¿Quién sabe? Tal vez ese estallido en el estacionamiento dejó salir muchas de las tinieblas que Sonya dice que están en mi aura. Escéptica que soy, tengo que darle algunos puntos. Ella estaba en lo cierto que yo estaba en un punto de ruptura, que lo único que necesitaba era una chispa.

—Tenía razón en otra cosa también —dijo Dimitri después de una larga pausa. Le estaba dando la espalda, pero había una extraña cualidad de su voz que me hizo dar la vuelta.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Que puede que aún te ame.

Con esa frase, todo en el universo cambió.

El tiempo se redujo a un latido del corazón. El mundo se convirtió en sus ojos, su voz. Esto no estaba sucediendo. No era real. Nada de esto podría ser real. Se sentía como un sueño espiritual. Resistí la tentación de cerrar los ojos y ver tras ellos hasta momentos más tarde. No. No importa que tan increíble que parecía todo, esto no era un sueño. Esto era real. Esta era la vida. Esto era de carne y sangre.

—Desde... ¿desde cuándo? —por fin logré preguntar.

—Desde... siempre —su tono implicaba que la respuesta era obvia—. Me lo negué cuando fui restaurado. No tenía espacio para nada en mi corazón, excepto culpabilidad. En especial me sentía culpable por lo que te hice y a lo que te empujé. Puse un muro para mantenerte a salvo. Funcionó por un tiempo, hasta que por fin mi corazón comenzó a aceptar otras emociones. Y todo volvió. Todo lo que sentía por ti. Nunca se había ido, sino que se ocultaba sólo de mí hasta que estuviera listo. Y otra vez... ese callejón fue el punto de inflexión. Yo te miraba... Veía tu bondad, tu esperanza y tu fe. Eso es lo que te hace bella. Así, tan hermosa.

—Por lo tanto, no era mi cabello —dije, sin saber cómo era incluso capaz de hacer una broma en un momento como este.

—No —dijo con suavidad—. Tu cabello era hermoso también. Todo de ti. Eras sorprendente cuando nos conocimos, y de alguna manera, inexplicablemente, has llegado aún más lejos. Has sido siempre la energía pura, cruda, y ahora lo

controlas. Eres la mujer más increíble que he conocido jamás, y estoy contento de haber tenido ese amor por ti en mi vida. Lamento perderlo —se puso más pensativo—. Daría cualquier cosa, cualquier cosa en el mundo para volver atrás y cambiar la historia. Para encontrarme en tus brazos después de que Lissa me trajo de vuelta. Para tener una vida contigo. Es demasiado tarde, por supuesto, pero lo he aceptado.

—¿Por qué... por qué eso es demasiado tarde?

Los ojos de Dimitri se entristecieron. —Debido a Adrian. Debido a que has cambiado. No, escucha —dijo, interrumpiendo mis protestas—. Tenías razón para hacer eso después de cómo te traté. Y más que nada, quiero que seas feliz una vez que limpies tu nombre y obtengas el reconocimiento de Jill. Tú misma has dicho que Adrian te hace feliz. Dijiste que le amas.

—Pero... acabas de decir que me amas. Que quieres estar conmigo —mis palabras parecían torpes, indignas de su elocuencia.

—Y yo te dije: No voy a seguir a la novia de otro hombre. ¿Quieres hablar de honor? Ahí está en su forma más pura.

Caminé hacia él, cada paso aumentaba gradualmente la tensión que nos rodea. Dimitri decía que el callejón era su punto de inflexión. ¿Para mí? Era ahora. Me quedé en el precipicio de algo que cambiaría mi vida. Durante la última semana, había hecho un muy buen trabajo separándome a mí misma de todo lo romántico con Dimitri. Y, sin embargo... ¿Qué tenía yo? ¿Qué era el amor, de verdad? ¿Flores, chocolates, y poesía? ¿O era algo más? ¿Era poder terminar algunos chistes? ¿Es tener una fe absoluta de que alguien estaba allí en la espalda? ¿Era conocer a alguien tan bien que al instante comprendía por qué hiciste las cosas que hiciste y compartir las mismas creencias?

Durante toda la semana, afirmé que mi amor por Dimitri se desvanecía. En realidad, había estado creciendo más y más. No me había dado cuenta que estaba pasando. Yo había estado restableciendo nuestra antigua relación, fortaleciendo la conexión. Reafirmando que de todas las personas en el mundo, incluso Lissa, Dimitri era el único que realmente *me* tenía.

Lo que yo quería decir: amaba a Adrian. Era difícil imaginar la vida sin él, pero mis palabras con los Mastrano me habían traicionado: *me divierto con él*. Ahora, debes tener diversión con la persona que amas, pero que no debería haber sido lo primero que me vino a la mente. Lo había dicho, nos fortalecemos mutuamente. O bien, *él me hace querer ser una mejor persona*. Tal vez lo más importante: *me entiende perfectamente*.

Pero nada de eso era cierto, así que no había dicho esas cosas. Yo buscaba a Adrian para mayor comodidad. Su familiaridad y el humor fueron una parte importante de mi mundo. ¿Y si él estaba en peligro? lanzaba mi vida antes de él, al igual que yo lo haría por Lissa. Sin embargo, no le inspiraba, no realmente. Él estaba tratando. Él quería ser una mejor persona, pero en este momento en su vida, sus motivaciones estaban más acerca de impresionar a los demás, que de impresionarme a mí. No era por sí mismo. Eso no le hizo mal o débil, pero me hizo su muleta. Tendría que pasarlo, estaba segura. Con el tiempo llegaría a su interior y sería un hombre extraordinario, pero no estaba en ese momento de auto-descubrimiento todavía. Estaba yo.

Me paré frente a Dimitri ahora, mirando a sus ojos oscuros de nuevo, los ojos que tanto amaba. Puse mis manos sobre su pecho, sintiendo su corazón latiendo fuerte y constante, y tal vez un poco más rápido de lo normal. El calor se extendió a través de mis dedos. Él levantó la mano y agarró mis muñecas, pero no me rechazó. Las líneas de ese rostro hermoso parecían tensas mientras luchaba con algún conflicto interno, pero ahora que lo sabía, ahora que sabía a ciencia cierta, podía ver a su amor por mí. El amor mezclado con el deseo. Era tan, tan obvio.

—Deberías haberme dicho —le dije—. Tendrías que haberme dicho esto hace mucho tiempo. Te amo. Nunca he dejado de amarte. Tienes que saber eso.

Su respiración se cortó cuando dije *Te amo*, y pude ver su lucha interna por el control convertirse en una guerra total. —Esto no tendrá ninguna diferencia. No con Adrian involucrado —dijo. Los dedos alrededor de mi mano un poco apretados, como si realmente podría alejarme este momento. Él no podía—. Lo digo en serio. No voy a ser ese hombre, Rose. No voy a ser ese hombre que toma la mujer de alguien. Ahora, por favor. Vámonos. No hagas esto más difícil.

No hice caso de la solicitud. Si se hubiera querido escapar de mí, lo podría hacer. Yo extendí los dedos, tocando más de su pecho, bebiendo en la sensación del contacto cálido perdido durante tanto tiempo.

—No le pertenezco —dije en voz baja, llevándome cerca de Dimitri e inclinando la cabeza hacia atrás para que yo pudiera ver su rostro claramente. Mucha emoción, mucho conflicto, tanto como su corazón trataba de decidir el bien del mal. Al ser presionada contra él sentía... finalización.

Sonya había dicho que no podría compartir un aura o el alma, pero las nuestras no estaban destinadas a estar separadas. Ellas encajaban como un rompecabezas, dos personas haciendo algo más grande que ellos mismos. —Yo no pertenezco a nadie. Puedo tomar mis propias decisiones.

—Y estás con Adrian —dijo Dimitri.

—Pero soy tuya.

Y lo hizo. Cualquier pretensión de control o la razón que ninguno de nosotros tenía se desvanecieron. Las paredes se derrumbaron y todo lo que habíamos estado retrasando salió corriendo. Le alcancé, tirando juntos por un beso, un beso que no dejó ir esta vez. Un beso que no terminaría dándole un puñetazo. Sus brazos me rodearon cuando me subieron a la cama, con una mano deslizándose a lo largo de mi cadera y abajo de mi pierna, ya medio desnuda, gracias al pobre vestido hecho jirones.

Cada nervio de mi cuerpo se iluminó, y sentí que el deseo retornaba en él, y algo más. Después de un mundo de muerte, parecía apreciar más el amor. No sólo eso, lo necesitaba. Necesitaba la vida. Él me necesitaba, no sólo físicamente, sino de la misma manera que mi corazón y mi alma siempre clamaban por él. Lo que hicimos entonces, cuando la ropa se desprendió y trajimos nuestros cuerpos juntos se convirtió en algo más que la lujuria, a pesar de que había mucho de eso también.

Estar con él después de tanto tiempo, después de todo lo sufrido... era como volver a casa. Me gustaba estar a donde finalmente, yo pertenecía. Mi mundo, mi corazón... se hicieron añicos cuando lo perdí. Pero cuando él me miró, mientras sus labios

hablaron mi nombre y corrió a lo largo de mi piel... Sabía que esas piezas podrían regresar juntas. Y sabía, con absoluta certeza, que la espera para esta, mi segunda vez de tener relaciones sexuales, había sido lo correcto. Cualquier otra persona, en cualquier otro momento... habría sido un error.

Al terminar, fue como que todavía no podía acercarme lo suficiente. Nos abrazamos con fuerza, nuestras piernas entrelazadas, como si tal vez cerrar la distancia ahora compensara la distancia que hubo entre nosotros durante tanto tiempo.

Cerré mis ojos, mis sentidos inundados con él, y suspiré soñadora. —Me alegro de que hayas cedido. Me alegro de que tu auto-control no sea tan fuerte como el mío.

Esto le hizo reír, y sentí retumbar su pecho. —Rose, mi auto-control es diez veces más fuerte que el tuyo.

Abrí los ojos, buscando mirar los suyos. Le aparté el cabello hacia atrás y sonreí, segura de que mi corazón se expandía y se expandía hasta que no quedaba nada de mí. —¿Ah, sí? Esa no es la impresión que yo recibí.

—Espera hasta la próxima vez —advirtió—. Haré cosas para que pierdas el control en cuestión de segundos.

Ese comentario estaba simplemente pidiendo una ingeniosa broma de Rose Hathaway. También hizo que mi sangre quemara, y por eso nos sorprendió tanto cuando dije bruscamente. —Puede que no haya una próxima vez.

La mano de Dimitri, trazando la forma de mi hombro, se congeló. —¿Qué? ¿Por qué?

—Tenemos un par de cosas que hacer antes que esto suceda de nuevo.

—Adrian —supuso.

Asentí con la cabeza. —Y ese es *mi* problema, así que pon tus capaces pensamientos de honor de lado. Tengo que hacerle frente y responder por esto. Lo haré. Y tú... —yo no podía creer lo que estaba a punto de decir. Yo no podía creer lo que eso significaba—. Todavía tienes que perdonarte a ti mismo si vamos a estar juntos.

Su expresión de asombro se volvió hacia el dolor. —Rose...

—Lo digo en serio —le miré a los ojos sin pestañear—. Tienes que perdonarte a ti mismo. En serio. Todo el mundo puede. Si no puedes, entonces no puedes ir con cualquiera. No podemos.

Fue una de las mayores apuestas de mi vida. Una vez, yo habría corrido hacia él, sin duda, haciendo caso omiso de nuestros problemas, sólo para estar muy contenta con él. Ahora... después de todo lo había pasado, había cambiado. Yo lo amaba. Le amaba mucho, y le quería. Pero era debido a la fuerza de ese amor que tenía que hacer esto. Si íbamos a estar juntos, teníamos que hacerlo de la manera correcta. El sexo había sido increíble, pero no era una cura mágica para todo. Maldita sea. Por el camino, había recogido sentido común. Tenía la intención de hacer frente a Adrian. Y si Dimitri no hacía lo que le pedía, realmente me iría. Perdería a los dos hombres, pero era mejor estar sola con mi auto-respeto que estar en la relación equivocada.

—No sé —Dimitri dijo al fin—. No sé si puedo... si estoy listo.

—Decide pronto entonces —dije—. No tienes directamente este segundo, pero con el tiempo...

No empujé el tema después de eso. Por ahora, quiero dejarlo ir, aunque sabía que iba a aferrarse a él y captar su importancia. Sabía que estaba en el derecho de pararlo también. No podía ser feliz conmigo, si él no era feliz con él. Se me ocurrió entonces, cuando me levanté para mí y lo que necesitaba, que nuestros viejos roles de profesor-alumno se habían ido para siempre. Ahora que realmente éramos iguales.

Apoyé la cabeza sobre su pecho y le sentí relajarse. Tomamos el sol en este momento, aunque sólo sea un poco más. Sonya había dicho que necesitábamos descansar, haciéndome pensar que todavía tenía algo de tiempo aquí antes de que el reloj nos llevara de vuelta a la Corte. Cuando Dimitri y yo seguíamos manteniéndonos cerca uno del otro, me encontré realmente queriendo dormir. Yo estaba agotada a partir de la lucha que, me di cuenta, había tomado un giro inesperado. Mi culpa y desesperación por Víctor y la explosión de espíritu se había hecho sentir demasiado, no importaba el medallón de curación todavía alrededor de mi cuello.

Y sí, pensé que con una pequeña sonrisa, estaba agotada, simplemente de lo que Dimitri y yo acabábamos de hacer. Fue algo agradable utilizar mi cuerpo para algo que no ha resultado en lesiones graves por variar.

Me quedé dormida en sus brazos, la oscuridad se envolviéndose a mí alrededor tan calurosamente como sus brazos. Debería haber sido así de simple. Debería haber sido una estancia tranquila y feliz. Pero, como siempre, yo no era tan afortunada.

Un sueño espiritual me sacó de las profundidades envolventes del sueño, y durante medio segundo, pensé que tal vez Robert Doru había llegado a mí para tomar venganza por la muerte de su hermano.

Pero, no. No hay venganza Dashkov. En cambio, me encontré mirando a un par de ojos verde esmeralda.

Adrian.

Capítulo 30

Traducido por: Hillary_Stone

Corregido por: Virtxu

NO PODÍA CORRER A SUS brazos, como solía hacer. ¿Cómo podría? ¿Después de lo que yo había hecho? No, no podía hacer eso más. Yo todavía no estaba del todo segura de lo que deparaba el futuro para mí y Dimitri, no hasta que él respondiera a mi ultimátum. Yo, sin embargo, sabía que tenía que cortar con Adrian, dejarlo. Mi sentimientos por él seguían siendo fuertes, y me preguntaba si había una remota posibilidad de que fuéramos amigos. De todos modos, yo no podía continuar con él después de dormir con Dimitri. Él no había sido el asesino, no, pero había sido ciertamente deshonorale.

Sin embargo... No podía decirle nada de eso a Adrian por ahora, me di cuenta. No podía romper con él en un sueño. Eso era casi tan malo como una ruptura de texto⁷. Además, tenía la sensación de que... bueno, yo probablemente necesitara su ayuda. Tanto por el honor. *Pronto, juré. Pronto se lo diré.*

Él no pareció darse cuenta de mi falta de abrazo. Pero notó otra cosa.

—Wow.

De todos los lugares estábamos en la biblioteca de St. Vladimir y le dirigí una mirada perpleja a través de la mesas de estudio que se extendían ante nosotros.

—Wow ¿qué?

—Tu... tu aura. Es... increíble. Es brillante. Quiero decir, que siempre brilla, pero hoy... bueno, nunca he visto nada igual. Nunca esperé que sucediera después de todo lo que sucedió.

Me moví incómoda. Si yo me iluminaba alrededor de Dimitri normalmente, que le pasaría en la tierra a mi aura post-sexo?

—¿Después de lo que sucedió? —Le pregunté, desviando el comentario.

⁷ **Text Breakup** o **Ruptura de Texto**, se refiere a cuando una persona termina una relación por medio de mensajes, en este caso mensajes de texto.

Él se rió y se acercó a mí. Su mano buscaba inconsciente sus cigarrillos, hizo una pausa, y luego cayó a su lado. —¡Oh, vamos! Todos hablan de ello. Cómo tú y Belikov secuestraron a Jailbait. ¿Qué pasa con eso de todos modos? Y coaccionaron a esa alquimista. Son las noticias más caliente por aquí. Bueno, aparte de las elecciones. La última prueba se avecina.

—Que bien... —murmuré. Habían pasado casi veinticuatro horas desde que Lissa había recibido el acertijo. Sólo quedaba un poco de tiempo, y por lo último que sabía, ella no tenía respuesta.

—¿Por qué estás durmiendo al mediodía de todos modos? —preguntó él—. Realmente no esperaba atraparte. Supuse que estarías en un horario humano.

—Esto... esto tuve una especie de mala noche, con lo de escapar de una legión de guardianes y todo.

Adrian agarró mi mano, frunciendo ligeramente el ceño cuando yo no le devolví el apretón. El ceño fruncido se aclaró rápidamente en su sonrisa fácil.

—Bueno, yo no me preocuparía más por tu viejo que por ellos. Él está *molesto* de que no te quedaras. Y que él no consiga ver a los Alquimistas. Créeme, él está tratando...

Eso casi me hizo reír, excepto que ese no era el resultado que yo buscaba tampoco.

—Entonces él no es todo-poderoso, después de todo —suspiré—. Eso es lo que nosotros necesitamos. Sydney. O, bueno, el tipo que anda con ella. Es el único que supuestamente sabe algo —recordé, visualizando otra vez el reconocimiento en la cara de Ian. *Él sabía quién era el hombre que atacó a Lissa y sobornó a Joe*—. Lo necesitamos.

—Por lo que he descubierto —dijo Adrian—, los guardianes están solo persistiendo de alguna forma en todo el hotel, sobre todo en cuestión con la salida de los Alquimistas. Pero ellos controlan a quienes intentan entrar. Ellos no dejarán que cualquiera de nosotros —u otros alquimistas— pasen. Hay un montón de otros huéspedes humanos, y creo que Abe trató de ocultarse y no pudo.

Pobre *Zmey*. —Él debería haber tenido más fe en los guardianes. Ellos no van a permitir que nadie excepto ellos entren y salgan —mis propias palabras me hicieron parar—. Eso es...

Adrian me miró con recelo. —¡Oh, no! Conozco esa mirada. Algo loco está a punto de suceder.

Le agarré de la mano, ahora por la excitación, en lugar del amor. —Ve por Mikhail. Él tiene que encontrarnos... —me quede en blanco. Yo había visto la ciudad donde los alquimistas se alojaban. Estaba cercano a la corte, nosotros condujimos a través de ella. Me devané los sesos, intentando pensar en algún detalle—. En ese restaurante con el signo rojo. En el otro lado. Donde siempre hay publicidad de buffets.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, pequeña dhampir. Ellos han utilizado todos los guardianes en la Corte para mantener las elecciones bajo control. Si Lissa no hubiera sido atacada, ellos no dejarían que tu mamá se quedase con ella. No creo que Mikhail pueda salir.

—Él encontrara una manera —le dije con confianza—. Dile que esto es... la clave para el asesinato. La respuesta. Él tiene los recursos necesarios.

Adrian me miró escéptico, pero era difícil para él negarme algo. —¿Cuándo?

¿Cuándo realmente? Era casi mediodía, y yo no había prestado mucha atención al lugar donde nos paramos. ¿Cuánto tiempo nos llevará llegar a la corte? Por lo que sabía acerca de las elecciones, los que pasaran esta última prueba darían discursos cuando el día Moroï comenzara. En teoría, luego ellos irían directamente a la votación—excepto, si nuestro plan funcionaba, la implicación de Lissa sería lenta y por días. Siempre que ella pasara.

—Medianoche —le dije. Si yo adivinaba correctamente, la Corte estaría completamente envuelta en el drama de las elecciones, por lo que sería más fácil para Mikhail salir. Tenía la esperanza—. ¿Se lo dirás?

—Cualquier cosa por ti —Adrian me rozó con una galante reverencia—. Aunque sigo pensando que esto es peligroso para que tú te involucres directamente.

—Tengo que hacer esto por mí misma —le dije—. No puedo ocultarlo.

Él asintió con la cabeza, como si lo entendiera. No estaba segura de que lo hiciera.

—Gracias —le dije—. Muchas gracias por todo. Ahora vete.

Adrian me dio una sonrisa torcida. —Dios, no pierdas el tiempo sacando al tipo de la cama, ¿eh?

Me estremecí, la broma golpeó un poco demasiado cerca de casa. —Quiero que Mikhail esté preparado. Y también necesito que mires la última prueba de Lissa.

Esto puso serio a Adrian. —¿Tiene alguna posibilidad? ¿Ella podrá pasar?

—No lo sé —admití—. Esa es una pregunta difícil.

—Muy bien. Veremos qué podemos hacer —me dio un pequeño beso. Mis labios respondieron de forma automática, pero mi corazón no lo hizo.

—¿Y Rose? Lo digo en serio. Ten cuidado. Vas a estar muy cerca de la Corte. Por no hablar de un grupo de guardianes que te tienen en su lista de las personas más buscadas y probablemente tratarán de matarte.

—Lo sé —le dije, eligiendo no mencionar de que no hay un “probablemente” en esto.

Con eso, desapareció, y me desperté. Curiosamente, lo que encontré en mi propio mundo parecía casi un sueño más de lo que experimenté con Adrian. Dimitri y yo estábamos todavía en la cama, acurrucados bajo las sábanas, con el cuerpo y las extremidades todavía envueltas alrededor de cada uno. Él dormía con esa pacífica mirada rara en él y *casi* parecía sonreír. Por medio segundo, consideré despertarle y decirle que teníamos que salir a la carretera. Una feliz mirada al reloj aplastó ese pensamiento. Todavía teníamos tiempo, además de que se acercaba a la prueba. Yo tenía que ir donde Lissa y confiar en que Sonya viniera si nos quedábamos dormidos.

Efectivamente, me había figurado las pruebas correctamente. Lissa estaba cortando a través césped hacia los tribunales, marchando como si alguien fuera a un funeral. El sol, las flores y los pájaros se habían perdido para ella. Incluso su compañía hizo poco para animarla: Christian, mi mamá, y Tasha.

—No puedo hacer esto —dijo, mirando al frente al edificio que contenía su destino—. No puedo hacer esta prueba —el tatuaje le impedía dar cualquier información más.

—Eres inteligente. Brillante —el brazo de Christian fue alrededor de su cintura, y en ese momento, yo lo amé por su confianza en ella—. Puedes hacerlo.

—No lo entiendes —dijo, con un suspiro. Ella iría sin ninguna respuesta al acertijo, queriendo decir que el plan estaba en juego... y su deseo de probarse a sí misma.

—Por una vez él lo hace —dijo Tasha, con un ligero tono de burla en su voz—. Tú puedes hacerlo. *Tienes* que hacerlo. Tenemos mucho puesto en esto.

Su confianza no hizo que Lissa se sintiera mejor. En todo caso, la hizo sentirse más presionada. Ella fallaría, al igual que en el sueño del Consejo que el cáliz le había mostrado. Ella no tenía ninguna respuesta.

—¡Lissa!

Una voz los hizo callarse, y Lissa se volvió para ver a Serena corriendo hacia ellos, sus largas piernas atléticas cubrieron rápidamente la distancia entre ellos.

—Hola Serena —dijo Lissa—. No podemos pararnos. La prueba...

—Lo sé, lo sé —Serena estaba exhausta, no por el esfuerzo, sino por la ansiedad. Ella le ofrecía un trozo de papel—. Hice tu lista. Con todo lo que pude recordar.

—¿Qué lista? —preguntó Tasha.

—Los Morois que la reina estaba entrenando, para ver lo bien que podían aprender a luchar —las cejas de Tasha aumentaron por la sorpresa. Ella no había estado alrededor cuando ellos discutieron eso la última vez—. ¿Tatiana estaba formando combatientes? Nunca había oído hablar nada de eso —tuve la sensación de que a ella le hubiera gustado ser uno de los muchos que ayudaban con la instrucción.

—La mayoría no lo ha escuchado —acordó Lissa, enderezando la hoja de papel—. Era un gran secreto.

El grupo empezó a rodearla para leer los nombres que figuraban en la lista de Serena. Christian dejó escapar un silbido. —Tatiana podría haber abierto la idea de la defensa, pero sólo para ciertas personas.

—Sí —estuvo de acuerdo Tasha—. Esto es definitivamente una lista A.

Todos nombres de la realeza. Tatiana no dejó que trajeran a “los comunes” para su experimento. Esta era la élite de la élite, aunque como Ambrose había notado, Tatiana había salido de su camino para conseguir una variedad de edades y sexos.

—¿Camille Conta? —preguntó Lissa con sorpresa—. Nunca vi venir eso. Ella siempre fue muy mala en educación física.

—Y hay uno de nuestros primos —agregó Christian, mientras apuntaba a *Lia Ozero*.

Echó un vistazo a Tasha, quien estaba todavía incrédula. —¿Tú sabías de esto?

—No. No me lo esperaba de ella.

—La mitad de los nominados también —reflexionó Lissa—. Rufus Tarus, Ava Drozdov, y Ellis Badica. Lástima que... Oh, Dios mío. ¿La madre de Adrian?

Efectivamente: Daniella Ivashkov.

—Whoau —dijo Christian. Eso resumía mi reacción también—. Muy lindo que Adrian aún no sepa sobre esto.

—¿Ella apoya que los Moroi luchen? —preguntó mi madre, sorprendida también.

Lissa negó con la cabeza. —No. Por lo que sé acerca de ella, ella está definitivamente a favor de dejar la defensa a los dhampirs —ninguno de nosotros podía imaginar a la hermosa y educada Daniella Ivashkov en una pelea.

—Ella realmente odiaba a Tatiana —señaló Tasha—. Estoy segura de que esto hizo que mejorara su relación. Las dos discutían todo el tiempo a puerta cerrada.

Un incómodo silencio cayó.

Lissa miró a Serena. —¿Estas personas veían a la reina a menudo? ¿Habrían tenido acceso a ella?

—Sí —dijo Serena con inquietud—. Según Grant, Tatiana vigilaba todas las sesiones de entrenamiento. Después de que él muriera... ella empezó a encontrarse a los estudiantes individualmente, para ver cuánto habían aprendido. —Hizo una pausa—. Creo... creo que ella podría estar haciendo eso la noche que murió.

—¿Ellos aprendieron lo suficiente como para saber usar una estaca? —preguntó Lissa.

Serena hizo una mueca. —Sí. Algunos mejor que otros.

Lissa miró de nuevo la lista, con sensación de malestar. Por lo tanto había muchas posibilidades. Mucha motivación. ¿Estaba la respuesta aquí en este pedazo de papel? ¿Estaba el asesino delante de ella? Serena había dicho anteriormente que Tatiana había escogido a propósito a personas resistentes a la lucha, probablemente para ver si el obstinado podía aprender. ¿Había ido demasiado lejos con alguien? Un nombre en particular se mantenía rondando a través de la mente de Lissa.

—No me gusta interrumpir —dijo mi madre. Su tono y postura indicaban que el tiempo de detective había terminado, y que estaba de vuelta a los negocios.

—Debemos movernos. O llegarás tarde.

Lissa se dio cuenta de que mi madre tenía razón y empujó la hoja de papel en su bolsillo. Llegar tarde a la prueba significaba fracaso. Lissa dio las gracias a Serena, asegurándole que había hecho lo correcto. Entonces, mis amigos se alejaron rápidamente, sintiendo la presión del tiempo, mientras se apresuraban hacia el edificio de la prueba.

—Maldita sea —murmuró Lissa, en una rara muestra de la toma de grosería—. No creo que la vieja mujer tolere ningún retraso.

—¿La vieja mujer? —mi madre se echó a reír, sorprendiéndonos a todos. Ella podría moverse más rápido que todos y obviamente estaba restringiendo su ritmo al de ellos—. ¿Una carrera es la mayor parte de la prueba? ¿No sabes quién es ella?

—¿Cómo lo sabría? —preguntó Lissa—. Pensé que ella era alguien a quien ellos contrataron.

—No sólo es alguien. Es Ekaterina Zeklos.

—¿*Qué*? —Lissa casi se detuvo, pero todavía tenía su retraso en mente—. Ella fue... la reina antes que Tatiana, ¿no?

—Pensé que ella se había retirado a una isla —dijo Christian, igual de sorprendido.

—No estoy segura de si era una isla —dijo Tasha—, pero ella renunció cuando pensó que era demasiada vieja y se fue a vivir en el lujo —y lejos de la política— por lo que Tatiana subió al trono.

¿Demasiado vieja? Eso debió haber sido hace veinte años. No me extrañaba que pareciera vieja. —Si ella estuvo feliz por salir de la política, entonces ¿por qué está aquí de nuevo? —preguntó Lissa.

Mi madre les abrió la puerta a todos cuando llegaron al edificio, después de inspeccionar en el interior por cualquier amenaza. Luego fue por su instinto que continuó la conversación sin perder el ritmo. —Porque es deber del último monarca el probar al siguiente... si es posible. En este caso, es obvio que no lo era, por lo que Ekaterina salió de su retiro para cumplir con su deber.

Lissa apenas podía creer que ella fuera a conversar casualmente con la última reina Moroi, una reina muy poderosa y amada. Mientras el grupo entraba al pasillo, Lissa fue escoltada por guardianes y se apresuró hacia la sala de pruebas. Sus rostros mostraban que ellos pensaban que ella podía hacerlo. Varios espectadores, al parecer también preocupados, la animaron al aparecer dándole el usual grito de Alexandra y los dragones. Lissa no tuvo ninguna posibilidad de responder o incluso decir adiós a sus amigos antes de que ella fuera prácticamente empujada a la habitación. Los guardianes parecieron aliviados.

La puerta se cerró, y Lissa se encontró mirando una vez más a Ekaterina Zeklos. Ver a la anciana había sido intimidatorio antes, pero ahora... la ansiedad de Lissa estaba duplicada. Ekaterina le dio una sonrisa torcida.

—Tenía miedo de lo que no lo hicieras —dijo—. Debería haberlo sabido mejor. Tú no eres del tipo que da marcha atrás.

Lissa estaba deslumbrada y casi sentía la necesidad de mostrar una excusa, explicando sobre la lista de Serena. Pero, no. Ekaterina no se preocupaba por eso en este momento, y uno no podía hacer excusas para alguien como ella de todos modos, decidió Lissa. Si te equivocas, te disculpas.

—Lo siento —dijo Lissa.

—No hay necesidad de sentirlo —dijo Ekaterina—. Lo hiciste. ¿Sabes la respuesta? ¿Qué debe tener una reina para gobernar realmente a su gente?

La lengua de Lissa se sentía espesa en la boca. Ella no sabía la respuesta. Realmente era como el sueño del Consejo. Investigar el asesinato de Tatiana había tomado tanto tiempo. Por un extraño momento, el corazón de Lissa quemó con simpatía por aquella irritable reina. Ella de hecho pensaba en lo mejor para los Moroi y había muerto por ello. Lissa aún se sintió peor ahora, mirando a Ekaterina. Esta ex reina probablemente nunca espero que la sacaran de su—¿isla?—jubilada y la obligaran a regresar a la vida de la Corte. Sin embargo, ella había venido cuando fue necesario.

Y sólo con eso, de repente Lissa supo la respuesta.

—Nada —dijo en voz baja—. Una reina no debe poseer nada porque ella tiene que dar todo lo que tiene a su pueblo. Incluso su vida.

La ampliación de la desdentada sonrisa de Ekaterina le dijo a Lissa que había respondido correctamente. —Felicidades, querida. Pasarás a través de la votación mañana. Espero que tengas un discurso preparado para ganarte al Consejo. Tendrás que darlo en la mañana.

Lissa se balanceó lentamente, sin saber qué decir ahora, y mucho menos en un discurso formal. Ekaterina pareció sentir el estado de shock en el que Lissa se encontraba, y la sonrisa que siempre parecía tan traviesa se volvió dulce.

—Vas a estar bien. Has llegado hasta aquí. El discurso es la parte fácil. Tu padre estaría orgulloso. Todos los Dragomir antes que tú lo estarían.

Eso casi hizo llorar a Lissa, y ella negó con la cabeza.

—Yo no sé nada de esto. Todos sabemos que no soy una candidata real. Esto fue solo... bueno, una especie de acto. —De alguna manera, ella no se sintió mal al admitirlo frente a Ekaterina—. Ariana es la única que merece la corona.

Los ancianos ojos aburridos de Ekaterina cayeron en Lissa, y su sonrisa se desvaneció

—No te has enterado de eso. No, por supuesto, no con todo lo rápido que está sucediendo.

—¿Enterarme de qué?

La simpatía lavó la cara de Ekaterina, y entonces, me pregunté si la compasión era por el mensaje que entregaba o debido a la reacción de Lissa.

—Ariana Szelsky no pasó esta prueba... ella no pudo resolver el acertijo...

—Rose, Rose.

Dimitri me sacudía, y me tomó unos segundos pasar de ser una sorprendida Lissa a una sobresaltada Rose.

—Tenemos que... —empezó a decir.

—Oh, Dios mío —lo interrumpí—. No vas a *creer* lo que acabo de ver.

Él se puso rígido. —¿Lissa está bien?

—Sí, bien, pero...

—Entonces nos preocupamos por eso más tarde. En este momento, tenemos que salir.

Me di cuenta entonces que él estaba completamente vestido, mientras yo todavía estaba desnuda. —¿Qué pasa?

—Sonya vino por... No te preocupes. —el shock que mi cara mostraba lo hizo sonreír—. Me vestí y no la dejé entrar. Pero ella dijo que la recepción llamó. Están empezando a darse cuenta que había algo raro en nuestro registro de entrada. Tenemos que salir de aquí.

Medianoche. Teníamos que encontrar a Mikhail a la medianoche y obtener la última pieza del misterio que nos consumía.

—No hay problema —le dije, apartando a un lado las sábanas. Mientras lo hice, vi los ojos de Dimitri en mí, y estuve un poco sorprendida por la admiración y el hambre que vi en ellos. De alguna manera, incluso después de tener sexo, yo esperaba que él estuviera distante y mostrara su rostro de guardián— particularmente teniendo en cuenta nuestra repentina urgencia por salir.

—¿Ves algo que te guste? —le pregunté, haciéndome eco de algo que le dije hace mucho tiempo, cuando él me encontró en un posición muy comprometedor en la escuela.

—Demasiado —dijo.

La emoción que quemaba en sus ojos era demasiado para mí. Aparté la vista, con corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras me ponía la ropa.

—No lo olvides —dije en voz baja—. No olvides... —No pude terminar, pero no fue necesario.

—Lo sé, Roza. No lo he olvidado.

Me puse mis zapatos, deseando ser más débil y dejar de lado mi ultimátum. No podía, sin embargo. No importaba lo que había pasado entre nosotros verbal y físicamente, no importaba lo cerca que estuviéramos de nuestro final de cuento de hadas... no tendríamos un futuro hasta que él no se perdonara a sí mismo.

Sonya y Jill estaban listas y esperándonos cuando salimos de nuestra habitación, y algo me dijo que Sonya sabía lo que había sucedido entre Dimitri y yo. Malditas auras. O tal vez no había necesidad de tener poderes mágicos para ver ese tipo de cosas. Tal vez el resplandor se mostraba naturalmente en el rostro de alguien.

—Te necesito para hacer un encanto —le dije a Sonya, una vez que estuvimos en camino—. Y pararemos en Greenston.

—¿Greenston? —preguntó Dimitri—. ¿Para qué?

—Es donde los Alquimistas se encuentran detenidos —ya había comenzado a unir las piezas. ¿Quién odiaba a Tatiana—tanto por su personalidad como por tener a Ambrosse? ¿Quién se resentía por su deseo de que los Moroi lucharan contra los Strigoi? ¿Quién temía de su espíritu aprobador y sus efectos peligrosos para la gente, por ejemplo, como Adrian? ¿Quién quería ver a una familia diferente en el trono para apoyar nuevas creencias? ¿Y quién estaría feliz de verme bajo llave y fuera de la foto⁸? Tomé una respiración profunda, apenas creyendo lo que estaba a punto de decir.

—Y es donde encontraremos pruebas de que Daniella Ivashkov asesinó a Tatiana.

⁸ **Out of the Picture** o **Fuera de la foto** en español, es un modismo que es usado para expresar frases como, dejar de lado o fuera del asunto.

Capítulo 31

Traducido por: Belentxu, Dani y ηηηη ♡

Corregido por Selune

NO ERA LA ÚNICA que había llegado a esa alarmante conclusión. Cuando la corte Moroi se despertó varias horas después en medio de nuestro trayecto, Lissa también iba encajando todas las piezas del puzle en su habitación mientras se preparaba para dar su discurso preelectoral. Le había estado dando vueltas a todos mis razonamientos; y fue un poco más lejos, como lo desesperada que estaba Daniella ante la idea de que Adrian pudiera tener algo conmigo, lo que sin lugar a dudas podría haber echado por tierra un plan concebido cuidadosamente. Además, Daniella había ofrecido a su primo abogado, Damon Tarus, para que me defendiera. En realidad, ¿Había sido de ayuda? ¿O acaso Damon había estado trabajado discretamente para debilitar mi defensa? La grosera participación de Abe podría haber sido una bendición.

El corazón de Lissa latió a toda velocidad mientras retorció su pelo para hacerse un moño. Lo prefería más abajo, pero para el evento que venía, debía llevar un aspecto más sofisticado. Su vestido era de seda de color marfil mate, de mangas largas y fruncidas, y largo hasta la rodilla. Algunos podrían haber pensando que vestir de ese color la haría parecer una novia, pero cuando la vi en el espejo, supe que nadie cometería ese error.

Brillaba. Estaba radiante, majestuosa.

—No puede ser cierto —dijo ella mientras complementaba su traje con los pendientes de perlas que había pertenecido a su madre. Había compartido su teoría con Christian y Janine, que estaban con ella en ese momento y había esperado a medias que ellos la contradijeran. No lo hicieron.

—Tiene sentido —dijo Christian, sin su mordacidad acostumbrada.

—Sencillamente no hay pruebas todavía —dijo mi madre, siempre pragmática—. Hay muchos datos circunstanciales.

—La inspección de la tía Tasha e Ethan para ver si Daniella seguía allí la noche del asesinato —dijo Cristian. Compuso una leve mueca, seguía sin gustarle el que su tía

tuviera novio—. Daniella no figuraba en las listas oficiales, pero a la tía Tasha le preocupaba que algunas cosas pudieran haber sido alteradas.

—Eso no me sorprendería. Incluso si es así, el que Daniella estuviera allí justo en ese momento ayuda a reconstruir el caso, pero sigue sin ser una prueba consistente

—Mi madre debería haber sido fiscal. Ella y Abe podrían haber abierto un bufete de abogados juntos.

—¡Es el mismo tipo de prueba que ellos pueden presentar contra Rose!—exclamó Lissa.

—Aparte de la estaca. —Le recordó Janine.

—Y la gente está más dispuesta a creer una evidencia poco precisa sobre Rose que una poco precisa de Lady Daniella Ivashkov —susurró Lissa, consciente de que todo era verdad—. Si Abe pudiera hablar con los alquimistas... Necesitamos saber lo que ellos saben.

—Lo hará —dijo mi madre con seguridad—. Es solo que llevará tiempo.

—¡No tenemos tiempo! —El cambio dramático de los acontecimientos le concedía al espíritu una buena oportunidad para levantar su horrible cabeza y, como siempre, intenté alejar la oscuridad de Lissa. Se podría pensar que yo había aprendido mi lección después de lo de Victor, pero bueno... Los viejos hábitos no mueren. Son los primeros en aparecer—. ¡Marie Conta y Rufus Tarus son los únicos candidatos que faltan! Si él gana, Daniella logrará mucha influencia. Nunca demostraremos que Rose es inocente.

Que Ariana hubiese fallado en la última prueba había sido un duro golpe para todos y había hecho añicos el futuro que Lissa creía asentado sobre roca. Sin Ariana, el resultado no parecía bueno.

Marie Conta no era la persona predilecta de Lissa, pero le parecía que sería mucho mejor gobernadora que Rufus. Desafortunadamente, la familia Conta no había tenido mucho que decir en política en los últimos años, lo que les había proporcionado menos aliados y amigos. La balanza se inclinaba peligrosamente a favor de Rufus. Era frustrante. Si hubiéramos podido meter a Jill ahí, Lissa podría haber votado, y en un Consejo de doce, incluso un solo voto sería poderoso.

—Tenemos tiempo —dijo mi madre con clama—. No habrá votos hoy, no después de la polémica que vas a provocar. Y si todos los días se retrasan las elecciones, tendremos una nueva oportunidad de defender el caso. Podemos hacerlo.

—No podemos decirle nada de esto a Adrian. —Avisé a Lissa mientras me dirigía a la puerta. Había llegado la hora de irse.

La sonrisa burlona que caracterizaba a Christian regresó.

—Eso —dijo él— es algo en lo que todos podemos estar de acuerdo.

El elaborado salón de baile, que ahora hacía de la sala del Consejo por el tamaño, parecía un concierto de rock. La gente se peleaba por ocupar un sitio. Algunos, al darse cuenta de que era inútil, habían acampado en el exterior del edificio como si se tratara de un picnic. Gracias a Dios, alguien había tenido la brillante idea de conectar un sistema de sonido con altavoces exteriores de manera que aquellos que no pudieran estar dentro, sí pudieran seguir escuchando el proceso.

Los vigilantes se hicieron paso a través de las masas e intentaron controlar el caos; sobre todo cuando llegaron los candidatos. Marie Conta había aparecido justo antes que Lissa, e incluso si ella era la candidata con menos posibilidades, había clamores y oleadas de emoción entre la multitud. Los vigilantes apresuradamente, y con brusquedad si era necesario, contenían a la muchedumbre para que ella pudiera pasar. Esa atención debía de ser escalofriante, pero Marie lo disimulaba. Andaba orgullosa y sonreía por igual a quienes la apoyaban y a quienes no.

Tanto Lissa como yo evocamos las últimas palabras de Christian: “Eres una candidata majestuosa. Actúa como tal. Te lo mereces. Eres la última Dragomir. Una hija de la realeza.” Y así era exactamente cómo ella se comportaba. Aunque se trataba de algo más que la insistencia de Christian: Ahora que ella había superado las tres pruebas, la gravedad del antiguo procedimiento en el que se estaba adentrando seguía creciendo. Lissa entró con la cabeza bien alta. No podía ver todo su cuerpo, pero reconocí su forma de andar: con gracia y majestuosa. A la multitud le encantaba y se me ocurrió que este grupo era particularmente ruidoso porque la mayoría no eran de la realeza. Aquellos que se reunían en el exterior eran Moroi de a pie, los que habían venido para demostrarle que la querían de verdad.

—¡Heredera de Alexandra! ¡Trae de vuelta al dragón!

Para algunos, simplemente era suficiente con gritar su nombre y añadir los títulos de una heroína de un cuento popular ruso tocaya suya: ¡Vasilisa la valiente! ¡Vasilisa la hermosa!

Supe que ninguno de ellos adivinaría el miedo que ella sentía en su interior. Así era de buena. Christian y mi madre, quienes la habían custodiado inicialmente, cada uno a un lado de ella, se quedaron atrás y dejaron a Lissa que dieran un par de pasos al frente.

No había quien cuestionara la posición ni la autoridad de Lissa. Daba cada paso con seguridad mientras recordaba que su abuelo también había recorrido el mismo camino. Intentaba conceder al público una sonrisa tan digna como genuina. Debía de haber funcionado porque ellos se volvieron incluso más salvajes. Y cuando se detuvo para comentar una pancarta de un dragón que un hombre había pintado para apoyarla, el artista casi se desmaya de que alguien como ella le hubiera dedicado atención y lo hubiera felicitado.

—Esto no tiene precedentes. —Hizo notar mi madre, una vez que estuvieron dentro y a salvo—. Nunca ha asistido tanta gente. Desde luego no durante las últimas elecciones.

—¿Por qué ha sido así de colosal esta vez? —Preguntó Lissa, quien intentaba respirar con normalidad.

—Porque se ha creado mucho sensacionalismo entre el asesinato y tus líos con la ley. Eso y que... bueno, el cómo te has ganado los corazones de los plebeyos de ahí fuera. Los dhampirs también. Hay un signo del dragón en una de nuestras salas para tomar café, ya sabes. Incluso creo que algunos de los miembros de la realeza te apoyan, aunque quizás lo hagan por ir en contra de alguna familia con la que estén enemistados. Aunque, ¿la verdad? Si esto estuviera abierto a la gente y no sólo al Consejo, y bueno, si fueran unas elecciones en la que te pudieran elegir, creo que ganarías.

Lissa sonrió, pero después añadió con reticencia:

—Si te soy sincera, creo que deberíamos tener sufragio universal a la hora de votar a nuestros líderes. Todos los Moroi deberían tener derecho a voto, no solo un puñado de familias de élite.

—Ten cuidado con lo que dices, princesa. —Se burló Christian mientras la tomaba del brazo—. Ese es el tipo de comentarios que darían pie a otra revolución. Cada una en su momento, ¿vale?

El gentío de la sala de baile no estaba tan excitado como la gente de fuera, pero casi. Esta vez, los vigilantes estaban preparados para la cantidad de gente que había y se habían asegurado de tenerlo todo estrictamente bajo el control desde el primer momento. Mantenían un recuento riguroso del aforo de la sala y no dejaban pelearse a los miembros de la realeza con los plebeyos. Aún así, intimidaba y Lissa se recordó a sí misma una y otra vez que desempeñar ese papel me iba a ayudar. Por mí, ella hubiera soportado cualquier cosa, incluso los desplantes. Afortunadamente, en esta ocasión, Lissa se estaba dejando llevar con bastante rapidez al fondo de la sala, en donde se habían dispuesto tres sillas delante de la audiencia. Rufus y Marie ya estaban sentados y hablaban en voz baja con algunos parientes selectos.

Los vigilantes se quedaron de pie a su alrededor. Lissa se sentó sola, por supuesto, pero asintió a los vigilantes más cercanos para dar su consentimiento cuando Tasha se acercó a ella. Tasha se agachó junto a Lissa para hablar en voz queda y mantuvo un ojo fijo sobre Rufus al mismo tiempo que él hablaba con otra persona.

—Malas noticias. Bueno, depende de cómo lo mires. Ethan dice que Daniella estaba allí esa noche. Ella y Tatiana se encontraron a solas. Él no se había dado cuenta de que no había sido registrado en los informes. Otra persona lo pasó a

limpio en nombre de todos los vigilantes que estaban de servicio, pero él jura que vio a Daniella.

Lissa compuso una mueca de dolor. En secreto, ella había albergado la esperanza de haberse equivocado, hasta había rezado por ello, de que la madre de Adrian seguramente no hubiera podido hacer eso.

Dio un veloz asentimiento de cabeza para dar a entender que lo había comprendido.

—Lo siento —dijo Tasha—. Sé que a ti te gusta.

—Creo que me preocupa más Adrian. No sé cómo se lo va a tomar.

—Mal —dijo Tasha con rotundidad. Después de haberse enfrentado a los padres de Christian, sabía mejor que nadie lo que implicaba la traición familiar—. Pero lo superará. Y tan pronto como presentemos las evidencias de las que disponemos, tendremos a Dimitri y a Rose de vuelta con nosotros.

Aquellas palabras llenaron a Lissa de esperanzas y le dieron fuerzas.

—La echo tantísimo de menos —dijo ella—. Ojalá ya estuviera aquí.

Tasha la sonrió para reconfortarla y le dio un golpecito en el hombro:

—Pronto, pronto estarán aquí. Por ahora, tienes que pasar por esto. Puedes hacerlo. Tú puedes cambiarlo todo.

Lissa no estaba tan segura, pero Tasha se dio prisa en reunirse con sus “amigos activistas” y alguien tomó su lugar... Daniella. Había venido a hablar con Rufus para ofrecerle su apoyo y el cariño de su familia. Lissa no podía soportar mirar a la mujer mayor y se sintió incluso peor cuando Daniella se dirigió a ella:

—No estoy segura de cómo te vas a ver involucrada en esto, querida, pero mucha suerte.

La sonrisa de Daniella parecía sincera, pero no había duda de a qué candidato apoyaba. Su expresión amable se volvió preocupación:

—¿Has visto a Adrian? Estaba convencida de que estaría aquí. Sé que los vigilantes le hubieran dejado pasar.

Aquella era una muy buena pregunta. No le había visto en todo el día.

—No, no lo he visto. Quizás es sólo que llega tarde. Se estará arreglando el pelo o algo así.

Lissa esperaba que no estuviera inconsciente en algún lado. Daniella suspiró:

—Eso espero.

Se marchó y tomó asiento entre la audiencia. Una vez más, el padre de Adrian se estaba perdiendo la sesión, y después de varios falsos comienzos, la sala estaba en silencio.

—En la última semana —comenzó a decir Nathan para el micrófono—. Muchos candidatos valiosos se han sometido a las pruebas que se requiere para gobernar a nuestra gente. Antes nosotros, se sientan los tres finalistas: Rufus Tarus, Marie Conta y Vasilisa Dragomir.

El tono de voz de Nathan sonaba a disgusto cuando pronunció el último nombre, pero hasta entonces, la ley le había dejado hacer su discurso. Después, la incoherencia de la ley había dado puñaladas traperas y el infierno se había desatado.

—Estos tres finalistas han demostrado que poseen la capacidad para gobernar y como su último acto, antes de que votemos, cada uno de ellos hablará acerca de sus planes para nuestra gente.

Rufus fue el primero en levantarse para emitir exactamente el tipo de discurso que yo esperaba de él. Jugó con los miedos de los Moroi y prometió formas extremas de protección: la mayoría de las cuales implicaban dahmpirs, pero no entró en muchos detalles: —Nuestra seguridad debe ser nuestra prioridad más importante. —Proclamaba—. A toda costa. ¿Será difícil? Sí. ¿Tendremos que hacer sacrificios? Sí. ¿Pero acaso no se lo merecen nuestros hijos? ¿Acaso no nos importan nuestros hijos?

El meter a los niños de por medio era una artimaña sencillamente rastrera, decidí. Al menos no había hablado de cachorritos. Además había usado trucos sucios de políticos: había calumniado a sus rivales. Marie estaba casi totalmente a salvo por la carencia de actividad de su familia. Lissa, sin embargo, era un blanco fácil. Él había puesto de relieve su edad, el peligro del espíritu y que el hecho de que ella estuviera allí era, en primer lugar, una violación de la ley.

El discurso de Marie era mucho más pensado y detallado. Estableció planes muy específicos para todo tipo de problemas, la mayor parte de los cuales eran razonables. No estaba de acuerdo con todo lo que dijo, pero claramente era competente y no se rebajaba a si misma burlándose de sus competidores. Desafortunadamente, no era ni remotamente tan carismática como Rufus, y era una triste verdad que eso podía hacer una gran diferencia. Su monótono cierre no sólo resumió su discurso sino también su personalidad.

—Esas son las razones por las que debería ser reina. Espero que hayan disfrutado este discurso y voten por mí cuando llegue la hora. Gracias. —Se sentó abruptamente.

El turno de Lissa llegó el último. De pie detrás de su micrófono, repentinamente vio el sueño del Cádiz, donde ella había tartamudeado en frente del Consejo. Pero no, esto era realidad. No podía fallar. Seguiría adelante.

—Somos un pueblo en guerra. —Comenzó, su voz fuerte y clara—. Somos constantemente atacados pero no sólo por Strigoi. Unos a otros. Estamos divididos. Nos peleamos entre nosotros. Familia contra familia. Realeza contra no realeza. Moroi contra dhampir. Desde luego que los Strigoi están liquidándonos. Al menos están unidos bajo un objetivo: matar.

Si hubiera estado sentada ahí en la audiencia, me habría inclinado hacia delante, con la boca abierta. Como pasó, había muchas personas allí para hacerlo por mí. Sus palabras eran volátiles. Sorprendentes. Y totalmente cautivantes.

—Somos un pueblo —continuó—. Moroi y dhampir por igual. —Sí, eso obtuvo algunas bocas abiertas también—. Y aunque sea imposible que cada persona se salga con la suya, nadie conseguirá hacer nada si no nos juntamos y buscamos formas de encontrarnos en el medio, aún si significa tomar difíciles decisiones.

Luego, extraordinariamente, explicó como podría ser hecho. Verdad, no tenía el tiempo de dar muchos detalles de cada uno de los problemas en nuestro mundo, pero alcanzó un montón de los grandes. Y se las arregló para hacerlo de una forma que no ofendía demasiado a nadie. Después de todo, tenía razón en decir que nadie podía salirse con la suya. Aún así, habló sobre como los dhampir eran nuestros mejores guerreros, y serían mejores si pudiera hablar con más libertad. Habló sobre como los que no eran de la realeza también necesitaban poder expresarse, pero no al costo de perder las exaltadas líneas reales que definían a nuestro pueblo. Finalmente, haciendo frente al problema de entrenar Morois para defensa propia, hizo énfasis en su importancia, pero no como algo obligatorio y no como el único método para ser explorado.

Si, les dio algo a todos y lo hizo bella y carismáticamente. Era el tipo de discurso que podía hacer que la gente la siguiera a todas partes. Concluyó con, —Tenemos que mezclar lo viejo con lo nuevo. Tenemos que mantener la magia junto a la tecnología. Conducimos estas sesiones con pergaminos y... con estos. —Sonrió y le dio palmaditas a su micrófono—. Así es como hemos sobrevivido. Mantengamos nuestros pasados y abracemos nuestro presente. Tomemos lo mejor de todo esto y fortalezcámonos. Así es como debemos sobrevivir. Así es como sobreviviremos.

Silencio alcanzó su conclusión, y luego los aplausos empezaron. De hecho oí el estruendo desde afuera en el césped antes de que comenzara dentro. Personas que habría jurado apoyarían a otros estaban prácticamente llorando, y no había olvidado que la mayor parte de las personas que veía en esta habitación eran de la realeza. La misma Lissa quería estallar en lágrimas pero en cambio tomó su lugar

correspondiente con valentía. Cuando finalmente se sentó, y la multitud se calmó, Nathan reasumió su rol.

—Bueno —dijo—. Eso fue un discurso bastante lindo, uno que todos hemos disfrutado. Pero ahora, ha llegado la hora de que el Consejo vote por nuestro próximo líder, y por ley, sólo dos candidatos están preparados para esa posición: Rufus Tarus y Marie Conta. —Dos Moroi, uno a cada lado de las familias Tarus y Conta, fueron hacia delante para unirse a sus respectivos candidatos. La mirada de Nathan cayó sobre Lissa quien había subido como los otros pero permanecía sola. —De acuerdo a las leyes electorales, leyes que están establecidas desde el comienzo de los tiempos, cada candidato debe acercarse al Consejo, escoltado por alguien de su línea de sangre en orden para mostrar la fuerza y unidad familiar. ¿Tienes alguna persona como esa?

Lissa encontró sus ojos sin pestañear. —No, Lord Ivashkov.

—Entonces me temo que su parte en este juego se ha acabado, Princesa Dragomir. —Sonrió—. Ahora puede tomar asiento.

Sip. Ahí es cuando todo el infierno se desató.

Siempre he escuchado la expresión, “¡y la multitud se vuelve salvaje!” Ahora, lo veía en carne y hueso. La mitad del tiempo, ni siquiera podía seguir la pista de quien estaba gritando o apoyando que. Personas discutían en grupo y de uno a uno. Un par de Moroi en vaqueros desafiaban a cada persona bien vestida que podían encontrar, operando bajo la irracional conjetura de que cualquier personas con ropa bonita debía ser de la realeza y todos los de la realeza odiaba a Lissa. Su devoción hacia ella era admirable. Espeluznante, pero admirable. Un grupo de la familia Tarus estaba de pie cara a cara con el grupo Conta, luciendo preparados o para una pelea de pandillas o para un baile. Ese era uno de los más extraños emparejamientos de todos, dado que las dos familias eran las únicas que deberían estar de acuerdo en algo.

Y seguía y seguía. Personas peleaban sobre si Lissa debía tener derecho a voto. Peleaban sobre tener una sesión para cambiar los libros de leyes justo en ese momento. Algunos peleaban sobre cosas que nunca había escuchado antes. Guardianes apresurándose hacia la puerta me hacía pensar que la multitud de afuera estaba tratando de entrar a la fuerza. Mi madre estaba entre esa defensa, y sabía que ella había tenido razón: no iba a haber votación hoy, no con este desorden. Tendrían que terminar la sesión y volverlo a intentar mañana.

Lissa miraba fijamente a la multitud, sintiéndose entumecida e incapaz de seguir con toda la actividad. Su estómago se retorció cuando se dio cuenta de algo. Todo este tiempo, había jurado que respetaría la dignidad de las tradiciones electorales.

Si, era por ella que ahora las cosas estaban de todo menos dignificadas. Todo esto era su culpa. Entonces, sus ojos cayeron sobre alguien sentado en la esquina de atrás, lejos del caos. Ekaterina Zaeklos. La antigua reina atrapó la mirada de Lissa y parpadeó.

Me desvanecí de esa habitación, no necesitaba ver más de la discusión. Regresé al viaje en coche, un nuevo pensamiento en mi cabeza. Las palabras de Lissa quemaban en mi alma. Habían movido mi corazón. E incluso si había dado su discurso como un señuelo, había habido pasión en él, una ardiente creencia. Si hubiera sido elegible a ser reina, habría estado detrás de esas palabras.

Y ahí fue cuando lo supe. Ella sería reina.

Decidí allí mismo que haría que sucediera. No podríamos llevar a Jill simplemente para darle a Lissa su voto del Consejo. Jill le daría a Lissa el estado que permitiría a un Moroi para que votara por ella. Y Lissa ganaría.

Naturalmente, mantuve esos pensamientos para mí misma.

—Esa es una mirada peligrosa —dijo Dimitri, dándome una breve mirada antes de regresar sus ojos hacia la carretera.

—¿Qué mirada? —Dije inocentemente.

—La que dice que acabas de tener alguna idea.

—No acabo de tener una idea. Tuve una genial idea.

Bromas como esta usaba para hacer reír a Jill, pero dándome la vuelta para mirarla en el asiento de atrás me mostró que no lo encontraba para nada gracioso.

—Oye, ¿estás bien? —Pregunté.

Esos ojos color jade se enfocaron en mí. —No estoy segura. Como que ha sucedido mucho. Y realmente no entiendo que va a pasar a continuación. Me siento como... como algún tipo de objeto que va a ser usado en el plan maestro de alguien. Como un peón.

Un poco de culpa tiró de mí. Victor siempre había usado personas como parte de un juego. ¿Yo era diferente? No. Me preocupaba por Jill. —No eres un objeto o un peón —le dije—. Pero eres muy, muy importante, y por ti, muchas cosas buenas va a pasar.

—No será tan simple como eso, ¿o no? —Sonaba sabia, mucho más allá de su edad—. Las cosas van a empeorar antes de que mejoren, ¿no es así?

No podía mentirle. —Si. Pero entonces te pondrás en contacto con tu mamá... y bueno, como dije, cosas buenas sucederán. Los guardianes siempre dicen “ellos

vienen primero” cuando están hablando sobre los Moroi. No es exactamente lo mismo para ti, pero hacer esto es... bueno...

Me dio una sonrisa que no lucía muy feliz. —Si, lo entiendo. Es para un bien mayor, ¿cierto?

Sonya había pasado la mayor parte del viaje trabajando en un encanto para mí, usando un brazalete de plata que habíamos comprado en la tienda de regalos al borde de la carretera. Lucía barata pero estaba hecha de plata real, que era lo que contaba. Cuando estábamos aproximadamente a media hora de Greenston, creyó que estaba terminado y me lo entregó. Me lo puse y miré a los otros.

—¿Bueno?

—No veo nada —dijo Sonya—, pero entonces, no debería.

Jill entrecerró los ojos. —Luces un poco borrosa... como si tuviera que parpadear un poco.

—Lo mismo digo —dijo Dimitri.

Sonya estaba encanta complacida. —Así es como se debería ver para la gente que sabe que ella tiene un hechizo trabajando sobre ella. Si tenemos razón, para los otros guardianes, ella tendrá un rostro diferente. —Era una variación de lo que Lissa había hecho cuando habíamos sacado a Víctor de la prisión. Sólo que esto requería menos magia porque Sonya sólo tenía que alterar ligeramente mis facciones y no necesitaba disimular mi raza. Además ella tenía más práctica que Lissa.

El restaurante que había elegido en Greenston había cerrado ya hace bastante rato cuando llegamos a las once treinta. El estacionamiento se encontraba casi completamente oscuro, pero pude distinguir un auto en el rincón de atrás. Si teníamos suerte, sería Mikhail quién habría llegado al lugar antes, y no un escuadrón de guardianes.

Pero cuando nos estacionamos cerca, vi que en realidad se trataba de Mikhail quien se bajó del auto, junto a Adrian.

Él sonrió abiertamente cuando me vio, encantado ante la sorpresa. Realmente, debí haber visto esto venir cuando le entregué el mensaje para Mikhail. Adrian habría encontrado la manera de venir. Mi estómago dio un vuelco. No, no. Esto no. No tenía tiempo para lidiar con mi vida amorosa. No ahora. Ni siquiera sabía qué decirle a Adrian aún. Afortunadamente, no tuve la oportunidad de hablar.

Mikhail había venido caminando hacia nosotros con su eficiencia de guardián, listo para realizar la tarea que yo tuviera en mente para él. Se detuvo bruscamente

cuando vio a Sonya salir del auto. También lo hizo ella. Ambos se quedaron de pie, congelados, con sus ojos entrecerrados de forma tan estrecha que parecía físicamente imposible. Supe que el resto de nosotros habíamos dejado de existir, junto con toda la intriga, las misiones, y... bueno, el mundo entero. En ese momento, existían sólo ellos dos.

Sonya emitió un extraño lloriqueo y luego corrió hacia adelante. Esto lo sacó de su sobresalto, justo a tiempo para atraparla con sus brazos cuando ella se lanzó encima de él. Ella comenzó a llorar, y yo podía ver las lágrimas en los ojos de él también. Él cepilló su cabello y acunó sus mejillas, mirándola fijamente y repitiendo una y otra vez —Eres tú... eres tú... eres tú...

Sonya intentó secarse los ojos, pero no lo hizo muy bien. —Mikhail, lo siento, lo siento tanto.

—No importa. —Él la besó y luego la hizo retroceder lo suficiente como para poder mirarla a los ojos—. No importa. Todo lo que importa ahora es que estamos juntos otra vez.

Eso la hizo llorar incluso más fuerte. Ella enterró su cara contra su pecho, y los brazos de él se tensaron más fieramente a su alrededor. El resto de nosotros permanecimos tan congelados como los amantes habían estado anteriormente. Se sentía incorrecto el estar presenciando esto. Era demasiado privado; nosotros no deberíamos haber estado aquí. Aun así... al mismo tiempo, todo en lo que podía pensar era en que así era como había imaginado que sería mi reencuentro con Dimitri cuando Lissa lo restauró. Con amor. Perdón. Aceptación.

Dimitri y yo cerramos brevemente los ojos, y una sensación extraña me indicó que él estaba recordando mis palabras. Tienes que perdonarte a ti mismo. Si no puedes hacerlo, jamás podrás seguir adelante. No podremos. Deslicé mi mirada lejos de él, mirando de regreso a la pareja feliz para que él no pudiera ver las lágrimas que comenzaban a formarse. Dios, yo quería lo que Sonya y Mikhail tenían. Un final feliz. El perdón del pasado. Un futuro brillante por delante.

Jill sorbió por la nariz a mi lado, y puse un brazo a su alrededor. Ese pequeño sonido pareció arrastrar a Mikhail de regreso a nuestro mundo. Aún sosteniendo a Sonya, miró en mi dirección.

—Gracias. Gracias por todo esto. Lo que sea que necesites. No importa qué...

—Alto, detente —dije, asustada de que mi garganta pudiera apretarse. Recién había logrado mantener alejadas a las lágrimas traidoras—. Estoy feliz... feliz de haberlo hecho, y bueno... realmente yo no hice nada.

—Aun así... —Mikhail miró a Sonya que estaba sonriéndole a través de sus lágrimas—. Me has devuelto mi mundo.

—Estoy tan feliz por vosotros... y quiero que tengáis esto, que ahora sólo os dediquéis a disfrutarlo. Pero necesito un favor. Un favor más.

Sonya y Mikhail intercambiaron una mirada en la forma de dos personas que se conocen. Nunca habrías imaginado que ellos habían estado separados por tres años. Ella asintió, y él volvió su mirada hacia mí. —Supongo que ese es el motivo por el que él me trajo aquí. —Inclinó su cabeza hacia Adrian.

—Necesito que me lleves al interior del hotel en que se están quedando los Alquimistas.

La pequeña sonrisa en el rostro de Mikhail desapareció. —Rose... no puedo llevarte al interior de ningún lugar. Que estés tan cerca de la Corte ya es lo suficientemente peligroso.

Saqué el brazalete de mi bolsillo. —Tendré un disfraz. Ellos no sabrán que soy yo. ¿Hay alguna razón por la que tendrías que ir a ver a los Alquimistas?

Sonya siguió entre sus brazos, pero sus ojos estaban oscuros con sus pensamientos. —Ellos tendrán guardianes cerca de sus habitaciones. Probablemente podríamos ser pasados por alto.

Dimitri asintió con la cabeza. —Si es demasiado alejado de los horarios de su cambio de turno, llamaremos la atención... pero si tenemos suerte tendrás el tiempo suficiente para entrar y encontrar lo que necesitas. Los guardianes probablemente están más preocupados por los Alquimistas que salen que de los otros guardianes entrando.

—Absolutamente —dijo Mikhail—. Así que ¿seremos tú y yo, Rose?

—Sí —dije—. Mientras menos, mejor. Estaremos dentro sólo lo suficiente para hablar con Sydney e Ian. Supongo que todos los demás esperan aquí.

Sonya besó su mejilla. —No me iré a ningún lado.

Adrian a estas alturas ya se había acercado y le estaba dando un ligero, y hermanable golpe en el brazo a Jill. —Y yo me quedaré aquí para escuchar cómo en la Tierra te viste envuelta en esto, Jailbait.

Jill formó una pequeña sonrisa para él. Ella tenía un enamoramiento bastante fuerte con él, y era un signo de su estrés que ella no se hubiera ruborizado ni puesto pusilánime. Ellos comenzaron una conversación, y Dimitri me hizo un gesto para que lo siguiera al otro lado del auto, donde estaríamos fuera de vista.

—Esto es peligroso —dijo en voz baja—. Si ese hechizo encanto falla, probablemente no vas a salir de ese hotel. —Había un con vida implícito en sus palabras.

—No voy a fallar. Sonya es buena. Además, si somos capturados, tal vez me lleven de regreso a la corte en lugar de matarme. Imagina lo mucho que eso retrasaría las elecciones.

—Rose, hablo en serio.

Tomé sus manos. —Lo sé, lo sé. Esto será fácil. Deberíamos poder entrar y salir en menos de una hora, pero si no lo hacemos... —Hombre, odiaba las implicaciones sombrías—. Si no lo hacemos, entonces envía a Adrian a la Corte junto a Jill, y Sonya y tú deben esconderse en algún lugar hasta que... no lo sé.

—No te preocupes por nosotros —dijo él—. Sólo ten cuidado. —Se inclinó hacia adelante y presionó un beso sobre mi frente.

—Pequeña dhampir, estás...

Adrian llegó caminando alrededor del auto, justo a tiempo para ver el pequeño beso. Solté mis manos de las de Dimitri. Ninguno de nosotros dijo nada, pero en ese momento, en los ojos de Adrian... bueno, vi como todo su mundo se venía abajo. Me sentí más enferma que si una pandilla de Strigoi estuviera alrededor. Me sentí peor que un Strigoi. Honor, pensé. De verdad: los guardianes deberían habérmelo enseñado. Porque yo no lo había aprendido.

—Apresurémonos —dijo Mikhail, caminando hacia nosotros, sin tener idea del drama que se estaba desarrollando a sus espaldas—. Sonya dice que ustedes también tienen un horario en la Corte.

Tragué, arrastrando mi mirada lejos de Adrian. Mi corazón se retorció al interior de mi pecho. —Sí...

—Ve —dijo Dimitri.

—Recuerda —le murmuré—. Hablar con él es mi responsabilidad. No la tuya.

Seguí a Mikhail a su auto, poniéndome el brazalete encantado. Antes de entrar, lancé una rápida mirada hacia atrás. Jill y Sonya estaban juntas conversando, Dimitri estaba de pie solo, y Adrian estaba sacando un cigarrillo, dándoles la espalda a todos los demás.

—Apesto —dije tristemente, mientras Mikhail arrancaba el auto. Era algo poco elocuente pero resumía mis sentimientos a la perfección.

Él no respondió, probablemente porque no era algo relevante para nuestra tarea. Era eso, o aún estaba demasiado aturdido por la renovación de su propia vida amorosa. Bastardo suertudo.

No demoramos demasiado en llegar al hotel. Había guardianes alrededor, secretamente posicionados para así no llamar la atención humana. Ninguno de ellos nos detuvo mientras caminábamos hacia el interior. Uno de ellos incluso le dio a Mikhail una señal de reconocimiento. Todos ellos me miraban como... bueno, como si no me reconocieran. Lo que era bueno. Con tantos guardianes ayudando en la Corte, los nuevos rostros eran esperados, y el mío no se parecía al de Rose Hathaway. Nadie estaba preocupado.

—¿En qué habitación están ellos? —preguntó Mikhail al guardián que estaba de pie en la recepción—. Se supone que tenemos que relevar a ese turno. —La actitud de Mikhail era lo suficientemente segura de sí misma como para que el guardián, con algo de sorpresa, pareciera pensar que estaba en lo correcto.

—¿Sólo dos de ustedes? En ese lugar hay cuatro.

Yo nos salvé en esta ocasión. —Quieren a más guardianes de regreso en la Corte, las cosas se están saliendo de control, así que ahora sólo dos de nosotros estarán asignados a este lugar.

—Probablemente sea todo lo que necesitamos en este lugar —coincidió el guardián—. Tercer piso.

—Bien pensado —me dijo Mikhail en el elevador.

—No fue nada. Me he sacado de encima situaciones mucho peores que esa.

Las habitaciones eran fáciles de encontrar porque un guardián se mantenía de pie fuera de ellas. El resto se encuentra al interior, me di cuenta, preguntándome si eso sería un problema. Pero, con la misma actitud autoritaria, Mikhail le dijo al hombre que él y los otros habían sido convocados de regreso a la Corte. El guardián reunió a sus colegas, uno de cada habitación de los Alquimistas, a pesar de que no podíamos decir quién era quién, y nos dieron un breve reporte de la situación antes de irse, incluyendo quién se encontraba en cada habitación.

Cuando ellos se fueron, Mikhail me miró. —Sydney —dije.

Nos habían dado las llaves de las habitaciones y nos dirigimos al interior de la habitación de Sydney. Ella estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, leyendo un libro y viéndose miserable. Ella suspiró cuando nos vio.

—Bien, ¿y ahora qué?

Me saqué el brazalete, dejando que la ilusión se desvaneciera.

No hubo bocas que cayeran abiertas o elevaciones de cejas de parte de Sydney. Sólo una mirada que denotaba conocimiento. —Debí haberlo imaginado. ¿Están aquí para liberarme? —Había una nota de esperanza en su voz.

—Um, no exactamente. —Odiaba que Sydney fuera a ser castigada, pero el secuestrarla no era parte de nuestro plan actual—. Necesitamos hablar con Ian, y probablemente es mejor si tú estás aquí mientras lo hacemos. Él sabe algo importante. Algo que necesitamos.

Eso consiguió que ella elevara una ceja. Apuntó hacia la puerta. —Ellos no nos permiten hablar entre nosotros.

—Ellos no están por aquí —dije con aires de suficiencia.

Sydney sacudió su cabeza tristemente. —Rose, realmente me asustas algunas veces. Sólo que no por las razones que originalmente creí que lo harías. Vamos. Él está en la habitación de al lado, pero te va a costar conseguir que hable.

—Ahí es donde necesito tu ayuda —dije, mientras caminábamos por el pasillo. Volví a ponerme el brazalete—. Él está completamente colado por ti. Ayudará si tú se lo pides.

Como sospechaba, Sydney era completamente ajena al obvio enamoramiento de Ian. —¡Qué! Él no está...

Ella se calló cuando entramos a la habitación de Ian. Él estaba mirando la televisión pero se levantó en el momento en que nos vio. —¡Sydney! ¿Estás bien?

Le lancé a ella una mirada significativa.

Ella me dio una mirada adolorida como respuesta, y luego regresó su atención hacia Ian. —Ellos necesitan tu ayuda con algo. Una información.

Él dirigió su mirada hacia nosotros, que inmediatamente se volvió más fría. —Ya contestamos sus preguntas cientos de veces.

—No todas ella —le dije—. Cuando estabas en la Corte, viste una foto sobre la mesa. De un hombre muerto. ¿Quién era?

Los labios de Ian se apretaron hasta convertirse en una delgada línea. —No lo sé.

—Yo vi, eh, eso es, nosotros sabemos que lo reconociste —argumenté—. Tú reaccionaste.

—En realidad yo también vi eso —admitió Sydney.

Su tono se volvió suplicante. —Vamos, no necesitamos seguir ayudándolos. Todo este asunto del hotel prisión es lo suficientemente malo. Estoy cansado de sus juegos.

Yo no lo culpaba, en serio, pero lo necesitábamos demasiado. Miré a Sydney suplicante, diciéndole con la mirada que sólo ella podría ayudarnos a lograr esto.

Ella se volvió hacia Ian otra vez. —¿Qué es lo que ocurre con el sujeto de la fotografía? ¿Es algo... es algo realmente horrible? ¿Algo secreto?

Él se encogió de hombros. —No. Es sólo que ya no quiero ayudarlos más. Es irrelevante.

—¿Lo harías por mí? —preguntó dulcemente ella—. ¿Por favor? Puede ayudarme a salir de los problemas. —Sydney no era una maestra del coqueteo, pero el hecho de que estuviera acercándose a eso lo sorprendió. Él dudó por varios segundos, nos miró hacia nosotros y luego de vuelta hacia ella. Ella le sonrió.

Ian se derrumbó. —Hablabla en serio cuando dije lo que dije. No sé quién es él. Él estaba con una mujer Moroi en las dependencias de San Louis un día.

—Espera —dije, desconcertada—. ¿Los Moroi van a sus lugares?

—Algunas veces —dijo Sydney—. De la misma forma en que nosotros vamos a los suyos. Algunas reuniones son en persona. A pesar de que usualmente nosotros no mantenemos a las personas prisioneras.

—Pienso que éste tipo era como su guardaespaldas o algo así —dijo Ian—. Fue ella la que llevó a cabo los negocios. Él sólo la siguió y se mantuvo en silencio.

—¿Un guardaespaldas Moroi?

—No es algo raro entre aquellos que no pueden tener guardianes —dijo Mikhail—. Abe Manzur es la prueba de ello. Él posee su propio ejército.

—Pienso en ellos más como en una mafia. —Dejando mi chiste de lado, yo me estaba confundiendo. A pesar del desprecio generalizado en lo referente a aprender a luchar, a veces un Moroi debía contratar seguridad Moroi porque no podía obtener a un guardián. Alguien como Daniela Ivashkov no hubiera tenido ese problema. De hecho, estaba bastante segura de que ella estaría acompañada de guardianes en el segundo en que pusiera un pie afuera de las fronteras sin protección, y ella había dejado bastante claro que no creía que los Moroi debieran luchar. ¿Por qué habría viajado ella con protección Moroi cuando podía haber obtenido mejores guardianes entrenados? No tenía sentido. Aun así... si habías asesinado a una reina, probablemente habías hecho todas clase de cosas poco ortodoxas. No era necesario que tuvieran sentido. —¿Quién era ella? —pregunté—. ¿La mujer?

—Tampoco la conozco —dijo Ian—. Sólo pasé junto a ellos mientras se dirigían hacia algún lugar. Una reunión, tal vez.

—¿Recuerdas la forma en que ella se veía? —Alguna cosa. Necesitábamos alguna cosa. Esto estaba a punto de desarmarse, pero si Ian podía identificar a Daniela, tal vez podríamos reafirmar nuestra posición otra vez.

—Seguro —dijo él—. Ella es fácil de recordar.

El silencio que siguió me irritó. —¿Y? —pregunté—. ¿Cómo se veía ella?

Él me lo dijo.

La descripción no fue la que yo había esperado.

Capítulo 32

*Traducido por: bautiston y moonrose
Corregido por Rania Belikov*

SYDNEY Y SUS AMIGOS no estaban felices de que no los lleváramos con nosotros.

—Me gustaría —le dije, todavía aturdida por lo que había aprendido de Ian.

—¡Pero entrar y salir para nosotros ha sido bastante difícil! Si damos un paso fuera con ustedes, todos vamos a ser arrestados. Además, dentro de poco eso no importara. Una vez que les digamos a todos en la Corte lo que sabemos y limpiemos mi nombre, los guardianes no los necesitaran más.

—No son los guardianes lo que me preocupa —respondió ella. Ella usó ese tono hastiado, pero pude ver un destello de legítimo miedo en sus ojos y me pregunté a quién se refería. ¿Los alquimistas? ¿O alguien más?

—Sydney —le dije vacilante, a pesar de saber que Mikhail y yo teníamos que salir de allí—. ¿Qué hizo realmente Abe por ti? Tiene que ser algo más que la transferencia.

Sydney me dio una pequeña y triste sonrisa. —No importa, Rose. Voy a lidiar con lo que sea que venga. Sólo tienes que irte ahora, ¿de acuerdo? Ve a ayudar a tus amigos.

Yo quería decir algo más. . . para saber más. Pero la expresión de Mikhail me dijo que estaba de acuerdo con ella, y así, con una breve despedida, él y yo nos fuimos.

Cuando llegamos de nuevo a donde los otros nos estaban esperando en el estacionamiento, vi que la situación no ha cambiado mucho. Dimitri se paseaba, sin duda inquieto al estar fuera de la acción. Jill todavía estaba cerca de Sonya, como buscando protección de la mujer mayor, y Adrián se quedó lejos de todos ellos, apenas dando un vistazo al coche de Mikhail cuando este se detuvo.

Cuando le dije al grupo lo que había aprendido, de que manera, *eso* causó una reacción de Adrian.

—Imposible. No puedo creer eso —golpeó un cigarrillo—. Su amigos alquimistas están equivocados.

Casi no lo podía creer tampoco, sin embargo, yo no tenía ninguna razón para pensar que Ian estaba mintiendo. Y honestamente, si Adrián estaba teniendo un mal rato con esto, no sabía lo que iba a pensar si le comentaba sobre nuestra anterior sospecha. Me quedé toda la noche, tratando de encontrar las conclusiones sobre quien había asesinado a Tatiana y me había inculpado a mí. Incluso para mí, era difícil de creer. La traición era muy dura.

—Los motivos están ahí... —dije de mala gana. Una vez que Ian había descrito a quien había visto, había una docena de razones para el asesinato e hizo clic en su lugar—. Eran políticos. Ambrosse estaba en lo cierto.

—La identificación de Ian es evidencia sólida —dijo Dimitri, tan sorprendido como el resto de nosotros—. Pero hay un montón de agujeros, un montón de piezas que no encajan en él.

—Sí —uno en particular me había estado molestando—. Como y porque yo fui elegida para caer.

Nadie tenía una respuesta para eso. —Tenemos que volver al tribunal —dijo Mikhail al fin—. O me voy a perder.

Yo le di a Jill lo que yo esperaba fuera una sonrisa alentadora.

—Y tú tienes que hacer tu debut.

—Yo no sé que será más descabellado —dijo Adrian.

—La identidad del asesino o que Jailbait sea un Dragomir.

Sus palabras fueron frías para mí, pero la mirada que tenía era suave. Loco como estaba por la noticia, Adrian había tenido un momento difícil para creer en la filiación de Jill.

Estaba cansado como para creer en la infidelidad de Eric, y esos ojos reveladores sellaron el acuerdo. Creo que escuchar lo que Ian nos había dicho le dolía a Adrian más de lo que el demostraba. Encontrar que la persona responsable del asesinato de su tía era alguien que conocía intensificaba el dolor. Enterarse sobre Dimitri y yo no lo ayudaría tampoco.

Para gran consternación de Mikhail, Sonya se ofreció a quedarse atrás mientras que el resto de nosotros fuimos a la corte. No podíamos llevar los dos coches, y había lugar solo para cinco. Ella se consideraba la menos útil en este esfuerzo. Con

muchos abrazos, besos y lágrimas, prometió a Mikhail que se verían otra vez, una vez que este lío se solucionara. Tenía la esperanza de que ella tuviera razón.

Mi encanto para ocultar mi cara era suficiente como para pasar por la puerta. Pero Jill era un problema más complicado. Su secuestro era una caliente noticia Moroi, y si era reconocida por alguno de los guardianes de la puerta, nos detendrían allí mismo. Estábamos apostando a que los guardias estuvieran demasiados rebalsados por la noticia como lo haríamos Dimitri y yo. Eso significaba que Dimitri tenía prioridad para disimular que requería ayuda de Adrián. Adrián no era tan hábil con la ilusión como Sonya, pero él entendía suficiente sobre ello como para alterar la apariencia de Dimitri ante los ojos de los demás. Era similar a la forma en que había usado el espíritu para mi escape de la cárcel. La pregunta era si Adrián lo haría realmente por nosotros o no. Él no había dicho una palabra a nadie sobre lo que había visto entre Dimitri y yo, pero los otros deben haber sentido el aumento repentino de tensión.

—Tenemos que ayudar a Lissa —le dije, cuando él no respondió a la solicitud.

—El tiempo se está acabando. Por favor. Por favor, ayúdanos.

Yo estaba por encima de la humildad, si eso era lo que necesitaba.

Afortunadamente, no lo era. Adrián respiró hondo y cerró los ojos por un breve momento. Estaba seguro de que le habría gustado algo más fuerte que los cigarrillos. Por fin, asintió con la cabeza.

—Vamos a ir.

Dejamos a Sonya con las llaves del segundo coche, y se quedó allí con los ojos brillantes, viendo como nos íbamos. Dimitri, Mikhail, y yo pasamos la mayor parte del viaje analizando la recopilación de datos. La mujer de Ian nos había descrito todo lo que podría haber depositado el asesino.

Yo estaba sentada en el asiento trasero con Adrian y Jill, inclinándome hacia adelante y comprobar que las cosas no se fueran de mis dedos. —¿Motivo? Sí. ¿Capacidad? Sí. ¿El pago de Joe? Sí. El acceso a las cámaras de Tatiana... —fruncí el ceño, de repente pensando en lo que había oído mientras estaba con Lissa.

—Sí.

Esto me valió una mirada de sorpresa de Dimitri. —¿En serio? Esa era una parte que no podía entender.

—Estoy bastante segura de que sé cómo lo hizo —le dije—. Pero la carta anónima a Tatiana no tiene sentido. Por no hablar de esconder a la familia de Lissa o tratar de matarla—. *O tratar de inculparme.*

—Podríamos estar tratando con más de una persona —dijo Dimitri.

—¿Al igual que una conspiración? —pregunté, sorprendida.

Él negó con la cabeza. —No, quiero decir, *alguien* más tenía un resentimiento contra la Reina. Pero no alguien que iría tan lejos como para matarla. Dos personas, dos agendas. Probablemente ni siquiera se percataron el uno del otro. Estamos mezclando las pruebas.

Me quedé en silencio, dándole vueltas a sus palabras. Tenía sentido, y me di cuenta por el matiz que lo dijo que por alguien, quería decir Daniella. Habíamos estado en lo cierto acerca de las razones de porque no le gustaba Tatiana, la capacitación, la ley de la edad no era lo suficientemente dura, fomentar el espíritu. . . Pero eso no había sido suficiente para el asesinato. ¿Una carta de enojo, un soborno para la seguridad de su hijo? Esas fueron las clases de acciones que tomo la Señora Daniella Ivashkov. No se aventuro. Entre el silencio que a esto le siguió, escuche las suaves palabras entre Jill y Adrián, habían estado teniendo una conversación mientras que el resto de nosotros trazaba la estrategia.

—¿Qué hago? —Jill le preguntó en voz baja.

Su respuesta fue rápida y segura. —Actúa como si te merecieras estar ahí. No dejes que te intimiden.

—¿Qué pasa con Lissa? ¿Qué va a pensar de mí?

Adrian vaciló sólo un momento. —No importa. Sólo actúa de la manera que te dije.

Mi estómago se hundió, listo para darle su merecido, algún tipo de advertencia. Ruidoso, presumido y frívolo. . . eran todas esas cosas. Pero su corazón era bueno. El corazón que justo yo había roto. Yo sabía que tenía razón acerca de su potencial. Adrián era genial. Él podría hacer grandes cosas. Yo sólo esperaba no haberlo retrasado. Por lo menos yo no tenía que decirle que su madre era una asesina. . . pero aún así.

Todos nosotros extendimos el silencio cuando llegamos a la puerta. La línea de los coches todavía estaba allí, y nos volvíamos más y más nerviosos a medida que avanzábamos hacia delante. Una vuelta a la mente de Lissa me dijo que no faltaba nada en el Consejo. La caótica situación era más o menos la misma que antes, aunque la mirada exasperada en la cara de Nathan me hizo pensar que llamaría a cerrar la sesión pronto para continuar mañana. No estaba segura de si eso era bueno o malo.

Los guardianes reconocieron a Mikhail, por supuesto, y sin dejar de vigilar, sus instintos iniciales no sospechaban de sus nefastas acciones. Vagamente, dijo que

había sido enviado para recoger algunas personas. El guardia miro en el coche escaneando por encima a Dimitri, a mí, y-por suerte- a Jill. Adrián, una figura bien conocida, se nos agregó. Después de una revisión obligatoria del portaequipaje, nos dejaron pasar.

—Oh, Dios mío. Funcionó —respire, mientras Mikhail pasó por encima a la zona de aparcamiento de los guardianes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jill.

—Ahora vamos a restablecer la línea Dragomir y dar a conocer a un asesino —le dije—. ¿Oh, eso es todo? —el sarcasmo de Adrián era palpable.

—Tú sabes —comentó Mikhail—. Que en el instante que sus ilusiones se caigan, serán asaltados por los guardianes y devueltos a la cárcel. O peor.

Dimitri y yo intercambiamos miradas. —Lo sabemos —dije, tratando de ignorar los recuerdos de esa terrible experiencia, claustrofóbica—. Pero si todo sale bien... No tendremos que permanecer allí por mucho tiempo. Van a usar lo que hemos descubierto y luego finalmente nos liberaran —sonaba más optimista de lo que me sentía.

Una vez que nos estacionamos, nuestro grupo se dirigió hacia el edificio del salón de baile, que podría haber sido visto a millas de distancia con todas las personas a su alrededor. Qué extraño. No hace mucho, había hecho este mismo viaje, con casi la misma gente, corriendo fuera de la corte. Nosotros usábamos disfraces del espíritu entonces, y había estado buscando escapar. Ahora estábamos caminando hacia el peligro a sabiendas. Estaba convencida de si podía hacerlo sin ser detectada y entregar mis noticias, todo iba a salir bien.

El encanto de Sonya había funcionado a la perfección cuando vi a los alquimistas. Yo no tenía ninguna razón para dudar de ella, pero el miedo aún acechaba en el fondo de mi mente: ¿y si dejaba de funcionar? ¿Qué pasa si el disfraz falla y me ven incluso antes de entrar en el edificio? ¿Me detendrán? ¿O simplemente dispararan primero?

Las puertas estaban prohibidas para los espectadores, pero a los guardianes se les permitió el acceso, por lo que una vez más Mikhail nos habló, usando a un tosco Adrián como razón. El sobrino de la difunta Reina no podía ser rechazado, y con el caos en el interior, más guardianes, - que Dimitri y yo aparentábamos ser- eran bienvenidos. Adrian mantuvo un brazo alrededor de Jill cuando entraron, y los guardianes la dejaron pasar.

Entramos en el salón de baile, completamente desapercibidos. Yo había visto las discusiones a través de los ojos de Lissa, pero era totalmente diferente en persona.

Más fuerte. Más magnificas. Mis amigos y yo intercambiamos miradas. Me había preparado para una gran confrontación con el público- infierno, no sería la primera vez, pero esta era una prueba, incluso de mis habilidades.

—Necesitamos a alguien para llamar la atención de la habitación —le dije—. Una persona que no tenga miedo de hacer un espectáculo, quiero decir, aparte de mí, por supuesto.

—Mikhail? ¿Dónde has estado?

Nos dimos vuelta y vimos a Abe ante nosotros.

—Bueno, hablando del diablo, —dije. —Exactamente lo que necesitamos.

Abe, me miró y frunció el ceño. Se podía ver a través del encanto completamente cuando el otro sabía que se estaba utilizando. El encanto era también menos eficaz si se sabía quién era el usuario. Así fue como Víctor me había reconocido en Tarasov. Sonya era demasiado fuerte para que Abe pudiera atravesarlo totalmente, pero él sabía que algo no estaba bien.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Lo usual, viejo —le contesté alegremente—. Peligro, planes insanos... Ya sabes, las cosas que hacemos en nuestra familia.

Bizqueo sus ojos de nuevo, todavía no podía ver completamente a través de su encanto. Yo probablemente aun estaba distorsionada.

—¿Rose? ¿Eres tú? ¿Dónde has estado?

—Necesitamos la atención de la habitación —le dije. Me pregunté si esto era lo que se sentía cuando los padres atrapaban a sus hijos por romper el toque de queda. Se veía que no lo aprobaba—. Tenemos una manera de resolver todo este argumento.

—Bueno, — observó secamente Adrian, —Por lo menos hemos encontrado una manera de empezar otra.

—Yo confié en ti al escucharte —le dije a Abe—. No puedes confiar en mí ahora? —la expresión de Abe se volvió irónica—. Evidentemente, no confiaste en mí lo suficiente como para quedarte en Virginia Occidental.

—T tecnicismos—, le dije. —Por favor. Necesitamos esto.

—Y estamos cortos de tiempo, —agregó Dimitri.

Abe lo estudió también. —Déjame adivinar. Belikov? —había incertidumbre en la voz de mi padre - Adrian estaba haciendo un buen trabajo en mantener la ilusión

sobre Dimitri - pero Abe era lo suficientemente listo como para deducir que estaría conmigo.

—Papá, tenemos que apurarnos. Tenemos al asesino - y tenemos algo de Lissa... ¿Cómo lo explico? Una oportunidad para cambiar la vida de Lissa.

No muchas cosas sobresaltaban a Abe, pero creo que el que yo hiciera un serio uso de “papá” lo hizo. Explorando la habitación, con los ojos aterrizaron en alguien, y dio un pequeño tirón de su cabeza. Unos segundos más tarde, mi madre apretó el paso a través de nosotros.

Grandioso. Él la llamó y ella vino. Estaban terriblemente amistosos últimamente. Tenía la esperanza de que Lissa siguiera siendo la única con un hermano sorpresa. —¿Quiénes son estas personas? —Mi madre le preguntó.

—Adivina —Abe respondió rotundamente—. ¿Quién sería tan tonto como para entrar en la Corte después de escapar de ella?

Los ojos de mi mamá se ampliaron. —¿Cómo!

—No hay tiempo —dijo Abe. La mirada penetrante que obtuvo a cambio decía que no le gustaba ser interrumpida. Tal vez no había hermanos, después de todo.

—Tengo la sensación de que la mitad de los guardias en esta sala van a estar sobre todos nosotros pronto. ¿Estás lista para esto?

Mi pobre madre, respetuosa de la ley, parecía dolorida, dándose cuenta de lo que se le pedía. —Sí.

—Yo también —agregó Mikhail.

Abe nos estudió a todos. —Supongo que hay peores probabilidades. —Se dirigió hasta donde Nathan Ivashkov estaba apoyado en su podio. Parecía cansado y derrotado, y absolutamente perdido en qué hacer con el lío que tenía delante.

A nuestro acercamiento, los candidatos monarcas miraron con curiosidad, y sentí una sacudida repentina de sorpresa a través del lazo. Lissa podía ver a través de los encantos del espíritu. Sentí su aliento atrapado a la vista de nosotros. Miedo, conmoción, y alivio recorrió a través de ella. Y la confusión, por supuesto. Estaba tan contenta de vernos que ella olvidó por completo las elecciones y empezó a pararse y dirigirse a nosotros. Le di una sacudida rápida con la cabeza, instándola a mantener nuestra fachada, y después de vacilar un momento, ella se sentó de nuevo. Ella estaba preocupada y perpleja, pero confiaba en mí.

Nathan volvió a la vida cuando nos vio, sobre todo cuando Abe simplemente lo empujó fuera del camino y agarró el micrófono. —Oye, que es lo que está... —yo

esperaba que Abe gritara para que todos se callaran o algo así. Por supuesto, Nathan había estado tratando eso por un tiempo sin resultados. Así que, yo estaba bastante sorprendida, al igual que todos los demás, cuando Abe puso los dedos en sus labios y dejó escapar el silbido más perforador de orejas que yo jamás había escuchado.

Un silbido como ese a través de un micrófono. Sí a mi me lastimo los oídos. Tenía que ser peor para los Moroi, y los chillidos de regreso en los altavoces no ayudaron.

La sala se tranquilizó lo suficiente para que él fuera escuchado. —Ahora que tienen el sentido de mantener su boca cerrada —dijo Abe—, tenemos... algunas cosas que decir —él estaba usando su confianza y voz de yo-controlo-el-mundo, pero yo sabía que estaba tomando mucho de la fe aquí—. Actúa rápido —murmuró, extendiendo el micrófono a nosotros.

Lo tomé y aclaré mi garganta. —Estamos aquí para, eh, resolver este debate una vez por todas —eso trajo quejas, y me apresuré en voz alta antes de que la sala estallara otra vez—. Las leyes pueden quedarse como están. Vasilisa Dragomir tiene derecho a su voto en el Consejo y que pueda ser completamente candidata para el trono. Hay otro miembro en su familia. Ella no es la única Dragomir que queda.

Murmullos y susurros estallaron, aunque no era nada como el rugido de antes, muy probablemente debido a que los Moroi amaban las intrigas, y tenían que saber cómo esto resultaría. En mi periferia, pude ver guardianes formar un perímetro muy suelto a nuestro alrededor. Su preocupación era la seguridad, no el escándalo.

Le hice una seña hacia adelante a Jill. Por un momento, se quedó inmóvil; entonces me pregunté si ella recordaba las palabras de Adrian en el coche. Se acercó a mi lado, tan pálida que me preocupaba que se pudiera desmayar. Casi me sentí como si yo también podía. La tensión y la presión eran abrumadoras. No Había llegado demasiado lejos.

—Esta es Jillian MastranoDragomir. Ella es la ilegítima hija de Eric Dragomir pero ella es su hija y oficialmente parte de la línea de sangre —odiaba usar ilegítima, pero en este caso, era un hecho necesario.

En un latido de silencio siguió, Jill rápidamente se inclinó hacia mí y el micrófono. —Soy una Dragomir —dijo claramente, a pesar de sus temblorosas manos.

—Nuestra familia tiene su quórum, y mi h-hermana tiene todos sus derechos.

Pude ver otra explosión crecer, y Abe saltó entre Jill y yo, agarrando el micrófono.

—Para los que no creen en esto, una prueba de ADN aclarará cualquier duda acerca de su linaje. —Tuve que admirar la audacia de Abe. Él había aprendido esta

información hace sólo sesenta segundos y ya lo estaba defendiendo con certeza, como si él mismo hubiera realizado las pruebas necesarias de vuelta en su laboratorio genético en casa. Más fe - y una ventaja que no podía dejar pasar. Mi viejo amaba los secretos.

La noticia disparó la reacción que yo esperaba. Una vez que la audiencia había procesado la información, una oleada de comentarios gritados comenzó.

—Eric Dragomir no tenía ningún otro hijo, ilegítimo o no!

—¡Esto es una estafa!

—Muéstrenos la prueba! ¿Dónde están sus pruebas?

—Bueno. . . él era una especie de coqueteo...

—Él sí tenía otra hija.

Eso último calló a la multitud de arriba, tanto porque se hablaba con autoridad y porque venía de Daniella Ivashkov. Ella se había puesto de pie, e incluso sin un micrófono, tenía una voz que podía llevar en una habitación. También era una persona lo suficientemente importante en nuestra sociedad para llamar la atención. Muchos de los miembros de la realeza estaban condicionados prácticamente a escucharla. En la sala ahora tranquila, Daniella continuó hablando.

—Eric Dragomir tenía una hija ilegítima con una mujer llamada Emily Mastrano- una bailarina, si no recuerdo mal. Él quería que se mantuviera en secreto y necesitaba que se hicieran algunas cosas- cosas que él no podía hacer por sí mismo- para ayudar con eso. Yo fui una de las pocas que lo ayudó —una sonrisa amarga apareció extrañamente en sus labios—. Y honestamente, no me hubiera importado permanecer en secreto tampoco.

Las piezas hicieron clic en mi cabeza. Ahora sabía quien había irrumpido en los registros de los alquimistas. Y por qué. En el silencio de la habitación, no necesitaba de un micrófono para responder tampoco.

—Bastaba con que hicieras desaparecer unos papeles.

Daniella fijó esa sonrisa en mí. —Sí.

—Porque si los Dragomir desaparecían, el espíritu también lo haría. Y Adrián estaría a salvo.

—El espíritu estaba llamando demasiado la atención, demasiado rápido y usted necesitaba deshacerse de cualquier evidencia de Jill para matar la credibilidad de

Vasilia. —La expresión de Daniella lo confirmaba mucho. Debería haberlo dejado así, pero mi curiosidad no me lo permitía.

—¿Entonces por qué admitirlo ahora?

Daniella se encogió de hombros. —Porque tienes razón. Una prueba de ADN demostrará la verdad.

Hubo exclamaciones de asombro de los que tomaban su palabra como del evangelio y se preguntaba qué quería decir aquello. Otras personas se negaban a creer y llevaban miradas de desprecio. Daniella, sin duda decepcionada que la verdad se hubiera filtrado, sin embargo, parecía resignada y dispuesta a aceptarlo. Pero su sonrisa se cayó mientras me estudiaba más de cerca. —¿Lo que me gustaría saber es: ¿quién eres tú en este el mundo?

Una buena parte de la audiencia parecía querer saber esto también. Dudé. El encantador disfraz que Sonya me había llevado bastante lejos en este punto. Teníamos una aceptación frágil de Jill y la línea de los Dragomir. Si dejábamos que el sistema siguiera su curso, y si Lissa ganaba como yo ahora quería- tendría una reina defensora para ayudarme para limpiar el caso.

Pero mirando a la multitud, llena de personas que había conocido y respetado y que aun así me habían condenado sin lugar a dudas, sentí la rabia quemarme dentro.

Espíritu, inducido o no, no importaba. Yo estaba todavía indignada con la facilidad con que había sido acusada y abandonada. Yo no quería esperar a que esto se resolviera en una oficina silenciosa de Guardianes.

Quería enfrentarlos. Yo quería al menos que supieran que era inocente- de matar a la reina.

Y así, superando mis propios registros de comportamiento peligroso e imprudente, me arranqué la pulsera de Sonya.

—Soy Rose Hathaway.

Capítulo 33

Traducido por: clo

Corregido por: Marina012

LOS LLANTOS Y GRITOS DE LA AUDIENCIA me dijeron que mi disfraz había desaparecido. Muchos ojos también se dirigieron a Dimitri. Adrian había dejado caer también esa ilusión, una vez que me despojé de la mía. Y, como habíamos estado esperando, los guardias que habían ido tomando posición a nuestro alrededor se lanzaron hacia delante, armados con pistolas. Yo todavía pensaba que eso era un engaño.

Afortunadamente, mi madre y Mikhail se pusieron rápidamente en posición para bloquear a nuestros atacantes e impedir cualquier disparo.

—No —le espeté a Dimitri, que sabía, con seguridad, estaba por unirse a nuestros dos defensores. Era fundamental que él y yo no quedáramos completamente inmóviles, para no ser tomados como amenazas. Incluso llegué hasta levantar mis brazos, y —a regañadientes, sospeché— Dimitri también lo hizo.

—Esperen. Por favor, primero escúchenos.

El círculo de guardianes era apretado, sin espacios. Estaba bastante segura de que mi mamá y Mikhail eran lo único que les impedía dispararnos en ese instante y allí. Los Guardianes siempre evitaban pelear contra otros guardianes de ser posible. Sin embargo, dos bloqueadores eran fáciles de derribar, y estos guardianes no esperarían por siempre. De pronto, Jill y Abe avanzaron, tomando posiciones a nuestro lado. Más escudos. Vi a uno de los guardianes que se acercaba, hacer una mueca. Los civiles complicaban las cosas. Adrian no se había movido, pero el hecho de que estuviera encerrado en el círculo, aun así lo hacía un obstáculo.

—Espósenos después si lo desean —dije—. No nos resistiremos. Pero primero tienen que dejarnos hablar. Sabemos quién asesinó a la reina.

—Al igual que nosotros —dijo uno de los guardianes—. Ahora, el resto de ustedes... retrocedan antes de que salgan lastimados. Éstos son fugitivos peligrosos.

—Ellos necesitan hablar —dijo Abe—. Tienen evidencia.

Una vez más, él presionó con su caso, actuando como confidente sobre cosas de las cuales no tenía idea. Él estaba apostando todo a mí. Me estaba comenzando a agradar. En cierto modo, era un poco lamentable que no tuviéramos evidencias cien por ciento sólida como hubiera deseado, pero como había dicho antes... tecnicismos.

—Permítanles hablar.

Era una voz nueva, pero una voz que conocía de memoria. Lissa se abrió paso a través de dos de los guardianes. Ellos mantuvieron su posición apretada, la preocupación inmediata era que nos escapáramos. Esto le permitió deslizarse a través... pero sólo hasta que uno pudo agarrarla del brazo para evitar que nos alcanzara.

—Ellos han llegado tan lejos. Ellos estaban en lo cierto acerca de... Jill. —Dios, eso no fue fácil de decir con cara seria, viendo que ella no había llegado a un acuerdo con el tema. Mi muerte inminente era probablemente la única cosa que la distraía de la experiencia trascendental de enterarse que tenía un hermano potencial. Ella también estaba teniendo mucha fe aquí, confiada en que yo estaba diciendo la verdad. —Los tienen. No pueden ir a ninguna parte. Sólo déjenlos hablar. Yo también tengo evidencia para apoyar su caso.

—Me resistiría a compartir eso, Liss —dije en voz baja. Lissa todavía creía que Daniella era la asesina y no le iba a gustar escuchar la verdad. Lissa me envió una mirada confundida pero no protestó.

—Escuchémoslos —dijo uno de los guardianes... y no cualquiera: Hans—. Después de un escape como el que lograron, realmente me gustaría saber la razón que los trajo de regreso.

¿Hans nos estaba ayudando?

—Pero —continuó—, estoy seguro que ustedes dos entenderán que tenemos que refrenarlos antes que hagan su gran revelación.

Miré a Dimitri, que ya se había vuelto hacia mí. Ambos habíamos sabido en lo que nos estábamos metiendo, y honestamente, este era un mejor escenario del que había previsto.

—Bien —dijo Dimitri. Echó un vistazo a nuestros nobles protectores—. Está bien. Déjenlos pasar.

Mi mamá y los otros no se movieron de inmediato. —Háganlo —dije—. No terminen como nuestros compañeros de celda.

Pensé que de seguro esos adorables tontos no me escucharían. Pero Mikhail retrocedió en primera instancia, y luego los demás también lo hicieron, prácticamente en sincronía. En un instante, los guardianes los sujetaron a todos, dirigiéndolos lejos. Dimitri y yo nos quedamos allí, y cuatro guardianes entraron, dos para Dimitri y dos para mí. Adrián se había retirado con los demás, pero Lissa aún se mantenía a unos pasos de nosotros, con toda su confianza en mí.

—En marcha —dijo Hans. Agarró mi brazo derecho con fuerza.

Me encontré con los ojos de Lissa, odiando lo que tenía que decir. Pero, no. No era ella a quien más me preocupaba herir. Mirando hacia el público, me encontré con Christian, que estaba comprensiblemente mirando este drama con ávida atención. Tuve que apartar la mirada y observar la multitud en su conjunto, rehusándome a ver caras individuales. Sólo un borrón.

—No fui yo quien asesinó a Tatiana Ivashkov —dije. Varias personas murmuraron con duda—. No me agradaba. Pero no la asesiné. —Miré a Hans—. Tú interrogaste al portero que testificó acerca de dónde estaba yo durante el asesinato, ¿verdad? ¿Y él identificó al hombre que atacó a Lissa como quien le había pagado para mentir sobre mi paradero? —Había sabido por Mikhail que Joe había admitido finalmente tomar el dinero del misterioso Moroi, una vez que los guardianes lo habían acorralado con la imagen.

Hans frunció el ceño, dudó, y luego asintió con la cabeza para que yo continuara.

—No hay registros de su existencia... al menos no con los guardianes. Pero los Alquimistas sabe quién es. Lo vieron en una de sus instalaciones... en calidad de guardaespaldas —mis ojos se posaron sobre Ethan Moore, quien estaba situado con los guardianes cerca de la puerta—. El guardaespaldas de alguien a quien se le había permitido entrar para ver a Tatiana la noche en que murió: Tasha Ozero.

No hubo necesidad de ningún alboroto del público en esta ocasión porque Tasha más que lo compensó por sí misma. Ella había estado sentada junto a Christian y brincó de la silla.

—¿Qué diablos estás diciendo, Rose? —exclamó—. ¿Estás loca?

Cuando me había parado allí, desafiante, lista para enfrentar la multitud y demandar justicia, había estado llena de triunfo y poder. Ahora... ahora simplemente estaba triste mientras miraba a alguien en quien siempre había confiado, alguien que me devolvía la mirada con tanto asombro y dolor.

—Me gustaría estarlo... pero es cierto. Las dos sabemos que lo es. Tú asesinaste a Tatiana.

La incredulidad de Tasha creció, ahora teñida con un poco de ira, a pesar de que todavía parecía estar dándome el beneficio de la duda. —Yo nunca, nunca creí que tú la hubieras asesinado... y he luchado por tí con respecto a eso. ¿Por qué me estás haciendo esto? ¿Estás jugando a los Strigoi impuros en nuestra familia? Pensé que estabas por encima de ese tipo de prejuicios.

Tragué saliva. Había pensado que conseguir las pruebas sería la parte difícil. No era nada comparado con revelarla. —Lo que estoy diciendo no tiene nada que ver con los Strigoi. Casi desearía que fuera así. Odiabas a Tatiana por su ley de edad y su negativa a dejar que luchen los Moroi. —Me vino otro recuerdo, de cuando Tasha había aprendido acerca de las sesiones secretas de entrenamiento. Tasha había estado horrorizada por lo que ahora sospechaba, podría ser culpa de juzgar erróneamente a la reina.

La multitud estaba fascinada y anonadada, pero una persona vino a la vida: un Ozero a quien no conocía pero que aparentemente tenía la solidaridad familiar en mente. Él se puso de pie, cruzando los brazos desafiadamente. —La mitad de esta Corte odiaba a Tatiana por esa ley. Tú entre ellos.

—Yo no tuve que sobornar a mi guardaespaldas para que testificara ni para atacar a Liss... La Princesa Dragomir. Y no pretendas que no conoces al sujeto —le advertí a ella—. Él era tu guardaespaldas. Fueron vistos juntos. —La descripción de Ian respecto a ella cuando había visitado St. Louis había sido perfectamente clara: largo cabello negro, pálidos ojos azules, y una cicatriz en un lado del rostro.

—Rose, no puedo ni siquiera creer que esté pasando esto, pero si James —ese era su nombre— hizo lo que dices, entonces actuó solo. Él siempre tuvo ideas radicales. Lo supe cuando lo contraté como protección externa, pero nunca pensé que fuera capaz de asesinar. —Miró a su alrededor, buscando a alguien a cargo, y, finalmente, estableció la mirada en el Consejo—. Siempre he creído que Rose era inocente. Si James es el responsable de esto, entonces estoy más que feliz de decirles todo lo que sé para limpiar el nombre de Rose.

Así, tan fácil. El misterioso Moroi —James— estuvo en casi todos los lugares donde había estado Tasha. Él incluso había sido visto en situaciones sospechosas donde ella no había estado... como el soborno de Joe y el ataque a Lissa. Podría salvar a Tasha y poner toda la culpa en él. Él ya estaba muerto. Tasha y yo podríamos continuar como amigas. Ella había actuado por principios, ¿verdad? ¿Qué había de malo en eso?

Christian se puso de pie a su lado, mirándome como si fuera una extraña. —Rose, ¿cómo puedes dices algo como esto? Tú la conoces. Sabes que no lo haría. Deja de hacer una escena y permítenos averiguar cómo ese tipo James mató a la reina. — Así, tan fácil. Echarle la culpa al muerto.

—James no podría haber apuñalado a Tatiana —dije—. Él tenía una mano lesionada. Se necesita de las dos manos de un Moroi para apuñalar a alguien. Lo he visto pasar dos veces hasta ahora. Y apuesto que si pueden obtener una respuesta directa de Ethan Moore... —Miré hacia el guardián, quien se había puesto pálido. Él probablemente podría saltar dentro de una pelea y matar sin vacilación. ¿Pero este tipo de escrutinio? ¿Y el probable interrogatorio por sus pares? No pensé que se mantuviera firme. Era probablemente la razón por la cual Tasha había sido capaz de manipularlo. —James no estaba allí la noche en que murió Tatiana, ¿no? Y no creo tampoco que lo estuviera Daniella Ivashkov, a pesar de lo que le dijeron a la Princesa Dragomir antes. Pero Tasha lo estaba. Ella estaba en los aposentos de la reina... y tú no lo reportaste.

Ethan se veía como si quisiera escapar, pero sus posibilidades de escape eran casi tan buenas como las mías y las de Dimitri. Él sacudió lentamente la cabeza.

—Tasha no asesinaría a nadie —no era exactamente la confirmación del paradero de ella que quería yo... pero casi. Los guardianes le sonsacarían más información luego.

—¡Rose! —Christian ahora estaba enojado. Verlo mirarme con una expresión de tal indignación dolía incluso más que la expresión de Tasha—. ¡Ya basta!

Lissa dio unos pasos vacilantes hacia adelante. Podía sentir en su mente que ella tampoco quería creer lo que estaba diciendo... sin embargo, todavía confiaba en mí. Pensaba en una solución de controversia. —Sé que está mal... pero si utilizáramos compulsión en los sospechosos...

—¡Ni siquiera sugieras eso! —exclamó Tasha, volviendo la cortante mirada hacia Lissa.

—Mantente fuera de esto. Es tu futuro lo que está en juego aquí. Un futuro que podría hacerte grande y con el que podrías lograr las cosas que nuestra gente necesita.

—Un futuro que podrías manipular —me di cuenta—. Lissa cree en muchas de las reformas de las que tu crees... y piensas que podrías convencerla de aquellas en las que no. Sobre todo si ella está con tu sobrino. Es por eso que has luchado tanto para cambiar la ley de quórum. Querías que ella fuera reina.

Christian comenzó a avanzar, pero Tasha le puso una mano de restricción en su hombro. La cual no le impidió hablar. —Eso es una idiotez. Si ella quería que Lissa fuera reina, ¿por qué hacer que ese tipo James la atacara?

Eso era un misterio para mí también, uno de los agujeros que no había resuelto. Sin embargo, Dimitri lo había hecho. Consciente de sus dos guardias, se movió más cerca de mí.

—Porque no se suponía que nadie muriera —la voz baja y resonante de Dimitri sonó maravillosamente en la acústica de la sala. No necesitó ningún micrófono al dirigir sus palabras a Tasha—. No esperabas que un Guardián estuviera con ella.

—tenía razón, me di cuenta. Eddie había sido reclutado esa noche bajo extrañas circunstancias y apenas logró volver a tiempo para ver a Ambrose con Lissa—. James probablemente iba a fingir un ataque y huiría... lo suficiente para generar compasión y más apoyo hacia Vasilisa. Lo que de hecho ocurrió... sólo que un poco más seriamente.

La indignación en el rostro de Tasha se transformó a algo que no pude medir por completo, inmediatamente. Tasha se había visto ofendida por mis acusaciones, pero por las de Dimitri... era más. Parecía legítimamente herida. Aplastada. Yo conocía esa mirada. La había visto en los ojos de Adrian hace un par de horas.

—Dimka, no tú también —dijo ella.

A través de los ojos Lissa, vi cambiar los colores del aura de Tasha, arder un poco más brillante mientras contemplaba a Dimitri. Pude ver exactamente lo que Sonya me había explicado, la manera en la que el aura mostraba el afecto.

—Y es por eso que fui culpada yo —murmuré en voz baja. Nadie más que Dimitri y nuestros guardianes me oyeron.

—¿Uhm —preguntó Dimitri.

Yo sólo sacudí la cabeza. Durante todo este tiempo, Tasha aún había amado a Dimitri. Sabía que lo amaba el año pasado, cuando le había hecho la propuesta de enrollarse y tener hijos... no era algo que muchos dhampir hombres tuvieran la oportunidad de obtener. Él lo rechazó, y pensé que simplemente había aceptado ser su amiga. Ella no lo había hecho. Todavía lo había amado. Cuando Lissa le había revelado mi relación con Dimitri a Hans, Tasha ya sabía. ¿Pero hacía cuánto? No estaba segura. Obviamente había sabido de la relación antes de asesinar a Tatiana, y, adjudicarme el asesinato que la dejaba libre, limpia, y abría de nuevo sus posibilidades con Dimitri.

No tenía sentido traer a colación sus motivos personales para culparme. El verdadero asunto en juego era el asesinato de Tatiana. Yo me limité a mirar a Hans. —Puedes llevarme en custodia, lo digo en serio. ¿Pero no crees que tienes lo suficiente como para llevarla a ella —y a Ethan— también?

La cara de Hans era ilegible. Sus sentimientos hacia mí siempre habían ido hacia atrás y adelante, desde el día que nos conocimos. A veces yo era una alborotadora sin futuro. Otras veces tenía el potencial para ser un líder. Él había creído que era una asesina, sin embargo, me había permitido dirigirme a la multitud. Tampoco le gustaban realmente mis amigos. ¿Qué haría ahora?

Levantó los ojos de mi rostro y miró al lugar donde estaban situados varios guardianes en la audiencia, listo para cualquier acción. Él dio un asentimiento cortante con la cabeza. —Llévense a Lady Ozero. Y Moore. Los interrogaremos.

Ya que Tasha estaba sentada en medio de otras personas, hubo un poco de miedo y pánico cuando cuatro guardianes se acercaron a ella. Ellos evitaron herir a otros miembros de la audiencia, tanto como les fue posible, pero aun así, hubo muchos empujones y jalonazos. Lo que surgió como una total sorpresa fue la forma en que se defendió ferozmente Tasha. Ella estaba entrenada, recordé. No en la misma manera que lo estaban los guardianes, pero lo suficiente como para hacer que agarrarla les fuera difícil. Ella podía patear y dar puñetazos —y apuñalar reinas— e incluso arreglárselas para derribar a un guardián.

En realidad podría tratar de salir de aquí luchando, me di cuenta... aunque ni por un instante creí que pudiera. Estaba demasiado lleno y caótico. Los guardianes se estaban dirigiendo al combate. Morois aterrorizados estaban intentando alejarse de la lucha. Todo el mundo parecía estar metiéndose en el camino de los demás. De repente, un fuerte crujido se hizo eco a través de la sala. Un disparo. La mayoría de los Morois se tiraron al suelo, aunque los guardianes siguieran llegando. Sosteniendo una pistola que le debía haber arrebatado al guardián que derribó, Tasha agarró al primer Moroi que pudo con su mano libre. Dios la ayude, era Mia Rinaldi. Ella había estado sentada cerca de Christian. No pensé que Tasha se hubiera percatado, incluso, de la elección de rehén.

—¡No se muevan! —les gritó Tasha a los guardianes que se estaban metiendo. El arma estaba en la cabeza de Mia, y sentí que se me detenía el corazón. ¿Cómo habían llegado las cosas a este punto? Nunca hubiera previsto esto. Se suponía que mi tarea iba a ser limpia y ordenada. Desenmascarar a Tasha. Recluirla. Listo.

Los guardianes se congelaron, menos a causa de su orden y más porque estaban evaluando como hacerle frente a una completa amenaza. Mientras tanto, Tasha comenzó poco a poco —muy lentamente— a abrirse camino hacia la salida, arrastrando a Mia con ella. Su progreso era lento y difícil de manejar, gracias a toda la gente y sillas en el camino. El retraso les dio a los guardianes tiempo para resolver este horrible dilema. Ellos son lo primero. La vida de Mia —la vida de un Moroi— estaba en juego. Los guardianes no querían que Mia resultara muerta, pero un Moroi guerrero portando armas tampoco podía ser dejado libre.

El asunto era que Tasha no era el único guerrero Moroi en la sala. Ella probablemente había elegido al peor rehén posible, y pude decir por el brillo en los ojos de Mia, que no iba a marcharse tan tranquila. Lissa también se dio cuenta de esto. Una o ambas iban a resultar muertas, y Lissa no podía dejar que ocurriera eso. Si ella podía conseguir que Tasha la mirara, podía usar la compulsión para someterla.

No, no, no, pensé. No necesitaba a otra amiga involucrada.

Ambas, Lissa y yo, vimos a Mia tensarse para quebrar el agarre de Tasha y liberarse. Lissa se dio cuenta que tenía que actuar ahora. Pude sentirlo a través del vínculo. Pude sentir sus pensamientos, su decisión, incluso la manera en que se movían sus músculos y nervios hacia delante para conseguir la atención de Tasha. Lo sentía con tanta claridad, como si compartiéramos el mismo cuerpo. Sabía hacia donde se iba a mover Lissa incluso antes de que lo hiciera.

—Tasha, por favor no...

Lissa saltó hacia adelante, su grito lastimero interrumpido cuando Mia pateó hacia atrás a Tasha y escapó, resbalándose fuera del alcance del arma. Tasha, sorprendida en dos frentes, aún tenía su arma apuntada hacia fuera. Con Mia fuera de sus manos y todo ocurriendo tan rápido, Tasha disparó frenéticamente un par de tiros hacia la primer amenaza moviéndose hacia ella... los que no eran los guardianes acercándose rápidamente. Era la delgada silueta de blanco que le había gritado a Tasha.

O, bueno, lo habría sido. Como dije, había conocido exactamente el momento en que Lissa caminaría y lo que haría. Y en esos preciosos minutos antes de que actuara, escapé del agarre de mis captores y me lancé delante de Lissa. Alguien saltó detrás de mí, pero llegaron demasiado tarde. Fue allí cuando el arma de Tasha se había disparado. Sentí una puntada y un ardor en mi pecho, y luego no había nada más que dolor... un dolor tan completo e intenso que estaba casi más allá de la comprensión.

Me sentí caer, sentí a Lissa atraparme y gritar algo... quizás a mí, quizás a alguien más. Había tanta conmoción en la sala que no sabía lo que había ocurrido con Tasha. Éramos sólo yo y el dolor que mi mente estaba intentando bloquear. El mundo parecía volverse más y más silencioso. Vi a Lissa bajar la mirada hacia mí, gritando algo que no podía oír. Ella era hermosa. Brillante. Coronada en luz... pero había oscuridad cerrándose a su alrededor. Y en la oscuridad, vi los rostros... los fantasmas y espíritus que siempre me seguían. Se volvían más gruesos, acercándose. Gesticulando.

Un arma de fuego. Había sido derribada por un arma de fuego. Era casi cómico. *Tramposos*, pensé. Había pasado mi vida enfocándome en el combate cuerpo-a-

cuerpo, aprendiendo a esquivar colmillos y poderosas manos que podrían partirme el cuello. ¿Un arma de fuego? Era tan, bueno... fácil. ¿Me debería sentir insultada? No lo sabía. ¿Importaba? Tampoco lo sabía. Todo lo que sabía en ese momento era que iba a morir, sin importar qué.

Mi visión era cada vez más tenue, la oscuridad y los fantasmas me acorralaban, y juré que era como si pudiera oír la voz de Robert susurrándome en el oído: *El mundo de los muertos no te dará una segunda oportunidad.*

Justo antes de que la luz se desvaneciera por completo, vi que el rostro de Dimitri se unió al de Lissa. Quería sonreír. Decidí entonces que si las dos personas que más amaba estaban a salvo, podría dejar este mundo. Los muertos por fin podrían tenerme. Y había cumplido mi propósito, ¿verdad? ¿De proteger? Lo había hecho. Había salvado a Lissa, justo como siempre había prometido que lo haría. Estaba muriendo en combate. Sin agendas de citas para mí.

El rostro de Lissa brillaba con lágrimas, y esperaba que las mías transmitieran lo mucho que la amaba. Con la última chispa de vida que me quedaba, traté de hablar, traté de decirle a Dimitri que a él también lo amaba y que ahora era él quien tenía que protegerla. No creo que me haya entendido, pero las palabras del mantra de los guardianes fue mi último pensamiento consciente.

Ellos son lo primero.

Capítulo 34

Traducido por: evelin

Corregido por: Melo LL

NO ME DESPERTÉ EN EL MUNDO DE LOS MUERTOS.

Ni siquiera me desperté en un hospital o en algún otro tipo de centro médico—lo cual, créanme, ya había hecho una gran cantidad de veces. No, me desperté en una lujosa y enorme habitación con un mobiliario dorado. ¿El cielo? Era improbable con mis comportamientos. Mi cama de dosel tenía un edredón rojo y dorado de terciopelo, lo suficientemente grueso para ser en sí mismo un colchón. Las velas parpadeaban en una mesita contra la pared y llenaban la habitación con aroma a jazmín. No tenía ninguna pista de donde estaba o cómo había llegado aquí, pero mientras mis últimos recuerdos de dolor y oscuridad se reproducían en mi mente, decidí que el hecho de que estuviera respirando era lo suficientemente bueno.

—La Bella Durmiente despierta.

Esa voz...esa maravillosa voz, dulce como la miel con su suave acento. Me envolvió y con ello vino la imposible verdad y el impacto:

Yo estaba viva. Estaba viva. Y Dimitri estaba aquí.

No podía verlo pero sentí una sonrisa llegar a mis labios.

—¿Eres mi enfermera?

Lo escuché levantarse de una silla y caminar. Al verlo de pie sobre mí de esa manera, solo me recordó lo alto que en realidad era. Él me miró con una de sus sonrisas—una de esas plenas y raras sonrisas. Se había aseoado desde que lo vi por última vez, tenía su cabello marrón recogido cuidadosamente detrás de su cuello, sin embargo no se había afeitado en un par de días. Yo traté de sentarme, pero él me hizo retroceder.

—No, no, tú necesitas acostarte —un dolor en el pecho me dijo que él tenía razón. Mi mente podría estar despierta, pero el resto de mí estaba agotado. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado, pero algo me dijo que mi cuerpo había estado

peleando en una batalla— no con un Strigoi o algo parecido, sino conmigo misma. Una batalla para permanecer viva.

—Entonces acércate —le dije—. Quiero verte.

Él lo consideró un momento y luego se quitó los zapatos. Tendiéndose a mi lado— lo cual me hizo estremecer—me las arregle para contonearme un poco y así hacer espacio cerca de los bordes de la cama. Él se acurrucó a mi lado. Nuestros rostros descansaban en la misma almohada, sólo a unos pocos centímetros de distancia mientras nos mirábamos.

—¿Así está mejor? —preguntó él.

—Mucho.

Con sus largos y elegantes dedos, él extendió su mano y retiró el cabello de mi rostro antes de trazar el borde de mi pómulos.

—¿Cómo estás?

—Hambrienta.

Él se rió suave y cuidadosamente deslizó su mano para dejarla descansar en mi espalda baja, en una especie de abrazo.

—Por supuesto que lo estás. Creo que sólo te hemos dado caldo. Bueno, eso y fluidos por vía intravenosa desde el principio. Probablemente tienes una retirada de azúcar.

Me encogí. No me gustaban las agujas o tubos y estaba contenta de que no hubiera despertado para verlos—Las agujas para tatuajes eran algo muy diferente—.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unos cuantos días.

—Unos cuantos días... —me estremecí y él tiró de las mantas para cubrirme, pensando que tenía frío—. No debería estar viva —susurré. Los disparos...eran demasiado rápidos, fueron demasiado cerca de mi corazón. ¿O fueron en mi corazón? —puse la mano en mi pecho. No sabía precisamente en donde había estado herida. Todo me dolía—. Oh. Dios. Lissa me sanó, ¿verdad? —debió de haber tomado mucho espíritu. Ella no debería de haber hecho eso. No podía permitírsele excepto que... ¿Por qué todavía sentía dolor? Si ella me hubiera sanado, habría sido completamente.

—No, ella no te sanó.

—¿No? —fruncí el ceño, incapaz de procesar eso. ¿De qué otra manera había sobrevivido? Una sorpresiva respuesta vino a mi mente—. Entonces... ¿Adrian? Él nunca...después de cómo lo he tratado...no. Él no pudo haber...

—¿Qué, crees que él te dejaría morir?

No contesté. Las balas podían ser cosa del pasado, pero el pensamiento de Adrian todavía hacía que mi corazón—en sentido figurado—doliera.

—Sin importar como se sienta... —Dimitri dudó. Este era un tema delicado, después de todo—. Bueno, él no te hubiera dejado morir. Quería sanarte. Pero tampoco lo hizo.

Me sentí mal por pensar tan poco de Adrian. Dimitri tenía razón. Adrian nunca me hubiera abandonado por rencor, pero yo estaba rápidamente quedándome sin opciones.

—¿Entonces quién? ¿Sonya?

—Nadie —dijo él simplemente—. Bueno. Tú, supongo.

—Yo... ¿Qué?

—Las personas pueden sanarse sin magia, Rose —había diversión en su voz, sin embargo su rostro permanecía sobrio—. Y tus heridas...eran malas. Nadie pensó que sobrevivirías. Entraste en cirugía y entonces todos nosotros sólo esperamos.

—Pero ¿Por qué...—me sentía muy arrogante, hacienda la siguiente pregunta—. ¿Por qué no me sanaron Adrian o Lissa?

—Oh, ellos querían hacerlo, créeme. Pero en consecuencia, en el caos...la Corte los encerró. Los dos fueron retirados y puestos bajo estricta protección antes de que pudieran actuar. Nadie les dejaba acercarse a ti, no cuando ellos todavía pensaban que podrías ser una asesina. Tenían que estar seguros de Tasha en primer lugar, incluso si sus acciones fueron tan concluyentes.

Me tomó un momento superar la idea de que la medicina moderna y la fuerza vital en mi cuerpo me habían sanado. Me había acostumbrado demasiado al espíritu. Esto no parecía posible. Mientras trataba de comprender el concepto, lo que Dimitri estaba diciendo me golpeó.

—¿Tasha...todavía está viva?

Su rostro se redujo aún más.

—Sí. La atraparon justo después de que te disparó, antes que alguien más resultara herido. Ella está detenida y más evidencia ha estado ingresando.

—Entregarla fue una de las cosas más duras que jamás he hecho —dije—. Pelear con Strigoi era mucho más fácil que eso.

—Lo sé. Fue difícil de ver y de creer —había una mirada lejana en sus ojos, recordándome que Dimitri la había conocido tanto como me conocía a mí—. Pero ella tomó sus decisiones y todo los cargos en contra tuya tenían que caer. Ahora eres una mujer libre. Más que eso. Una heroína. Abe está presumiendo que todo es su obra.

Eso me trajo una sonrisa de vuelta.

—Por supuesto. Probablemente reciba una factura de su parte muy pronto —me sentí mareada con alegría y asombro. Una mujer libre. Había estado cargada de acusaciones y una sentencia de muerte como lo habían parecido los años y ahora...ahora todo había desaparecido.

Dimitri se rió, y quise estar así por siempre, sólo nosotros dos, dulcemente y desprevenidos. Bueno—no exactamente así. Yo podría haberlo hecho sin el dolor y los vendajes apretados que sentía en mi pecho. Él y yo habíamos tenido muy pocos momentos estando relajados realmente y enamorados abiertamente. Las cosas sólo se habían comenzado a arreglar entre nosotros al final...y eso casi había sido muy tarde. Aunque todo todavía podía funcionar.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—No estoy seguro —él descansó su mejilla contra mi frente—. Estoy tan contento...tan contento de que estés viva. He estado demasiado cerca de perderte muchas veces. Cuando te vi en el suelo y había mucha conmoción y confusión...me sentí tan impotente. Me di cuenta que tenías razón. Desperdiciamos nuestras vidas con culpa y auto aversión. Cuando me miraste allí al final...lo vi. Tú me amas.

—¿Lo dudas? —quería decir las palabras bromeando, pero salieron como si estuviera ofendida. Tal vez lo estaba, un poco. Le había dicho que lo amaba muchas veces.

—No, quiero decir, supe que no sólo me amabas. Me di cuenta de que en realidad me habías perdonado.

—No había nada que perdonar, en realidad —también le había dicho eso antes.

—Siempre he pensado que si lo hay —él se echó hacia atrás y me miró nuevamente—. Y eso es lo que me hacía retroceder. Sin importar lo que dijeras, no podía creerlo...no podía creer que tú habías perdonado todas las cosas que te hice en Siberia y después de que Lissa me sanara. Pensé que te estabas engañando a ti misma.

—Bueno, esa no sería la primera vez que he hecho eso. Pero no, esta vez no me estaba engañando.

—Lo sé, y con esa revelación...en esa fracción de segundo supe que me perdonaste y que realmente tenía tu amor, finalmente, también fui capaz de perdonarme a mí mismo. Todas esas cargas, esos lazos del pasado...se fueron. Fue como...

—¿Ser libre? ¿Volar?

—Sí. Excepto que...vino demasiado tarde. Esto suena loco, pero mientras te estaba mirando, teniendo todos esos pensamientos que llegaron a mi cabeza, fue como...si pudiera ver la mano de la muerte alcanzándote. Y no había nada que yo pudiera hacer. Estaba impotente. No podía ayudar.

—Lo hiciste —le dije—. Lo último que vi antes de quedar inconsciente fue a ti y a Lissa. —Bueno, además de rostros esqueléticos, pero mencionar eso hubiera matado el momento romántico—. No sé cómo sobreviví, cómo vencí los obstáculos...pero estaba segura de que tu amor—el de los dos—me dio la fuerza para pelear. Tenía que volver con ustedes. Sólo Dios sabe en qué problema se meterían sin mí.

Dimitri no tenía palabras para eso y a cambio, respondió trayendo su boca a la mía. Nos besamos, suavemente al principio y la dulzura del momento dominó cualquier dolor que yo sentía. La intensidad apenas nos había recogido cuando él se apartó.

—Hey, ¿Qué pasa? —pregunté.

—Todavía te estás recuperando —reprendió él—. Puedes pensar que estás de vuelta a lo normalidad, pero no lo estás.

—*Esto* es normal para mí. Ya sabes, creí que con toda esta libertad, descubrimiento propio y la expresión de nuestro amor podríamos finalmente detenernos con todo lo del maestro de la sabiduría Zen y los concejos prácticos de porquería.

Con esto conseguí una sonrisa categórica.

—Roza, eso no es lo que va a pasar. Tómallo o déjalo.

Presioné un beso en sus labios.

—Si eso significa tenerte, lo tomaré —quería besarlo otra vez y probar quien en realidad tenía el más grande autocontrol, pero esa cosa maldita llamada realidad se establecía—. Dimitri...de veras, ¿qué pasa con nosotros?

—La vida —dijo él fácilmente—. Continua. Nosotros continuamos. Somos guardianes. Protegemos y tal vez cambiemos nuestro mundo.

—Sin presiones —remarqué—. Pero ¿Qué significa la parte de “nosotros” y “guardianes”? estaba completamente segura de que estamos fuera de esa profesión.

—Mmm... —él acunó mi rostro y pensé que él podría darme otro beso. Esperaba que lo hiciera—. Junto con nuestro perdón, recibimos nuestro estatus de guardianes de nuevo.

—¿Incluso tú? ¿Ellos creen que no eres un Strigoi? —exclamé.

Él asintió.

—Huh. Aunque limpié mi nombre, mi futuro ideal era que tú y yo consiguiéramos trabajos el uno cerca del otro —Dimitri se acercó a mí, sus ojos brillaban con un secreto—. Se pone mejor: eres la guardiana de Lissa.

—¿Qué? —casi me apartó de un tirón—. Eso es imposible. Ellos nunca...

—Lo hicieron. Ella tendrá otros, así que probablemente se imaginaron que estaba bien dejarte estar alrededor si alguien más puede mantenerte en línea —él bromeo.

—Tú no eres... —un nudo se formó en mi estómago, era un recordatorio del problema que habíamos tenido un tiempo atrás—. No eres uno de los guardianes, también, ¿verdad? —eso constantemente había sido una preocupación, un conflicto de intereses. Yo lo quería cerca de mí. Siempre. Pero ¿Cómo podríamos vigilar a Lissa y poner su seguridad primero si nos preocupábamos el uno del otro? El pasado estaba regresando para atormentarnos.

—No, tengo una asignación diferente.

—Oh —por alguna razón, eso me puso un poco triste también, aun si sabía que era la elección más inteligente.

—Soy el guardián de Christian.

Esta vez me senté, con o sin las órdenes del doctor. Las puntadas tiraban en mi pecho, pero ignoré el malestar.

—¡Pero eso...eso prácticamente es lo mismo!

Dimitri se sentó también y pareció estar disfrutando mi asombro, lo cual era realmente un poco cruel, ya que estaba casi a punto de morir.

—Un poco. Pero ellos no estarán juntos en cada momento, especialmente con ella yendo a Lehigh. Él no irá...pero se encontraran. Y cuando ellos lo hagan, nosotros también lo haremos. Es una buena mezcla. Además... —él se puso serio nuevamente—. Creo que tienes que probarle a todo el mundo que eres capaz de colocar su vida primero.

Yo sacudí la cabeza.

—Sí, pero sin nadie que este disparándote a ti. Sólo a ella —lo dije a la ligera, pero eso me hizo pensar: ¿Qué haría si los dos estaban en problemas? *Confía en él*, dijo una voz en mi cabeza. *Confía en que él se puede cuidar a sí mismo. Él haría lo mismo por ti*. Miré a Dimitri recordando una sombra en mi periferia de vuelta en el salón de baile—. Tú seguiste cuando yo salté en frente de Lissa, ¿verdad? ¿Por quién ibas? ¿Por mí o por ella?

Él me estudió durante varios segundos. Él podría haber mentido dando una respuesta fácil, diciendo que había intentado sacarnos a las dos del camino—si eso hubiera sido posible, de lo cual yo no recordaba. Pero Dimitri no mentía.

—No lo sé, Roza. No lo sé.

Suspiré.

—Esto no va a ser fácil.

—Nunca lo es —dijo él, tirando de mí entre sus brazos. Me apoyé contra su pecho y cerré mis ojos. No, no sería fácil, pero valdría la pena. Mientras que estuviéramos juntos, valdría la pena.

Nos sentamos así por un largo tiempo, hasta que un discreto golpe en la puerta medio abierta nos interrumpió. Lissa estaba de pie en la puerta.

—Lo siento —dijo ella, su cara resplandecía de alegría cuando me vio—. Deberían haber puesto un calcetín en la puerta. No me imagine que las cosas se pusieran tan ardientes y pesadas.

—Es inevitable —dije a la ligera, estrechando la mano de Dimitri—. Las cosas siempre se ponen ardientes con él alrededor —Dimitri parecía escandalizado. Él nunca se había contenido cuando estábamos en la cama juntos, pero su naturaleza privada no dejaría ni siquiera darle una indirecta sobre esos asuntos a los demás. Eso era cruel, pero me reí y le bese la mejilla—. Oh, esto va a ser divertido —dije—. Ahora que todo es abierto.

—Sí —dijo él—. Obtuve una mirada muy graciosa de tu padre el otro día —le dio a Lisa una rápida mirada conocedora y luego se levantó.

Inclinándose, besó la parte superior de mi cabeza.

—Debería irme y dejarlas a ustedes dos hablar.

—¿Regresarás?— pregunté mientras él se movía hacia la puerta.

Hizo una pausa y me sonrió y esos ojos oscuros respondieron mis preguntas y mucho más.

—Por supuesto.

Lissa tomó su lugar, sentándose en el borde de la cama. Ella me abrazó cuidadosamente, sin duda preocupada por mis lesiones. Luego me regañó por haberme sentado, pero no me importó. La felicidad surgía a través de mí. Estaba muy contenta de que ella estuviera bien, tan aliviada, y—y no tenía idea de cómo se estaba sintiendo ella.

El vínculo se había ido. Y no era como cuando me escape de prisión, cuando ella había puesto una pared. Simplemente no había nada entre nosotras. Yo estaba conmigo misma, completa y absolutamente sola, justo como había estado hace unos años atrás. Mis ojos se abrieron y ella se rió.

—Me preguntaba cuando te darías cuenta —dijo ella.

—¿Cómo...cómo es posible? —estaba congelada y entumecida. El vínculo. El vínculo se había ido. Sentí como si mi brazo hubiera sido amputado—. Y ¿Cómo lo sabes?

Ella frunció el ceño.

—En parte es el instinto... pero Adrian lo vio. Nuestras auras ya no están conectadas.

—¿Pero cómo? ¿Cómo podría ocurrir eso? —parecía loca y desesperada, el vínculo no se podía haber ido. No podía.

—No estoy totalmente segura —ella admitió, su ceño fruncido se profundizaba—. He hablado mucho de eso con Sonya y, uh, Adrian. Creemos que cuando te traje de vuelta la primera vez, fue el espíritu lo que te sacó de la tierra de los muertos y eso te mantuvo atada a mí. Esta vez...tú casi mueres de nuevo. O tal vez lo hiciste por un momento. Sólo que tú y tu cuerpo lucharon para regresar. Fuiste tú la que consiguió salir, sin ayuda del espíritu. Y una vez eso ocurrió... —Ella se encogió de hombros—. Como dije, son sólo conjeturas. Pero Sonya piensa que con tu fuerza, no necesitabas que nada te ayudara a ser retirada de la muerte. Lo hiciste por ti misma. Y cuando te liberaste del espíritu, te liberaste de mí. No necesitabas un vínculo para mantenerte con los vivos.

Era una locura, imposible.

—Pero si...si tú estás diciendo que escape de la tierra de los muertos, no soy como inmortal o algo parecido, ¿verdad?

Lissa se rió de nuevo.

—No. Estamos seguros de eso. Sonya lo explicó, diciendo que cualquier cosa viva puede morir y mientras tengas un aura, estás viva. Los Strigoi son inmortales pero ellos no están vivos, no tienen auras y...

El mundo dio vueltas.

—Si tú lo dices. Creo que tal vez necesito acostarme.

—Esa es probablemente una buena idea.

Lentamente me relajé sobre mi espalda. Necesitando desesperadamente una distracción de lo que había acabado de aprender—porque seguía siendo surreal, imposible de procesar—mire a mí alrededor. La exuberante habitación era más grande de lo que creía. Tenía otras ramificaciones. Era una suite. Tal vez un apartamento. Yo sólo podía divisar una sala de estar con un mobiliario de cuero y un televisor de pantalla plana.

—¿En dónde estamos?

—En el alojamiento del palacio —respondió ella.

—¿En un palacio? ¿Cómo terminamos aquí?

—¿Cómo crees? —preguntó ella con sequedad.

—Yo... —no podía hablar por el momento. Necesitaba el vínculo para darme cuenta de lo que había sucedido. Otra imposibilidad se había producido mientras había estado inconsciente—. Maldición. Hicieron la elección, ¿verdad? Te eligieron reina, Jill estuvo allí para asociarse con tu familia.

Ella sacudió la cabeza y casi se echó a reír.

—Mi reacción fue un poco más fuerte que un “maldición” Rose. ¿Tienes idea de lo que has hecho?

Ella parecía ansiosa, estresada y totalmente abrumada. Quería ser seria y reconfortante para su beneficio...pero podía sentir una torpe sonrisa que se extendía sobre mi rostro.

Ella gimió.

—Estás feliz.

—Liss, ¡estabas destinada para esto! Eres mejor que cualquiera de los otros candidatos.

—¡Rose! —exclamó ella—. Presentar la candidatura para reina se suponía que iba a ser un entretenimiento. Yo sólo tengo *dieciocho*.

—Igual que Alexandra.

Lissa sacudió la cabeza con exasperación.

—¡Estoy cansada de escuchar sobre ella! Vivió hace siglos, sabes. Creo que la gente en ese tiempo moría cuando tenían treinta. Así que ella era prácticamente de mediana edad.

Le agarré de la mano.

—Vas a ser genial. No importan que edad tengas. Y no es como si tuvieras que llamar reuniones y analizar libros de leyes por tu cuenta, ya sabes. Quiero decir, estoy segura de que no vas a hacer nada de eso, allí hay otras personas inteligentes. Ariana Szelsky no hizo la última prueba, pero sabes que ella ayudará si tú se lo pides. Ella todavía está en el Consejo y allí hay otros en los que puedes confiar. Sólo tenemos que encontrarlos. Yo creo en ti.

Lissa suspiró y bajo la mirada, su cabello colgaba hacia adelante en una cortina.

—Lo sé. Y parte de mi está emocionada, de igual forma esto restaurará el honor de mi familia. Creo que eso es lo que me salva de un colapso nervioso total. No quería ser reina, pero si tengo que serlo...entonces lo haré bien. Me siento como...como si tuviera el mundo en mis manos, como si pudiera hacer muchas cosas buenas. Pero estoy tan asustada de echar todo a perder, también —ella levantó la mirada bruscamente—. Y no perderé las esperanzas por el resto de mi vida. Supongo que seré la primera reina en la universidad.

—Genial —dije—. Puedes tener mensajería instantánea en el Consejo desde el campus. Tal vez puedes comandar a las personas para que hagan tu tarea.

Ella aparentemente no pensó que la broma era tan divertida como yo lo creí.

—Regresar con mi *familia*. Rose... ¿hace cuánto sabes lo de Jill?

Maldición. Sabía que esta parte de la conversación saldría eventualmente. Aparté mis ojos.

—En realidad no hace mucho. No queríamos estresarte hasta que supiéramos que era real —añadí precipitadamente.

—No lo puedo creer...—ella sacudió la cabeza—. No lo puedo creer.

Tuve que seguirla por su tono, no por el vínculo. Era demasiado extraño, como perder uno de mis sentidos fundamentales. La vista, el oído.

—¿Estás molesta?

—¡Por supuesto! ¿Cómo puedes estar sorprendida?

—Me imaginé que estarías feliz...

—¿Feliz de saber que mi padre engañó a mi mamá? ¿Feliz de tener una hermana que apenas conozco? He tratado de hablar con ella pero...—Lissa suspiró de nuevo—. Es tan extraño. Casi más extraño que de repente ser reina. No sé qué hacer. No sé qué pensar de mi padre. Y estoy tan malditamente segura que no sé qué hacer con ella.

—Amarlos a los dos, —dije en voz baja—. Son tu familia. Jill es genial. Familiarízate con ella. Será emocionante.

—No sé si puedo. Creo que tú eres más una hermana para mí que lo que ella podrá ser —Lissa miró fijamente a la nada—. De todas las personas... yo estaba convencida por mucho tiempo de que había algo entre ella y Christian.

—Bueno, afuera todas las preocupaciones de tu mundo, eso es de lo único por lo que puedes estar tranquila, ya que no es cierto —pero entre su comentario había algo oscuro y triste—. ¿Cómo está Christian?

Ella se volvió hacia mí, con sus ojos llenos de dolor.

—Está teniendo dificultades. Yo también. Él la está visitando. Tasha. Él odia lo que ella hizo, pero... bueno, ella todavía es su familia. Eso le duele, pero trata de ocultarlo. Ya sabes cómo es él.

—Sí —Christian había pasado una buena parte de su vida enmascarando oscuros sentimientos con reparos y sarcasmos. Él era un profesional en el arte de engañar a los otros acerca de cómo en realidad se estaba sintiendo.

—Sé que él va a estar mejor con el tiempo...sólo espero que pueda estar para él lo suficiente. Muchas cosas están pasando. La universidad, ser reina...y siempre, siempre, el espíritu está allí, oprimiéndome.

La alarma se disparó a través de mí. Y el pánico. El pánico sobre algo mucho peor por no saber lo que Lissa estaba sintiendo o en donde estaba. El espíritu. Tenía miedo del espíritu—y el hecho de que no pudiera luchar contra él en su lugar.

—La oscuridad...ya no puedo absorberla. ¿Qué vamos a hacer?

Una sonrisa cruzó sus labios.

—Quieres decir, ¿Qué voy a hacer. Ese es mi problema ahora, Rose. Como siempre debería haber sido.

—Pero, no... tú no puedes. St. Vladimir...

—No soy yo. Y tú puedes protegerme de algunas cosas pero no de todas.

Sacudí la cabeza.

—No, no. No puedo dejarte enfrentar el espíritu sola.

—No estoy exactamente sola. Hable con Sonya. Ella es realmente buena con los amuletos de curación y con cosas que son una manera de mantener mi balance.

—Oksana dijo lo mismo —recordé, sintiendo escasamente consuelo.

—Y... siempre hay antidepresivos. No me gustan, pero ahora soy la reina. Tengo responsabilidades. Haré lo que tenga que hacer. Una reina renuncia a todo, ¿verdad?

—Supongo —no podía ayudarla sintiéndome atemorizada, inútil—. Sólo estoy preocupada por ti y ya no sé cómo ayudarte.

—Te lo dije: no tienes por qué hacerlo. Cuidaré mi mente. Tu trabajo es proteger mi cuerpo, ¿de acuerdo? Y Dimitri estará alrededor, también. Todo estará bien.

La conversación con Dimitri volvió a mí. *¿Por quién ibas? ¿Por mí o por ella?*

Le di la mejor sonrisa que pude.

—Sí. Todo estará bien.

Su mano apretó la mía.

—Estoy tan contenta de que estés de regreso, Rose. Siempre serás parte de mí, no importa qué. Y honestamente...estoy un poco contenta de que ya no puedas ver mi vida sexual.

—Eso nos hace feliz a las dos —reí. Ningún vínculo. Ningún apego mágico. Iba a ser extraño, pero realmente... ¿Lo necesitaba? En la vida real, las personas formaban vínculos de otra naturaleza. Vínculos de amor y lealtad. Nosotras podríamos hacerlo—. Siempre estaré contigo, ya sabes. Para cualquier cosa que necesites.

—Lo sé —dijo ella—. Y en realidad...te necesito para algo ahora...

—Nómbralo —dije.

Ella lo hizo.

Capítulo 35

Traducido por rihano y cYeLy DiviNNa

Corregido por Emii_Gregori

DESEÉ QUE LISSA ME HUBIERA "necesitado" para ir a eliminar a un ejército de Strigoi. Me hubiera sentido más cómoda con eso que con lo que ella necesitaba que hiciera ahora: encontrarme con Jill para discutir la coronación. Lissa me quería ahí para apoyarla, como una especie de intermediario. No era capaz de caminar así de bien aún, así que esperamos otro día. Lissa parecía contenta por la demora.

Jill estaba esperando por nosotras en un cuarto pequeño. Nunca hubiera esperado verla de nuevo: el salón donde Tatiana me había reprendido por andar con Adrian. Había sido una experiencia muy extraña en el momento, ya que Adrian y yo no habíamos estado involucrados en ese entonces.

Ahora, después de todo lo que había pasado entre él y yo, solo se sentía... extraño. Confuso. No sabía aún lo que le había pasado desde que Tasha fue arrestada. Caminando por allí, me sentía terriblemente... sola. No, no sola. Desinformada. Vulnerable. Jill estaba sentada en una silla, las manos cruzadas en su regazo. Miraba de frente con un rostro ilegible. A mi lado, las propias facciones de Lissa estaban igualmente en blanco. Ella se sentía... bueno, ese era el asunto. No lo sabía. *No lo sabía*. Me refiero a, podía decir que ella estaba incómoda, pero no había pensamientos en mi cabeza que me advirtieran. No tenía ninguno en específico.

De nuevo, me recordé a mi misma que el resto del mundo trabajaba así. Tú funcionabas solo. Hacías tu mejor esfuerzo para manejar situaciones extrañas sin la percepción interna de otra persona. Nunca me había dado cuenta de que tanto había dado por sentado incluso los pensamientos de solo otra persona.

De la única cosa de la que me sentía segura era que ambas, Lissa y Jill, estaban impresionadas la una por la otra, pero no por mí. Ese era el por qué yo estaba aquí.

—Hola, Jill —dije, sonriendo—. ¿Cómo estás?

Ella se sacudió de cuales fueran los pensamientos que habían estado ocupándola y saltó levantándose de la silla. Pensé que era extraño, pero entonces tuvo sentido. Lissa. Tú te levantas cuando una reina entra al salón.

—Está bien —dijo Lissa, enredándose con sus palabras un poco—. Siéntate. —Ella tomó un asiento opuesto al de Jill. Era la silla más grande del cuarto, la única que Tatiana siempre tuvo para sentarse.

Jill dudó un momento, entonces regresó su mirada a mí. Debí haberle proporcionado algo de ánimo porque regresó a su silla. Me senté en una al lado de Lissa, haciendo una mueca mientras un pequeño dolor apretaba en mi pecho. La preocupación por mi distrajo momentáneamente a Jill de Lissa.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás bien? ¿Deberías haber salido ya de la cama? —El lindo y confuso carácter. Estaba contenta de verla de nuevo.

—Bien —mentí—. Casi como nueva.

—Estaba preocupada. Cuando vi lo que pasó... quiero decir, había tanta sangre y tanta locura y nadie sabía si tú te salvarías... —Jill frunció el ceño—. No sé. Todo era tan espeluznante. Estoy contenta de que estés bien.

Me quedé sonriendo, esperando tranquilizarla. Entonces se hizo el silencio. La tensión creció en la habitación. En situaciones políticas, Lissa era la experta, siempre capaz de arreglar todo con las palabras correctas. Yo era la única que hablaba en las situaciones incómodas, diciendo las cosas que escandalizaban a otros. Las cosas que ninguno quería escuchar. Esta situación parecía como una que requería su diplomacia, pero sabía que estaba sobre mí hacerme cargo.

—Jill —dije—, queremos saber si estás dispuesta a, bueno, tomar parte en la ceremonia de coronación.

Los ojos de Jill se desviaron brevemente hacia Lissa, aún con la cara sin expresión, y entonces regresaron hacia mí. —¿Qué significa, exactamente, "tomar parte"? ¿Qué tendría que hacer?

—Nada difícil —le aseguré—. Sólo algunas formalidades que son llevadas a cabo usualmente por los miembros de la familia. Cosas de la ceremonia. Como lo que hiciste con el voto. —No tenía quien atestiguara eso, pero aparentemente Jill solo había tenido que pararse al lado de Lissa para mostrar la fuerza de la familia. Tal vez una cosa pequeña por la que dependerá una ley—. Principalmente, es estar presente y poner una buena cara.

—Bueno —meditó Jill—, he estado haciendo eso la mayor parte de esta semana.

—Yo lo he estado haciendo la mayor parte de mi vida —dijo Lissa.

Jill pareció sorprendida. De nuevo, me sentí perdida sin el vínculo. El tono de voz de Lissa no la hacía más comprensible. ¿Era un reto para Jill—que la chica no la hubiera enfrentado antes de lo que Lissa lo hizo? ¿O se suponía que era simpatía por la falta de experiencia de Jill?

—Tú... te acostumbraras —dije—. Con el tiempo.

Jill negó con su cabeza, con una pequeña y amarga sonrisa en su cara. —No se acerca de eso.

Ni yo tampoco. No estaba segura de cómo manejar la clase de situación en la que ella había sido lanzada. Mi mente rápidamente corrió a través de una lista, con más sentido, de cosas buenas que podría decir, pero Lissa finalmente se hizo cargo.

—Yo se cuán extraño es esto —dijo ella. Determinada a encontrarse con los ojos de Jill, el único rasgo que las hermanas compartían, decidí. Jill tenía todas las características de una futura Emily. Lissa tenía una mezcla de los rasgos de sus padres—. Esto es extraño, también, para mí. No se que hacer.

—¿Qué quieres? —Preguntó Jill calmadamente.

Escuché la verdadera pregunta. Jill quería saber si Lissa la necesitaba. Lissa había sido devastada por la muerte de su hermano... pero una sorpresiva hermana ilegítima no era sustituta para Andre. Traté de imaginarme lo que sería estar en el lugar de cualquiera de las chicas. Traté y fallé.

—No se —admitió Lissa—. No se lo que quiero.

Jill asintió, bajando su mirada, pero no antes de que yo atrapara un vistazo de emoción atravesando su cara. Decepción—aunque, la respuesta de Lissa no había sido totalmente inesperada.

Jill preguntó la segunda mejor opción. —¿Tu quieres... tu quieres que esté en la ceremonia?

La pregunta quedó colgada en el aire. Era una buena. Era la razón por la que habíamos venido aquí, pero. ¿En realidad Lissa quería esto? Estudiándola, yo aún no estaba segura. No sabía si solo estaba siguiendo el protocolo, tratando de conseguir que Jill jugara un papel que se esperaba entre la realeza. En este caso, no había ley que dijera que Jill tenía que hacer algo. Ella simplemente tenía que existir.

—Si —dijo Lissa finalmente. Escuché la verdad en sus palabras, y algo dentro de mí se aligeró. Lissa no solo la quería por el bien de la imagen. Una parte de ella la quería en su vida, pero manejar eso sería difícil. Aún así, era un comienzo, y Jill parecía reconocer eso.

—Está bien —dijo ella—. Sólo dime que tengo que hacer. —Se me ocurrió que la juventud de Jill y su nerviosismo eran engañosos. Había destellos de valentía y audacia en ella, destellos que con seguridad sentí que crecerían. Era verdaderamente una Dragomir. Lissa pareció tranquilizarse, pero creo que era porque había hecho un pequeño progreso con su hermana. Esto no tenía nada que ver con la coronación—. Alguien más te explicará todo. Verdaderamente no estoy segura de que harás, para ser honesta. Pero Rose está en lo cierto. No será difícil.

Jill simplemente asintió.

—Gracias —dijo Lissa. Ella se levantó, y ambas Jill y yo nos levantamos con ella.

—Yo... yo realmente lo aprecio.

Esa incomodidad regresó mientras las tres estábamos paradas ahí. Habría sido un buen momento para que las hermanas se abrazaran, pero aunque ambas parecían contentas con su progreso, ninguna estaba lista para eso. Cuando Lissa veía a Jill, aun veía a su padre con otra mujer. Cuando Jill observaba a Lissa, veía su vida completamente volteada al revés, una vida una vez esquiva y privada ahora expuesta para que el mundo se asombre. No podía cambiar su destino, pero abrazarla podía hacerlo. Sin hacer caso de mis puntos, puse mis brazos alrededor de la jovencita.

—Gracias —dije, haciéndome eco de Lissa—. Todo esto saldrá bien. Ya lo verás.

Jill asintió de nuevo, y sin nada más que discutir, Lissa y yo nos movimos hacia la puerta. La voz de Jill nos hizo hacer un alto.

—Ah... ¿Qué pasará después de la coronación? ¿Conmigo? ¿Con nosotras?

Miré a Lissa. Otra buena pregunta. Lissa se volvió hacia Jill pero aún no la miraba directamente a los ojos. —Nosotras... nosotras llegaremos a conocernos la una a la otra. Las cosas se pondrán mejor.

La sonrisa que apareció en la cara de Jill era genuina, pequeña pero verdadera. —Está bien. —Dijo. Había esperanza en esa sonrisa también. Esperanza y alivio—. Me gustaría eso. —En cuanto a mí, tuve que ocultar el ceño fruncido. Aparentemente podía funcionar sin el vínculo porque podía decir, con absoluta confianza, que Lissa no estaba diciendo la verdad completamente. ¿Qué no estaba diciéndole a Jill? Lissa quería que las cosas fueran mejor, estaba segura, aunque ella no estuviera segura de cómo. Pero había algo... algo pequeño que Lissa no estaba revelando a ninguno de nosotros, algo que me hacía pensar en que ella en realidad no creía que las cosas mejorarían.

De la nada, un eco extraño de Victor Dashkov acerca de Jill atravesó mi mente. *Si ella tiene algún sentido común, Vasíliša la enviará lejos.*

No se porque recordé eso, pero hizo que me recorriera un escalofrío. Las hermanas estaban compartiendo sonrisas, y yo lo hice rápidamente también, no queriendo que ninguna se diera cuenta de mis preocupaciones. Lissa y yo nos fuimos después de eso, encaminándonos hacia mi cuarto. Mi pequeña salida había sido más fatigosa de lo que había esperado, y tanto como odiaba admitirlo, no podía esperar para acostarme de nuevo.

Cuando llegamos a mi cuarto, aún no había decidido si debería preguntarle a Lissa acerca de Jill o esperar a tener la opinión de Dimitri. La decisión fue pospuesta cuando nos encontramos con un visitante inesperado esperando: Adrian.

Sentado en mi cama, la cabeza inclinada hacia atrás como si estuviera completamente dedicado a estudiar el techo. Lo conocía mejor. Él sabía el momento en que nos aproximábamos, o al menos cuando Lissa se aproximaba.

Nos detuvimos en la puerta y finalmente se volvió hacia nosotras. Parecía que no había dormido en un tiempo. Sombras oscuras colgaban debajo de sus ojos, y su linda cara estaba endurecida por líneas de fatiga. Si era fatiga mental o física, no podía decirlo.

Sin embargo, su perezosa sonrisa era la misma de siempre.

—Su majestad —dijo grandiosamente.

—Detente —se burló Lissa—. Deberías conocerme mejor.

—Nunca te he conocido bien —contrarrestó él—. Deberías saber eso.

Vi a Lissa comenzar una sonrisa; entonces me miró y se puso seria, dándose cuenta que difícilmente este era un momento para vamos-a-divertirnos-con-Adrian.

—Bueno —dijo ella inquieta, no viéndose muy regia después de todo—. Tengo algunas cosas que hacer. —Ella iba a retirarse, me di cuenta. Había ido con ella para su charla familiar, pero iba a abandonarme ahora. Del mismo modo, sin embargo. Esta conversación con Adrian había sido inevitable, y me lo había echado encima yo misma. Tenía que terminar esto por mi cuenta, como le había dicho a Dimitri.

—Estoy segura que lo tienes que hacer. —Dije. Su expresión se volvió dudosa, como si de pronto estuviera reconsiderándolo. Se sentía culpable. Estaba preocupada por mi y quería quedarse. Toqué ligeramente su brazo—. Está bien, Liss, estaré bien. Vete. —Apretó mi mano en respuesta, sus ojos deseándome buena suerte. Se despidió de Adrian y salió, cerrando la puerta detrás de ella.

Éramos solo él y yo ahora.

Se quedó en mi cama, observándome atentamente. Todavía llevaba la sonrisa que le había dado a Lissa, como esto no era gran cosa. Yo sabía lo contrario y no hice ningún intento de ocultar mis sentimientos. Quedarme quieta me hizo cansarme, así que me senté en una silla cercana, nerviosa sin saber qué decir.

—Adrián...

—Vamos a empezar con esto, pequeña dhampir —dijo cordialmente—. ¿Pasó antes de salir de la Corte?

Me tomó un momento para seguir el formato de la abrupta conversación con Adrian. Él estaba preguntando si Dimitri y yo habíamos conseguido estar juntos de nuevo antes de mi detención. Negué con la cabeza lentamente.

—No. Yo estaba contigo. Sólo tú. —Ciertamente, yo había sido un lío de emociones, pero mi intención había sido firme.

—Bueno. Eso es algo. —Dijo. Algo de su simpatía estaba empezando a caer. Yo olí luego, el siempre tan débil: alcohol y humo—. Mejor un reavivamiento de chispas en el fragor de la batalla o la búsqueda o lo que sea que porque me estabas engañando justo en frente de mí.

Negué con la cabeza más desesperada ahora. —No, te lo juro. Yo... aún no había sucedido nada entonces... no hasta... —Dudé sobre cómo poner palabras en la siguiente frase.

—¿Más tarde? —supuso—. ¿Lo hace bien?

—¡No! Por supuesto que no. Yo...

Maldita sea. Me equivoqué. El hecho de que no hubiera engañado a Adrian en la Corte no significa que no lo *había* engañado luego. Podrías parafrasear sin embargo lo que quería, pero seamos sinceros: al dormir con otro hombre en una habitación de hotel mientras tenía un novio era estarlo engañando. No importa si ese hombre era el amor de tu vida o no.

—Lo siento —le dije. Fue la cosa más simple y más adecuada que pude decir—. Lo siento. Lo que hice estuvo mal. No era mi intención que esto sucediera. Pensé... Yo realmente pensaba y realmente pensaba que él y yo habíamos terminado. Yo estaba contigo. Quería estar contigo. Y entonces, me di cuenta de que...

—No, no... alto. —Adrian levantó una mano, su voz tensa ahora cuando su fría fachada empezaba a desmoronarse—. Yo realmente no quiero oír hablar de la gran revelación que tuviste acerca de cómo ustedes estaban destinados a estar juntos siempre o lo que fuera.

Me quedé en silencio porque, bueno, de ese tipo había sido mi revelación.

Adrian se pasó una mano por el cabello. —En realidad, es mi culpa. Estaba ahí. Cien veces ahí. ¿Con qué frecuencia lo vi? Yo lo sabía. Se mantuvo. Una y otra vez, decías que pasabas de él... y una y otra vez, me lo creí... no importa lo que mis ojos me mostraban. No importa lo que mi corazón me decía. Es. Mi. Culpa.

Estaba un poco desquiciado, no con el tipo de senderismo nervioso de Jill, pero si del tipo inestable que me preocupaba sobre lo cerca que estaba al borde de la locura. Una ventaja que podría muy bien empujarlo. Yo quería ir hacia él, pero tenía la sensación de estar sentada.

—Adrian, yo...

—¡Yo te amé! —gritó. Se levantó de su silla tan rápidamente que nunca lo vi venir—. Yo te amaba, y me destruiste. Te llevaste mi corazón y lo arrancaste. ¡Puedes decir que también me has estacado! —El cambio en sus rasgos también me tomó por sorpresa. Su voz llenó la habitación. Tanto dolor, tanta ira. Así que a diferencia del habitual Adrian. Se dirigió hacia mí, estrechó mi mano sobre su pecho—. *Yo. Te. Amaba.* Y tú me usaste todo el tiempo.

—No, no. No es cierto —yo no tenía miedo de Adrian, pero en la cara de esa emoción, me encontré servil—. No te estaba utilizando. Yo te amaba. Aún lo hago, pero...

Él parecía disgustado. —Rose, vamos.

—¡Lo digo en serio! Yo te amo. —Ahora me puse de pie, con dolor o no, tratando de mirarlo a los ojos—. Siempre, lo hare pero... No creo que funcionemos como pareja.

—Esa es una línea de ruptura de mierda, y tú lo sabes.

Era un tipo de verdad, pero me acordé de los momentos con Dimitri... lo bien que trabajábamos en la sincronización, la forma en que siempre parecía entender exactamente lo que sentía. Me refería a lo que había dicho: Yo amaba a Adrian. Era maravilloso, a pesar de todos sus defectos. Porque, realmente, ¿qué no tiene defectos? Él y yo nos divertimos juntos. Había afecto, pero no nos emparejamos en la manera que Dimitri y yo lo hacíamos.

—Yo no lo soy... Yo no soy para ti —le dije con voz débil.

—¿Debido a que estás con otro hombre?

—No, Adrian. Porque... yo no lo soy. No lo sé. Yo no lo soy... —Estaba buscando mal a tientas. Yo no sabía cómo explicar lo que sentía, cómo podría cuidar de alguien y amarlo, pero aún no funcionar como pareja—. Yo no soy el equilibrio que tu parece necesitar.

—¿Qué diablos significa eso? —exclamó.

Me dolía el corazón por él, y estaba muy arrepentida de lo que había hecho... pero esta era la verdad de todo. —El hecho de que tienes que preguntar lo dice todo. Cuando encuentres a esa persona... lo sabrás —No añadí que con su historia, probablemente tendría un número de salidas en falso antes de encontrar a esa persona—. Y sé que esto suena como otra línea de ruptura de mierda, pero me gustaría ser tu amiga.

Me miró fijamente durante varios pesados segundos y se echó a reír, aunque no había mucho humor en él. —¿Sabes lo que es genial? Estas *sería*. Mira tu cara. —Hizo un gesto, como si en realidad pudiera examinarme—. Realmente crees que sea tan fácil, que puedo sentarme aquí y ver tu final feliz. Que puedo ver que consigues todo lo que quieres que te conduzca a tu encantadora vida.

—¡Encantadora! —La culpa y la simpatía en guerra, que tenía dentro de mí, dieron una patada—. No lo creo. ¿Sabes lo que he pasado en el último año? —Había visto morir a Mason, luchado en el ataque del St. Vladimir, fui capturada por Strigois en Rusia, y luego viví en la carrera como una buscada asesina Eso no parecía encantador para todos.

—Y, sin embargo, aquí estás, triunfante después de todo. Has sobrevivido a la muerte y te liberaste a ti misma de la fianza. Lissa es reina. Tienes al chico y el felices para siempre.

Me volví de espaldas a él y me aleje. —Adrian, ¿qué quieres que diga? Yo puedo pedir disculpas por siempre, pero no hay nada más que pueda hacer aquí. Nunca quise hacerte daño, no puedo decir que sea suficiente. ¿Pero el resto? ¿De verdad esperas que yo este triste por todo lo demás que he hecho? ¿Deseas que todavía estuviera acusada de asesinato?

—No —dijo—. No quiero que sufras. *Mucho*. Pero la próxima vez que estés en la cama con Belikov, para un momento y recuerda que no todo mundo puede hacer lo que tú hiciste.

Me volví hacia él. —Adrian, nunca...

—No sólo a mí, pequeña dhampir —agregó en voz baja—. Ha habido una gran cantidad de daños colaterales a lo largo del camino, mientras que luchabas contra el mundo. Yo era una víctima, obviamente. Pero ¿qué pasa con Jill? ¿Qué pasa con ella ahora que la has abandonado a los lobos reales? ¿Y Eddie? ¿Has pensado en él? ¿Y dónde está la Alquimista?

Cada palabra se colgó de mí como una flecha, perforando mi corazón más de lo que las balas lo hacían. El hecho de que él se referiría a Jill por su nombre en lugar

de—Jailbait—llevaba a un daño adicional. Yo ya estaba portando un montón de culpa de ella, pero los demás... así, eran un misterio. Yo había oído rumores acerca de Eddie, pero no le había visto desde mi regreso. Fue clara de la muerte de James, pero matar a un Moroi—cuando los demás todavía pensaban que podría haber sido llevado en vivo a un fuerte estigma. Lo anterior de Eddie fue insubordinación—gracias a mí, también lo condenaron a él, aunque todo había sido para—el bien mayor—Como reina, Lissa no podía hacer mucho. Los guardianes servían a los Moroi, pero era costumbre de los Moroi dar un paso atrás y dejar que los guardianes gestionaran a su propio pueblo. Eddie no estaba siendo despedido o encarcelado... pero, ¿qué misión se le daría? Es difícil de decir.

Sydney... ella era un misterio aún mayor. ¿Dónde está la Alquimista? Los tejemanejes de ese grupo fueron más allá de mí, más allá de mi mundo. Me acordé de su rostro la última vez que la había visto, de vuelta en el hotel—fuerte, pero triste. Yo sabía que los Alquimistas y otros habían sido liberados desde entonces, pero algo en su expresión dijo que no estaba lejos de los problemas todavía.

¿Y Víctor Dashkov? ¿Dónde encajaba? Yo no estaba segura. Mal o no, todavía era alguien que había sufrido como resultado de mis acciones, y los acontecimientos que rodearon su muerte, se quedarían conmigo para siempre.

Los daños colaterales. Yo había traído abajo a mucha gente conmigo, intencionalmente o no. Pero, cuando las palabras de Adrian siguieron hundiéndose en mí, una de ellos de repente me dio una pausa.

—Víctima —dije lentamente—. Esa es la diferencia entre tú y yo.

—¿Huh? —él me había estado observando de cerca mientras yo había considerado el destino de mis amigos y fue sorprendido con la guardia baja ahora—. ¿De qué estás hablando?

—Dijiste que fuiste una víctima. Es por eso... es por eso que en última instancia, tú y yo no nos correspondemos. A pesar de todo lo que ha pasado, nunca he pensado en mí de esa manera. Ser víctima significa que eres impotente. Que nunca tomas la acción. Siempre... siempre he hecho algo para luchar por mí misma... por los demás. No importa lo que pase.

Yo nunca había visto tal indignación en el rostro de Adrián. —¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy perezoso? ¿Impotente?

No exactamente. Pero yo tenía la sensación de que después de esta conversación, él sería libre para la comodidad de sus cigarrillos y el alcohol y tal vez la compañía femenina que pudiera encontrar.

—No —dije—. Creo que eres increíble. Creo que eres fuerte. Pero no creo que te hayas dado cuenta, o aprendido a usar nada de eso. —Quería añadir, yo no era la persona que podría inspirarlo.

—Esto —dijo, avanzando hacia la puerta—, fue lo último que esperaba. Destruyes mi vida y luego alimentas mi filosofía inspiradora.

Me sentía muy mal, y era uno de esos momentos en los que deseaba que mi boca no sólo diga lo primero en mi mente. Yo había aprendido mucho auto control—pero no el suficiente.

—Sólo estoy diciendo la verdad. Eres mejor que esto... mejor que lo que sea que vas a hacer ahora.

Adrian apoyó la mano en el pomo de la puerta y me dio una mirada triste. —Rose, soy un adicto sin ética de trabajo que es probable que vaya a volver loco. Yo no soy como tú. No soy un superhéroe.

—Todavía no —le dije.

Él se burló, sacudió la cabeza, y abrió la puerta. Justo antes de salir, me dio una mirada más hacia atrás. —El contrato es nulo y sin efecto, por cierto.

Me sentí como si me hubiera dado una bofetada en la cara. Y en uno de esos raros momentos, Rose Hathaway estaba sin habla. No tenía ocurrencias ingeniosas, sin explicaciones elaboradas, y sin una visión profunda.

Adrian salió, y me pregunté si alguna vez volvería a verlo.

Capítulo 36

Traducido por: lizeth

Corregido por: cYeLy DiviNNa

AMENUDO ANHELABA DESPERTARME CON Dimitri, levantarme de cierto modo que fuera... ordinario. Dulce. No porque tuviéramos prisa de alcanzar a dormir antes de luchar con nuestro siguiente enemigo. Ni porque apenas nos recuperáramos de aquellas reconfortantes horas de sexo que teníamos que pasar por alto, horas interminables de sexo llenas de complicaciones. Solo quería poder despertarnos juntos, en sus brazos, y expresarle un “buenos días”.

Hoy fue ese día.

—¿Hace cuanto que estas despierto? —pregunte soñolientamente. Mi cabeza reposaba en su pecho. Y estaba todo lo junta a el que podía estar. Mis heridas se curaban rápidamente pero aun necesitaba ser mimada un poco más. Habíamos encontrado una manera muy creativa de pasar la noche.

La luz del sol se filtraba por las ventanas, llenando mi habitación de un resplandeciente dorado.

Él me miraba de aquella manera pausada, y solemne suya, con aquellos ojos oscuros en los que era tan fácil perderse.

—Hace poco —admitió, dirigiendo la mirada hacia la resplandeciente luz que se derramaba por la ventana—. Creo que todavía estoy en el horario humano. O eso, o mi cuerpo solo quiere funcionar cuando el sol esta. Aun me asombra poder presenciarlo.

Sofoque un bostezo. —Deberías haberme levantado.

—No quería molestarte.

Pase mis dedos sobre su pecho, suspirando de satisfacción. —Esto es la perfección —le dije—. ¿Cada día va hacer así?

Dimitri apoya su mano sobre mi mejilla luego la bajo, y me levanto mi barbilla. —No todos los días, pero si la mayoría.

Nuestros labios se encontraron, y la calidez y la luz de la habitación palidecieron comparado con lo que bullía en mi interior. —Me equivoque —murmure cuando finalmente rompimos el interminable y excitante beso—. Esto es la perfección.

Él rió, algo que estaba haciendo en gran medida últimamente. Me encantaba. Probablemente las cosas cambiarán una vez que estuviéramos de regreso en el mundo real. Aun cuando estuviéramos juntos, el lado guardián de Dimitri siempre estaría allí, listo y vigilante. Pero no ahora.

No en este momento.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Como un fogonazo, me di cuenta que había empezado a fruncir el ceño. Traté de relajar mi cara. Pero inesperadamente, las palabras de Adrian habían regresado a mi mente, *que la próxima vez que estuviera en la cama con Dimitri, debería pensar en los otros que no corrieron con la misma suerte.*

—¿Piensas en las desgracias de la vida? —pregunté.

—¿Qué? Por supuesto que no —la sonrisa se borro de golpe—. ¿De dónde has sacado esa idea?

Me encogí de hombros. —Es que hay demasiadas personas cuyas vidas siguen siendo una especie de desastre. A mis amigos, me refiero.

—Cierto —dijo—. Y déjame adivinar. Quieres arreglar los problemas de todos.

No le respondí.

Dimitri me besó de nuevo. —Roza —dijo—. Es normal querer ayudar a la gente que amas. Pero no te puedes encargar de todo.

—Es lo que hago —conteste, sintiendo un poco de irritación—. Proteger a las personas.

—Lo sé, y esa es una de las razones por las que te amo. Pero por ahora, sólo tienes que encargarte de proteger una sola persona: y esa es Lissa.

Me recosté contra él, notando que mis lesiones realmente estaban mejorando constantemente. Mi cuerpo sería capaz de hacer todo tipo de cosas muy pronto. —Supongo que eso significa que no podemos permanecer en la cama todo el día? —le pregunté esperanzadamente.

—Me temo que no —dijo él, pasando sus dedos a lo largo de la curva de mi cadera. Nunca parecía cansarse de estudiar mi cuerpo—. Ellos son lo primero.

Lleve mi boca hacia la suya. —Pero no por ahora.

—No —estuvo de acuerdo. Su mano se deslizó por la parte de atrás de mi cuello, enredándose en mi cabello mientras me acercaba mas—. No por ahora.

* * *

Nunca había asistido a una coronación real antes, y sinceramente, esperaba no tener que asistir a una nunca más. Sólo quería que hubiera una reina que gobernara en la vida y punto. Extrañamente, la coronación fue bien después del funeral de Tatiana. ¿De que trataba la vieja historia? *La reina había muerto. Duro gobernando mucho tiempo.*

La costumbre dictaba que el futuro monarca-debía-pasar la primera parte de la coronación en la iglesia, supuestamente para pedir sabiduría, fuerza, y todas esas cosas espirituales. No estaba segura de cómo era la costumbre en el caso de los monarcas ateos. Probablemente fueran unos impostores. Con Lissa, que era bastante devota, sabía que no era un problema y —que probablemente si oraba para hacer un buen trabajo como reina.

Después de la vigilia, Lissa y una multitudinaria procesión regresaron al edificio principal de la corte, donde se llevo a cabo la coronación. Representantes de todas las familias reales se unieron a ella, al igual que los músicos que tocaban melodías mucho más alegres que las que habían tocado en la procesión de Tatiana. Ahora los guardianes de Lissa —una flota inmensa— caminaban junto a ella. Yo estaba entre ellos, llevando mi mejor ropa a blanco y negro, incluyendo el collar rojo que me acreditaba como un guardián real. Aquí, al menos, se respiraba una notable diferencia desde el sepelio. Tatiana había muerto, sus guardianes permitieron aquello. Lissa estaba vivita y coleando, y aun si no hubiera ganado el voto del Consejo, todavía tenía enemigos. Mis colegas y yo estábamos en máxima alerta.

No es que necesitara que estuviéramos allí, y menos al ver la forma en que aplaudieron todos esos espectadores. Todos aquellos que habían aguardado durante los ensayos y la parte final de la coronación permanecieron para presenciar el espectáculo, e incluso habían aparecido mas personas. No estaba segura si alguna vez había habido tantos Moroi en un solo lugar.

Después de aquella tortuosa y extensa caminata, Lissa se dirigió al palacio y luego esperó en la pequeña antecámara adyacente que servía como la habitación del trono Moroi. La habitación del trono casi nunca se utilizaba para asuntos de última hora, pero de vez en cuando —por ejemplo una nueva reina Moroi en el podio— le gustaba omitir las antiguas tradiciones. La habitación era pequeña y no podía alojar a todos los presentes que aguardaban afuera, ni siquiera alojar a todos lo que asistieron a la procesión. Sin embargo, el Concejo y los miembros reales de más alto rango estaban allí, junto con algunos invitados selectos de Lissa.

Me quedé a un lado, mirando el glamour que se llevaba a cabo. Lissa no había hecho su entrada triunfal, eso sin contar, lo poco que había hablado hacia un momento. La habitación estaba decorada en tonos verdes y dorados, debieron de remodelarla por completo y muy rápido en los últimos días, ya que la costumbre mandaba que los colores de la familia gobernante se emplearan en la habitación del trono. El propio trono se encontraba en lo alto contra la pared del fondo, con una escalera para ascender. Tallado en una madera que no podía clasificar, sabía que aquel trono había viajado por todo el mundo, donde se encontraba el monarca se hallaba el trono, había sido así desde hace siglos. La gente estaba organizándose en los asientos a los que cuidadosamente fueron asignados, preparándose para cuando Lissa finalmente entrara. Estaba estudiando una de las nuevas lámparas que colgaban de lo alto, admirando el realismo de las —velas— según parecía. Sabía que eran eléctricos, pero los artesanos habían hecho un trabajo increíble. Improvisando la tecnología en la gloria del viejo mundo, tal cual como a los Moroi les gustaba. Un pequeño movimiento llamó mi atención.

—Vaya, vaya, vaya —dije—. Si los demás no hubieran sido los responsables de liberar a Rose Hathaway de la cárcel. No se que hubiera pasado. Tienen mucho que responder.

Mis padres se encontraban delante de mí en sus típicos trajes y un contrasten violento. Mi madre llevaba el mismo traje de guardiana que yo, una camisa blanca con pantalón negro y chaqueta. Abe era. . . bueno, Abe. Llevaba un conjunto a rayas negro con una camisa negra debajo. Contrarrestando la oscuridad de su vestimenta con una corbata de un llamativo amarillo limón. Un pañuelo a juego asomaba de uno de los bolsillos de la chaqueta. Junto con sus aretes de oro y cadenas, también llevaba un sombrero negro que era el nuevo complemento de su vestuario extravagante. Supongo que quería que todos vistieran igual para un suceso como este, pero al menos no usaba un sombrero chiviado.

—No nos culpes —dijo mi madre—. No volamos por los aires la mitad de la Corte, ni robamos una docena de coches, ni anduvimos con un asesino en medio de una multitud, ni mucho menos fuimos los responsables de que la amiga adolescente se coronara nuestra reina.

—En realidad —dijo Abe—. Yo hice volar por los aires media corte.

Mi madre lo ignora, su expresión ablandándose mientras me estudiaba con la mirada de guardiana. —En serio... ¿Cómo te sientes? —solo los había visto un momento muy breve en aquellos días que pasaron desde que desperté, lo suficiente para que todos registráramos la apariencia de cada uno—. Estas pasando mucho tiempo de pie. Y ya le he dicho a Hans que no te ponga en servicio por un tiempo.

Esa fue una de las cosas más maternas que le había escuchado decir. —Estoy... Estoy bien. Mucho mejor. Podría entrar en servicio en este momento.

—No harás tal cosa —dijo, exactamente en el tono que usaría dándole órdenes a una tropa de guardianes.

—Deja de consentirla, Janine.

—¡No estoy consintiéndola! Estoy velando por su bienestar. Tú la estás echando a perder.

Miré de un lado a otro con total asombro, no sabía si estaba asistiendo a una lucha o a un juego previo. Sin embargo no me sorprendería ninguna de las dos opciones.

—Está bien, está bien, mantengan la calma. Sobreviví, ¿verdad? Eso es lo que cuenta.

—Eso es —dijo Abe. De repente parecía muy paternal, lo cual me extrañaba aun más que el comportamiento de mi madre—. Y a pesar de los daños a la propiedad y la costumbre que tienes de violar las leyes, estoy orgulloso de ti —sospechaba para mis adentros, que sinceramente si estaba orgulloso de mí por todas esas cosas. Mi cínico comentario interior se detuvo cuando mi mamá estuvo de acuerdo.

—Yo también estoy orgullosa. Tus métodos fueron... No los ideales, pero hiciste una gran cosa. Grandes *cosas*, de verdad. Encontrando tanto a Jill como al asesino —me di cuenta de su cuidadosa mención del “asesino”. Creo que todavía era difícil para todos nosotros aceptar la verdad sobre Tasha—. Muchas cosas cambiarán gracias a Jill.

Todos presenciábamos la situación a los pies del trono. Ekaterina estaba de pie a un lado, lista y con el libro de votos reales. El otro lado era el lugar donde los miembros de la familia del monarca se encontraban —pero solo una persona estaba allí. Jill. Alguien había hecho muy bien su trabajo al curar sus brazos. Su cabello rizado había sido recogido en lo alto con mucho estilo, y llevaba un vestido hasta la rodilla y estilo cuello bandeja, mostrando ligeramente los hombros. El corte del vestido hacía que resaltara su figura delgada, y el satén verde oscuro le sentaba bien y resaltaba sus rasgos. Estaba de pie, con la barbilla en lo alto, pero no reflejaba ansiedad en sus movimientos, se hacía más evidente simplemente por ser visible.

Miré de nuevo a Abe, que encontró mi mirada expectante. Tenía un montón de preguntas para él, y él era uno de los pocos que podía decirme la verdad. La decisión era: ¿qué pregunta podía hacer? Era como tener un genio. Sólo que tenía demasiados deseos para pedir.

—¿Qué pasará con Jill? —le pregunté al fin—. ¿Quiere regresar a la escuela? ¿Van a convertirla en una princesa? —Lissa no podía ser princesa y reina, por lo que su título anterior pasaba al siguiente miembro más antiguo de su familia.

Abe no contestó durante unos instantes. —Hasta que Lissa pueda cambiar la legislación —y es de esperar, que lo hará— Jill es todo lo que tiene para mantener el trono. Si algo le pasa a Jill, Lissa ya no sería reina. Así que, ¿que es lo que harías?

—Mantenerla a salvo.

—Entonces hay tienes tu respuesta.

—Eso es muy amable de tu parte — le dije—. “A salvo” significan muchas cosas.

—Ibrahim —advirtió mi madre—. Basta ya. Este no es el momento ni el lugar.

Abe sostuvo mi mirada un poco más y luego soltó una contundente sonrisa. —Por supuesto, Por supuesto. Esta es una reunión familiar. Una celebración. Y mira: aquí está nuestro nuevo miembro.

Dimitri se había unido a nosotros vistiéndose de negro y blanco como mi madre y yo. Se paro a mi lado, sin tocarme frente a ellos. —Sr. Mazur —dijo formalmente, asintiendo como un saludo a los dos—. Guardiana Hathaway. —Dimitri era siete años mayor que yo, pero en ese momento, frente a mis padres, parecía que tenía dieciséis años y a punto de pasar a recogerme para una cita.

—Ah, Belikov —dijo Abe, estrechando la mano de Dimitri—. Había estado aguardando el poder encontrarnos. Sinceramente me gustaría llegar a conocerte mejor. Tal vez podamos dejar de lado algo de tiempo para hablar, aprender más sobre la vida, el amor, etc. ¿Te gusta cazar? Pareces un hombre de caza. Eso es lo que deberíamos hacer algún día. Conozco un lugar perfecto en el bosque. Lejos, muy lejos. Podríamos separar una fecha. Ciertamente tengo muchas preguntas que me gustaría hacerte. Y muchas cosas que me gustaría decirte también.

Le lance una mirada de horror a mi madre, pidiéndole en silencio que detuviera esto. Abe había pasado bastante tiempo hablando con Adrián cuando los dos salimos, explicándole con peligroso detalle como esperaba que fuera tratada su hija. No quería que Abe hablara a solas con Dimitri ni en las inmediaciones de un desierto, sobre todo si las armas de fuego estaban en medio.

—En realidad —dijo mi madre por casualidad—. Me gustaría ir también. Tengo una serie de preguntas —la mayoría de cuando regresaron a San Vladimir.

—¿No tienen que estar en alguna otra parte? —pregunté apresuradamente—. Estamos a punto de comenzar.

Eso, al menos, era cierto. Casi todo el mundo estaba en sus puestos, y la multitud estaba en completo silencio. —Por supuesto —dijo Abe. Para mi asombro, pero me dio un beso en la frente antes de alejarse—. Me alegro de que hayas vuelto — luego, con un guiño, le dijo a Dimitri—: Esperare hasta poder hablar contigo.

—Corre —dijo cuando los dos ya se habían ido—. Si te escapas ahora, quizás no se den cuenta. Vuelve a Siberia...

—En realidad —dijo Dimitri—, estoy bastante seguro de que Abe se daría cuenta. No te preocupes, Roza. No tengo miedo. Aceptare todo lo que venga de parte de ellos con tal de estar contigo.

—Sinceramente eres el hombre más valiente que conozco —le dije.

Él sonrió, y luego dirigió su mirada a la pequeña conmoción en la entrada del salón. —Parece que está lista —murmuró.

—Espero que yo también lo este —le susurré de vuelta.

De manera muy discreta, el encargado del protocolo llamo la atención. Un total silencio se poso en lugar. Ni siquiera se podía oír la respiración.

El encargado dio un paso hacia la puerta. —Princesa Vasilisa Sabina Rhea Dragomir.

Lissa entró, y aunque la había visto hace menos de una hora, aun me faltaba la respiración. Llevaba un vestido formal, pero una vez más había evitado llevar mangas. Sin duda, confeccionar el vestido- había costado una fortuna. El vestido caía hasta el suelo, con una falda en capas de seda y la tela almidonada que usaba debajo se balanceaba a medida que Lissa avanzaba. La tela era del mismo color jade de sus ojos, al igual que la parte de arriba del vestido, de cuello holgado cubierto de esmeraldas que le daban la ilusión de un collar. Esmeraldas a juego cubría el cinturón del vestido, y pulseras completaban la vestimenta. Su cabello lo llevaba suelto, liso y resplandeciente, la perfección del rubio platinado, reflejaba el aura de si misma.

Christian avanzaba a su lado, un visible contraste con su pelo negro y traje oscuro. Las costumbres estaban siendo modificadas hoy significativamente desde que un miembro de la familia normalmente debía de escoltar a Lissa, pero... bueno, ella parecía querer echar a correr, incluso tenia que admitir que el se veía estupendo, y su orgullo y su amor por ella brillaba en su rostro —no importaba qué los sentimientos encontrados se agitaban dentro de el, por lo Tasha. *Lord Ozero*, recordé. Tenía la sensación de que el título se convertiría en algo mucho más importante ahora. El llevó a Lissa a la base del trono y luego se unió a los demás Ozero.

Ekaterina hizo un pequeño gesto con una almohada de satén grande ubicada en el suelo, terminado las escaleras. —Arrodíllate.

Hubo una breve vacilación por parte de Lissa, creo que sólo yo me di cuenta. Incluso sin el vínculo, estaba tan en sintonía con su estado de ánimo y las

acciones más pequeñas que podía distinguir este tipo de cosas. Sus ojos se dirigieron a Jill. La expresión de Lissa no cambió, y era tan extraño no saber sus sentimientos. Solo podría hacer algunas conjeturas bastantes acertadas. Incertidumbre. Confusión.

Una vez más —el silencio fue muy breve. Lissa se arrodilló, acomodando ingeniosamente su falda alrededor mientras se agachaba. Ekaterina siempre se veía tan frágil y arrugada en ese tribunal, pero mientras ella sostenía el antiguo libro de posesión Moroi, podía sentir un poder emanando de la ex reina.

El libro estaba en rumano, pero Ekaterina lo tradujo sin esfuerzo alguno mientras leía en voz alta, empezando con un discurso acerca de lo que se esperaba del monarca y pasando luego a los votos que Lissa tuvo que jurar.

—¿Estarás dispuesta a servir?

—¿Protegerás a tu gente?

—¿Serás justa?

Había doce juramentos en total, y Lissa tuvo que responder “Lo juro” tres veces para cada uno: en Inglés, en ruso y en rumano. No tener el vínculo para confirmar sus sentimientos seguía siendo muy extraño, pero pude ver en su cara que realmente sentía lo que expresaba con cada palabra. Cuando esa parte termino, Ekaterina le indico a Jill que prosiguiera. Desde la última vez que vi a la chica, ya alguien le había puesto la corona. Habían hecho una a medida para Lissa, una obra maestra de oro blanco y dorado con incrustaciones de esmeraldas y diamantes, complementaba el perfecto atuendo, al igual que note desde el principio, Jill también lucía una similar.

Otra tradición era que el monarca tenía que ser coronado por un miembro de la familia, para esto, era que Jill aguardaba. Podía ver sus manos temblando mientras ponía la reliquia en la cabeza de su hermana, y sus miradas se encontraron brevemente. Un destello de emociones encontradas se arremolinaba en los ojos de Lissa, una vez más, aquella expresión desapareció rápidamente mientras Jill daba un paso atrás y el protocolo de la ceremonia retomaba.

Ekaterina le tendió la mano a Lissa. —Levántate —le dijo—. Nunca te arrodillarás ante nadie nunca más —sosteniendo la mano de Liss, Ekaterina se giro para que ambas quedaran de cara al resto de la sala. Con una voz que estremecía su pequeño cuerpo, Ekaterina declaró—: Reina Vasilisa Sabina Rhea Dragomir, según la secuencia de nombres.

Todos en la sala, excepto Ekaterina —se arrodillaron, agachando la cabeza. Sólo unos segundos pasaron antes de que Lissa, dijera: —Levántense —me habían dicho

que esto era a discreción del monarca. Algunos nuevos reyes y reinas disfrutaban haciendo que los demás se arrodillan por un largo tiempo.

Siguiendo el protocolo, todos obedecimos respetuosamente también. Básicamente, Lissa firmaba para sellar su posicionamiento como reina, mientras que Ekaterina y un par de testigos firmaban que Lissa accedía al trono como reina. Tres copias estaban sobre el papel como les gustaba a los Moroi. Uno de ellos estaba membreteado en tinta blanca, lo que significaba que ese iría a parar en manos de los alquimistas.

Cuando todos firmaron, Lissa tomó su lugar en el trono, y verla subir las escaleras fue algo realmente sorprendente, una imagen que se quedaría conmigo por el resto de mi vida. La sala estalló en gritos y aplausos mientras ella se instalaba en la ornamentada silla. Incluso los guardianes, que normalmente se quedaban tan serios, se sumaron a los aplausos y a la celebración. Lissa sonrió a todos, ocultando la ansiedad que sentía.

Recorrió la sala, y amplió su sonrisa cuando vio a Christian. Luego me buscó. La sonrisa que para él había sido afectuosa, para mí era un poco graciosa. Yo le devolví la sonrisa, preguntándome lo que me diría si pudiera.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Dimitri, mirándome con expresión divertida.

—Sólo estoy pensando en lo que Lissa diría si todavía tuviéramos el vínculo.

Irrumpiendo gravemente el protocolo de guardián, él cogió mi mano y tiró de mi hacia él. —¿Y? —preguntó, envolviéndome en un abrazo.

—Creo que preguntaría: “¿En qué nos hemos metido?”

—¿Y Cuál es la respuesta? —su calidez me rodeaba por completo, cuando se trataba de su amor, sentía de nuevo esa conexión. Recuperaba esa parte perdida de mi mundo. El alma que complementaba la mía. Mi compañero. Mi todo. No sólo eso, había recuperado mi vida, mi propia vida.

Protegería a Lissa, le serviría, pero finalmente yo era mi propio yo.

—No sé —le dije, apoyándome en su pecho—. Pero creo que sería algo bueno.

Fin...

Acerca de la autora...

Richelle Mead

Escritora norteamericana, Richelle Mead es una conocida autora de fantasía urbana, con libros publicados para adultos pero también en una vertiente mucho más juvenil.

Licenciada en arte, religiones comparadas y enseñanza, Mead se dedica actualmente a escribir de manera exclusiva.

Sus libros más conocidos en España se corresponden a los creados para jóvenes adultos, entre los que destaca la serie de Vampire Academy.



Saga Vampire Academy:

1. - Vampire Academy
2. - Frostbite
3. - Shadow Kiss
4. - Blood Promise
5. - Spirit Bound
- 6.- Last Sacrifice

*Nos vemos en el spin-off de la saga
Vampire Academy...*

BLOODLINES





*Traducido, corregido y diseñado
Por el:*

"Staff VA"

¡TE ESPERAMOS!